Todas las veces que fuimos inevitables

Chloe Santana



SUMA de letras

Chloe Santana

Todas las veces que fuimos inevitables



A todos los que alguna vez perdieron la esperanza
y encontraron la fuerza para recuperarla

A veces solo puedes encontrar el cielo alejándote lentamente del infierno.

CARRIE FISHER

Freya

Hace doce años

Salí de la cama y corrí para esconderme dentro de la tienda de campaña cuando escuché el sonido de unos pasos que se acercaban a mi habitación. Cerré la cortina y me abracé a Wendy, la muñeca de trapo con la que dormía todas las noches. No quería ver a nadie. Estaba enfadada con el mundo. Para colmo, Astrid se había reído de mí después de que hubiese llorado en el desayuno, cuando nuestros padres me contaron que nuestro conejito se había ido al cielo. Mi hermana mayor tenía doce años, cuatro más que yo, y, según nuestro padre, sufría una enfermedad llamada «preadolescencia» que se curaría con el paso del tiempo. Yo no entendía a qué se refería. Lo único que sabía era que había pasado de ser una hermana molona que siempre quería jugar conmigo a una estirada que se encerraba en su cuarto con sus amigas y se burlaba de mí.

—Freya… —La voz suave de mi madre me tranquilizó—. ¿Puedo pasar?

Me sequé las lágrimas con el puño del jersey. No quería que mamá me viera llorar. Seguía muy disgustada por las palabras de Astrid: «Solo era un estúpido conejo viejo. Deja de lloriquear como una niñita».

—Vale —respondí conteniendo un hipido.

Quería ser tan dura como mi hermana mayor, pero necesitaba el abrazo consolador de mi madre. Astrid se enfrentaba a todos los que tenían la osadía de interponerse en su camino, incluidos los niños del colegio que se metían conmigo. Se quejaba de que yo dejase que me ningunearan, algo ridículo, porque el hecho de que no te defiendas no significa que merezcas que los demás sean crueles contigo. A pesar de lo diferentes que éramos, mi hermana mantenía a raya a los compañeros de clase que me hacían la vida imposible. En más de una ocasión la habían mandado al despacho del director después de haberle atizado a algún niño que me había llamado Cruella de Vil o bicho raro. Lo de Cruella era porque sufría piebaldismo, una condición genética que había heredado de mi padre. El rasgo visible de este síndrome era una mancha blanca en la frente con forma de mariposa y un mechón del mismo color en el centro del pelo que contrastaba con mi cabello negro. Sí, Cruella era un mote muy original. Lo de bicho raro se debía a que prefería tener la cabeza enterrada en un libro antes que hacer amigos, ya que era una niña curiosa

por naturaleza a la que le encantaba hacer preguntas y ver documentales. O sea, un bicho raro de ocho años que se sentía incapaz de relacionarse con los demás críos de su edad.

—Freya… —canturreó mi madre.

Se puso a buscarme por la habitación y aquello me provocó una risilla. Se agachó para mirar debajo de la cama y luego fue al armario. Mi mamá era la mejor madre del mundo. Supongo que todos los niños dicen lo mismo, pero yo estaba absolutamente convencida de que la mía era genial. Se dedicaba a escribir cuentos infantiles. Tenía una gran imaginación. Por eso, en lugar de leerme historias, inventábamos las nuestras propias. Se tiraba en la hierba para jugar conmigo y no le importaba mancharse los pantalones de barro. En los días de lluvia, nos poníamos las botas de agua y saltábamos en los charcos. Y también preparaba galletas de chocolate con mantequilla de cacahuete que me dejaba probar cuando aún estaban calientes.

—¡Bu! —exclamé saliendo de mi escondite.

—¡Qué susto me has dado! —Se llevó una mano al pecho y me dedicó una de sus sonrisas.

La gente decía que Astrid se parecía mucho a mamá. Las dos eran rubias, menudas y tenían los ojos verdes. Yo, por el contrario, había heredado el cabello negro de papá (con piebaldismo incluido) y sus ojos color miel. Sin embargo, tenía el carácter calmado de nuestra madre, a diferencia de Astrid, que era tan resolutiva como nuestro padre, un hombre que se dedicaba a los negocios y que siempre llevaba traje y corbata. Yo no tenía ni idea de lo que significaba aquello, pero me daba la impresión de que papá era alguien muy importante.

—Hola, pequeña valkiria. —Mamá se agachó para quedar a mi altura.

Me encantaba que me llamara así. Nuestros nombres eran nórdicos porque mamá había nacido en Bergen. Astrid se llamaba como ella. A veces le tomaba el pelo y le decía que yo me había quedado con el nombre guay. Me gustaba ser la única Freya del cole.

—¿Puedo entrar en tu refugio?

Fingí pensarlo durante unos segundos. Luego asentí y le hice un hueco para que entrase. Me partí de risa cuando se golpeó la cabeza con el techo.

—¡Qué niña tan sinvergüenza! —exclamó—. ¿Te ríes de tu mamá?

Me retorcí de la risa cuando se puso a hacerme cosquillas. Esa era mi madre. Siempre encontraba la forma de animarme.

—¡No, mami! ¡Para, para!

—Solo si me das un abrazo.

Le eché los brazos al cuello y me refugié en su aroma. Mamá siempre olía a masa de galletas y canela.

—¿Por qué ha tenido que morir Muffin? —quise saber.

—Los animales tienen una esperanza de vida más corta que la de las personas —me explicó acariciándome el pelo con cariño.

—Pero yo no quería que muriera…

—Lo sé, tesoro. —Mamá se apartó para mirarme a los ojos—. Muffin ha estado seis años con nosotros. Tienes que quedarte con los momentos bonitos que habéis vivido. ¿Te acuerdas de cuando grabamos aquel vídeo en el que se comía una zanahoria?

—¡Sí!

Mi madre cogió el móvil y lo vimos. Echaba de menos a Muffin. Hice un puchero al ver su carita rechoncha.

—¿Ves lo feliz que era?

—Sí, mami.

—Muffin se ha ido al cielo de los conejitos, pero no por eso ha dejado de quererte. Ahora está con sus amigos y desea que lo recuerdes con mucho cariño porque juntos fuisteis muy felices. —Sonreí al pensar en un cielo lleno de conejitos que comían zanahorias y corrían por un prado verde. Me gustaba pensar que Muffin estaba allí—. Cuando alguien que queremos se marcha, no significa que el amor que sentimos desaparezca. Porque el amor, Freya, dura para siempre si es verdadero.

—¿Entonces no puedo llorar?

—Claro que puedes, tesoro. —Mi madre volvió a abrazarme.

—Pero Astrid se burla de mí cuando lloro. Dice que soy débil.

—Las lágrimas no son malas. Venimos a este mundo llorando, y eso, cariño, es un signo de fortaleza, aunque haya personas que no sepan verlo. No pasa nada por mostrar que algo te duele. Eso no quiere decir que seas débil, sino que tienes un gran corazón que ama de verdad. Y no hay nada más valiente que amar sin límites.

—¿Por qué Astrid y yo somos tan diferentes? —Quería entender cómo era posible que dos hermanas fueran totalmente opuestas—. Me gustaría ser valiente y tener muchos amigos como ella.

Mi madre me apartó el pelo de la cara con ternura.

—El mundo sería un lugar muy aburrido si todos fuéramos iguales, ¿no te parece?

—Tal vez. —Me encogí de hombros.

—¿Quieres que cocinemos galletas?

—¡Síííí!

Mi madre me sonrió con dulzura.

—Antes debes prometerme una cosa.

—Lo que sea, mamá.

—Pase lo que pase, tenéis que cuidar la una de la otra.

—Astrid no quiere que cuide de ella… —respondí desconcertada.

—Algún día te necesitará tanto como tú a ella.

Tenía clarísimo que eso no pasaría nunca. Astrid era fuerte, decidida e independiente. Resultaba evidente que para ella yo solo era un estorbo. De todos modos, una promesa es una promesa.

—No quiero que te mueras, mamá —me sinceré antes de salir de la habitación.

No sé por qué lo dije. Puede que me gustara que Muffin estuviera en un cielo lleno de conejitos, pero quería que mi madre me siguiera arropando por las noches. Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que algún día dejaría de abrazarme.

—Freya… —Mi madre me acarició la mejilla—. Siempre voy a estar contigo.

—¿Siempre? —pregunté entre lágrimas.

—Siempre. —Me puso una mano en el pecho—. Justo aquí, donde el amor nunca muere y nuestros seres queridos viven eternamente.

No entendí aquello. ¿Cómo iba a vivir mi madre dentro de mi pecho? ¡No cabía! Quise hacerle un millón de preguntas al respecto, pero me dio la mano y nos dirigimos a la cocina. En ese momento, mi hermana salió de su habitación y mi madre le preguntó si le apetecía unirse a nosotras. Astrid refunfuñó que aquel era un plan de críos y se encerró en el baño, seguramente para pintarse con el maquillaje de mamá, algo que tenía prohibido. Yo, por el contrario, me aferré a la mano de mi madre y sonreí al tenerla solo para mí.

Aquel día aprendí que la felicidad son pequeños instantes que debes guardar como un tesoro porque nunca sabemos lo felices que somos mientras lo estamos siendo.

Pol

Hace diez años

—¡Nos vemos mañana! —se despidió Leo.

—¡Adiós, Apestoso! —Gabi me sacó la lengua.

Puse los ojos en blanco. Aquella cría nunca cambiaría. En cuanto me di la vuelta, dejé de hacerme el duro y sonreí como un idiota. Me encantaba estar con mis colegas. Cuando tocaba la batería, me sentía libre. El verano era la mejor época del año. Decía adiós al colegio privado, las reuniones sociales y la lista infinita de reglas estrictas de mis padres. Era absolutamente feliz… hasta que debía volver al ático. Entonces, tragaba saliva antes de meter la llave en la cerradura mientras me preguntaba de qué humor estaría aquella noche. Era un alivio que solo nos viéramos para cenar. Mi padre se pasaba la mayor parte del día en el campo de golf con sus amigos o en aquel restaurante de Puerto Marina en el que hablaba de negocios que supuestamente deberían interesarme cuando fuera un adulto. Por desgracia para él, tenía mis propios planes.

Respiré hondo antes de entrar. A pesar de que veraneaba en el mismo complejo de apartamentos que Gabi, Leo y Axel, el ático de mi familia no tenía nada que ver con los pequeños estudios en los que ellos se alojaban. El complejo contaba con tres edificios y nosotros estábamos en el de los apartamentos más grandes. Por supuesto, mi padre se había encargado de elegir el ático más lujoso con vistas a la playa. Debería de ser un oasis de paz, pero esa palabra no tenía cabida en mi familia.

—Pol… —susurró mi madre. Estaba temblando, lo que no auguraba nada bueno—. Lávate las manos y ve a la mesa.

—Mamá —dije preocupado—, ¿te encuentras bien?

Mi madre se volvió con gesto irritado y enderezó la espalda. Al principio solía restarle importancia y forzaba una sonrisa, pero ya no era un crío al que pudiera engañar. Era consciente de lo que estaba pasando.

—Ve al baño —me ordenó inflexible.

Apreté los puños. Puede que solo tuviera doce años, pero sabía que lo que sucedía era injusto. Lamentablemente, de cara a la galería éramos una familia idílica. Si a eso le sumabas el poder y

la influencia de mi padre, uno de los abogados más prestigiosos del país, el resultado era una absoluta impunidad.

No quería que él lo pagara con ella, como hacía siempre. Por eso me dirigí al baño y me lavé las manos. Luego fui a la terraza con vistas a la playa, donde cenábamos todas las noches a las diez menos cuarto.

Mi hermana tenía una expresión dócil y estaba sentada con la espalda erguida. Su pasividad me enervaba, aunque supongo que era su forma de sobrevivir. Se había convertido en la hija perfecta que sacaba matrícula de honor, hablaba varios idiomas y se relacionaba con los hijos de los amigos de nuestros padres.

—¿Y Nico? —pregunté al no verlo.

—Llegas diez minutos tarde —me reprochó mi padre.

—¿Y Nico? —insistí, a pesar de la mirada suplicante que me dedicó mi hermana.

Mi padre me observó con ira mal contenida.

—Siéntate, Pol.

—¿Dónde está Nico? —Me dio igual que me lanzara una mirada de advertencia. No pensaba sentarme hasta que averiguara qué le había pasado a mi hermano.

—Está castigado —me informó mi padre con tono glacial—. Y ahora siéntate.

—¿Por qué? —pregunté contrariado.

Conocía sus castigos injustos. Yo los sufría de primera mano. Sin embargo, tenía especial inquina hacia nuestro hermano mayor. Cualquier excusa le parecía buena para descargar su rabia contra él.

—Se ha hecho pis en la piscina —me explicó Iris en voz baja, como si temiera molestar a mi padre.

—¿Y por eso lo has castigado? —repliqué atónito—. ¡No lo ha hecho a propósito!

—Tu hermano es una vergüenza para la familia —dijo mi padre con desagrado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me dio rabia llorar delante de él, pero no pude contenerme. Él suspiró, con toda seguridad aburrido por lo que consideraba una escena.

—Tiene una discapacidad intelectual —lo defendí—. El médico dice que…

—Eres igual de débil que él. —Mi padre se puso de pie. Esta vez no retrocedí. Alcé la barbilla y le sostuve la mirada. Mi reacción lo sorprendió un poco, hasta que se echó a reír—. ¿De verdad crees que vas a llegar a algo tocando la batería? Eres un pobre iluso. Solo te permito esa distracción porque es verano y prefiero perderte de vista. De lo contrario, me avergonzarías delante de nuestros conocidos.

Se inclinó hacia delante y me puso las manos en los hombros. Su rostro era una máscara de desprecio. Apretó con fuerza hasta que me hizo daño y esbocé una mueca de dolor.

—Que te quede una cosa muy clara —me advirtió con un tono que me heló la sangre—: eres

mi hijo y harás lo que yo te diga. Vas a estudiar Derecho y trabajarás en el bufete de nuestra familia. Podrías aprender un poco de tu hermana.

—Papá… —le suplicó Iris.

—Cállate —le ordenó, y ella se encogió en la silla. Mi padre volvió a centrarse en mí—. Siéntate de una vez y deja de mirarme de esa forma.

No sabía a qué se refería. Tenía la vista nublada por las lágrimas. Quizá era eso lo que le molestaba. Más de una vez me había dicho que los hombres de verdad no lloraban.

No sé de dónde saqué fuerzas para decir:

—No voy a sentarme si Nico no cena con nosotros.

Mi padre apretó los dientes, cogió el plato que había en la mesa y lo estampó contra el suelo. Me encogí de miedo, pues por un instante pensé que me lo iba a romper en la cabeza.

—Conque no quieres cenar, pequeño mocoso ingrato…

—Déjalo, papá —intervino Iris con desdén—. No merece la pena que te enfades con él. La cena se va a enfriar.

Mi padre me evaluó durante unos segundos. Luego asintió y volvió a sentarse. Noté que mi hermana me miraba de reojo y suspiraba aliviada. Solo lo había dicho para aplacarlo. Solía hacer ese tipo de comentarios para que él creyera que era absurdo perder el tiempo conmigo.

—Desaparece de mi vista —me ordenó con desagrado.

Me largué corriendo, no fuera a ser que cambiara de opinión. Conocía sus cambios de humor. Una noche sin cenar era un regalo comparado con otras represalias. Además, podía hacerle compañía a Nico. Fui a su habitación y lo encontré llorando bocabajo en la cama.

—Papá se ha enfadado conmigo —sollozó—. Dice que, si vuelvo a avergonzarlo, me llevará muy lejos de casa. No quiero estar separado de vosotros…

No era la primera vez que lo amenazaba con algo así. En aquel momento descubrí lo que era el pánico. Si mi padre decidía encerrar a Nico en un centro, no podría hacer nada por evitarlo. No supe qué decir para consolarlo, por lo que lo abracé hasta que se calmó. Luego cogí uno de sus puzles favoritos y le propuse que jugásemos. Al cabo de media hora, la puerta de la habitación se abrió. Pensé que sería mi padre para echarme la bronca, pero apareció mi hermana con una bandeja con dos sándwiches y un par de zumos.

—Se ha quedado dormido —dijo en voz baja.

Le di las gracias con la mirada.

—¡Eres la mejor, hermanita! —Nico le dio un abrazo que por poco la tiró de espaldas.

—No se lo puedes decir a nadie —le pidió.

Nico asintió. Devoramos la improvisada cena mientras mi hermana permanecía en silencio. Era muy buena actriz, pero a mí no podía engañarme. Tenía cuatro años más que yo y se había

convertido en la hija modélica. Sabía que aquella situación le dolía tanto como a mí. Sin embargo, ella había optado por otro mecanismo de defensa.

Cuando mi hermano se quedó dormido, la intercepté antes de que pudiera salir de la habitación.

—¿Cómo lo soportas? —quise saber.

Se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondió sin alterarse—. Si fueras listo, intentarías no cabrearlo. No le des más motivos para que lo pague con Nico. Él es la presa fácil.

Me quedé paralizado por sus palabras. ¿Eso pensaba? ¿Que yo le daba motivos para descargar su ira contra el pobre Nico?

—Oye… —Me puso una mano en el hombro al percibir mi malestar—. Solo digo que no podemos hacer nada. Somos unos críos.

—¿Y cuando seamos adultos? —repliqué cabreado—. Cuando sea mayor de edad…

—Escaparás —se adelantó—. Yo también, y me llevaré a Nico conmigo.

—¿Y mamá? —pregunté apenado.

—No puedes salvar a una persona que se ha acostumbrado a vivir en una jaula.

La puerta de la habitación de mis padres se abrió y mi hermana se marchó a toda prisa a su dormitorio. Corrí a esconderme en el mío y no me quedé tranquilo hasta que los pasos se alejaron. Lo último que pensé cuando me quedé dormido fue que yo no sería como él. Me dedicaría a la música, me rodearía de buenas personas y encontraría mi propio camino. Los hijos no tienen por qué repetir los patrones de sus padres. Su mal ejemplo me enseñaría lo que no debía hacer.

Yo jamás sería un monstruo.

Hallaría una salida a aquella pesadilla.

Viviría sin miedo.

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

¿Qué ha sido de Pol Casals?

Esa es la pregunta que todos nos hacemos desde que lo vimos subirse a un escenario por última vez. Los fans de Yūgen echan de menos al batería. Hace ocho meses, la banda comenzó una gira de conciertos que se canceló sin previo aviso. Esta mañana, Yūgen ha emitido un comunicado a través de su perfil de Instagram en el que anuncia el inicio de una gira por las principales ciudades del país. Por desgracia para los admiradores de Pol, el artista será reemplazado por otro músico.

¿Qué le ha sucedido a Pol? ¿Habrá dejado el grupo de manera definitiva? ¿Estará enfadado con Gabi después de que esta se declarase a Samantha Jordan en su último concierto?

Los seguidores de Yūgen se hacen muchas preguntas sobre la repentina marcha del músico. Sin embargo, Leo, Axel y Gabi siguen sin dar ninguna explicación mientras Pol se encuentra en paradero desconocido.

¿Dónde se habrá metido el chico malo del rock?

1
Pol

Llevo ocho meses limpio. He dejado los porros, no bebo alcohol y ya no me meto nada. Eso no significa que no me apetezca. Joder, hay días en los que ni siquiera puedo levantarme de la cama. Sin embargo, lo que pasó me abrió los ojos. Estuve muerto durante varios minutos, según me contaron. Lograron reanimarme, pasé una temporada ingresado en el hospital y unos cuantos meses en tratamiento de desintoxicación.

No tengo miedo a morir, que conste. Ya he visto lo que hay al otro lado: un vacío absoluto. Lo que me asusta es hacerle daño a la gente que quiero. Cuando desperté en aquella habitación de hospital, mi hermana me estaba apretando la mano y lloraba en silencio. Se sobresaltó al mirarme, se limpió las lágrimas y murmuró: «¿Por qué nos haces esto, Pol? ¿No te importamos? ¿Nico te trae sin cuidado?». No dijo «¿Por qué te haces esto?», y eso me horrorizó, que creyera que ella y Nico me daban igual. Así que le prometí que me rehabilitaría. Cumplí mi palabra. Desde entonces he estado limpio, y el resto ya es historia…

Estuve de mochilero en la India, pasé unas semanas en un hotel con encanto de Sri Lanka y luego casi un mes en Bali, practicando taichí y viendo el atardecer en la playa con la única compañía de alguna novela de misterio. Me largué para poner distancia con el dolor. Hui de la tentación. Le di la espalda a los errores. Me aparté de todos.

Y aquí estoy de nuevo. Solo llevo una semana en Barcelona y ya siento que la casa se me cae encima. Vivo en un ático en primera línea de playa, cerca de las Ramblas. Me enamoré de él hace cuatro años. Techos altos, suelos hidráulicos, ventanas con vitrales y una enorme terraza con piscina climatizada, solárium y unas vistas privilegiadas. Desde aquí arriba puedo ver la basílica de Santa María del Mar, el Montjuic y la Barceloneta. Sin embargo, asomado a la terraza me siento un completo fracasado.

Me vibra el móvil y lo saco del bolsillo. Mi hermana me pregunta si puedo merendar con ella esta tarde. Le respondo que estoy agotado del viaje. Le he estado dando largas para quedar. Llegué hace una semana, pero le he dicho que aterricé esta mañana en Barcelona porque me apetecía estar solo. Todavía no tengo fuerzas para enfrentarme a nadie.

Contemplo la lista de llamadas perdidas. Tengo varias de Leo y Axel. La última es de Leo de hace un par de horas. Respiro hondo. Sé que tiene la mejor intención, pero hace tres meses le

dejé clara cuál era mi postura. Consulto mis redes sociales. No sé por qué lo hago, ya que llevo meses sin actualizarlas. Entro en el perfil de Yūgen y leo el comunicado con un nudo en el estómago: «Nos complace anunciar el inicio de nuestra gira (…). David Sarcos se unirá provisionalmente al grupo…». Aprieto el móvil contra la palma de la mano y noto que la bilis me sube por la garganta. Me digo que no me afecta, aunque es una puta mentira. La palabra «provisionalmente» da vueltas en mi cabeza.

No sé por qué me fustigo. Soy un masoquista. Voy a ponerme el bañador y luego me tiro a la piscina. Doy unos largos e intento deshacerme de la ansiedad. No sé cuánto tiempo permanezco en el agua, pero no es suficiente. Me apoyo en el bordillo y estiro el brazo para coger el móvil. Necesito la compañía de alguien que no me juzgue. Podría irme de fiesta, pero entonces estaría expuesto a las tentaciones de la noche. Sinceramente, no soy tan fuerte como para salir indemne. Al final me decanto por Emili, una modelo de piernas infinitas con la que me he acostado en un par de ocasiones. Lo poco que recuerdo de ella es que era divertida y lo pasamos bien en la cama. Le envío un wasap. No sé si seguirá soltera.

Emili aparece al cabo de media hora acompañada de algunos amigos. En ese momento pienso que cuantos más seamos, mejor. Me arrepiento al cabo de un par de horas, cuando la cosa empieza a desmadrarse. En cierto modo no puedo culpar a Emili y a su séquito. Hasta hace poco tiempo, mi ático era el epicentro de las mejores fiestas. Se ha corrido la voz de que estoy de vuelta en la ciudad y la gente no deja de llegar. Algunos son colegas, otros conocidos y a muchos no los he visto en mi vida. Hay música a todo volumen, alcohol y sexo. Un par de *influencers* se lo están montando en la piscina y me preguntan si me apetece unirme a ellos. Lo descarto con un movimiento de mano y una sonrisa falsa. El antiguo Pol no se lo habría pensado dos veces.

Recojo los botellines de cerveza que hay en el poyete de la piscina y los meto en una bolsa de basura. Me duele la cabeza. No sé por qué pensé que esto sería una buena idea. Ahora estoy cabreado con Emili, aunque sé que no es del todo culpa suya. Debería haberle cerrado la puerta en las narices cuando se presentó con cuatro amigos. Ahora no hay quien los eche de aquí sin armar un puto escándalo. Lo último que me apetece es aparecer en la portada de alguna revista y que mañana la prensa haga cola en el portal.

—¡Ey! —Emili me abraza por detrás—. Lo siento, no sabía que la cosa se descontrolaría tanto.

Me aparto de ella y me doy la vuelta. Me mira poniendo morritos. Ya ni siquiera tengo ganas de acostarme con ella. Fuerzo una sonrisa.

—No pasa nada.

Joder, sí que pasa. Quiero que todos se larguen. Cojo una botella de Limón&Nada, un par de

pastillas para dormir y voy a encerrarme en mi habitación. Lo de ser un chico *light* en una fiesta de borrachos es un asco. Con un poco de suerte me quedaré grogui y, cuando me despierte por la mañana, todos se habrán largado. Me llevo una sorpresa al encontrarme a dos futbolistas de primera división montándoselo en mi cama. Creo que uno de ellos está casado y el otro sale con una modelo.

—¡Tío! —se queja uno de ellos—. ¿No sabes llamar?

Aprieto la mandíbula. Esto es el colmo.

—Es mi habitación.

Me miran como si me hubiera vuelto loco. Al ver que no tienen la menor intención de salir de mi cama, arranco el edredón y los dejo en pelotas.

—Largaos de mi casa.

Se visten a toda prisa y se marchan protestando. Joder, ahora voy a tener que cambiar las sábanas. En ese momento, alguien se cuela en mi habitación. Me giro con cara de pocos amigos para pedirle que se marche y me encuentro con una belleza morena y alta que me mira con una sonrisilla pícara.

—Hola. —Me acaricia el pecho con un dedo—. ¿Qué tal estás?

Frunzo el ceño.

—¿Y tú quién coño eres? —le espeto, deseando pagar mi frustración con ella.

Retrocede con los labios apretados y me lanza una mirada asesina.

—Soy Nesa. Nos acostamos el año pasado en la fiesta de *Vanity Fair*.

La miro con desinterés. No me suena de nada. Tampoco dudo de su palabra. Seguro que follamos mientras estaba puesto hasta las cejas. Por eso no la recuerdo.

—Vete de mi casa. Se acabó la fiesta.

Nesa me mira con incredulidad.

—Capullo —me insulta antes de largarse.

Arranco las sábanas de un tirón, hago una bola con ellas y las meto en el cesto de la ropa sucia. Luego regreso al salón y busco el mando del equipo de música. No lo encuentro por ninguna parte, así que me subo a la mesa del comedor y pego un silbido. Casi nadie me presta atención. Los que sí lo hacen creen que estoy de coña y comienzan a aplaudir. Malditos idiotas. ¿Por qué habré dejado entrar a toda esta panda de gorrones? ¿Qué esperaba conseguir?

—¡Fuera! —grito hecho una furia—. ¡Idos de mi casa!

Alguien me lanza una pelota de playa. Busco al culpable, pero solo veo caras puestas de algo y gente borracha. Intento no perder la calma.

—¡Antes eras más divertido, Pol! —grita un tío que no conozco de nada—. ¿Qué te ha pasado?

A la mierda. Agarro un jarrón que seguro que me costó una pasta y lo estrello contra el suelo.

Todo el mundo enmudece de golpe. Sonrío con suficiencia. Conque ahora sí me prestan atención…

—Largaos de una maldita vez.

Todos rehúyen mi mirada y comienzan a recoger sus cosas. Me bajo de la mesa justo cuando llaman al timbre. Sea quien sea, lo voy a mandar a la mierda. No veo el momento de quedarme solo. Abro la puerta y pongo cara de asesino en serie. Mi expresión se esfuma al ver a los dos *mossos d'esquadra*.

—Sus vecinos nos han llamado —me informa uno de ellos. El otro echa un vistazo dentro y abre los ojos de par en par—. Está haciendo demasiado ruido.

«Menuda pesadilla».

Antes de que pueda responderle, la gente sale en tromba del ático y prácticamente arrollan a los agentes. Cierro la puerta y respiro aliviado. Me sobresalto al encontrarme a Emili sentada en el aparador, desnuda de cintura para arriba. Me guiña un ojo y abre las piernas. Mierda, lo que me faltaba. Me froto la cara.

—Por fin solos —dice juguetona.

—Vete a tomar por culo.

La esquivo y voy a tirarme en el sofá. Me grita que soy un hijo de puta y algo más que no llego a oír. Cuando por fin me quedo solo, dejo escapar un profundo suspiro. Esta es mi vida ahora. No me reconozco. Ya no queda nada del batería fiestero que vivía la vida al límite. No sé si eso es bueno.

La gente no siempre cambia para bien.

2
Freya

Me sudan las manos y no puedo dejar de mover las piernas. Mi hermana está sentada a mi lado en la sala de espera del hospital como si la cosa no fuera con ella. No la entiendo. Estamos esperando los resultados de su ecografía. Hace un par de semanas se detectó un bulto en el pecho. Desde entonces ha actuado como si esto fuera un mero trámite burocrático. A ver, que me alegro de que posea semejante fortaleza mental. Yo en su lugar estaría cagada de miedo, teniendo en cuenta que nuestra madre falleció de cáncer de mama metastásico hace siete años.

No podemos ser más distintas…

Si no fuera porque encontré la carta en su casa un día que fui a hacerle una visita, hoy habría venido sola. Ella es así. Parece invencible. De verdad creo que no le tiene miedo a nada. Cuando fui a confrontarla, se puso hecha una furia y me acusó de meter las narices en sus asuntos. Al menos me ha dejado acompañarla, pero me ha prohibido hablar del tema hasta que reciba los resultados. Ha seguido trabajando en el concesionario de nuestro padre (es la mejor vendedora) y no ha faltado ni un solo día al gimnasio. Mi hermana está hecha de otra pasta. Me exigió que no se lo contara a nuestro padre y he tenido que hacer un gran esfuerzo para mantener la boca cerrada. En cierto modo la entiendo. Papá lo pasó fatal después de la muerte de nuestra madre. Ambas sabemos que fue el gran amor de su vida y que todavía no lo ha superado.

Me gustaría cogerle la mano, pero sé que solo le trasladaría mi nerviosismo. Me muerdo el labio y rezo para que sea un quiste de grasa. Al tener antecedentes de cáncer de mama, el proceso ha sido muy rápido. Hace una semana le extrajeron una muestra y hoy le comunican los resultados. Bendita sanidad pública.

—Ya estoy preparada para lo peor —dice con calma.

La miro alarmada.

—No será nada.

Astrid ni siquiera se inmuta.

—Solo ha pasado una semana. Pues claro que es algo malo —responde convencida—. Si no, no me habrían llamado tan pronto.

Me pongo enferma y me entran ganas de llorar. No me puedo creer que sea tan dura. De verdad, no sé a quién ha salido. Antes pensaba que era tan seria como mi padre, pero él se queda

en pañales a su lado. No sé si sentir admiración o lástima por ella. No me gusta que sea así de indiferente. Creo que no es del todo feliz.

Me llega un wasap y cojo el móvil para dejar de observarla. De lo contrario, romperé a llorar y me ganaré una mirada exasperada. Luego me dirá algo del estilo: «No dramatices. Debería ser yo la que estuviera llorando».

Es Oriol. Se lo he contado porque necesitaba desahogarme con alguien. Mi novio me pregunta si ya hemos recibido los resultados. Le respondo que estamos a la espera y me pide que lo llame cuando sepa algo. Añade que me quiere y se despide con un beso.

—¿Oriol? —intuye mi hermana con desagrado.

—Sí.

No dice nada más. Tampoco hace falta. No lo soporta. Antes le caía bien, pero mi novio cometió un error y, desde entonces, le ha hecho la cruz. Así es mi hermana. Si alguien le falla, no le da una segunda oportunidad. Ya hemos hablado del tema. La última vez acabamos discutiendo. Simplemente, no la entiendo. Si yo lo he perdonado, ¿por qué le cuesta tanto trabajo a ella?

Se pone de pie y me doy cuenta de que la han llamado. Me levanto de un salto y respiro hondo. Cruzo los dedos sin que me vea. Sé que es una tontería, pues no cambiará el diagnóstico. Entramos en la consulta, donde nos recibe un médico con semblante adusto. Por su expresión ya sé lo que va a decir. Tiene la misma cara que puso mi madre el día que me explicó que Muffin había muerto.

—Suéltelo ya, doctor —le pide mi hermana impaciente—. ¿Tengo cáncer?

Estoy mareada después de salir del hospital. Le pido a mi hermana que nos tomemos una Coca-Cola antes de marcharnos porque no me veo con fuerzas de conducir. Astrid hace un gesto de exasperación y me suelta que quiere llegar a tiempo a su clase de *spinning*. La miro con incredulidad y me espeta que no va a dejar de llevar una vida normal porque le hayan diagnosticado cáncer. A estas alturas ya no debería de sorprenderme, pero su respuesta me impacta.

Me pregunto si todavía no lo ha asimilado. Quizá está en una fase de negación. Quiero tranquilizarla. El médico ha sido muy optimista. Han detectado el cáncer justo a tiempo. No sé qué decir sin que me salte a la yugular, así que ando con pies de plomo.

—Es normal que estés asustada —le manifiesto con cautela cuando aparco delante de su portal.

—No estoy asustada —responde irritada—. Ya sabía cuál sería el diagnóstico antes de que me dieran los resultados.

—Vale. —No quiero llevarle la contraria justo ahora—. ¿Te apetece que me quede a dormir contigo esta noche?

Mi hermana resopla.

—Estoy bien, Freya —me asegura—. Dentro de nueve días entraré en un quirófano. Hasta entonces quiero seguir con mi rutina.

—De acuerdo.

—Ni una palabra a papá —me advierte.

—Pero…

—Ya se lo diremos más adelante. No tiene por qué enterarse hasta que empiece con la quimio. No quiero preocuparlo.

No me apetece mentir a mi padre, pero ella es la que está enferma. No me corresponde tomar esa decisión.

—De verdad que estoy bien —insiste al notar mi reticencia—. Ya has oído al médico.

—Sí, sí —respondo más animada—. Vas a salir de esta.

—Pues claro —resopla—. Soy tu hermana mayor. Tengo que cuidar de ti.

Su comentario me saca una sonrisa. Ya sé que Astrid está acostumbrada a velar por mí. Desde que nuestra madre murió, se tomó al pie de la letra lo de ser una segunda figura materna, a pesar de que solo me saca cuatro años. Me ve como alguien débil y exageradamente sensible. Me duele un poco que tenga esa opinión de mí. Sé que a partir de ahora me va a necesitar más que nunca. Teniendo en cuenta que mi hermana es la persona más testaruda e independiente del planeta, eso nos va a granjear más de una discusión. Supongo que con el paso del tiempo aceptará que las tornas han cambiado y que ahora me toca a mí cuidar de ella.

Pese a que es una persona muy poco cariñosa, le doy un abrazo con el que espero que entienda lo que no soy capaz de decirle en este momento. Mi hermana aguanta varios segundos antes de apartarse.

—Te quiero —digo con los ojos vidriosos.

—Y yo.

—¡Llámame si necesitas cualquier cosa! —exclamo mientras ella camina hasta su portal.

—Que sí, pesada.

Me desinflo en cuanto entra. Conduzco hasta el parque más cercano, me siento en un banco y rompo a llorar. Doy tanta pena que una señora mayor se me acerca, me tiende un pañuelo de papel y me dice que en esta vida todo tiene solución menos la muerte. Lloro todavía con más fuerza y la mujer se disculpa compungida. Le aseguro que no es culpa suya y acabamos compartiendo una caja de galletas antes de que prosiga su paseo. Después de tranquilizarme un poco, busco información sobre el tratamiento de mi hermana. Doy con una página web de ayuda para familiares al cuidado de pacientes con cáncer. Leo toda la información, con especial

hincapié en los efectos de la quimioterapia. Recuerdo las palabras de mi madre y miro al cielo. A veces no sabemos lo fuertes que somos hasta que nos toca cuidar de un ser querido.

Iris me llama en ese momento, como si supiera que necesito una amiga. Nos conocimos hace un año en una parada de autobús. Nunca olvidaré el impacto que me causó aquella chica rubia y trajeada. Estaba discutiendo acaloradamente por teléfono. Cuando colgó, se desplomó en el asiento y se llevó las manos a la cara.

—¿Un mal día? —le pregunté con tacto.

Me miró de reojo y guardó silencio. Metí la mano en mi bolso y le ofrecí un chupachups de fresa. Ella entornó los ojos. Esbocé una sonrisa tímida.

—Me funciona cuando tengo un día asqueroso.

Por un instante pensé que me mandaría a la mierda, pero al final aceptó el caramelo. Las dos nos habíamos refugiado de la lluvia en aquella marquesina. Me contó que era abogada y acababa de perder a un cliente muy importante. Yo le expliqué que acababa de enterarme de que mi novio me había sido infiel. Nos consolamos mutuamente y, en cuanto amainó la tormenta, fuimos a tomarnos un café al bar más cercano. Desde entonces nos hicimos inseparables.

—Tiene cáncer —le digo nada más descolgar.

—Oh, Freya… —Puedo verla conteniendo las lágrimas al otro lado del teléfono. La gente suele pensar que Iris es una pija estirada. En realidad, es una bellísima persona y la mejor amiga que te puedas echar a la cara—. ¿Cómo estás?

Le cuento lo sucedido en el hospital y la reacción de mi hermana. Le abro mi corazón. Admito que estoy muy asustada porque no sé si podré con esto. Iris me escucha sin interrumpirme hasta que termino.

—Necesita tiempo para digerirlo —reflexiona—. Y tú deberías desconectar.

—¿Desconectar? —repito confusa—. Solo quiero estar con ella.

—Y vas a estarlo. Tu hermana se dará cuenta de que te necesita. ¿Sabes qué? Deberíamos ir un fin de semana a la casa de los Pirineos. Te vendrá bien relajarte un poco antes de afrontar lo que está por venir.

—No me apetece…

—Por eso mismo deberías ir.

No sé cómo me dejo arrastrar. El caso es que al final acepto pasar el fin de semana con ella en la casa rural que tiene en el Pirineo leridano. Lo último que quiero es alejarme de mi hermana. Sin embargo, creo que Iris tiene razón. Algunas personas necesitan tiempo y espacio para pedir ayuda, así que lo mejor que podemos hacer por ellas es concedérselo mientras cruzamos los dedos y esperamos que acudan a nosotros.

3
Freya

Iris ha tenido que hacer un viaje de última hora a Castellón para reunirse con un cliente, por lo que decidimos viajar por separado. De lo contrario, tendría que desviarme primero a Castellón y luego subir hasta los Pirineos. No me importa hacer el viaje sola. Soy una buena conductora. Cómo no serlo si mi padre y mi hermana son vendedores de coches, estudio un grado de Técnico de Automoción y mi gran pasión es la Fórmula 1. Además, le he pedido el coche prestado a mi padre. Me encanta conducir su Toyota híbrido. Es una gozada. Pongo mi lista favorita de Spotify y tarareo «Cold Heart», de Dua Lipa y Elton John.

Iris me ha dicho que llegará por la noche, pero he preferido salir por la mañana. Me apetece sentarme en el porche y disfrutar de los rayos de sol con una taza de café y un buen libro. No es la primera vez que voy a su casa rural. Tiene unas vistas preciosas de un lago y está rodeada de montañas. Sé que la familia de Iris dispone de mucho dinero. Mi amiga casi nunca habla de ellos, pero solo hace falta echarle un vistazo a su ropa y al Mercedes de gama alta que conduce. Siempre pensé que era afortunada por haberme criado en un hogar donde no nos faltaba de nada. A los dieciocho, mi padre pagó la matrícula del grado privado que estudio. Ahora trabajo por las tardes en el concesionario y gano un dinero extra para mis gastos. Somos una familia bien avenida, lo que no tiene nada que ver con la vida lujosa de mi amiga. Ella vive en un dúplex en pleno centro de Barcelona con su hermano Nico, hace la compra en un supermercado ecológico y toda su ropa interior es de La Perla (la mía es de Primark, y a mucha honra). A pesar de su lujosa vida, siempre he tenido la impresión de que Iris no se siente del todo orgullosa de su familia. Por supuesto, es una corazonada. Solo sé lo poco que me ha contado de sus hermanos, ya que nunca me ha hablado de sus padres.

Quedan veinte minutos para llegar a mi destino cuando el cielo se cubre de nubes grises. Espero que solo sea una tormenta pasajera. Diez minutos después, está lloviendo como si se fuera a acabar el mundo. Aprieto el volante con fuerza. Los limpiaparabrisas funcionan a toda velocidad y apenas veo la carretera. Levanto el pie del acelerador y entrecierro los ojos. Intento mantener la calma. Ya falta poco para llegar. Respiro aliviada al ver la casa. Aparco lo más cerca posible de la entrada, cojo la mochila que, por suerte, llevo en el asiento del copiloto y salgo a toda prisa del coche. Me refugio en el porche. A la porra lo de disfrutar del sol.

La casa se alza en una única planta. La fachada es de piedra y el porche, de madera. Está decorada con un estilo rústico. Vigas en el techo, suelos de madera, cocina con muebles de nogal y una chimenea en el centro del salón. Es principios de enero y estoy congelada, por lo que voy al leñero y cojo un par de troncos. Enciendo la chimenea tal y como me enseñó Iris. Me caliento las manos y luego camino hasta la cocina para preparar café. Menos mal que hice la compra antes de venir porque la despensa está vacía y el supermercado más cercano se encuentra a diez minutos en coche. Con la que está cayendo, no me atrevo a conducir. Me pregunto si Iris será capaz de hacerlo en semejantes condiciones. No es por criticarla, pero como conductora deja mucho que desear.

Abro una caja de Chips Ahoy!, cojo la taza de café, el libro que estoy leyendo y me siento en el sofá que hay frente a la chimenea. Me tapo con la manta de borreguito que encuentro a los pies del asiento. Es un planazo, aunque me gustaría que Iris llegase pronto para tener una de nuestras charlas. Me sumerjo en la lectura de *Tres citas con Carter*, una novela romántica que me está gustando mucho. El tiempo se me pasa volando y no me doy cuenta de que han transcurrido dos horas hasta que suena mi móvil. Es Iris.

—¡Hola! —la saludo.

—Estoy en el hospital.

—¡Ay, Dios! —exclamo asustada—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Tranquila —responde con voz llorosa, lo que acrecienta mi temor—. No es nada grave. Un idiota que iba en patinete eléctrico me ha atropellado cuando cruzaba por un paso de peatones. Me he roto la tibia.

—¡Madre mía!

—Ojalá prohibieran los putos patinetes —dice cabreada—. El lunes de la semana que viene tengo un juicio muy importante. Me lo voy a perder. Los médicos me han prescrito reposo. Voy a llevar una escayola durante seis semanas.

—El juicio es lo de menos, Iris…

—Lo siento. No voy a poder ir.

—¡No es culpa tuya! ¿Cómo vas a volver a Barcelona?

—Un colega del bufete me va a llevar. No te preocupes.

—Vale. —Me tranquilizo—. Salgo ya para allá. Esta noche puedo quedarme a dormir contigo y así cuido de ti.

—Freya…

—Ni se te ocurra negarte.

—Allí está diluviando. He consultado el parte meteorológico. No vas a conducir en semejantes condiciones.

—Pero no puedo quedarme aquí si tú no estás…

—Claro que puedes. ¡Estás en tu casa! —exclama con vehemencia—. Oye, estoy inflada a calmantes y cabreadísima porque un capullo me ha atropellado. Lo último que necesito es pensar que mi mejor amiga podría sufrir un accidente en plena tormenta. Por favor, no cojas el coche. Puedes quedarte todo el fin de semana. Ya sabes que por mí no hay ningún problema.

La verdad es que me da un poco de miedo quedarme aquí sola. La casa más cercana está a dos kilómetros. Pienso en un asesino en serie o en el psicópata de las películas de miedo. Soy una presa fácil.

—La casa tiene alarma. —Me lee la mente—. No te rayes. Yo me he escapado allí muchas veces para evadirme. Todas las ventanas tienen rejas y la puerta es blindada. Nadie puede entrar.

—Vale, vale —respondo de mala gana—. Que sepas que, en cuanto amaine la tormenta, no te vas a librar de mí.

—Lo sé. —Se ríe—. Tengo mucha suerte de tenerte.

—¡No le pegues al tío del patinete! —bromeo.

—Uy, solo le voy a poner una demanda que se va a arrepentir de haber nacido.

Me parto de risa porque sé que no exagera.

—Te quiero, rubia.

—Te quiero, miedica.

No me quedo del todo tranquila después de colgar. En realidad, no sé de qué tengo miedo. Es imposible que alguien entre en este búnker. Iris tiene razón. Regreso al sofá y me arrebujo en la manta. Aquí dentro no puede sucederme nada malo.

Me desvelo a las doce y media de la noche con ganas de hacer pis. Salgo de la habitación para ir al baño. Luego me entra sed y voy a la cocina. Estoy bebiendo cuando me percato de la pierna que sobresale del extremo del sofá. Pego un grito y el vaso se cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos. La pierna se mueve. El corazón me da un vuelco. Abro el primer cajón que encuentro, cojo un cuchillo y lo esgrimo con las dos manos.

—¡Fuera! —grito con voz temblorosa. Pego la espalda a la pared y retrocedo lentamente en dirección al baño con la intención de encerrarme dentro, pues es la única habitación con pestillo. Luego recuerdo que mi móvil está en el dormitorio y me quedo paralizada. Si me encierro en el baño, no podré pedir ayuda. El intruso se despereza con toda la calma del mundo—. ¡Estoy armada!

—Suelta eso —dice con tono aburrido—. Te vas a hacer daño.

Algo primitivo se apodera de mí. Agarro el jarrón que hay sobre la encimera y se lo lanzo con todas mis fuerzas sin soltar el cuchillo. Él masculla una palabrota. Aprovecho para correr hasta la

habitación de Iris para coger el móvil. No lo veo por ninguna parte. Entonces recuerdo que lo dejé en la mesa del salón.

«Mierda».

—Estás como una puñetera cabra.

Me sobresalto al escuchar su voz. Está en la entrada de la habitación. Le tiro lo primero que tengo delante, que resulta ser una almohada. La esquiva y se ríe con incredulidad. Me cabrea que no me tome en serio.

—¿Pretendes matarme de un almohadazo?

—¡No te acerques a mí! —Lo señalo con el cuchillo—. ¡No me obligues a utilizarlo!

—En serio, suelta eso —dice con tono severo.

—No hasta que te vayas —contesto con voz temblorosa.

—¿Por qué me iría de mi casa?

—¡Esta no es…!

Me quedo callada de golpe. Estaba tan asustada y todo ha sucedido tan deprisa que ni siquiera lo he mirado a la cara. En cuanto mis ojos se cruzan con los suyos, me quedo boquiabierta. Nunca lo había visto en persona, pero sin duda se trata de él. A ver, las revistas no le hacen justicia. Es más fuerte y musculoso. Pelo negro, mirada desdeñosa, sonrisa burlona. No me lo puedo creer. ¡Es el hermano de Iris!

—¿Qué haces aquí? —balbuceo.

Se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

—¡Iris me ha invitado! —me defiendo alterada—. ¡Se suponía que teníamos la casa para nosotras!

—¿Dónde está mi hermana? —pregunta con recelo.

Su mirada desconfiada me indigna. ¿Acaso piensa que soy una okupa?

—No ha podido venir —le explico—. Habíamos quedado aquí, pero ha sufrido un accidente.

Se le descompone la expresión.

—¿Qué le ha pasado?

Se me escapa un bufido.

—Deberías saberlo. Es tu hermana. —Su mueca crispada no me intimida—. La atropelló un tío con un patinete eléctrico. Se ha roto la tibia.

—Joder… —De repente, endurece el gesto—. ¿No me estarás mintiendo? ¿Cómo sé que no eres una ladrona?

—¿Disculpa? —Saco pecho y lo miro indignada—. ¡Podría pensar lo mismo de ti! Estaba durmiendo cuanto te has colado a hurtadillas.

—He llegado hace una hora y me he quedado dormido en el sofá. No me he colado a

hurtadillas. Tengo llave y conozco la clave de la alarma. En caso contrario, habría sonado, ¿no te parece? —Me quedo callada porque tiene razón. Me lanza una mirada de suficiencia que me enerva—. ¿Cómo sé que eres amiga de mi hermana?

Pongo mala cara. Esto es el colmo. Vale, considerando que es la casa de su familia tiene más derecho que yo a estar aquí. Pero ¡me ha dado un susto de muerte! ¿A quién se le ocurre venir de madrugada en plena tormenta?

—Apártate de mi camino —le espeto para que se quite de la puerta.

—Suelta el cuchillo, Lara Croft.

Aprieto la mandíbula, aunque dejo el cuchillo en la mesita de noche. Él se mueve de la puerta y salgo de la habitación para coger mi móvil. Le enseño mi fondo de pantalla. Es una foto en la que Iris y yo estamos abrazadas.

—¿Lo ves? —digo triunfal—. ¿No se te ha ocurrido saludar cuando has visto que había alguien en la casa?

—Estabas durmiendo. —Se encoge de hombros—. Pensé que eras mi hermana.

—¿No te has dado cuenta de que el coche que hay en la entrada no es el suyo?

—No.

Veo las latas vacías de cerveza sobre la mesa. Pues claro que no se ha dado cuenta. Seguro que ha llegado borracho como una cuba. Pongo mala cara. Entiende lo que estoy pensando y aprieta la mandíbula. No me intimida. Es la primera vez que lo veo en persona, pero ya tengo formada una opinión de él por todo lo que me ha contado Iris.

—¿Vas a volver a la habitación o prefieres quedarte en el sofá?

Estoy a punto de responderle cuando me percato de la herida que tiene en la sien. Entonces recuerdo el jarrón que le he tirado y me siento culpable.

—¡Estás sangrando!

Se lleva la mano a la cabeza y contempla la sangre con frialdad.

—No es nada.

No le hago caso. Voy a buscar el botiquín que hay en el baño. Fuera llueve a mares y me pregunto cómo habrá conseguido llegar hasta aquí. Prefiero no saberlo. El hermano de Iris es la clase de persona que me produce un gran rechazo. Lo tenía todo para ser feliz y lo desaprovechó al elegir las drogas. Cuanto más lejos, mejor. Gracias.

4
Pol

Me aparto de la loca cuando se acerca a mí con el botiquín. Respira profundamente y me lanza una mirada exasperada. No sé de qué va esta tía. ¿Pretende que le pida disculpas por venir a mi casa? Joder, de verdad creía que era mi hermana. Cuando he llegado, llovía a mares y apenas podía ver nada. Había un coche aparcado en la entrada y di por hecho que era el de Iris. Abrí la puerta del único dormitorio de la casa y me la encontré tapada hasta la cabeza, por lo que no le vi la cara. Supuse que era Iris porque suele escaparse aquí a veces. Dice que le sirve para desconectar. Así que abrí un par de latas de cerveza sin alcohol, cogí un paquete de patatas fritas y me quedé sobado en el sofá hasta que la loca me despertó amenazándome con un cuchillo.

Y yo que pensaba que iba a ser un fin de semana tranquilo…

—Tengo que desinfectarte la herida —dice irritada, como si me estuviera comportando como un crío.

—La herida que tú me has hecho al tirarme un jarrón a la cabeza —le recuerdo con tono acusador.

—Pensé que eras un ladrón.

Por lo visto, la palabra «perdón» no entra dentro de su vocabulario. No sé de qué me sorprendo. Ha cogido un cuchillo como si fuera capaz de clavármelo, pero se nota que solo es una niña asustada que va de dura. No le echo más de diecinueve años. Estatura media, delgada y rostro atractivo. Tiene unos bonitos ojos almendrados color miel, la boca carnosa y la nariz respingona. Su pelo negro contrasta con dos mechones blancos que tiene recogidos detrás de las orejas. Lleva una camiseta enorme con la cara de Chuck Norris y la frase: «Quien se ríe el último, ríe mejor. Pero quien se ríe de Chuck Norris muere». Al darse cuenta de que la estoy mirando, se tira de la camiseta para taparse los muslos. Pongo mala cara. No la estaba mirando de *esa* forma. Solo estaba leyendo la frase. Ni que fuera a lanzarme encima de ella.

—No te emociones. No eres mi tipo.

—No sabes cuánto me alegro —responde con ironía.

A ver, no voy a mentir. Es guapa. Si nos hubiéramos conocido en otro momento de mi vida, le habría tirado la caña. Pero me ha amenazado con un cuchillo y es muy antipática. Además, lo último que me apetece es echar un polvo.

Abre el botiquín, coge un paquete de gasas y un bote de agua oxigenada.

—Trae eso. —Se lo arrebato de las manos.

—¡Solo quiero curarte! —exclama cabreada.

—No voy a dejar que me pongas las manos encima.

Suelta un bufido. Deja el botiquín en la mesa y veo que contempla algo.

—¡Te has comido mis patatas! —grita indignada.

—No sabía que eran tuyas.

Me mira de reojo y pone mala cara. Por suerte, no dice nada. Me desinfecto la herida mientras me observa en silencio. Luego se marcha. Supongo que va a volver a encerrarse en el dormitorio. La escucho barrer los trozos de jarrón. Después regresa con una bolsa de basura en la que mete las latas de cerveza y el paquete vacío de patatas.

—Iba a limpiarlo yo.

—Sí, claro.

También pongo mala cara. Me da igual lo que piense. Qué tía más borde. Aunque no me extraña. Es amiga de Iris. Seguro que es una pija estirada. Será la hija de algún amigo de nuestros padres. La típica niñita rica que no da un palo al agua y solo sabe utilizar la tarjeta de crédito de papá.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto. No me interesa, pero la tormenta parece que va para largo y me sentiré más cómodo al saber su nombre.

—Tú tampoco te has presentado.

Se me escapa una risa áspera.

—Sabes de sobra cómo me llamo.

—Iris habla poco de ti —me suelta con indiferencia—. No lo recuerdo.

Solo lo dice para tocarme la moral. Casi todo el mundo sabe cómo me llamo.

—Seguro que has leído mi nombre en alguna revista…

—No me interesa la prensa —responde con tono desdeñoso—. No eres tan fascinante como crees.

—Ni tampoco conoces a Yūgen —añado con sarcasmo—. Nunca has escuchado nuestra música en la radio. Venga, sigue haciéndote la dura. No cuela.

—¿Se supone que debo sentirme impresionada por tu fama? —replica con un tonillo chulesco que me saca de quicio—. Ya sé que eres el batería de Yūgen. Tu hermana lo comentó una vez.

—Pol —le digo para que se deje de jueguecitos absurdos—. ¿Y tú eres…?

—Freya.

—Menudo nombrecito —me burlo. Es catalana, su acento la delata—. Tu madre se debió de quedar contenta al ponerte un nombre tan original.

—Mi madre está muerta —me espeta.

«Joder».

—Perdona, yo no…

—No importa. —Me da la espalda. Creo que está llorando.

Menudo bocazas estoy hecho. La miro sin saber qué hacer o decir. Hemos empezado con mal pie y estamos aquí encerrados. Debería poner de mi parte para que la convivencia no sea un infierno. Al menos hasta que pueda librarme de ella.

—¿Te quieres largar de una vez para que pueda dormir? —pregunta con tono glacial—. Estoy agotada.

—Está diluviando —respondo cabreado. Además, esta es mi puñetera casa. ¿En serio tiene la poca vergüenza de echarme?—. ¿Adónde quieres que vaya?

—Al dormitorio. —Se da la vuelta. Tiene los ojos brillantes, pero la mirada que me lanza es afilada como el cuchillo con el que me amenazó hace un rato—. Para que pueda dormir en el sofá.

Me relajo. Conque era eso.

—No tienes por qué dormir en el sofá —digo con suavidad.

—Tranquilo, no hace falta que vayas de bueno después de haber metido la pata. Ya sé que eres un imbécil. No necesito tu compasión.

Se me desencaja la expresión. No estoy acostumbrado a que las tías me hablen así. Me froto la cara. Menuda pesadilla. Lo último que esperaba al venir aquí era encontrarme con la desagradable amiguita de mi hermana. Ya le vale a Iris. Cuando le dije que podía venir siempre que quisiera, no me refería a que trajese compañía.

Me tumbo bocarriba en el sofá ante la mirada crispada de Freya. ¿Quiere tocarme los huevos? De acuerdo, yo también sé jugar a «a ver quién de los dos es más cabezota». Lo lleva claro si cree que va a ganar. Me pongo un brazo debajo de la cabeza y la miro con suficiencia.

—¿Te importa apagar la luz? —le pregunto.

Freya me fulmina con la mirada antes de darse la vuelta y encerrarse en el dormitorio de un portazo. Por supuesto, no apaga la luz. Qué chica tan irritante. Ojalá mañana amanezca despejado y se marche. Simplemente quiero estar solo.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

El chico malo del rock la lía de nuevo

Todos nos preguntábamos dónde estaba Pol Casals, el desaparecido batería de Yūgen. Si creíamos que estaría llevando una vida sana y tranquila en una paradisiaca isla del Caribe, nos equivocábamos. Resulta que ha vuelto a Barcelona, su ciudad natal, más revolucionado que nunca.

Que Pol es el rey de la noche es algo que saben de sobra en la Ciudad Condal. El martes pasado decidió celebrar su vuelta por todo lo alto dando una gran fiesta en su impresionante ático. Sin embargo, la cosa se desmadró y la policía acabó yendo al domicilio del músico. Según cuentan algunos testigos de la noche, «estaba desfasado, estrelló un jarrón contra el suelo». Otro invitado es todavía más duro con el batería: «Ya no es el que era. Supongo que por eso lo han echado del grupo».

La verdad es que a todos nos ha pillado por sorpresa que lo hayan reemplazado por otro músico. ¿Dónde queda aquello de que la banda era una familia? ¿Se habrán cansado sus excompañeros del mal carácter del artista? ¿Cómo se habrá tomado Pol que sus amigos lo hayan cambiado por otro?

5
Freya

Apenas he podido pegar ojo esta noche, pero no quería salir de la habitación y encontrarme con Pol. Sé que se arrepintió de haber hecho el comentario sobre mi madre. Parecía muy avergonzado. Sin embargo, debería haberlo pensado antes de abrir la boca. Uf, Iris podría haber mencionado que cabía la posibilidad de que su hermano apareciera por aquí. Ahora voy a estar encerrada con él hasta vete a saber cuándo. No ha dejado de llover. Es una tormenta horrible, con rayos y un viento furioso que golpea contra las ventanas de la casa. Si Oriol estuviera aquí conmigo, me agarraría a él como una lapa. Hablando de mi novio, debería responder a sus wasaps.

Oriol
¿Qué tal el finde de relax?
Yo estoy estudiando Contabilidad y echándote de menos. ☹
Ayer terminé de ver *La casa del dragón.* En serio, tienes que darle una oportunidad. Es casi tan buena como *Juego de tronos.*

Oriol y yo nos conocimos en el instituto. Todavía recuerdo la primera vez que lo vi. Un par de chavales de bachillerato se estaban metiendo conmigo por mi pelo (qué novedad). Entonces, un chico desgarbado de primero de la ESO apareció para echarme un cable y los llamó abusones. Le habrían dado una paliza de no ser por la oportuna aparición de un profesor. Desde ese momento nos hicimos inseparables. Se convirtió en mi mejor amigo y juntos vivimos un montón de primeras veces. No sé en qué momento empezó a verme como algo más. A los diecisiete, me confesó que estaba enamorado de mí y me pilló desprevenida al besarme. Para mi sorpresa, el beso me gustó tanto que se lo devolví con muchas ganas. Ya me había enrollado con varios chicos, así que comprendí que entre nosotros había mucha química. Así pasamos de amigos a novios.

Resulta que salir con tu mejor amigo tiene muchas ventajas: te conoce, tenéis los mismos gustos, te escucha… Aunque también tiene un gran hándicap: si la relación se acaba, no solo has perdido a tu pareja, sino también a tu amigo. Supongo que esa fue la principal razón por la que decidí perdonarlo hace un año, cuando me confesó que me había engañado. Pensaba que jamás

sería capaz de pasar por alto una infidelidad. De hecho, estaba absolutamente convencida. Hasta que el año pasado Oriol se presentó en mi casa a las ocho y media de la mañana de aquel domingo. El día anterior había salido de fiesta con unos compañeros de la universidad. Por lo visto, bebió bastante y acabó en la casa de una chica que no conocía. Cuando se despertó a la mañana siguiente, se encontraba en su cama y no se acordaba de nada. Estaba muy arrepentido y decidió que debía decirme la verdad. Hazme caso, la sinceridad está sobrevalorada.

Si no me lo hubiera contado, jamás me habría enterado. Pero lo hizo y me rompió el corazón. Lo saqué a empujones de mi casa y estuve tres semanas sin dirigirle la palabra. Él no paró de insistir. Dios, parecía tan hecho polvo… No solo echaba de menos a mi novio, sino también al amigo al que podía llamar cuando tenía un mal día. Así que, contra todo pronóstico, decidí darle una segunda oportunidad. Y aquí estamos un año después. ¿Me arrepiento de haberlo perdonado? No lo sé. Cuando alguien que amas te traiciona, es muy complicado volver a creer en esa persona, porque la confianza tarda mucho tiempo en formarse y una fracción de segundo en romperse.

El caso es que lo perdoné. Oriol me ha demostrado que está muy arrepentido. Sé que me quiere. Un error no echa por tierra todo el amor que sientes por alguien. Aunque es cierto que hay días en los que recuerdo su infidelidad y me enfado con él, a pesar de que me prometí que si lo perdonaba era con la responsabilidad de pasar página. Lo hablé con mi padre (sé que parece raro, pero es la clase de adulto enrollado con el que puedo hablar de casi cualquier cosa) y me aconsejó que solo lo perdonara si era capaz de no echarle en cara que se había equivocado. «El perdón es el acto de amor más generoso que existe. Solo tiene sentido si es sincero. De lo contrario, te estarás haciendo daño a ti misma y estarás culpando a la otra persona por algo que ya deberías haber olvidado». Mi padre suele decir verdades como templos. Por eso, si de repente Oriol y yo tenemos una discusión absurda y estoy a punto de recriminarle su traición, me acuerdo de esas palabras y freno justo a tiempo.

Si algo tengo claro es que la infidelidad de Oriol no tuvo nada que ver conmigo. Sí, puede que estuviera más distante porque me obsesioné con bordar los exámenes finales del grado de Automoción. Pero eso no le daba derecho a acostarse con otra.

Algunas personas se vienen abajo cuando les son infieles y tienden a buscarse un montón de defectos para encontrar una explicación. Sin embargo, la infidelidad define a la persona que la comete, y no a quien es traicionado. Si alguien te falla, no significa que a ti te falte nada. No es tu problema, sino el suyo.

Lo tuve clarísimo cuando Oriol me confesó que me había engañado. Al mirarme en el espejo, seguí viendo a la misma chica de la que él se había enamorado. Soy sensible, lo doy todo por las personas a las que amo y no me avergüenzo de entregarme sin límites. Joder, valgo mucho. Decidí perdonarlo porque lo quiero en mi vida. Fin de la historia. A diferencia de lo que opine mi

hermana, que nunca me entenderá, no tuvo nada que ver con una falta de autoestima. Tengo mucho amor propio. Por eso mismo decidí darle una segunda oportunidad a Oriol. Porque, a pesar de que me había hecho daño, lo echaba de menos. Si me hubiera dejado guiar por la opinión de mi hermana o la de mis amigos, no lo habría perdonado. Y entonces habría hecho lo que los demás querían que hiciera por miedo a decepcionarlos.

Sinceramente, la vida es demasiado corta para hacer lo que los demás esperan de ti. No hay nada más valiente que tomar tus propias decisiones y ser dueña absoluta de tus errores. Prefiero arrepentirme de haber hecho algo que quedarme con la duda de lo que podría haber sido.

Respondo el wasap de Oriol. No quiero hablarle de Pol porque no me apetece que se raye. A veces mi novio se comporta como si yo quisiera pagarle con la misma moneda. Ay, no lo entiendo. No soy así. Cuando perdonas lo haces con todas las consecuencias. ¿Por qué iba a querer engañarlo? No siento ninguna necesidad de vengarme o de quedar por encima de él. El pasado pasado está. Además, si le hablo de Pol, se preocupará porque estoy encerrada con un completo desconocido.

Yo
Iris no ha podido venir. Tuvo un accidente con un patinete eléctrico.

Oriol
¡Vaya! ¿Estás bien allí sola?

Yo
Sí, sí. No te preocupes. Ya sabes que soy una tía dura 😎.
Voy a aprovechar para leer y desconectar.

Oriol
Esa es mi chica.

Yo
¿Te importa pasar por casa de mi hermana y comprobar qué tal está?
Ve con la excusa de que me hace falta un libro que me dejé allí.

Oriol
Nena, ya sabes que tu hermana no me soporta…

Me muerdo el labio. Tiene razón. Conociendo a Astrid, es capaz de no abrirle la puerta. No debería haberle contado que Oriol me engañó. Ahora se comporta como si él fuera lo peor. Mi padre dice que mi hermana es muy protectora conmigo y que me quiere tanto que no le entra en

la cabeza que Oriol me fuera infiel. A ver, agradezco su lealtad, pero, si yo lo he perdonado, ella debería hacer lo mismo. O, por lo menos, fingir que no quiere arrancarle la cabeza de un puñetazo cuando lo tiene delante.

Yo
Tienes razón. Es que estoy preocupada por ella. No sé si he hecho bien en venir. ¿Y si me necesita?

Oriol
Has hecho muy bien en organizar este viaje. Ya sabes cómo es Astrid. Dale tiempo.

El hecho de que Oriol e Iris opinen lo mismo me tranquiliza un poco. Sé que tienen razón. Astrid necesita tiempo y espacio. Está acostumbrada a cuidar de mí y las tornas van a cambiar. Supongo que se estará haciendo a la idea.

Oriol
¿Sabes? Voy a hacerle una visita con la excusa de recoger ese libro. Lo único que puede pasar es que no me abra la puerta.
En el fondo, sé que me quiere 😂.

Sí, muy en el fondo…

Oriol
Pégame un toque si necesitas algo, ¿vale? Te quiero ♡.

Le respondo con el emoticono de un beso. La verdad es que me quedo más tranquila si va a visitar a Astrid. Por estas cosas sé que hice bien en perdonarlo. Sigue siendo mi mejor amigo. Cuando tengo un mal día, es la segunda persona a la que acudo. La primera es Iris, pues nos hemos hecho inseparables.

Me quito el pijama, me pongo un jersey, unos vaqueros y salgo de la habitación esperando encontrar a Pol roncando a pierna suelta en el sofá. Para mi sorpresa, está leyendo un libro. Lo observo sin que se dé cuenta. Anoche le mentí. Por supuesto que sé cómo se llama. Iris me ha hablado mucho de él para desahogarse, por lo que ya conozco perfectamente cómo es el chico que tanto sufrimiento causa a mi amiga. Hace ocho meses estuvo a punto de morir de una sobredosis. Se desintoxicó y luego se largó a ver mundo mientras mi amiga se preocupaba por él y me llamaba llorando más de una noche porque su hermano no le cogía el teléfono. Debería llamar a Iris y explicarle que estoy con él, pero descarto la idea de inmediato. Acaba de sufrir un accidente. No quiero preocuparla.

—Buenos días —me saluda.

No sé si su tono es amistoso. Ni siquiera se da la vuelta. Supongo que debo de haber hecho algún ruido al salir de la habitación.

—Buenos días. —Voy a la cocina y me sorprendo al ver que no ha preparado café ni ha cogido la comida que hay en el frigorífico. Me siento un poco culpable. Anoche le grité por haberse zampado mis patatas fritas. Solo lo dije porque me había llevado un buen susto y estaba cabreada. Estamos aquí encerrados y no puede ir al supermercado. No pretendo matarlo de hambre—. ¿Quieres un café?

—Si no es molestia… —dice con retintín.

Pongo los ojos en blanco. Menudo cretino. Solo intento ser amable. Me dispongo a preparar una cafetera cuando aparece a mi espalda. Se ha debido de dar una ducha, pues me llega el olor del gel de baño.

—Deja que lo prepare.

—Claro. —Le hago un hueco en la cocina. Si vamos a estar aquí encerrados, será mejor que intentemos llevarnos bien—. Coge lo que quieras del frigorífico.

—Gracias por tu hospitalidad —responde con ironía.

Me muerdo la lengua. Mira que es capullo. Yo aquí, intentando ser amable, mientras él… Frunzo el ceño. ¿Qué está haciendo? Coge un bol y empieza a mezclar huevos, harina y azúcar. Pone una sartén al fuego y le echa una cucharada de mantequilla.

—¿Te apetecen tortitas? —me pregunta.

Me quedo embobada mirando sus brazos tatuados. Sus bíceps se contraen al batir los ingredientes. En las revistas parece más delgado, pero al tenerlo delante me doy cuenta de que está muy en forma. A ver, no es que me interese la prensa del corazón. Sin embargo, cuando Iris me contó quién era su hermano y lo mucho que la estaba haciendo sufrir, me pudo la curiosidad y lo busqué en internet. Desde entonces he dado por hecho que es un idiota. Y ahora, aquí estamos.

—¿Eso es un sí? —añade mirándome con una mueca burlona.

—Sí, gracias.

Le sostengo la mirada. No quiero que piense que me interesa en ese sentido. Tengo novio. Soy una persona fiel por naturaleza. Además, me cae mal.

Por las mañanas, me gusta escuchar música, así que enciendo la radio y sintonizo mi emisora de música pop favorita. Suena «Nochentera», una canción que siempre me pone de buen humor. Tarareo la melodía mientras busco dos tazas y un par de platos limpios. Me percato de que Pol pone mala cara.

—¿No te gusta?

—Podrías escuchar música de verdad.

Dejo los platos en la encimera con brusquedad. Uy, por ahí sí que no paso.

—La música pop alegra a la gente —replico indignada—. ¿Cuál se supone que es la música de verdad? ¿La que haces tú?

—Yo no he dicho que…

—Payaso pretencioso —siseo muy bajito, aunque lo bastante alto para que se entere.

Tensa los hombros. Le da la vuelta a una tortita y me señala con la espátula.

—Sin faltar, fea.

Me río en su cara. ¿En serio? Qué infantil.

—Solo digo que lo de ser una estrella del rock se te ha subido a la cabeza —contrataco. Va listo si cree que voy a quedarme callada—. Hay música para todos los gustos. No todo van a ser baladas de rock que hablan de lo deprimente que es la vida.

—Ya, claro. Porque las canciones de Adele son la mar de optimistas.

—Lávate la boca para hablar de Adele. No sabía que los músicos de tres al cuarto fuerais tan egocéntricos.

Pol me atraviesa con la mirada. Levanto la barbilla. No me intimida. ¿De qué va? Puedo escuchar lo que me dé la gana. Que sea el batería de un grupo de rock no le da derecho a ningunear los gustos musicales de los demás.

—Tiene gracia que me llames payaso cuando tú pareces Morticia Addams con ese tinte de pelo.

—Es una enfermedad hereditaria, capullo —le espeto—. Tengo piebaldismo.

Lo dejo con sus tortitas, cojo el libro que estoy leyendo y voy a encerrarme en la habitación. Se me ha quitado el apetito. Iris tiene el cielo ganado con su hermano. Buf, ¿cómo lo soporta?

6
Pol

Joder, primero meto la pata con su madre y ahora con su enfermedad. Me estoy luciendo. ¿Qué diantres me pasa? No soy la clase de tipo mezquino que se burla del físico de otra persona. No es mi estilo. Además, Freya es muy atractiva. Es solo que… me saca de mis casillas. Llevo un montón de tiempo viajando de un sitio para otro y huyendo de todo el mundo. De repente, estoy encerrado con una chica que me mira como si fuera lo peor. Y, para colmo, no dejo de cagarla.

Termino de cocinar las tortitas y aparto la cafetera del fuego. No me cuesta reconocer mis errores. Por eso voy a la habitación y llamo a la puerta. Ni siquiera se molesta en responder. Respiro hondo y vuelvo a llamar.

—¡Olvídame! —me grita.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad—. Me he sentido atacado cuando me has llamado payaso pretencioso. No debería haber entrado al trapo.

—¡Ah, que ahora es culpa mía! —exclama indignada.

—No he dicho que… —No entiendo por qué es tan difícil hablar con esta chica. Abro la puerta. Está tumbada bocabajo leyendo en la cama. Esperaba encontrarla llorando o afectada, pero solo parece irritada de verme—. Ha sido culpa mía.

—Tío, ¿no sabes llamar?

—He llamado.

—Y no te he dado permiso para entrar.

—Vale. —Intento no perder la compostura—. El desayuno ya está listo. En realidad, no creo que tu pelo tenga nada de malo. De hecho, me gusta cómo…

—Me da igual lo que opines de mi aspecto —me interrumpe con sequedad—. No necesito tu validación masculina para sentirme más a gusto con mi cuerpo.

Levanto los brazos. En serio, me rindo.

—Solo pretendía ser amable.

—Tampoco necesito que seas amable conmigo. Me conformo con que no me dirijas la palabra.

—Va a ser un poco complicado teniendo en cuenta que estamos aquí encerrados. —Me doy la vuelta. Paso de seguir discutiendo con ella—. Te dejaré tortitas por si te apetece desayunar.

El hambre le debe de poder más que el orgullo, pues al cabo de media hora sale de la habitación, coge el plato de tortitas y una taza de café. Doy por hecho que va a regresar al dormitorio, pero se sienta en el sofá (lo más alejada posible de mí, no vaya a ser que nos rocemos) y enciende la televisión.

—Me gusta comer viendo la tele —me informa sin mirarme—. ¿Te molesta el sonido mientras lees?

—No.

En realidad sí, ya que me desconcentro. No obstante, quiero que tengamos la fiesta en paz. Por eso dejo aparcada *La danza de los tulipanes*, la novela negra que estoy leyendo, y aprovecho para enviarle un wasap a mi hermana.

—¿Le has dicho a Iris que estamos juntos? —le pregunto.

—No.

La miro con curiosidad. Ella se percata de que la estoy observando y me devuelve la mirada. Me fijo en la pequeña mancha en forma de mariposa que tiene en la frente. Quizá esté relacionada con el piebaldismo. No le afea la cara en absoluto. De hecho, le da un toque muy adorable. Joder, no me puedo creer que acabe de pensar que la tía que anoche me amenazó con un cuchillo sea adorable. Lo retiro.

—No se lo he dicho porque no quiero preocuparla, teniendo en cuenta que acaba de sufrir un accidente. No nos ha presentado. No quiero que piense que me siento incómoda o algo raro.

—¿Te hago sentir incómoda? —pregunto con tacto.

Se encoge de hombros.

—No en el sentido de estar encerrada con un tío que no conozco de nada. Ya me has dicho que soy un cardo.

—No creo que seas… —Me callo justo a tiempo. Si le hago un cumplido, lo mismo intenta asfixiarme con un cojín—. Oye, hemos empezado con mal pie. Ninguno de nosotros esperaba encontrarse al otro aquí. Somos un par de desconocidos. ¿Podemos dejar atrás el mal rollo?

—Sí —responde para mi alivio—. Mientras no vuelvas a insultarme.

—Tú también me has insultado.

—¡Porque tú has criticado la música que escucho!

—De acuerdo —zanjo irritado—. Vamos a dejarlo.

Freya devuelve la vista a la televisión.

—Has empezado tú…

Me ahorro lo que pienso. No merece la pena. No vamos a llegar a ningún entendimiento. Le envío un mensaje a mi hermana. No le pregunto qué tal está porque querrá saber cómo me he enterado. Me informa de que la ha atropellado un patinete, pero no me pide que vaya a hacerle la

compra ni a visitarla. No confía en mí. Tampoco la culpo. Le respondo que estoy fuera de la ciudad, pero que en cuanto regrese a Barcelona iré a verla.

—¿Cuándo crees que terminará esta tormenta? —me pregunta Freya angustiada.

Llevamos casi una hora sin dirigirnos la palabra. Ella está leyendo lo que creo que es una comedia romántica y yo sigo con mi libro. Estamos sentados en los extremos opuestos del sofá con el ruido del crepitar de la chimenea de fondo.

—He consultado el parte meteorológico. Parece que va para largo.

De vez en cuando escampa durante unos minutos, pero luego vuelve a llover con más fuerza. No podemos coger el coche en estas circunstancias, pues la única carretera de salida es muy estrecha y tiene poca visibilidad. Entiendo que quiera perderme de vista (el sentimiento es mutuo), pero parece que vamos a estar aquí otro día más.

—¿Cómo conociste a mi hermana? —le pregunto con curiosidad.

—En una parada de autobús. Las dos nos refugiábamos de la lluvia.

«Vaya, así que no es una de las hijas de los amigos de mis padres».

—¿Qué tal tu libro? —se interesa.

Sé que solo me está sacando conversación para ser educada. Valoro su esfuerzo.

—Está bastante bien. ¿Y el tuyo?

—Es una comedia romántica. Carter, el protagonista, tiene tres citas el Día de San Valentín y no se presenta a ninguna.

—Menudo capullo.

—Pues ya tenéis algo en común. —Se tapa la boca con una mano y me mira avergonzada—. Perdón, me ha salido sin pensar.

Se pone tan colorada que se me escapa una carcajada. Entiendo que lo ha dicho sin maldad. Como he sido un bocazas, decido no tenérselo en cuenta. Al ver que me río, esboza una pequeña sonrisa tímida y sus ojos color miel se iluminan.

—Creo que el libro va a tener un *plot twist* que explique por qué Carter no se presentó a ninguna de las citas —explica—. No sé, tengo la impresión de que en el fondo es un buen tío.

—Ya puede tener una buena excusa.

—¿Te gusta leer?

—La verdad es que me aficioné hace poco. Me van las novelas negras. Necesitaba un pasatiempo para tener la mente ocupada.

—Veo que te queda poco. —Señala mi libro con la cabeza—. A mí también. Si quieres, nos los intercambiamos cuando acabemos. A ver, es una comedia romántica y a lo mejor a ti…

—Hecho.

La novela romántica no me llama la atención, pero aquí no tenemos otra cosa que hacer y no soy un tipo prejuicioso. Volvemos a centrarnos en la lectura, esta vez sin esa tensión de hace

unos minutos. Al cabo de un rato, Freya se levanta para coger un paquete de galletas con pepitas de chocolate que comparte conmigo.

Ya no me parece tan antipática. Puede que la haya juzgado precipitadamente al haber empezado con mal pie. Además, no soy el más indicado para criticar a nadie. Al fin y al cabo, tengo una larga lista de errores a mis espaldas.

7
Pol

Pasamos el resto de la mañana leyendo en el sofá. A las doce, Freya se levanta para preparar té y me pregunta si quiero una taza. Le respondo que sí y luego vuelvo a enfrascarme en la lectura. Es algo a lo que me aficioné durante mi estancia en la clínica de desintoxicación. Necesitaba tener la mente ocupada, por lo que me enganché a la novela negra. Me gusta estrujarme la cabeza para averiguar quién es el malo. Así evito pensar. Los cuatro meses que estuve en el centro me enseñaron que no hay peor enemigo que tus propios pensamientos.

De vez en cuando observo de reojo a Freya sin que se dé cuenta. Está muy ensimismada, por lo que deduzco que el libro le está gustando. Ahora me pica la curiosidad por conocer al tal Carter. Hace un momento dejó escapar un gemido de sorpresa y supuse que había llegado a ese *plot twist* del que me habló. No se parece en nada a las amigas de mi hermana, y eso me descoloca. Viste una camiseta con un cactus con gafas de sol y la frase «I'm so cool», unos *leggings* grises y unos calcetines con estampado de pizzas. No es la típica pija superficial que se preocupa por su aspecto y se queja de chorradas, como suelen hacer las amiguísimas de mi hermana. Si Iris la ha invitado, debe de significar mucho para ella.

—¿Qué? —Me pilla mirándola. Frunce el ceño—. ¿Tengo monos en la cara?

—Tengo hambre.

—¿Qué tiene eso que ver con que me estés mirando?

—Iba a preguntarte si te apetece almorzar —miento para salir del paso. Solo la estaba observando porque me produce curiosidad. Eso es todo.

—Casi siempre estoy hambrienta. —Se acaricia la barriga y sonríe—. Voy a prepararte mi especialidad.

—Ya lo hago yo.

—¿Tengo pinta de querer envenenarte? —inquiere indignada.

—No lo sé. ¿Debería preocuparme?

—No soy una chica que viva en el rencor ni me tomo tantas molestias con personas que me importan un bledo.

Conque esas tenemos. No sé por qué entro al trapo. Quizá se debe a que no estoy

acostumbrado a tropezarme con mujeres que me hablen así. En serio, esta chica está aplastando mi ego.

—No empieces, fea.

—No me provoques, capullo.

Me levanto, pero ella es más rápida y me señala con el libro.

—¡No quiero discutir! —exclama exasperada.

—Ni yo tampoco —respondo con calma. De verdad, lo suyo es de otro planeta. No me puedo creer que estemos peleando por esta tontería.

—De eso nada. —Sigue en sus trece—. Tú hiciste el desayuno. Ahora me toca a mí. Además, así te da tiempo a terminar el libro. A mí solo me quedan cuarenta páginas.

—Así que solo lo haces para tener algo nuevo que leer…

—Exacto. —Me guiña un ojo, lo que me hace bastante gracia.

—¿Cuál es tu especialidad?

—El almuerzo de todo estudiante que se precie —contesta con tono solemne—: arroz a la cubana con huevo frito.

Hace bastante tiempo que no como algo tan básico y se me hace la boca agua. Antes no tocaba una sartén y solía encargar el menú semanal en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. En la clínica me aficioné a las clases de cocina, una actividad que, para mi sorpresa, se me dio bastante bien. Después estuve en la India y experimenté con las especias (el curry y el pollo *tandoori* me salen de muerte). Ahora soy un buen cocinero. Si alguien me lo hubiera dicho hace ocho meses, lo habría tildado de loco. En fin, la vida puede cambiarte mucho en un corto periodo de tiempo.

Le miro el culo cuando se dirige a la cocina. No puedo evitarlo, soy así de básico. La verdad es que está muy buena. Es unos centímetros más baja que yo y tiene unas curvas bien proporcionadas. Esa camiseta extragrande no me engaña. No sé qué me ha entrado de repente. Es amiga de Iris, razón de sobra para descartarla, a no ser que quiera enfrentarme a la ira de mi hermana. Supongo que llevo tanto tiempo sin acostarme con una mujer que es normal que me fije en la chica mona con la que estoy conviviendo a la fuerza.

Es algo bueno, ¿no? Hasta hace poco, mi apetito sexual estaba por los suelos. El psicólogo me dijo que era normal teniendo en cuenta lo que había vivido. Después de una situación traumática, la libido se desploma. Me alegro de volver a ser el que era (solo en ese aspecto, no me malinterpretes).

—¡Mierda! —grita Freya.

Me levanto del sofá para ayudarla. Hay aceite por todas partes. Se ha quemado la mano. Aparto la sartén del fuego, apago la vitrocerámica y abro el grifo del agua para que pueda meter la mano debajo.

—No la pongas muy fría —le aconsejo—. Es mejor que esté templada.

—Freír un huevo es una tarea de alto riesgo —se queja—. Le tengo pánico.

—¿No decías que era tu especialidad?

—Quería hacerme la valiente —responde con la boca pequeña—. Es mi comida favorita, y como tú hiciste las tortitas…

Observa el huevo con pena. La yema se ha reventado. Luego me ocuparé de eso. Ahora me preocupa más su mano. Voy al baño para coger el botiquín y regreso con la crema para las quemaduras.

—Déjame ver.

—Puedo hacerlo sola. —Suelta un bufido.

—Igual que el huevo frito, Wonder Woman.

Me fulmina con la mirada, pero me ofrece su mano. La seco con cuidado con papel de cocina. Tiene una pequeña mancha roja, no es nada grave. La crema evitará que le salga una ampolla. Extiendo una fina capa con delicadeza. Estamos tan cerca que puedo ver las pecas de su nariz, algo de lo que no me había dado cuenta. Sus ojos color miel se encuentran con los míos cuando me fijo en la mancha blanca que tiene en la frente. Me observa con recelo, como si esperase algún tipo de reacción negativa por mi parte. Sinceramente, me parece guapa con la marca o sin ella.

—Ya está.

—Gracias. —Aparta la mano con brusquedad—. No tenías por qué hacerlo.

Tiene razón, pero no me costaba nada. Además, mentiría si dijera que no me ha gustado tocarla. Tiene la piel muy suave y huele a manzana.

—¿De verdad tu comida favorita es el arroz a la cubana con huevo frito?

—Sí —responde a la defensiva—. Ya sé que es muy simple. No te rías, ¿vale? A mi padre se le da fatal cocinar. Al principio le costó adaptarse. Era la única comida que le salía bien después de que mi madre… —Deja la frase sin acabar y evita mi mirada—. Me gusta y punto.

—De acuerdo. —Cojo la espátula para quitar los restos de huevo de la sartén—. Solo lo preguntaba por si te apetecía comer otra cosa. Venga, siéntate. Yo me ocupo del almuerzo.

—Vaaale —dice de mala gana.

Es demasiado orgullosa para sentarse, por lo que pone la mesa y me pregunta qué quiero beber. Mientras tanto, vuelvo a calentar el aceite y pelo un par de dientes de ajo que utilizo para la cocción del arroz.

—Si le echas sal al aceite, evitas que salpique —le explico.

Freya se pone detrás de mí y observa cómo frío el huevo. Es uno de los trucos que aprendí en el taller de cocina.

Después de preparar la comida, nos sentamos a la mesa. Freya prueba el arroz y ahoga un

gemido, lo que me provoca una sonrisa de satisfacción.

—Dios… —Me mira impresionada—. Está buenísimo. ¿Qué le has echado?

—Ajo y orégano. Le da un toque increíble a la salsa. He tenido que utilizar tomates en conserva. Es una pena que no tuviera frescos para preparar una salsa casera. No es por fardar, pero me sale riquísima.

—¿Te gusta cocinar?

—Aprendí hace poco. Me relaja.

—Yo ni siquiera sé hacer un huevo frito.

—No me digas.

Nos reímos. Me señala con el tenedor.

—Ahora tengo que probar esa salsa de la que tanto presumes.

Sonríe de oreja a oreja. Tiene una sonrisa preciosa. Quién lo hubiera dicho.

—Y yo que pensaba que eras un cretino mimado que tenía cocinero y mayordomo. —Se tapa la boca con una mano y me mira avergonzada—. Uy, lo siento. Suelo hablar sin pensar. No tengo filtro.

—No pasa nada. —Le resto importancia. Me hace gracia que sea tan espontánea. No estoy acostumbrado a lidiar con personas que dicen lo primero que se les ocurre. Es agradable charlar con alguien que no intenta hacerme la pelota—. Háblame de ti.

Freya deja el tenedor en el plato y me mira descolocada. No pretendía que sonara tan raro. Me encojo de hombros para suavizar mis palabras.

—Eres amiga de mi hermana. Tengo curiosidad.

—¡Ah! —Se relaja—. No sé qué quieres que te cuente.

—¿Trabajas? ¿Estudias?

—Tengo veinte años y estudio el segundo curso del grado de Técnico Especialista de Automóviles de Alta Competición. Termino el año que viene. Mi padre es dueño de un concesionario de coches de segunda mano y un taller en el que se ponen a punto. Por las tardes le echo una mano.

—Vaya —respondo sorprendido.

—¿Qué? —Enarca las cejas—. No me vengas con eso de que no es algo típico de una mujer.

—Qué va, es que no tengo ni idea de lo que estás estudiando —contesto con sinceridad.

—*Motorsport* —resume—. Quiero ser mecánica de Fórmula 1.

—Si te soy sincero, no soy aficionado a la Fórmula 1.

—Pensé que te gustaban las motos. —Al ver mi cara de sorpresa, añade—: Tu hermana me dijo que te apasionan.

Me pregunto qué más cosas le habrá contado Iris. Creo que prefiero no saberlo.

—Me encantan las motos. Me gusta la sensación de velocidad y libertad que te dan… Es

alucinante. Sin embargo, la Fórmula 1 nunca me ha llamado la atención. Me suelen invitar a algunas carreras, pero no he ido a ninguna.

—¡Qué dices! —Se lleva las manos a la cara—. Daría lo que fuera por estar en tu lugar. Las entradas valen un ojo de la cara. Yo solo he ido un par de veces.

—Hecho.

—¿Qué? —pregunta descolocada.

—Te avisaré la próxima vez que me inviten.

Abre los ojos de par en par y se pone colorada.

—No hace falta que…

—No me cuesta nada. —Le resto importancia—. ¿Cuándo supiste que querías ser mecánica de Fórmula 1?

No sé por qué me interesa tanto. Me llama la atención que lo tenga tan claro. No soy de los que piensan que hay carreras de hombres y de mujeres. Por desgracia, todavía queda mucho por hacer para eliminar los techos de cristal en ciertos trabajos que se lo ponen más difícil a las mujeres.

—A los cinco años mi padre me llevó a ver una carrera de Fernando Alonso. Todo el mundo estaba pendiente de la competición, pero yo no podía dejar de mirar a aquellos hombres que trabajaban a toda velocidad —me explica con tono nostálgico—. Le pregunté a mi padre a qué se dedicaban. Me explicó que eran mecánicos y que sin ellos el coche no podía salir a pista. Me pareció algo fascinante. Toda esa responsabilidad, la precisión, el trabajo en equipo…

—Se nota que te apasiona.

Su sonrisa se ilumina.

—Uy, no sabes cuánto. Será mejor que aparquemos el tema. No quiero aburrirte con un montón de tecnicismos.

—No me aburro contigo —respondo con sinceridad—. Eres diferente a las amigas de mi hermana.

—No sé cómo tomarme eso. —Al darse cuenta de que no voy a responder, me mira con mayor interés—. ¿Qué hay de ti?

—No hay mucho que contar —respondo evasivo.

—¡Venga ya! Seguro que tienes un montón de anécdotas fascinantes. Eres músico.

—La música lo era todo para mí. Ya no me dedico a ella.

—¿Era?

—Da igual. —Me levanto para recoger mi plato—. ¿Has acabado?

—Sí. Espera. —Me pone una mano en el brazo—. Debería fregar yo.

—La quemadura de tu mano —le recuerdo—. Déjame hacerlo a mí. No me importa.

Freya lo deja estar. Supongo que se ha percatado de mi cambio de actitud. No es culpa suya.

No puedo evitar ponerme a la defensiva cuando hablo de mi pasado. Me sigue doliendo y hay momentos en los que estoy convencido de que haber abandonado Yūgen fue el mayor error de mi vida. Luego recuerdo por qué tomé esa decisión y me digo que hice bien. Tengo dinero para vivir el resto de mi vida sin preocupaciones. Seguiré cobrando *royalties* por las canciones. Tengo más de veinte millones de seguidores en Instagram, por lo que gano una cantidad indecente de dinero con las campañas publicitarias. He invertido en un par de negocios que funcionan de maravilla. No necesito trabajar. He dejado atrás algo que no me hacía ningún bien. Pero, joder, cómo duele.

A veces la decisión correcta no es la que te hace más feliz, y debes aprender a vivir con ello.

8

Freya

Pol y yo nos intercambiamos los libros que hemos terminado de leer. Me muero de ganas de saber lo que opina de *Tres citas con Carter*. No parece la clase de tío que se avergüenza de leer una novela romántica. Me ha dicho que hasta hace poco no era un gran lector. No he querido preguntar al respecto. Sé que estuvo en desintoxicación hace unos meses, Iris me lo contó, y tengo la impresión de que fue allí donde se aficionó a la lectura. Desde luego, es un pasatiempo más sano e inofensivo que las drogas.

Lo miro de reojo mientras lee. No reconozco al hermano problemático del que me ha hablado mi amiga. Sí, a veces hace comentarios que me sacan de quicio. Sin embargo, me da la impresión de que tiene buen fondo. Ojalá se haya rehabilitado por completo. Supongo que una adicción es algo con lo que batallas durante el resto de tu vida. El caso es que, al estar sentada a su lado en el sofá, solo veo a un chico despreocupado que se puso a la defensiva al hablar de su pasado. Espero que no recaiga y le deseo lo mejor. Cuando no estamos discutiendo, me parece un tipo majo con el que se puede tener una conversación agradable.

Llevo dos horas leyendo, por lo que aparco el libro para mandarle un wasap a Iris. Me responde que está estresada porque no puede moverse. La imagino tumbada en el sofá y me entra la risa floja. Pol me mira de reojo y enarca las cejas. Tiene gracia que diga que no me parezco a las amigas de su hermana. ¿En serio? ¡Pues claro que no! Iris no tiene amigas. Me lo confesó un mes después de conocernos. Me habló de lo sola que se sentía, pues no encajaba con las chicas de su círculo social. Pol debería saberlo, pero al parecer hay algunas cosas que desconoce de su hermana. A primera vista parece seria e inalcanzable, pero solo hace falta rascar la superficie para descubrir a una chica divertida, generosa y con un gran corazón.

Oriol me ha enviado un wasap. Me pregunto si se habrá atrevido a visitar a mi hermana. Leo su mensaje con un creciente alivio.

Oriol
Al final me abrió la puerta. Incluso me ofreció un vaso de agua.
Está igual de aterradora que siempre. No te preocupes. Creo que sabe que solo fui a ver qué tal estaba porque tú me lo pediste. No te rayes, nena. Todo saldrá bien.

Yo
Gracias.

Oriol
No tienes que dármelas. Haría cualquier cosa por ti.

Pese a su infidelidad, sé que Oriol me quiere y se preocupa por mí. Ha estado a mi lado cada vez que lo he necesitado. Sin él no habría logrado superar la muerte de mi madre. A sus trece años demostró una madurez y una lealtad increíbles. Me obligaba a salir de mi habitación cuando yo solo quería hundirme en la cama y llorar, y siempre estaba disponible para charlar por teléfono si necesitaba desahogarme. Sí, me falló. No podemos cambiar el pasado por muy arrepentidos que estemos. Sin embargo, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para centrarnos en el presente sin echar la vista atrás. Y yo tengo muy claro que quiero a Oriol en mi vida.

Me olvido de mi novio cuando Pol echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Vaya, parece que está disfrutando del libro. Me pregunto qué escena estará leyendo. Lo miro con interés. Hay que reconocer que es muy atractivo. Sus rasgos son varoniles. Pelo negro y despeinado, ojos de un castaño muy oscuro y una boca que suele curvarse en una media sonrisa muy sexy. Tiene los brazos tatuados y musculosos. No se parece en nada a la imagen del chico larguirucho que me había formado. Gira la cabeza y me pilla mirándolo. Esboza una sonrisa fanfarrona que me hace poner los ojos en blanco. Uf, por este tipo de gestos pienso que es un capullo. Sí, uno muy atractivo, pero un capullo al fin y al cabo. Claro que sabe lo guapo que es. Su hermana me comentó que era un ligón de primera. Con ese aspecto, lo debe de tener muy fácil.

—¿Te está gustando? —le pregunto para que no piense que estaba babeando por él.

—Me está sorprendiendo para bien.

—Me alegro.

Entro en TikTok para ver vídeos de gatitos. Son mi debilidad. Le tengo que recordar a mi padre que le cambie la arena a Moon. A veces se le olvida y nuestra gata es muy quisquillosa.

—Puedes mirarme todo lo que quieras —dice con tono burlón—. No me molesta.

—No hay mucho que ver —respondo con sequedad—. Tampoco te flipes.

Su respuesta es una carcajada. Aprieto la mandíbula. ¿En serio cree que es tan irresistible? A ver, está muy bueno. Pero no lo veo de *ese* modo. Para mí el físico es lo de menos. Si no tuviera novio, estoy segura de que tampoco me fijaría en él.

—Lo que tú digas, fea.

Le enseño el dedo corazón y se ríe más fuerte. Buf, imbécil. Encima tengo que aguantar que me llame fea. Sé que solo lo hace para sacarme de mis casillas. A ver si cree que no sé que le

pongo un poco. Hace un rato lo pillé mirándome el culo. Si no le dije nada fue porque en el fondo me subió la moral. Lo cual es absurdo, puesto que no debería importarme lo que un mujeriego ex estrella del rock piense de mí.

—Cretino…

Me levanto porque es la hora de la merienda y tengo antojo de algo dulce. En el supermercado compré uno de esos pasteles precocinados, ideales para las chefs ineptas como yo. Sigo las instrucciones al pie de la letra. Es superfácil.

—¡No quemes la casa! —me grita Pol.

—Ja, ja.

A ver, tampoco soy tan inútil. Precaliento el horno a ciento sesenta y cinco grados, tal y como indica el paquete. Vierto el contenido del sobre en un bol, le añado dos huevos, cinco cucharadas de mantequilla y lo mezclo todo. Luego coloco la masa en el molde y lo meto en el horno. Me sacudo las manos y esbozo una sonrisa satisfecha. En treinta minutos tendré listo un delicioso pastel de chocolate Milka. Incluso me sobra tiempo para ponerme esa mascarilla de aceite de almendras que me regaló Iris. Voy a mi habitación en busca de mi neceser y entro en el baño.

Pego un grito al ver a Pol desnudo. Completamente… desnudo.

Me quedo paralizada por la impresión y soy incapaz de moverme. Es oficial: gana más sin ropa. Tiene unos abdominales en los que se puede rallar queso y una hilera de vello oscuro entre los pectorales. Y está bien dotado. Muy bien dotado. Se me seca la boca. Abro los ojos de par en par. Un intenso calor se apodera de mis mejillas. Pol carraspea y me obligo a mirarlo a la cara. Esboza una sonrisa de medio lado y me guiña un ojo.

—¿Te gusta lo que ves, fea?

—Yo… no… —balbuceo abochornada. Agarro la toalla que hay colgada detrás de la puerta y se la tiro a la cara—. ¡Tápate! ¿De qué vas?

—¿Yo? —responde con tono burlón—. Tú eres la que ha entrado sin llamar.

Pol se anuda la toalla alrededor de la cintura con toda la calma del mundo. Le sostengo la mirada mientras su sonrisa arrogante se ensancha. Genial, ahora pensará que me muero por sus huesos.

—¡El pestillo existe para algo! —me quejo. Tengo la cara ardiendo—. ¡Pensé que seguías leyendo!

—Me apetecía darme una ducha.

Se cruza de brazos y sus músculos se tensan. Joder, está buenísimo. Y el muy canalla lo sabe.

—¡Pues haber avisado!

Enarca una ceja. Ahí está de nuevo esa sonrisa apuesta y chulesca que tanto me saca de mis casillas.

—¿Tengo que informarte cada vez que quiera darme una ducha? —pregunta con tono

socarrón—. ¿No querrás meterte conmigo?

—¡Por supuesto que no! —exclamo con voz aguda. Estoy atacada. El hecho de que él esté disfrutando de la situación no ayuda—. Es decir, no tienes que avisarme si vas a ducharte, pero sería un detalle que cerraras con pestillo ahora que vivimos bajo el mismo techo.

—Entonces ¿no quieres que nos duchemos juntos? —me provoca.

—Eres el último hombre del planeta con el que querría darme una ducha —le espeto. Si mi rechazo le afecta, lo disimula de maravilla—. ¡Tengo novio!

—No soy celoso.

—¡Gilipollas!

Se parte de risa. Salgo del baño echando humo por las orejas y doy un portazo. El corazón me va a mil por hora. Madre mía, le he visto la polla. Y la tiene del tamaño de un burro. En serio, no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza. Me tapo la cara con las manos. Qué humillación.

¿Por qué no escampa de una maldita vez?

9

Freya

Apenas hablamos durante el resto del día. Es una situación muy incómoda para mí. A veces lo miro de reojo y me pongo de mal humor cuando sonríe de medio lado. Al menos tiene la decencia de no hacer ninguna bromita. A la hora de la cena no me queda más remedio que sentarme enfrente de él. Le sostengo la mirada para que entienda que no estoy afectada (mentira) y me saca conversación sobre el libro. Intercambiamos opiniones de *Tres citas con Carter* y *La danza de los tulipanes*. Reconozco que es agradable hablar con él.

—El que mejor me cae es A. J. —dice llevándose el tenedor a la boca.

Observo cómo se cierran sus labios y entorna los ojos. Le miro la boca y mi estómago se contrae. Me sobresalto. «Pero… ¿qué demonios?». Por suerte, Pol está demasiado ocupado disfrutando de la pasta a la carbonara como para darse cuenta de mi reacción.

«Debe de ser la comida», me digo. En serio, nunca había probado una pasta a la carbonara tan rica. Pensé que la salsa se preparaba con nata, pero Pol ha utilizado yema de huevo.

—¿Te sientes identificado con A. J.? —me burlo de él.

A. J. es un personaje de *Tres citas con Carter*. En el libro lo presentan como el típico mujeriego.

—Me gusta que sepa lo que quiere y vaya a por todas —dice mirándome con intensidad—. Es el personaje más sincero de la historia.

Me sorprende su comentario. Es cierto que A. J. es más de lo que se ve a simple vista.

—Pues yo creo que el perrito le suma un montón de puntos.

—¿Qué os pasa a las mujeres con los hombres que tienen un cachorrito?

—Es simple. —Enrollo los espaguetis muy despacio mientras me mira con curiosidad—. Los hombres que tratan bien a sus mascotas desprenden confianza.

—O sea, que para conseguir tu aprobación debo adoptar un chucho.

—Para eso necesitarías un milagro. —Saboreo la pasta. Madre mía, está riquísima—. Un hombre que cuida de un cachorrito es algo muy sexy. Pero no se te ocurra adoptar un perrito para ligar. No soporto a los tíos que van de algo que no son.

Pol no dice nada. Se limita a observarme mientras termino de cenar. Me abstengo de decir que los hombres que saben cocinar también son muy sexis. No me refiero a los que se comportan

como adultos funcionales, sino a los que se las apañan con los cuatro ingredientes que hay en la nevera y te preparan la mejor cena que has probado en tu vida.

—Estaba delicioso. —Lo señalo con el tenedor—. Que no se te suba a la cabeza.

—Eres un encanto.

Me peleo con él por lavar los platos hasta que me salgo con la mía. Ya sé que solo se preocupa por la quemadura de mi mano, pero no es para tanto. La crema que me dio ha evitado que me salga una ampolla. Al final se rinde y se marcha al sofá.

—Mira lo que he encontrado —dice cuando termino de lavar los platos. Me enseña un tablero de ajedrez—. ¿Te apetece jugar una partida?

—Soy malísima.

—Y yo.

Algo me dice que no es cierto. Me animo a jugar porque no me apetece leer. Para mi sorpresa, lo paso muy bien. Soy competitiva por naturaleza y me esfuerzo en estar a su altura, pero me gana al cabo de cuarenta y cinco minutos. Ha sido una partida muy reñida.

—Cuando quieras, repetimos —dice sin chulería—. Ha estado guay.

Se levanta para guardar el tablero y me pregunta si quiero un chocolate caliente. Le digo que sí. Aprovecho que está ocupado para enviarle un mensaje a mi padre en el que le recuerdo que debe limpiar el arenero de Moon. Tengo varios wasaps de Oriol en los que me pregunta qué estoy haciendo y dice que me echa de menos. Siento una punzada de culpabilidad por no haberle contado que estoy con Pol. Ya sé que no hago nada malo. Simplemente, no quiero que se raye. Es ridículo que la infidelidad le haya creado un montón de inseguridades. Debería de ser yo la que se preocupara cada vez que sale con sus amigos. Sin embargo, Oriol actúa como si estuviera deseando vengarme. Y eso, por supuesto, me molesta. A ver, nunca me lo ha dicho, pero su actitud lo delata. Cada vez que quedo con mis amigos o hago un viaje, me bombardea a llamadas y mensajes. Sé que no intenta controlarme (él no es así), pero su falta de confianza me enfurece.

—Se te ha cambiado la cara. —Pol me da una taza de chocolate—. ¿Va todo bien?

—Sí —miento. No tengo intención de contarle mis problemas de pareja—. Estaba en mi mundo.

—Menos mal que hiciste la compra antes de venir.

—Pues sí, porque tú solo trajiste cerveza y palomitas.

—Para algunos las palomitas son una comida.

—Qué suerte has tenido de encontrarte conmigo. —Soplo para enfriar el chocolate.

—Y tú de que esté aquí para encargarme de la cocina.

—¡Sé utilizar el microondas!

—Dejémoslo en que ambos hemos sacado algo de provecho del otro.

De pronto, se me viene a la cabeza la imagen de su cuerpo desnudo y me invade el calor. Uf,

¿por qué de repente pienso en su…? Vale, ya basta. Fue un momento muy bochornoso. Es normal que esté afectada. Además, sé que su comentario no iba con segundas.

—Otra vez has puesto *esa* cara.

—¿Cuál? —pregunto con voz estrangulada.

—Nada, déjalo.

—¿Qué cara? —insisto enfurruñada.

Pol deja la taza en la mesita baja, se inclina hacia mí y me pone un dedo en la frente. No es un contacto para nada desagradable. De hecho, me gusta demasiado que me toque. Me sobresalto sin poder evitarlo.

—Se te forma una arruga justo aquí. —Presiona con el dedo entre mis cejas—. Y frunces la nariz.

—¡No hago eso!

Le pego un manotazo y me aparto con brusquedad. Ay, Dios, estoy ardiendo. Le doy un sorbo al chocolate para no tener que mirarlo.

—Y tanto que sí —insiste—. Estás muy mona.

Regresa a su lado del sofá mientras intento digerir el cumplido. Luego recuerdo lo que me dijo Iris: su hermano es un ligón. Quizá está aburrido y necesita demostrar que no soy inmune a su atractivo.

—¿No te habrás hecho ilusiones? —bromea al ver la cara que pongo.

—Contigo, como mucho, tengo pesadillas.

—Me partes el corazón —responde con ironía.

—Olvídame. —Cojo el mando de la tele para buscar algo interesante. Se ríe. Buf, se está partiendo. Aprieto la mandíbula—. No intentes ligar conmigo.

—Cuando ligue contigo, te darás cuenta.

—Eso no va a pasar —le advierto muy seria—. Tengo novio.

—Nunca digas nunca.

—Nunca, jamás, en la vida —declaro sosteniéndole la mirada con firmeza.

—Las mujeres fieles y con carácter son mi debilidad —responde con tono socarrón.

—Qué faena, a mí no me van los creídos.

—En el fondo, sabes que te gusto, pero todavía no estás preparada para admitirlo. Tranquila, soy un hombre paciente. Puedo esperar.

Me guiña un ojo. Es un gesto muy atractivo que me saca de mis casillas. Agarro el cojín que tengo más cerca y se lo tiro a la cara. Lo esquiva sin problema y su sonrisa arrogante no mengua. Es lo peor.

—¿Esas frases te suelen funcionar? —pregunto sin dar crédito.

—Casi siempre.

Sacudo la cabeza con incredulidad.

—En el mundo tiene que haber de todo…

Pongo Netflix y busco uno de mis documentales de animales favorito. Me relajo en el asiento. Pol mira el televisor con el ceño fruncido. Me trae sin cuidado lo que opine. Respondo los mensajes de Oriol y luego me levanto para ir al servicio. Cuando regreso, está viendo un capítulo de *The Umbrella Academy*.

—¡Eh! —protesto—. ¿Por qué lo has cambiado?

—Pensé que no lo estabas viendo.

Le arrebato el mando para poner el documental. No pienso discutir sobre esto. He sido la primera en encender la tele. Es lo justo.

—De verdad que pensé que no le estabas prestando atención. Has cogido el móvil.

—Solo ha sido un segundo.

—Creía que esos documentales no le gustaban a nadie. Yo los utilizo para dormir.

—A mí me parecen muy interesantes —respondo con sinceridad.

Pol lo deja estar y coge su libro. De pequeña solía ver documentales con mi madre. Me encantan los de animales. Observo con fascinación la bandada de flamencos enanos que anidan en una isla. Construyen montones de lodo para elevar los huevos y así mantenerlos a una temperatura más fresca que la de la superficie. La narradora del documental explica que el agua de la isla es tan salada que los depredadores no se atreven a adentrarse en ella. Los polluelos nacen al cabo de treinta días. Ay, son adorables. Por desgracia, una gran sequía ha asolado la isla y necesitan encontrar agua dulce lo antes posible. Inician una larga peregrinación siguiendo a sus madres. Uno de los polluelos se queda rezagado. Tiene las patas solidificadas por culpa de la sal y no puede igualar el ritmo de los demás. Es una escena muy triste. Pobrecito. Hago un puchero y me abrazo las rodillas contra el pecho. Al final, la gran mayoría consigue encontrar agua dulce, pero no puedo dejar de pensar en el que se ha perdido. Seguro que su madre lo está buscando…

Mierda, se me han saltado las lágrimas. Me las seco con disimulo y rezo para que Pol no se haya dado cuenta. Ya hice bastante el ridículo al quedarme embobada mirándolo en el baño. No me apetece que dé por hecho que me falta un tornillo.

—Tengo sueño.

Pol levanta la vista de su libro y me mira.

—¿Quieres un beso de buenas noches?

—Antes prefiero una patada en el estómago —respondo con sequedad—. ¿Vas a tardar mucho en acostarte?

—¿Por qué? ¿Quieres que te haga compañía?

—¡Para que pueda tumbarme en el sofá! —exclamo indignada. Uf, no piensa desperdiciar la oportunidad de provocarme. No sé por qué entro al trapo—. Me caigo de sueño.

—Pues vete a la cama.

—No pienso dormir en la cama. Hoy te toca a ti.

—No me importa dormir en el sofá.

—Ni a mí tampoco.

Me cruzo de brazos. No soporto las injusticias. Solo quiere cederme la cama porque soy una tía. No pienso dar mi brazo a torcer. De eso nada.

—Venga, levanta el culo.

—Quiero seguir leyendo —responde sin despegar la vista del libro.

—Lee en la cama.

—No me digas dónde he de leer.

—Sabes que esta discusión es absurda, ¿no?

—Genial, vete a dormir y así la zanjamos.

—¡A la cama! —le ordeno exasperada.

Pol deja el libro en la mesa y me mira indignado.

—No soy un perro.

Al ver que no está dispuesto a cooperar, lo agarro de la pierna para sacarlo a la fuerza del sofá. Me mira ojiplático. Ya sé que es una medida un poco drástica. ¡No tengo la culpa de que me lo ponga tan difícil!

—Freya, para.

—¡Levántate del sofá!

—¡Estate quieta!

—Fuera de mi sofá.

—¡No es tu sofá!

—¡No pienso dormir en la cama! —A pesar de mis intentos, no consigo moverlo del sitio. Lo suelto, respiro profundamente y lo agarro del tobillo. Pego un tirón y me quedo con su zapatilla —. ¡Pol!

—¡Freya!

Todo sucede a cámara rápida. Intento volver a atrapar su pie, pero aparta la pierna. Entonces pierdo el equilibrio y me caigo encima de él. A los dos se nos escapa un gruñido. Aterrizo con la mejilla pegada a su pecho y las manos en sus hombros. Madre mía, está más duro que una roca. Y huele… a gel de baño y loción para el afeitado. Para colmo, está muy calentito. Sus brazos fuertes me envuelven la espalda y sus manos descansan justo encima de mi culo. Me quedo paralizada por la vergüenza. Su pecho comienza a temblar y comprendo que se está riendo.

—Te voy a denunciar, viciosa —me susurra al oído.

Me levanto de un salto apoyando las manos en su pecho. Pol deja escapar un gruñido de dolor. No me importa. Se lo tiene merecido por ser tan exasperantemente chulo.

—Ha sido sin querer —respondo haciéndome la digna.

—La próxima vez no hace falta que me saltes encima para llamar mi atención.

Resoplo para apartarme un mechón del ojo.

—Ahí te quedas, imbécil —siseo.

Voy a toda prisa hacia el dormitorio. Antes de que me encierre de un portazo, murmura:

—Buenas noches, fea.

Apoyo la espalda en la puerta y me tapo la cara con las manos. Mascullo una palabrota. ¿Por qué no puedo dejar de ponerme en evidencia? ¡Ni siquiera me gusta! Con suerte, mañana amanecerá despejado y no volveré a ver su cara de egocéntrico.

10

Freya

Me despiertan los gritos de Pol. Al principio creo que han entrado a robar, hasta que salgo de la habitación, enciendo la luz y lo encuentro retorciéndose en el sofá. Me quedo paralizada por la impresión. Tiene los puños apretados, la mandíbula tensa y la frente perlada de sudor.

—¡Pablo! —gime desesperado—. No lo hagas…

Me muerdo el labio. Lo observo con impotencia, sin saber qué hacer. Es obvio que está teniendo una pesadilla horrible. Recuerdo lo que hacía mi madre cuando me pasaba y me acerco a él con cautela. Me arrodillo a su lado.

—Pablo, no…

—Chisss… —Le acaricio la mano y le hablo con voz calmada—. Solo es un sueño. No es real.

—¡Pablo!

—Pol… —lo llamo con tono firme y suave. Le aparto el pelo de la cara—. Despierta, estás teniendo una pesadilla.

—¡No! —gruñe con los dientes apretados—. No lo hagas…

—Estoy aquí. —Le cojo la mano—. Abre los ojos.

Pol se despierta sobresaltado y me da un empujón que me tira de culo. Tiene las pupilas dilatas y su expresión es una máscara de miedo. Tarda varios segundos en darse cuenta de dónde está y lo que acaba de hacer. Entonces, me mira avergonzado.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Me pongo de pie—. ¿Estás bien?

Se sienta en el sofá y se frota la cara. Entiendo cómo debe de sentirse. Soy una extraña que acaba de verlo en un momento muy vulnerable. Le pongo una mano en el hombro y pega un pequeño salto, por lo que la aparto de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—Qué va. —Le resto importancia—. ¿Quieres que me quede contigo un rato?

Levanta la cabeza y me lanza una mirada furiosa que no me intimida. Hombres… No sé por qué tienen esa necesidad de hacerse los gallitos. Son seres humanos con emociones y temores, al igual que nosotras. Que los oculten no los hace más fuertes. En el fondo, la sociedad los tiene tan encorsetados como a las mujeres, pues los obliga a reprimirse.

—No tengo cuatro años —me ladra.

—Como quieras. —Me encojo de hombros.

Antes de que pueda regresar a la habitación, Pol me agarra la mano. El contacto me produce un montón de sensaciones intensas que me desconciertan. Nuestras miradas se enredan. En la suya hay algo poderoso y devastador que me obliga a permanecer quieta.

—Gracias —dice con voz queda.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar mientras me sostiene la mirada. No es un roce erótico o provocador. Solo es el ruego de una persona asustada y vulnerable que es demasiado orgullosa para admitir que no quiere que lo deje solo en este momento. Así que me quedo. Me siento a su lado en el sofá, cojo el mando de la tele y pongo el primer capítulo de *Gambito de dama*, una serie que espero que le guste porque la protagonista es ajedrecista.

—Voy a ver la tele un rato —digo, y añado para que no se sienta avergonzado—: Me he desvelado. Tardaré un rato en coger el sueño.

Mi comentario lo relaja. Cuando tenía diez años, mi madre me dijo que en ocasiones la verdad no es el camino correcto, pues hay mentiras piadosas que son inofensivas y tienen el poder de hacer sentir mejor a la otra persona.

Pol no deja de acariciarme. Me resulta muy agradable que lo haga. No hablamos de nada. Estoy agotada, pero no quiero dejarlo solo. Por eso me hundo en el sofá y apoyo la cabeza en su hombro cuando empiezan a pesarme los párpados. Este chico huele de maravilla. Dibuja círculos con su pulgar sobre el dorso de mi mano. Se me escapa un bostezo.

—Duérmete —murmura—. Estoy bien.

—No tengo sueño.

No me hace falta mirarlo para saber que está sonriendo. Lo noto. Me pego más a él porque está muy calentito y el fuego de la chimenea se está apagando. Al darse cuenta de que tengo frío, coge la manta que hay a los pies del sofá para echármela por encima.

—Me encanta esta serie —digo conteniendo otro bostezo—. Es genial.

Intento no quedarme dormida, pero el sueño me va venciendo poco a poco. Lo último que recuerdo antes de cerrar los ojos es que me da un beso en el pelo. Debería decirle que no vuelva a hacerlo. Tengo novio y estoy segurísima de que es un gesto muy íntimo. Sin embargo, estoy demasiado cansada para fingir que no me ha gustado.

11
Pol

Me despierto con el cuerpo de Freya acoplado al mío y una gran erección. No sé dónde poner las manos para quitármela de encima. La conozco poco, pero sé lo suficiente de ella para esperarme un puñetazo si se da cuenta de que estoy empalmado. A ver, no es culpa mía. Anoche me quedé dormido en el sofá con una chica preciosa. Lo raro sería que no me hubiera levantado cachondo.

Su pelo me hace cosquillas en la cara. Está tumbada de lado, con la mejilla apoyada en mi pecho y el culo pegado a mi erección. Recuerdo que me propuse llevarla al dormitorio cuando me di cuenta de que se había quedado dormida, pero la serie estaba muy interesante y al final me venció el cansancio. En algún momento de la noche debimos acercarnos. Y aquí estamos. Mentiría si dijera que no lo estoy disfrutando, a las pruebas me remito. Sin embargo, jamás me aprovecharía de la situación. Por eso me aparto con cuidado de no despertarla. Balbucea algo ininteligible y me echa los brazos al cuello como si fuera un oso de peluche. Toda la sangre se me va al mismo sitio. Mascullo una palabrota, sujeto sus muñecas y me levanto muy despacio. Respiro aliviado, aunque una parte de mí desea volver a tumbarse a su lado y enterrar la nariz en su pelo con olor a manzana.

La observo con curiosidad. Ahora que está dormida, puedo hacerlo sin que se dé cuenta. Tiene la boca entreabierta. La misma boquita guerrillera y carnosa que no se amedrenta ante mis insinuaciones. La nariz cubierta de pecas y la mancha en forma de mariposa le otorgan un aspecto adorable. Tiene una belleza muy especial. Bajo la cabeza hacia mi entrepierna y frunzo el ceño. Solo es otra chica más. ¿Qué me ha dado?

Me encierro en el baño (esta vez sí hecho el pestillo) y me doy una ducha en la que me masturbo porque me va a reventar la polla. Regreso al salón y preparo el desayuno. El olor del café, los huevos revueltos y el beicon la despierta. Se estira y me mira con los ojos hinchados. Me dedica una sonrisa perezosa.

—Tanto discutir para que al final terminásemos durmiendo los dos en el sofá.

—Ya… —murmura desperezándose.

—Podrías haber dicho que querías dormir conmigo —digo con tono jocoso—. No tenía ningún problema en hacerte compañía.

Su sonrisa se esfuma y me lanza una mirada asesina. Se aparta el pelo de la cara. El mechón

blanco se divide en dos mitades que caen a cada lado de su cabeza. Pone los brazos en jarra y levanta la barbilla con ademán indignado. Me entra la risa floja, lo que acrecienta su enfado.

—Para ser del montón, tienes un ego que no cabe en esta casa.

—No te lo crees ni tú. —Le doy la vuelta al beicon y la señalo con la espátula—. Bien que te quedaste embobada mirándome en el baño.

—¡Estaba impactada!

—Suele sucederles a todas.

Emplato la comida y sirvo dos tazas de café.

—Para mal —me aclara. Agarra una de las tazas como si fuera un vampiro sediento de sangre —. No sabía qué cara poner.

—Lógico —respondo sonriendo.

—Que no te engañen, a las mujeres sí nos importa el tamaño. Y cuando vi esa cosita que tienes entre las piernas…

—¿Disculpa? —Dejo la taza en la mesa con brusquedad—. Estoy bastante por encima de la media.

—Si tú lo dices… —Coge un trozo de beicon—. No te rayes, Pol. Lo importante es saber utilizar bien las manos.

Me está vacilando. De acuerdo, yo también puedo jugar a esto.

—Soy muy bueno con las manos. Cuando quieras, te lo demuestro.

—Paso, estoy muy satisfecha y no eres mi tipo.

—Y con la lengua —añado. Me inclino hacia ella y le rozo el cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja—. Sobre todo con la lengua.

Me pone las manos en el pecho.

—No me interesa —responde con sequedad—. Además, ya sabes lo que dicen: «Dime de qué presumes y te diré de qué careces».

Le dedico mi mirada de «tú te lo pierdes» y me siento a la mesa para desayunar. Reconozco que me impresiona que no se haya puesto ni siquiera un poco nerviosa. O es una gran actriz o de verdad no le intereso. De cualquier modo, me divierte hablar con ella. Es un soplo de aire fresco.

Le sugiero que pruebe las tostas de tomate y mozzarella con los huevos revueltos. Freya pone cara de placer al hincarle el diente a la mezcla. Su reacción me saca una sonrisa. Me pregunto si pone la misma cara cada vez que llega al orgasmo. Joder, soy lo peor. Podría acostarme con cualquier chica y me fijo en una que está pillada y que no tiene ningún interés en mí. ¿Por qué los seres humanos somos tan complicados? Supongo que solo es un capricho pasajero que acabará en cuanto nos separemos.

—Me casaba contigo por la comida. —Señala el último trozo de beicon—. ¿Te lo vas a comer?

—Todo tuyo. No quiero que me apuñales con el tenedor —bromeo.

—Lo haría.

—Además, las mujeres con buen apetito son mi debilidad.

Me enseña el dedo corazón mientras le hinca el diente al beicon. Me río. No he podido evitarlo. Es muy divertido picarla.

De repente, mira por la ventana y abre los ojos de par en par.

—¡Ha dejado de llover!

—Si no creyera que estás secretamente colgada por mí, pensaría que deseas perderme de vista.

—No eres un cretino tan desagradable —responde con una sonrisilla pícara—. Y cocinas bien. Por cierto, me debes un táper de salsa de tomate casera.

—Las mujeres exigentes también son mi debilidad.

Resopla.

—Sospecho que todas las mujeres son tu debilidad.

—Las feas no. —Le guiño un ojo.

—Qué suerte la mía.

Antes de que pueda decirle que me parece muy guapa, se levanta para fregar los platos. Lo dejo estar porque dudo que le interese mi opinión. No es una chica insegura que necesite que le regalen los oídos.

—¿Vas a quedarte? —pregunta con curiosidad.

Me encantaría disfrutar del día soleado. Vine con la idea de hacer senderismo, pero el mal tiempo arruinó mis planes. Por desgracia, esta tarde tengo una reunión con el gerente del restaurante de comida fusión japonesa y peruana que inauguré hace dos años en el centro de Barcelona. Tenemos que hablar de la nueva carta. No puedo seguir posponiéndolo.

—Tengo que resolver unos asuntos de trabajo.

—Y yo debo estudiar. —Pone cara de pena—. Con el buen día que hace…

—¿Te apetece dar un paseo corto? —sugiero—. Hay una ruta increíble que lleva a una cueva. Solo se tarda veinte minutos desde aquí.

Una enorme sonrisa le ilumina la cara. Al mirarla, pienso que todo el mundo debería sonreír como ella. Hay tanta verdad en su gesto que me siento muy afortunado de haber sido el culpable de provocarlo.

—¿Qué? —pregunta sin dejar de sonreír.

—Nada. —No sé qué otra cosa podría decir. Apenas nos conocemos. Sería muy raro que le soltara: «Me encanta que sonrías. ¿Podrías no dejar de hacerlo nunca?». Por eso me dirijo a la puerta y la abro—. ¿Vamos?

Después de la excursión a la cueva, hacemos las maletas para marcharnos. Me mira mal cuando me ofrezco a llevar su mochila al coche, por lo que no insisto. Con esta chica es imposible ser caballeroso. Al meter mis cosas en el maletero, me percato de que una de las ruedas delanteras está pinchada. Me rasco la nuca. Genial, lo que faltaba.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta con amabilidad.

Mi orgullo varonil habla antes que yo.

—Qué va.

—Como quieras.

Busco la rueda de repuesto en el maletero y cojo lo que supongo que debe de ser el gato. Frunzo el ceño. No sé qué hacer. Debería llamar a la grúa para que se encargue un profesional. Sin embargo, me pongo manos a la obra al ver que Freya no me quita la vista de encima. No pienso quedar como un inútil delante de ella. Dejo el gato en el suelo, saco la rueda de repuesto y la apoyo en el coche. Me froto las manos. No puede ser tan difícil. Primero debo averiguar dónde diantres se coloca este cacharro. Me pongo de cuclillas y observo la rueda pinchada con determinación.

—Deberías colocar la rueda de repuesto tumbada bajo el lateral del coche —me aconseja—. Si el gato falla y el coche cae, la rueda amortiguará la caída y te ahorrarás una visita al taller.

Hago lo que me dice sin rechistar. No soy la clase de idiota que le llevaría la contraria porque se siente intimidado. Es obvio que sabe lo que dice. Está estudiando para ser mecánica de Fórmula 1.

—Tienes que colocar el gato.

—Claro.

Me agacho para mirar dónde se supone que debo ponerlo. Me rasco la nuca. No tenía ni idea de que cambiar una rueda fuera tan difícil.

—¿Sabes dónde colocarlo?

—No. —Me rindo.

No pienso hacerme el gallito delante de ella. Freya se agacha a mi lado. Menos mal que no hace ninguna broma al respecto. Estoy pasando bastante vergüenza.

—Mira. —Señala una zona debajo del coche y meto la cabeza—. Todos los vehículos tienen puntos de anclaje para colocar el gato con seguridad. Está justo al lado del brazo de suspensión. ¿Lo ves?

—Sí.

No tengo ni idea de lo que es un brazo de suspensión.

—Primero se deben aflojar las tuercas en sentido contrario a las agujas del reloj —me explica mientras lo hace—. Y luego hay que levantar el coche. Una vez que está despegado del suelo, procedemos a quitar la rueda.

Apenas tarda un minuto en levantar el coche y sacar la rueda. Después coloca la nueva y me dice que hay que apretar primero las tuercas de abajo, siguiendo un patrón en forma de equis y con la fuerza necesaria para que soporten el peso del coche.

—¡Listo! —Se sacude las manos en los vaqueros—. Estas cosas deberían enseñarlas cuando te sacas el carnet de conducir.

—Inteligente, rápida y eficaz, lo que viene siendo mi tipo.

Me da un codazo sin fuerza. Se está riendo, aunque intenta disimularlo.

—Deberías comprobar la presión de los neumáticos. —Observa el coche con interés. Es un Audi Q8 que compré cuando firmamos nuestro primer contrato discográfico hace más de seis años. Soy más de motos, por lo que solo lo utilizo para viajes largos y apenas le presto atención —. ¿Cuántos kilómetros tiene?

—Algo más de cuarenta mil.

—¿Cuándo le hiciste la última revisión?

—Ni idea —respondo con sinceridad—. No me acuerdo. Hace varios años.

Freya pone cara de espanto.

—¡No puedo creer que tengas este cochazo y no le hagas una revisión anual! —exclama escandalizada—. ¡No me mires así! A partir de los cuarenta mil kilómetros hay que realizar el cambio del líquido anticongelante, además de comprobar las pastillas de freno, los elementos de seguridad activos y pasivos, cambiar los filtros de aceite, aire y polen si es necesario, revisar el estado de las bujías y los sistemas de escape…

—Pasó la última ITV sin problema —me defiendo.

Sacude la cabeza con incredulidad.

—Madre mía…

—¿Cuándo te viene bien?

—¿Eh?

—Ya que estás tan preocupada por mi seguridad, ¿cuándo podría llevarlo al taller de tu padre?

—Abre de lunes a viernes, de ocho y media de la mañana a seis de la tarde en horario ininterrumpido. Pero puedes llevarlo a cualquier taller. No hace falta que…

—¿Y tú cuándo estás?

—A partir de las cuatro.

—El martes me paso.

—¡No tengo por qué ser yo! —exclama algo nerviosa—. No he cambiado la rueda para que me debas nada.

—Lo sé, pero no quiero llevarlo a otro taller en el que me cobren de más o me engañen porque soy un ignorante.

—Como si no pudieras permitírtelo… —murmura con retintín—. Además, la mayoría de los

mecánicos somos muy decentes.

—Deja de llevarme la contraria en todo. —Abre la boca para protestar, pero la cierra al ver mi sonrisa burlona—. ¿Cuál es la dirección?

Freya entra en su coche, busca algo dentro de la guantera y regresa con una tarjeta del taller. Me la guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Me encanta salirme con la mía.

—Nos vemos el martes.

—Como quieras.

Me mira. Ha llegado la hora de despedirnos. Es evidente que a los dos se nos hace raro después de haber estado todo el fin de semana encerrados bajo el mismo techo.

—No ha estado mal —digo sin pensar—. Tu compañía no es para nada desagradable.

Enarca una ceja.

—Gracias, supongo. —Me da una palmadita en el hombro para despedirse—. ¡Hasta el martes!

Sube a su coche y arranca sin dedicarme una triste mirada. Me paso una mano por el pelo. «¿Tu compañía no es para nada desagradable?». ¿De qué voy? ¿Cómo se me ocurre decirle eso? Habrá pensado que soy un imbécil. Joder, me he puesto nervioso. No me reconozco.

Supongo que iba a suceder tarde o temprano. Acabo de conocer a una chica que ha roto todos mis esquemas. Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

12
Freya

—¡No me lo puedo creer! —exclama Nina, que siempre tiene que golpear al primero que tiene delante cuando se lleva una sorpresa.

Joel se acaricia el brazo con disimulo. Lo conozco desde que estudiamos juntos el bachillerato tecnológico. Nos hicimos buenos amigos por nuestra afición a la Fórmula 1. Él fue quien me animó a presentarme a la prueba de acceso de la escuela técnica, pues no estaba del todo convencida de aprobar. Al final saqué la nota más alta después de bordar la prueba de nivel, el examen práctico y la entrevista personal. Aquí conocimos a Nina, que estudia la especialidad de motociclismo. Ahora los tres somos inseparables.

Mi objetivo es estar entre los primeros alumnos de la promoción para conseguir una beca a la excelencia académica, lo que me permitirá desarrollar mi carrera y completar la formación con prácticas en equipos profesionales. El de Joel y Nina consiste en pelearse por cualquier chorrada, ya que no pueden estar más de dos minutos juntos sin discutir.

—Créetelo, la has obligado a repetirlo cuatro veces —le dice Joel.

—¡Porque no me entra en la cabeza que haya pasado el fin de semana con el tío más buenorro de Barcelona! —exclama Nina.

—No es para tanto —contesta Joel con desdén.

—Y luego dicen que las tías somos unas envidiosas.

—Se rumorea que la poli estuvo hace poco en su casa haciendo una redada.

—Pol es buena gente —intervengo indignada—. Ni siquiera lo conoces.

—Lo leí en una revista —se defiende Joel—. Ni que fueras su amiga.

—No deberías creer todo lo que lees en la prensa —lo reprendo.

No sé por qué defiendo a Pol. Tiene razón, apenas nos conocemos. Aun así, no me gusta que dé crédito a las habladurías de los periodistas.

—Tía, en serio. —Nina me pone las manos en los hombros y me mira con intensidad—. Eres la chica más afortunada del mundo. Soy fanática de Yūgen. Daría lo que fuera por estar en tu lugar.

—Ha dejado el grupo —interviene Joel.

—Es provisional —le ladra Nina—. Pregúntaselo, Freya.

—No voy a…

—¿Cómo se lo ha tomado Oriol? —quiere saber Joel.

—Ah, pues…

—¿En qué siglo vives? —Nina le da una colleja—. Freya no necesita pedirle permiso a su novio; quien, por cierto, le fue infiel el año pasado.

—¡Nina! —le grito irritada. No quiero que empiece con la misma cantinela—. Oriol no lo sabe. No quería que se rayara.

—No has hecho nada malo. —Le resta importancia—. Deberías habérselo contado. Omitir la verdad es otra forma de mentir.

—Si fuera él, me molestaría —dice Joel.

—Porque eres un inseguro —le espeta mi amiga—. Los celos son consecuencia de una visión errónea del amor y de una baja autoestima. El amor sano está basado en la independencia y la confianza hacia la otra persona. Sentir celos sin que te hayan dado un motivo de peso es una falta de respeto a tu pareja y a ti mismo.

—Disculpa, doctora Hitch. Olvidaba que eres toda una experta en las relaciones afectivas —responde Joel con ironía.

Uf, ya van a empezar.

—¿Y tú cuántas novias has tenido? ¿Eh? —replica Nina—. Olvídate de tu mano. No cuenta, pringado.

Se enzarzan en una discusión sobre quién ha tenido el noviazgo más largo. Al final gana Nina porque dice que su rollo de verano sí cuenta, a pesar de que ambos acordaron que podían acostarse con otras personas.

—¿Cuándo volverás a verlo? —me pregunta Nina—. ¿Puedo ir contigo?

—Ni idea —miento. Le oculto lo del martes, puesto que la veo capaz de presentarse en el taller—. Lo del fin de semana fue una casualidad.

—Es el hermano de tu amiga. Seguro que coincidís en otra ocasión —dice esperanzada—. Llámame, porfa. Las amigas comparten. No seas una putilla egoísta. Soy seguidora de Yūgen desde los catorce años.

—Hasta ahora no habían coincidido —le recuerda Joel—. ¿Por qué iba eso a cambiar?

—Tengo entendido que ha estado fuera de la ciudad —comenta Nina—. O eso dice la prensa. Las malas lenguas cuentan que estuvo en un centro de desintoxicación.

Pongo mala cara. No puedo creer que esté tan pendiente de las revistas del corazón. Pol tiene el mismo derecho que nosotros a la privacidad. Me parece injusto que la gente hurgue sin piedad en su vida personal. Al fin y al cabo, todos cometemos errores y no tenemos detrás a un periodista que siga nuestros pasos a la espera de que tropecemos. Nadie es perfecto.

—Freya tiene a Oriol. No necesita distraerse con una estrella del rock —le recuerda Joel.

—¡Y dale con el pelmazo de Oriol! —exclama Nina, como si yo no estuviera delante—. También puede tener amigos. Sal de la caverna, Joel.

—Solo lo dices porque Oriol te cae fatal. Que sepas que es un buen tío. Cometió un error y se arrepiente.

—Tú qué vas a decir. Eres amiguito suyo desde que vais juntos a *crossfit*.

—Eh, chicos —digo con incomodidad—. Estoy aquí. Dejad de diseccionar mi relación.

Vuelven a discutir. Joel dice que el hecho de que sea amigo de Oriol no significa que no pueda ser imparcial. Nina le grita que todos los tíos son unos cerdos. Resoplo, me doy la vuelta y me dirijo al aula de Electricidad Aplicada. Adoro a mis amigos. Me lo paso genial con ellos y son buenas personas. Pero no soporto que se pongan a debatir delante de mis narices sobre si hice bien o mal en perdonar a Oriol. ¡No es asunto suyo! Uf, a veces me arrepiento de haberme desahogado con ellos cuando mi novio me confesó que me había sido infiel. Todos deberíamos comprender que nuestra opinión solo es necesaria si nos la piden. De lo contrario, hacemos bien en guardar silencio.

—¡Espera! —Joel me alcanza antes de que doble la esquina. Al ver mi expresión tensa, me mira arrepentido—. Lo siento, Freya. Ya sabes cómo se pone. No he podido evitar entrar al trapo.

—Dos no discuten si uno no quiere.

—Tienes razón.

—Me molesta que saquéis el tema. Sobre todo si estoy delante —digo agotada—. En serio, no necesito que nadie me diga que soy una imbécil por haber perdonado a mi novio.

—¡Ey! —Joel me pasa un brazo por encima de los hombros—. Yo no tengo amigas imbéciles.

Su comentario me saca una sonrisa. Por estas cosas lo quiero.

—Creo que tienes un gran corazón. Me da igual lo que diga Nina. Fuiste muy valiente al perdonar a Oriol. Cualquier otro no lo habría hecho por miedo a las críticas. Eres la chica más auténtica que conozco. Siempre vas de cara y te importa un bledo lo que opinen los demás.

—Sigue regalándome los oídos. Estoy a un paso de perdonarte.

—Haces el mejor pastel de chocolate que he probado nunca.

—Sabes que es precocinado, ¿no?

—El mejor. —Abre la puerta para que entre yo primero—. Y soportas a Nina. No sé cómo lo haces.

Su comentario me hace reflexionar sobre algo que vengo intuyendo desde el inicio del curso. Tengo la impresión de que Nina y Joel chocan tanto porque se gustan. El tiempo me dirá si estoy en lo cierto.

Oriol me está esperando en la salida. Esta mañana me envió un mensaje en el que me preguntaba si me apetecía almorzar con él. Está estudiando el segundo año de Administración de Empresas en la Universidad de Barcelona. Como voy a clase por las mañanas y trabajo por las tardes, tenemos poco tiempo para vernos, así que solemos aprovechar los findes y alguna que otra comida entre semana.

Mi novio es un chico muy apuesto. Es de mi altura, se mantiene en forma y tiene unos preciosos ojos verdes que son lo que más me gusta de él. Al verme se le ilumina la cara y me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo y me paro a charlar con una compañera con la que me ha tocado hacer un trabajo para la clase de Mecanización. Luego voy a encontrarme con Oriol, que ya está hablando con Joel. El tema central es el *crossfit*, para variar. Todavía no sé cómo consiguió arrastrar a mi amigo al gimnasio. Cada vez que me anima a salir a correr, le pongo una excusa. Me parece genial que haya decidido llevar una vida sana, pero creo que está un poquito obsesionado con las calorías y el deporte.

—¡Ey! —lo saludo—. ¿Hablando del apasionante mundo de las sentadillas y las dominadas?

—Deberías venir un día con nosotros —me alienta Oriol, que nunca pierde la esperanza conmigo—. Te sientes de maravilla después de hacer ejercicio.

Pienso en el sándwich con patatas fritas que voy a zamparme dentro de unos minutos y se me hace la boca agua. Que haga todas las flexiones que quiera. Yo paso.

—El viernes hemos quedado para ir a correr al parque —insiste—. Podrías apuntarte.

—Déjala —responde Joel—. El único árbol al que Freya se acerca es la palmera de chocolate, y no precisamente para hacer ejercicio.

Le doy una patada en el culo antes de que se marche corriendo, pues va a perder el autobús. Niego con la cabeza y me parto de risa. Tener amigos para esto.

—Qué guapa. —Oriol me da un beso suave.

—Igual que siempre —bromeo.

—Creo que hoy tienes el guapo subido —dice, y luego me acaricia la boca con la suya—. O será que te he echado de menos.

Le pongo la mano en la frente.

—No tienes fiebre —le vacilo—. ¿Nos vamos? Me muero de hambre.

—¿Dónde quieres ir a comer?

—VIPS —respondo sin dudar antes de que sugiera un bufet de ensaladas.

Nos dirigimos al restaurante más cercano, que está a quince minutos a pie. Oriol habla de su fin de semana y luego me pregunta qué tal me fue sola en la cabaña. Me siento culpable por no haberle contado la verdad y recuerdo lo que me ha dicho Nina. Ya sé que no he hecho nada malo, pero sospecho que, si se lo explico, Oriol empezará con sus paranoias y su absurda desconfianza. No tengo ganas de discutir.

Oriol pide una ensalada con mango, fresas y quinoa y yo un sándwich cubano, mi plato favorito. La mezcla de *pulled pork*, queso emmental y salsa de mostaza y miel me vuelve loca. Oriol me da un discurso sobre los ultraprocesados y el colesterol malo. De verdad, es imposible ir a un restaurante sin que critique mi alimentación.

—Ya sé que debería hacer ejercicio y comer más fruta, pero no eres mi padre ni tampoco te he pedido opinión —digo irritada.

—Perdona. —Me coge la mano por encima de la mesa—. Tienes razón. Además, estás estupenda.

—Si me sobraran unos kilos, tampoco tendrías derecho a juzgar lo que como. Ya soy mayorcita, ¿no te parece?

—Solo me preocupo por ti. —Me acaricia el dorso de la mano—. ¿Me das una patata frita?

Sé que solo lo hace para que me relaje. Moja una patata en kétchup y se la lleva a la boca. Ahora correrá cinco kilómetros en la cinta para quemarla.

Oriol me pregunta por Iris y le cuento que mi amiga quiere trabajar desde casa, aunque está de baja. Luego hablamos un poco de todo. A pesar de la manía que le ha dado por controlar la alimentación de quienes lo rodean, reconozco que una de sus mejores cualidades es que siempre me escucha con interés. Sigue siendo el amigo del que me enamoré, que cada día busca un hueco para mí y hace lo imposible para compaginar nuestros horarios.

Se empeña en invitarme a almorzar, pero al final lo convenzo de pagar a medias porque no le sobra el dinero. El mes pasado terminó de trabajar en una tienda de ropa y ahora está buscando un empleo que pueda compatibilizar con la carrera.

—Mi padre dice que puedes trabajar algunas horas en el concesionario —le recuerdo.

—No le hace falta contratar personal. Me sabe mal…

—Ha salido de él.

—Si no encuentro curro dentro de un par de meses, te prometo que lo pensaré —accede.

Mi padre y él se llevan muy bien. Oriol es la clase de novio que hace todo lo posible para caerle en gracia a su familia política. Mi padre dice que es un buen chico. Hasta el año pasado mi hermana también lo adoraba. Por desgracia, las relaciones humanas pueden cambiar mucho en un corto periodo de tiempo.

Oriol me acompaña a la parada de autobús, pues tengo que ir al trabajo. Me da un abrazo de los nuestros. Al ver que no se separa, le digo que voy a perder el bus y se aparta de mala gana. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me mira sonriendo.

—Te quiero.

—Y yo —respondo por inercia. Le doy un beso breve en el momento que llega el autobús—. ¿Nos vemos este finde?

—¿Para salir a correr? —Se ríe al comprobar mi cara de espanto—. Mejor para ver una peli.

—Ese plan me gusta más.

Me despido con una sensación rara en el estómago. Sé que quiero a Oriol. Me lo paso bien con él, podemos hablar de cualquier cosa y el sexo es bueno. Es solo que, a veces, tengo la desagradable impresión de que él está más enamorado que yo. O quizá se esfuerza tanto en enmendar el error que cometió hace un año que necesita demostrarme que está muy arrepentido, algo que ya sé. En ocasiones creo que nos hemos distanciado de manera inevitable al intentar maquillar la realidad. Luego recuerdo que es mi mejor amigo y que las segundas oportunidades existen. O eso me digo para calmarme.

13

Freya

Después de un día de trabajo bastante calmado en el concesionario y el taller, convenzo a mi padre para cenar en un restaurante italiano que nos encanta. No hay manera de arrastrar con nosotros a mi hermana, que se marcha de mal humor porque se ha peleado con un cliente. Al llegar a casa, Moon viene a saludarnos. Las personas que dicen que los gatos son ariscos no tienen ni idea. Hay muchos que son extremadamente cariñosos y apegados a sus dueños. Le acaricio el lomo y ronronea. Luego se frota contra las piernas de mi padre, que le dice que es la gatita más guapa del mundo y va a la cocina para darle una lata de atún. La tiene muy consentida.

—El que no quería gatos… —bromeo.

Mi padre ignora mi comentario. Moon llegó a nuestras vidas hace siete años, un día después de que mi madre muriera. Lo entendí como una señal, pero mi padre quiso echar a la pequeña gatita que apareció en el alféizar de la ventana de mi dormitorio. La noche que mi madre falleció había luna llena. Miré al cielo y le supliqué que no me dejara sola. Al día siguiente me despertó el maullido de una bolita de pelo gris. Siempre he pensado que ella la trajo a nuestra casa para que nos ayudara a sobrellevar su pérdida. Los animales son terapéuticos.

Me doy una larga ducha y me tumbo en el sofá para seguir leyendo *La danza de los tulipanes*, el libro que me prestó Pol. No soy muy de novela negra, pero esta historia me tiene completamente absorbida. Mi padre mira la portada con curiosidad.

—¿Y ese libro?

Es muy observador. Sabe cuáles son nuestras aficiones, si tenemos un mal día o necesitamos un abrazo. Tras la muerte de nuestra madre, se quedó solo con dos hijas adolescentes, así que se esforzó por estar a la altura. Nos ha educado para que confiemos en él. Ya sé que parece raro que le hable de casi todo, pero fue la primera persona a la que le conté que Oriol me había engañado. Es un padre muy comprensivo que ha preferido no ponernos límites porque se fía de nosotras.

—Me lo ha prestado Pol.

Le hablo de mi fin de semana con el hermano de Iris (obviando la parte en que lo encontré desnudo en el baño; nuestra confianza paternofilial tiene un límite). Mi padre me escucha sin interrumpirme cuando le explico que no se lo he contado a Oriol porque temo su reacción.

—¿Crees que he hecho mal? —le pregunto.

—Sabes que adoro a Oriol. —Me da una palmadita afectuosa en la mano—. Creo que es un buen chico que se equivocó. Quisiste perdonarlo y él te ha demostrado que está arrepentido. Jamás me meteré en las decisiones que tomen mis hijas adultas.

—Pero…

—Deberías estar con alguien a quien mentirle no fuera una opción —reflexiona—. Rodéate de personas con las que no tengas miedo de ser tú misma. Si quieres que Oriol sea tu compañero de viaje, lo justo para ambos es que podáis ser sinceros el uno con el otro.

—Tienes razón —asiento cabizbaja—. No debería habérselo ocultado. Ahora me siento fatal.

—Todos tenemos secretos que no queremos revelar a nadie. Reservamos ciertas partes de nosotros porque necesitamos sentirnos independientes y libres. No pasa nada por querer preservar tu espacio personal. El hecho de no compartir algunas intimidades no significa que una relación no sea sana. Lo fundamental es que esos secretos no te supongan una carga.

—¿Entre mamá y tú había secretos?

—Todas las parejas los tienen —responde con una sonrisa de añoranza—. La clave está en sentir plena libertad para compartirlos, a sabiendas de que la otra persona no va a juzgarte.

Pienso en Oriol. Siempre ha sido un novio muy comprensivo. Hasta el año pasado éramos la típica pareja que podía hablar de cualquier cosa. Quizá estoy exagerando y no le he dado la oportunidad de escucharme.

—¿Sabes por qué estaba tu hermana tan irritable hoy? —me pregunta cambiando de tema—. Ha perdido los nervios con un cliente. Nunca le había pasado.

Lo miro agobiada. Ay, odio los secretos. Lo pudren todo. Sin embargo, este no es mío, sino de Astrid. No tengo derecho a contarle la verdad a mi padre. Es una decisión que solo le corresponde a mi hermana.

—Ni idea. —Evito su mirada—. El cliente no siempre lleva la razón, ¿no?

Mi padre me observa como si supiera que le estoy mintiendo. Al cabo de unos segundos que se me hacen eternos me da un beso de buenas noches en la frente y se va a la cama. Me hundo en el sofá. Astrid debería contarle que tiene cáncer. Sé que no lo hace porque no quiere preocuparlo, pero no podemos proteger del sufrimiento a nuestros seres queridos.

Moon se tumba en mi regazo, intuyendo que necesito mimos. Me percato de que tengo los ojos vidriosos. Estoy aterrada. La idea de perder a mi hermana me provoca pavor. Y lo peor de todo es que lo único que puedo hacer por ella es acompañarla. El problema es que no puedes apoyar a una persona que no te permite estar a su lado.

14
Pol

Leo es la última persona a la que espero encontrar cuando entro en el portal. No estoy preparado para enfrentarme a él. Se me hace un nudo en la garganta. Me traslado de golpe a la última vez que estuve encima del escenario y me invade el pánico. Está de espaldas y todavía no me ha visto. En el preciso instante en que estoy a punto de largarme, se da la vuelta y me mira.

«Mierda».

—¿Y esa cara? —Levanta el paquete de cervezas a modo de saludo—. ¿No puedo venir a visitar a un amigo?

—Claro. —Intento relajarme—. Me has pillado por sorpresa. No te esperaba.

Leo extiende los brazos para que le dé un abrazo. Me cuesta acercarme, por lo que al final es él quien acorta la distancia que nos separa. Deja las cervezas en el suelo y me abraza con fuerza. Entonces, me doy cuenta de lo mucho que lo he necesitado. Estos meses alejado de mis amigos han sido una basura. Me autoconvencí de que debía distanciarme de ellos porque les estaba haciendo un favor, pero los he necesitado en un montón de ocasiones. Me aparto con brusquedad y le doy un par de palmaditas en la espalda. Joder, me ha pillado con la guardia baja. Llevo ocho meses evitando a mis amigos porque la culpabilidad me atormenta.

—Podrías haber llamado.

—No me habrías cogido el teléfono. Pensé que, si venía sin avisar, no tendrías excusa para escaquearte. —No lo dice con acritud. Simplemente está poniendo las cartas sobre la mesa—. Te echaba de menos.

—¿Qué tal te va todo? ¿Y Nura? ¿Estáis todos bien?

Leo coge el paquete de Coronas.

—Invítame a subir y te pongo al día.

—Claro.

Lo último que quiero es encerrarme en mi casa con Leo, pero no me queda otro remedio. Llevo demasiado tiempo posponiendo esta conversación. Doy gracias por no recordar nada de aquel día. Sé que les hice mucho daño y tendré que vivir con el remordimiento el resto de mi vida.

Leo ya ha estado en mi ático en muchas ocasiones, por lo que va a la cocina para buscar un

abridor. Niego con la cabeza cuando me ofrece una cerveza. En su lugar, abro el frigorífico y cojo una sin alcohol.

—Ya no bebo —le explico ante su expresión perpleja—. Es mejor así.

—Joder, perdona. Ni siquiera lo había pensado —dice avergonzado—. ¿Te importa que yo sí lo haga?

—Para nada. —Al ver que duda, cambio el gesto—. En serio, Leo. No soy un exalcohólico que vaya a sentirse tentado porque te vea beber.

Leo asiente porque sabe a lo que me refiero. El alcohol y las drogas forman parte del mismo círculo vicioso. Cuando me emborracho, me resulta inevitable caer en la tentación. Por eso también he dejado de beber.

Salimos a la terraza, pues sé que es su parte favorita de la casa. Señala la piscina con un gesto de cabeza y sonríe.

—¿Te acuerdas de cuando tiramos a Axel con la ropa puesta?

—Cómo olvidarlo. —Me río—. Se cabreó bastante.

—¿Qué tal te fue por Bali? —se interesa.

—¿Cómo sabes que estuve en Bali?

—Un conocido me comentó que te vio en la playa haciendo yoga. Tío, te me has caído. —Nos partimos de risa. Le doy un trago a la cerveza. Joder, echaba de menos estos ratos—. No te imagino haciendo la postura de la grulla.

—La grulla, el perro, la cobra… Ya soy todo un experto. Deberías probarlo. Es más relajante que una paja.

—Nunca cambiarás.

Leo se apoya en la barandilla y contempla la ciudad. Nos sumimos en un largo silencio. Cojo el paquete de tabaco que dejé en una hamaca y enciendo un cigarro. Es el único vicio que sigo teniendo. Sin nicotina me volvería loco.

—Nura te manda recuerdos. Acaba de sacar un libro nuevo y empieza la gira de firmas la semana que viene —me informa—. Hemos adoptado otro perro. Es una cachorra de bodeguero que tiene muchísima energía. Le encanta morder mis muebles favoritos. Creo que lo hace a posta porque Nura no los soporta. La hemos llamado Mulán. Bueno, Nura eligió el nombre de manera autoritaria. Yo quería llamarla Dora.

—Mulán mola más.

—Olvidaba que siempre te pones de su parte —responde con una mueca—. Axel por fin se ha mudado de manera permanente a Madrid con Lila. Sigue sin querer dejar solos a sus abuelos y va a visitarlos todos los fines de semana. Su *amona* no veía la hora de que se independizase, pero ya sabes cómo es nuestro amigo. El otro día estuve con ellos comiendo marmitako y Miren preguntó por ti. Todos te echamos en falta.

Aprieto con fuerza la barandilla. No digo nada. Axel me invitó a casa de sus abuelos, pero le dije que no podía ir. Durante los últimos ocho meses, mis amigos me han estado llamando para quedar. Siempre les he puesto una excusa. No soportaba mirarlos a la cara.

—Gabi está bien —dice con cautela. Asiento con expresión neutra. No quiero que piense que hablar de su hermana me afecta. Sé que le va bien. De vez en cuando entro en su perfil de Instagram para estar al corriente de su vida. No en plan acosador despechado, sino como un amigo que se preocupa por ella—. Se mudó a vivir con Sam. Mi cuñada tiene el cielo ganado.

—Me alegro por ellas —contesto con sinceridad.

Gabi y Sam se merecen lo mejor. No voy a negar que la echo muchísimo de menos. Me dolió que las cosas acabaran de esa forma. Sin embargo, fue lo más justo. Por aquel entonces no podía quererla como se merecía. A veces me pregunto si hubiera sido diferente de haberlo intentado en otro momento. Sé que no tiene ningún sentido que lo haga. Ella es feliz con Sam y yo no estoy preparado para tener una relación. En cambio, una parte de mí está convencida de que Gabi siempre será mi kryptonita y siento que tenemos una conversación pendiente.

—¿Y tú qué tal estás? —pregunta con tacto—. Te veo bien.

—Voy tirando —admito—. Depende del día.

—Pero…

—Llevo ocho meses limpio. —Lo miro a los ojos para que sepa que le digo la verdad—. Y tengo intención de que siga siendo así.

Leo parece visiblemente aliviado. Levanta su cerveza para brindar conmigo. No sé cómo no me derrumbo. Para mí es más que un amigo. Es el hermano mayor que me gustaría haber tenido. No tengo quejas de Iris, hace lo que puede conmigo. Es solo que Leo y yo compartimos el amor por la música y sabemos lo complicada que es la fama. Él me entiende mejor que nadie.

—Lo siento —me disculpo abochornado—. Lo que os hice pasar…

—¡Eh! —Leo me pone una mano en el hombro—. No te disculpes, tío.

—Joder, Leo. —Me aparto para romper el contacto—. ¿Cómo quieres que no lo haga? Me viste muerto. De estar en tu lugar, jamás podría haberte perdonado que me hicieras algo así.

—No te creo —responde con calma—. No fue culpa tuya.

Me río con desgana.

—Tuve una sobredosis. Si no fue mi culpa, ¿de quién fue?

—Estabas enfermo.

—*Soy* un enfermo —lo corrijo—. Mi adicción va a acompañarme el resto de mi vida. Es una batalla eterna.

—¿Por eso te has alejado de nosotros? —Trata de entenderme.

Enciendo otro cigarro con manos temblorosas. Cierro los ojos y le doy una calada. Cuando los abro, me encuentro con la mirada indecisa de mi amigo. Sé lo que intenta.

—No puedo hacer esto. —Sacudo la cabeza. Tengo los ojos vidriosos y un nudo en la garganta —. No voy a volver a Yūgen. Lo siento, Leo. Si has venido para…

—He venido a ver a mi amigo —me interrumpe con firmeza—. Olvídate del grupo.

—Bien, porque no voy a regresar.

Leo suspira.

—Puedo entender que lo hayas dejado. Comprendo que necesitaras alejarte. Todos respetamos tu decisión y queremos lo mejor para ti. Si eso implica que abandones el grupo, te apoyamos —me aclara con tristeza—. Lo que nunca aceptaré es que nos apartes de tu vida. Por ahí no paso.

—Leo —digo con voz ronca—, necesitaba alejarme de todo y de todos. Yo no…

Mi voz se quiebra. Soy incapaz de terminar la frase. Los errores del pasado me pesan demasiado.

—Estamos aquí. Somos tu familia. Por favor, no nos apartes.

Asiento. Me doy la vuelta para limpiarme las lágrimas. No quiero que me vea derrumbarme. No se trata de vergüenza. Me la suda todo ese rollo de que los hombres no pueden llorar. En los últimos meses he llorado tanto que ya lo he normalizado. Simplemente, me duele abordar el pasado. Cometí un error y herí a mis amigos. No soy capaz de lidiar con la culpa.

—Me gustaría que estuvieras en el próximo concierto que damos en Barcelona. Es dentro de cuatro semanas.

—No sé si…

—Sigue habiendo un sitio para ti —me interrumpe con vehemencia—. Lo de David es algo temporal. Si quieres volver mañana, dentro de un mes o de un año, te recibiremos con los brazos abiertos.

—Lo sé —respondo sin dudar.

Aplazaron la gira después de mi sobredosis. Cuando me recuperé, la discográfica los obligó a buscar un suplente, pero ellos se negaron. No estaba preparado para subirme a un escenario, por lo que les dije que abandonaba el grupo. No quería que les rescindieran el contrato por mi culpa. Sé que tomé la mejor decisión, pero eso no significa que no me duela en el alma. Cada día me levanto siendo consciente de que he abandonado mi sueño y tengo que vivir con esa decisión tan dura.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunto.

—Pues claro. No pensarás que he hecho este viaje para dormir en un hotel.

—He aprendido a cocinar. —Leo me mira con escepticismo—. En serio, tío. Hago unos raviolis a la florentina y un pan de ajo que están de muerte.

Mi amigo me advierte de que va a demandarme si acaba en el hospital por una intoxicación alimentaria. Le digo que se vaya a cagar. Intenta tirarme a la piscina. Nos partimos de risa. Dios, qué falta me hacían estos ratos.

15
Freya

Mi hermana está muy irritable. Es la mejor vendedora del concesionario y atiende a los clientes con mucha profesionalidad. Sin embargo, lleva rara desde ayer. Le acaba de gritar a un hombre que le ha dicho que debía pensárselo porque no tenía del todo clara la compra. Cuando el señor se ha marchado, mi padre la ha llamado a su despacho, supongo que para pedirle que se tomara un descanso. Cinco minutos después, Astrid sale hecha una furia en dirección a la cafetería que hay en la calle de enfrente. Ni siquiera lo pienso. Me limpio las manos en el trapo que llevo atado a la cintura y voy detrás de ella. Los coches pueden esperar.

Me muerdo el labio al verla de espaldas. Está temblando. Es incapaz de encender el cigarro. Masculla una palabrota. Nunca la había visto tan afectada. Entonces lo entiendo de golpe: me ha mentido. Pues claro que está aterrorizada. Algunas personas parecen hechas de piedra, pero son tan humanas como el resto. Tienen inseguridades como cualquier otro, lo que pasa es que las ocultan mejor que los demás. Es algo terrible, pues sufren en silencio y se tragan sus sentimientos. Definitivamente, el miedo es menos terrible si lo compartes con otra persona que te pueda dar la mano cuando lo necesitas.

—Deberías dejar de fumar.

Astrid se vuelve y me fulmina con la mirada. La chica asustada se convierte de golpe en la joven de veinticuatro años que finge que puede con todo.

—Ni que me fuera a entrar cáncer.

Estoy a punto de explicarle que el tabaco aumenta el riesgo de complicaciones en una cirugía, pero al ver su expresión asesina me controlo justo a tiempo. Me prometió que dejaría de fumar una semana antes de la operación. Todavía le quedan cuatro días de margen. No quiero presionarla en el peor momento de su vida. Por eso le quito el mechero y le ofrezco fuego. Mi hermana pone cara de indignación, aunque al final se inclina para encender el cigarro. Aspira el humo con evidente ansiedad. Luego exhala, se apoya en el tronco del árbol que tiene detrás y me mira mal.

—Papá ya me ha echado la bronca. No necesito que vengas a recordarme que me he equivocado. —Le da otra calada al cigarro—. Además, ese tío era gilipollas. No me gusta que

me hagan perder el tiempo. Ha regateado hasta el último puñetero céntimo y, cuando le he hecho un buen descuento, me ha soltado que se lo tenía que pensar. ¡Menudo imbécil!

—Astrid…

—No, Freya. —Se aparta cuando le pongo la mano en el hombro—. Mi tiempo es valioso. He atendido a ese idiota durante más de una hora. ¿De qué va?

—Deberías tomarte unas vacaciones —sugiero con tono diplomático.

—¡Puedo trabajar hasta el día antes de la operación! —estalla fuera de sí. Me señala con un dedo—. No empieces a tratarme como una enferma. Te lo prohíbo.

Por un instante estoy tentada de regresar al taller y dejar que se calme. Sin embargo, solo faltan cuatro días para su operación. No podemos seguir aplazando el tema. No hemos vuelto a hablar de ello desde que salimos de la consulta del médico. Las conversaciones incómodas son necesarias y los problemas no desaparecen porque los ignores. Todo lo contrario, se hacen más grandes hasta que no puedes esquivarlos y ya no hay solución.

—Tienes cáncer de pecho —digo con una firmeza inesperada—. Estás enferma, Astrid.

—No digas esa palabra —contesta con un hilo de voz.

Enarco las cejas. Esta actitud no es propia de ella. Cuando nos marchamos del hospital, parecía dispuesta a seguir con su vida, como si no fuera a permitir que el cáncer estropeara sus planes.

—Por suerte lo han cogido justo a tiempo. Ya oíste al médico. Las probabilidades son…

—¡Por suerte! —Se ríe con desgana—. ¿Debería sentirme afortunada?

—Sabes que no quería decir eso —respondo con la cabeza gacha—. Creo que no lo has aceptado del todo. Es normal, Astrid. Yo en tu lugar estaría asustada. Es lógico que tengas miedo. Puedes apoyarte en mí.

—Déjame en paz. —Tira el cigarro y lo apaga con la suela del zapato—. Cuando te diagnostican cáncer, deberían darte una excedencia para no escuchar las gilipolleces de la gente. No necesito tu compasión, Freya. No me comas la cabeza.

—Vale. —Levanto las manos en son de paz—. Solo digo que deberías dejar el trabajo por una temporada. Así tendrías tiempo para ti.

—¡No quiero encerrarme en un piso que se me cae encima! —chilla furiosa—. ¡No quiero un descanso para reflexionar! Joder, Freya. ¿No lo entiendes? Si no trabajo, pienso demasiado. ¡Me volvería loca en mi casa! Solo necesito tener la mente ocupada.

—Astrid… —murmuro impactada.

—No me mires así —me advierte—. Voy a tomarme un café y luego volveré al trabajo. Atrévete a impedírmelo. Papá ya lo ha hecho y lo he mandado a la mierda.

—Te acompaño a por el café.

—Ni de coña. —Me señala con la cabeza—. Ni siquiera te has quitado el peto de trabajo.

Tienes grasa en la cara. No deberías salir con esas pintas.

Me limpio la mejilla de forma inconsciente. En otro momento me habría enfadado, pero entiendo que lo está pasando mal y necesita descargar su rabia con el primero que tiene delante.

—Si no te apetece estar sola en tu piso, podrías mudarte con nosotros. Tu antigua habitación sigue igual que cuando te independizaste. —Mi hermana me mira como si la hubiera amenazado a punta de pistola—. ¡Solo de forma temporal!

—¿Sabes por qué me fui? —me ladra—. No soportaba convivir con vosotros. Era deprimente. Aquello parece un santuario. Mamá sigue viviendo allí. Y cada dos por tres os ponéis a recordarla y acabáis llorando.

Retrocedo un paso. Los ojos se me llenan de lágrimas. Mi hermana suelta un bufido por mi reacción. No sé si está siendo dolorosamente sincera o solo necesita desquitarse. Siempre he pensado que se fue de casa a los dieciocho porque es muy independiente. No me entra en la cabeza que la molestásemos hasta tal punto. Sí, mi padre se ha negado a donar la ropa de mi madre y sus cosas siguen estando donde ella las dejó. Han transcurrido siete años y sé que no es del todo sano, pero nunca me he atrevido a pedirle que pase página porque creo que cada persona sobrelleva el duelo a su manera.

—Y esperas que me mude a vivir con vosotros… —Mi hermana mueve la cabeza—. ¿Se supone que eres tú la que debe cuidar de mí después de la operación?

—Joder, ¡sí! —chillo, incapaz de controlarme—. Aunque te fastidie, Astrid. Ya sé que para ti soy la niñita débil y sensible a la que tuviste que proteger cuando mamá murió. Pero soy la única persona con la que puedes contar, ¿te enteras? Y estaré ahí, aunque seas una borde y tengas un carácter de mierda porque te quiero con toda mi alma. ¡No hay nada que puedas hacer para apartarme de tu lado! A ver si te entra en la cabeza de una puñetera vez.

Mi hermana se ruboriza un poco. Ahora soy yo la que necesita tomar distancia. Respiro hondo para tranquilizarme.

—Tienes que contárselo a papá —le advierto, y vuelve a tensarse—. Si no se lo dices tú, lo haré yo.

—¡No es tu decisión!

—Por eso te he dado tiempo —respondo sin venirme abajo—. ¿A qué vas a esperar? ¿A que se te caiga el pelo y ya no puedas ocultárselo?

Astrid aprieta los dientes, pero no dice nada. Sabe que tengo razón. Por eso se limita a marcharse a toda prisa a la cafetería. Me seco las lágrimas con el puño del jersey y regreso al taller. Sus palabras me han dolido más de lo que puedo aceptar en este momento. Aun así, no quiero tenérselas en cuenta. Estoy tan asustada por perderla que el miedo vence al enfado. El recuerdo de la muerte de mi madre todavía está muy presente. Solo pensar que mi hermana podría correr el mismo destino…

—¡Hola!

—¡Pol! —Me llevo una mano al pecho por la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a traer el coche. —Me mira preocupado—. Parece que no es un buen momento. Puedo volver otro día.

—No, no. —Fuerzo una sonrisa—. No es nada.

—Tienes… —Me limpia una mancha de grasa de la mejilla y el contacto me produce un intenso calor—. Ya está. ¿De verdad que te encuentras bien?

—La alergia —miento.

Si Pol no me cree, lo deja estar, lo cual agradezco. Le pido que me acompañe a recepción y Marta, la recepcionista, le toma los datos. Abre los ojos de par en par como si estuviera viendo una aparición divina. Marta tiene veintiocho años y hace dos que trabaja aquí. Es una chica alegre, coqueta y lanzada. Triunfa mucho con los hombres y no se corta a la hora de ligar con los clientes que le resultan atractivos. Sin embargo, con Pol le tiembla la voz. Está tan nerviosa que tira la grapadora al suelo. Pol se agacha para devolvérsela y ella se ruboriza cuando sus manos se tocan. Entonces, se aparta el pelo de la cara y se muerde el labio. Me quedo muerta. ¡Se está haciendo la vergonzosa para ligar con él! Pol debe de darse cuenta, pero la verdad es que pasa de ella. Su actitud indiferente me sorprende porque daba por hecho que es un ligón. A ver, no quiero hacer caso de lo que dicen las revistas. Por eso me fío más de lo que me cuenta Iris, que o bien exagera sobre la reputación de su hermano, o bien resulta que Pol ha cambiado de un día para otro.

—¿Te puedo comentar una cosa, Freya? —me pregunta Marta sin dejar de comerse a Pol con los ojos.

—Claro.

Entro en el pequeño despacho del taller preparada para hacer frente a sus preguntas comprometidas.

—Dios mío…, ¡es Pol de Yūgen! —exclama alucinada—. ¿Qué hace aquí?

—Ha venido para la revisión de su coche —respondo con obviedad—. Ya sabes, esto es un taller.

—¿Por qué ha elegido nuestro taller? ¿Lo conoces de algo?

—Estaría de paso por la zona. Ha sido casualidad —miento para que lo deje estar—. ¿Qué es lo que querías comentarme?

—Ah. —Se ríe—. Nada, es que estaba flipando. ¡No puedo creer que acabe de conocer a Pol de Yūgen! Tía, qué fuerte. ¿Le importará que le pida una foto?

—Es un cliente, no deberías molestarlo. —Al ver su expresión decepcionada, me ablando un poco. Si yo tuviera la oportunidad de conocer a Fernando Alonso, Hamilton o Schumacher, querría un autógrafo—. Pídesela cuando se marche. Seguro que no le importa.

—Madre mía, se lo tengo que contar a mis amigas…

—Seguro que Pol valora que lo tratemos como al resto de clientes y respetemos su intimidad.

—Claro —responde apurada—. Entonces ¿no sois amigos? Cuando habéis entrado juntos, parecía que os conocíais de antes.

—Marta —digo muy seria—, tenemos trabajo.

—¡Eres la hija del jefe! Podrías descansar de vez en cuando —bromea.

Salgo del despacho para dar el tema por zanjado. Pol está ensimismado, jugando con el péndulo de Newton que hay en el mostrador. Lleva una camiseta blanca básica, una cazadora negra y unos vaqueros que le sientan como un guante. Parece un crío deslumbrado por una fruslería. Tiene unas manos grandes, de dedos largos con las uñas pintadas de negro. Su manicura es perfecta. Al contrario que la mía, ya que siempre tengo las manos llenas de grasa.

—¿Te lo regalo? —pregunto con tono jocoso.

—Estaba aburrido. —Me pilla desprevenida cuando se inclina para hablarme al oído. Su boca me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja y doy un respingo—. No hace falta que te encierres en el despacho para hablar de mí. No me importa hacerme una foto con ella. Y, si quieres, me hago otra contigo de regalo.

Me aparto de él y pongo los ojos en blanco. Cómo no. Ya vuelve a las andadas.

—Ahí tienes revistas. —Señalo la sala de espera—. Para que no te aburras y te dé por soltar gilipolleces con las que pretendas impresionarme en vano.

Pol ladea la cabeza y me mira de una forma que no sé discernir. Entonces, se parte de risa y se marcha a la sala de espera. No puedo evitar mirarle el culo. A ver, es un chulo muy atractivo, no puedo negarlo. Se sienta en una butaca, coge la revista *Muy Interesante*, me la enseña y me guiña un ojo. Reprimo una sonrisa y me dirijo al garaje con las llaves de su coche en el bolsillo. Es de lo que no hay. Aunque reconozco que su actitud, en lugar de irritarme, me hace bastante gracia. No sé si me provoca porque le encanta escucharme o si lo hace porque cree que voy a caer, cosa que obviamente no va a suceder.

Pol tiene un cochazo. Hago una revisión exhaustiva del vehículo. Se nota que lo conduce poco, pues está casi nuevo.

Una hora y media después, he terminado. Le entrego las llaves a Marta y le pido que cobre a Pol. Son las seis, por lo que voy al vestuario para cambiarme. Al regresar a la recepción, me encuentro a Pol charlando animadamente con la recepcionista. Ella le toca el brazo y se ríe por algo que él ha dicho. Es evidente que está ligando, aunque no sé si Pol solo está siendo educado o le está siguiendo el rollo. En cuanto me ve, deja de prestarle atención.

—Te estaba esperando.

—¿Por? —respondo descolocada—. Ya he terminado.

—Para invitarte a una cerveza.

Marta frunce el ceño. Ahora empezará a sacar sus propias conclusiones. Agarro a Pol del brazo para arrastrarlo a la salida. Me despido de Marta, que no nos quita la vista de encima hasta que nos marchamos. Algo me dice que dentro de poco circulará por el taller el rumor de que estoy enrollada con Pol. En fin, menos mal que no tengo nada que ocultar.

—No hace falta que me invites.

—Lo hago porque me apetece pasar tiempo contigo.

Lo miro descolocada. No sé si lo he oído bien. Al ver que no lo retira, enarco las cejas.

—Tengo novio —le recuerdo.

—¿No tienes permitido tomar una cerveza con un tío atractivo?

—¿Te consideras atractivo? —le vacilo.

—Sí —responde sin dudar—. Tengo espejos en mi casa, fea.

—Las personas creídas suelen tener grandes complejos de autoestima —me burlo—. Ahí lo dejo.

—Antes me has mirado el culo.

—¿¡Qué dices!? —Me entra un repentino calor que me sube por las mejillas—. Estás delirando. No te lo tendré en cuenta porque conduces un cochazo al que por fin te has dignado a hacer una revisión. Gracias por la invitación, pero…

—Solo quiero charlar —añade con cordialidad—. Te prometo que no intentaré nada raro. Respeto que haya personas fieles en este mundo que se va a la mierda.

Dudo por un instante. Su compañía me resulta agradable. Es un tipo con el que se puede tener una buena conversación y tiene sentido del humor. Sin embargo, apenas nos conocemos y no quiero forzar nada. Además, huelo fatal y necesito darme una ducha después de una larga jornada de trabajo. Me muero por comer la lasaña que me está esperando en la nevera, acurrucarme en el sofá y terminar el libro que me prestó.

—Otro día —concluyo.

Su expresión es una mezcla de desconcierto y decepción que no consigue ocultar. Entonces, sé que he tomado la decisión correcta. Pol Casals es el típico tío que no está acostumbrado a que le digan que no.

—Claro —responde con una sonrisa impostada—. Me alegro de volver a verte, Freya.

—Lo mismo digo.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

—Me voy con mi padre. —Señalo el concesionario que hay justo al lado del taller—. Gracias.

No sé si darle dos besos o despedirme con la mano. Pol parece tener la misma duda. Al final, acorto la distancia que nos separa, puesto que no quiero ser maleducada. Es unos centímetros más alto, así que agacha la cabeza. Me pone una mano en el centro de la espalda. Su boca roza mi mejilla y un remolino de sensaciones desconcertantes se apodera de mi vientre. Está recién

afeitado y huele a *after shave*. Hay hombres que son perjudiciales para la salud femenina. Pol, con su metro ochenta, su mirada penetrante y su olor adictivo es uno de ellos.

No lo miro a la cara antes de darme la vuelta y alejarme con paso tranquilo. No quiero que se dé cuenta de lo mucho que me ha gustado estar tan cerca de él. Jamás le daría falsas esperanzas, pues tengo intención de seguir con Oriol. Tampoco me rayo ni le doy demasiadas vueltas. Soy joven y está bueno. Es normal que me ponga un poco. Aunque tenga novio, no estoy ciega. Sentirse atraída por otras personas no tiene la menor importancia. Lo que de verdad cuenta es con quién eliges estar al final del día.

16
Pol

No sé por qué me fastidia tanto que Freya me rechazase el otro día. No es el fin del mundo. Sí, es cierto que me apetecía charlar con ella. Me puse de buen humor nada más verla. Y, para qué negarlo, disfruto muchísimo picándola, pues no se amedrenta ante mis provocaciones. Será la novedad, pero lo cierto es que me gusta estar con ella.

Sé que estuvo llorando (a otro con el cuento de la alergia) y pensé que tal vez le gustaría desahogarse conmigo fuera del trabajo. No obstante, es obvio que ella no me encuentra una compañía tan placentera. No debo olvidar que nos vimos obligados a convivir bajo el mismo techo aquel fin de semana. Me cae bien, aunque supongo que no es más que un capricho pasajero. Ni le gusto ni quiere un autógrafo. Tampoco es para tanto. En algún momento tenía que pasar.

Joder, necesito echar un polvo.

Podría haberme desquitado con María, o como se llame la recepcionista del taller. Aunque su voz estridente y sus continuas caricias me sacaron de quicio. Sí, es atractiva. En otro momento no me lo habría pensado dos veces. Sin embargo, llevo tres meses sin acostarme con una mujer. La última vez que eché un polvo fue con una turista americana que conocí en Bali, pero fue algo forzado y me sentí tan vacío después de aquello que desde entonces no me han entrado ganas de repetir. Oportunidades no me han faltado. El caso es que mi libido está por los suelos y no reconozco al tipo en el que me he convertido. No sé si será por culpa de la abstinencia, pero no quiero que lo de Bali vuelva a suceder. Supongo que con el tiempo me apetecerá de nuevo. Mientras tanto…

El olor del pelo de Freya me viene a la mente. Me pregunto cómo lo hace para oler a manzana después de haber estado trabajando debajo de un coche. A pesar de las manchas de grasa de su cara, estaba preciosa. Cuando se despidió dándome dos besos, quise retenerla para que aquello durase más.

Lo sé, una puta locura.

Le prometí a mi hermana que iría a hacerle la compra, por lo que conduzco hasta su supermercado favorito. Es demasiado exigente para comprar por internet. Cuando se lo sugerí,

me gritó que, si pides a domicilio, te venden los productos que nadie quiere. En fin, nada está a la altura de Doña Perfecta.

Después de hacer la compra, voy a su casa. Iris vive en un dúplex en Pedralbes, la zona más pija de la ciudad. El piso lo heredó nuestra madre, que vivió allí antes de casarse con ese ser al que debería llamar padre. Iris quiso independizarse a los dieciocho y nuestros padres no pusieron ningún impedimento. Se las apañó para llevarse a Nico con ella aludiendo que nuestro hermano no soportaría estar separado de ella. Mi padre estuvo encantado de quitárselo de encima. No lo digo yo, fueron sus propias palabras. A cambio, *solo* le pidió a mi hermana que hiciera Derecho y trabajara de becaria en el bufete mientras estudiaba la carrera. Sé por qué Iris tomó aquella decisión: quería sacar a Nico del centro en el que pasaba más tiempo que en casa, pues nuestro padre no soportaba tenerlo cerca. Siempre me he preguntado si mi hermana habría elegido otro camino de haber tenido la oportunidad. Quizá quería ser arquitecta o médica, vete a saber. Me da la impresión de que no la conozco del todo. Fue una hija modélica que hizo lo que se esperaba de ella. No me engaña, sé que en el fondo detesta tanto como yo a nuestro padre. De hecho, hace un par de años cortó definitivamente todos los lazos con él y se largó a un bufete de la competencia. Así que puedo entender que decidiera pasar por el aro para proteger a Nico. Era la mayor. Estoy seguro de que habría hecho lo mismo conmigo. Pero a los dieciséis me adelanté y decidí coger el toro por los cuernos, ya que no aguantaba más en aquella cárcel.

—Pol…

Me encuentro de bruces con mi madre, que está saliendo del piso de Iris. Llevaba ocho meses sin verla. Concretamente, desde aquel maldito concierto. Me observa como si temiera que fuera a saltarle a la yugular. El tiempo que estuve en terapia me enseñó a casi reconciliarme con mi pasado. Por eso, al mirar a la mujer que me dio a luz, me limito a observarla con frialdad.

—Hola.

—¿Qué tal…?

No la dejo terminar la frase. Entro en la casa y cierro la puerta. El corazón me va a mil por hora. Estoy orgulloso de mi reacción. Sí, ya sé que cerrarle la puerta en las narices a tu madre no es una actitud muy normal. No obstante, teniendo en cuenta las circunstancias, estoy satisfecho de haber tenido tanto autocontrol. Podría haber sido mucho peor.

—¡Ya ha llegado Mercadona! —exclamo.

—¿Has comprado la leche de almendras? —me pregunta Iris.

Dejo las bolsas en la encimera de mármol de Carrara.

—Hola, yo también me alegro de verte.

—¿Y el chocolate con el 90 por ciento de cacao?

—No sé cómo te puede gustar. Sabe a rayos.

—¿La quinoa?

—Que sí, pesada. He comprado todas esas mierdas dietéticas y sanas con las que te alimentas. No sé si eres una alpaca o una petarda obsesionada con su aspecto.

Desde la cocina americana puedo verla tumbada en el sofá con la pierna encima de un cojín. Lleva una blusa, un blazer y unos pantalones de pijama. Lo sabía. Está enferma.

—Has estado teletrabajando. —Vacío las bolsas y sacudo la cabeza con resignación. Se habrá vestido para alguna reunión por *webcam*—. ¿En serio, Iris? Estás de baja.

—He dejado un montón de casos a medias.

—Pásaselos a otro abogado. Seguro que pueden prescindir de ti durante unas semanas…

—Si quieres algo bien hecho, hazlo tú misma —me contradice—. Además, me aburro como una ostra. Necesito hacer algo productivo.

—Ve una serie, lee un libro, pinta mandalas. Ya sabes, lo típico que hace la gente cuando está de baja.

—Me estresa estar de baja. La calma me agobia. —No hace falta que lo jure. De ser por ella, ya se habría quitado la escayola y estaría haciendo una clase de *body pump*—. Tienes que pincharme la heparina.

—Me he enganchado a una serie, *Gambito de dama*. Tienes que verla. Va de una huérfana que es una crac jugando al ajedrez. —Mi hermana me escucha con desinterés. Es la serie que empecé a ver con Freya—. Voy a preparar la cena. Ahora te pincho la heparina.

—Hoy me toca lubina a la plancha con espárragos verdes al horno.

—Tienes suerte de que esté aquí. Cambio de menú. Hoy cenamos *risotto* con carrillera y setas.

—¡No puedo comer hidratos por la noche!

—¿Por qué? ¿Te autodestruyes?

—Me caías mejor cuando no sabías cocinar —sisea.

—¡Nico! —lo llamo—. ¿Quieres ayudarme a preparar la cena?

Mi hermano aparece como un resorte en la cocina. Deja la Nintendo en la encimera y me da un abrazo que me cruje todos los huesos de la espalda. Adoro a este grandullón. En serio, lo quiero con toda mi alma. Daría mi vida por él. Creo que no hay amor más puro y genuino que el que siento por mi hermano mayor.

—A la porra los espárragos. —Le guiño un ojo—. Ni que fuéramos cabras.

Nico se parte de risa. Iris resopla, pero lo deja estar porque sabe que no tiene nada que hacer contra nosotros.

—Me he pasado el juego de *Mario Kart* —me dice con orgullo.

—Genial. —Lo despeino con cariño—. ¿Quieres ir cortando los champiñones mientras yo pincho a la gruñona de Iris?

Nico asiente y se ríe al escuchar cómo la llamo. Iris tiene mala cara cuando me acerco a ella con la aguja. Antes de que abra la boca, ya sé lo que va a decir.

—Se puede cortar —me reprocha.

—Si por ti fuera, no lo dejarías ir solo al baño. Relájate, Iris.

—Quiero lo mejor para él.

—¿Y yo no? —Nos retamos con la mirada. No quiero ponerme a la defensiva. Ya hemos tenido esta conversación miles de veces. Le pincho en la barriga y me río cuando aparta la vista. Por muy dura que parezca, en el fondo es una cagona—. No ha sido para tanto, ¿eh?

—Cuando tenías cinco años, te caíste de la bici y te pelaste las rodillas. Me preguntaste si te iban a cortar las piernas.

—¿En serio? —No lo recuerdo—. ¿Y tú qué hiciste? No te veo diciéndome aquello de «sana, sana, colita de rana, si no sana hoy, sanará mañana».

—Papá te prohibió que cogieras la bici, pero, como siempre, hiciste lo que te vino en gana. Te curé a escondidas para que no se enterase y te di un beso en la frente.

Intento acordarme de la hermana de nueve años que me cuidó con tanto afecto. Sé que se preocupa por mí, pero no somos muy cariñosos el uno con el otro. Nadie puede culparnos. Demasiado decentes hemos salido con semejantes padres de mierda.

—¿Quieres que te dé un besito en la frente? —le vacilo.

—Yūgen da un concierto en Barcelona dentro de unos días —suelta sin venir a cuento. Me observa sin pestañear. Sé que quiere comprobar mi reacción.

—Lo sé, Leo me ha invitado.

Su expresión se tensa. No es que culpe a mis amigos por lo que me sucedió, pero cree que mi carrera musical es incompatible con llevar una vida sana. Una soberana chorrada, pues no hay gente más limpia que mis amigos. La culpa no es de la música, la fama o las fiestas, sino mía.

—¿Vas a ir?

—Todavía no lo he decidido —respondo con sinceridad.

—Pol —me pone una mano en el brazo—, hiciste bien en dejar el grupo. Ahora deberías centrarte en tus negocios. Te vendrá bien tener una rutina, es lo que dijo la terapeuta. Si vuelves a ese mundo…

—No tengo intención de regresar —la corto con aspereza—. Si voy al concierto, será para apoyar a mis amigos.

Iris se recuesta en el sofá. Me mira intranquila.

—Suéltalo ya —le pido. No soporto que se ande por las ramas.

—Nada, solo pensaba. Hay algo que siempre me he preguntado. —Le dedico una mirada inquisitiva—. ¿Cómo lograste convencerlo para que te dejara firmar aquel contrato a los dieciséis años?

Se refiere a nuestro padre. Pongo mala cara. Es lógico que se lo cuestione. Él siempre me

advirtió de que jamás permitiría que fuera músico profesional. Todos se quedaron atónitos cuando no impidió que firmara el contrato discográfico siendo menor de edad.

—Quería perderme de vista —respondo con frialdad—. Sabía que nunca podría controlarme.

—No me lo trago. Quería meterte en un internado suizo para obligarte a estudiar bachillerato. Pero, de repente, cambió de idea.

—¡Ay! —grita Nico—. Hermanito, me he cortado.

Iris me lanza una mirada asesina. Tengo que ponerle una mano en el pecho para evitar que se levante.

—Tranquilo, Nico. Ya voy.

Solo es un pequeño corte en el pulgar. Le desinfecto la herida y le pongo una tirita. Mi hermano me da un abrazo de oso.

—Ve a decirle a Iris que te haga el «sana, sana, colita de rana» —le digo—. Le encanta.

Nico sale disparado y me río cuando escucho a mi hermana canturrear de mala gana. Ha cortado los champiñones tal y como le he pedido. Sabía que podía hacerlo.

El hecho de que una persona tenga una discapacidad intelectual no significa que debamos infantilizarla. Hay que evitar los prejuicios, la condescendencia y la sobreprotección. No son niños. Son seres humanos que merecen el mismo respeto que los demás. Si los tratas como tales, descubres a personas maravillosas que pueden hacer cosas increíbles.

17
Freya

Hoy hay poco trabajo en el taller, por lo que salgo antes. El concesionario no cierra hasta las ocho, así que decido hacerle una visita a Iris. Paro en una pastelería cercana para comprar Catànies, sus bombones favoritos. Es un dulce típico de Cataluña compuesto por una almendra marcona caramelizada, praliné blanco y cacao. Sus preferidas son las de chocolate blanco y yogur griego. Luego recuerdo que a Nico le pirra el chocolate con leche y compro otra caja.

No me gusta ir a casa de nadie sin avisar, pero sé que Iris está que se sube por las paredes. Intenté convencerla de que se tomara un descanso, pero es tan tozuda como mi hermana. Seguro que se alegra de que le haga una visita.

—¡Freya! —Su hermano me da un abrazo que me levanta del suelo—. ¡Has traído chocolate!

—¡Es para después de cenar! —le ordena Iris.

Nico pone cara de pena, pero obedece con resignación. Me da la mano y me conduce hacia el salón. Como si no hubiera venido ya un montón de veces. Iris está tumbada con cara de aburrimiento y la pierna encima de un cojín. Al verme se le ilumina la expresión.

—Necesito salir de aquí —dice agobiada—. ¿Soy mala persona por desear que el idiota que me atropelló se parta una pierna para que sepa lo que se siente?

—Pues claro que eres mala —interviene Pol, que aparece en ese momento con un delantal que le queda demasiado bien—. El *risotto* ya casi está.

Lo miro sorprendida, puesto que no esperaba encontrarlo aquí. Hoy lleva las uñas pintadas de azul eléctrico. Debería estar ridículo. Lleva un delantal rosa atado al cuello con la frase «La reina de los fogones» bordada en el pecho, pero se las apaña para estar sexy.

—Te presento al imbécil de mi hermano —dice Iris antes de que pueda abrir la boca—. Pol, esta es mi amiga Freya. No digas o hagas algo que pueda dejarme en evidencia.

—Encantado. —Me ofrece una sonrisa cómplice—. ¿Cómo la aguantas?

—Ignóralo —me pide Iris—. Hoy está graciosillo.

—¿Te quedas a cenar? —me pregunta Pol.

—No quiero molestar.

—No es molestia —interrumpe Iris—. Así me ahorras tener que hablar demasiado con él.

Pol se parte de risa. Es obvio que el mal humor de su hermana no le afecta.

—Huele de maravilla —digo con apetito—. Deja que te ayude a poner la mesa.

—¡Eres mi invitada! —protesta Iris—. Que se ocupe él.

—Cállate, lisiada —se burla Pol.

Iris lo obsequia con una retahíla de insultos. Lo sigo en dirección a la cocina y se me hace la boca agua al ver el despliegue de comida. Aparte del *risotto*, ha preparado una ensalada de endivias y anchoas, una tabla de quesos y un hojaldre con tomates cherri y aceitunas negras.

—Es la primera vez que hago *focaccia*. Ya veremos qué tal ha salido.

—Riquísima —respondo sin dudar—. Tienes mano con la cocina, reina de los fogones.

—Me sienta como un guante, ¿eh? —bromea posando—. Tengo buena percha.

—Madre mía. —Sacudo la cabeza y me río. Es imposible—. Así que vamos a fingir que no nos conocemos…

—Creo que será lo mejor. Hoy está más desagradable de lo habitual. Si le contamos la verdad, nos acribillará a preguntas.

—¿De qué tipo?

—Pensará que no has podido resistirte a mi encanto natural. Dará por hecho que nos hemos acostado y querrá conocer todos los detalles de la noche de pasión que no tuvimos, pero que habrías disfrutado de haber existido.

—Tu encanto natural… —repito con incredulidad—. Iris jamás creería que me he enrollado con su hermano. Sabe que soy una persona fiel.

—Piensa que soy un ligón de primera. —Me guiña el ojo y me entra la risa floja.

—¿De qué habláis? —grita desde el salón—. ¡Pol, no molestes a mi amiga!

—¡Solo estoy ligando con ella!

—¡Ni se te ocurra, idiota!

—Me encanta escucharla —me dice regalándome una sonrisa de las suyas.

Cojo los platos y los cubiertos. Cuando regreso al salón, Iris me mira con suspicacia. Parece que de verdad tiene miedo de que las habilidades de seducción de su hermano tengan efecto conmigo. Vaya, no doy crédito.

Se indigna cuando Pol se ofrece a ayudarla a llegar a la mesa. Ella le grita que puede sola, se apoya en las muletas y consigue sentarse en la silla. Lo mira con orgullo. Su hermano pone los ojos en blanco. Iris aprovecha que ha ido a por la *focaccia* para ponerme una mano en el brazo y decirme al oído:

—¿De qué habéis hablado en la cocina?

—Tranquila, no estaba ligando conmigo.

—No bajes la guardia —me pide angustiada—, es muy persuasivo. —Echa un vistazo para comprobar que su hermano no viene—. Cuando éramos unos críos, tenía a mis amigas enamoradas, y eso que es cuatro años menor que yo. Nunca he entendido qué le ven las mujeres.

—¡Te estoy oyendo! —Pol regresa con el plato—. Ni caso, Freya. Sigue resentida porque en el colegio las niñas se le acercaban para tener una oportunidad conmigo.

—Es tan tonto como parece —me confiesa Iris.

Me aguanto la risa. Los hermanos se enzarzan en una discusión tras otra. Y yo que pensaba que mi relación con Astrid era tensa. Lo de estos dos no es ni medio normal. Pol le lanza un trozo de queso a Iris que le da en la frente. Ella le grita que tiene suerte de que no pueda levantarse. Al final Nico y yo terminamos partiéndonos de risa.

—Deja de hacer el payaso —le ladra Iris—. Estamos comiendo.

—Todo está delicioso —digo para calmar el ambiente—. Gracias, Pol.

—¿Lo ves? —Saca pecho—. No es tan difícil, Iris. ¡Por fin alguien que valora mi talento culinario!

—¡Yo solo quería cenar espárragos al horno!

—Ni que fuéramos cabras.

—Idiota.

—¡Beee! —Pol suelta un balido.

Estoy a punto de atragantarme con el refresco. Qué tonto es. Nico se ríe y le pide que lo haga otra vez. Pol, que carece de vergüenza y se crece al tener público, se pone a balar para consternación de Iris, que se tapa la cara.

—¡Para de una vez! —le ordena irritada—. ¡Pol, cállate!

Me entra un ataque de risa. Pol corre por el salón imitando a una cabra. Incluso se pone a dar saltitos. Iris me da un codazo para que deje de reírme, lo cual, por supuesto, me hace reír más. Al final Nico y yo terminamos doblados por la mitad y con lágrimas en los ojos. Mi amiga resopla, sacude la cabeza y esboza una pequeña sonrisa. Pol nos hace una reverencia como si estuviera sobre un escenario.

—No lo entiendo. —Se sienta y coge un trozo de queso—. ¿Por qué sois amigas? Mi querida hermana odia a la gente con sentido del humor.

—Que piense que eres ridículo no significa que no tenga sentido del humor —le responde, y acto seguido me mira en busca de ayuda—. Freya, ¿a que soy muy divertida?

—Si le dices que no, es capaz de tirarte por el balcón —murmura Pol.

Iris me observa esperanzada. A ver, es cierto que suele ser muy seria. Pero en cuanto la conoces, te das cuenta de que tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Mucho —le aseguro.

Iris le dedica una mirada triunfal a su hermano, que pone los ojos en blanco de nuevo. Nico pregunta si se puede comer los bombones y su hermana le dice que solo cuatro. A pesar de las protestas de Iris, ayudo a Pol a recoger los platos sucios. Al llegar a la cocina cojo un paño y lo azoto en el trasero.

—¡Eh! —protesta—. No me va el sado, pero me adapto a todo. Soy un hombre de mundo.

—Deja de picarla —lo sermoneo—. La pobre está convaleciente. No estáis en igualdad de condiciones. No puede darte una paliza.

—¿En serio querrías que desfigure esta cara tan bonita?

—Me sabe mal que te creas tan guapo cuando no vales un pimiento —le vacilo—. Si vuelves a meterte con ella, atente a las consecuencias. Las mujeres unidas somos invencibles.

—¿Me pondrías la mano encima? —Finge horrorizarse—. ¿Te he dicho alguna vez que las mujeres peleonas son mi debilidad?

—Uy, todavía no me has visto enfadada…

—Ahora tengo curiosidad. —Sus ojos brillan con picardía—. ¿Qué tengo que hacer para cabrearte?

—Ni lo intentes.

—No puedo evitarlo. —Pone cara de pena—. Porque las mujeres…

Le tapo la boca.

—¿Nunca te han dicho que calladito estás más guapo? —Frunce el ceño—. Ya no te ayudo a meter los platos en el lavavajillas, por listo.

Salgo de la cocina sonriendo y me encuentro con la mirada recelosa de Iris. Le saco la lengua para que entienda que no voy a caer en las redes del mujeriego de su hermano. Sí, es divertido el vacile que nos traemos, pero es algo completamente inofensivo.

—¡Freya! —Nico me coge de la mano—. ¡Vamos a jugar a la Wii!

Soy incapaz de negarme. Me lo paso en grande jugando al tenis con él. Al cabo de unos minutos, Pol se sienta en el sofá, al lado de su hermana. Me percato de que pone un tablero de ajedrez en la mesa auxiliar. A mi amiga le brillan los ojos y acepta jugar con él. Una hora después, Nico y yo estamos exhaustos, pero ellos todavía no han terminado la partida. Iris lleva ventaja. A Pol solo le queda un alfil, una torre, un caballo, dos peones y el rey. Ambos están muy concentrados.

—Mi hermanita va a darle una paliza —me chiva Nico—. Siempre le gana.

Observo el tablero con interés. Pol mueve el alfil. Entonces, Iris sonríe de oreja a oreja y mueve su reina.

—Jaque mate.

—Espera. —Pol endereza la espalda y mira el tablero como si quisiera buscar una salida. Al final chasquea la lengua—. Ah, qué buena eres, cabrona.

Le estrecha la mano.

—Vas mejorando.

Pol se mete la mano en el bolsillo, saca la cartera y le entrega un billete de veinte euros sin protestar.

—Con el dinero que te saco podría comprarme un BMW —se burla ella.

—Algún día morderás el polvo —le promete Pol.

Compruebo que ya son más de las once. Mañana tengo clase a las nueve. La verdad es que me lo he pasado muy bien, sobre todo siendo testigo de los piques entre Iris y su hermano.

—Tengo que irme. —Me despido de Iris dándole un abrazo—. Me ha encantado verte.

—Espera, ¿te vas en autobús? Es muy tarde.

—Yo te acerco —se ofrece Pol—. También me voy ya.

—En serio, no hace falta —protesto en vano.

Pol e Iris no me dejan otra opción. Al final nos marchamos juntos. Me quedo un poco cortada al ver que ha venido en moto. Tiene una Harley-Davidson, modelo Nightster, negra metalizada. Acaricio la carrocería y suelto un silbido de aprobación. Menuda pasada. Nina fliparía al verla.

—Esta preciosidad tiene que agarrarse muy bien a las curvas —digo maravillada. Soy más de coches, pero eso no significa que no pueda apreciar una buena moto.

—¿Quieres comprobarlo? —Me ofrece un casco y luego, como no podía ser de otro modo, me regala una sonrisa socarrona y añade—: Agárrate a mi cintura, nena.

—Vuelve a llamarme nena y te castro.

—De acuerdo. —Se encoge de hombros—. Agárrate fuerte, fea.

—No corras.

—Sube de una vez, anda.

Me abrocho el casco y me abrazo a su cintura. Entonces, descubro algo que ya supe al verlo desnudo: está más duro que el mármol de la encimera de Iris. Me prohíbo disfrutar del momento. No soy capaz de relajarme del todo hasta que pone una mano encima de las mías y me promete que conducirá respetando el límite de velocidad.

Pol es un motorista muy hábil. Estoy segura de que suele ir más rápido, zigzagueando entre los coches, pero al llevarme de paquete se controla. Cuando para en un semáforo, se vuelve para preguntarme si voy cómoda. Le digo que sí y me aferro a él con más fuerza para no caerme. Ya no estoy tensa. De hecho, me gusta muchísimo la sensación de libertad que experimento al ir en moto. De acuerdo, lo disfruto. Voy abrazada a la cintura de un chico muy atractivo. No pasa nada por admitir que la experiencia me resulta placentera, ¿no? Al fin y al cabo, ¿quién podría culparme por ser humana?

18
Pol

—Sana y salva —digo al aparcar delante de su portal—. Y antes de las doce, como Cenicienta.

Freya se baja de la moto. Ha sido agradable tenerla pegada a mi espalda. Huele de maravilla y se aferraba a mi cintura cada vez que cogía una curva. Me entrega el casco con una sonrisa.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué.

—Ya he terminado el libro que me dejaste. Me ha encantado.

—Yo me he bebido *Tres citas con Carter*.

—¿Y qué tal?

—Esto de la novela romántica es un vicio —admito. La verdad es que el libro me ha gustado más de lo que esperaba—. ¿Me recomiendas otro?

—¡Claro! —exclama ilusionada—. Tengo un montón de libros en casa que te pueden gustar. Sube y te presto uno. Y de paso te devuelvo el que me dejaste.

La invitación me pilla por sorpresa. Lo último que esperaba cuando me desperté esta mañana era terminar la noche en casa de Freya.

Al ver mi expresión, me dedica una sonrisa burlona.

—Vivo con mi padre —me aclara—. Y la invitación no va con segundas.

—Que sepas que todas las chicas a las que llevo en moto a su casa siempre me invitan a subir…

Freya me mira mal, así que levanto los brazos para que sepa que solo estoy de broma.

—Era coña. —La sigo hasta el portal—. Aunque todo el mundo tiene derecho a cambiar de opinión.

—Cierra el pico, casanova. —Abre la puerta y nos dirigimos al ascensor—. ¿Por qué lo haces?

—¿Ligar contigo? —Me encojo de hombros—. Ni idea. Será deformación profesional.

Se ríe. Tiene una risa preciosa. Auténtica, profunda y sensual.

—Me caes mejor cuando solo eres tú.

—¿A qué te refieres? —replico desconcertado.

—Eres un buen tío —responde convencida—. Por mucho que te ocultes bajo esa actitud de seductor. A mí no me engañas. Me gustas más cuando puedo tener una conversación normal contigo. No pareces tan capullo.

Me quedo descolocado y no sé qué decir. Normalmente, lo que más les gusta a las mujeres de mí es que soy muy lanzado. Nunca he conocido a ninguna a la que le interese tener una simple charla conmigo, ni tampoco me había planteado que mis insinuaciones sexuales fueran un escudo para no darme a conocer.

Un gato gris viene a saludarnos en cuanto entramos. Freya se agacha para acariciarlo y el animal ronronea. Luego se frota contra mis piernas. Retrocedo con disimulo. Mierda, no quiero parecer un cobarde, pero los gatos me dan un poco de miedo.

—No hace nada. —Freya lo coge en brazos—. Moon es inofensiva. Olvida todo lo que has leído de los gatos.

—Ah, es una chica. —Acaricio a la gata, que maúlla contenta—. Vaya, eres más cariñosa que tu dueña.

—Pues claro que soy cariñosa —me aclara—. Lo que pasa es que soy selectiva.

—¡Ay! —Me llevo una mano al pecho—. Selectiva y cruel, lo que viene siendo mi tipo.

Freya sacude la cabeza, como si me dejara por imposible. En ese momento, la gata me salta encima. Mi temor inicial se esfuma al darme cuenta de que es muy mimosa. Sigo a Freya con Moon en brazos. Su padre está sentado en el sofá viendo la tele. Me mira con curiosidad.

—Papá, te presento a Pol, el hermano de Iris.

—Ah, el muchacho con el que estuviste el fin de semana pasado —dice para mi sorpresa—. Encantado de conocerte, soy Carlos.

—Igualmente, señor.

—Tutéame —me pide con amabilidad—. No me hagas sentir más viejo de lo que ya soy.

—¡Estás estupendo! —Freya le da un beso en la mejilla.

Su padre murmura que está cansado y se despide de nosotros. Me quedo bastante descolocado.

—¿Le dijiste que estuviste conmigo?

—Sí —responde con naturalidad—. ¿Por qué iba a ocultárselo?

Se me hace raro que tenga tanta confianza con su padre, pero supongo que no soy el más indicado para hablar de relaciones paternofiliales. La sigo a su habitación. Moon salta a la cama y se hace una bola encima de la almohada. Lo observo todo con mucha curiosidad. Tiene pósteres de los principales pilotos de Fórmula 1. Hay un escritorio muy ordenado y, justo encima, un corcho repleto de fotos en las que aparece con los que deben de ser sus amigos. En una de ellas sale besando a un chico. Siento una inesperada punzada de celos.

—¿Tu novio? —le pregunto.

—Sí.

—¿Cuánto lleváis juntos?

—Tres años.

—Mucho para ser tan joven, ¿no?

—Empezamos a salir a los diecisiete. No es que a esa edad fuera buscando algo serio. Era mi mejor amigo. Sucedió sin más —me explica. Va a la estantería y coge un libro que se titula *Romper el círculo*—. Me encanta esta autora. Ya me dirás qué te parece.

En la mesita de noche está el libro que le presté. Aprovecho que va a cogerlo para echarle un vistazo a su novio. Sí, una actitud absolutamente pueril. No es nada del otro mundo. Ella podría aspirar a alguien mejor. En las fotos destilan complicidad. Me pregunto si la hará feliz. Luego me cabreo porque no es asunto mío. Cuando regresa a mi lado, me pongo nervioso, puesto que no quiero que me pille husmeando, así que señalo un cuaderno forrado con tela celeste.

—¿Tu diario?

—No. —Coge el cuaderno y esboza una sonrisa—. Mi madre y yo jugábamos a buscar palabras raras que no tienen una traducción exacta en nuestro idioma. Las apuntábamos aquí. Ella era profesora de noruego y escritora de cuentos infantiles. Lo llamábamos *El libro de las palabras mágicas*. Mi momento favorito del día era cuando regresaba del colegio y ella me regalaba alguna palabra nueva.

—Una madre guay.

—Todas lo son, ¿no?

—Qué va.

Me mira de una forma que me hace sentir vulnerable, como si pudiera llegar hasta mí. No me gusta que sea capaz de ver a través de las capas de mi piel. Me imagino cómo debe de ser crecer con una madre cariñosa y que desea pasar tiempo contigo. Nunca sabré lo que se siente.

—Mira. —Abre el libro por una página al azar. Está escrita con una caligrafía muy cuidada—. *Wabi sabi* es una palabra japonesa que no tiene una traducción exacta en nuestro idioma. Significa algo así como «la belleza de la imperfección».

—*Wabi sabi*, me gusta.

—Y esta es una de mis preferidas, *mangata*, un término que los suecos utilizan para describir el camino de luz que se forma en el agua por el reflejo de la luna.

La miro embobado. Freya se da cuenta y frunce el ceño. Se aparta un mechón blanco de la cara.

—¿Qué?

—Eres una caja de sorpresas —afirmo—. Es imposible aburrirse contigo.

—Me lo dicen mucho —bromea—. Recuerda que me tienes que devolver los libros. De lo contrario, te buscaré para darte una paliza.

—Prefiero no arriesgarme —respondo riendo—. Aunque las mujeres peleonas son…

—No… lo… digas. —Me tapa la boca—. Y ahora vete. Estoy agotada y mañana madrugo.

Me resigno cuando me acompaña a la salida. Quiero quedarme un rato más. Me gusta estar

con ella. Sin embargo, Freya tiene ganas de perderme de vista, por lo que arrastro los pies de mala gana.

—Quiero probar esa salsa de tomate de la que me hablaste.

—Hecho —le prometo. No puedo evitarlo. Me inclino para darle un beso en la mejilla que la pilla desprevenida y añado—: Porque las mujeres con buen apetito son mi debilidad.

Freya se aparta ruborizada, mueve la cabeza y me cierra la puerta en las narices. Me parto de risa. Nunca había conocido a nadie igual. Es… diferente. Y eso me hace querer saberlo todo de ella.

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

¿Pol tiene nueva novia?

Noche de miércoles en la Ciudad Condal. Pol Casals, exbatería de Yūgen, va a visitar a su hermana. Sin embargo, no se marcha solo, sino acompañado de una misteriosa y atractiva joven con la que da un romántico paseo en moto. Luego la acompaña a su vivienda. ¡Y la cosa no queda ahí! Pol entra con ella. Ambos se muestran cercanos y cariñosos. ¿Qué habrá sucedido en el interior? ¿Será el fin de la soltería del chico malo del rock?

La última relación que se le conoce fue con Gabi Luna, vocalista del grupo. Ahora ella está felizmente emparejada con Samantha Jordan, la cantante hispalense del momento. No sabemos cómo se tomó Pol semejante rechazo. Quizá se está lamiendo las heridas producidas por el desengaño con una nueva chica. ¿Qué opináis? ¿Tendrán futuro? Nosotros no lo tenemos del todo claro, pues Pol es conocido por su innumerable lista de conquistas. El tiempo dirá si nos equivocamos.

19
Freya

Estoy estudiando Tecnología del Motor cuando me llega un wasap de Nina. Querrá opinión sobre qué modelito ponerse para su cita de Tinder. Ella también debería de estar empollando, pero es la clase de persona afortunada que solo necesita ojear los apuntes el día anterior para bordar un examen. Decido hacer una pausa porque llevo más de una hora con la cabeza enterrada en el libro. Abro los ojos de par en par al leer su mensaje y ver la foto que me ha enviado.

«Pero ¿qué diantres…?».

Aparezco en la portada de una revista. ¡No me lo puedo creer! Me han fotografiado bajando de la moto de Pol y luego entrando con él en mi portal. Si miras las fotos y lees el artículo tendencioso, parece que hay algo entre nosotros. En una de ellas, Pol me pone una mano en el centro de la espalda para que pase primero. Se me revuelve el estómago al verlas. Es increíble. ¿Qué derecho tienen a espiarme? ¡Soy una persona anónima! Ahora entiendo lo que debe de sentir Pol cada vez que los periodistas lo acosan. Joder, no es justo.

Nina
Tía, qué fuerte.
¿Cuándo tenías pensado contármelo? Esta mañana no has dicho ni pío. Eres una guarrilla avariciosa. Te pedí que me avisaras si volvías a quedar con él. ☹

Yo
¡Fue una casualidad! Me encontré con él en casa de Iris.
Se hizo de noche y me acercó. ¡No pasó nada!

Nina
Tía, entró en tu casa.

Yo
Quería devolverle el libro que me prestó. ¿En serio desconfías de mí? ¡Me conoces! Sabes que jamás engañaría a Oriol.

Nina
Ya, por desgracia. Va a flipar cuando vea las fotos. Están rulando por todas partes. Yo las he encontrado en

un hilo de Twitter.

Mierda, Oriol. Me pongo enferma al imaginar su reacción. Debo llamarlo antes de que vea las fotos y saque sus propias conclusiones. Lo conozco demasiado bien. Ignoro los wasaps de Nina en los que me pide un millón de detalles morbosos y marco el número de mi novio en el preciso momento que su nombre aparece en la pantalla. Me muerdo el labio. Quizá me llame por otro motivo.

—Ho…

—¿Por qué sales en esas fotos? —exige saber—. Freya, estoy flipando. Un colega de la universidad me las ha enseñado. ¡Todo el mundo las ha visto! No lo entiendo. ¿Qué narices estabas haciendo con él? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Espera, Oriol —le pido con calma—. No saques conclusiones precipitadas.

—¡Soy el hazmerreír de toda la universidad! —se queja.

—¿Eso es lo que de verdad te importa? —replico irritada—. ¿Qué más te da lo que digan de ti?

—Joder, Freya. Tú no tienes que aguantar las bromitas de tus compañeros de clase. Qué fácil lo ves. No eres la cornuda de la ciudad.

Aprieto los dientes. Se produce un silencio tenso. Seguro que Oriol está arrepintiéndose de ser un bocazas. No es para menos. ¿De qué coño va? Sé lo que se siente. Precisamente por eso jamás le haría lo mismo a otra persona. Cuando me lo contó, estaba tan dolida que lo último que me importaba era lo que los demás pensaran de mí. ¿Y ahora me viene con estas?

—Tú tampoco lo eres —le aclaro con sequedad—. No pasó nada entre Pol y yo.

—¿De qué conoces a ese tío? —inquiere con recelo.

—Ya sabes que es el hermano de Iris —le recuerdo.

—No tenía ni idea de que fuerais amigos. ¡Pensé que no os conocíais!

—Anoche coincidí con él en casa de Iris. Se hizo tarde y me trajo a casa.

—¿Por qué lo invitaste a entrar?

Me muerdo el labio. Podría ponerle alguna excusa para salir airosa. Sin embargo, recuerdo la conversación que tuve con mi padre. No he hecho nada malo. No tengo por qué ocultárselo. De lo contrario, parece peor de lo que es.

—Tengo que contarte algo. —Me envalentono—. Prométeme que me dejarás terminar antes de enfadarte.

—Joder, Freya —responde con voz estrangulada—. De acuerdo, te escucho.

Se lo cuento todo sin omitir ningún detalle (salvo la parte en la que vi desnudo a Pol, obviamente). Oriol cumple su promesa y me escucha sin interrumpirme, lo cual es una buena señal. Conforme se lo explico, me voy quitando el peso que siento encima.

—¿Oriol? —pregunto cuando termino—. ¿Estás…?

—¿En serio? —pregunta fuera de sí—. ¡Pasaste el fin de semana con ese tío y me lo ocultaste!

—Me equivoqué —admito—. Sabía que desconfiarías de mí. Debería habértelo dicho, pero no quería que sacaras conclusiones erróneas.

—¿Y qué quieres que piense? Mi novia estuvo un fin de semana con una estrella del rock. Y ahora os habéis hecho amigos. ¿Esperas que crea que no ha sucedido nada entre vosotros? Venga ya, Freya.

—Oye —protesto indignada—, jamás te he dado motivos para que desconfíes. ¿De qué vas? ¡Por eso no te lo dije! Últimamente no paras de dudar de mí. No te haces una idea de lo agotador que es salir con una persona que actúa como si fueras a traicionarla.

—Podrías habérmelo contado.

—Tu reacción habría sido exactamente la misma.

No lo niega, lo que me enfurece todavía más.

—No te he engañado —insisto agotada—. Solo te pido que me creas.

—Pero yo sí te engañé —dice abatido—. Cometí un error del que no hay día que no me arrepienta. Y tú…

—Yo… ¿qué? —le espeto.

—Solo digo que es normal que quieras devolvérmela.

—¡No me vengas con esas! —chillo indignada—. ¡No soy así! Eras mi amigo antes de ser mi novio. Pensé que me conocías mejor. ¿De verdad me ves capaz de vengarme de ti?

Oriol no contesta. Pues claro que lo piensa. De lo contrario, no llevaría todos estos meses actuando de semejante forma.

—Voy a colgar —añado furiosa—. Será mejor que no me llames en una temporada.

—Freya…

—¡No, Oriol! —exclamo fuera de mí—. Trabaja en tus putos celos. No pienso dejar de relacionarme con otros hombres porque te sientas culpable de haberme puesto los cuernos. Tienes un problema de inseguridad. Estás siendo muy injusto conmigo. Adiós.

Nada más colgar, vuelve a llamarme. Lo ignoro. Iba en serio cuando le he dicho que no lo hiciera. Estoy cabreada y dolida. De acuerdo, me equivoqué al no contarle lo de Pol, pero eso no le da derecho a dudar de mí. Me escuece que me vea como una persona vengativa, pues no lo soy en absoluto. ¿No se supone que tu pareja debe conocerte?

Estoy tan alterada que llamo a Nina para desahogarme. Media hora después me ha convencido para salir de fiesta. Es una de las personas más persuasivas que conozco. No me apetece en absoluto, pero necesito una amiga y paso de quedarme encerrada en mi habitación llorando por un novio que se ha portado como un capullo.

Voy con Nina y Joel a un garito de moda en pleno centro. Al entrar en el pub ya estoy contentilla, pues los tres nos hemos pimplado una botella de tequila de mango en casa de Nina antes de pedir un Uber. Tolero muy mal el alcohol, pero necesitaba ahogar las penas. Suena «Baby, Hello», de Rauw Alejandro. Agarro a mis amigos para arrastrarlos a la pista de baile. Me muevo al ritmo de la música y lo doy todo. Se me acerca un tío al que rechazo con un aspaviento. Si Oriol estuviera aquí, lo miraría con suficiencia y le diría: «¿Lo ves? No todo el mundo es una sabandija infiel, cariño».

No sé cuánto tiempo pasamos bailando. Me siento en un sillón libre cuando me duelen los pies. Nina va a pedir a la barra y Joel aprovecha para sentarse a mi lado. Ya sé lo que va a decir antes de que abra la boca. Se ha hecho amigo de Oriol, lo que a veces tiene sus desventajas. Los tíos siempre se cubren entre ellos. Eso es así.

—Está arrepentido.

—No me hables de él.

—Sabe que ha metido la pata.

—En absoluto —respondo cabreada—. Me he enfadado con él. Esa es la única razón por la que se arrepiente. Pero en el fondo sigue desconfiando de mí porque está muerto de miedo desde que me puso los cuernos. Debería conocerme mejor, joder.

—Pues sí —concuerda—. Eso le he dicho. No eres la clase de persona que actúa por despecho. El problema es que Oriol sabe que no estuvo a la altura y se siente culpable.

—¡No tiene sentido! Ya lo perdoné.

—Perdonarse a uno mismo es muy complicado.

Antes de que pueda responder, Nina aparece con tres vasos de chupito y una botella de tequila de fresa.

—Se acabó hablar del brasas de Oriol —le espeta a Joel—. Hemos venido a divertirnos. No le agües la noche a Freya.

—Solo pretendía ayudar para que lo arreglen —se defiende Joel.

—Los tíos siempre hacéis piña cuando uno de vosotros la caga.

—Mejor me callo.

—¡Eso! —Nina llena los tres vasos de chupito—. Vamos a brindar por nosotros. Y por liberarnos de los novios tóxicos que intentan cortarnos las alas.

—Nina… —le pide Joel.

Ella resopla.

—Vaaale. —Levanta su vaso—. ¡Por nuestra amistad, las noches de perreo y un prometedor futuro laboral que me permita hipotecarme hasta los setenta por un pisito de cincuenta metros cuadrados!

Nos reímos. Cojo mi vaso para brindar. Estos son mis amigos, imperfectos hasta la médula.

Aunque a veces quiero estrangularlos, no los cambiaría por nada. Siempre que los necesito lo dejan todo para estar conmigo. A la porra Oriol. La noche es joven y quiero pasarlo bien.

20
Pol

Me siento fatal por Freya. No sé cómo se lo habrá tomado. Ni siquiera sé de qué me sorprendo. Los periodistas siempre me están siguiendo. A veces son tan discretos que no me doy cuenta de que los llevo detrás. Al final te acostumbras a la fama. De lo contrario, te vuelves loco. No es la primera vez que me atribuyen una relación falsa. Es mi pan de cada día. Ya he perdido la cuenta del número de novias que supuestamente he tenido. Pero me sabe mal por ella. Es una persona anónima ajena a este mundillo. Por eso, decido llamar a mi hermana.

—No te voy a dar su teléfono.

—Venga ya, Iris. No seas así. Solo quiero preguntarle si está bien.

—Conociéndola, estará indignada.

—Dame su número, porfa. —Odio tener que suplicarle, pero no me queda más remedio que arrastrarme un poco—. Me gustaría pedirle disculpas.

—¿Y eso? —inquiere con desconfianza—. Por una vez no has hecho nada. Ay, Dios. ¡No me digas que os liasteis!

—Debería haberle advertido de que cabía la posibilidad de que algún periodista me estuviera siguiendo —le explico—. No nos hemos enrollado. Qué poca confianza tienes en tu amiga.

Suspira aliviada.

—En ella muchísima, pero en ti ninguna. Me di cuenta de cómo la mirabas. Freya es un bombón. Sé que te gusta.

—¿Desde cuándo no me gusta una chica guapa?

—También es verdad —admite con sequedad—. El caso es que no quiero que te líes con mi amiga. Ya sé cómo terminan tus relaciones. Adoro a Freya. No soportaría que acabarais peleados y tuviera que decantarme por uno de los dos. Además, tiene novio. Por favor, mantente alejado de ella.

—Ni que fuera irresistible —bromeo—. Tranquila, no me ve de esa forma.

—Tiene buen gusto. —Se ríe—. No creo que Freya quiera hablar precisamente contigo en este momento.

El comentario me sienta como una patada en el estómago.

—¿En serio no me vas a dar su número?

—Prométeme que no lo vas a utilizar para ligar con ella.

—Venga ya, Iris.

—Vaaale —concede de mala gana—. Pórtate bien, que te conozco.

—Eres un encanto.

Cuelgo satisfecho. Al final me he salido con la mía. Quizá mi hermana tiene razón y soy la última persona con la que Freya quiere hablar.

Me siento culpable. Si le hubiera dicho que a lo mejor podía seguirnos un paparazi, no se habría subido a la moto. Estoy un buen rato pensando en el mensaje que voy a enviarle. Joder, no me reconozco. Soy un tío con tablas. Sin embargo, con Freya a veces me quedo cortado o me pongo nervioso. Al final me decanto por un mensaje breve.

Yo
Soy Pol. Iris me ha dado tu número (espero que no te importe).
Siento lo de las fotos. Solo quiero saber si estás bien.

Para mi sorpresa, tarda menos de un minuto en responder. Me envía un audio.

«Hooolaaa —me saluda con voz pastosa—. Estaba cabreadísima, pero ya se me ha pasado porque he salido de fiesta con Nina y Joel. Te doy un consejo —se le escapa un hipido—, no pruebes el tequila de fresa. Lo carga el diablo. Joel ha terminado potando en el taxi. El conductor se ha cabreado y nos ha obligado a bajar. Creo que Moisés pasó menos penurias al vagar por el desierto que yo de camino a casa en tacones. No soporto los tacones, por cierto. Seguro que los inventó un tío que odiaba a las mujeres. ¡Por fin he llegado! ¡Yujuuu! —Se parte de risa—. Como te iba diciendo… ¡Mierda, se me acaba la batería!».

El audio se corta. Me río al imaginar a Freya borracha. Decido enviarle un wasap para saber si ha llegado bien. Si no me responde, la llamaré dentro de un rato.

Yo
¿Ya estás en casa?

Al cabo de diez minutos, me vibra el móvil al recibir un mensaje suyo. Me sorprende la alegría que me invade al leerlo. El wasap va acompañado de una foto de ella en pijama tumbada en la cama con Moon en su regazo. Le guiña un ojo a la cámara y levanta el pulgar.

Freya
Sana y salva. 😉

Yo
Qué fea.

Me envía otra foto, esta vez enseñándome el dedo corazón. Me parto de risa al verla. Me muero por saber qué me depara la Freya borracha. Si estando sobria no tiene filtro, con un par de copas de más me puedo esperar cualquier cosa.

Yo
Debería haberte advertido de que los periodistas me suelen seguir a todas partes. Lamento que te hayas visto involucrada.

Freya
¡No es culpa tuya!

Yo
¿Estás bien?

Freya
Esgoy agshdjfjk grrr

Yo
¿?

Freya
Maldito corrector ortográfico. Me he caído de la cama.

Yo
¿Cómo te has caído de la cama?

Freya

No lo sé ☹. Moon me estaba mirando mal y me he asustado.
Todo me da vueltas. 😂

Yo
Quédate tumbada hasta que se te pase.

Freya
No puedo, quiero chocolate. Ahora vuelvo.

Aguardo su respuesta. La imagino haciendo eses de camino a la cocina y me entra la risa floja.

Freya
Mierda, no hay. Había olvidado que me comí la última tableta esta tarde. LA VIDA SIN CHOCOLATE ES UNA BASURA.

Yo
Te entiendo.

Freya
¿Sabes quién tiene la culpa?

Yo
Ni idea.

Freya
Oriol. Cuando me pongo triste, como chocolate. Hace unas horas discutimos, por eso cogí la última tableta. ¿Te puedes creer que mi novio desconfía de mí? Vale, entiendo que se haya mosqueado un poco porque no le conté que pasamos el fin de semana juntos, pero ¿dar por hecho que lo he engañado? ¿Hola? ¡Soy la tía más leal que te puedes echar a la cara!

No sé qué responder. Estoy convencido de que solo me lo cuenta porque está achispada. Debería pedirle que eche el freno. Mañana se arrepentirá de esto. Sin embargo, me puede más la curiosidad cuando el «escribiendo…» aparece en la pantalla.

Freya
Y todo porque me fue infiel el año pasado. Ya sé que cualquier otra lo habría mandado a la mierda, pero decidí darle una segunda oportunidad. JAMÁS se lo he echado en cara. No le guardo rencor. Pero, por alguna inexplicable razón, Oriol cree que le pagaré con la misma moneda. ¡Soy cero vengativa! Dios, parece que no me conoce.

Es oficial, el novio de Freya es gilipollas. En primer lugar, hay que ser imbécil para ponerle los cuernos a una chica como ella. Es preciosa, divertida y lista. ¿De qué coño va? En segundo lugar, menudo miserable por tener miedo de que ella te pueda traicionar porque en el pasado no supiste tener la polla guardada en los pantalones. Solo es necesario conocerla un poco para llegar a la conclusión de que no es una persona que actúe por despecho. Joder, y yo que pensaba que su novio debía de ser un buen tío. No me entra en la cabeza que una chica tan increíble como ella se conforme con semejante capullo. Estoy indignadísimo. Tanto como si me hubiera sido infiel a mí.

Freya
Para colmo, el otro día discutí con mi hermana (cuando fuiste al concesionario y te dije que estaba llorando por la alergia). Estoy muerta de miedo. No sé cómo tratarla.

Yo
¿Por qué?

Freya
Tiene cáncer de pecho. La operan la semana que viene. Se hace la fuerte, pero sé que está asustada. Me ha prohibido decírselo a mi padre. No quiere preocuparlo. Lo pasó fatal cuando murió nuestra madre. Así que ahora estoy entre la espada y la pared…
Sé que no debo ocultárselo, pero también entiendo que no es decisión mía.

Yo
Joder, Freya, lo siento muchísimo.

Freya
Hay días en los que la vida me parece una mierda.

Yo
¿Puedo hacer algo por ti?

Freya no responde. Me quedo mirando la pantalla durante unos minutos, hasta que comprendo que la conversación ha terminado. Puede que se haya quedado dormida. Lo último que necesita en este momento es que los periodistas la incordien. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para que se sintiera mejor.

21
Freya

La cabeza me va a estallar. Voy a la cocina para buscar un analgésico y me choco con la puerta de cristal. Mascullo una palabrota y me acaricio la frente. Mañana me saldrá un chichón. Rompo a llorar, no sé si por el dolor o porque se me está empezando a pasar el efecto del alcohol.

Uf, mataría por una onza de chocolate. En serio, las penas con dulce saben mejor, o eso decía mi madre. Ojalá estuviera aquí. Sabría cómo tratar a Astrid. Al recordarla se me hace un nudo en la garganta. Su libro de recetas está en una esquina de la encimera, justo donde lo dejó. Puede que mi hermana tenga razón respecto a lo de haber convertido nuestra casa en un santuario de recuerdos. Acaricio la portada. He intentado hacer su receta de galletas de mantequilla de cacahuete en vano.

Debería darme una ducha. Tengo la cara llena de churretes de maquillaje y huelo fatal. Me dirijo al baño en el momento en que llaman al timbre. Me tambaleo hasta la entrada, abro la puerta y veo al repartidor de Glovo.

—No he pedido nada —le digo extrañada.

—¿Eres Freya?

—Sí.

—Entonces esto es para ti. —Me entrega el paquete—. Buen provecho.

Hay una nota grapada a la bolsa. La leo con los ojos abiertos de par en par:

> Tienes razón, la vida sin chocolate es una basura. No sé cuál es tu favorito, así que me he tomado la licencia de comprar varios. ¡Que aproveche!
>
> POL

Se me hace la boca agua al ver lo que hay dentro. Tabletas de Nestlé, Milka y Valor. Hay de todos los sabores: chocolate con leche, blanco, con galletas, con dulce de leche… Al verlas me siento inesperadamente mejor. No puedo creer que haya hecho esto por mí. Es un gesto muy bonito.

Mi padre sale de su habitación como si hubiera olido la comida. No tenemos remedio. Somos un par de golosos.

—¿Has comprado chocolate?

—Ha sido Pol.

Me mira raro, pero se limita a coger una tableta de chocolate negro con almendras. Entonces se sienta en el sofá y dice:

—Me cae bien ese muchacho.

«Y a mí», pienso, sin poder contener una sonrisa. Definitivamente, los chicos que te regalan chocolate merecen la pena.

22

Freya

«Socorro, me muero».

Salgo de la cama, me tropiezo con la ropa que hay desperdigada en el suelo, le doy una patada a la mesita de noche, suelto un taco y consigo llegar a tiempo al baño para vomitar en el inodoro.

—No voy a volver a beber —prometo en voz alta.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Mi padre asoma la cabeza por la puerta—. Quizá deberías descansar hoy.

—Un buen padre no debería sugerirle a su hija que se salte una clase —bromeo con debilidad.

—Tienes razón. —Intenta poner cara seria, pero no le sale—. Jovencita, estás castigada.

—No cuela, papá.

Se encoge de hombros.

—Tenía que intentarlo. —Me da un beso en la frente—. Ya sé que los hijos olvidáis que vuestros padres fueron jóvenes, pero tengo un remedio infalible para la resaca: beber mucha agua y comer plátano. Te aseguro que funciona.

—Eres un mal ejemplo para los niños.

—Soy un padre enrollado. —Me guiña un ojo y me entra la risa floja—. ¿Lo soy?

—Que síií.

Mi padre se marcha y me pide que desayune antes de irme. Lo último que me apetece es comer, pero le hago caso. Por eso no bebo nunca. Mi tolerancia al alcohol es bajísima. Al final cojo un plátano que me voy comiendo por el camino. Sorprendentemente, me sienta bien y me da energía para sobrellevar el día.

Trato de acordarme de lo que sucedió ayer. Tengo la memoria borrosa. Sé que mis amigos y yo nos pusimos como Las Grecas. Nos echaron de la discoteca porque Nina empezó a gritar que nos habían vendido garrafón. Me parece que Oriol potó en el taxi. Creo recordar que tuve que regresar a pie a casa. Y luego…

Ay, madre.

Mierda.

¿Lo he soñado o de verdad Pol envió a un repartidor de Glovo a mi casa con un arsenal de chocolate para los próximos cinco meses?

Tengo el presentimiento de que anoche metí la pata. El recuerdo de unos wasaps comprometidos me hace soltar un gritito. Me llevo las manos a la cara. Voy en el autobús cogida del pasamanos, por lo que, cuando el conductor acelera, me choco con la espalda del hombre que tengo delante.

—Uy, lo siento —me disculpo.

—Niña, ten más cuidado —me espeta.

—Amargado —siseo en voz baja.

Dios, qué borde es la gente por la mañana.

Me agarro al asidero con una mano y con la otra saco el móvil del bolsillo. Abro los ojos de par en par al leer la conversación con Pol. Ay, joder, ¡le he contado todas mis intimidades! No puedo creer que le hablara de Oriol. ¡Hasta le he dicho que me fue infiel! Para colmo, también le he hablado de la enfermedad de mi hermana. Me pongo de todos los colores del arcoíris. Estoy tan abochornada que casi me salto mi parada. Maldigo el tequila de fresa. Por un instante estoy tentada de enviarle un mensaje a Pol para pedirle que olvide los wasaps, pero sé que es una tontería. Me arde la cara cuando llego al centro de estudios.

—¡Ey! —Nina me abraza por detrás—. ¿Qué tal te has levantado?

—Te odio —musito.

—Uy, ¿y esa cara? —Se parte de risa—. De verdad, qué poco aguante tenéis. Joel acaba de escribirme. Dice que va a saltarse la primera clase. Para que luego digan que las mujeres somos el sexo débil. Lo tuve que acompañar a su casa después de que potara en el taxi. Su madre dice que soy una mala influencia. Se lo pienso recordar hasta el fin de sus días.

—No seas mala.

—¡Nos vemos después de clase! —Se despide de mí para dirigirse a su aula—. ¡Adiós, *influencer!*

Sacudo la cabeza. Supongo que ahora me tocará aguantar sus bromitas por lo de las fotos. Espero que mis compañeros no se hagan los graciosos. Después de haber hecho el ridículo con Pol, no estoy preparada para soportar las tonterías de nadie.

Al final mis compañeros se han portado bien y no me han dicho nada, aunque he sentido el peso de un montón de miradas curiosas mientras caminaba por los pasillos. La gente cuchicheaba y me señalaba como si no me diera cuenta. Joel, que se presentó a tercera hora, me recomendó que pasara de ellos. Dijo que era algo temporal y que pronto tendrían un nuevo tema de conversación. Uf, no sé cómo Pol lo soporta.

Estoy estudiando Inglés Técnico cuando llaman al timbre. Supongo que mi padre habrá pedido la cena, por eso me pilla desprevenida cuando asoma la cabeza por la puerta de mi habitación.

—Es Oriol —me informa.

—¿Lo has dejado entrar? —le recrimino.

—Está lloviendo a cántaros…

—¡Papá! —protesto—. Te dije que nos hemos peleado.

—Hija, me daba cosa no abrirle la puerta. Si no quieres verlo, se lo dices y punto.

—Papá, ponte de mi parte —me quejo—. ¡Soy tu hija!

—Soy imparcial, como Suiza.

—¡Jo! —Entierro la cabeza en el libro. Lo último que me apetece es ver a mi novio. Sigo muy cabreada con él. Al cabo de unos minutos, alguien llama a la puerta. Me tenso—. Te dije que no vinieras.

—Lo siento —se disculpa avergonzado—. Necesitaba verte.

Levanto la cabeza y me vuelvo hacia Oriol. Está de pie en el umbral. Tiene unas profundas ojeras y se ha puesto la camiseta del revés. Me mira con cara de gran arrepentimiento. Me muerdo el labio. No soy una persona rencorosa. Al verlo ahí plantado me cuesta seguir enfadada con él.

—Perdóname, Freya. Ya sé que me pediste que no te llamara, pero no dijiste que no pudiera venir a verte —dice amagando una sonrisa.

Recuerdo nuestra conversación y pongo mala cara. Vaya, es verdad. No lo dije. Sin embargo, ambos sabemos que estaba implícito. Me cruzo de brazos para dejarle claro que no se lo voy a poner fácil.

—Solo necesitaba decirte que lo siento. Tenías razón. Si me hubieras contado que habías pasado el finde con Pol, me habría rayado muchísimo. Entiendo por qué me lo ocultaste. No es justo, pues nunca me has dado un motivo para que desconfíe de ti. —Se pasa una mano por el pelo y me mira agobiado—. Diste en el clavo cuando me dijiste que tengo un problema de inseguridad. Te fallé, y no hay día en el que no me arrepienta. Es que… desde entonces no puedo dejar de pensar que no te merezco. La culpabilidad me está matando. Todas las noches me acuesto temiendo que te despiertes al día siguiente y me mandes a la mierda. Joder, Freya, me da mucho miedo perderte. Al final lo voy a conseguir por ser un gilipollas. Lo siento, cariño. Por favor, dame otra oportunidad. Quiero que volvamos a ser los mismos de antes. Hubo un tiempo en el que podíamos hablar de todo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Ya está, no puedo estar enfadada con él. Acaba de abrirme su corazón. Delante de mí tengo al amigo en el que siempre he confiado. Me duele que no se haya perdonado a sí mismo. Sé que no tengo la culpa de sus inseguridades, pero tal vez podamos trabajar juntos para solucionarlas.

—Ven aquí. —Me ablando.

Oriol respira aliviado, se acerca y me da un beso profundo. Sostiene mis mejillas y aprieta su

boca contra la mía con fuerza. Permanecemos unidos durante varios segundos.

—Te quiero —dice cuando se aparta—. Nunca lo dudes. Aunque últimamente haya sido un poco idiota.

Lo agarro de la camiseta para que me abrace. Me siento de maravilla cuando me envuelve con sus brazos y me da un beso en la sien. Todas las personas merecen una segunda oportunidad.

Mi padre llama a la puerta y lo miramos. Me sonríe con suficiencia, por lo que hago una mueca. Es imposible engañarlo, me conoce demasiado bien. Sabía que iba a perdonar a Oriol, por eso le ha abierto.

—Oriol, ¿te quedas a cenar? —le pregunta.

Mi novio me mira y asiento.

—Sí, gracias —le responde.

Mi padre se marcha para darnos intimidad. Oriol me mira de esa forma que siempre consigue derretirme. Tiene una sonrisa solo para mí, lo juro. Le brillan los ojos y me sonríe con muchísima dulzura. Entrelaza nuestras manos. En este momento destilamos complicidad. Volvemos a ser los amigos que confían ciegamente el uno en el otro. Había echado tanto de menos esta seguridad…

—Luego podemos ver *Herbie: A tope* —sugiere. Es mi película favorita.

—Vamos a tener que pelearnos más a menudo —bromeo, ya que sé que no soporta esa peli.

—Ni de coña. —Me atrae hacia él—. Han sido las peores veinticuatro horas de mi vida.

—¡Exagerado! —Me parto de risa.

—Tengo a la mejor chica del mundo. De exagerado nada.

La traición de hace un año me golpea sin previo aviso. Me pregunto si entonces también creía que era la mejor chica del mundo. Aparto ese molesto pensamiento de mi cabeza. Decidí perdonarlo, punto. Todo lo que importa es que quiero estar con él. El resentimiento no merece la pena…

23
Pol

Estoy supervisando la nueva carta de Nikkei 112, el restaurante que tengo en el centro. Todo el personal está bastante nervioso por mi presencia, a pesar de que les he pedido que me traten con normalidad. No quiero ser el típico jefe al que sus empleados le tienen miedo, pero me da que más bien están intimidados por la estrella del rock. Tampoco los culpo. Inauguré este local hace dos años y, desde entonces, jamás le he prestado atención. Estaba demasiado ocupado con mi carrera musical como para dejarme caer por aquí. Además, el negocio va bastante bien. Para el papeleo legal me dejé asesorar por mi hermana, contraté a un buen chef y el gerente es un tipo que me recomendó un colega. Ahora, en cambio, tengo mucho tiempo libre y me apetece involucrarme más en mi faceta empresarial.

Vaya, que me aburro como una ostra.

No tengo nada que hacer. Antes, con el grupo, mi vida era un tren a toda velocidad. Entre componer el disco, los ensayos, las giras y las fiestas, no paraba quieto. Ahora sigo una rutina tal y como me aconsejó la terapeuta. Me despierto a la misma hora, salgo a correr ocho kilómetros, desayuno como un campeón, hago pesas, subo una foto a redes sociales para la campaña publicitaria que me haya conseguido mi representante y doy una vuelta por mis restaurantes. Así todos los putos días. No tenía ni idea de que el aburrimiento pudiera ser tan peligroso. Ahora entiendo a las personas que se deprimen después de jubilarse. Joder, ¿en eso me he convertido? ¿En un puto jubilado de veintidós años?

—Enseguida salen los platos —me dice Flavio, el encargado—. ¿Te apetece algo de beber mientras tanto?

—Ya voy yo.

Flavio abre los ojos como si acabase de invocar al mismo demonio. Le hago un gesto para que se quede sentado. El local no está abierto al público en este momento. Puedo ir a por una Coca-Cola. No soy un inútil.

Las dos camareras que hay en la barra se quedan calladas cuando me ven. Una de ellas se pone tan nerviosa que la copa que estaba secando se le cae al suelo.

—¡Lo siento muchísimo! —Se agacha para recoger los cristales.

—No te preocupes. —Le resto importancia—. Espera, no te vayas a cortar. ¿Dónde guardáis el

recogedor?

—¡Ya voy yo! —exclama la otra.

Suspiro resignado. No me van a dejar mover ni un dedo. Lo peor de todo es que parece que las incomodo al intentar ser amable. Estoy tentado de quitarle el recogedor a la camarera cuando regresa, pero me controlo porque no quiero asustarla. Me sirvo una Coca-Cola con hielo mientras me miran enmudecidas.

—¿Qué os parece la nueva carta? —les pregunto para saber su opinión.

—Está bien.

—¡Genial! —añade la otra con exagerado entusiasmo—. A los clientes les va a encantar.

Entorno los ojos.

—¿No la habéis probado?

Se miran entre ellas y guardan silencio.

—No tenemos permitido comer en el restaurante —dice finalmente la más alta en voz baja.

—No lo entiendo. ¿No coméis en vuestro descanso? —Se quedan descolocadas, como si hubiera mencionado algo ridículo—. Un segundo, ¿tenéis descansos?

—Pues… —La chica más baja se retuerce las manos con nerviosismo—. ¿Puedo ser sincera con usted?

—Claro. Y tutéame, por favor.

—Hacemos los turnos seguidos. No paramos para comer. Flavio no lo permite.

—No es eso lo que estipula el convenio colectivo —respondo indignado—. Tenéis derecho a hacer una pausa de media hora.

—Eso le dijo Mario, y ahora él…

La otra le da un codazo para que se calle. Entonces entiendo que están atemorizadas, y no precisamente por mí. Respiro hondo. Daba por hecho que las cosas iban a la perfección en el restaurante porque los números cuadraban. Nunca pensé que mis trabajadores estuvieran siendo tratados de forma injusta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Erika —responde en un susurro.

—¿Y tú? —me dirijo a la otra.

—Alma.

—Erika, Alma, no tenéis nada que temer por ser sinceras conmigo —les aseguro—. Os agradecería que me pusierais al tanto de vuestras condiciones laborales. Es obvio que me he perdido muchas cosas.

Diez minutos después, regreso a la mesa a la que estaba sentado con Flavio. Estoy furioso. Las chicas me han contado que el encargado les descuenta parte del sueldo si faltan algún día por enfermedad, que a una compañera le denegó la reducción de jornada, a otro lo despidió por pedir

una excedencia y a una cocinera por quedarse embarazada. También me han confesado que Flavio los pone a unos en contra de otros, lo que genera un ambiente de trabajo muy tóxico. ¡Incluso les contabiliza las pausas para ir al baño! ¡Es increíble! Confiaba en este tío porque me lo recomendó un colega. Estaba tan absorto en mi mundo que no asumí que tengo una responsabilidad con estas personas.

—Flavio… —digo con la mandíbula apretada.

—¿Todo bien, Pol?

—No. —Tengo que controlarme para no sacarlo a patadas del local—. Estás despedido.

Al gerente se le descompone la expresión. Entonces comprendo que ya no voy a aburrirme. Debería haberme implicado más en mis negocios, pero eso va a cambiar a partir de ahora.

Tres horas más tarde, salgo del restaurante con un gerente nuevo y una poderosa sensación de alivio. He reunido a todos los empleados y les he pedido que expusieran sin tapujos sus quejas. He hecho una lista con las cosas que mejorar y les he prometido que hablaría con el gestor para saber si era posible un aumento de sueldo, pues la verdad es que cobran una miseria. Luego les he pedido que probaran los nuevos platos de la carta, ya que me parece importante que estén al tanto de lo que sirven. Al final he ascendido a Erika a gerente. Es la empleada de mayor antigüedad y considero que, antes de buscar a una persona fuera de la plantilla, lo lógico es que le dé una oportunidad a alguien de dentro.

Tengo sentimientos encontrados. Sé que he obrado bien, pero me siento culpable por haber desatendido el negocio. Si me hubiese involucrado más, nada de esto habría pasado. Cuando miramos para otro lado, nos convertimos en parte del problema.

Ahora es uno de esos momentos en los que necesito un amigo. Echo de menos a Leo, Axel y Gabi. Tengo muchísimos conocidos, pero ellos son mis únicos amigos de verdad. Sin embargo, me alejé de manera unilateral, sin darles la oportunidad de formar parte de mi vida. Sí, lo hice con mi mejor intención, pero es evidente que me equivoqué.

Podría llamar a Iris, aunque está de mal humor desde que no puede salir de casa. Además, chocamos bastante. Tengo una larga lista de contactos a los que puedo recurrir, pero no quiero que la cosa se desfase como el día de la fiesta en mi casa. Al final, la mayoría de la gente que conozco son personas interesadas que me sirvieron en otra etapa de mi vida para colocarme. Sí, patético.

Antes de que pueda ser consciente de lo que estoy haciendo, marco el número de Freya. Lo coge al cuarto tono.

—Hola —me saluda visiblemente descolocada—. ¿Va todo bien?

—Sí —respondo. No sé qué otra cosa decir. No quiero quedar como un pringado que no tiene

a quién acudir—. ¿Te acuerdas de cuando quise invitarte a una cerveza y me respondiste que otro día? Pues me vendría bien que fuera hoy.

Se hace un profundo silencio. Tengo un nudo en la garganta. Estoy a punto de decirle que he cambiado de idea cuando responde:

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé —admito agobiado—. Necesito un amigo. Ya sé que apenas nos conocemos y…

—Recógeme dentro de quince minutos en mi portal.

—Gracias —respondo aliviado.

—En realidad, me apetece mucho una limonada bien fría, no soy de cerveza. Así que no me las des. ¡Invitas tú!

Sé que solo lo dice para que no me sienta avergonzado, lo que empeora la situación. Quizá no debería haber acudido a ella. No tengo ni idea de por qué la he llamado. Es la primera persona que me ha venido a la cabeza cuando he pensado en alguien con quien tener una charla agradable. Ya sé que tiene novio. Lo último que quiero es complicarle la vida. Supongo que no hay nada malo en quedar para tomar algo, ¿no?

24

Freya

No me esperaba la llamada de Pol. Al principio me quedé muy descolocada. Luego supe que algo no iba bien por su tono de voz. Lo noté agobiado. Cuando me dijo que necesitaba un amigo, no pude negarme. Y aquí estoy, abrazada a su cintura mientras circulamos en moto por la ciudad. No dejo de preguntarme por qué yo. Seguro que tiene miles de personas a las que recurrir. Es un chico muy extrovertido. Deben de sobrarle candidatos a los que llamar para tomar una cerveza.

Aparca la moto en una callejuela estrecha y entramos en un pequeño pub muy escondido que se llama Motos & Birras. Suena «Paranoid», de Black Sabbath, a un volumen agradable para mantener una conversación. Un motero gigante y barbudo saluda a Pol con un asentimiento de cabeza.

—¡Pol! —Una mujer de mediana edad sale de la barra y le da un abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, Bea —la saluda—. Me alegro de verte.

—Vienes acompañado. —Bea me observa de arriba abajo con curiosidad y sin dejar de sonreír —. Tu mesa está libre. ¿Lo mismo de siempre?

—Una sin alcohol. Y para mi amiga una limonada.

—¡Marchando!

Bea se va trotando con alegría. Acompaño a Pol a la mesa más discreta. El local está repleto de cuadros de estrellas del rock y motos antiguas empotradas en las paredes. No me puedo creer que nunca haya estado aquí. Este lugar es una pasada. A Nina y a Joel les encantaría.

—Es una peña motera —me explica—. Suelo venir cuando me apetece estar tranquilo. Aquí todo el mundo va a su rollo.

—Este sitio mola.

—Espero que Bea no te haya hecho sentir incómoda con su escaneo. Está extrañada porque es la primera vez que vengo acompañado. —No sé cómo tomarme semejante revelación. Entiendo que este lugar se haya convertido en su refugio. Por eso me parece raro que haya querido compartirlo conmigo—. Tienes que probar el perrito caliente. No sé qué le echan, pero está de muerte.

Bea viene con las bebidas. Se nota que tiene mucha complicidad con Pol, pues le despeina el

pelo con cariño.

—Trátalo bien, guapa —me dice—. Este chico vale oro.

Pedimos dos perritos calientes y dos raciones de patatas fritas. Cuando Bea se marcha, Pol me ofrece una sonrisa burlona.

—Ya la has oído.

—¿Cuándo te he tratado mal? —replico indignada.

—Me amenazaste con un cuchillo.

—Creí que eras un ladrón. No cuenta.

—Me tiraste un jarrón a la cabeza.

—¡No te pasó nada!

—No eres cariñosa conmigo.

Enarco las cejas. ¿Habla en serio?

—Apenas nos conocemos.

—Razón de más para hacerlo. Me pica la curiosidad cuando se trata de ti.

—No te voy a dar un abrazo. —Resoplo y me aparto un mechón blanco de la frente. De repente estoy muy nerviosa y, durante una fracción de segundo, le miro la boca. Luego me recompongo y lo fulmino con la mirada—. Tus jueguecitos verbales no funcionan conmigo. Hazte a la idea de que tú y yo solo vamos a ser amigos. Aunque, si sigues por ese camino, ni eso.

—Le vas a romper el corazón a Bea —dice señalándola con la cabeza. Está en la barra mientras finge secar un vaso, pero no nos quita la vista de encima—. Le gustas para mí. Y yo siempre me fío de Bea.

—Pobre mujer, no sabe que a ti te gustan todas.

—Qué mal concepto tienes de mí. —Mueve la cabeza—. Solo me gustan las guapas.

Hago que me enfado, pero al final me entra la risa floja. Es imposible. Charlamos un poco de todo hasta que llega la comida. Pol tiene razón. El perrito está increíble. Lleva cebolla frita, pepinillos y una salsa casera con un toque picante.

Es fácil hablar con él. La conversación fluye sin esfuerzo y en ningún momento nos quedamos en silencio. No quiero presionarlo para que me cuente por qué necesitaba un amigo. Supongo que ya saldrá el tema. De repente, dos chicas entran en el local para comprar tabaco. Se nota que no son clientas habituales. Una de ellas reconoce a Pol, abre los ojos de par en par y le da un codazo a su amiga. Al cabo de unos segundos las tenemos a nuestro lado. La más lanzada se dirige a Pol.

—Perdona, ¿podemos hacernos una foto contigo?

—Claro.

Pol se levanta de buen humor, como si no acabaran de interrumpirlo en pleno bocado. Me ofrezco a hacerles la foto. Las chicas están flipando y él se muestra cercano en todo momento.

Les pregunta cómo se llaman y las escucha con una amabilidad que no sé si es sincera o impostada.

—Eres más guapo en persona —dice la más habladora—. ¿Cuándo volverás a Yūgen?

Me percato de que le cambia la expresión. Comprendo que no quiere responder a esa pregunta. Las chicas lo miran expectantes.

—Disculpad —intervengo para echarle un cable—. Hace mucho tiempo que no nos vemos y nos estábamos poniendo al día. Salgo de viaje dentro de media hora y me gustaría aprovechar los últimos minutos para charlar con mi amigo, si no os importa.

Me miran con mala cara, pero asienten y se despiden de Pol, que vuelve a sentarse visiblemente aliviado.

—Gracias.

—Eran unas pesadas. No te conocen de nada para acribillarte a preguntas.

—Solo sienten curiosidad. —Le resta importancia.

Miro mi plato vacío con pena. Debería haber pedido otro perrito.

—Necesito que Bea me diga cómo hace la salsa.

—Ja, ni lo sueñes. Jamás ha querido darme la receta.

—Quizá soy más persuasiva que tú. —Le saco la lengua—. ¿Puedo comerme tus patatas?

—Todas tuyas. —Me ofrece el plato—. Las mujeres con hambre son…

Le lanzo una patata frita que le da en la frente.

—No intentes vacilarme, guaperas.

—Qué mala eres. —Ladea la cabeza y se ríe. Entonces se pone más serio—. Te preguntarás por qué te he llamado.

—Pues sí, pero no quería presionarte. No tienes por qué contármelo si has cambiado de opinión. A veces lo único que necesitamos es alguien con quien compartir nuestras patatas fritas.

—¿De qué filósofo es esa frase?

—Idiota.

Pol me habla de su visita a uno de sus restaurantes. Se ha llevado un chasco al descubrir que el gerente explotaba a los empleados. Lo entiendo. Yo en su lugar también me sentiría un poco culpable. Aun así, no creo que sea responsable de las malas acciones de otra persona. Delegó la tarea en alguien que le falló, pues estaba muy ocupado para encargarse del negocio. A cualquiera podría haberle pasado lo mismo.

—Lo que importa es que ahora vas a implicarte más.

—Miedo me da lo que pueda encontrar en el otro restaurante —dice agobiado—. Pensé que el negocio iba bien porque los números eran buenos. Nunca me preocupé por las condiciones de mis empleados. ¿En qué me convierte eso?

—¡Eh! —Pongo una mano encima de la suya e ignoro el calorcillo que me invade—. No

tenías por qué desconfiar del gerente. Las buenas personas no piensan lo peor de los demás. No te sientas culpable por haberle dado un voto de confianza a alguien que te ha decepcionado.

—Sigo pensando que debería haberme comprometido más. Tenía una responsabilidad con esas personas.

—Has rectificado. —Le acaricio la mano—. Te pasa algo más, ¿verdad?

—Me aburro.

Entorno los ojos.

—¿Te estás aburriendo?

—No me refería a que me estuviera aburriendo contigo —me aclara nervioso—. Es que… Joder, antes mi vida era tan ajetreada que no podía respirar. Ahora tengo demasiado tiempo libre. Se supone que debería sentirme afortunado. Aquí estoy, un tío hetero, blanco y joven que no necesita trabajar quejándose de sus privilegios. Pensarás que soy gilipollas.

—Creo que te estás adaptando a tu nueva vida —reflexiono—. Pero quizá esa nueva vida no te llena tanto como esperabas.

—Es lo que hay —contesta con tono apagado.

Lo miro sin entender. Iris me contó que Pol dejó el grupo después de la sobredosis. También me dijo que tenía las puertas abiertas para volver, lo que significa que podría dedicarse de nuevo a la música si le apetece. Ya sé lo que opina su hermana de su faceta de artista, pero al final solo cuenta lo que él quiere. Por tanto, no entiendo su comentario.

—¿Has pensado en volver al grupo?

Pol aparta la mano con brusquedad.

—No puedo.

Quiero preguntarle la razón, pero me controlo. Si le apetece hablar de ello, sabe que lo escucharé. No voy a presionarlo.

—Tengo algo para ti —dice para mi sorpresa. Mete la mano en el bolsillo de su cazadora y me entrega un sobre—. Ni se te ocurra decir que no puedes aceptarlo.

Abro el sobre. Mi corazón se salta un latido. No puede ser… ¡Son dos entradas vip para el Gran Premio de España de Fórmula 1! Sé lo que cuestan. Por eso, pasada la euforia inicial, me vengo abajo.

—Pol…

—Ya te dije que me las regalan. Por una vez, alguien les puede dar uso.

—Es demasiado —añado en voz baja.

—Puedes ir con quien quieras.

—¡No puedo aceptarlas! —exclamo escandalizada—. ¡Son tuyas!

—Y quiero regalártelas —responde con naturalidad—. ¿Cuál es el problema?

—Que valen una pasta.

—Si no vas, nadie las utilizará.

Aprieto los labios. En parte tiene razón. No sé por qué me puede el orgullo. Tal vez le estoy dando demasiada importancia a su regalo. Es evidente que para él estas entradas no significan nada. De todas formas, me sigue pareciendo un gesto muy bonito. Primero me envía chocolate y ahora esto. Creo que debería poner límites a nuestra relación.

—¿Cambiarías de opinión si voy contigo? —quiere saber—. Serías mi acompañante. Así tendría a alguien que me explicara los pormenores de la competición. Me estarías haciendo un favor.

—A ver, entonces sería diferente. Pero a ti no te gusta la Fórmula 1 y…

—Genial. —Me arrebata las entradas y vuelve a guardárselas en el bolsillo—. Iremos juntos.

Mi pulso se acelera sin remedio. Debería buscar una excusa para no aceptar semejante regalo. Sin embargo, la Fórmula 1 es mi pasión. No veo por qué no podría acompañarlo. Podemos ir juntos como amigos.

—Oye, que si prefieres ir con tu novio, por mí no hay problema.

Frunzo el ceño. ¿Qué diantres tiene que ver Oriol en esto?

—¿Crees que no quería las entradas por temor a la reacción de mi novio? —Pongo mala cara —. No necesito que me dé permiso, ¿sabes? Espabila, estamos en el siglo XXI. Puedo hacer todos los planes que me apetezcan sin su autorización. Faltaría más.

—Eh, que no soy yo el que se pone celoso —me recuerda—. Lo último que quiero es causarte un problema.

Lo fulmino con la mirada.

—Estaba borracha —respondo con aspereza—. Si no, jamás te lo habría contado.

—Tienes razón, siento haber sacado el tema. —Me relajo al ver que parece sincero—. En serio, no es asunto mío.

—En realidad, te habría matado para conseguir estas entradas —bromeo para distender la tensión—. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas? —pregunta extrañado.

Le hago un gesto para que se quede sentado y voy a la barra. Hablo con Bea, que es una mujer encantadora. Pago la cuenta, pues sé que de lo contrario Pol se empeñará en invitarme como habíamos hablado por teléfono. Luego regreso a la mesa con una servilleta en la que Bea ha escrito la receta de la salsa.

—¡Qué fuerte! —dice indignado—. ¡A mí no quería dármela!

—Las mujeres nos entendemos. —Le guiño un ojo y aparto la mano justo cuando está a punto de arrebatarme el papel—. ¿Qué me das a cambio?

—Un beso.

—No me interesa.

—Un libro.

—Y tu salsa de tomate casera.

—Hecho. —Me ofrece la mano para cerrar el trato. Se la estrecho y una corriente cálida y agradable me hace cosquillas en la punta de los dedos—. Vamos a mi casa.

Al ver la cara que pongo, esboza una sonrisa socarrona.

—No para lo que estás pensando, sinvergüenza —me provoca—. Para darte el libro y preparar la salsa.

—¡No estaba pensando nada raro!

—Mientes fatal.

Quiero llevarle la contraria, pero el sonrojo me traiciona. Vale, quizá he dado por hecho que es tan golfo que solo me invitaría a su casa con intenciones poco honorables. La verdad es que me estoy llevando una grata sorpresa con Pol. A pesar de sus provocaciones y de su apariencia de mujeriego, estoy conociendo a un chico muy interesante con el que creo que puedo trabar una bonita amistad.

Algunas personas te sorprenden si les das una oportunidad.

25

Freya

Lo miro todo con los ojos abiertos como platos. El ático de Pol es una pasada. Techos altos, estancias abiertas y unas vistas espectaculares a la playa. La decoración es minimalista, pero algunos detalles le otorgan calidez. En un aparador hay fotos de Pol con Nico y sus compañeros de Yūgen. Me llama la atención una en la que sale haciendo el payaso con Gabi, la vocalista, en una paradisiaca playa de arena blanca. Al mirarlos tengo la impresión de que entre ellos hubo o hay algo más. Hasta ahora no me había preguntado si el corazón de Pol está ocupado, pues es la clase de picaflor que da la impresión de que nunca se enamora.

—Nos la hicimos en Maldivas —me explica—. Viajamos con tres fans por orden de la discográfica. Allí Axel se enamoró de Lila.

Coge otra foto en la que sale abrazado a una chica pelirroja. A diferencia de en la que aparece con Gabi, en esta se nota que son solo amigos.

—Y esta es Nura. —Señala a una guapísima chica negra que posa con él y Nico—. La novia de Leo. Todos esperamos que algún día tengan un hijo. Son asquerosamente ideales.

—Tus amigos parecen guais.

—Lo son. —Deja la foto en su sitio. Creo que se ha emocionado, pero no puedo verle la cara porque me está dando la espalda—. ¿Te apetece algo de beber? ¿Un refresco? ¿Cerveza? La única que tengo es sin alcohol.

—Un refresco está bien. ¿Puedo salir a la terraza?

—Pues claro, estás en tu casa.

Le tomo la palabra y me dirijo a la espectacular terraza, que es más grande que el piso en el que vivo con mi padre. Lo de la cerveza sin alcohol me ha descolocado. La primera vez que lo vi pensé que se había emborrachado, pero luego me di cuenta de que todas las cervezas eran sin alcohol. Me pregunto si al desintoxicarse también se habrá vuelto abstemio. En todo caso, me alegro por él. El alcohol nunca trae nada bueno; y, si no, que me lo digan a mí.

Doy un paseo por la terraza. A pesar del frío que hace, me entran ganas de tirarme a la piscina. Debe de ser una pasada nadar aquí arriba. Seguro que se siente el rey de la ciudad. Me asomo a la barandilla y contemplo la basílica de Santa María del Mar. Luego me dirijo al otro extremo de la terraza para observar la playa de la Barceloneta.

—¿Cuándo puedo mudarme? —bromeo cuando aparece con las bebidas.

—*Hyggelig*.

—¿Qué? —Lo miro sin entender.

—«Sentirse cómodo en un lugar acogedor» —me explica—. Es una palabra danesa. ¿No la conocías?

—Qué va.

—Entonces ya tienes un término nuevo para *El libro de las palabras mágicas*.

Una sensación calentita y agradable se apodera de mi pecho. Su gesto me pilla tan desprevenida que me sonrojo sin poder evitarlo. No sé qué decir. Esto supera a las entradas para el campeonato de Fórmula 1, pues los mejores regalos son los que no se compran con dinero.

—Te has acordado —digo maravillada.

Le da un trago a la cerveza.

—Recuerdo todo lo que me dices, fea. Tengo buena memoria.

—*Hyggelig* —repito—. Me gusta.

Durante un buen rato nos limitamos a disfrutar de las vistas. Hay silencios que no son incómodos con la compañía adecuada. Lo miro de reojo y me pregunto quién es en realidad este chico de ojos tristes que me regala chocolate y me llama porque necesita una amiga. Este Pol me causa más curiosidad que el batería ligón y millonario del que hablan las revistas. Es más humano y vulnerable.

—¿Por qué solo tienes cerveza sin alcohol? —le pregunto. Al ver que se tensa, me muerdo el labio. Puede que haya ido demasiado lejos—. No respondas si no quieres.

—Ya no bebo alcohol.

—Lo sé todo. —Me doy la vuelta y apoyo los codos en la barandilla. Lo miro a los ojos—. Sé que sufriste una sobredosis y estuviste un tiempo en desintoxicación. No te lo digo para que hablemos del tema. Pero me parece mal fingir que no conozco esa parte de tu vida, puesto que tú no has decidido compartirla conmigo. Tampoco quiero que pienses mal de tu hermana. Iris estaba asustada y necesitaba desahogarse con alguien. Y yo jamás le iría con el cuento a nadie, por eso se abrió conmigo.

Pol suspira.

—Supuse que lo sabías —dice en voz baja. Parece avergonzado.

—Oye… —Le toco la mano y me alivia que no se aparte—. Si vamos a ser amigos, deberíamos ser sinceros el uno con el otro. No tienes que contármelo todo de ti, ni mucho menos. Pero es justo que pongamos las cartas sobre la mesa. Lo siento si…

—Está todo bien —me tranquiliza—. De verdad.

—¿Sí?

—Vamos a preparar esa salsa de tomate.

Se aleja de mí para romper el contacto.

—Pol…

—No quiero hablar del tema —me aclara. No parece cabreado, sino más bien agotado—. Te agradezco que hayas sido sincera conmigo. Pero no estoy preparado, ¿de acuerdo?

—Lo entiendo.

No puedo evitarlo. Algo me impulsa a abrazarlo. Rodeo su cintura y pego mi mejilla a su pecho. Pol se sobresalta y no me devuelve el abrazo. Parece incómodo. Ay, Dios, no sé en qué estaría pensando. Estoy a punto de apartarme cuando me estrecha con ganas. El alivio se apodera de mí al comprender que la intuición no me ha fallado. Algo me decía que necesitaba un abrazo.

Me aprieta ejerciendo la presión perfecta. Entre sus brazos me siento protegida y calentita. No debería ser así. Se supone que lo he abrazado para reconfortarlo, pero soy yo la que se siente de maravilla. Las emociones se agolpan en mi pecho y agradezco que no pueda verme la cara. Pol me da un beso en el pelo que me sube la temperatura. Luego se aparta como si nada, dejándome completamente desconcertada. Sé que solo ha sido una pequeña muestra de afecto entre dos amigos. Joel también tiene estos gestos conmigo. Entonces ¿por qué he sentido que esta vez ha sido diferente?

—Gracias. —Me sonríe de una forma que me llega muy dentro—. Por no juzgarme.

—¡Bueno! —Engancho los pulgares en las presillas del pantalón, fingiendo que lo que acaba de suceder entre nosotros no me ha alterado—. Vamos a cocinar esa salsa de tomate de la que tanto presumes.

—Eres un desastre. —Pol me quita la espátula—. Por favor, fuera de mi cocina. Me estás estorbando.

—¡Qué poca vergüenza!

—Solo digo lo que hay. —Se ríe cuando me da la espalda para remover la salsa—. Cualquiera sabe que el fuego debe estar a baja temperatura.

—¿Por qué? —replico enfurruñada—. Así se cocina antes.

—Tan solo conseguirías carbonizarla. Y los tomates hay que pelarlos.

—Podrías utilizarlos de bote.

Se vuelve para lanzarme una mirada horrorizada.

—Te perdono porque no sabes lo que dices. —Niega con la cabeza—. Haz algo útil. Pásame el orégano que hay en ese cajón.

—¡Eres tú el que no me deja hacer nada! —protesto, puesto que es la pura verdad. Llevamos veinte minutos peleándonos en la cocina. No puedo dar un solo paso sin que se queje porque corto los tomates en trozos muy grandes o algo por el estilo—. Toma, Ferrán Adrià.

—Te vas a tragar tus palabras cuando pruebes la salsa.

—Ya puede merecer la pena… —Me acerco al altavoz que hay en la encimera. De repente, me entran muchas ganas de bailar—. Alexa, pon «Los ángeles», de Aitana.

—¡No!

Demasiado tarde. La canción se reproduce por el altavoz y me pongo a bailar ante la mirada incrédula de Pol. Al principio niega con la cabeza, pero luego se empieza a reír cuando me pongo a hacer el tonto.

—No sabes cocinar, tienes un gusto musical dudoso…

—¡Es un temazo! —Levanto los brazos y muevo las caderas—. «Y estas ganas no se van. Cuanto más me comes, más me gusta…».

Enarca las cejas y me dedica una mirada burlona.

—¿Me estás lanzando una indirecta?

—Más quisieras. —Le saco la lengua—. «Si a ti no te asusta, no me asusta. Yo quiero otra noche…».

—Cantas fatal. —Se parte de risa.

—Tu opinión me resbala. —Sigo bailando mientras él remueve la salsa—. «Que cuando se encuentra esa persona que cuando te toca, te obsesiona. Si nos alejamos, no funciona. Déjame tenerte una vez más…».

—Si no te conociera, pensaría que me estás metiendo ficha. —Introduce una cuchara en la salsa—. Ven, prueba esto.

Me acerco sin dejar de contonearme. Abro la boca como una niña buena y… Madre mía, está deliciosa. Pol me mira con una sonrisa de suficiencia. Solo por eso necesito ponerlo en su sitio. De lo contrario, no sería yo.

—Le falta sal.

—Fuera de mi casa.

—Engreído.

—Mentirosa.

—Está buenísima.

—Te lo dije.

—Tampoco te vengas arriba, flipado.

—Serás…

—Ay, mira qué cara has puesto. —Me entra un ataque de risa. Está colorado—. ¡Eres monísimo cuanto te enfadas!

—No estoy…

Le pellizco la mejilla. Se queda a cuadros. Vaya, vaya, por lo visto no soy la única que se sonroja. Intenta sostenerme la mirada, pero al final carraspea y agacha la cabeza para fingir que

está muy interesado en la salsa, lo que me hace reír más. No puedo creer que acabe de ponerlo nervioso. Me parece especialmente adorable.

—Deja de reírte de mí —murmura en voz baja—. Eres lo peor.

—Ya no eres tan graciosillo, ¿eh? —Le hundo un dedo en las costillas y se sobresalta—. Tranquilo, chico malo. Tu secreto está a salvo conmigo. No se lo contaré a nadie.

Se da la vuelta, se apoya en la encimera de la cocina y se cruza de brazos. Lleva una camiseta blanca de manga corta que se ajusta a su cuerpo. Intento no mirar cómo sus bíceps se contraen bajo la tela. Me mira sin pestañear. Solo… me mira. No sé si está exasperado o divertido, hasta que el amago de una sonrisa se forma en sus labios.

—¿De dónde has salido?

—¿A qué te refieres? —replico con el ceño fruncido.

—Nada, déjalo —dice como si fuera un chiste que no tiene intención de compartir conmigo—. ¿Te gustaría venir al concierto de Yūgen?

—¡Un concierto! —exclamo emocionada—. Pues claro. ¿Estaremos en el palco con la gente rica y guay? ¡Qué pasada! Me voy a poner morada a canapés.

—Lo retiro.

—¿Puedo llevar a una amiga? —Lo ignoro—. Es vuestra mayor fan. No me lo perdonará si no se lo digo. Lo mismo hasta ligas con ella. Dice que estás buenísimo. A la pobre deberían ponerle gafas.

—No sé por qué te aguanto —responde intentando luchar contra la sonrisa que se forma en sus labios—. Tu amiga puede acompañarnos.

Doy saltitos de emoción. A ver, reconozco que no soy la mayor fan de Yūgen. El rock no es lo mío. Sin embargo, me hace ilusión que me haya invitado. Seguro que lo pasamos bien. Además, me muero de curiosidad por conocer a sus amigos. Y Nina va a flipar.

No puedo evitarlo. Le doy un abrazo por la espalda que lo pilla desprevenido. Se tensa un poco. No me importa. Me encanta cómo huele. Es una mezcla a gel de baño, loción para después del afeitado y Hugo Boss.

—Gracias por invitarme. —Pego la mejilla a su espalda, cierro los ojos y sonrío—. Seguro que lo pasamos genial.

—En realidad, me estás haciendo un favor.

Me aparto de él y lo miro confundida.

—¿A qué te refieres?

—Llevo bastante tiempo sin ver a mis amigos. Ni siquiera les dije en persona que abandonaba el grupo. Me limité a enviarle un mensaje a Leo.

—Vaya. —Me muerdo el labio. Ahora entiendo por qué no quiere ir solo—. Seguro que se alegran de verte.

Pol no parece del todo convencido.

—Eso espero —responde agobiado—. No me porté bien con ellos.

—¡Eh! —Le doy un apretón cariñoso en el brazo para animarlo—. No te castigues por tus errores. Tienes el resto de la vida para enmendarlos.

No se lo digo para hacerle sentir mejor. Lo creo de verdad. Los errores nos hacen aprender. Tenemos derecho a arrepentirnos y rectificar. Al fin y al cabo, la vida sin errores es una obra de teatro.

26
Pol

Estamos en el sofá comiendo palomitas y viendo tiktoks de animales. Freya ha insistido porque dice que le ponen de buen humor. Creo que podría convencerme de hacer casi cualquier cosa. Es muy intensa y persuasiva. Cada vez que suelta una carcajada, la miro de reojo sin que se dé cuenta. Tiene una risa preciosa. Dios, nunca había conocido a una chica tan auténtica. Cuando antes le he preguntado de dónde había salido, iba en serio. Siento una curiosidad insana. Debería aplacarse al pasar tiempo juntos, pero, cuanto más la conozco, más quiero saber de ella.

—Oh, mira. —Hace un puchero—. Es muy gracioso. Qué monada.

Se refiere a un chihuahua disfrazado de Superman que enseña los dientes cada vez que alguien intenta robarle un conejito de peluche. Gracioso no sería la palabra que utilizaría para describirlo. Parece una alimaña.

—Moon nunca deja que le ponga abriguitos —dice apenada—. Deberías tener un gato.

—No soy mucho de gatos.

—Ya me di cuenta el día que viniste a mi casa. —Se ríe—. ¿Y un perro?

—¿Por qué de repente estás tan interesada en que tenga una mascota?

—¡Mira todo este espacio libre! —Abre los brazos para señalar el ático—. Te haría compañía.

—¿Tan amargado me ves? —replico indignado.

—No pretendía decir eso. Los animales dan mucha alegría. Moon me ayudó a superar la muerte de mi madre. —Me cuenta la historia de la gata y la escucho sin decir nada—. Imagínate a un enorme pastor alemán con el que salir a correr.

—Y que lo llene todo de pelos. Paso.

Me da un puñetazo sin fuerza en el hombro.

—No te pega ser tan estirado.

—Y, según tú, ¿qué es lo que me pega?

—Adoptar a un perro mayor de un refugio. —Me pone ojitos—. Si algún día cambias de opinión, te acompañaré a la perrera. ¡Oh, mira! Me encanta esta canción.

El corazón me da un vuelco cuando suena «Promesas inacabadas», el tema que compuse con Leo. Se trata de un *reel* bastante deprimente, todo sea dicho. La canción le viene de perlas. Suena el estribillo mientras aparecen imágenes en blanco y negro que representan una ruptura.

—Pensé que no eras fan de Yūgen.

—Pero esta canción me gusta. Cuando salió, la escuchaba en bucle.

—¿En serio? —pregunto sorprendido.

—Sí. ¿Por qué pones esa cara? Es muy buena.

—La compuse a medias con Leo.

Abre mucho los ojos.

—¡Oh, venga ya! —exclama atónita—. ¿Me estás diciendo que eres tú el que ha compuesto una de mis canciones favoritas? ¡No puede ser! ¿Tienes idea de lo mucho que significa esta canción para mí?

Me apoyo en el respaldo del sofá y la miro con interés.

—Pues… no. ¿Por qué no me lo explicas?

—«Soy todo lo que me dije que no sería, soy todo… y a la vez nada» —canta de memoria—. En aquel momento, cuando la escuché por primera vez, creí que hablaba de mí. Ya sé que es una locura, pero… me sentí tan identificada…

—¿En qué sentido?

—Fue cuando Oriol me contó que me había engañado —me explica. Entonces se calla y se muerde el labio.

—No tienes que contármelo si no quieres —la tranquilizo.

Freya respira hondo y, para mi sorpresa, lo suelta todo.

—Siempre había pensado que era la clase de persona que jamás perdonaría una infidelidad. Que tenía demasiado amor propio para disculpar una traición. Sin embargo, decidí darle una segunda oportunidad y me convertí, como dice la letra, en algo que dije que nunca sería. —Se le llenan los ojos de lágrimas. Tengo que contener el impulso de abrazarla, pues no sé si es lo que quiere—. Esa canción me ayudó en un mal momento. Y tú la escribiste. Ay, Dios.

Me echa los brazos al cuello y me da un abrazo que me reconforta. Estoy tan impactado que para cuando quiero devolvérselo ya se ha apartado.

—Nunca pensé que podría ayudar a alguien —le confieso—. Ni siquiera estaba seguro de lo que quería transmitir. Hoy todavía no sé lo que significa la letra.

—La música tiene el poder de conectar a las personas. Da igual lo que significara para ti. Lo que importa es que siempre habrá alguien que se sienta mejor cada vez que la escuche.

—No lo había pensado —admito con un hilo de voz—. Solo quería… desahogarme.

—Deberías componer algo nuevo —me anima—. Así harías algo que te llena y, al mismo tiempo, ocuparías parte del tiempo libre que tienes.

—No sé —respondo dudoso.

—Aquí tienes una futura fan, si te sirve de algo.

Su comentario me hace sonreír. Me percato de que una lágrima resbala por su mejilla. No

puedo evitarlo. Se la borro con el pulgar, pero no aparto la mano. Me gusta demasiado tocarla. Ya sé que tiene novio y que no me ve de esa forma. Así son las cosas. Si hubiera una mínima posibilidad de que no me rechazara, me lanzaría a besarla de cabeza. Sin embargo, no quiero estropear la amistad que está naciendo entre nosotros.

—¿Crees que soy una idiota?

—No —respondo sin pensar.

—Mi amiga Nina y mi hermana piensan que me equivoqué al perdonar a Oriol —me confiesa —. Nina considera que soy demasiado buena y mi hermana cree que me falta amor propio.

—¿Tú te arrepientes?

Lo reflexiona durante un instante.

—No —responde con sinceridad—. A veces me duele, pero no me arrepiento de haberlo perdonado.

—Eso es lo único que importa.

—Supongo.

Sigo acariciándole la mejilla. Para mi sorpresa, no se aparta. Me muero de ganas de eliminar la distancia que nos separa y aplastar mi boca contra la suya. Me da igual que tenga un novio que es gilipollas y no supo valorarla. Eso es lo de menos. No me frena que esté pillada. Soy demasiado egoísta para pensar en ese otro tío. Lo que de verdad me asusta es que Freya me rechace, pues me gusta tanto estar con ella que prefiero conformarme con nuestra amistad a no tenerla en mi vida.

—Ya sé que solo me contaste ciertas cosas porque estabas borracha —digo con cautela—, pero, si algún día necesitas desahogarte, me gustaría que me pusieras al principio de tu lista. Estoy aquí. Espero que lo sepas.

Me sonríe. Nunca pensé que una sonrisa pudiera llegarme tan dentro. Es una sonrisa que me llena de paz y me hace sentir de maravilla. Que me reconcilia con esa parte de mí de la que llevo renegando tanto tiempo. No sé cómo algo tan sencillo puede causarme una sensación tan fuerte.

Dejo caer la mano. Si la sigo tocando, no respondo de mí mismo. De repente, necesito poner distancia entre nosotros. Me levanto para ir a la librería y cojo una de mis últimas lecturas favoritas.

—Tu libro. —Le devuelvo *Tres citas con Carter*—. Me gustó mucho. ¿Has leído algo de Gillian Flynn?

—Nop.

—Es la autora de *Perdida*.

—He visto la peli. Me encantó.

—Entonces este libro te va a flipar. —Cojo *Heridas abiertas* y se lo doy—. Lo devoré en un día. Los personajes son muy complejos y retorcidos. Me flipó.

—Me gusta lo de intercambiarnos libros.

—Y a mí —concuerdo—. ¿Te quedas a cenar?

—Me encantaría, pero le prometí a mi padre que llegaría para la cena.

—Te acerco.

—¡No hace falta! Puedo pedir un Uber.

—No me cuesta nada.

Después de mantener una breve discusión en la que consigo salirme con la mía, la llevo a su casa. Cree que me está molestando, pero en realidad solo quería pasar más tiempo con ella. Cualquier excusa es buena para estar unos minutos más a su lado. Nos peleamos por elegir la emisora y al final la dejo ganar. De camino a su casa hablamos sobre *Romper el círculo*, el último libro que me ha dejado. Tiene razón, lo de intercambiarnos libros está guay. Se queda un rato dentro del coche, hasta que al final dice que debería marcharse y me da un beso en la mejilla. Espero a que entre en el portal. Antes de cerrar la puerta, se vuelve para mirarme, pone los ojos en blanco y sacude la cabeza. Sonrío como un idiota cuando entra.

Joder, me ha dado fuerte.

Al llegar a mi casa cojo una libreta y me tumbo en el sofá. Me han entrado ganas de componer. No sé lo que sacaré de esto. No creo que se me dé especialmente bien. Escribir un par de canciones para el disco anterior fue pura suerte. Aun así, me apetece intentarlo. Al cabo de un rato, me llega un mensaje de Freya.

Freya
Lo he pasado genial.

Yo
Lo sé. En Tinder puntúan mi compañía con un 10.

Freya
Imbécil.

Yo
Guapa.

Freya
¡No me vaciles!

Yo
De acuerdo, fea ☺

Freya
Mi padre ha probado la salsa. Quiere que te diga que está riquísima. Le da corte pedírtelo, así que ya lo hago yo: prepara más cuando puedas. Nuestros estómagos te lo agradecerán.

Yo
Hecho.

Freya
¿Así de fácil es convencerte?

Yo
Normalmente no, pero contigo he hecho una excepción.

Espero que me regale un comentario de los suyos. Nunca se achanta ante mis vaciles. Por eso su respuesta me descoloca.

Freya
Me ha gustado que me llamaras hoy.

El alivio se apodera de mí. No sé a dónde nos llevará esto, pero me apetece descubrirlo. Jamás me había sentido tan cómodo con nadie. Sé que Iris se cabreará cuando se entere de mi amistad con Freya. Sin embargo, no estoy dispuesto a renunciar a una chica con la que es tan fácil ser yo mismo.

27
Freya

Leo un par de capítulos del libro que me ha prestado Pol antes de irme a la cama. La historia promete. Ya le dije que me gusta lo de intercambiarnos libros y es verdad. Así descubro recomendaciones de novela negra, un género que no suelo consumir, y él se adentra en el apasionante mundo de la literatura romántica. Además, si consigo que un chico lea novela romántica sin avergonzarse, definitivamente nuestro pequeño club de lectura habrá merecido la pena. Aunque he de reconocer que Pol no parece la clase de tío que tiene prejuicios y distingue entre cosas de hombres y de mujeres, algo que me encanta de él.

Antes de que me venza el sueño, llamo a Oriol. Quiero proponerle que mañana vayamos a almorzar a un italiano que acaban de inaugurar. Aparte quiero comentarle que hoy he estado con Pol. Ya sé que no he hecho nada malo, y precisamente por eso me apetece hablar con naturalidad del tema. Cuando ocultas una verdad, por simple e inofensiva que sea, la conviertes en algo retorcido y sucio.

—Justo iba a llamarte —dice nada más descolgar.

—Ni que estuviéramos sincronizados —bromeo—. ¿Qué tal tu día?

—Fatal. Acaban de darme la nota del B2. He suspendido. Para colmo, no me han cogido para ese trabajo a tiempo parcial que me venía tan bien y estaba muy cerca de mi casa.

—Vaya, lo siento. Ya verás que te sale otra cosa.

—Eso espero —responde desanimado—. Ojalá que tu día haya sido mejor que el mío.

—Bueno, no ha estado mal. —Sonrío al recordar lo bien que lo he pasado con Pol. Después de saber el día de mierda que ha tenido Oriol, ahora me siento un poco mal. De todos modos, no pienso ocultárselo. Una relación debe estar cimentada en la sinceridad para que funcione—. Mi padre ha vuelto a quemar la cena. Pediremos Burger King. Ya sabes, lo de siempre. Pero nos hemos echado unas risas. Estuve en casa de Pol, por cierto.

Se hace el silencio. Me imagino su cara. Me muerdo el labio y aguardo su reacción. Oriol tarda varios segundos en responder.

—¿Estamos hablando del mismo Pol?

—El hermano de Iris.

—Ah. —Es todo lo que dice.

—Me llamó porque necesitaba una amiga. No ha pasado nada raro entre nosotros —le aclaro.

—Te creo —contesta para mi alivio—. Es solo que… me ha pillado desprevenido. ¿Desde cuándo sois tan amigos? Perdona, Freya. No quiero que parezca que te estoy juzgando. Simplemente me parece raro que te llame a ti.

Lo entiendo. A mí también me pareció extraño, pero entre Pol y yo se ha forjado una especie de conexión desde que pasamos el fin de semana juntos. Además, con algunas personas encajas sin pretenderlo.

—Me cae bien —añado sin más—. ¿Estás enfadado?

—No voy a negar que me agobia que mi novia haya estado en la casa del tío con el que apareció en la portada de una revista —admite sin tapujos—. Pero, si dices que no hay nada entre vosotros, no tengo motivos para desconfiar de ti.

Es una reacción muy madura que me sorprende. Me tumbo bocarriba en la cama y me relajo de golpe. No sé qué decisión habría tomado si Oriol se hubiera enfadado. Quiero creer que habría hecho lo que me diera la gana, pues no necesito su permiso para tener un amigo.

—Me gusta que volvamos a ser los mismos de antes —le confieso—. Que podamos hablar de todo. Lo había echado mucho de menos.

—Y yo. —Sé que está sonriendo—. Joder, cuánto te quiero. Que conste que el hecho de que me lo haya tomado tan bien no significa que no me acojone la posibilidad de que él te pueda gustar más que yo. Sería imbécil si no tuviera miedo de perderte.

—Oriol…

—Pero elijo confiar en ti.

—Menos mal. Porque hay un italiano al que quiero ir mañana contigo…

—No se diga más. Te recojo después de clase.

—Me gusta cuando dejas que me salga con la mía. —Nos reímos—. Te quiero, ¿vale?

—Lo sé. Y yo.

Me reconforta que se lo haya tomado tan bien. Sé que vamos por buen camino. Hubo un tiempo en el que estuvimos a punto de perdernos. Sin embargo, parece que las cosas han vuelto a su curso natural. Me alegra que sigamos siendo los amigos que pueden contárselo todo.

«Casi todo —me corrige mi subconsciente—. ¿Por qué no le has dicho que una parte de ti se siente atraída por Pol?».

«Cállate —le espeto—. Es normal sentir atracción por una persona que no es tu pareja. La fidelidad es una elección. Lo que cuenta es con quién decides estar al final del día. Y yo elijo a Oriol».

«Quien avisa no es traidor», rebate la molesta vocecilla de mi conciencia.

Me tapo la cabeza con la almohada.

Me conozco.

Quiero a Oriol.
No voy a engañarlo con Pol.
Fin de la maldita historia.

28

Freya

Nina me aprieta la mano con fuerza. Nunca la había visto tan nerviosa. Le he pedido que dejara de dar vueltas a mi alrededor porque me estaba contagiando su inquietud, pero estoy empezando a arrepentirme. Desde que la invité al concierto de Yūgen no ha parado de hablar del tema. Joel le dijo que era una pesada y ella lo mandó a la mierda. Pero ahora está inusualmente callada, y me inquieta porque es la persona más charlatana que conozco.

—Deja de apretarme la mano, porfa.

—Es que me sigue pareciendo muy fuerte. Tía, que vamos a estar en el palco. Mi hermana sigue pensando que le he colado una trola. Verás cuando le enseñe las fotos. ¡Lo va a flipar! Mira cómo me va el corazón. —Me coge la mano para ponerla en su pecho—. ¡Me va a dar algo!

—Son personas de carne y hueso —la tranquilizo.

—Tú tampoco los conoces —me recuerda—. ¿Y si…?

Nina no termina la frase porque Pol aparca en ese momento delante de mi portal. Se baja para saludarnos y noto que Nina se queda blanca, lo que me hace bastante gracia. Pensé que se lanzaría a sus brazos y le haría un millón de preguntas comprometidas, pero se está comportando.

—¡Hola! —lo saludo con alegría.

Lleva unos vaqueros gastados, una cazadora negra y un sencillo jersey del mismo color. No sé cómo se las apaña para estar tan guapo con una indumentaria tan básica. Me mira como si supiera lo que estoy pensando y me regala una sonrisa de las suyas que me obliga a resoplar para que no se venga arriba.

—Pol, esta es mi amiga Nina. —Los presento—. Nina, este es Pol.

—Encantado. —Le sonríe—. Freya me ha hablado mucho de ti.

—Hola —responde Nina con un hilo de voz.

—Todas las mujeres son su debilidad —le advierto—. No te fíes de él.

—Las bocazas no —me aclara Pol.

—Qué suerte la mía. —Le saco la lengua—. ¿Nos vamos?

Pol le abre la puerta trasera del coche a Nina y le guiña un ojo. A mi amiga se le escapa una risilla nerviosa. Espero que le suelte uno de sus comentarios atrevidos, pero, contra todo

pronóstico, se pone colorada, balbucea una incoherencia y entra en el coche. Me cruzo de brazos y fulmino a Pol, que me mira con falsa inocencia.

—Solo quería ser simpático —me dice.

Le pongo un dedo en el pecho.

—No tienes permitido coquetear con ninguna de mis amigas —le advierto por si las moscas.

Pone cara de pena.

—¿Celosa?

—Alucinas —respondo con los dientes apretados.

Voy al asiento del copiloto, me abrocho el cinturón y me trago la bilis que me sube por la garganta. ¿Ha intentado ligar con mi amiga? No lo tengo del todo claro. Además, ¿qué más me da? Los dos son libres y pueden hacer lo que les dé la gana. No es asunto mío.

Al final resulta que Pol no parece interesado en Nina en ese sentido, pues se limita a hacerle algunas bromas para que se relaje. Se preocupa de que lo pasemos bien. Nos pregunta qué nos apetece beber y se encarga de que no nos falte de nada. Cuando se marcha para saludar a unos conocidos, Nina me habla al oído.

—La debe de tener del tamaño del caballo de Espartero.

Genial, ya vuelve a ser la misma de siempre. Y yo que pensaba que estaba incubando un virus.

—Por ahí andará.

Nina abre los ojos de par en par.

—¡Se la has visto! —exclama tan alto que me veo obligada a taparle la boca.

—Fue sin querer —me defiendo. Aparto la mano y la miro muy seria—. No vamos a hablar del tamaño de la polla de Pol.

—Así de impresionada te habrá dejado que no quieres soltar prenda, guarrona. —Se parte de risa—. Te comprendo perfectamente. En persona es mucho más guapo. Y si encima calza por encima de la media…

—Ni se te ocurra decírselo —le pido—. Ya se lo tiene bastante creído.

—Normal. —Vuelve a reírse—. Es majo. Me cae bien.

—Pensé que aprovecharías para meterle ficha —le confieso.

—¡Ah! —Se encoge de hombros—. Prefiero que solo sea algo platónico. Los famosos no me van.

Frunzo el ceño. No me lo puedo creer. La Nina que yo conozco jamás desaprovecharía la oportunidad de ligar con el batería de un grupo de rock. Últimamente está un pelín rara. Ya no me habla de sus ligues de Tinder. Me pregunto si habrá conocido a alguien, pero lo descarto

enseguida porque, de ser así, me lo habría contado. Además, es de las que dicen que la monogamia es una cárcel para las almas libres.

—La que le gusta eres tú.

—¡Nina! —la censuro—. Somos amigos.

—Solo digo lo que veo, al menos por su parte…

Antes de que pueda pedirle que me explique semejante chorrada, Pol regresa. Justo cuando el concierto está a punto de empezar. Estamos en el mejor palco del estadio, donde tenemos una excelente visibilidad. Poco a poco voy conociendo a Pol y me doy cuenta de que está bastante nervioso. Mira el escenario con una mezcla de anhelo y pánico mientras la nuez de su garganta sube y baja. Agarra la barandilla con fuerza. Pongo mi mano encima de la suya y le sonrío para transmitirle calma.

—Es la primera vez que soy espectador de un concierto de Yūgen —me explica—. Qué situación más rara.

Hasta entonces no había sido consciente de lo difícil que debe de ser para él. Hace ocho meses dejó el grupo y ahora va a enfrentarse a un montón de recuerdos. Le aprieto la mano para que sepa que no está solo. Se supone que hemos venido a pasarlo bien, pero entiendo que una parte de él sufra por no estar ahí subido.

De repente, se apagan las luces. El público grita enardecido. El estadio se ilumina con tonos azul eléctrico. Una chica rubia aparece en mitad del escenario. Comienza a sonar un espectacular solo de guitarra. Y la gente se vuelve loca.

Gabriella Luna tiene una voz de otro planeta. Me pregunto cómo es posible que semejante torrente salga de una chica tan bajita que parece cantar sin esfuerzo. El público la adora. No es para menos. A mí solo me han bastado unos segundos para declararme su fan. Lo suyo es talento en mayúsculas. Pol sonríe cuando la mira y algo primitivo y desconcertante se apodera de mí. Algo que no debería sentir y que me provoca un intenso malestar.

«Fueron más que amigos».

Si tenía alguna duda, acabo de despejarla. Nina me ha contado que Gabi está saliendo con una cantante que se llama Samantha Jordan. Pero, como se suele decir, donde hubo fuego siempre quedan rescoldos. ¿Por esa razón no quiere volver al grupo? ¿Sigue enamorado de su amiga?

De repente, le cambia la expresión cuando suena el inicio de una canción muy melancólica. El público enciende las linternas de sus teléfonos móviles. A mi lado, Pol se tensa. Gabriella Luna comienza a cantar con esa voz rasgada y profunda:

—«Te dije que es imposible reconstruirme. Es una causa perdida, soy experta en romperme… En hurgar en heridas ajenas y destrozar oportunidades constantemente».

Estoy del todo hechizada. Quiero mirar a Pol para conocer su reacción, pero no consigo

despegar los ojos del escenario. Gabi canta como si se estuviera rompiendo. Conecta con el público. Todo el mundo la escucha como si fuera partícipe de su sufrimiento.

—«¿Quieres levantarme? ¿Quieres salvarme? Porque no soy tu maldita causa posible. Olvídalo, olvídame… No puedo pedirte que me esperes».

—Esta canción es…

—La escribí yo —me confiesa Pol.

Me doy la vuelta para mirarlo y lo que veo me destroza. Sus ojos son dos pozos de amargura. Nunca había visto una mirada tan triste como la suya. Entonces lo entiendo. Esta canción habla de él. Por eso, cuando Gabi canta, lo está recordando.

—«Te prometo que es imposible reconstruirme —sigue cantando Gabi—. Ni lo intentes, no tengo ganas de fingir que merece la pena quererme…».

«Oh, Dios mío».

¿Se ve a sí mismo de esa forma? ¿De verdad cree que es una persona a la que no merece la pena querer?

Levanto la mano para acariciarle la mejilla. Quiero que sepa que no lo veo de esa manera. Que, a pesar de todo el dolor que hay dentro de su corazón, empiezo a conocer al chico que se esconde bajo un montón de capas de ironía y arrogancia. La persona que tiene miedo de mostrarse tal cual es por temor a salir herida. Y este chico merece muchísimo la pena. Pero ¿cómo convences a alguien de darse una oportunidad a sí mismo si ha tirado la toalla?

—¡Queremos a Pol! —empieza a gritar el público.

Pol se sobresalta. Se aparta de mí antes de que pueda tocarle la cara. Su expresión se ensombrece. Su rostro es una máscara de angustia. En sus ojos brilla el pánico.

—¡Pol! ¡Pol! ¡Pol! —corea el estadio—. ¡Pol, eres el mejor!

Intenta luchar contra las emociones que amenazan con desbordarlo. Encorva los hombros y retrocede con la cabeza gacha. No sé qué hacer ni qué decir. Cuando estoy a punto de preguntarle si quiere que nos vayamos, Pol se da la vuelta y sale del palco a toda prisa.

—¿Está bien? —me pregunta Nina preocupada.

—No lo sé —admito contrariada. No tengo ni idea de lo que acaba de suceder.

29
Pol

Me encierro en el servicio más cercano y me tapo las orejas para acallar los gritos del público. No quiero que su amor signifique nada para mí. No puedo volver. Si lo hago, tendré que enfrentarme a los errores del pasado de los que llevo ocho meses huyendo. No soy tan fuerte. Ni siquiera sé por qué he venido. Se supone que lo he hecho para apoyar a mis amigos, pero en este momento no estoy seguro de nada.

—¡Tío! —exclama alguien. Me sobresalto al darme cuenta de que no estoy solo. Un par de rostros conocidos están metiéndose unas rayas en el lavabo—. ¡Qué de tiempo! Deberías estar subido al escenario.

Retrocedo al ver la coca. Todos los recuerdos que llevo enterrados en lo más profundo de mi alma salen a borbotones. Por un instante, me pregunto lo que sentiré si vuelvo a caer en la tentación. Luego aprieto los puños, asqueado por mi propia debilidad.

—¿Quieres? —me pregunta uno de ellos. Ni siquiera recuerdo cómo se llama—. Podemos compartirla. Es de primera calidad.

Niego con la cabeza y les doy la espalda.

—Joder, antes no eras tan aburrido —dice el otro con desagrado. Lo oigo esnifar—. ¿Qué coño te ha pasado?

Salgo del servicio a trompicones. Necesito largarme de aquí. Estoy mareado y me cuesta respirar. Debería sentirme orgulloso de haber rechazado la droga, pero solo siento un profundo miedo que está arraigado muy dentro de mí. La psicóloga del centro me advirtió de que algún día volvería a enfrentarme a la tentación y que sería normal que me entraran dudas. En aquel momento estuve seguro de que no recaería, pues había estado a punto de palmarla. Sin embargo, ahora acabo de darme cuenta de que no soy tan fuerte como creía. Y eso me repugna.

—¡Pol! —exclama Gabi.

Me sobresalto al darme de bruces con ella. Por su expresión incrédula, sé que no tenía ni idea de que vendría. Me pierdo en sus ojos azules y todas mis emociones se congelan. Durante todo este tiempo me he preguntado lo que sentiría al verla de nuevo. Nunca pensé que el miedo y la vergüenza estarían en las primeras posiciones.

—Hola, Gabi.

Entorna los ojos y se me queda mirando de una forma que no augura nada bueno. La conozco demasiado bien. Sé que está enfadada conmigo. No le faltan razones.

—¿En serio? —replica atónita—. Ocho putos meses, Pol. Ninguno de nosotros se despegó de ese maldito hospital. Y, cuando por fin despertaste, tu hermana nos contó que no querías vernos. ¿Tienes idea de cómo me sentí? Aun así, decidí darte tu espacio porque sabía que lo necesitabas. Desde entonces te he estado llamando, te he dejado miles de mensajes, incluso quise ir al centro a visitarte… Pero lo único que recibí a cambio fue tu silencio. ¿Y ahora te presentas aquí como si nada? ¿De qué coño vas?

—Yo… —digo agobiado.

—Vete a la mierda —me espeta dolida haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas —. Eres un puto egoísta. ¡No te importamos!

—Por favor, no digas eso.

—No te atrevas a tocarme. —Se aparta, y solo entonces me doy cuenta de que he intentado acercarme a ella—. No pintas nada aquí. No sé por qué has venido.

Podría decirle que Leo me invitó, pero, en lugar de eso, mascullo:

—Sé que no sientes lo que dices. Es normal que estés enfadada conmigo.

—No estoy enfadada contigo —me aclara—. Estoy decepcionada porque me has demostrado que nuestra amistad no significa nada para ti.

El impacto de sus palabras me deja sin aliento. Quiero defenderme de alguna manera, pero no sé qué decir. Merezco su rabia. Me alejé de manera unilateral. Los aparté de mi vida porque pensé que les hacía un favor. Ahora comprendo lo equivocado que estaba.

—¡Pol! —grita Axel, que viene corriendo por el pasillo—. Tío, ¡has venido!

Gabi se hace a un lado cuando mi amigo corre hacia mí. Nunca pensé que un abrazo podría hacerme sentir tan miserable. No hay ni una pizca de resentimiento en sus brazos. Me estrecha para demostrarme lo mucho que me ha echado de menos. Cuando nos apartamos, tengo un nudo en la garganta y estoy tan avergonzado que apenas puedo sostenerle la mirada.

—Cuánto me alegro de verte —me dice con sinceridad.

—De eso precisamente estábamos hablando —responde Gabi con acritud—. De lo mucho que hemos pensado en él mientras pasaba de nosotros como si fuéramos una mierda.

—Gabi… —le pide Axel.

—¿Qué? —replica hecha una furia.

—No es el momento. —Axel me da un apretón cariñoso en el brazo—. Todo lo que importa es que esta noche estás aquí.

—Mira quién viene por ahí. —Gabi señala con la cabeza a un chico alto y delgado que se acerca a nosotros—. Tu suplente. ¿Le decimos que se vaya haciendo a la idea de que lo suyo no es algo temporal? Ganas no le faltan de quedarse en el grupo, a diferencia de a otros.

Antes de que pueda responder, Gabi se marcha en dirección al camerino. Axel suspira.

—No le eches cuentas —me pide—. Está dolida.

—No me digas.

—Se le pasará —me asegura—. Tenéis una conversación pendiente. —Axel fuerza una sonrisa cuando el suplente al que se refiere Gabi llega hasta nosotros—. David, te presento a Pol.

David Sarcos, el nuevo batería de Yūgen. Le estrecho la mano por educación, para que sepa que no tengo nada en contra de él. Para mi sorpresa, aprieta con más fuerza de la necesaria mientras me dedica una mirada cargada de falsa amabilidad. Suelto su mano de golpe y frunzo el ceño.

«Pero ¿qué narices…?».

—Encantado de conocerte —dice como si no acabara de intentar partirme la mano—. Es un placer.

—Lo mismo digo —respondo intentando ocultar mi irritación.

Nunca juzgo a una persona a la ligera, pero solo necesito mirarlo a los ojos para saber que no es trigo limpio. Hay algo en él que no me gusta. No me refiero a lo evidente, ya que, si pudiera tirarme por un barranco para quedarse con mi puesto, no me cabe ninguna duda de que lo haría.

La ira que se apodera de mí me sorprende.

Vaya…

A veces solo necesitamos perder algo para darnos cuenta de lo afortunados que éramos cuando lo teníamos.

30

Freya

Quiero hablar con Pol cuando regresa al palco, pero nos pregunta si nos apetece ir al camerino para conocer a sus amigos, por lo que no tengo la oportunidad de quedarme a solas con él y averiguar si se encuentra bien.

Estoy un poco nerviosa cuando entramos, pues no sé lo que nos espera allí. Para mi alivio, Leo y Axel se acercan a presentarse. Parecen majos. Nos preguntan si hemos disfrutado del concierto y acceden de buena gana a hacerse una foto con nosotras. Nina está flipando.

—¿De qué os conocéis? —me pregunta Leo con interés.

—Soy amiga de Iris —le explico—. Es una historia un poco rara.

—La estoy convenciendo de que sea mi amiga —bromea Pol—. Es dura de roer.

Leo nos mira con curiosidad. Está a punto de decir algo cuando Gabi, la estrella indiscutible del grupo, aparece en el camerino. La palabra «diva» se queda corta para describirla. Entra sin saludar, va directa al minibar y coge una botella de agua. Entonces, mira a su alrededor como si acabara de darse cuenta de que no están solos. Y, por alguna extraña razón, me dedica una mirada poco amigable.

—¿Y esta quién es? —pregunta a nadie en particular.

—Mi amiga Freya —responde Pol. Por su tono, sé que le está advirtiendo de que no se pase de la raya.

La confusión brilla en el rostro de Gabi durante un instante. Luego asiente y se bebe la mitad de la botella de un trago.

—Ya veo, haciendo amigos nuevos mientras pasabas de nuestro culo. —Tira la botella al cubo de la basura y se marcha sin despedirse de nadie.

—Tranquila —me susurra Pol al oído—. No tiene nada contra ti.

Puf, cualquiera lo diría. De todos modos, por la forma en la que se ha largado, sospecho que tiene razón. Cuando ha entrado, parecía cabreada con alguien. Y me da que esa persona era Pol, por cómo lo ha mirado.

—Vamos a pedir unas pizzas —dice Leo para rebajar la tensión que acaba de formarse—. ¿Os quedáis a cenar?

—Tío —se relaja Pol—, nunca le diría que no a una pizza de peperoni. Pero no he venido

solo. Ellas mandan.

Nina me mira esperanzada desde el otro extremo del camerino. Si digo que no, estoy muerta. Además, me apetece conocer mejor a los amigos de Pol. Por eso respondo que mi favorita es la cuatro quesos.

Soy una persona muy observadora y durante la cena me doy cuenta de varias cosas: Leo y Axel quieren a Pol, lo echan de menos y darían lo que fuera por tenerlo de vuelta; David, el nuevo batería, parece sentirse fuera de lugar, aunque Axel y Leo intentan integrarlo en la conversación; y Pol, por el contrario, pone mala cara cada vez que su sustituto abre la boca, lo que me da mucho que pensar…

—¡Tendrías que haberlo visto en aquella época! —Axel se parte de risa. Están contando anécdotas de cuando eran niños. Me han explicado que se conocieron en Benalmádena, donde veraneaban todos los años—. Aquel verano a Pol le dio por teñirse el pelo de azul.

—¡Ya me acuerdo! —exclama Leo—. Le dije que no tenía huevos y me respondió que a él cualquier cosa le sentaba bien.

—Así que por aquella época ya eras un chulillo —le vacilo.

—Nunca le digas que no es capaz de hacer algo —me advierte Leo—. Imagínate la cara que se nos quedó cuando apareció al día siguiente con el pelo azul.

—Estaban picados porque incluso así ligaba más que ellos —me explica Pol.

—Creo que debo de tener una foto —dice Axel—. A ver si la encuentro…

—Venga ya. —A Pol se le cambia la cara e intenta arrebatarle el móvil—. Tío, no seas cabrón.

—Ah, ya no te ríes tanto —se burla Axel—. ¡Mira, aquí está!

Pol se tapa la cara, avergonzado. Nina y yo nos acercamos a cotillear. En esa foto debe de tener unos trece o catorce años. A mi amiga y a mí nos entra un ataque de risa porque está francamente ridículo.

—Pareces un pitufo —digo llorando de la risa.

—Qué bonito. —Se hace la víctima—. Tener amigas para esto. Seguro que tú tienes alguna foto de tu infancia de la que prefieres no acordarte.

—Están a buen resguardo.

—Uy, yo he visto una en la que sale disfrazada de calabaza —le cuenta Nina—. Por diez pavos es tuya.

—¡Eh! —protesto—. ¡Mi honor por lo menos vale cincuenta!

Pol y Nina se estrechan la mano.

—Me caes bien.

—Es un placer hacer negocios contigo. —Nina le guiña un ojo.

Lo pasamos en grande contando anécdotas. Leo quiere saber qué estoy estudiando y me hace un montón de preguntas al respecto. Nina le confiesa a Axel que hace un par de años tuvo un

sueño erótico con él y el pobre no sabe dónde meterse. Me da un poco de pena David, que parece bastante desubicado. Me pregunto si ya se sentiría desplazado antes de la aparición de Pol o acaba de darse cuenta de que nunca podrá ocupar su lugar. Es evidente que este grupo de amigos tiene un pasado. Se conocen desde que eran niños. Nada ni nadie va a cambiar el cariño que hay entre ellos.

David se levanta para ir a por unas bebidas al minibar.

—¡Chicas! —Nos ofrece una cerveza a cada una. Luego se dirige a Pol, que niega con la cabeza—. Venga, no me hagas el feo.

—No me apetece, gracias —responde con sequedad.

—Te puedo traer otra cosa —se ofrece—. ¿Un refresco?

—Tengo piernas para moverme —le espeta—. Ya iré a por él si quiero.

—Claro, tío. —David se queda bastante cortado—. Solo intentaba ser amable.

David nos trae las cervezas y luego sale del camerino. Leo y Axel se miran desconcertados. No sé lo que acaba de suceder, pero ha sido bastante incómodo. No entiendo a qué ha venido eso. Por la cara que ponen, estoy segura de que ellos también opinan lo mismo. Sin embargo, están muy contentos por tener a Pol de regreso y lo dejan correr.

No estoy acostumbrada a beber tanta cerveza y necesito vaciar la vejiga. La última persona con la que espero tropezarme cuando salgo del servicio es Gabi. Tiene los ojos emborronados por el maquillaje y comprendo que ha estado llorando. Al principio pone mala cara al verme, pero luego se viene abajo. Yo, por el contrario, no sé muy bien cómo reaccionar. Tengo delante a alguien que ha sido o sigue siendo muy importante para Pol. Algo me dice que tienen una cuenta pendiente.

—Hola —la saludo con timidez.

—Perdona por mi salida de tono de antes —dice para mi sorpresa—. No debería haberlo pagado contigo.

—Ah, no pasa nada. —Le ofrezco una sonrisa prudente—. Todos tenemos días malos.

—Ya… —Se cruza de brazos, se apoya en la pared y me mira con renovada curiosidad—. ¿Te estás acostando con Pol?

Abro los ojos sorprendida. No pienso responder a esa pregunta. Ni siquiera la conozco.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tranquila —responde sin un ápice de acritud—. Solo quiero saber qué tal le van las cosas.

—Pues pregúntaselo a él.

—Debería. —Se muerde el labio—. Pero estoy enfadadísima.

—Seguro que podéis arreglarlo si tenéis una conversación —sugiero diplomática.

—Tal vez. —Suspira. Al ver mi expresión tirante, suelta una risilla—. Oye, no pienses nada raro. Ya no tenemos esa clase de relación. Soy muy feliz con mi novia y le deseo lo mejor. Por eso te he preguntado si os estabais acostando. Tenía la esperanza de que hubiera encontrado a alguien.

—Ya, bueno… —respondo incómoda, sin saber qué decir.

—Mejor no le digas que hemos hablado, ¿vale?

Asiento. No tengo la menor intención de meterme en medio de lo que tengan estos dos. Ni siquiera sé por qué de repente estoy tan irritada. Tan solo quiero perderla de vista, así que me aparto para que entre en el servicio y regreso al camerino a toda prisa. Me da la impresión de que no me quita la vista de encima hasta que desaparezco de su campo de visión.

31

Freya

Después del concierto, Pol lleva primero a Nina, que vive más cerca. Han hecho buenas migas y van charlando durante el trayecto. Sabía que se llevarían bien. Luego me acerca a mi casa y noto que de vez en cuando me mira de reojo, como si estuviera preguntándose qué me pasa. Es normal, puesto que estoy poco habladora después del encuentro tan raro con Gabi. No sé qué pensar. No me gustaría estar en medio si siguen sintiendo algo el uno por el otro. Aunque tampoco sé por qué estoy tan molesta. Pol y yo solo somos amigos, lo que significa que tiene vía libre para hacer lo que le dé la gana. No es asunto mío.

—¿Qué te pasa? —me pregunta cuando aparca delante de mi portal.

—Nada —miento para salir del paso—. Estoy un poco cansada.

—Vaya. —Se vuelve para mirarme. Tiene el brazo apoyado en el volante y me observa como si fuera lo más interesante que ha visto nunca, algo que me provoca un montón de sensaciones contradictorias—. Entonces lo dejamos para otro día.

—No te entiendo.

—Iba a pedirte que me invitaras a subir.

Entorno los ojos y me echo hacia atrás, como si de repente me diera miedo respirar el mismo aire que él. Le miro la boca durante una fracción de segundo. Carraspeo incómoda.

—No voy a…

—Para hablar —me aclara sin perder la sonrisa—. Necesito desahogarme con alguien y tú eres la única persona que me entiende.

—¡Oh! —musito sorprendida.

«La única persona que lo entiende».

Me percato de que la tristeza que emanaban sus ojos durante el concierto sigue ahí. Solo la ha estado ocultando bajo una actitud despreocupada. Una parte de mí sabe que debe poner distancia, pero la otra se muere de ganas de que me abra su corazón.

—Vamos. —Le hago un gesto para que baje del coche—. Tengo gofres.

—¡Ey! —Me pilla desprevenida cuando atrapa mi mano antes de que abra la puerta—. Si estás cansada, podemos dejarlo para otro día. Lo último que quiero es agobiarte con mis movidas.

—Las movidas de mis amigos también son las mías.

Ladea la cabeza y me mira de una forma intensa que no sé descifrar.

—Qué suerte tengo de haberte encontrado.

Espero que el comentario vaya seguido de una sonrisa chulesca o alguna bromita de las suyas, pero lo único que sucede es que Pol acaricia el dorso de mi mano con el pulgar y me dedica una pequeña sonrisa vulnerable. Entonces me da un beso en la mano. Un beso corto y cálido que me trastoca por completo.

Aparto la mano con cierta brusquedad, pues estoy completamente segura de que no debería sentir un calor tan reconfortante cuando un chico que no es mi novio hace algo así.

Una vez que estamos en mi casa, preparo los gofres en el microondas y sirvo dos generosas tazas de Cacaolat. No quiero despertar a mi padre, por lo que vamos a mi habitación y nos sentamos en la cama. Moon se acurruca en el regazo de Pol, que la acaricia distraído mientras se come el gofre.

—Esta noche me han ofrecido una raya —habla con voz grave.

Dejo el gofre y la taza de cacao en la mesita de noche y lo miro horrorizada. No imaginé que fuera a contarme algo así. Me muerdo el labio.

—Dije que no.

—¿Estás…?

—No —me interrumpe con tono ronco—. Estoy hecho una mierda. Sabía que el momento llegaría tarde o temprano. Estaba convencido de que no me costaría decir que no. Sin embargo, vacilé una fracción de segundo. Joder, ¿cómo he podido dudar después de lo que me pasó? ¿En qué clase de persona me convierte eso?

—Somos las decisiones que tomamos, no los errores que estuvimos a punto de cometer.

—Pero… —Pol deja escapar un suspiro. Tiene los ojos vidriosos—. ¿Y si hubiera dicho que sí?

—No lo hiciste. —Me acerco a él y le pongo las manos en la cara para que me mire—. Sobreviviste a un infierno y ahora estás aquí. Sabes que cometiste errores y sigues aprendiendo de ellos. Lo único que importa es que tomaste la decisión correcta.

—Quiero ser más fuerte —me confiesa avergonzado—. No puedo volver a ser la persona que elige las drogas porque quiere dejar de sentir dolor. Por eso no puedo regresar a Yūgen. ¿Lo entiendes? Tendría que enfrentarme al pasado y…, joder, no puedo. No soy tan fuerte. Yo no…

—Eh… —Apoyo mi frente contra la suya—. No tienes que volver si no quieres.

—Pero quiero —admite apesadumbrado—. Hui del palco al escuchar que el público coreaba mi nombre porque no había nada que deseara más en aquel momento que estar subido al escenario con mis amigos. La música lo es todo para mí. Pero la última vez que estuve en un escenario todo se descontroló. Les hice mucho daño. Son mi familia y les fallé. Nunca podré

perdonármelo. Me alejé de ellos porque sé que nunca estaré curado. No puedo permitir que vuelvan a pasar por lo mismo. No sería justo.

—Pol… —Me duele que no se dé una oportunidad a sí mismo, aunque comienzo a entenderlo —. Es normal que estés asustado.

—No sé qué hacer con todo este miedo.

Me aparto de él. Está temblando. Me rompe el corazón verlo así. Ha confiado en mí, pero no tengo ni idea de qué puedo hacer para ayudarlo. Entrelazo nuestras manos y le doy un pequeño tirón para que se tumbe a mi lado. Noto que se va relajando poco a poco. No puedo evitarlo. Con la mano libre, le aparto el pelo de la cara con delicadeza. Quiero que sepa que puede contar conmigo y hacerle entender que es una buena persona. El hecho de que haya cometido errores no lo convierte en alguien que no merezca redención.

—Quizá deberías dejarte llevar y pensar en ti por una vez —sugiero con amabilidad.

Pol se ríe entre dientes. Lo miro desconcertada.

—Lo último que te conviene es que me deje llevar, Freya.

Se lleva nuestras manos entrelazadas a sus labios y me besa los nudillos. El corazón se me acelera.

—Pol…

—Tranquila —dice en voz baja—. Valoro demasiado nuestra amistad como para cagarla.

—No entiendo lo que quieres decir —respondo con un hilo de voz.

—Claro que sí. —Me sonríe con tristeza—. Joder, me gusta muchísimo estar contigo. Jamás haría algo que pudiera estropearlo. Últimamente tú estás en todos mis momentos favoritos. Sería un idiota si lo arruinara al darte un beso. —Me mira la boca y mi estómago se contrae—. Aunque me apetezca muchísimo.

—Pol… —musito agobiada, porque una parte de mí se pregunta cómo sería sentir su boca contra la mía—. No digas esas cosas, por favor.

—¿No puedo ser sincero contigo? —No espera a oír mi respuesta. Estira el brazo para colocarme un mechón detrás de la oreja—. Me encanta tu pelo.

—Eres un caso perdido —refunfuño.

Debería pedirle que se vaya, pero no lo hago. Me gusta demasiado estar con él, a pesar de saber que estoy jugando con fuego.

—Descansa —me pide mirándome a los ojos de esa forma tan intensa que me provoca un torbellino de emociones—. Si no te importa, me iré cuando te quedes dormida. Me apetece estar un rato más contigo. Te prometo que no intentaré nada raro.

Confío en él. No dudo de este chico roto y asustado que solo necesita que le den la mano. Ojalá pudiera convencerlo de que es una buena persona que merece darse una segunda oportunidad.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

Pol y David: dos baterías luchando por un mismo destino

Cuentan las malas lenguas que se lio parda en el último concierto de Yūgen. El público no dejó de gritar el nombre de Pol, que lo escuchó desde el palco como si la cosa no fuera con él. Después del concierto, el exbatería fue a reunirse con sus antiguos compañeros y, según cuenta una fuente muy cercana, estuvo a punto de llegar a las manos con el actual batería del grupo, quien tuvo que ausentarse para evitar una confrontación.

Hemos acudido al domicilio de David Sarcos para preguntarle sobre la supuesta enemistad entre él y Pol. El actual batería nos ha atendido amablemente (ya podrías aprender de él, Pol). «Admiro a Pol. Considero que es un gran músico. Siento un gran respeto por él y no hay ningún conflicto entre nosotros», nos ha contado. Le hemos preguntado por su futuro en Yūgen, a lo que se ha limitado a sonreír de forma misteriosa. ¿Será esa la razón por la que se ha peleado con Pol? Quizá el antiguo batería está deseando recuperar su lugar en el grupo. ¿Qué sucederá en tal caso? Solo sabemos que no hay sitio para ambos en Yūgen…

32
Pol

Me voy de casa de Freya en cuanto se queda dormida, tal y como le he prometido. Pero antes de marcharme no puedo evitar la tentación de apartarle el pelo de la cara y darle un beso en la mejilla. Joder, está preciosa mientras duerme.

No me engaño. Sé por qué he decidido desahogarme con ella. Freya tiene algo que… No sé, simplemente me resulta muy fácil abrirme. Y eso, para alguien que lleva toda la vida siendo la versión que los demás quieren —el juerguista, el mujeriego, el adicto, el bromista—, es un gran alivio.

Por primera vez no necesito ser otra persona porque tengo la impresión de que a Freya le gusta el verdadero Pol. El tío frágil que está lleno de miedos y no tiene ni idea de cómo encauzar su vida.

Al llegar a mi ático continúo con la canción que estaba escribiendo. Me quedé atascado en la primera estrofa, pero de repente me viene la inspiración. Cojo un botellín de cerveza sin alcohol, el cuaderno, un bolígrafo y salgo a la terraza. Me recuesto en una butaca de mimbre y leo lo que compuse:

No sé qué hacer con toda esta calma
que precede a la tormenta…
No soporto el silencio
ni la paz que sobreviene después de una vida en guerra.
porque algo me dice que al final
todo se irá a la mierda.

Recuerdo la sonrisa espontánea y sincera de Freya. La forma en la que agarra mi mano cuando sabe que estoy a punto de derrumbarme. Su rostro en forma de corazón, con los dos mechones blancos y la mancha que asemeja una mariposa. Lo jodidamente bien que me siento a su lado, a pesar de que ella no me ve de la misma forma y está saliendo con un idiota.

Las palabras se apoderan de mí. No sé cuánto tiempo permanezco componiendo, pero al terminar experimento una profunda satisfacción. Ojalá Leo y los demás estuvieran aquí para

enseñarles lo que acabo de crear. Es mi pequeña victoria. Siento un gran orgullo cuando canturreo la letra con el ritmo perfecto, tal y como suena en mi cabeza:

No sé qué hacer con toda esta calma
que precede a la tormenta…
No soporto el silencio
ni la paz que sobreviene después de una vida en guerra.
Porque algo me dice que al final
todo se irá a la mierda.

Entonces apareces tú
con una sonrisa que me llena,
contagiándome tu optimismo,
rabiando de felicidad.
Y me dejas con ganas de más.
Siempre con ganas de más.

Dime qué puedo hacer
con esta calma que precede a la tormenta…
Dime que hay esperanza
para esta alma en pena
que ha tirado la toalla
porque todo le parece una mierda.
Dime qué puedo hacer
para seguir cada día en pie
si soy un experto en sabotearme
y desperdiciar oportunidades.

Entonces apareces tú
con esa sonrisa que me consuela,
contagiándome tu vitalidad,
rabiando de ilusión.
Y me dejas con ganas de más.
Siempre con ganas de más.

Eres una jodida supernova,
¿sabes, nena?
Finjamos que me iba mejor sin ti,
porque no tengo ni idea de cómo sobrevivir.
Fingiendo que no me interesas
cuando me dejas con ganas de más.
Siempre con ganas de más.

Abrazo el cuaderno contra mi pecho, cierro los ojos y sonrío. Me encuentro de puta madre. Esta noche saboreo la ilusión de empezar de nuevo, dejando a un lado las inseguridades. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento un atisbo de esperanza.

33
Pol

A la mañana siguiente me despierto de muy buen humor. Salgo a correr en ayunas, me doy una ducha, desayuno como un campeón, respondo varios e-mails de mi representante y apruebo una campaña para Instagram con la que voy a ganar mucha pasta. Como he decidido involucrarme más en mi faceta empresarial, voy a comprobar que todo marcha bien en el asador argentino que tengo en el puerto. La verdad es que estuve a punto de traspasarlo, pues lo compré en un arrebato (y después de haberme metido un par de rayas), pero el negocio va de maravilla y se ha puesto de moda entre la gente adinerada de la ciudad. Supongo que por la calidad de la carne y la ubicación privilegiada.

Martina, la gerente, que por suerte es una gran profesional y no una explotadora como Flavio, me saluda con alegría. Me pone al tanto de las últimas novedades mientras le hago algunas preguntas para comprobar que el negocio sigue prosperando. Después charlo con cada empleado, ya que quiero cerciorarme de que todos se sienten cómodos. Estoy tan contento por lo bien que marcha el restaurante que voy a la cocina para que Edu, el primer cocinero, me explique cómo se prepara una buena milanesa. Me pongo el delantal y me lavo las manos, dispuesto a aprender algo nuevo. Lo estoy pasando genial cuando entra Cecilia, una de las camareras. Regresa por tercera vez con el plato de un cliente que se ha quejado de que la carne está poco hecha.

—Ya no la quiere —dice agotada—. Ahora considera que está muy pasada.

Edu respira hondo. Lo entiendo perfectamente. Algunos clientes son gilipollas. ¿Qué es lo que esperaba después de pedir que cocinaran el solomillo por tercera vez? La primera vez que el plato salió de la cocina estaba perfecto. No es culpa del cocinero que quisiera un zapato chamuscado en lugar de un buen solomillo en su punto.

—No te preocupes, Ceci. —Edu coge el plato para tirarlo a la basura, pero lo detengo justo a tiempo—. Pol, ¿qué haces?

—No vamos a tirar a la basura un solomillo de quinientos gramos por culpa de un cliente caprichoso —digo indignado.

Esbozo mi mejor sonrisa falsa y salgo de la cocina para dirigirme al salón. Ser el jefe tiene sus ventajas. Además, eso de que los clientes siempre tienen la razón es una soberana tontería, pues algunos son imbéciles y se aprovechan de su posición para ningunear a los trabajadores. No voy

a consentir que el típico ricachón pisotee a mis empleados porque crea que puede hacer lo que le venga en gana a golpe de talonario. De eso nada.

—¿Qué mesa es? —le pregunto a Cecilia, que me ha seguido con gesto circunspecto.

—Esa. —Señala la mejor mesa del local—. El señor de la camisa de rayas. Es el cliente más desagradable que he atendido nunca. Me ha llamado culo gordo y los demás le han reído la gracia.

Vaya, conque encima es un sinvergüenza que se viene arriba al insultar a una mujer.

—Tranquila, Ceci. Aquí no admitimos clientes maleducados.

Me dirijo con paso seguro a la mesa. Hay tres comensales que se ríen a pleno pulmón. El cliente que ha insultado a Cecilia está de espaldas. Medirá uno ochenta y tiene el pelo entrecano. Ni siquiera le he visto la cara y ya sé que es el típico millonario que cree que puede tratar a las personas que lo atienden con la punta del pie. Estoy tan cabreado que dejo el plato en la mesa con mucha fuerza, por lo que todos se sobresaltan.

—Su comida, caballero —digo con tono glacial—. Pediré que se la pongan para llevar, puesto que los clientes que insultan a las camareras no son bien recibidos en este establecimiento.

Agacho la cabeza para mirarlo y que comprenda que voy en serio. Entonces me encuentro con dos ojos oscuros y tan sorprendidos como los míos. Él se recompone antes que yo. Me sonríe con suficiencia y levanta la barbilla para demostrarme que sigue estando al mando.

—Pol —habla con tono burlón—, no sabía que habías caído tan bajo. ¿Ahora eres camarero? No esperaba mucho de ti, pero esto es tan vergonzoso como decepcionante.

Retrocedo impactado. No lo veo desde que cumplí los dieciocho. Pero aquí está. El ser humano más despreciable que he conocido. El hombre al que le tenía pánico cuando era un niño.

Mi padre.

—Fuera —exclamo sin aliento.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una potente carcajada. Sus dos acompañantes lo observan con cara de circunstancia y hacen el amago de sonreír para seguirle la corriente. Así funciona su mundo. Todos lo obedecen sin rechistar.

—¿Dónde has dejado el tambor, muchacho? —pregunta con desprecio—. Siempre supe que lo tuyo no tenía futuro. Si no llegas a fin de mes, hay un hueco en el bufete para que te encargues de las fotocopias.

Más risas ahogadas. Aprieto los puños. Me está empezando a faltar el aire y comienzo a verlo todo borroso. El pasado me golpea con fuerza. Tenerlo tan cerca, actuando con total impunidad y sin una pizca de culpabilidad, es algo para lo que no estaba preparado.

—¿Qué te pasa, hijo? —pronuncia la última palabra con un profundo desprecio—. Sinceramente, prefiero que me atienda la gorda. A ti te faltan tablas como camarero.

—Fuera —repito con los dientes apretados—. Largaos de mi restaurante.

Mi padre abre los ojos y suelta un silbido de admiración. Mira a su alrededor y asiente con una mezcla de aprobación y burla.

—¿Es tuyo? —pregunta, y vuelve a reírse—. Si necesitas un buen abogado que se encargue del papeleo… No soy rencoroso, hijo. Hay que ser profesional en los negocios.

—¡Vete! —le grito fuera de mí. Arranco el mantel de un tirón y los platos se estrellan contra el suelo. El restaurante se queda en silencio. Mi padre me mira satisfecho y comprendo que acabo de caer en su juego. Solo me estaba provocando para que estallara. Me da igual. Necesito perderlo de vista antes de cometer una locura. Por eso lo agarro de la camisa y lo levanto de la silla. Le doy un empujón para que se marche—. Tú y tus amigos no sois bien recibidos aquí.

—Debería pedir la hoja de reclamaciones —contesta sin perder la calma. Se limpia una inexistente mota de polvo de la camisa—. La atención al cliente deja mucho que desear.

Recoge su americana del respaldo de la silla y, con toda la parsimonia del mundo, saca su cartera y deja dos billetes de cien euros en la mesa. Luego me guiña un ojo y añade con sorna:

—Dale una propina de mi parte a esa encantadora muchacha rolliza que tienes sirviendo las mesas.

Me abalanzo sobre él para pegarle un puñetazo, pero Edu y un camarero me agarran justo a tiempo. Le grito que voy a acabar con él mientras mis empleados me piden que me calme y me arrastran a la fuerza hasta la cocina. Estoy fuera de mí. Tienen que someterme entre cuatro personas. No me sueltan hasta que mi padre y sus amigos se han marchado. Le doy una patada a la puerta cuando me quitan las manos de encima.

—¡Joder! —chillo alterado.

Me doy cuenta de que todos me miran asustados. Pues claro que sí. Acabo de convertirme en un monstruo. Si ellos supieran que el hombre que acaba de irse es el mismísimo demonio…

Salgo del restaurante e ignoro la petición de Edu de que no me suba a la moto. El corazón me va a mil por hora cuando cojo la primera curva. Necesito desaparecer. Acelero como si así pudiera deshacerme del dolor, la rabia y la desesperación. Por desgracia, el pasado del que llevo tanto tiempo huyendo me ha golpeado sin previo aviso, dejándome completamente hecho polvo.

34

Freya

Me despierto sobresaltada cuando me suena el móvil y descubro que me he quedado dormida mientras estudiaba Tecnología del Motor. Me desperezo y tiro el libro al suelo, que estaba encima de mi barriga. Lo de estudiar en la cama es muy mala idea, sobre todo cuando eres una dormilona por naturaleza. Estiro el brazo para coger el teléfono. A pesar del mal despertar, me alegro al leer el nombre de Pol en la pantalla.

—¡Hola!

No responde. Simplemente escucho una respiración acelerada, como si estuviera haciendo ejercicio. Estoy a punto de colgar, pues parece que me ha llamado sin querer, pero cambio de idea al oír un gruñido gutural mezclado con… ¿Está llorando?

—¿Pol? —pregunto con cautela. Me muerdo el labio. No sé qué le pasa, pero es evidente que necesita ayuda—. ¡Pol!

Me inquieto cuando no responde. Lo oigo soltar una retahíla de palabrotas. Luego escucho el sonido de cristales rotos, como si acabara de estrellar un vaso contra la pared. Se me revuelve el estómago al imaginar la escena.

—Pol —insisto—. ¡Soy Freya!

Se hace el silencio. Al cabo de unos segundos, oigo un ruido que no logro descifrar, hasta que escucho su respiración pesada al otro lado de la línea.

—¿Freya? —pregunta con la voz entrecortada—. ¿Qué…?

—Me has llamado.

—Perdona —se disculpa con voz áspera—. No quería molestarte. Tenía el móvil en el bolsillo y se ha debido de desbloquear cuando me he caído encima de la moto.

—Ay, Dios —murmuro horrorizada—. ¿Te encuentras…?

—No me ha pasado nada —me corta. Su tono es ronco y sé que está haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas—. Ha sido una tontería. Siento haberte preocupado.

—Pol —digo muy seria—, ¿estás bien?

—Ahora sí —responde algo más calmado—. Necesitaba oír tu voz.

Respiro hondo y me siento en la cama. Es evidente que le pasa algo malo.

—Dime dónde estás.

—No quiero que me veas justo ahora, Freya —contesta agobiado—. De verdad que estoy bien. He tenido un mal día y decidí dar una vuelta con la moto. Luego fui a una gasolinera y compré una lata de cerveza. Estaba a punto de darle un trago cuando me he dado cuenta de que volvía a ser el mismo mierdas que ahogaba sus penas en alcohol. Me he cabreado y le he dado una patada a la moto con tanta rabia que me he caído encima. Joder, soy un imbécil.

Pongo el altavoz y luego me ato los cordones de las zapatillas. No sé qué lo ha llevado a hacer algo tan ridículo. Lo único que tengo claro es que no quiero dejarlo solo.

—Mándame tu ubicación.

Lo escucho contener la respiración y luego exhalar con brusquedad.

—De todas las personas que no quiero que me vean hacer el ridículo, tú eres la primera de la lista. No voy a…

—No te lo estoy pidiendo —le aclaro—. Si no me envías tu ubicación, ya puedes olvidarte de mí. No voy a quedarme tranquila hasta que te mire a los ojos y compruebe que estás bien.

Aguardo su respuesta durante unos segundos que se me hacen eternos. Me ha llamado sin querer. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que ahora sé que está en una situación comprometida. No puedo ignorar que ha entrado en una gasolinera para comprar alcohol. Podría volver a hacerlo en cuanto cuelgue el teléfono. Y resulta que me importa demasiado para permitir que se destroce la vida por una mala decisión.

—¿Nunca te han dicho que eres una mandona? —intenta bromear—. Te la acabo de enviar por WhatsApp.

Abro la aplicación y compruebo que solo está a diez minutos en coche.

—Voy para allá.

—Freya… —dice antes de que cuelgue—. En el fondo, me alegro de que hayas respondido.

Pol está sentado en el bordillo. Tiene los codos apoyados en las rodillas y se tapa la cara con las manos. Por suerte no hay testigos de lo que ha sucedido, puesto que la gasolinera está desierta. Un problema menos del que preocuparse: los malditos periodistas.

Levanta la cabeza cuando aparco junto a su moto. Me mira avergonzado. Estaba tan preocupada por él que no puedo echarle la bronca. Vale, ha cometido un error al conducir en semejante estado de nervios, pero se ha arrepentido en el último momento. Lo que cuenta es que no le ha dado un trago a la cerveza. Aunque su moto esté destrozada. Ahora comprendo por qué escuché el sonido de cristales rotos. Se ha ensañado con el espejo retrovisor hasta hacerlo pedazos.

—Ey… —Me siento a su lado. Pol mantiene la cabeza gacha y se niega a mirarme. Me tranquilizo al ver que no ha sufrido ningún daño—. ¿Qué ha pasado?

—Prefiero no hablar del tema —responde con voz queda—. Siento haberte hecho venir hasta aquí. He llamado a la grúa. Debe de estar al llegar.

—He venido porque he querido. —Le pongo una mano en la rodilla y noto cómo se desinfla. A veces lo único que necesitamos para seguir respirando es un poco de contacto humano—. Soy tu amiga.

—Pues te ha tocado la lotería conmigo. —Se ríe entre dientes—. Lo siento por ti.

—Me gustas más cuando te pones en plan chulo. El autodesprecio te sienta como el culo.

Pol ladea la cabeza y me mira. Me obsequia con una sonrisa triste y frágil. Pone su mano encima de la mía y me pilla desprevenida cuando me aparta el pelo de la cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar de una forma delicada, como si yo fuera una muñeca de porcelana. Debería pedirle que dejara de hacerlo, pero resulta que me gusta demasiado que me toque.

—No cambies nunca, ¿vale? —dice mirándome a los ojos con intensidad—. Eres perfecta.

—No lo soy.

—Para mí sí.

Su pulgar se desliza hasta mi barbilla y traza el contorno de mi mandíbula sin dejar de mirarme. Me ahogo en sus ojos oscuros. El corazón me va a mil por hora. Hace unos minutos estaba en mi cama y ahora tengo delante a un chico a todas luces jodido que es una incógnita irresistible.

—Ahora vuelvo. —Me pongo de pie de un salto para romper el contacto—. No te muevas de aquí.

Pol se lleva una mano a la frente y finge hacer el saludo militar. Entro en la gasolinera e intento relajarme. Me digo que solo soy una chica que cuida de su amigo. No estoy haciendo nada malo. Regreso al cabo de unos minutos con un paquete de galletas con pepitas de chocolate y un par de refrescos. Le doy una lata de Fanta de naranja y una galleta.

—¿Y esto? —Le da un mordisco a la galleta.

—Mi madre me preparaba galletas cuando tenía un mal día. Era su forma de consolarme. Siempre funcionaba —le explico—. Lo he intentado un montón de veces, pero nunca he conseguido que me salgan igual que a ella. Y eso que tengo la receta…

—Yo podría intentarlo —se ofrece—. Si no te importa darme su receta.

—¿De verdad? —pregunto ilusionada.

—Pensé que a estas alturas ya habrías descubierto que haría casi cualquier cosa por ti.

Pongo los ojos en blanco y le doy un golpe sin fuerza en el hombro.

—No utilices frases de ligoteo conmigo.

—No era una… —Pol se calla cuando la grúa entra en el aparcamiento de la gasolinera. Se pone de pie y le echa una mirada lastimera a su Harley-Davidson—. No puedo creer que la haya tomado con mi moto.

—No parece nada grave —lo tranquilizo—. Estará como nueva después de pasar por chapa y pintura.

Pol se acerca a hablar con el conductor de la grúa, que le pide los datos del taller al que va a llevar la moto. Luego regresa con las manos metidas en los bolsillos y cara de circunstancias. Casi me hace gracia verlo tan abatido por tener que desprenderse de su moto durante unos días.

Seguro que la próxima vez se lo piensa dos veces antes de emprenderla a patadas con ella.

—Te acerco a tu casa —me ofrezco. Levanto el brazo antes de que hable—. No vas a pedir un taxi.

—Iba a preguntarte si eres una buena conductora. No me subo de copiloto con cualquiera.

—Mueve el culo —le ordeno indignada, y eso le hace sonreír—. Para tu información, soy una excelente conductora. Jamás me han puesto una multa.

—¿Puedo elegir la emisora de radio? —pregunta nada más sentarse.

—No. —Sintonizo mi emisora de pop favorita—. Mi coche, mi música.

Suena «One Kiss», de Dua Lipa. Pol resopla, pero a mí no me engaña. En el fondo, sé que le gusta oír cómo desafino.

—Siempre te he dejado elegir la emisora cuando ibas de copiloto.

—Porque eres un tío fácil —le suelto—. No tengo la culpa de que tengas esa absurda necesidad de complacerme.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Qué cabrona. —Estira el brazo y pone su mano encima de la mía, que está sobre la palanca de cambios—. Las mujeres con mala leche son mi debilidad.

—Qué idiota eres… —Muevo la cabeza mientras contengo una sonrisa—. ¿Qué te está pareciendo *Romper el círculo?*

—No esperaba ese giro en la trama. —Se pone serio y me mira cuando paro en un semáforo en rojo—. Eres mala. Podrías haberme advertido de que iba a leer un dramón.

—Te prometo que merece la pena.

Charlamos sobre los libros que nos hemos intercambiado sin hacernos *spoilers*. La verdad es que es agradable poder hablar con otra persona de uno de mis mayores pasatiempos.

—La madre de Camille es perturbadora. Todavía no sé qué pensar —le digo cuando aparco delante de su portal. Me refiero a uno de los personajes de *Heridas abiertas*, la novela que me prestó—. Al principio me costó engancharme, pero luego es completamente adictivo.

Me doy cuenta de que Pol me está mirando con una sonrisa tierna. Enarco las cejas.

—Quédate conmigo.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz.

—No me dejes solo esta noche —me pide con tono vulnerable—. Era un día de mierda hasta que has venido a rescatarme.

—Soy un príncipe encantador. —Le guiño un ojo.

—Hablo en serio. —Atrapa mi mano y me acaricia el dorso—. Quiero estar contigo.

—Pol…

—Podemos hacer lo que quieras. Ver una película, hablar de libros, jugar al ajedrez… Tú solo quédate, ¿vale?

—Me encantaría.

—Pero… —adivina.

—Debo estudiar. Mañana tengo un examen.

Pol está claramente decepcionado. Espero que diga algo para convencerme. No estoy segura de poder negarme si hace acopio de su labia. Sin embargo, suelta mi mano y se desabrocha el cinturón.

—Los estudios son lo primero —concuerda—. Espero que mañana bordes el examen. Ya te he distraído demasiado.

—Ey, nadie me ha obligado a venir —le recuerdo—. En realidad, me había quedado dormida mientras estudiaba. Tu llamada me despertó. Me has hecho un favor.

Pol se inclina para darme un beso en la mejilla. El contacto de sus labios cálidos sobre mi piel despierta un torbellino de emociones en mi estómago. Cuando se aparta, sigo atontada por el olor a gel de baño y Hugo Boss. Lo digo en serio, este chico huele de maravilla.

—Gracias por este momento, Freya. —Abre la puerta y añade antes de salir—: Envíame la receta de las galletas.

Me desinflo como un globo que ha perdido todo el aire cuando se marcha, pues soy consciente de que jamás había sentido nada remotamente parecido con Oriol. Porque cuando Pol me mira, me toca o me habla es como si solo existiéramos nosotros. Y entonces soy incapaz de no preguntarme qué pasaría si nos besáramos.

35

Freya

Mi decisión de estudiar cae en saco roto cuando llego a casa y veo a mi hermana en el salón. Mi padre está sentado en el sofá con los hombros encogidos y los ojos rojos. Astrid está a su lado y le coge la mano. Cuando nos miramos, sé lo que ha sucedido. Mi hermana me mira en busca de ayuda, por lo que voy hasta mi padre y lo abrazo.

—Todo saldrá bien —le prometo.

—Eso le he dicho —murmura mi hermana.

—Deberías habérmelo contado en cuanto lo supiste. —No es un reproche, sino el lamento de un padre que está asumiendo que su hija tiene cáncer—. Dadme un segundo. Ahora vuelvo.

Mi padre se levanta y sale del salón. Astrid y yo lo miramos preocupadas. Estoy a punto de seguirlo cuando mi hermana me pone una mano en el hombro.

—No quiere que lo veamos llorar.

Sé que tiene razón. Mi padre cree que debe ser fuerte, así que no va a derrumbarse delante de nosotras. Mi hermana, por el contrario, permanece impertérrita. La chica que perdió la compostura en el taller y me gritó cosas muy hirientes ha desaparecido. En su lugar hay una persona muy serena que parece tenerlo todo bajo control.

—¿Estás bien? —pregunto con tacto.

—El otro día fui una zorra contigo —dice evitando responder a mi pregunta.

—Nada que una hermana tan molona como yo no pueda perdonar. —Le resto importancia—. Podrías haberme dicho que ibas a contárselo.

—No ha sido premeditado. Estábamos viendo ese concurso que tanto le gusta y me he atrevido a ser sincera. Tenías razón. Debería habérselo dicho antes. No sé en qué estaba pensando.

—Entiendo por qué lo hiciste. —Recuerdo lo mal que lo pasó papá con la enfermedad de nuestra madre. Aún no ha superado su muerte—. ¿Pedimos pizza?

—La mía con piña.

—La pizza con piña es…

—Cierra el pico. —Me tapa la boca—. No puedes llevarle la contraria a una enferma.

—¡Astrid! —protesto en cuanto aparta la mano—. No me gusta que digas esas cosas.

Mi hermana se encoge de hombros.

—Ha sido un chiste fácil.

—Voy a preguntarle a papá de qué sabor quiere la pizza. —Me dirijo a su habitación y llamo a la puerta—. Papá, vamos a pedir pizza.

—La mía de peperoni —responde con voz débil.

—En esta familia tenéis un gusto pésimo para las pizzas —bromeo antes de abrir la puerta. Esperaba encontrarlo llorando, pero está sentado en la cama mirando una foto en la que aparece posando con mi madre en la orilla de la playa. Recuerdo cuando se la hice. Tenía once años y ella todavía no estaba enferma. Fuimos a pasar el día a la playa y mi hermana se puso furiosa porque le picó una medusa—. Aquel día lo pasamos genial. Puede que Astrid no opine lo mismo…

Mi padre acaricia el rostro de su esposa y sonríe con nostalgia.

—Tu hermana va a salir de esta.

—Claro que sí, papá. —Me siento a su lado y le cojo la mano—. No lo digo porque se supone que sea lo que hay que decir en esta situación. Lo creo de verdad. Ya sabes lo testaruda que es. Su sueño es hacer un safari por Tanzania. Lleva un montón de tiempo ahorrando y no va a permitir que nada ni nadie arruine sus planes.

—Creo que deberíamos regalarle el viaje cuando se recupere.

—Me parece una buena idea. —Apoyo la cabeza en su hombro—. Siento no habértelo contado.

—No pasa nada, tesoro. La decisión le correspondía a tu hermana. Me alegra saber que le has servido de apoyo. —Me muerdo la lengua. No estoy segura de que Astrid me vea de tal forma—. Eres una chica generosa y tienes un gran corazón. Tu madre estaría muy orgullosa.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Hoy es uno de esos días en los que me pregunto qué habría hecho o dicho mi madre. En el fondo, creo que nunca se supera del todo la pérdida de un ser querido. Aprendemos a sobrellevar su ausencia, pero hay momentos en los que su falta nos pesa demasiado.

—La echo muchísimo de menos —le confieso.

—Yo también. —Me da una palmadita afectuosa en la mano—. No creo que echar de menos a alguien que se ha ido sea algo malo. Eso significa que la persona que nos ha dejado fue muy amada. Lo que de verdad importa es el tiempo que compartimos con nuestros seres queridos. Hacer que cada segundo cuente. Y te prometo, tesoro, que tu madre tuvo una vida plena y feliz a nuestro lado. Llora siempre que lo necesites y permítete echarla de menos. No eres débil por mostrar tus sentimientos, Freya. A ella le habría gustado que te lo recordara.

—Te quiero, papá. —Le doy un abrazo y escondo la cabeza en su pecho—. Lo superaremos juntos.

Después de cenar me encierro en mi habitación con la excusa de estudiar para el examen. Sin embargo, escondo la cabeza en la almohada y rompo a llorar. He sido sincera con mi padre cuando le he dicho que estoy segura de que Astrid saldrá de esta, lo cual no significa que no esté completamente aterrorizada. Tengo miedo de que mi hermana sufra. Si pudiera, ocuparía su lugar para ahorrarle todo el malestar que está por venir.

Voy a ser incapaz de concentrarme, así que descarto seguir estudiando y me pongo a ver tiktoks de gatitos. Moon se tumba en mi regazo y le acaricio el lomo mientras lloro porque, de repente, los vídeos de gatitos me dan mucha pena. Estoy a punto de lanzar el móvil contra la pared cuando me llega un wasap de Pol. Me ha enviado un selfi en el que aparece posando con el delantal que se puso en casa de Iris. Le guiña un ojo a la cámara. Está absurdamente guapo.

Pol
La reina de los fogones ataca de nuevo.

Yo
¿Le has robado el delantal a tu hermana?

Pol
Me queda mejor que a ella. 😎

Sonrío sin poder evitarlo. Me dejo llevar por un impulso y lo llamo. Pol responde al primer tono.

—Ahora soy yo la que necesita oír tu voz.

—¿Estás llorando? —pregunta preocupado—. Dime qué puedo hacer para… —Se queda callado. Tal vez no haya sido una buena idea llamarlo teniendo en cuenta que hace unas horas era él quien estaba hecho polvo—. Cuéntamelo todo. Llora si te hace falta. Estoy aquí, siempre. Haré lo que necesites.

No me ahorro ningún detalle. En realidad, solo necesito desahogarme con alguien. Pol me escucha sin hacer preguntas hasta que termino. Luego admite que no sabe cómo consolarme ni qué debe decir para que me sienta mejor, lo que inesperadamente me saca una sonrisa. Le pido que charlemos sobre cualquier cosa y lo oigo trastear en la cocina.

—¿Qué estás cocinando? —le pregunto con curiosidad.

—Las galletas de mantequilla de cacahuete de tu madre. Huelen de maravilla.

—Me muero de ganas de probarlas. —Se me hace la boca agua—. Guárdame un táper.

—Eso está hecho.

Seguimos charlando durante casi una hora. Cuando nos despedimos, me siento algo mejor. La tristeza no se ha esfumado de golpe, pero Pol no ha parado de bromear y, al final, ha conseguido

que sonría un poco. Así que cojo el libro y continúo estudiando por donde lo dejé. Al cabo de dos horas llaman al timbre. No me levanto porque mi padre ha ido a abrir. Por eso me sorprende cuando entra en mi habitación con un paquete.

—Es para ti.

Enarco las cejas. Mi padre me dedica una mirada curiosa antes de marcharse. El corazón me da un vuelco. Ya sé de qué se trata antes de abrirlo. Dentro hay un táper de galletas (aún calientes) y una nota que dice:

> Ponte a estudiar, fea. Quiero que seas la primera de la clase. Espero que esto te ayude a concentrarte.
>
> POL

Cojo una galleta y le doy un mordisco. La mezcla de mantequilla de cacahuete y chocolate me traslada de golpe a mi infancia. Es como si las hubiera hecho mi madre. Lloro al recordarla. Cuando me recompongo, le envío un mensaje a Pol para darle las gracias. En este momento me alegro muchísimo de que el destino nos obligara a pasar aquel fin de semana juntos. Definitivamente, hay personas que llegan a tu vida sin previo aviso y encajan en ella como la última pieza extraviada de un puzle.

36
Pol

Hoy es el cumpleaños de Iris y me ha dejado organizarle una pequeña fiesta en su casa. Lo de pequeña va en serio, pues los únicos invitados somos Nico, Freya y yo. A mi hermana no le gusta celebrar su cumpleaños. Ahora que se ve obligada a estar encerrada en casa tiene peor humor que de costumbre, pero eso no me ha impedido hacer algo bueno por ella. Sé que le pirran las croquetas…, así que le he preparado una tarta enorme.

No le he contado que el otro día me encontré a nuestro padre en el restaurante. Lo último que quiero es calentarle la cabeza. Sé que no tiene contacto con él desde que abandonó el bufete. Respecto a nuestra madre, aunque no tienen la típica relación maternofilial, se ven de vez en cuando. No quise ser egoísta y darle a elegir, así que le pregunté si tenía pensado invitarla. Si me hubiera dicho que sí, le habría puesto alguna excusa para no venir. Por suerte, mi madre asiste esta noche a una de esas galas benéficas repleta de ricachones que fingen ser muy solidarios. Seguro que se sentirá en su salsa.

—Qué bien huele —comenta con aprobación.

Iris acaba de entrar en la cocina con ayuda de las muletas. Por una vez, no critica que el menú es alto en calorías o algo por el estilo.

—No me has dicho qué tal fue el concierto —dice como si nada.

No me engaña, pese a su tono despreocupado. Quiere saber si tengo intención de volver al grupo. Ojalá pudiera darle una respuesta, pero no lo tengo claro. Sigo cortando las verduras y le doy la espalda.

—Bien —respondo sin más.

—¿Qué tal lo pasó Freya?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Debe de estar al llegar.

—Me parece raro que de repente seáis tan amigos —señala con tonillo acusador—. ¿No me estaréis ocultando algo?

—Está embarazada de cuatro semanas. Yo soy el padre. Enhorabuena, vas a tener un sobrinito —digo con ironía. Mi hermana me mira mal—. Solo fuimos juntos a un concierto.

Es la pura verdad. El hecho de que cada vez que estoy cerca de ella me entren ganas de besarla no cambia las cosas entre nosotros. Además, ahora más que nunca necesito una amiga.

Considerando que Freya tiene novio y no me ve de esa forma, los dos salimos ganando con esta relación.

—¿Qué pasa? —pregunto con tono burlón—. ¿No te gusta compartir a tus amigas?

Iris resopla.

—No es eso.

Le lanzo un palito de zanahoria que le da en la frente.

—¡No me tires comida! —se queja—. Estoy convaleciente, idiota.

En ese momento llaman al timbre. Nico va disparado hasta el telefonillo y exclama que es Freya. Sonrío por el entusiasmo de mi hermano. La adora. Me pregunto si existirá alguien que Freya no sea capaz de meterse en el bolsillo. Cuando Leo y Axel la conocieron, se quedaron cautivados por su desparpajo.

—¿Nico también debe pedirte permiso para ser amigo de Freya? —la pincho.

Iris me fulmina con la mirada.

—No digas tonterías. —Se apoya en la encimera y me señala con una de las muletas—. Sabes a lo que me refiero.

—Tranquila. No va a pasar.

—¡Holaaa! —Freya asoma la cabeza por la cocina—. ¿Qué es lo que no va a pasar?

—Que el tonto este se quede mudo —responde mi hermana.

—Para eso necesitaríamos un milagro —bromea Freya.

—No llevas ni cinco minutos aquí y ya estás ridiculizándome. —Me hago la víctima—. Las mujeres hacéis conmigo lo que queréis.

—¿Son croquetas? —Freya se asoma a olisquear la comida—. ¡Una tarta de croquetas!

—Quita. —Le golpeo la mano—. Mi cocina, mis reglas. La comida todavía no se toca.

—En realidad, es mi cocina —me corrige Iris—. Uf, necesito sentarme.

Freya me dedica una sonrisa triunfal cuando Iris se marcha al salón.

—Adelante, todas tuyas. —Me inclino para susurrarle al oído—: Las mujeres con buen apetito son mi debilidad.

Freya se sobresalta cuando mi boca le roza el lóbulo de la oreja y masculla que ya no tiene hambre. Me río porque acabo de conseguir ponerla nerviosa. Una cosa es que me haya hecho a la idea de que no va a suceder nada entre nosotros y otra que no disfrute calentando un poco el ambiente. De lo contrario, no sería yo.

—¿Te puedo ayudar en algo? —se ofrece.

—En esta casa no nos gusta la comida carbonizada.

—Sé hacer algunas cosas —responde sacando pecho—. Pizzas precocinadas, nachos con guacamole…

—Los nachos no son una comida.

—Porque tú lo digas.

—Aléjate de mis croquetas —le advierto. Al ver su cara de pena, contengo una sonrisa—. Coge algo de beber y ponte cómoda. A la cena todavía le quedan veinte minutos. A ver si puedes convencer a Iris de que no trabaje el día de su cumpleaños.

—Uy, antes conseguiría que Putin firmara la paz con Ucrania.

—¡Os estoy oyendo! —grita mi hermana desde el salón—. ¡Hoy solo he enviado un par de e-mails!

—No tiene remedio —decimos a la vez.

Freya abre la puerta del frigorífico para coger una bebida. Se le ilumina la cara al ver las latas de Trina de manzana. Mi hermana siempre tiene agua con gas y refrescos *light*, así que esta mañana fui a hacerle la compra y le pregunté cuál era la bebida favorita de Freya. Solo quería tener un detalle con ella. No me ha costado nada. Finjo que no me doy cuenta de que me está mirando de reojo mientras remuevo la salsa de almendras.

—Gracias —musita al pasar por mi lado.

Mi corazón se hincha como un globo. No necesito más para sonreír como un idiota.

Después de la cena y de que Iris se haya quejado unas tropecientas veces porque, según ella, había demasiada comida, llega el turno de la tarta. Si hubiera sabido que lo único que necesitaba para ablandar el corazón de mi hermana era prepararle una tarta de croquetas, habría aprendido a cocinar mucho antes.

—«¡Cumpleeeaaañooos feeeliz!» —cantamos todos.

Iris cierra los ojos y sopla las velas.

—No puedes pedir un deseo relacionado con el trabajo. —Le leo la mente.

—¡Eso! —me secunda Freya.

—Por una vez no estaba pensando en el trabajo —responde Iris. Al ver nuestras caras de escepticismo, añade—: ¡En serio!

—¿De qué son? —me pregunta Freya.

—De jamón, pollo, boletus, gorgonzola y carabineros —le explico orgulloso—. No es por venirme arriba, pero que conste que no me merecéis.

—Baja esos humos, Gordon Ramsay —me vacila Freya, y mi hermana se parte de risa.

Dejan de reírse al probar la tarta. Sabía que les iba a encantar. Cocinar me relaja. Ahora que tengo mucho tiempo libre, paso las horas aprendiendo recetas nuevas.

—¡Los regalos! —suplica Nico cuando terminamos de comer—. ¿Ya podemos dárselos?

—Sí —le respondo, pues sé que lo está deseando.

Nico corre a por su regalo y regresa sonriendo de oreja a oreja. Ayer lo acompañé a

comprarlo. Nada le parecía suficiente y estuvimos tres horas dando vueltas por el centro comercial hasta que se quedó satisfecho.

—¡Oh! —Iris abraza la camiseta contra su pecho—. Gracias, Nico. ¡Es preciosa!

—Es ideal para ir al bufete —le digo.

Mi hermana me mira como si quisiera matarme. No la veo poniéndose una camiseta serigrafiada en la que salimos los tres posando con gafas de sol. Es una foto que Nico nos obligó a hacernos un día que nos convenció de ir a la playa.

—La llevaré con mucho orgullo —declara, y estoy seguro de que no va a salir con ella ni a comprar el pan. Lo suyo son los trajes de dos piezas y las blusas de Armani.

—Espero que te guste —dice Freya mientras le entrega un paquete con forma rectangular.

Observo con interés su regalo. Considero que mi hermana es una persona muy difícil de regalar, pues tiene de todo y es muy exigente. En cambio, su expresión se ilumina al rasgar el envoltorio. Es un comic de *Mafalda*.

—¡Me encanta! —Abraza el ejemplar contra su pecho—. Es el que me faltaba para completar la colección. ¿Dónde lo has encontrado? Pensé que estaba descatalogado.

—En una librería de segunda mano.

Acabo de descubrir que mi hermana es fan de *Mafalda*. No tenía ni idea. Los regalos de Nico y Freya le han tocado la fibra sensible. Genial, ahora me siento un poco imbécil.

—No te he comprado nada —miento.

—¡Lo tiene escondido debajo del abrigo! —me delata Nico.

«Mierda».

Mi hermano va corriendo a por el regalo. Empiezo a buscar alguna excusa del tipo «no sabía qué regalarte» o algo por el estilo, pero no me da tiempo a pronunciarla en voz alta porque Iris abre el paquete. Al ver el libro de mandalas, frunce el ceño.

—Pensé que te vendría bien para relajarte —me excuso.

—Dibujar me estresa. —Al ver la cara que pongo, fuerza una sonrisa—. Le daré una oportunidad.

—Puedo cambiarlo por otra cosa…

—Me lo quedo —decide zanjar el tema—. ¿Jugamos al *Monopoly?*

—Por mí sí —accede Freya.

—No sabes lo que dices —le advierto—. Se pondrá a comprar hoteles y nos llevará a la bancarrota.

—¡No seas exagerado! —se indigna Iris, a la que ya le brilla el signo del dólar en las pupilas —. Solo es un juego.

Una hora después, se las ha apañado para crear un imperio hotelero. Cada vez que alguno de nosotros tiene la mala suerte de caer en una de sus calles, nos deja en quiebra y no muestra ni un

ápice de piedad. Mi hermana cuenta los billetes con orgullo. En serio, esta mujer podría dominar el mundo si se lo propusiera. Incluso discutimos acaloradamente porque me niego a pedir un préstamo para pagarle, por lo que me envía a la cárcel.

—Iris…, relájate un poco —le pide Freya riendo.

—La gente demasiado competitiva acaba muriendo antes —le digo después de aflojar la pasta.

—Moriré siendo rica —responde satisfecha—. ¿Otra partida?

—Eh… —Freya, a la que ha desplumado la primera, sacude la cabeza—. Otro día. Mañana tengo un examen. Debería irme ya.

—Pol te acerca a tu casa.

—Eso debería decirlo yo —me quejo—. Freya, te llevo.

Iris pone los ojos en blanco. Freya murmura que somos de lo que no hay. Es cierto que hemos estado discutiendo casi toda la partida, pero no tengo la culpa de que quisiera apuñalarme cuando le he regateado el precio de una calle. Se toma los juegos de mesa demasiado en serio.

—Pensarás que estamos locos —le digo cuando subimos al coche.

—Ha sido divertido ver cómo os peleabais por Paseo de Gracia. Por un momento temí que llegarais a las manos.

—¡Qué dices! —exclamo horrorizado—. No tendría nada que hacer contra ella. Todo el mundo sabe que las rubias son malas. Y encima es abogada. Sería un suicidio.

Freya se ríe. Charlamos de cosas banales hasta que aparco delante de su casa. No quiero despedirme todavía de ella, pero sé que es una buena estudiante y mañana debe estar descansada para su examen.

—Me temo que no le ha gustado mi regalo —digo desanimado.

—¿Por qué le has regalado un libro de mandalas? —pregunta extrañada—. Iris odia todo lo que esté relacionado con las manualidades.

—Pensé que era una buena idea. —Me encojo de hombros—. Me temo que no conozco a mi hermana. Ni siquiera sabía que era fan de *Mafalda*.

Espero que Freya haga algún comentario bienintencionado, pero no es la clase de persona que me diría lo que quiero escuchar.

—Creo que os habéis fijado tanto en vuestras diferencias que no os habéis parado a pensar en las cosas que os unen.

—¿Como cuáles? —pregunto con ironía.

—Lo mucho que os queréis.

—Pues claro que la quiero, es mi hermana.

—A lo mejor ella necesita escucharlo —sugiere diplomática—. Si te importa mi opinión.

—Tu opinión siempre es importante para mí.

Freya se sonroja un poco. No lo he dicho para ponerla nerviosa. Es lo que siento de verdad.

Nos quedamos mirando y percibo un cambio en el ambiente. Algo sutil y diferente que antes no estaba ahí. Sea lo que sea, se evapora en cuanto se desabrocha el cinturón, como si hubiera decidido que ya ha pasado demasiado tiempo conmigo. Eso me molesta porque podría estar para siempre a su lado y jamás me cansaría de ella.

—Suerte con tu examen —le deseo—. Seguro que lo bordas.

Freya se inclina para darme un beso en la mejilla que me pilla desprevenido. Me arde la cara. Me gustaría poner las manos en sus hombros para retenerla. Me apetece decirle que se quede un rato más conmigo, pero al final me conformo con ese leve roce que ha despertado un montón de sensaciones en mi piel.

—Buenas noches, Pol.

—Freya… —hablo antes de que salga del coche. Me mira expectante. Tengo un nudo de palabras en la garganta que pugnan por salir a la vez—. Nada, descansa.

Me hundo en el asiento cuando se marcha. De repente, el coche me parece muy vacío. La vigilo hasta que entra en el portal. Siempre lo hago, pues necesito asegurarme de que ha llegado sana y salva.

¿Qué diantres le iba a decir? ¿Por qué me he acobardado en el último momento? ¿Desde cuándo soy tan pusilánime?

No tengo respuestas para mis preguntas, así que decido hacer algo más productivo. Sigo su consejo y le envío un wasap a mi hermana.

Yo
Te quiero. ♡

Espero que Iris me pregunte a qué viene ese mensaje o se mofe del corazoncito, pero se limita a responder de inmediato.

Iris
Yo también te quiero. ♡

Yo
Siento lo del regalo.

Iris
No digas tonterías.

Yo
Sé que no te ha gustado. Alguien me ha chivado que las manualidades no son lo tuyo. Para el próximo cumple me esforzaré más.

Iris

Siempre hay una primera vez para todo. Además, tu tarta de croquetas ha sido el mejor regalo de la historia. Deberías patentarla.

Me siento inesperadamente mejor después de este breve intercambio de wasaps. No sé cómo no me di cuenta antes. Siempre es un buen momento para decirle a alguien que lo quieres. Lo que pasa es que solemos posponerlo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo… hasta que ya es demasiado tarde.

37
Freya

Mañana operan a mi hermana y estoy muy nerviosa. He pasado casi todo el día con Oriol, que no ha querido separarse de mi lado. Sé que lo ha hecho con su mejor intención, pero, cuando hace un rato me ha preguntado si me apetecía que se quedara a dormir, le he pedido que me dejara sola. No podía soportar durante más tiempo que me preguntase cada dos por tres qué tal estaba. Porque, sinceramente, no estoy bien y no tengo fuerzas para fingir lo contrario con tal de no preocuparlo.

Hoy Astrid se ha quedado a pasar la noche en casa. Para nuestra sorpresa, esta tarde apareció con un par de maletas y se instaló en su antigua habitación. Pensé que tendríamos que obligarla a que se mudara durante el tratamiento. Menos mal que al final ha entrado en razón. Por fin se ha dado cuenta de que no puede hacer esto sola.

A la una menos cuarto de la madrugada me rindo y salgo de la cama. No voy a poder pegar ojo. Es un hecho. Así que voy a la cocina para preparar un Cacaolat caliente y luego me siento en el sofá con la intención de ver alguna serie. Sin embargo, apenas puedo centrar la vista en la pantalla. Solo tengo ganas de llorar y hacerme un ovillo. Antes de que pueda darme cuenta de lo que estoy haciendo, le envío un wasap a Pol. Me arrepiento porque es muy tarde, pero luego me relajo al ver que está en línea. Solo le he escrito «Hola».

Pol
¿Va todo bien?

Yo
No puedo dormir. ¿Te he despertado?

Pol
Qué va. Estaba terminando *Romper el círculo*. Gracias por recomendarme un libro que me ha destruido, por cierto.

Yo
Tiene segunda parte.

Pol

No sé si quiero leerla…

Yo
Te prometo que merece la pena.

Pol
Ya no me fío de ti.

Me río al leer su mensaje. Tiene razón, es un libro muy triste. A pesar de todo, considero que es una lectura preciosa y que te deja el corazón calentito al terminarla. Justo lo que me ha sucedido cuando me ha respondido. No sé cómo lo ha hecho, pero ahora me siento un poco mejor.

Pol
Te puedo contar un chiste, pero no se lo recomendaría ni a mi peor enemigo. Tengo un catálogo de chistes malísimos, a cuál peor.

Yo
Prueba con uno.

Pol
Tú lo has querido.
«¿Qué haces hablando con una zapatilla?».
«Aquí pone CONVERSE».

Yo
¡Es horrible!

Pol
Tengo más. ☺
¿Qué le dice una taza a otra?

Yo
¿?

Pol
¿Qué *tazaciendo?*

Yo
Te retiro la palabra.

Pol
De acuerdo, tengo otra alternativa.
¿Cuál es tu película favorita de Disney?

Yo
¿Tiene que ser de Disney?

Pol
Para esto sí.

Yo
Enredados.

Pol
Ponla y dale al *play* cuando te avise.

Yo
¿Para qué?

Pol
Para comentarla juntos, obviamente. Por eso tenía que ser una peli de Disney. ¿No sabes que levantan el ánimo?

Estoy a punto de decirle que se ha vuelto loco. Nunca he comentado una película por WhatsApp. No obstante, no tengo nada mejor que hacer y en el fondo me parece un buen plan. Nos ponemos de acuerdo para reproducirla al mismo tiempo. Me parto de risa con sus comentarios. No tienen desperdicio. Se fija en detalles que para cualquier otro tío pasarían desapercibidos. Me acaba de preguntar cómo es posible que a Rapunzel no se le abran las puntas si tiene el pelo tan largo.

Yo
¡Porque es mágico!
Ahora no me digas que las mujeres con el pelo largo son tu debilidad…

Pol
Tranquila, me gusta tu corte de pelo. Te suaviza las facciones. ☺

Me entra la risa floja. Qué idiota es.

Yo

Ahora viene la escena de la barca y los farolillos. Es mi favorita.

Pol
Ni idea.

Yo
¿No habías visto *Enredados?*

Pol
Soy más de los clásicos. Ya sabes: *El rey león*, *Aladdín*… Confieso que me esperaba algo peor. Flynn Rider mola. Y el momento sartenazo ha sido épico.

Me abstengo de escribir que creo que tienen muchas cosas en común. Ambos son atractivos, considerados y tienen un punto de chulillos bajo el que esconden un gran corazón. Si se lo digo, se vendrá arriba. Es mi obligación mantenerlo humilde.

Seguimos viendo la película. El hecho de comentarla juntos hace que me parta de risa cada dos por tres. Al final termino más relajada y se me escapa un bostezo. Me acurruco de lado mientras escucho la canción de los créditos finales.

Pol
La próxima vez tenemos que comentar *Buscando a Nemo*.
Soy fan de Dory.

Yo
Gracias por esto.

Pol
Son cincuenta pavos.

Yo
Imbécil.

Pol
Acepto Bizum.

Sacudo la cabeza. ¿Cómo pueden hacerme tanta gracia sus tonterías? Es justo lo que necesitaba para evadirme. No sé cuándo ha sucedido, pero me he acostumbrado a tenerlo en mi vida. Por eso le he escrito. Sabía que conseguiría levantarme el ánimo.

Pol

Llámame cuando lo necesites, ¿vale?

Yo
¿Incluso un martes a las cuatro de la mañana?

Pol
Cualquier momento es bueno para oír tu voz.

Me muerdo el labio y me acaloro sin remedio. Sé que podría gastarle una broma por semejante comentario, pero la verdad es que ha sido muy bonito. Ahora me siento muchísimo mejor.

Pol
Psithirisma.

Yo
¿Qué significa?

Pol
Es una palabra griega. «El sonido del viento susurrando a través de las hojas». Ya tienes otro término para *El libro de las palabras mágicas.*

Yo
Me gusta.

Pol
Pensé en ti cuando la leí.

Mi corazón se acelera sin remedio.

Yo
Buenas noches, Pol.

Pol
Todo saldrá bien. Buenas noches, Freya.

38

Freya

Odio las salas de espera de los hospitales. Me siento impotente, ya que no puedo hacer otra cosa aparte de esperar. Mi padre, que hasta hace pocos días no sabía que mi hermana tenía cáncer, aguanta el tipo mejor que yo. Cada cierto tiempo me recuerda que Astrid es muy fuerte y me asegura que todo saldrá bien. Lo dice con tal vehemencia que lo creo sin dudar. Probablemente, ser padre te prepara para saber qué hacer en situaciones muy duras en las que tus hijos te necesitan. Porque, cuando tienes un hijo, no te queda más remedio que estar a la altura.

Al cabo de una hora me aconseja que salga a que me dé el aire. Ante mi reticencia, me da una palmadita en la espalda y me pide que le traiga un café. Eso me hace sentir útil, por lo que obedezco sin rechistar. Unas horas después, me he mordido todas las uñas de la mano izquierda y he perdido la cuenta del número de cafés que llevo en el cuerpo. Un médico con semblante adusto aparece en la sala de espera y nos informa de que la operación ha salido bien.

Mi padre es el primero en ver a Astrid. Está un buen rato en la habitación y, cuando por fin sale, tiene los ojos vidriosos. Me sonríe para tranquilizarme y me da un abrazo que me provoca muchísimas ganas de llorar. Las controlo porque debo ser fuerte por mi hermana.

—Ahora nos necesita más que nunca —me explica mi padre.

Asiento y fuerzo una sonrisa antes de entrar. Llevo un ramo de girasoles, las flores favoritas de Astrid. Está tumbada en la cama y me parece más pequeña que nunca. Al ver el ramo, le cambia el gesto.

—Todavía no me he muerto para que me regales flores —se queja con voz ronca.

—Astrid… —la censuro. Dejo las flores en la mesita de noche y le doy la mano—. ¿Qué tal estás?

Sé que es una pregunta estúpida, dadas las circunstancias. Asumo que mi hermana se hará la fuerte y responderá que no ha sido para tanto, pero, contra todo pronóstico, su rostro se contrae en una mueca de dolor y rompe a llorar. Su reacción me deja hecha un flan. Le aprieto la mano y le acaricio el pelo sin saber qué otra cosa hacer.

—Me duele —admite con el rostro empapado en lágrimas—. No pensé que la cicatriz sería tan grande. Es horrible. Soy un monstruo. ¿Quién me va a querer ahora?

—Oh, Astrid… —Soy incapaz de seguir conteniendo las lágrimas. Jamás la había visto tan

destrozada. Ojalá pudiera hacer algo para tragarme todo su dolor—. Con cicatriz o sin ella, sigues siendo preciosa. Cualquiera podría verlo.

—Solo lo dices porque eres mi hermana —balbucea negando con la cabeza—. Se supone que no debería ser tan superficial. Tengo que alegrarme de estar viva. La cicatriz es lo de menos, ¿no?

—Tienes derecho a quejarte por lo que te dé la gana —le aseguro, pues es lo que pienso.

—Creo que no voy a volver a ponerme un biquini sin sentir vergüenza…

—No digas eso. —Le aparto el pelo de la cara con cariño—. Si yo estuviera en tu lugar, ¿qué me dirías?

—Que eres una idiota por preocuparte demasiado por tu aspecto.

—Ya —admito porque sé que tiene razón—. No creo que seas una idiota. Es normal que te sientas así. Por suerte para ti, tienes una hermana pequeña que pasará el resto de su vida convenciéndote de que un cuerpo bonito es aquel que tiene un corazón muy grande en su interior. Con arrugas, cicatrices o estrías, todos los cuerpos son bellos porque cuentan una historia.

—¿Me convencerás de que me siga poniendo biquini aunque me dé vergüenza ir a la playa? —pregunta con voz llorosa.

—Pues claro que sí.

—¿Incluso si me pongo de mal humor y lo pago contigo al no verme guapa cuando me mire al espejo?

—No me intimida tu mal carácter.

—Menos mal —responde aliviada—. Ahora más que nunca te necesito a mi lado.

Me las apaño para darle un abrazo con cuidado de no hacerle daño. Llevaba mucho tiempo esperando oír algo así. Por eso me invade un sentimiento muy contradictorio al comprender la falta que le hago en este momento. No sé si voy a estar a la altura de las circunstancias. Cuando nuestra madre murió, Astrid se convirtió en la hermana fuerte, decidida y protectora. Nuestros roles nunca se han visto cuestionados. Sin embargo, ahora necesita apoyarse en mí. La operación solo ha sido la primera parte de la batalla y sé que lo que está por llegar va a ser muy duro. Quiero ser su máximo apoyo, pero también necesito que alguien me sostenga porque siento que me estoy desmoronando. Esta maldita enfermedad me arrebató a mi madre. No puede volver a suceder. No estoy preparada para perder a mi hermana. El miedo me golpea el pecho. De repente, siento la imperiosa necesidad de huir del hospital y abrazarme a alguien que me prometa que todo saldrá bien.

39
Freya

He intentado convencer a mi padre de que me dejara quedarme en el hospital, pero no he podido. Mi hermana me ha asegurado que todo estaba bien, pues solo se permite un acompañante por habitación. Así que no he tenido más remedio que ceder. Me habría gustado pasar la noche con ella, aunque entiendo que no puedo suplantar a mi padre, que tiene todo el derecho a cuidar de su hija.

Pienso en llamar a Nina o Joel, ya que no me apetece encerrarme en casa. Luego recuerdo que están en el cumpleaños de un compañero de clase. Sé que pasarán de la fiesta si les digo que los necesito, por lo que al final decido no llamarlos. Oriol tiene mañana el examen de recuperación de Inglés y debe de estar estudiando. Me ha enviado un mensaje en el que me pregunta cómo ha salido la operación de Astrid. Le respondo que ha ido todo bien y le deseo suerte para su examen. Luego marco el número de la única persona a la que en realidad me apetece ver en este momento, y me digo que solo recurro a él porque no me queda otra alternativa. Sí, no hay nada peor que mentirse a una misma…

—¡Hola! —exclama Pol. Parece que lo he pillado haciendo ejercicio—. ¿Tu hermana está bien? Te envié un mensaje. No sé si lo has visto.

—Se encuentra… —Se me quiebra la voz—. La operación ha sido un éxito. Es solo que…

—Freya —dice alarmado—, ¿dónde estás?

—En la puerta del hospital.

—Te recojo en quince minutos.

—Gracias —respondo aliviada—. De verdad.

—No me las des. Te dije que cualquier momento es bueno para oír tu voz.

Cuando cuelgo, me siento inesperadamente mejor. No sé qué es lo que tiene para calmarme de esta forma. Pero cada vez que estoy con él siento una repentina descarga de esperanza, que es justo lo que necesito en este momento.

Pol apenas tarda quince minutos en recogerme. Se disculpa por estar sudado, pues lo había pillado corriendo. Vamos a su casa porque necesita darse una ducha. Me pregunta si luego me

apetece salir a dar una vuelta, pero le digo que tan solo quiero estar acompañada. Mientras se encuentra en el baño, recibo un wasap de Oriol, que me pregunta si quiero pasar la noche con él. Me muerdo el labio y me siento culpable de inmediato.

Yo
Estoy en casa de Pol. Como mañana tienes un examen, no quería molestarte.

Oriol
Tú nunca me molestas. Podemos salir a cenar juntos a ese japonés que tanto te gusta.

Yo
Otro día, ¿vale? Ahora no puedo dejar tirado a Pol.

Oriol
Joder, Freya. Últimamente pasas más tiempo con él que conmigo.

Su mensaje me pone de mal humor. Lo último que necesito en este momento es pelearme con mi novio. Ya le he explicado por qué no lo he llamado. Pensé que le estaba haciendo un favor al dejarlo estudiar. Luego recuerdo que en verdad ha sido una excusa, puesto que en realidad me apetecía estar con Pol, y me vengo abajo sin remedio. No sé qué estoy haciendo. ¿De verdad estoy obrando mal por recurrir a Pol en lugar de a mi novio? O quizá el quid de la cuestión es que empiezo a preferir la compañía de Pol a la de Oriol. Joder, qué complicado es todo.

Oriol me llama por teléfono justo cuando Pol sale del baño. Ignoro su llamada. No me apetece discutir con él. Me quedo mirándolo. Tiene el pelo mojado y algunas gotas de agua resbalan por su mandíbula. Está tremendamente sexy.

—Te está sonando el móvil.

—No quiero cogerlo. —Lo pongo en silencio. Me mira raro, por lo que añado—: Necesito ver una peli de Disney.

—Elige la que quieras. ¿Hago palomitas?

—Con mantequilla, porfa.

Mientras Pol hace las palomitas, pongo *Pinocho*, pero luego me arrepiento porque lo paso fatal con la escena de la ballena. Al final me decanto por *La sirenita*, un clásico que me encanta. Pol regresa con un bol enorme de palomitas, una cerveza sin alcohol y una lata de Trina de manzana. Al ver el refresco se me llenan los ojos de lágrimas. Me mira alarmado.

—¿Qué te pasa?

—Nada —musito sorbiéndome las lágrimas. Simplemente me parece un gesto muy bonito que

haya comprado mi refresco preferido. ¿Es ridículo que me emocione por eso?—. Estoy un poco sensible, no me eches cuentas.

Pol me pilla desprevenida cuando me da un abrazo. Al principio me tenso porque no me lo esperaba, pero, en cuanto siento la calidez de su cuerpo y la fuerza con la que me estrecha, se lo devuelvo con muchas ganas. Apoyo la mejilla en su pecho, cierro los ojos y escucho los latidos acelerados de su corazón. Está calentito y huele a gel de baño. Me quedaría a vivir para siempre en este abrazo. Por eso mismo me aparto.

—¿Vemos la peli? —pregunto con una tímida sonrisa.

—Claro.

Se sienta a mi lado. A pesar de que la calefacción está puesta, me ofrece una manta por si me apetece taparme. Me pide que me ponga cómoda, por lo que me quito los zapatos. Dice que me huelen los pies y lo amenazo con quitarme un calcetín y metérselo en la boca. Me responde que soy lo peor. Me parto de risa. Qué falta me hacía reírme. Y entonces lo sé: algunas personas son la mejor medicina para el alma.

Nos entra hambre después de ver la peli. Pol decide preparar pizzas caseras y me ofrezco a ayudarlo. Pone cara de horror y dice que ni se me ocurra entrar en su cocina. Me cruzo de brazos para hacerme la indignada, aunque la verdad es que no tengo la menor intención de pringarme las manos de harina. Al cabo de media hora, voy a ver qué tal le va y aprovecho para coger otra lata de Trina.

—¿De qué la vas a hacer? —le pregunto.

—Cuatro quesos.

—Es mi favorita.

—Lo sé. Lo dijiste aquel día en el concierto.

Me gusta que se acuerde de esos pequeños detalles que para otra persona resultarían insignificantes.

—¿Has vuelto a hablar con tus amigos?

—Con Axel y Leo sí. Las cosas *casi* vuelven a ser como antes.

—¿Casi?

—Está el capullo de David…

—No te cae muy bien. El otro día tuviste una salida de tono muy fea.

Pol se ríe con desgana.

—Hazme caso, ese tío no es trigo limpio.

—¿No estarás un poco celoso? —pregunto con tacto. Pol se tensa—. Es normal que te sientas intimidado por él. Está ocupando tu puesto.

—Ese idiota necesitaría nacer cien veces para tener la mitad de mi talento.

Pongo los ojos en blanco. Ya empezamos.

—Sabes que no se trata de eso. Apenas conozco a tus amigos, pero no me cabe duda de que no tienen la menor intención de reemplazarte. Fuiste injusto con él. En el fondo, lo sabes.

—Lo único que sé es que, cuando Axel nos presentó, ese idiota me apretó la mano como si quisiera arrancármela. No es de fiar. A mí no me engaña. ¿De verdad me ves como el típico tío celoso e inseguro que necesita tratar mal al batería que lo está sustituyendo? —pregunta indignado—. Porque, de ser así, me tocaría bastante los huevos.

—No me habías contado lo del apretón de manos.

—Le faltó levantar la pierna y mearme encima para marcar territorio. Ahora lo sabes. —Respira hondo. Comprendo que el tema le escuece bastante—. No soy esa persona, Freya. Pensé que empezabas a conocerme.

El dolor que desprenden sus ojos me obliga a acercarme a él. Está en lo cierto. Cada día que pasa lo conozco mejor. Si dice que David no es de fiar, no tengo por qué dudar de él. Pol no tiene maldad. Es una persona íntegra, que va de frente y se preocupa por los demás.

—Tienes razón —lo tranquilizo—. Eres mi amigo. Me fío de ti.

Pol se relaja de golpe. Me doy cuenta de lo mucho que mi opinión significa para él. Lo entiendo porque yo también valoro la suya. Me partiría el corazón si me pelease con alguien y Pol se pusiera de parte de la otra persona sin conocer mi versión.

—De todos modos, se puede quedar con el puesto de batería —añade con sequedad—. No tengo intención de pelear con él.

Me abstengo de decir que, después de todo, ambos sabemos que se muere de ganas de volver a subirse a un escenario. Necesita tiempo para ordenar sus prioridades y sentimientos.

—¿Y Gabi? —me intereso—. ¿No has hablado con ella?

—Sigue enfadada conmigo —responde con un deje de amargura—. Tiene motivos para estarlo. Debería ser yo el que diera el primer paso. Los aparté de mi vida. Lo justo sería que tomara la iniciativa. Pero con ella es más complicado.

—¿Por qué? —Me apoyo en la encimera y lo miro con interés. No debería insistir, pero me puede la curiosidad—. Sé que tuvisteis algo.

Su expresión se ensombrece. Sigue amasando la pizza, pero sus hombros emanan tensión. Es evidente que la pregunta le ha molestado.

—¿Lo has leído en las revistas? —replica con tono mordaz.

—Sabes que no. Te lo noté en la cara la primera vez que me hablaste de ella. —Pol no dice nada. Sé que no quiere abordar el tema, pero algo me impulsa a continuar—: ¿Sigues sintiendo algo por ella?

Pol deja de amasar y me lanza una mirada seria. Está enfadado.

—Por supuesto que siento algo por Gabi —me aclara irritado—. Siempre la voy a querer.

—Lo siento. —Me vengo abajo—. No pretendía…

—Es mi amiga. Nunca pude amarla como se merecía —me explica para mi sorpresa—. Y ahora cree que me importa una mierda porque desaparecí sin dar señales de vida.

—Tal vez deberías llamarla para explicarle lo que sientes —sugiero con tono conciliador.

—O podríamos cambiar de tema —responde con brusquedad.

Asiento para dar la conversación por zanjada. Sé que me he columpiado. No debería haberlo presionado. Estoy a punto de salir de la cocina cuando me agarra del brazo.

—No estoy enfadado —dice con suavidad—. Pero no me siento preparado para hablar de ciertas cosas que todavía me duelen.

—Lo entiendo. —Pongo mi mano encima de la suya—. No debería haber insistido.

—¿Por qué me has preguntado si sigo sintiendo algo por Gabi? —pregunta con los ojos entornados.

Me aparto de él, pues de repente siento que el ambiente se ha caldeado. El corazón me va a mil por hora y me cuesta sostenerle la mirada sin ponerme nerviosa. No me reconozco.

—Curiosidad —contesto. No es del todo mentira.

Pol me mira como si no me creyera, pero lo deja estar y vuelve a centrarse en la masa de la pizza. Antes de que salga de la cocina, dice:

—Me alegro de que me hayas llamado.

—Me alegro de que fueras a buscarme —respondo con sinceridad.

—Siempre.

Salgo de la cocina con las mejillas ardiendo. «Siempre». Una palabra que suena diferente si él la pronuncia. Una palabra que tambalea mi mundo y todas las convicciones a las que me aferro.

40

Freya

—Comer esta pizza ha sido como tener un orgasmo —digo después de hincarle el diente al último trozo.

Pol, que acaba de darle un trago a su cerveza sin alcohol, se atraganta y comienza a toser. Me entra la risa y le doy una palmadita en la espalda. Incluso se ha puesto colorado.

—Prefiero no saber lo que acabas de pensar —bromeo.

—Las mujeres que me provocan son mi debilidad. —Se recompone y me guiña un ojo.

Debería haber imaginado que iba a devolvérmela. Es un experto en lanzar comentarios con doble sentido. Jamás podré ganarle.

—Debería irme —comento sin convicción. Se ha hecho muy tarde y mañana tengo clase—. Pero no me apetece.

—Pues quédate.

—Ya, pero…

—No tienes por qué irte. —Pol recoge los platos y me hace un gesto con la cabeza para que me quede sentada—. Me gusta tenerte en casa. Pensé que ya lo sabías. Hay una habitación de invitados que nunca utilizo.

—Me quedaré un ratito más —digo, a pesar de que ambos sabemos que al final pasaré la noche aquí.

Pol lleva los platos sucios a la cocina. Hemos cenado en el sofá mientras veíamos un capítulo de *Alice in Borderland*. De repente, me entran ganas de jugar una partida de ajedrez y me levanto para coger el tablero que hay en el mueble. Busco las piezas en el primer cajón. Saco una caja de madera y la abro pensando que contiene las piezas. Sin embargo, hay un montón de fichas serigrafiadas. Leo una de ellas: «Tres meses sobrio». Me muerdo el labio y las dejo justo donde las he encontrado. No me da tiempo a cerrar el cajón cuando Pol regresa.

—Lo siento —me disculpo avergonzada—. No estaba husmeando. Buscaba la caja de las piezas de ajedrez.

Pol no dice nada. Se limita a abrir el segundo cajón y coge otra caja de madera. La deja junto al tablero y me mira. No sé si está enfadado.

—No pasa nada —dice al fin—. Esas fichas significan que lo estoy haciendo bien. Ir a terapia

fue la mejor decisión que he tomado en la vida. Pablo me animó a ir. Ojalá le hubiera hecho caso antes de sufrir la sobredosis.

—¿Quién es Pablo? —pregunto, y entonces recuerdo la pesadilla que tuvo el fin de semana que pasamos juntos, en la que gritó el mismo nombre.

—Era… —Se queda callado y su mirada se pierde en la librería. Está ausente. Le pongo una mano en el hombro para que reaccione—. Era alguien que conocí la primera vez que estuve en la clínica de desintoxicación. —Su voz se rompe y sus ojos se llenan de lágrimas. Estoy a punto de decirle que no hace falta que me lo explique, pero de pronto comprendo que necesita hablar del tema—. No fui demasiado amable con él. Aun así, Pablo estaba empeñado en apoyarme. Era un tío optimista y con muchas ganas de curarse. Por eso no logro entender que se suicidara. Supongo que nunca sabemos lo que esconde la sonrisa de una persona. Fui yo quien lo descubrió. Todavía no puedo quitarme la imagen de la cabeza…

—Joder, Pol. —Le doy un abrazo—. No imagino lo duro que debió de ser…

Pol apoya la barbilla en mi cabeza y me estrecha entre sus brazos. Está inusualmente calmado. Me acaricia el pelo y comprendo que es su forma de mantenerse en pie. Por eso me las apaño para apartarme y darle la mano para que se siente conmigo en el sofá.

—No fue culpa tuya —le digo con suavidad.

—Lo sé. —Me regala la sonrisa más triste del mundo. No sé si lo dice para que me quede tranquila o porque lo piensa de verdad—. A veces tengo pesadillas con él.

Le pongo una mano en la mejilla. Pol cierra los ojos y suspira. Inclina la cabeza para que no deje de tocarlo. Observo a este chico roto que ha vivido un infierno. No quiero dejarlo solo. Y no porque sienta que me necesita, sino porque yo también me apoyo en él.

—Dos días después de que Pablo se suicidara, decidí abandonar el programa de desintoxicación. Ojalá no lo hubiera hecho —me confiesa abatido—. De lo contrario, tal vez no habría sufrido aquella sobredosis. Pero se me hacía imposible seguir allí después de que él hubiera tomado aquella decisión. Hablé con su pareja cuando fue a recoger sus cosas. Estaba completamente roto. Me dijo que las personas como Pablo y como yo éramos unos egoístas porque no pensábamos en el daño que les hacíamos a nuestros seres queridos. No lo culpo por desquitarse conmigo. El problema es que lo creí y pensé que, si no había esperanza para alguien como Pablo, tampoco la había para mí.

—Oh, Pol —musito apenada. Le acaricio la mejilla con cariño—. ¿Ahora crees que hay esperanza?

—Sí —dice para mi sorpresa. Me mira con intensidad—. Sobre todo cuando estoy contigo.

—¿Por…?

—Sacas lo mejor de mí. —Me pilla desprevenida al sostener mi rostro. Se me corta la respiración porque creo que va a besarme. Pero entonces vuelve a sorprenderme al darme un

beso en la frente. Presiona la boca con fuerza durante unos segundos. Luego se aparta lo justo para abrazarme—. Estoy acostumbrado a huir cuando las cosas se ponen feas, pero es la primera vez que no quiero ir a ningún lado. Quédate conmigo, Freya. Haré que merezca la pena.

—No tienes que pedirme que me quede.

—Creo que sí. —Se aparta para mirarme con una sinceridad que me desarma—. A veces pienso que algún día entrarás en razón y te irás de mi lado. Debería dejar que lo hicieras. Soy un puto desastre y no te convengo. Aunque soy demasiado egoísta cuando se trata de ti.

Me aparta el pelo de la cara con ternura. Tengo muchísimas ganas de llorar. No entiendo por qué se ve de una forma tan horrible. Es como si creyera que no merece el amor de las personas que lo rodean.

—Hay algo que debo decirte. —Respira hondo. Va a abrir la boca cuando le suena el móvil. Pone un gesto de sorpresa al mirar la pantalla y luego me la enseña. Es Iris. Se levanta del sofá y responde—. ¿Qué pasa, hermanita? Pues claro que puedo llevarte mañana al hospital…

Se dirige a la cocina y me pregunta con un gesto si me apetece algo de beber. Niego con la cabeza. Me hundo en el sofá cuando lo pierdo de vista. No sé qué era lo que iba a decirme. Creo que en el fondo me da miedo saberlo porque tengo la impresión de que podría cambiarlo todo entre nosotros.

41

Freya

—¿De verdad no te importa que me quede a dormir? —insisto por enésima vez.

—En realidad, sí. Te estás empezando a poner muy pesadita.

—¡Pol! —protesto—. Hablo en serio. No quiero molestar.

—Y yo. —Me dedica una sonrisa perezosa—. De acuerdo, seré sincero contigo. Solo dejo que te quedes a dormir porque hacía mucho tiempo que no organizaba una fiesta de pijamas. Me hace ilusión.

—Tonto. —Le tiro un cojín—. Ni siquiera tengo pijama.

—Duerme desnuda.

—Más quisieras.

—Desde luego. —Se levanta del sofá antes de que pueda gritarle y se marcha del salón. Al cabo de unos minutos, regresa con un pijama femenino con estampado de osos panda—. Creo que te servirá. Si quieres, puedes darte una ducha.

Observo el pijama con recelo. No quiero ponerme algo que se haya dejado olvidado uno de sus ligues.

—Es de Iris —me aclara leyéndome la mente—. Seguro que no le importa.

—¿De verdad que no molesto? —Espero que no me responda que sí porque no quiero pasar la noche sola—. No voy a enfadarme si quieres que me vaya. De hecho, lo entendería.

—Ni que fuera la primera vez que duermes en mi casa.

Lo miro extrañada.

—Pues claro que es la primera vez.

—¿Y el fin de semana que pasamos juntos en los Pirineos? —me recuerda.

—Era la casa de tus padres y fui porque Iris me invitó.

Al ver la cara que pone, se me escapa un gemido de sorpresa. ¡No me lo puedo creer! ¿La casa es suya? Oh, venga ya. Cuando Iris me comentó que la casa pertenecía a su familia, di por hecho que era propiedad de sus padres. Nunca pensé que se estuviera refiriendo a su hermano.

—No te lo dije porque supe cómo te pondrías. —Se encoge de hombros.

—¡Dormiste en el sofá de tu propia casa! —exclamo avergonzada—. ¡No tenía derecho a estar allí!

—Me alegro de que estuvieras allí —responde con vehemencia—. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Lo dice como si tal cosa mientras me observa sin pestañear. Ningún hombre debería mirar así a una mujer. Con esa intensidad, sin reservas. Como si pudiera llegar hasta el fondo de su alma. Abro la boca para responder, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. En realidad, no sé qué decir.

—Voy a darme una ducha —contesto para salir del paso.

Corro a encerrarme en el baño, entro en la ducha e intento relajarme. Sin embargo, el olor de su gel de baño me deja atontada. Sé que no estoy haciendo nada malo. Por el amor de Dios, solo es una ducha. No obstante, siento una especie de conexión de lo más íntima cuando acabo oliendo a él. Tardo más de lo normal. Una vez que por fin salgo, lo encuentro repantigado en el sofá, abrazado a una tarrina enorme de helado de *cookies*.

—¡Eh, yo también quiero!

Me tiende una de las cucharas. Es demasiado considerado para zampárselo solo. Me estaba esperando. Me siento a su lado, muy pegada a él. Estoy tremendamente cómoda, como si hiciéramos esto todas las noches. Comemos helado mientras vemos un documental de tiburones. De vez en cuando, Pol se sobresalta. Sobre todo cuando la cámara se acerca a algún tiburón blanco.

—Los grandes tiburones blancos tienen una fuerza de mordida de casi dos toneladas, tres veces más que la de un león y veinte veces más que la de un humano —lo informo, recordando un documental que vi el mes pasado—. Aunque la mayoría de las especies son inofensivas, existen algunas como el tiburón blanco, el tigre o el toro que pueden atacar a una persona si tienen la oportunidad.

—Por eso en *Buscando a Nemo* tienen cara de malos.

—¿Se te ha quitado el apetito? —Pol aferra el bote de helado con posesividad—. En fin, tenía que intentarlo.

—Vas a necesitar algo más que un documental aburrido para quedarte con mi helado.

—Los amigos comparten.

—Aquí tienes. —Me mancha la nariz de helado antes de que consiga reaccionar. Le lanzo una mirada llameante. Se ríe—. ¿No lo quieres? Mira que eres quisquillosa, a mí me sigue pareciendo muy apetecible.

Me limpia el helado con el pulgar y se lo lleva a la boca. Sigo la trayectoria de su dedo. Mi estómago se contrae por el deseo. Se me escapa un carraspeo que me deja en evidencia. Pol me mira de una forma que me hace sentir vulnerable y comienzo a sonrojarme sin remedio.

—¿Te has enfadado? —pregunta con tono jocoso.

—Estoy por encima de tus bromas. —Resoplo—. Que sepas que no me has puesto nerviosa.

—Gracias por la aclaración. —Se ríe para demostrarme que no me cree.

Seguimos comiendo helado mientras vemos el documental. Ahora un buceador se ha encerrado en una jaula en mitad del océano para grabar de cerca a los tiburones. Pol dice que el tipo aprecia muy poco su vida, algo en lo que estoy de acuerdo. Se nota que lo está pasando mal, así que finjo que me estoy aburriendo y le propongo jugar una partida de ajedrez. Esta vez se me da mejor y consigo ser una digna rival durante media hora, hasta que me vence sacrificando su alfil.

—Aprendes rápido —me alienta—. Podrías haberme ganado si no fueras tan impulsiva.

—¡No soy impulsiva!

—Sabía que ibas a mover el caballo. Habrías tenido una oportunidad si hubieras esperado el momento oportuno.

Quiero llevarle la contraria, pero tiene razón. Si lo hubiera pensado mejor antes de mover el caballo, habría tenido alguna posibilidad de vencerlo. La próxima partida debo estudiar mejor mis movimientos.

—¿Sigues sin tener sueño? —me pregunta con cara de cansado.

Son las dos y media de la madrugada. Al ver sus ojos hinchados comprendo que no se ha ido a la cama para hacerme compañía. Es un sol.

—Estoy agotada.

—Qué mal mientes. —Sacude la cabeza y se ríe—. Te delatas al mirar abajo.

—No hago eso.

—Y tanto que sí.

—Lo que tú digas. —Le doy un empujoncito con el hombro—. Anda, vete a dormir. Sobreviviré sin ti.

—No quiero dejarte sola.

—Pues yo no quiero que te quedes despierto por mi culpa.

—No tenemos remedio. —Nos reímos porque es la pura verdad. Ambos somos muy cabezotas —. Entonces ¿qué hacemos?

—No lo sé.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos. En realidad, solo quiero disfrutar un ratito más de su compañía. Estoy segura de que el cansancio me vencerá en cuanto consiga relajarme. Permanecemos en la misma postura durante un buen rato. No sé si está incómodo. La verdad es que me gusta utilizar su hombro como almohada y disfrutar de un silencio que no siento la necesidad de romper. Tal y como imaginaba, al cabo de un rato empiezan a pesarme los párpados. Pol está inusualmente callado, algo muy raro viniendo de él. Sin lugar a duda, está tramando algo.

—¿En qué piensas?

—¿De veras quieres saberlo?

Su pregunta me obliga a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Lo que veo en sus ojos me confunde. Por un instante tengo miedo de conocer la respuesta, pero al final me puede la curiosidad.

—Sí.

Respira hondo, como si lo que estuviera a punto de decir le costara mucho esfuerzo. Lo miro para que sepa que puede confiar en mí. Desde que nos conocimos siento que nos tenemos el uno al otro. Jamás había experimentado tal conexión con otra persona. Sea lo que sea, estoy segura de que lo superaremos juntos.

—Nunca he conocido a nadie como tú —me confiesa para mi sorpresa. Me aparta el pelo de la cara con una ternura infinita. El roce de sus dedos despierta una tormenta de emociones en mi interior—. Eres jodidamente adictiva. Cuando no estamos juntos, no puedo dejar de pensar en ti. No sé qué me has hecho. Me gustas, Freya.

El peso de lo que acaba de decir queda suspendido entre nosotros. El corazón quiere salírseme del pecho. Su mano sobre mi mejilla provoca que me arda la piel. Me pierdo en sus ojos oscuros. Esto, lo que acaba de decir, lo cambia todo entre nosotros.

—¿Como una amiga? —pregunto aterrada.

—Qué va —responde con calma—. No me gustas como una amiga.

—Pol…

—Tranquila. —Me acaricia la mejilla con tanto cariño que quiero quejarme cuando aparta la mano, pues me gusta muchísimo que me toque—. Sé que tú no me ves de la misma forma.

No soy capaz de decir nada. Estoy mareada por lo que acaba de confesarme, pero, sobre todo, angustiada por el peso de mis propios sentimientos, ya que en este momento son tan confusos que no sé descifrarlos.

—Entendería que no quisieras volver a verme —dice con pesar—. Quizá no debería habértelo contado, pero me parecía mal que no supieras que, cada vez que estoy cerca de ti, me muero de ganas de besarte.

Mi corazón se salta un latido.

—Pol…

—Ya te he dicho que soy demasiado egoísta para alejarme de ti. —Me mira esperanzado—. Déjame seguir siendo tu amigo.

—No sé… —Trago saliva y evito su mirada. En este momento no me siento con fuerzas de mirarlo a los ojos—. No sé si podemos ser amigos después de lo que me has contado.

Me pilla desprevenida cuando entrelaza nuestras manos. Observo lo bien que encajan. Mi corazón tamborilea con fuerza.

—Hasta ahora se nos ha dado bastante bien. —Su comentario me saca una sonrisa—. No me

apartes, por favor. Sé que ahora necesitas un amigo tanto como yo. Déjame estar a tu lado.

—¿Y no intentarás nada raro? —pregunto en voz baja.

Lo que no le digo es que, si lo hace, no tengo del todo claro que vaya a rechazarlo.

—Puedo ser tu amigo —me promete—. Estamos bien así.

—Estamos bien así —repito para creérmelo.

—Además, alguna vez tenía que pasar. —Lo miro sin entender. Me dedica una sonrisa llena de tristeza—. Colgarme de una chica a la que no le intereso.

No digo nada. De lo contrario, me veré obligada a confesar que eso no es del todo cierto.

42
Pol

Freya ya se ha marchado cuando me despierto a las ocho de la mañana. El antiguo Pol estaría avergonzado de haber sido rechazado. Sin embargo, la persona en la que me he convertido sabe que ha hecho lo correcto. Sí, tenía la esperanza de que Freya me viera como algo más que un amigo. Cuando me preguntó por Gabi, me dio la impresión de que estaba celosa. Es evidente que malinterpreté sus sentimientos. Algo lógico considerando que cada vez que estamos cerca noto que tenemos una química brutal. En fin, acabo de descubrir que todo estaba en mi cabeza.

Solo me ve como un amigo. Si me llamó fue porque necesitaba uno. Eso es todo. No va a suceder nada remotamente sexual o romántico entre nosotros.

No se acaba el mundo por haber admitido que me gusta. Sobreviviré.

Joder, me siento como una mierda.

¿Cómo se supone que voy a seguir viéndola si cada vez que estoy cerca de ella me muero de ganas de besarla?

Freya, ¿qué demonios has hecho conmigo?

Ha dejado una nota pegada en el frigorífico. Tiene una caligrafía pequeña y femenina.

> Me he ido sin avisar porque no quería despertarte. Necesito pasar por casa y cambiarme de ropa antes de ir a clase. Gracias por lo de anoche.
>
> FREYA

Ni una sola mención a mi declaración. No sé cómo sentirme al respecto. Tal vez sea lo mejor. Le pedí que no me apartara de su vida porque podía conformarme con su amistad (mentira). Al menos podremos actuar como si no fuera un idiota que se hizo ilusiones con una amiga. Algo es algo.

Necesito tener la mente ocupada, por lo que me dispongo a aprovechar la mañana. Salgo a correr, preparo un desayuno copioso, me acerco a mis dos restaurantes para cerciorarme de que todo va bien, llamo por teléfono a mi publicista y respondo algunos comentarios de Instagram. A mediodía recojo a mi hermana para llevarla a su revisión médica. Me pregunta si me pasa algo porque me nota raro y le digo que son imaginaciones suyas. Regreso a mi casa y abro la libreta

para volcar todas mis emociones en el papel. Tacho lo poco que he escrito porque me parece una mierda y decido dejarlo para otro día. Por lo visto, no es buena idea componer cuando acabas de recibir un rechazo (no sé cómo lo hace Taylor Swift, sinceramente). Así que me pongo los cascos y salgo de nuevo a correr para despejarme. Regreso al cabo de cuarenta y cinco minutos, empapado en sudor, y me tropiezo en la entrada del portal con un chico joven.

—No voy a hacerme una foto —le aclaro.

Suelo ser simpático con mis fans, pero no soporto que me acosen en la entrada de mi casa. Hoy no es mi día. Además, merezco privacidad como cualquier otra persona.

—No quiero una foto tuya. —Me evalúa de arriba abajo con evidente desagrado—. Eres Pol, ¿no?

Me quito un auricular para escucharlo mejor.

—Si lo sabes, ¿para qué preguntas?

—Ya. —Tuerce el gesto—. Era una forma de hablar. Solo quiero charlar contigo. No te robaré más de cinco minutos.

—¿Qué quieres?

—Soy Oriol.

Lo miro con suspicacia. ¿Se supone que eso debería decirme algo? Conozco a muchos tíos que se llaman Oriol. En realidad, conozco a un montón de gente.

—El novio de Freya —me aclara.

Ahora entiendo por qué me sonaba su cara. Tiene el mismo rostro insulso de la foto. Mi estado de ánimo pasa por todas las emociones posibles: desconcierto, recelo, irritación, enfado… hasta que me viene a la cabeza la única idea que de verdad importa. Doy un paso hacia él y lo miro alarmado.

—¿Freya está bien? —exijo saber—. ¿Le ha pasado algo?

Oriol me mira extrañado, como si no le entrara en la cabeza que me pueda preocupar por su novia.

—Freya se encuentra perfectamente.

Me relajo de inmediato.

—Vale —respondo aliviado—. ¿Qué quieres?

—Que la dejes en paz.

Al principio creo que no lo he escuchado bien. Lo observo a la espera de que añada algo más. Cuando aprieta los puños y me mira con el rostro contraído por la rabia comprendo que va en serio. La situación es tan surrealista que me da por reírme, lo que acrecienta su enfado. Joder, lo último que esperaba esta mañana era conocer al novio de Freya, y mucho menos que se plantara en la puerta de mi casa con semejantes exigencias.

—¿De qué narices te ríes? —me espeta cabreado.

—Lárgate —le pido haciéndole un gesto con la cabeza para que se aparte de mi camino—. Si eso es todo lo que has venido a decir…

—Va en serio —insiste sacando pecho—. A mí no me la cuelas. Sé lo que quieres de ella. Estamos enamorados. Déjala en paz.

—Si tan enamorada está de ti, no deberías preocuparte por mí —respondo con tono crispado —. Freya ni siquiera sabe que estás aquí, ¿verdad?

—Eso no es…

—Será mejor que te vayas. No le diré que has venido.

—Mira, capullo. No finjas que me estás haciendo un favor. Aléjate de ella, ¿vale? Está pasando un mal momento y lo último que necesita es a un tío como tú cerca. Si te importa de verdad, la dejarás tranquila. Sé todo lo que dicen de ti. No le convienes.

—Me estás haciendo perder la paciencia —le advierto.

—¡No puedes interponerte entre nosotros porque te hayas encaprichado de ella!

—No te la mereces. —Sacudo la cabeza con incredulidad—. De lo contrario, no estarías aquí. Freya tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

—Está claro que es demasiado buena para los dos. Pero al menos yo no me drogo ni monto orgías en mi casa. Estaré a su lado porque la quiero, y no porque solo tengo ganas de echar un polvo.

—Es una pena que seas un capullo —digo con sinceridad—. En el fondo, tenía la esperanza de que fueras un buen tío.

—Mira quién fue a hablar…

—Yo no soy el que está haciendo el ridículo al presentarse en la puerta del amigo de su novia para exigirle que deje de verla. Y ahora, si me disculpas… —Le hago un gesto para que se aparte y le lanzo tal mirada que esta vez sí se echa a un lado—. Dejaré en paz a Freya siempre y cuando ella me lo pida. Si vuelves a aparecer por aquí, no seré tan amable. Espero que te haya quedado claro.

No espero a oír su respuesta. Entro en el portal sin mirar atrás. Ni siquiera siento ira. Ese idiota no vale la pena. Lo que de verdad experimento es una profunda tristeza por Freya. No se merece a alguien que no confía en ella. Debería estar con una persona que supiera la suerte que tiene de compartir su vida con una chica tan increíble. Me da rabia que ese gilipollas no sepa apreciarlo y, en lugar de estar a su lado para apoyarla en un momento tan difícil, pierda el tiempo haciéndose el gallito conmigo.

Sé que lo último que Freya necesita ahora es enterarse de la verdad. No quiero complicarle la vida, pues ya lo está pasando bastante mal con la enfermedad de su hermana. Además, tampoco quiero utilizar lo que ha sucedido para alejarla de su novio. Es una chica lista capaz de tomar sus

propias decisiones sin que nadie la cuestione. Ojalá el imbécil de Oriol la respetara más y se diera cuenta de lo afortunado que es.

43

Freya

Llevo cuatro días sin ir a trabajar al taller, puesto que cuando salgo de clase quiero pasar todo el tiempo posible con mi hermana. Mi padre también se ha cogido vacaciones, ya que nuestra prioridad es Astrid.

Nina y Joel saben que no estoy bien e intentan animarme a su manera, pero no lo consiguen. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. Dentro de cinco días mi hermana empezará la quimioterapia. He leído que la primera sesión es la más complicada. Cuanto más informada estoy del tratamiento, más angustia siento. Estoy inmersa en un círculo vicioso porque quiero saber lo máximo posible para acompañarla en el proceso. Sin embargo, cada vez que investigo sobre los efectos de la quimio tengo que encerrarme en el baño para llorar sin que mi padre y mi hermana me vean. No quiero, ni puedo, venirme abajo delante de ellos. Debo ser de utilidad. Mi obligación es permanecer al lado de mi hermana y servir de apoyo a mi padre. Por desgracia, me siento tan pequeña e insignificante en este momento…

—¿Por qué no te vienes con nosotros a tomar algo a ese pub que acaban de inaugurar? —sugiere Joel.

—¡Eso! —lo secunda Nina—. Te vendrá bien desconectar.

—No puedo. Tengo que estar con mi hermana.

—¿Tu padre no está en casa? —me pregunta mi amiga.

—Sí.

Nina va a decir algo, pero Joel le pone una mano en el hombro para que lo deje estar.

—Otro día —añade él—. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—Vamos, vente —insiste Nina—. Tu vida no puede reducirse a ir de clase a tu casa y viceversa. Necesitas desconectar.

—¿Qué insinúas? —replico a la defensiva—. ¿Que debería dejar sola a mi hermana?

—No he dicho eso. Pero estás sometida a mucho estrés emocional. Sé un poco justa contigo y sal a divertirte.

—Nina, mi hermana tiene cáncer —le espeto hecha una furia—. ¿De qué coño vas? ¡Lo último que puedo hacer es emborracharme mientras está enferma!

Nina retrocede conmocionada. No me reconozco. Jamás le había hablado así. No soy una persona que suela pagar su malestar con los demás. Pero ¿acaso no entiende que no puedo abandonar a mi hermana para irme de fiesta?

—No pretendía… —Me mira avergonzada—. Solo quería decir que tú también mereces que cuiden de ti. Sabemos que lo estás pasando mal. Solo queremos ayudarte. Estoy convencida de que a tu padre le parecerá bien que salgas un rato a despejarte.

—Lo que mi padre quiere es que su hija viva —respondo con acritud—. Cuando tienes a un familiar enfermo de cáncer, tus prioridades cambian. Siento que no lo entiendas y que tu única forma de ayudarme sea invitarme a una caña.

Nina abre los ojos de par en par. Me vengo abajo al ver que se le llenan de lágrimas. Mi amiga es la alegría personificada. Siempre tiene un comentario gracioso o un chiste verde para animar el ambiente, y acabo de hacerla llorar.

—Ey… —Joel me pone las manos en los hombros—. Nina solo quería animarte. Estamos preocupados porque sabemos que estás viviendo un momento muy duro. No somos tus enemigos, ¿de acuerdo? Porque vamos a mirar por ti incluso cuando tú no puedas hacerlo. No te daremos la espalda aunque esa maldita enfermedad te haga creer que no tienes derecho a sonreír por lo que le está pasando a tu hermana. Cabréate con nosotros si quieres, pero no nos vas a echar tan fácilmente de tu vida. Para eso están los amigos. Permanecen en las buenas, pero es en los malos momentos cuando te demuestran que pueden estar a la altura.

—Lo siento —me disculpo abochornada al darme cuenta de que he metido la pata hasta el fondo—. Todo es muy difícil. Me siento culpable si salgo de mi casa para otra cosa que no sea estudiar o hacer la compra. Ya sé que solo queréis ayudarme. Perdóname, Nina.

—No pasa nada —responde con la voz estrangulada por la emoción—. Solo quiero que me llames si puedo ayudarte en algo, ¿vale?

—Lo prometo.

Le doy un abrazo para zanjar este malentendido absurdo. Por suerte, mi amiga no es rencorosa y me lo devuelve con ganas. Al final los tres terminamos fundidos en un abrazo de oso y se me saltan las lágrimas. Llevan razón. Tener un familiar enfermo de cáncer no puede hacer que te olvides de ti mismo. Menos mal que están ellos para recordármelo.

—Nos vemos otro día —les prometo—. Siento haberme puesto así.

—Está olvidadísimo —me asegura Nina.

En el autobús voy mensajeándome con Iris, que me pide que la llame si puede hacer algo por mí. A pesar de su convalecencia, sé que se las apañaría para plantarse en mi casa si la necesitara. Tengo muchísima suerte de contar con mis amigos. En los momentos duros solemos fijarnos en todo lo que no tenemos, por lo que a veces se nos olvida que en las épocas de oscuridad brota el

amor más sincero y desinteresado. Porque no hay nada más poderoso que el amor, el único sentimiento capaz de mantenerte en pie cuando sientes que no puedes seguir adelante.

—¡Oriol! —exclamo sorprendida al tropezarme con él en el portal.

—¡Nena! —Me da un beso—. Estaba a punto de llamar al timbre.

—No me has dicho que venías. —No quiero que suene como una recriminación. Me ha estado llamando todos los días para preguntar por Astrid. Sé que ha venido con su mejor intención, pero no sé si mi hermana está de humor para recibir visitas.

—He traído galletas. —Levanta la bolsa de la pastelería que hace las mejores galletas de chocolate de la ciudad—. No pretendo molestar. Si quieres que me vaya…

—No. —Me siento culpable de que haya hecho el viaje en vano—. Seguro que mi padre se alegra de verte. Le vendrá bien hablar con alguien.

Tal y como era de esperar, Astrid no lo recibe con los brazos abiertos. Pone mala cara al verlo y dice que no tiene apetito, así que guardo las galletas en la despensa por si le apetecen en otro momento. La sigo cuando va a la cocina. Quiero preguntarle qué tal se encuentra, pero antes de que abra la boca dispara como una ametralladora.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué lo has invitado? ¡No me apetece ver a nadie! Y menos al lelo de tu novio. ¿Cree que va a caerme bien por regalarme una puñetera caja de galletas? ¡Menudo idiota!

—Ha venido con su mejor intención —lo defiendo—. Le pediré que se marche dentro de un rato.

—No lo soporto.

—Venga, Astrid. —Intento razonar con ella—. No te ha hecho nada.

—¡A ti sí!

—Eso es asunto mío —respondo irritada—. No empecemos con la misma historia de siempre.

—No soporto que se deje caer por aquí y te obligue a invitarlo a entrar. Lo ha hecho porque sabía que no podrías negarte. Le encanta ir de víctima, lo tengo calado. Siempre consigue lo que quiere a base de darte pena. ¿Cuándo vas a dejar de compadecerte de él? Por el amor de Dios, ¡te puso los cuernos y actúas como si la culpa fuera tuya! ¡Eres muy patética! Cualquiera en tu lugar lo habría mandado a la mierda sin miramientos.

—Basta —le pido con tono categórico—. Es mi vida. Yo no te digo cómo debes vivir la tuya.

—Chicas… —Mi padre asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Nos mira preocupado—. ¿Sucede algo?

—¡Sí! —exclama mi hermana—. Supongo que el cáncer me da derecho a vetar ciertas visitas.

Antes de que pueda frenarla, sale de la cocina. Se planta delante de mi novio con los brazos en jarra. Lo mira como si fuera una cucaracha a la que no quiere aplastar porque no le apetece mancharse los zapatos.

—No tengo ganas de verte la cara —le suelta—. Lárgate. Tengo cáncer y las visitas desagradables me vienen fatal para los nervios.

Oriol se pone de pie de un salto. Mi padre está boquiabierto, al igual que yo.

—Por supuesto, lo último que quiero es incomodarte con mi presencia —le contesta sin rechistar—. Me alegro de volver a verte, Astrid.

Mi hermana resopla, se da la vuelta y se marcha a su habitación. Incluso da un portazo. Estoy tan abochornada por lo que acaba de suceder que no me salen las palabras. Oriol me dedica una sonrisa débil para tranquilizarme.

—No pasa nada —me asegura—. No le caigo bien. Tiene razón. Debería haberlo pensado antes de venir.

Lo acompaño a la puerta y lo miro compungida. Es cierto que debería haber avisado, le habría dicho que no era un buen momento. Sin embargo, el comportamiento de mi hermana no tiene justificación.

—Lo siento —me disculpo por ella—. No tiene derecho a hablarte así.

—Tranquila, está todo bien. —Me da un beso en la mejilla—. Despídeme de tu padre, ¿vale?

Cuando regreso al salón, mi padre está en el mismo sitio donde lo dejé. Sigue paralizado por la conmoción. Lo entiendo perfectamente. Ambos sabemos que Astrid tiene las emociones a flor de piel. Está viviendo un momento muy duro y está muerta de miedo. No obstante, no debe comportarse de esa manera.

—No puede tratar mal a la gente porque tenga cáncer.

—Lo sé. —Mi padre me sonríe con tristeza—. Hablaré con ella cuando se calme.

—Está asustada. No seas duro con ella —le pido. A pesar de todo, lo último que quiero es que le eche la bronca.

—Todos lo estamos. —Mi padre me da un abrazo que me reconforta un poco—. El miedo a veces nos hace decir cosas que no sentimos y de las que luego nos arrepentimos.

Pienso en las palabras de mi hermana. Me ha gritado que soy patética. Quizá lo sea. La verdad es que no tengo fuerzas para enfrentarme a sus recriminaciones. Por eso le digo a mi padre que estoy cansada y voy directa a mi habitación. Necesito hablar con alguien que no me vea como una persona débil, sino como una chica que se deja llevar por el corazón y actúa lo mejor que puede, según las circunstancias.

Llamo a Pol. Daría lo que fuera por uno de sus chistes malos.

—¡Hola! —me saluda con su alegría habitual.

—¡Ey! —respondo con debilidad, tragándome las lágrimas—. Necesitaba oír tu voz.

Es la pura verdad. A veces, cuando tenemos un día de mierda, solo necesitamos que haya alguien al otro lado del teléfono que responda «hola» para que dejemos de sentirnos solos.

44
Pol

Freya me lo ha contado todo. La discusión con sus amigos y lo sucedido con su hermana. La escucho sin saber qué decir. No puedo ponerme en su piel, pues no tengo un familiar enfermo de cáncer. Entiendo que ella y su familia están viviendo una situación muy dura. Por tanto, tan solo puedo escucharla. Cuando le dije que cualquier momento era bueno para oír su voz, hablaba en serio. Me da igual que solo me llame para desahogarse. Puede tomar lo que quiera de mí. A estas alturas ya sé que la mitad de mi corazón es suyo.

—Qué asco de día —musita cuando termina de explicarme lo sucedido—. Y encima te llamo para calentarte la cabeza con mis problemas…

—Las movidas de mis amigos también son las mías —le recuerdo sus propias palabras—. No sé si necesitas que te lo aclare, pero por si acaso allá va: no eres patética. Eres una persona increíble. De verdad, fíate de mí. Soy un tío con muy buen gusto.

Freya se ríe con debilidad. El sonido de su risa es música para mis oídos. Ojalá estuviera con ella para ver cómo se le achinan los ojos cuando sonríe, porque su sonrisa siempre consigue aliviarme el alma.

—Por estas cosas te quiero —responde de mejor humor— y te llamo cuando necesito que me levanten el ánimo.

«Me quieres… —pienso con amargura— como un amigo».

—Así que soy tu payaso particular…

—¡Pol! —exclama horrorizada—. ¡Sabes que no quería decir eso!

—Tranquila, siempre he sabido que mi sentido del humor forma parte de mi encanto. Ya te tengo en el bote.

—Qué tonto eres. —Vuelve a reírse—. Cuéntame uno de tus chistes malos.

—Cuando empiezo, no puedo parar —le advierto.

—Que sea malísimo.

—¿Cómo se llama el toque de queda de los adolescentes?

—Ni idea.

—*Tiktoke* de queda.

—¡Qué malo! —Se parte de risa—. Otro, por favor.

—¿Qué hace un perro con un taladro? —Me vengo arriba.

—No sé.

—*Taladrando*.

—Madre mía. —Se ríe—. ¿De dónde los sacas?

—Tengo mis contactos. —No pienso explicarle que desde que supe que le hacían gracia comencé a buscarlos en internet para tener un repertorio al que recurrir en caso de necesidad—. Un buen humorista nunca revela sus fuentes.

—Esos son los magos.

—Soy un mago del humor.

—Tienes un morro…

—Por cierto, tengo otra palabra para tu libro. —La descubrí ayer por casualidad y la apunté para que no se me olvidara—. *Backpfeifengesicht*. O por lo menos espero que se pronuncie así.

—¿Qué significa? —pregunta con curiosidad.

—Es una palabra alemana. *Backpfeife* significa «tortazo» y *gesitch*, «cara». Sería algo así como «una cara que se merece una buena hostia». Acabo de encontrar mi palabra favorita. Conozco a un montón de gente con la que podría utilizarla.

—Yo también —admite con una risilla—. La primera vez que te vi la habría empleado contigo.

—¡Lo que hay que oír! —protesto escandalizado—. No puedes abofetear caras que te gustan. No funciona así.

—Antes tu cara me gustaba menos que ahora.

—Mi cara siempre te ha gustado. No admito discusión al respecto.

—Lo que tú digas…

Seguimos charlando durante un buen rato, hasta que la escucho bostezar y le pregunto si la estoy aburriendo. Me toma el pelo, como era de esperar.

—Tenías razón —dice de mejor humor, y me siento orgulloso de haber conseguido animarla —. Podemos ser amigos.

Mi corazón se resquebraja. No sé cómo me las voy a apañar para ser amigo de una chica por la que estoy empezando a sentir cosas a las que soy incapaz de ponerles nombre. Jamás había sentido nada parecido.

—Tengo que colgar —se despide—. Huele a quemado. Creo que mi padre acaba de carbonizar nuestra cena. En esta familia no somos muy cocinitas. Gracias por haberme escuchado. Te va a parecer una locura, pero a veces siento que eres la única persona con la que puedo hablar.

—No es una locura —respondo sin vacilar—. Siento exactamente lo mismo.

—Me alegro de que decidieras ir aquel fin de semana a la casa de los Pirineos —me confiesa —. Creo que nunca te lo había dicho. Haces que mi vida sea más bonita. Buenas noches, Pol.

Me desplomo en el sofá nada más colgar. El corazón se me va a salir del pecho.

«Haces que mi vida sea más bonita».

Sonrío como un idiota. Nunca pensé que podría hacer más bonita la vida de otra persona. Pero aquí está Freya, tambaleando todas mis convicciones. Demostrándome que no tengo ni idea de nada. Antes de conocerla, daba por hecho que debía alejarme de las personas a las que amaba, ya que solo les causaba dolor y problemas. Sin embargo, hay una chica increíble que recurre a mí cuando tiene un mal día. A pesar de que solo me ve como un amigo, esa verdad me hace estar en paz conmigo mismo. Porque hacía demasiado tiempo que no me sentía orgulloso de la persona que soy. Y es una sensación absolutamente maravillosa.

45

Freya

Hoy Oriol y yo celebramos nuestro aniversario. En un primer momento no íbamos a hacer nada, pero al final ha logrado convencerme. La verdad es que no me apetecía mucho salir, tal y como está el panorama en casa. La relación con mi hermana sigue tensa, aunque estoy empeñada en fingir que no me dolieron sus palabras porque sé que me necesita.

Total, que aquí estamos, en un romántico italiano que está a quince minutos andando de donde vivo. Me parecía feo no hacer nada por nuestro aniversario, pero tampoco quería estar lejos de casa, dadas las circunstancias. Así pues, acordamos salir a cenar cerca.

—¿Qué tal está la lasaña? —me pregunta.

—Riquísima. ¿Quieres probarla?

—No, gracias. —Se acaricia la barriga—. Voy a conformarme con la ensalada.

Hago un gran esfuerzo para no poner mala cara. No quiero tener una discusión esta noche. Simplemente, no entiendo que esté todo el santo día contando calorías. No me parece que tenga una relación sana con la comida. Es imposible que disfrutes alimentándote si catalogas los alimentos en buenos o malos y te culpas cada vez que te das un capricho. Las personas somos algo más que un cuerpo delgado.

—He alquilado una habitación en un hotel que está aquí al lado —dice con picardía.

—Oriol —protesto sorprendida—, acordamos que solo saldríamos a cenar.

—Lo sé. —Me ofrece una sonrisa traviesa—. Ha sido una ganga. Si no te apetece, no tenemos por qué ir.

Por un instante estoy tentada de decirle que, en efecto, no me apetece. Debería haberme consultado antes de hacer la reserva. Ya sé que llevamos un tiempo sin acostarnos. Lo último de lo que tengo ganas en este momento es de echar un polvo.

—No te enfades conmigo —me pide cogiéndome la mano por encima de la mesa—. Te echo de menos.

Su comentario casi consigue ablandarme, hasta que recuerdo las palabras de Astrid. «Lo ha hecho porque sabía que no podrías negarte. Le encanta ir de víctima, lo tengo calado. Siempre consigue lo que quiere a base de darte pena. ¿Cuándo vas a dejar de compadecerte de él?». Aparto la mano de golpe y me gano una mirada desconcertada. Hasta ahora no me había

planteado nuestra relación desde esa perspectiva. A pesar de lo dolida que estoy con mi hermana, me horroriza que pueda tener razón. ¿Y si Astrid está en lo cierto? ¿Y si me he convertido en una persona manipulable que a veces cede por culpa de la pena?

—No voy a ir al hotel —decido en un impulso.

—No tienes por qué quedarte a dormir —insiste sin perder la sonrisa.

—A lo mejor me apetecería si me hubieras preguntado antes.

—Quería darte una sorpresa. —Aparta la mano al ser consciente de que he tomado una decisión irreversible—. ¿Tan extraño te parece que quiera pasar tiempo contigo?

—No deberías haber ido a mi casa sin avisar el otro día. Ni tampoco haber reservado una habitación de hotel sabiendo que no quiero pasar la noche fuera.

—¿Todo esto es porque estás enfadada por lo de tu hermana? —intuye perplejo—. Te juro que fui a visitarla con mi mejor intención.

—Oriol —digo con la poca calma que me queda—, no te puede ni ver.

—Pensé que se ablandaría ahora que…

—¿… tiene cáncer? —concluyo irritada.

—No era eso lo que iba a decir —responde avergonzado—. Freya, ¿por qué tengo la impresión de que estás cabreada conmigo?

—¡Porque lo estoy! Has reservado en un hotel a pesar de que te dije que no me apetecía hacer ningún plan.

—Joder, ese es el problema. Ya parecías enfadada antes de que te dijera lo del hotel. De acuerdo, me he equivocado. Asumo mi parte de culpa. Pero ¿por qué tengo que suplicarle a mi novia que pase tiempo conmigo? Es como si, de repente, ya no disfrutaras de mi compañía. No lo entiendo, Freya. ¿De verdad tengo que pedirte que me dejes estar a tu lado? ¿Qué narices nos está pasando?

«Ni idea».

Me muerdo el labio. Ahora no sé qué pensar. Normalmente soy una persona muy segura de mí misma. Lo perdoné en su día y me importó un bledo la opinión de los demás. No entiendo por qué ahora estoy tan confundida respecto a lo nuestro. Hasta hace poco tenía clarísimo que quería estar con él, a pesar de todas esas manías suyas que a veces me sacan un poco de quicio.

—Perdona. —Me tapo la cara con las manos—. Estoy un poco sobrepasada. Sigo pensando que te has equivocado con lo del hotel, pero tienes razón. La noche no está saliendo como nos merecemos.

—Vale. —Oriol me acaricia la muñeca—. No pasa nada. Entiendo que están siendo días muy complicados.

Aparto las manos y le sonrío con debilidad. No sé qué demonios nos está pasando. O quizá el

quid de la cuestión es que no entiendo lo que me está sucediendo a mí, porque soy incapaz de admitir que he cambiado en los últimos días.

—¡Eh! —Me pone dos dedos bajo la barbilla para que lo mire—. Te quiero.

Asiento y fuerzo otra sonrisa.

—¿Me quieres? —pregunta temeroso.

—Pues claro —respondo sin pensar.

Es todo lo que necesita para besarme. Lo agarro de la camiseta para pegarlo más a mí. Quiero que volvamos a ser los amigos que tenían una complicidad envidiable.

Oriol me besa con una ternura infinita. Me gustan sus besos porque voy sobre seguro. Se lo devuelvo con una necesidad que lo sorprende. Por un instante estoy tentada de decirle que vayamos al hotel. Quiero hundir los dedos en su pelo oscuro, perderme en su olor a gel de baño y que me muerda el cuello. Necesito que me cuente uno de sus chistes malos y pronuncie mi nombre con voz ronca y seductora.

Me aparto conmocionada.

«Oh, mierda».

No puede ser.

Acabo de pensar en Pol mientras besaba a mi novio.

Jo… der.

Me siento absolutamente culpable por lo sucedido. El pobre Oriol no se ha dado cuenta. Me ha llevado a casa y luego se ha marchado la mar de contento, como si creyera que la pasión que puse en el beso tenía algo que ver con él. Por eso, al entrar en mi habitación me desplomo en la cama. Ya sé que el subconsciente es muy traicionero. Algunas personas tienen sueños eróticos con sus mayores enemigos. Pero besar a tu novio mientras fantaseas con tu amigo…

Llamo a Nina para desahogarme. Mi amiga descuelga al tercer tono. Es todo lo que necesito para vomitar lo que siento.

—¿Soy una mala persona por haber pensado en otro mientras besaba a Oriol?

—¡Lo sabía! —exclama satisfecha—. Pol te pone cachonda.

—No he dicho que sea él —respondo con la boca pequeña.

—Recapitulemos: la tiene enorme, es una estrella del rock con un puntillo atormentado, es uno de los tíos más sexis que te puedes echar a la cara, es millonario, detallista y le gustas. Pues claro que es él —dice sin dudar—. A las amigas y a las madres no se las puede engañar.

—No me gusta porque sea guapo… —explico a modo de disculpa—. Sabe escucharme y siempre consigue animarme. Me entiende y cuenta unos chistes malísimos. Compra Trina de

manzana porque sabe que es mi bebida favorita y me ha dicho que puedo llamarlo cuando quiera porque cualquier momento es bueno para escuchar mi voz.

—Tía, he mojado las bragas. Normal que te ponga tontorrona.

—Creo que solo estoy confundida porque lo he conocido en un momento muy complicado. Estoy asustada, necesito apoyarme en alguien…

—Sabes que no puedes ser solo su amiga, ¿no? —afirma con tacto—. La amistad se va a la mierda cuando hay atracción.

—No sé por qué te he llamado. ¡Me estás liando más de lo que ya estaba!

—Siento no decirte lo que querías oír. Entonces ¿cuándo vas a mandar a paseo a Oriol?

—¡No he dicho que vaya a hacer tal cosa! —exclamo horrorizada—. Solo estamos pasando una mala racha. Eso es todo.

—Freya —dice más seria—, si solo fuera eso, no me habrías llamado.

—Voy a colgar.

—A todos nos dan miedo los cambios. Solo espero que cuando dejes de estar asustada y admitas que Pol te gusta, no sea demasiado tarde. Hay rabos que solo pasan una vez en la vida.

—¡Nina!

—Peeerdón. —Se ríe—. Solo quería quitarle dramatismo al asunto.

—No me ayudas.

—Ni falta que hace. Es una decisión que solo puedes tomar tú.

Es cierto. En la vida tenemos la obligación de elegir, incluso cuando estamos muertos de miedo y no sabemos qué camino escoger. No podemos descargar esa responsabilidad en otra persona por temor a equivocarnos. Porque, en ocasiones, fallar forma parte del viaje y la única opción válida es ser valiente.

46
Pol

No estoy seguro de estar haciendo lo correcto. Hace un par de días, Axel me invitó a pasar el fin de semana en casa de sus abuelos. Al principio quise decirle que no, pero al final me pudieron las ganas de volver a ver a mis amigos. Además, Freya me animó a hacer este viaje. Me dijo que tenía una conversación pendiente con Gabi y que tarde o temprano debía enfrentarme al pasado.

Así que aquí estoy.

No sé qué va a salir de esto, pero los echaba de menos y me apetecía estar con ellos. Ya he asumido que me equivoqué al apartarlos de mi vida. Espero que no sea demasiado tarde para recuperarlos.

Nura es la primera persona que veo nada más bajar del coche. Está tirándole la pelota a Django, el gran danés de los abuelos de Axel. El perro la mira con desdén, le da la espalda y se tumba en la hierba.

—¡Qué perro más flojo! —se queja.

—No todo el mundo puede tener tu energía.

Nura abre los ojos de par en par al verme. Viene corriendo hasta mí y me da un abrazo tan grande que casi me tira de espaldas. Sigue oliendo a vainilla, tal y como recordaba. Le devuelvo el abrazo con muchas ganas. Me alegra que siga siendo la misma persona espontánea y vivaracha de siempre.

—¡Has venido! —exclama animada—. Los demás se van a poner muy contentos de verte.

—¿Qué tal va tu libro?

—Mi editor me acaba de llamar para decirme que van a traducirlo al alemán —me cuenta orgullosa—. *Ich bin die milch!*, significa «¡Soy la leche!». Es lo único que he aprendido a decir en lengua germana.

—Pobres alemanes, ahora sabrán lo que es tener pesadillas por culpa de la imaginación truculenta de una escritora muy gore.

—¡Mis libros no son tan gore!

—Con el último por poco vomito. Te explayaste al describir con todo lujo de detalles cómo murió desangrado aquel pobre infeliz al que un caimán le arrancó el brazo de cuajo.

—Es mi mejor escena. Me documenté mogollón. —Se aparta un rizo de la cara y levanta la

barbilla con ademán orgulloso—. Lo que pasa es que los escritores de terror no somos lo suficientemente respetados.

—Uy, te aseguro que yo te respeto mucho —bromeo—. Jamás te haría enfadar. Seguro que se te ocurren varias formas de torturarme.

—Te tengo demasiado aprecio, a pesar de que digas muchas tonterías. —Se cuelga de mi brazo para arrastrarme hacia la casa—. Pensé que vendrías acompañado.

—Iba a traer a Nico, pero no quiere despegarse de Iris desde que tuvo el accidente.

—Me refiero a esa chica tan especial a la que llevaste al concierto… —dice con una sonrisilla pícara.

—Para que luego digan que las mujeres sois muy cotillas. —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Leo y Axel no tienen remedio. Freya y yo solo somos amigos.

—Vaya, vaya. Curioso que des por hecho que me refiero a Freya cuando tengo entendido que te acompañaban dos chicas…

—Eres escritora. Tienes demasiada imaginación.

—Me muero de ganas de conocerla —añade haciendo un puchero—. Tienes que llevarla a una de mis firmas en Barcelona.

—Tiene novio.

—Leo también estaba pillado cuando nos conocimos.

Nos tropezamos con Axel en la entrada. Al verme, sonríe de oreja a oreja y comprendo que he tomado la decisión correcta. Mi sitio está aquí.

—¡Pol! —exclama con alegría—. ¡Has venido!

—¿Debería haber avisado? —bromeo.

—La familia no tiene por qué avisar. —Me da un abrazo—. Has venido en el mejor momento. Mi *amona* está preparando alubias con sacramentos.

—¡Miren, te quiero! —grito para que me escuche.

Entramos en la cocina, donde la abuela de Axel está removiendo el contenido de una olla enorme con la que podría alimentar a cien espartanos hambrientos. Huele de maravilla y se me hace la boca agua.

—*Kaixo*, Pol! —me saluda emocionada. Me acerco a darle dos besos y me pilla desprevenido cuando me arrea un sopapo—. ¡Eso para que no vuelvas a estar tanto tiempo sin dar señales de vida! *Zitala*!

Me acaricio la nuca con disimulo.

—Sí, señora —respondo obediente.

Me señala con el cucharón.

—Lávate las manos antes de comer. —Me da un pellizco en la mejilla—. El almuerzo estará listo a las dos en punto.

Axel y Nura se ríen cuando salimos de la cocina.

—¿Qué significa *zitala*? —pregunto en voz baja.

—«Sinvergüenza» —traduce Axel—. Es su manera de decirte que te ha echado mucho de menos.

—Todos te hemos echado de menos —interviene Nura. Me agarra del brazo y apoya la cabeza en mi hombro—. Por eso, lo único que importa es que hoy estás aquí.

Entiendo lo que quiere decir. Sabe que estoy agobiado por todo lo que sucedió. Siento que tengo una conversación pendiente no solo con Gabi, sino también con Axel y Leo. Les fallé y no soy capaz de desprenderme de la culpabilidad.

Estoy a punto de preguntar por los demás cuando escucho unas risas que provienen del patio. Me emociono al reconocer la risa cantarina de Gabi y salgo a su encuentro. Mi sonrisa se esfuma de un plumazo al ver a David charlando animadamente con Leo. Gabi y Lila están sentadas en una hamaca haciéndole fotos a Percy. El perro deja de prestarles atención y corre hacia mí. Me agacho para acariciarlo.

—Hola, pequeñín —lo saludo.

—¡Pensábamos que no vendrías! —exclama Leo. Se levanta para ir a mi encuentro y me da un abrazo—. No sabes cuánto me alegro de verte.

—Hola —me saluda David con educación.

Controlo las ganas que tengo de mandarlo a la mierda. Menudo falso. Si me contengo es porque no quiero aguarles la fiesta a mis amigos. Cuando Axel me invitó, no pensé que David también estaría aquí. No pinta nada con nosotros. Una cosa es que sea parte del grupo y otra que lo incluyan en sus vidas. Pero luego recuerdo que desaparecí durante ocho meses. Entiendo que pasen tiempo con él, pues querrán llevarse bien con el nuevo batería. La única verdad es que fui yo quien se largó de la banda. No tengo derecho a recriminarles nada.

—Hola —respondo con frialdad.

Me acerco a las chicas para saludarlas. Lila ya está de pie y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. La he echado muchísimo de menos. Nuestras charlas por teléfono hasta las tantas de la noche me han hecho mucha falta.

—La próxima vez no tardes tanto —dice en voz baja antes de darme un abrazo.

Gabi sigue sentada. La expresión de su rostro es inescrutable, algo muy raro porque es la persona más transparente que conozco. Me muero de ganas de darle un abrazo, pero creo que me rechazará. Ojalá volviéramos a ser los amigos que se picaban por cualquier chorrada.

—Gabi —hablo con tono prudente—, ¿cómo estás?

—Bien —responde con sequedad—. ¿Y tú?

—Igualmente. ¿Y Sam?

—Esta noche da un concierto en Madrid.

—Seguro que lo peta.

Gabi me mira muy seria, como si esperase que dijera algo más. A nuestro alrededor todos parecen tensos. Es normal, tenemos un pasado en común. Sé que podríamos haber sido algo más que amigos si yo no hubiera sido un cobarde. Por desgracia, no estaba preparado para quererla en aquel momento de mi vida.

Estoy a punto de pedirle que vayamos a un sitio más tranquilo para hablar a solas cuando la abuela de Axel grita que la comida ya está lista. Para mi consternación, Gabi es la primera en entrar en la casa, como si tuviera muchas ganas de perderme de vista. Su reacción me escuece. No puedo negarlo. Fuimos tantas cosas que me resulta muy doloroso que hayamos acabado siendo dos extraños que ni siquiera pueden mirarse a la cara.

47
Pol

A pesar del evidente mal rollo con Gabi y de que David me mira como si quisiera estrangularme cuando cree que no me doy cuenta, consigo volver a ser el de antes en compañía de mis amigos. Juego una partida de ajedrez con el abuelo de Axel (me da una paliza), ayudo a Miren a cocinar marmitako (que se queda impresionada por mi nueva faceta culinaria) y salgo a correr por el bosque con Leo y Axel. Me alegro cuando David rehúsa venir, pues comenta que no es muy deportista.

—Ya os vale. —Les recrimino cuando paramos a descansar cerca de un riachuelo—. Nura y Lila me están dando la brasa con Freya. Piensan que es mi novia e insisten en que se la presente.

—Leo se fue de la lengua —lo acusa Axel.

—¡Tío! —protesta Leo—. Me dijiste que a Pol se le caía la baba con ella. Solo lo comenté con Nura, que se lo habrá dicho a Lila.

—¡No se me cae la baba! —protesto avergonzado. Leo y Axel me miran con los ojos entornados, así que resoplo—. A ver, me gusta. Pero tiene novio y no hay nada entre nosotros.

—¿Has sido sincero con ella? —me pregunta Axel.

Me río con desgana. Una vez le dije que debía ser valiente y confesarle sus sentimientos a Lila si no quería perderla, puesto que el amor no era una lucha de egos. Luego me vine arriba y le aseguré que el día que me gustara una chica no sería tan idiota de callármelo. Al final ha resultado que estaba en lo cierto.

—Sí —respondo con un suspiro. Me miran expectantes. Genial, ahora me toca contarles toda la historia—. No me ve de esa forma, así que solo somos amigos.

—No puede ser —dice Leo contrariado.

—Eso mismo pensaba yo. Que era irresistible para todas —bromeo para salir del paso—. Venga, no pongáis esas caras. Lo superaré. Nadie se muere por un rechazo.

—Estábamos convencidos de que había algo entre vosotros —me explica Axel—. Se notaba que había química. Incluso su amiga me dijo que estaba convencida de que Freya sentía lo mismo.

—¿Nina te dijo eso? —pregunto con incredulidad.

—Es muy fan de vosotros como pareja. Y dice que su novio es un gilipollas.

—Lo es —contesto irritado al recordar a Oriol—. Supongo que le caigo bien a su amiga porque la invité al concierto.

—Pues yo sigo pensando que le molas —insiste Leo—. Tengo buen ojo para juzgar a la gente.

—Tiene novio, ha pasado de mí. Fin de la historia —sentencio agotado—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro, tío. —Leo me da una palmadita en la espalda—. ¿Qué tal está Iris?

—Igual de encantadora que siempre.

Nos reímos porque conocen el mal carácter de mi hermana. Al llegar a la casa, agarro a Leo del brazo antes de que entre. Siento que le debo una explicación después de todo lo que vivimos. Axel nos mira expectante, pero se da cuenta de que la cosa no va con él y nos deja solos.

—Lo siento —me disculpo avergonzado.

Leo frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Joder, por todo. —Me paso una mano por el pelo—. Debería de haberme quedado contigo aquella noche en el concierto en lugar de huir como un cobarde. Siento que fueras tú quien me encontró.

—Creí que ya habíamos zanjado el tema el día que fui a tu casa —dice con calma—. Pol, no te culpo. Ninguno de nosotros lo hace. ¿Sabes lo que pienso? Que no podrás pasar página hasta que no te perdones a ti mismo. Por desgracia, en eso no podemos ayudarte.

—Es que… —titubeo con voz ronca—, si me alejé fue porque pensé que os estaba haciendo un favor al salir de vuestras vidas.

Leo me mira horrorizado.

—Eres mi hermano —exclama con vehemencia. Me pone una mano en el hombro y me mira a los ojos—. Hemos pasado por muchas cosas. Tuvimos un montón de peleas absurdas porque quise interponerme entre Gabi y tú. Los dos cometimos un montón de errores. Fuimos unos capullos inmaduros y egoístas que se fallaron mutuamente. ¿Sabes qué he aprendido de toda esa mierda? Que no importa en absoluto, Pol. Porque, cuando se trata de la familia, ya sea la que te pertenece o la que eliges, no hay nada imposible de perdonar. Y tú y yo, a ver si te entra en la cabeza de una puñetera vez, somos familia. ¿Entendido?

Asiento porque soy incapaz de hablar. Tengo la garganta atenazada por las lágrimas. Leo me da un abrazo de los nuestros, de los que te recomponen el alma y alivian todas las penas.

—¿Quieres volver? —me pregunta cuando nos separamos.

—No lo sé —contesto con sinceridad—. No sé si estoy preparado para subirme a un escenario.

—Yūgen siempre será tu hogar. Da igual cuándo decidas volver. Aquí siempre habrá un hueco para ti.

—Tengo algo que enseñarte —murmuro con timidez—. He compuesto una canción. Quizá te

parezca una basura, pero…

—Estoy deseando escucharla.

—Leo… —David aparece en el umbral. Me da la impresión de que nos ha interrumpido a propósito, pero quizá estoy viendo fantasmas donde no los hay—. ¿Puedo hablar un segundo contigo? Se me acaba de ocurrir una idea buenísima para ese tema en el que estamos trabajando. Aunque si no es un buen momento…

—Voy a ayudar a Miren en la cocina —digo para dejarlos a solas.

Al pasar al lado de David me doy cuenta de que se tensa antes de apartarse, como si quisiera marcar territorio. Frunzo el ceño. Este tío cada vez me gusta menos. Algo me dice que, si decido regresar a Yūgen, no va a ponérmelo fácil.

48

Freya

Hoy ha sido el primer día de quimio de Astrid. Anoche me pidió que le rapara el pelo. Fue una decisión muy dura y necesaria. Estoy orgullosa de ella. Aguantó el tipo mejor que yo. Después de hacerlo, tuve que encerrarme en mi habitación para llorar sin que me viera. El pelo es lo de menos, volverá a crecerle. Lo que me duele es ver cómo la enfermedad la va deteriorando poco a poco. Odio sentirme tan impotente e inútil.

Mi hermana me pidió que estuviera con ella durante el ciclo de quimioterapia. Pensé que preferiría estar acompañada de mi padre, pero me dijo que le apetecía que le leyera una de esas comedias románticas de las que tanto le he hablado. Al final me decanté por *Tengo tu número*, un libro de Sophie Kinsella que en su día me arrancó muchas carcajadas. Durante la quimio mi hermana sonrió de vez en cuando. Sé que lo pasó mal, por lo que espero que la lectura le hiciera el tratamiento más ameno.

Los efectos secundarios han aparecido hace un par de horas. No para de vomitar, tiene dolor de cabeza y está agotada. Mi padre y yo hacemos todo lo que está en nuestras manos para ayudarla. Le pregunto si le apetece que siga con la lectura, pero me pide que la deje descansar. Me destroza verla así, aunque sé que no puedo hacer otra cosa aparte de estar a su lado.

Se ha quedado dormida en el sofá con Moon acurrucada a sus pies. A mi hermana no le gustan los animales, pero desde que se instaló en casa está más cariñosa con la gata, que no se separa de su lado. Siempre he pensado que los animales son terapéuticos y tienen un sexto sentido. Las tapo con la manta y le doy un beso en la frente a Astrid.

Me pregunto qué tal le irá a Pol. Hace un par de días me pidió consejo. Axel lo había invitado al pueblo de sus abuelos. Sé que tenía muchas ganas de ver a sus amigos, pero estaba muerto de miedo. Así que lo alenté a dejar atrás el pasado. Al final se animó a ir. Para mi sorpresa, ya tengo un mensaje suyo cuando decido escribirle.

Pol
¿Qué tal estás? Espero que el primer día de quimio haya ido bien. Te echo de menos.

De todo el mensaje, me quedo con las cuatro últimas palabras, pues resumen a la perfección lo que siento en este momento. Me muerdo el labio al notar que me he sonrojado.

Yo

Ha ido regular (lo que era de esperar). Está muy cansada y se encuentra mal. Mi padre no soporta verla así y lleva encerrado un montón de horas en la cocina preparando galletas (le salen malísimas). Espero que los próximos días sean mejores.

Pol

Lo lamento. No sé en qué podría ayudaros. Si se te ocurre algo, dímelo.

Yo

Me ayudas hablando.
¿Qué tal por allí?

Pol

Todo guay con Leo y Axel. Gabi es harina de otro costal. Apenas me dirige la palabra y no sé cómo acercarme a ella.

Siento un resquemor ácido en el estómago al leer el nombre de Gabi. Se nota que le importa. No sé si solo la ve como una amiga o en realidad echa de menos lo que tuvieron. Ya se lo pregunté una vez. No voy a cometer el mismo error.

Yo

Ojalá podáis arreglarlo. Intenta hablar con ella. La timidez no es lo tuyo.
Seguro que te escucha.

Pol

Tienes demasiado buen concepto de mí…

Yo

Sigo pensando que eres un chulito egocéntrico que pasa demasiadas horas delante del espejo para peinarse.
Pero tienes buen fondo.

Pol

¿Dices que eres mi amiga? 😒

Yo

La base de toda amistad que se precie es la sinceridad.

Pol

¿Cuál es el peinado favorito de los carteros?

Yo

Sorpréndeme…

Pol
Los tirabuzones.

Yo
Cada día te superas un poco más. 🙄

Pol
Jayus (indonesio): «Un chiste tan malo que no puedes hacer otra cosa que reírte».
Ahí tienes otra palabra para tu libro.

La apunto para que no se me olvide. Me gusta que siga buscando palabras. El corazón se me pone calentito al imaginarlo investigando para sorprenderme. Es agradable que se acuerde de mí.

Pol
Tengo otra más. *Viraha* (hindi): «Descubrimiento del amor a través de la separación».

El corazón me da un vuelco.

Yo
Es bonita.

Pol
Eso me pareció cuando la leí.
Tengo que dejarte. La abuela de Axel me está enseñando a cocinar purrusalda y me acaba de echar la bronca por no estar pendiente de remover el guiso. Tú tienes la culpa.

Yo
Venga, Arguiñano. Al lío.

Pol
¿Sabes una cosa?

Yo
¿?

Pol
Esta mañana he pensado que habría sido genial que hubieras podido venir conmigo. A mis amigos les caes bien y Nura y Lila están deseando conocerte. Luego me he dado cuenta de que no necesitaba buscar una

excusa para verte. Nosotros no funcionamos de esa forma. Si te echo de menos, te envío un mensaje. Así de sencillo. Ya sé que no puedes estar aquí. Solo quería que supieras que tú también haces mi vida más bonita. Hablamos en otro momento (Miren me está mirando mal).
Cuídate. ♡

Ay, Dios. Me acaba de pedir que me cuide y me ha enviado un corazón. Es tremendamente cursi. Me encanta.

—¿Con quién hablas? —La pregunta de mi hermana me sobresalta. Pensé que estaba dormida. Abrazo el móvil contra mi pecho para que no pueda ver la pantalla—. ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—*Esa* cara. —Me mira raro—. Parecías…, no sé, feliz. No estabas hablando con Oriol.

—Oriol me hace muy feliz —le aclaro.

—Sí, ya. —Resopla—. Estás hablando con ese tío con el que apareciste en la revista, ¿no? El mismo con el que fuiste al concierto.

—Pol.

—¿Hay algo entre vosotros?

—Tengo novio.

—No es eso lo que te he preguntado —contesta impaciente—. Sé que te gusta. Te lo noto en la cara.

—No sé de qué estás hablando —respondo con aspereza.

—No te compliques la vida con una estrella del rock, Freya —me aconseja preocupada—. No merece la pena. He oído que estuvo un tiempo en desintoxicación y es un mujeriego. ¿Sabías que la poli hizo una redada en su casa?

—¡Eso es mentira! —exclamo indignada—. ¡Ni siquiera lo conoces!

—O sea, que hay algo entre vosotros.

—No he dicho eso. Solo digo que no lo conoces. Es un buen amigo.

—Sé lista —me pide—. Los tíos como él te complican la vida.

Pongo mala cara. No sabe nada de Pol. Si lo conociera, comprendería que es una buena persona. Considerado, atento y detallista. La chica que salga con él será muy afortunada. ¿Por qué tiene que juzgarlo por lo que cuatro periodistas sin escrúpulos hayan escrito de él?

—Tengo hambre —dice para mi sorpresa. Se me pasa el disgusto porque me alegro de que se sienta mejor.

—Papá está haciendo galletas.

—Qué asco. —Arruga la nariz—. ¿Pedimos un Glovo?

Abro la aplicación y me siento a su lado. Mi padre asoma la cabeza por la puerta y grita que se

le han quemado las galletas (menos mal). Hacemos un pedido y buscamos una peli en Netflix. Astrid me pilla desprevenida cuando me da un beso en la mejilla.

—Te quiero. Ya sé que no te lo digo muy a menudo, pero no sé qué haría sin ti. Siento haberme metido con tu amigo. No puedo evitar ser sobreprotectora. Es un defecto de hermana mayor. Y también siento en el alma todas las cosas hirientes que solté el otro día. No tenía derecho a meterme en tu relación con Oriol.

—No pasa nada. —Le resto importancia. Me pego más a ella y nos tapo con la manta—. Cuando conozcas a Pol, cambiarás de opinión.

Mi hermana pone cara de no estar de acuerdo, pero lo deja estar cuando comienza la intro de *10 razones para odiarte*, una película que nunca me canso de ver. Durante la peli no puedo dejar de pensar en Pol. Me ha dicho que no necesita buscar una excusa para verme. Me gusta y me aterra que sea tan directo. Ese es el problema. Nunca había sentido este vértigo en el estómago. Las ganas constantes de descolgar el teléfono para oír su voz. Sé que no es lo correcto porque tengo pareja, pero no puedo evitar sentir que somos inevitables. Sí, inevitables. Porque, si no nos hubiéramos conocido aquel fin de semana, estoy convencida de que la vida se las habría ingeniado para reunirnos de otra forma.

49
Pol

Voy al cuarto en el que me he instalado para coger la canción que he guardado en la maleta. Necesito enseñársela a Leo para que me dé su opinión. Mi amigo es un gran compositor y me fío de su criterio. Quizá podríamos incluirla en el disco, en el caso de que decida volver y ellos me acepten. Todavía no lo tengo claro.

Al abrir la puerta me tropiezo con David, que se sobresalta al verme.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —le pregunto con recelo.

—¿Es tu habitación? —replica con inocencia. Tengo la certeza de que ya lo sabía y trama algo —. Estaba buscando a Percy. El pequeñín se ha asustado al ver un tejón y ha entrado corriendo en la casa. Gabi no lo encuentra.

Abro la boca para decirle que es un puto mentiroso, pero en ese momento Gabi aparece corriendo por el pasillo.

—¡Percy! —grita agobiada. Se para al vernos—. ¿Habéis visto a Percy?

—Lo estaba buscando —le dice David, y me lanza una mirada de suficiencia de la que Gabi no se percata—. No está ahí dentro.

—¡Percy! —exclama Gabi. Nos ignora y sigue a lo suyo—. Pequeñín, ¿dónde te has metido?

La ayudo a buscarlo, con David pisándome los talones. Joder, no soporto a este tío. Estoy convencido de que ha ido a mi habitación en busca de algo. No me fío ni un pelo de él.

—¡Percy! —lo llamo. Entro en el baño y lo encuentro temblando debajo del mueble de las toallas—. ¡Gabi, está aquí!

Me agacho para coger al perro, que se hace una bolita en mis brazos. Gabi respira aliviada al verlo. Ni siquiera me da las gracias. Me lo arrebata como si no fuera digno de cogerlo en brazos.

—¡Mi bebé! —Le llena la cara de besos—. ¡Qué susto me has dado!

—De nada… —murmuro irritado.

Me mira mal durante una fracción de segundo. Luego se da la vuelta y sale del baño esquivando a David, que me dedica una mirada repleta de satisfacción. Respiro hondo. No voy a perder los nervios delante de este tío.

—Sé lo que tramas —le espeto. O tal vez sí que voy a perderlos, porque resulta que no soy tan falso como él.

—¿De qué hablas? —replica sin inmutarse.

—¿De verdad crees que vas a quedarte con mi puesto?

David mira a uno y otro lado del pasillo para cerciorarse de que nadie nos oye. Entonces se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. La sonrisa que me dedica es pura maldad.

—Ya tengo tu puesto.

—Solo eres mi suplente —le aclaro—. Hasta que yo decida volver.

David chasquea la lengua.

—¿Eso piensas? —Inclina la cabeza y me dedica una mirada burlona—. Nadie quiere que vuelvas. Los de la discográfica me prefieren a mí. No les doy tantos problemas. Ya me he metido a la prensa en el bolsillo. Gabi no te soporta. Y Leo y Axel… En fin, a ellos les das pena. Si de verdad los aprecias, deberías hacerte a un lado.

—Te tengo calado.

David se parte de risa.

—De eso nada —me asegura—. No tienes ni idea.

Se da la vuelta y sale del baño. Me siento enfermo cuando me quedo solo. Tengo la impresión de que, por primera vez desde que lo conozco, ha sido sincero. Es capaz de cualquier cosa con tal de quedarse como batería de Yūgen. Lo peor de todo es que una parte de mí cree que tiene razón, pues no he dejado de causarles problemas a mis amigos, y piensa que no merezco volver.

Estamos en el jardín. Lila y Axel se están haciendo carantoñas debajo de un árbol. Leo les grita que dejen algo para luego. Debería unirme a sus bromas, pero no estoy de humor. Nura, que es muy observadora, se sienta a mi lado y me pregunta qué me pasa. Le respondo de mala gana que me deje en paz. Luego me arrepiento y le pido disculpas. Ella pone los ojos en blanco, me da una palmadita en la espalda y me pide que hable con Gabi de una vez.

Lleva razón. No puedo seguir posponiendo la conversación que tengo pendiente con ella. Me duele que me ignore a propósito y que se aleje de mí cada vez que intento tener un gesto cariñoso. Sé que la cagué al marcharme. Debería haberle cogido el teléfono o, al menos, haber respondido a alguno de sus mensajes. Porque al largarme sin darle una explicación le dije que no me importaba. Y Gabi, joder…, Gabi siempre será la niña con el bañador de Hannah Montana con la que me encantaba pelearme. Ojalá pudiéramos volver a ser los mismos de antes.

Aprovecho que entra en la casa para seguirla con la intención de encauzar nuestra relación. Sé que le hice daño, pero estoy convencido de que no es demasiado tarde para arreglar las cosas. Ojalá quiera escucharme. Aunque Gabi es la clase de persona que no atiende a razones cuando se enfada.

Voy a la primera habitación que hay al doblar la esquina pensando que ha entrado ahí pero

está vacía. Estoy a punto de salir cuando escucho la voz de David. Se ha encerrado en el cuarto de baño para hablar por teléfono. Sé que no puedo escuchar a escondidas, pero algo me dice que debo quedarme, pues creo que algo trama. Desconozco con quién está hablando, pero no hay ni rastro del batería cauto y educado que le muestra a mis amigos y que sé que es todo fachada. Por eso pego la oreja a la puerta. Ni siquiera tengo que aguzar el oído, pues está hablando muy alto.

—El puesto es mío —se jacta—. Tendrías que ver a ese idiota. Se nota que está hecho polvo. Solo es cuestión de tiempo que vuelva a recaer. En el fondo, Leo y Axel solo le tienen pena. Y Gabi lo odia. Tal vez pueda trabajármela para que se ponga de mi parte.

Se ríe y aprieto los puños. De mí puede decir lo que quiera, pero no voy a permitir que hable en esos términos de mi amiga.

—Ya sé que es lesbiana, tío. —Se ríe de nuevo—. A esa lo que le hace falta es probar una buena polla. Lo mismo me meto en su cama un día de estos y le enseño lo bien que se lo puede pasar con un hombre de verdad. Le voy a quitar todas las tonterías que tiene de un…

La rabia se apodera de mí. Soy incapaz de pensar con claridad. Abro la puerta y embisto contra él. David pega un grito cuando lo cojo del jersey y lo empujo contra la pared. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no darle un puñetazo.

—Acércate a ella y te mato —le advierto hecho una furia.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? Ya sabía que eras un fracasado, pero esto…

—¿Va todo bien? —pregunta Axel. Su voz proviene del pasillo.

—¡Suéltame! —grita David pillándome desprevenido—. ¡Por favor, no me hagas daño!

Lo miro con el ceño fruncido. Pero ¿qué demonios…? Axel entra en el baño antes de que pueda soltarlo. Al ver la escena me observa alarmado. Su mirada asustada se me clava en el alma. Sé que ya he perdido antes de que pueda justificarme.

—Pol, suéltalo —me ordena con calma.

—Lo he escuchado hablar mal de Gabi —me justifico—. Ha dicho…

—¡Jamás hablaría mal de Gabi! —exclama David—. Solo estaba charlando con mi madre.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Es muy convincente. Si no lo hubiera escuchado, pensaría que está diciendo la verdad.

—Eres un puto mentiroso —digo con los dientes apretados.

—Mi móvil está ahí. —David señala con la cabeza el teléfono que hay en el suelo y le lanza una mirada suplicante a Axel—. Mira la última llamada. De verdad que estaba hablando con mi madre. Jamás diría una mala palabra sobre Gabi.

Axel se arrodilla, coge el móvil y mira la pantalla. Luego me la enseña. La última llamada de David ha sido a su madre.

—¡Está mintiendo! —estallo desesperado—. Le habrá cambiado el nombre. Llama a ese número. Estoy convencido de que estaba hablando con algún colega. Te juro que…

—Pol… —Mi amigo me pone una mano en el hombro—. Vamos, suéltalo.

—Joder, Axel —respondo desesperado—. Tienes que creerme. Jamás me inventaría algo así.

—Lo sé. Seguro que has oído mal…

—¡Lo he escuchado perfectamente! —protesto furioso—. Es un puto manipulador. Os está engañando a todos. ¿De verdad no puedes verlo?

—Venga, déjalo —me pide apretándome el hombro.

Obedezco de mala gana. En cuanto le quito las manos de encima, David se acaricia el cuello como si hubiera estado a punto de estrangularlo. Leo, Gabi, Nura y Lila aparecen en ese momento.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Leo confundido.

—¡Me ha atacado! —se queja David—. Sin venir a cuento…

—Eso no es…

—Díselo, Axel —me interrumpe David—. Tú lo has visto.

Leo y los demás miran a Axel, que está visiblemente incómodo. Mi amigo se mira los pies y luego suspira.

—Ha sido una tontería. —Intenta restarle importancia—. Pol ha malinterpretado…

—¡No he malinterpretado una mierda, joder! —me defiendo. Le doy una patada a la estantería de las toallas. Me doy cuenta de que todos me miran con los ojos muy abiertos. Mi cabeza me pide que me calme, pero el corazón me va a mil por hora—. Lo he escuchado hablar mal de Gabi…

—Estaba charlando con mi madre. A mi abuela la han ingresado en el hospital y la he llamado para preguntarle qué tal estaba. —David le entrega el móvil a Leo—. Toma, llámala si quieres para que ella te lo explique.

Estoy convencido de que hablaba con un amigo y le ha cambiado el nombre al contacto. Por desgracia, Leo no acepta el móvil. En lugar de eso me mira de una forma que me duele. Ninguno de ellos me cree. Lila da un paso hacia mí, pero levanto los brazos para impedirle que se acerque. Me empieza a faltar el aire.

—¿En serio vais a creer a este gilipollas antes que a mí? —les recrimino.

—¿Todo esto es porque estás celoso? —pregunta Gabi perpleja—. Te recuerdo que él no estaría aquí si no te hubieras largado.

—¡No estoy celoso! —estallo fuera de mí.

—Tiene razón —interviene David—. Lo que está es puesto de algo. Lo vi encerrarse en su habitación hace un rato. No quise decir nada para no meterme donde no me llamaban, pero…

—¿Qué cojones estás diciendo? —Voy a encararlo, pero Leo se interpone en mi camino y consigue frenarme justo a tiempo—. ¡Estoy limpio! No he vuelto a consumir. Yo jamás…

Me quedo callado al ver que mis amigos me miran preocupados. Parpadeo sin dar crédito. ¿En

serio? ¿De verdad creen en la palabra de este mentiroso de mierda que solo intenta suplantarme?

—Debe de tener la droga escondida en alguna parte —sugiere David.

—Pol —Gabi pronuncia mi nombre con una mezcla de ira y determinación—, si has vuelto a recaer…

—Sé que fui un capullo —le digo irritado—, pero te prometo que aprendí la lección.

Gabi no responde, sino que se limita a salir del baño. Axel y Leo se quedan bastante confundidos, pero luego la siguen. Los acompaño de mala gana hasta mi habitación, donde Gabi está rebuscando en mi maleta. En este momento estoy completamente desamparado. Ojalá uno de ellos diera la cara por mí.

—No tienes derecho a hacer eso —le recrimino con impotencia. Espero que alguno de mis amigos me apoye, pero se limitan a guardar silencio. Le doy una patada a una cesta de mimbre que hay a los pies de la cama—. ¿En serio? ¿Esa es la confianza que tenéis en mí?

—Pol tiene razón —me defiende Nura—. No podemos registrar sus cosas solo porque en el pasado…

—¿Qué coño es esto? —A Gabi le tiembla la voz cuando coge una bolsita trasparente que contiene un polvo blanco. La levanta para que todos la vean. Me mira hecha una furia—. Eres un puto gilipollas, Pol.

—No es mía —digo como si hubiera visto un fantasma. Retrocedo conmocionado y me choco con Lila, a la que no había visto—. Os juro que no es mía.

—Vamos a calmarnos —sugiere Lila—. ¿Por qué no nos sentamos a hablar las cosas con tranquilidad y…?

—¡No tengo nada de lo que justificarme! —exclamo desesperado—. No es mía, joder. David la ha puesto ahí. Os está engañando a todos.

—Estás enfermo —escupe David—. Primero me atacas y ahora me culpas de meter droga en tu maleta. No tengo por qué quedarme a aguantar tus faltas de respeto. Desde que nos conocimos me has tratado como si no valiera nada. Soy consciente de que este no es mi lugar. Cuando acepté el trabajo, lo hice sabiendo que sería algo temporal. Nunca he pretendido suplantarte. Leo sabe que te admiro profundamente como músico. Pero todo tiene un límite. Será mejor que me vaya.

Me quedo a cuadros cuando se marcha. Me da por reír porque la situación es surrealista. Como batería es del montón, pero como actor tiene muchísimo futuro.

—¿No os habréis tragado sus mentiras? —pregunto perplejo.

—¿Por qué íbamos a creerte a ti? —replica Gabi—. Te largaste, Pol. Desapareciste de nuestras vidas. Nos demostraste que te importábamos una mierda. Para mí, tu palabra no vale nada en este momento.

—De puta madre, Gabi —respondo fuera de mí—. Al menos ya vuelves a ser la misma niñata

a la que estoy acostumbrado.

—¡Por lo menos no soy una drogadicta!

—Eres una resentida de los cojones —le digo para hacerle daño—. Eso es peor.

—¡Ya basta! —chilla Lila—. ¿Os estáis oyendo?

—Lleva razón. —Nura se planta a su lado y nos mira mientras niega con la cabeza—. ¡Sois amigos! Tenéis una conversación pendiente. Pero, en lugar de afrontar todos los errores que cometisteis, os poneis a gritar la primera barbaridad que se os pasa por la cabeza.

—Tranquila, Nura —respondo con toda la calma que consigo reunir—. Sé cuándo sobro. Me piro.

—Pol… —me pide Leo—. Vamos a tranquilizarnos.

—Estoy muy tranquilo. —Cojo la maleta, meto la ropa que hay desperdigada en el suelo y cierro la cremallera—. Habéis preferido creer a ese capullo. Genial. Yūgen ya tiene nuevo batería. Buena suerte, amigos…

—¡Pol! —Oigo la voz de Axel cuando salgo por la puerta.

Ignoro la llamada de mis supuestos amigos y me dirijo al coche. Me pesa el alma con cada paso que doy. Me duele que no me hayan dado un voto de confianza. Sí, sé que la cagué hace ocho meses, pero desde entonces estoy limpio. ¿De verdad no merezco el beneficio de la duda?

—¿En serio? —Nura me alcanza antes de que me suba al coche—. ¿Te vas así?

—David ha ganado. —Abro la puerta y tiro la maleta en el asiento del copiloto—. Ya tiene lo que quería.

—No se trata de…

—Venir aquí ha sido un error. —Me siento y arranco el coche. Antes de cerrar la puerta, añado con amargura—: Ya no formo parte de Yūgen.

50
Pol

Lo primero que hago nada más llegar a Barcelona es llamar a unos colegas. Necesito desconectar. Quiero borrar las últimas veinticuatro horas. Arrancármelas del pecho como si no hubieran existido. Todo es demasiado reciente y doloroso. Sé que podría llamar a Freya, pero me da rabia ser su segunda opción. No quiero suplicar la atención de una chica que tiene novio. Solo por esta noche quiero rodearme de gente que busque mi compañía y me diga que soy el mejor. No importa que me mientan. Solo deseo dejar de sentirme solo.

Al cabo de una hora la casa está llena de gente. A algunos los conozco y a otros no los he visto en mi vida. Subo el volumen de la música para no oír mis pensamientos. Alguien me ofrece una cerveza. Al principio rehúso. Quiero ser fuerte y demostrar que soy capaz de divertirme sin meter la pata. Luego recuerdo la discusión con Gabi y todo me parece una mierda que no puedo soportar estando sobrio.

Solo necesito tres cervezas para estar achispado. Llevo mucho tiempo sin beber y ya no tolero el alcohol igual que antes. En desintoxicación me explicaron que el alcohol y las drogas forman parte del mismo círculo, así que lo dejé. Es increíble la facilidad con la que una mala decisión puede estropear todas las buenas promesas que te hiciste. De repente, no me importa nada. Me tiro a la piscina con la ropa puesta. Me aplauden. Pego un grito. Me pongo a bailar. Los demás se unen a mí.

La fiesta se va descontrolando poco a poco. Alguien rompe la mesa de cristal del salón. Una chica se corta un pie al caminar descalza. Dos morenas y un presentador de televisión montan un trío en plena cocina. Una rubia muy atractiva intenta besarme, pero la rechazo. Me llama amargado. Me da igual. El sexo por despecho me parece una basura. Solo hay unos labios que me muero de ganas de besar. Sería patético que me desquitara con la primera que se me cruza por delante. Necesito divertirme. Eso es todo.

Me pregunto qué opinarían los demás si me vieran en este momento. Aparto ese molesto pensamiento de mi cabeza. No puedo pensar en Leo, Axel y Gabi, ni tampoco en Freya. Salgo de la piscina y me arrastro al minibar para servirme otra copa de lo primero que pillo.

—¡Por fin vuelves a ser el mismo de siempre! —Un tipo me da una palmada en la espalda—. Tengo algo para ti.

Se me ha nublado la vista por culpa del alcohol y tardo unos segundos en reconocerlo. Es uno de los tíos que me encontré en el baño del concierto de Yūgen. El que me llamó aburrido. Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me ofrece una bolsita que contiene un polvo blanco.

—Venga, cógela. Invito yo. Lo estás deseando.

Tiene razón. Echo de menos la sensación de vacío y levedad que siento al meterme una raya. Extiendo el brazo para cogerla. Al ver lo que estoy a punto de hacer, retrocedo conmocionado. Recuerdo al chico medio muerto tirado en la cama de aquella habitación de hotel. El mismo miserable que hizo sufrir a sus amigos y obligó a su hermana a permanecer una semana en el hospital.

¿De verdad quiero volver a ser ese imbécil?

¿De verdad no he cambiado?

¿De verdad soy un cobarde que escoge la opción fácil en cuanto las cosas van un poco mal?

Dejo caer el brazo y sacudo la cabeza.

—¿No? —El tipo me mira decepcionado—. Tú te lo pierdes.

Me doy la vuelta y huyo de la terraza. Me tropiezo con varias personas que reclaman mi atención e intentan arrastrarme de regreso a la fiesta. El corazón se me va a salir del pecho. Me cuesta respirar. Corro a encerrarme en el baño, que está ocupado por dos chicas que se lo están montando en la ducha.

—Largo —les pido jadeando.

—Únete a nosotras —dice una con voz melosa.

—¡Fuera, joder! —Le pego un puñetazo al espejo, que estalla en mil pedazos.

Las dos se sobresaltan y salen pitando sin ni siquiera vestirse. Cierro la puerta, echo el pestillo y me derrumbo en el suelo. Me sostengo la cabeza. Estoy temblando. No sé qué estoy haciendo ni qué pretendía demostrar. Ojalá ahí afuera hubiera una persona a la que le importara de verdad. Jamás me había sentido tan solo e indefenso.

51
Freya

Me despierta el tono de llamada de mi teléfono. Me pongo en tensión. Extiendo el brazo para coger el móvil, que está sonando en la mesita de noche. Al leer el nombre de Iris en la pantalla me siento de golpe en la cama. Son las dos y media de la madrugada. Debe de haber sucedido algo terrible. De lo contrario, no me llamaría.

—¿Qué pasa? —pregunto angustiada.

—Perdona, ya sé que es muy tarde y te habré despertado —habla acelerada—. Lo siento muchísimo. No sabía a quién recurrir. Y la maldita escayola me impide salir de casa. Te juro que no te habría llamado si…

—¡Iris! —exclamo alterada—. ¡Ve directa al grano! ¿Estáis bien? ¿Ha pasado algo?

—Nosotros estamos bien —me aclara, y el alivio se apodera de mí—. Pero Pol…

—¿Qué sucede? —Mi voz suena estrangulada.

Pongo el altavoz, salgo de la cama y comienzo a vestirme a toda prisa con la ropa que hay desperdigada en el suelo.

—El amigo del amigo de un conocido me ha dicho que…

—¿Quién?

—¡Da igual! Un cliente del bufete que conoce a Pol. Qué más da quién me haya llamado. Por lo visto, mi hermano ha montado una fiesta en su casa…

—Pensé que estaba en Guipúzcoa.

—Sí, yo también. —Se queda callada—. ¿Cómo sabes que estaba en Guipúzcoa?

—Me lo comentó el otro día. Me llamó para la revisión de su coche —miento para salir del paso—. Vale, tu hermano ha montado una fiesta. ¿Cuál es el problema?

—Una fiesta con alcohol y vete a saber qué más. Me acaban de enviar una foto del salón de su casa. Joder, está todo patas arriba. Hay cristales por todas partes y gente follando en el sofá. Estoy segurísima de que la cosa se ha descontrolado. Me asusta que… —Hace una pausa. Tiene la voz llorosa—. Temo que recaiga. Lo he llamado un montón de veces, pero no me coge el teléfono.

Tengo que agarrarme a la mesita de noche porque me sobreviene un mareo. La idea de que Pol pueda haberse metido algo me asquea. Hace ocho meses estuvo a punto de morir.

—¿Y si no me coge el teléfono porque…?

—Voy para allá. —No la dejo acabar la frase. Sé lo que iba a decir. No quiero que pronuncie la palabra «sobredosis» en voz alta.

—Siento haberte metido en este lío. Eres la única persona a la que puedo recurrir.

—Seguro que está bien —intento tranquilizarla, a pesar de que estoy absolutamente aterrada.

No sé qué ha podido llevar a Pol a montar una fiesta en su casa. Joder, parece que no aprende. Cuando me contó que estuvo a punto de sucumbir a la tentación en el concierto de Yūgen parecía muy arrepentido. Lo creí. Vi al chico destrozado y vulnerable que intentaba recomponer su vida. No me puedo creer que haya decidido tirarlo todo por la borda. Si no estuviera tan asustada, estaría cabreadísima con él. Solo espero que no haya hecho ninguna tontería. Necesito mirarlo a los ojos y que me regale una de esas sonrisas burlonas que tanto me gustan. Es todo lo que pido.

Ni siquiera tengo que llamar a la puerta, pues está abierta. El relato de Iris se queda corto. Menos mal que no está aquí para ver el desastre en el que se ha convertido el ático de su hermano, puesto que seguramente le daría un infarto. Muebles rotos, cristales por todas partes, botellines de cerveza vacíos en cada esquina. Hay un par de parejas follando en el sofá, a plena vista de todos. Joder, ni siquiera se cortan. Un tipo está vomitando en un jarrón. Un par de energúmenos se están pegando mientras un grupo los jalea. Dos hombres se están metiendo unas rayas en la encimera de la cocina. En la terraza el caos se multiplica. Gente desnuda en la piscina, consumiendo droga y bailando desenfrenada. Hay una chica desnuda de cintura para arriba, de pie en el poyete de la barandilla mientras se hace un selfi. Mirarla me da vértigo. No sé cómo me las apaño para llegar hasta ella. Estamos a seis pisos de altura. ¿Se ha vuelto loca? Le quito el móvil y la agarro de la muñeca.

—Baja de ahí —le ordeno—. Te vas a caer.

—¡Solo me estaba divirtiendo!

Se ríe y me salta encima. Me aparto de ella y me abro paso entre la multitud para buscar a Pol. ¿Dónde coño se ha metido?

—Métete en el agua, guapa. —Un tipo que está en la piscina me agarra el tobillo y estoy a punto de caerme—. Quítate la ropa. No seas sosa.

Tengo que contenerme para no darle una patada en la cara.

—Suéltame —le espeto.

—¡Uuuh! —Levanta las manos—. Tranquila, no muerdo. ¡Soy un pez!

Pega un salto como si fuera un delfín y me enseña la polla antes de zambullirse en el agua. Lo que me faltaba. Se lo podría haber ahorrado. La tiene del tamaño de un lápiz de Ikea.

Pol no se encuentra en la terraza ni en el salón ni en la cocina. Voy directa a los dormitorios.

El suyo está vacío. En el de invitados hay una pareja que lo está dando todo. El tipo me grita que me largue, pero la chica me dedica una mirada traviesa y me pide que me una a ellos.

Se acabó. No puedo más. Regreso al salón y apago la música. Nadie se da cuenta, por lo que me veo obligada a tomar una medida más drástica.

—¡La fiesta ha terminado! —grito a pleno pulmón. Si me escuchan, me ignoran por completo. Respiro hondo y chillo—: ¡Tenéis un minuto para largaros! ¡Los *mossos* vienen de camino!

Se produce una estampida. No falla. Es nombrar a la pasma y todos salen por patas. Miro a mi alrededor para localizar a Pol. Cuando la casa se queda vacía, me aseguro de cerrar la puerta y voy al único sitio en el que no lo he buscado. El pestillo del baño de su dormitorio está echado. Llamo a la puerta.

—¡Abre, joder! —le ordeno exasperada—. Te doy un segundo antes de que tire la puerta abajo.

—¿Freya? —pregunta con voz temerosa.

La puerta se abre muy despacio. Está completamente pálido. No se esperaba que viniera. Me mira del todo avergonzado. Por un instante me compadezco de él, pero luego recuerdo el susto que me he llevado y le pongo las manos en la cara para mirarlo a los ojos. No tiene las pupilas dilatadas.

—¿Qué haces? —replica intentando liberarse de mi agarre.

—¿Te has metido algo? —exijo saber—. No me mientas.

—No. —Me sostiene la mirada para que compruebe que está limpio—. Solo he bebido tres cervezas.

Lo suelto de golpe y me alejo de él. Me enfurece que haya vuelto a consumir alcohol, pero podría haber sido peor. Estoy demasiado alterada para tenerlo cerca en este momento. Recuerdo que Iris debe de estar igual de asustada que yo hace unos minutos, así que le escribo un wasap en el que le explico que su hermano se encuentra bien.

—¡Eres un gilipollas! —le grito nada más enviar el mensaje.

Pol se sobresalta. Abre la boca para decir algo, pero luego se lo piensa mejor. Tiene las manos metidas en los bolsillos. Agacha la cabeza y evita mi mirada. En este momento podría golpearlo, así que le doy la espalda, regreso a la cocina y cojo una bolsa de basura. No soporto ver su ático en semejantes condiciones.

—Para. —Me sigue cuando comienzo a meter botellas de alcohol en la bolsa—. Freya, para.

Me pone una mano en el hombro y me vuelvo hacia él hecha una furia.

—No me toques.

—Deja que me encargue yo —dice con voz queda—. No tienes por qué hacerlo.

—¿Tú? —Me río con desgana—. Tú te has escondido en el baño como un cobarde.

Pol se encoge como si lo hubiera golpeado. Una parte de mí quiere soltar la bolsa de basura y

abrazarlo para darle consuelo. La otra sabe que no es lo que necesita. Ha cometido un error que le podría haber costado muy caro. Por suerte, se encerró en el baño antes de sucumbir a la tentación. Pero estoy demasiado asustada y enfadada para conformarme con eso. Podría haberlo perdido. La idea de vivir en un mundo en el que él no está me resulta insoportable.

—No sé qué pretendías demostrar —le recrimino—. Ni qué querías conseguir al invitar a toda esa gente a tu casa.

—Necesitaba dejar de sentirme solo —murmura abatido.

—¡Pues haber llamado a tu hermana, joder! ¡O a mí! ¡Podrías haberme llamado a mí! —Espero que diga algo, pero no lo hace, lo que acrecienta mi ira—. Saliste de desintoxicación. ¡Pensé que habías aprendido la lección! Sabes que no puedes hacer estas cosas. No puedes meter la cabeza en la boca del lobo. ¿Qué quieres demostrar? ¿Que no vas a drogarte aunque tengas un montón de coca en tu casa? ¿De verdad crees que eres tan fuerte?

—No lo soy —admite con voz ronca.

—No te entiendo. —Sacudo la cabeza. Los ojos se me llenan de lágrimas. No soporto que se haya hecho esto a sí mismo—. No lo entiendo, Pol…

—Lo siento.

Me aparto con brusquedad cuando intenta tocarme. Me pongo a recoger la cocina a toda prisa, metiendo todo lo que encuentro en la bolsa. Me da igual si tiro a la basura algo que sea importante para él. Se lo merece por haberme dado un susto de muerte.

Pol sabe que no puede acercarse a mí en este momento, así que coge otra bolsa de basura y se pone a recoger conmigo. Le pido que se calle cuando me ruega que deje de limpiar su casa. Al final se da por vencido. Entre los dos acabamos en una hora. Le pregunto dónde tiene el recogedor para barrer los cristales del salón, pero se adelanta y lo hace él. Por fin este lugar vuelve a ser el de antes, salvo por las bolsas de basura que hay amontonadas en el pasillo.

—Deberías quitar las fundas del sofá —le sugiero—. A no ser que no te dé asco sentarte en un sitio donde han follado varias personas.

Voy a la cocina para servirme un vaso de agua. Sé que me está observando. Ya ni siquiera tengo fuerzas para estar enfadada con él. Me da rabia que me importe tanto. Acaba de demostrar que no se lo merece. Sin embargo, aquí estoy.

—Ojalá no hubieras venido —dice con voz grave—. Eres la última persona que quería que me viera así.

—Así… ¿cómo? —Me cruzo de brazos y lo observo.

—Como un gilipollas.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Lo siento.

—Deja de decir que lo sientes —le espeto—. Llama a tu hermana. Está preocupada. No se

cree que estés… limpio.

Pol asiente, saca el móvil y la llama delante de mí. No quiero escuchar la conversación. Me duele que nos haya hecho pasar un mal rato. Por eso salgo de la cocina, intentando no rozarlo cuando cruzo por su lado.

Todo es muy confuso. Me duele la cabeza y el corazón me va a mil por hora. Quiero alejarme de él, pero, al mismo tiempo, necesito darle ese abrazo que antes le he negado. Mirarlo a los ojos y pedirle que me explique por qué lo ha hecho. Asegurarle que puede recurrir a mí si vuelve a tener un momento de debilidad, porque quiero sostenerlo igual que él ha hecho conmigo cuando lo he necesitado.

—Mi hermana también piensa que soy idiota —dice después de colgar.

Cojo mi chaqueta y me dirijo a la puerta sin mirarlo.

—Me voy.

Pol me alcanza y se pone delante de mí.

—Espera.

—Aparta de mi camino.

—Espera —me insiste desesperado—. No te vayas.

—Pol, hablo en serio.

—Yo también. —Se acerca un poco más a mí—. Quédate conmigo, por favor.

—Es que… —Me muerdo el labio—. Estoy muy enfadada contigo. No quiero decir cosas de las que mañana me pueda arrepentir.

—No pasa nada. Soportaré lo que sea con tal de que te quedes conmigo. Insúltame si quieres, pero no me dejes solo esta noche.

Estoy a punto de decirle que él se lo ha buscado, justo me doy cuenta de que le sangra la mano. Ahogo un grito. Pol se mira los nudillos como si hubiera olvidado que tiene cristales clavados en ellos.

—Ay, Dios… —murmuro horrorizada.

—No es nada —me asegura muy tranquilo—. Me cabreé cuando vi a dos chicas enrollándose en mi baño y le di un puñetazo a un espejo. No me duele.

—Qué actitud más madura.

—Ya he demostrado lo maduro que soy.

Me vengo abajo. Definitivamente, no puedo marcharme. No está bien.

—Vamos a curarte esa mano. —Me quito la chaqueta y regreso a la cocina—. ¿Dónde tienes el botiquín?

Me acaricia la muñeca. Es un roce cálido e intenso que me sobresalta. En lugar de apartarme, inspiro hondo y lo miro a los ojos. Las lágrimas que he intentado contener desde que llegué a su casa pugnan por salir. Levanta el brazo hasta poner su mano en mi mejilla. Y entonces me besa.

Un beso fugaz en la frente. Cierro los ojos y lo atraigo de la camiseta para que no se aparte de mí. Ambos estamos temblando.

—Si vuelves a hacer algo así, se acabó —le advierto—. Me pierdes. ¿Entendido?

—No digas eso. —Rodea mi cintura y apoya la barbilla en mi cabeza—. Algunos días eres el único motivo por el que me levanto de la cama.

Las emociones se agolpan en mi pecho. No debería decirme ese tipo de cosas, pues parecen muy sinceras y me trastocan por completo.

—No sé si soy tan fuerte —admite con voz ronca—. Solo sé que no quiero perderte. A ti no. Los perdí a todos y fue una mierda. Tú no, por favor.

Me percato de que está llorando y se me parte el corazón. Le devuelvo el abrazo para que sepa que estoy aquí. No voy a irme a ningún lado. No voy a abandonarlo.

—Estoy aquí —intento calmarlo—. Te tengo.

Le demostraré que es algo más que el chico malo del rock. Que dentro de esa alma atormentada hay una buena persona que merece ser amada. Que no voy a marcharme cuando más falta le hago porque en realidad nos necesitamos mutuamente. Porque lo que tenemos es jodidamente real. No importa que no sea perfecto. Ninguno de nosotros lo es. Podemos sanar nuestras heridas con ayuda del otro.

—Seremos fuertes juntos —digo en voz alta.

52

Freya

Pol me lo ha contado todo. Sé que no me ha mentido. No ha escatimado detalles. Está devastado. Me ha explicado que se sintió como una mierda después de la discusión con Gabi y que se largó porque creía que sobraba. Luego ha admitido que se sintió solo e invitó a todas esas personas a su casa para dejar de estarlo. «Sé que no les importo —ha dicho con amargura—. Supongo que eso me convierte en alguien todavía más patético».

—No eres patético —lo corrijo con firmeza.

Estamos tumbados en su cama. Hemos cambiado las sábanas por razones evidentes. Estamos acostados de lado, mirándonos mientras hablamos en voz baja, algo ridículo porque estamos solos.

—No sabía que le hubiera hecho tanto daño —dice abatido—. Sé que herí sus sentimientos, pero no tenía ni idea de hasta qué punto. Creo que jamás podremos volver a ser los mismos. Gabi me odia.

Resoplo y me aparto un mechón del ojo. Menuda tontería.

—Gabi no te odia —respondo con calma—. Te quiere. Por eso está tan enfadada contigo. Por lo poco que hablé con ella, tuve la impresión de que estaba dolida por que la apartaste de tu vida.

—¿Cuándo hablaste con ella? —pregunta desconcertado.

Me muerdo el labio. Mierda, se me ha escapado. De todos modos, no tiene sentido que siga ocultándoselo. Si se lo cuento, tal vez lo ayude a aliviar su carga.

—Me encontré con ella en el servicio después del concierto. Me pidió que no te dijera que habíamos hablado. No quería meterme en medio, así que pensé que estaba haciendo lo correcto.

—¿En medio de qué?

—De vosotros —respondo con un deje de irritación.

Pol me mira con el ceño fruncido.

—No hay nada entre nosotros —me aclara—. Lo hubo, pero ya no. Gabi está enamorada de Sam, y yo…

—¿La echas de menos? —me aventuro al ver que no es capaz de terminar la frase.

—Echo de menos a mi amiga —dice con una profunda tristeza—. Nos conocemos desde los diez años. Es importante para mí. El problema es que tuvimos algo y, cuando terminó, me alejé

de ella como si nuestra amistad no fuera suficiente. Lo hice porque estaba completamente roto. Esa es la única verdad. Y ahora Gabi cree que me importa una mierda porque me largué e ignoré sus llamadas, lo que es una soberana gilipollez, puesto que siempre será fundamental para mí. Leo, Axel y Gabi son mi familia. Ojalá me hubiera apoyado en ellos en lugar de huir como un cobarde.

—Está preocupada por ti. Me preguntó si nos estábamos acostando. Cuando le espeté que no era asunto suyo, me dijo que tenía la esperanza de que hubieras encontrado a alguien. Es evidente que le importas —lo tranquilizo—. Estoy segura de que lo solucionaréis. Dale tiempo.

Pol me mira de una forma muy intensa. Ojalá supiera lo que guarda dentro de su cabeza. Creo que ha sido sincero cuando me ha dicho que no hay nada entre Gabi y él. Parece que son dos amigos que en su día pudieron ser algo más y creen haber estropeado su amistad. Es evidente que se quieren. Seguro que pueden reencauzar su relación.

—¿Por qué siempre sabes qué decir para hacer que me sienta mejor?

Extiende el brazo y me coloca un mechón detrás de la oreja. En lugar de quitar la mano, la deja apoyada en mi mejilla. Pongo la mía sobre la suya para apartarla. No me parece bien que me acaricie mientras estamos tumbados en la misma cama. Es demasiado íntimo. Sin embargo, en cuanto lo hago, sé que no voy a apartarlo porque me gusta muchísimo que me toque. Esta noche pensé que lo había perdido. Ahora solo quiero estar a su lado.

—Solo digo lo que pienso. —Le resto importancia.

—Pues funciona.

—Estás un poco borracho.

—Ya —admite con una sonrisa ladeada—. Acabo de descubrir que mi límite está en tres cervezas.

—Mejor ninguna.

—Te prometo que no volveré a beber.

—Prefiero que no hagas promesas que no sabes si podrás cumplir.

—Lo de esta noche —me acaricia la mejilla— ha sido un error. No quiero ser el de antes. Te lo juro.

Aprieto su mano para que sepa que lo creo. Me sonríe con debilidad.

—Quédate a dormir conmigo, por favor.

Trago saliva. Si dormimos en la misma cama, no estoy segura de poder frenar mis sentimientos. Y lo que siento, sinceramente, son unas ganas tremendas de besarlo.

—No creo que sea una buena idea —digo con voz queda.

—A mí todo lo que tenga que ver contigo me parece una buena idea.

Y así, sin más, acaba de salirse con la suya. Me gustaría ser más fuerte, pero esta noche no

puedo. Todo ha sido demasiado intenso. Estoy agotada, me pesan los párpados y no quiero alejarme de él. Es ridículo luchar contra mi corazón.

—No intentaré nada raro —me promete—. Ni te besaré aunque me muera de ganas.

Lo creo, por lo que me pego más a él en busca de calor. Solo estamos tapados con una sábana, ya que hemos metido el nórdico en la lavadora. Menos mal que su cuerpo es un refugio muy cálido. Apoyo la frente en su pecho. Sus dedos se enredan en mi pelo.

—Me gusta tu pelo.

—Dijiste que me parecía a Morticia Addams —le recuerdo con retintín.

—También te dije que eras fea y me pareces la chica más guapa del mundo.

Le doy un golpe en el pecho.

—Has dicho que no intentarías nada raro.

—¿No puedo decir la verdad? —replica, y sé que está sonriendo—. Me gusta tu pelo. Y tu cara. Me gusta mucho tu cara.

—Pol, para —le pido nerviosa.

—Me gusta el color de tus ojos. Son de un tono avellana que no he visto en otra persona. Y me encanta tu naricilla. —Levanto la cabeza para ordenarle que se calle y me toca la punta de la nariz—. Eres preciosa.

Un intenso calor se apodera de mis mejillas. Vuelvo a esconder la cabeza en su pecho. Me niego a mirarlo a los ojos mientras me dice esas cosas.

—Definitivamente, tendríamos unos hijos guapísimos si nos diera por…

—¡Pol! —Le golpeo el pecho para que se calle—. ¡Somos amigos! ¡No puedes decir eso!

—Ah, ¿no? —pregunta con falsa inocencia—. Solo constataba un hecho.

—Duérmete ya, anda. Estás borracho y no sabes lo que dices.

—Los borrachos siempre dicen la verdad. —Enreda un dedo en mi pelo—. Me encanta cómo te huele el pelo a manzana.

Abro los ojos de par en par. ¿Acaba de… olerme el pelo? Mi estómago se contrae.

—Te regalaré el mismo champú —digo con voz rasposa.

—Las chicas detallistas son mi debilidad.

Nos reímos. Es de lo que no hay.

—Si sigues hablando, me iré al otro dormitorio —le advierto—. Nada de decir cosas raras.

—¿Admitir que me gusta tu cara es raro?

—Sí —respondo colorada. Menos mal que no puede verme—. En el colegio me llamaban Cruella de Vil. Un año me votaron como la chica más fea de clase.

Pol me está abrazando y noto cómo se tensa.

—Los encontraré y los mataré a todos.

—¿Qué eres? ¿Liam Neeson? —le vacilo.

—Tengo dinero y contactos. Podría hacerlo.

Si no lo conociera, pensaría que habla en serio. La verdad es que parece muy enfadado.

—Fue hace un montón de tiempo. Ya no importa.

—A mí sí.

—Los críos pueden ser muy crueles. —Le resto importancia—. Por desgracia para ellos, nunca fui muy presumida. Mi aspecto siempre ha estado al final de mi lista de prioridades.

—Eres extraordinaria. —Me da un beso en la frente que me acalora—. Y muy guapa.

—Si tú lo dices…

—Ni se te ocurra llevarme la contraria. —Me abraza contra su pecho. Estoy en la gloria—. Podría estar horas dándote razones por las que me pareces preciosa. ¿Quieres empezar una discusión que no puedes ganar?

—¡No!

—Bien —responde satisfecho—. Eres preciosa. Fin de la historia.

Se queda callado y creo que por fin se ha quedado dormido, aunque me sigue abrazando como si tuviera miedo de que fuera a escaparme. Me voy relajando poco a poco, hasta que vuelve a abrir la boca.

—¿Sabías que no es la primera vez que le pego un puñetazo a un espejo? —comenta sin venir a cuento—. Parece que son mi kryptonita. Debería librarme de todos los espejos de mi casa, por si acaso.

—Normal. Eres tan feo que te enfadas cuando te miras en uno.

—Qué cabrona.

Nos reímos. No he podido evitarlo. Está borracho y le ha dado por soltar tonterías, como decir que soy preciosa cuando todos saben que soy del montón. Necesitaba ponerlo en su sitio.

—Gracias por quedarte —dice cuando consigue dejar de reír—. De verdad.

—En realidad no quería irme —le confieso—. Pero estaba muy enfadada contigo porque pensé que te había sucedido algo malo.

Pol se queda callado, lo cual me sorprende porque hay pocas cosas que lo dejen sin palabras.

—Lo de antes iba en serio. Si vuelves a hacer una tontería como la de esta noche, me perderás. No pienso presenciar cómo te destruyes. —La voz se me tiñe de lágrimas y hago una pausa antes de volver a hablar—: Me dolería demasiado.

Espero que diga algo. Una broma de las suyas para rebajar la tensión. Un comentario provocador. Lo que sea. Pero después de lo que me parece una eternidad, me estrecha entre sus brazos y noto que está temblando. Me siento fatal, aunque no me desdigo porque he sido muy sincera. Voy a estar a su lado si me deja. Voy a ayudarlo. Sin embargo, si quiere destruirse, no me quedaré a contemplarlo. Me importa demasiado. No sería capaz de soportarlo. Es un hecho.

No sé en qué momento ha sucedido. Lo único que tengo claro es que ya no lo veo como un amigo. Y eso, joder, me asusta muchísimo.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

El chico malo del rock la lía de nuevo

Parece que Pol Casals, exbatería de Yūgen, no aprende de sus errores. Una fuente muy cercana a la banda nos ha confirmado que ha dejado definitivamente el grupo. Por lo visto, sus antiguos compañeros se habrían cansado de los malos vicios del artista. En lugar de hacer autocrítica, el rey de las noches de Barcelona decidió dar una fiesta por todo lo alto en su casa. Según nos comentan algunos testigos, en la fiesta hubo demasiado alcohol y desenfreno. Ya podría aprender de David Sarcos, su suplente. El nuevo integrante de Yūgen es un chico amable con la prensa y que parece haber conseguido el beneplácito de sus compañeros.

¿Estamos ante el final de la carrera musical de Pol? ¿Cómo se habrá tomado que sus amigos lo hayan cambiado por otro? ¿Dónde quedó aquello de que eran una familia? Por desgracia para los fans de Pol, parece que el batería ha abandonado el grupo para siempre…

53
Pol

Cuando me despierto Freya ya se ha marchado, algo lógico porque tenía clase a primera hora. Me duele la cabeza y me arrastro como un zombi hasta la cocina para buscar un ibuprofeno. Contemplo con asco el montón de bolsas de basura que hay en el pasillo. Podría llamar al conserje para que las bajase a cambio de una propina, pero es mi castigo por haber hecho el imbécil. No sé qué pretendía al invitar a toda esa gente a mi casa. Bueno, sí lo sé. Ese es el problema. Quise buscar la aprobación de un montón de personas a las que les importo una mierda.

Abro todas las ventanas del ático para deshacerme del olor a sexo, sudor y drogas. No lo soporto. No quiero ser el Pol de antaño. No quiero tener nada que ver con el batería que montaba fiestas salvajes, se drogaba y estaba empeñado en destruirse.

Después de tirar la última bolsa de basura, me limpio las manos en los vaqueros y pulso el botón del ascensor. Normalmente subo por las escaleras. Me gusta mantenerme en forma, pero hoy estoy hecho polvo. Me prometí que dejaría el alcohol y las drogas. Sin embargo, aquí estoy. Una mala decisión me ha devuelto a la casilla de salida. Siento mucha rabia. Jamás había estado tanto tiempo limpio, y ayer por poco la cago. Menos mal que me encerré en el baño para alejarme de aquella bolsita llena de coca. De lo contrario, sé lo que habría pasado.

—¡Pol!

Me sobresalto al oír la voz de mi madre. Al principio pienso que es una alucinación. Creí que le había dejado bastante claro que no quería saber nada de ella.

—¿Qué haces aquí? —Me vuelvo hacia ella con la mandíbula apretada—. ¿Vienes a ver a una amiga?

—No —responde extrañada—. Ninguna de mis amigas vive aquí.

—Entonces no sé a qué has venido.

—Sé que anoche diste una fiesta que se te fue de las manos —dice con inusitada valentía—. No me culpes por querer saber si seguías con vida.

Me río en su cara. Esto es el colmo. Ahora va de madre preocupada. Lo que faltaba.

—¿Y a ti qué cojones te importa si la palmo?

Abre los ojos, horrorizada.

—Eres mi hijo…

—Tu hijo… —repito con sorna—. A un hijo no se le hace lo que tú me hiciste.

—Pero Pol…

—Y te recuerdo que tienes otro hijo. Se llama Nico. ¿Lo has olvidado? El mismo del que se ha hecho cargo tu hija mayor porque sus padres son unos desgraciados.

—Es complicado…

—¡No es complicado, joder! —exclamo fuera de mí—. Estás casada con un monstruo y lo has elegido a él por encima de nosotros.

—Os quiero… —balbucea.

—No sabes lo que es el amor. —Entro en el ascensor y la miro con odio mal contenido—. Si lo supieras, no estarías aquí. Por tu culpa sufrí una sobredosis. Estaba en mi peor momento y apareciste en aquel concierto para restregarme el pasado. Fuiste la gota que colmó el vaso.

Mi madre yergue la espalda. Su expresión desolada se convierte en una máscara de fría rabia.

—¿Cómo te atreves a echarme la culpa de lo que te pasó? —me recrimina furiosa—. ¡Tú tomaste aquella decisión! ¡Nadie te obligó a drogarte! Nos hiciste sufrir a todos. A tus hermanos, a mí… ¡Y nos sigues haciendo daño! ¿Tan poco te importan Iris y Nico? ¿Acaso no has aprendido la lección?

Sus palabras me golpean con dureza. Pensé que ya no tenía el poder de hacerme daño. Estaba convencido de que su opinión no me afectaba. Sin embargo, acaba de tocar mi punto débil: mis hermanos. Por eso, cuando la puerta del ascensor se cierra, me derrumbo en el suelo. Me cuesta respirar. La cabeza me va a explotar. No sé cómo consigo salir a trompicones para llegar a mi ático.

Aunque la odie, tiene razón.

Destruyo a todos los que están a mi alrededor porque soy débil.

Hice daño a mis amigos.

Iris lo pasó fatal por mi culpa. Y ahora, más de ocho meses después, la obligué a llamar a su amiga para que hiciera de niñera. No se lo merece.

Freya… Oh, joder. Freya no debe cargar con mi pasado. Es un rayo de luz en plena oscuridad. Pero, si la retengo a mi lado, acabaré apagando su brillo. No lo puedo permitir. La quiero demasiado para arrastrarla conmigo. Porque, cuando amas a alguien, antepones su bienestar al tuyo. Aunque eso signifique alejar a esa persona para salvarla de ti.

54

Freya

Le sujeto el pelo a Astrid mientras vomita. Hace un par de horas que volvimos del hospital, después del segundo ciclo de quimioterapia. Lleva un buen rato vomitando. Mi padre se asoma al baño de vez en cuando y nos mira con impotencia. Le hago un gesto para que se vaya antes de que mi hermana lo vea. Se siente acorralada cuando ambos nos ofrecemos a ayudarla y suele ponerse a la defensiva.

—Estoy bien. —Se desploma en el suelo con un gruñido.

Me ahorro lo que pienso. Me limito a humedecer una toalla y se la ofrezco para que se limpie. En casa no utiliza el pañuelo con el que se cubre la cabeza. Está pálida, demacrada y ojerosa, pero su fortaleza le confiere una belleza salvaje. Tiene los ojos verdes de nuestra madre y su sonrisa repleta de confianza. En este momento, al mirarla, sé que va a sobrevivir. Y siento un gran alivio porque esta maldita enfermedad no va a poder con ella.

—¿Te ayudo a darte una ducha?

Se huele la camiseta llena de vómito y arruga la nariz.

—Buf, apesto. —Se quita la ropa y me mira impaciente—. Largo, puedo yo sola.

Al ver que no me muevo, resopla y se cruza de brazos. Lo pillo. Debe de ser horrible verte tan incapaz. Es demasiado orgullosa para dejar que la bañe, pero supongo que me pedirá ayuda si lo necesita. Ya ha admitido que no puede hacer esto sola.

—Grita si me necesitas.

—Que sí, pesada.

Salgo del baño y cierro la puerta. Mi padre está en la cocina, leyendo un libro de recetas de *cupcakes*. Quiero arrebatárselo, pero me controlo. El pobre necesita distraerse con algo y le ha dado por la repostería, para nuestra desgracia.

—Hoy no has dormido en casa —comenta sin despegar la vista del libro—. ¿Dónde estuviste?

Lo pregunta como si nada, aunque sé que está preocupado. Cuando era una adolescente jamás tuve toque de queda, básicamente porque confiaba en mí. No es normal que me largue sin avisar. Por un instante estoy tentada de mentirle. No sé cómo se tomará la verdad. Al final decido que no quiero ser la clase de hija que le oculta cosas.

—Fui a casa de Pol —le cuento—. Iris me llamó porque se enteró de que su hermano estaba

dando una fiesta que se había desmadrado. Quería que fuera a comprobar si se encontraba bien. Ya sabes que ella no puede moverse.

—Entiendo. —Me mira sin añadir más. No sé lo que está pensando.

—Iris tenía miedo de que Pol hubiera hecho alguna tontería. Hace varios meses sufrió una sobredosis.

—¿Había hecho alguna tontería?

—Qué va. Se encerró en el baño cuando la fiesta se descontroló. No se había metido nada. —Siento la necesidad de defenderlo para que mi padre no piense mal de él—. ¿Crees que me equivoqué al ir a su casa?

—¿Te arrepientes?

—Él habría hecho lo mismo por mí.

—Cielo, eso no es lo que te he preguntado.

—No —respondo sin vacilar—. Me necesitaba.

—Bien. —Mi padre vuelve a coger el libro de *cupcakes*—. La próxima vez deja una nota si vas a pasar la noche fuera de casa. Me asusté al ver que no estabas en tu habitación.

Enarco las cejas. ¿Eso es todo? ¿No va a darme una charla?

—¿Ya está? —pregunto descolocada—. ¿No vas a pedirme que deje de ver a Pol? Se supone que ahora es cuando me dices que es una mala influencia, que debería alejarme de él y blablablá.

—Hija —se acerca y me pone las manos en los hombros—, no eres la clase de tonta que se tira de un puente porque uno de sus amigos lo haga. Siempre has tenido mucha personalidad. No me asusta que vayas a drogarte por intentar ayudar a un chico que necesita a una buena persona a su lado.

—Te quiero mucho, papá. —Le doy un abrazo enorme—. Eres un padre molón.

—Lo sabía —responde orgulloso. Me pellizca la mejilla con cariño—. ¿Debería preparar *cupcakes* de chocolate o de vainilla?

—Los más fáciles.

—Qué poca fe tienes en mí. La última vez se quemaron porque puse el horno a demasiada temperatura. Estoy aprendiendo —se defiende—. Podrías pedirle a tu amigo que me diera una clase de cocina.

Pienso en Pol con el delantal atado a la cintura y su sonrisa atractiva campando a sus anchas por nuestra cocina. La imagen me hace sonreír. Seguro que aceptará.

—Se lo diré —le prometo.

—¡Freya! —me llama antes de que salga—. Me recuerdas mucho a tu madre. Ella siempre le daba una oportunidad a todo el mundo. Tenía un sexto sentido para las personas. Fíate de tu instinto. Que nadie te diga lo contrario. Eres una buena chica. Sabrás elegir bien.

Lo miro emocionada. Es justo lo que necesitaba oír. No voy a alejarme de Pol por lo que

escriban un puñado de periodistas sin escrúpulos ni tampoco por la opinión de mi hermana. Tengo derecho a equivocarme, pero algo me dice que anoche, cuando fui a buscarlo, tomé la decisión correcta.

Por eso me pilla tan desprevenida su mensaje. En cuanto lo leo, abro los ojos como platos. Al principio creo que le han robado el móvil. Es imposible que me haya enviado algo así. Luego, al darme cuenta de que me ha bloqueado para que no pueda responderle, me pongo de todos los colores del arcoíris.

¡Es increíble!

¿Cómo se atreve a hacerme esto?

¿Desde cuándo es tan cobarde?

Lo voy a matar.

55
Pol

Están llamando a la puerta como si quisieran tirarla abajo. Sé que es una chorrada, puesto que es blindada. Sin embargo, voy a toda prisa y abro sin mirar porque me cabrea que alguien esté aporreando de esa manera. Freya entra como un huracán furioso antes de que pueda darme cuenta de lo que sucede.

—¡Imbécil! —grita—. ¡Dímelo a la cara!

—¡Freya! —Levanto los brazos para defenderme. Nunca la había visto tan cabreada. Tengo miedo de que me pegue—. Espera, se supone que…

—¡Me has bloqueado! —Coge su teléfono y lee en voz alta el mensaje que le envié—: «Será mejor que no volvamos a vernos». ¿En serio? ¿Me envías esa mierda y luego me bloqueas para que no pueda responderte? ¡Cobarde!

—Yo… —Trago saliva. No debería estar aquí. Pensé que estaría tan enfadada conmigo que le podría el orgullo y no vendría a pedirme una explicación. La subestimé. Es una chica valiente, decidida y que jamás huye de los problemas—. Yo…

—Tú… ¿qué? —exige saber—. ¡No tienes derecho a pasar de mí! ¡Pensé que éramos amigos!

—No he pasado de ti.

Se ríe con incredulidad. No es una risa alegre.

—Me has sacado de tu vida con un puto wasap. Ahora entiendo lo que sintió Gabi. —El golpe me pilla desprevenido, aunque me lo merezco—. ¿Cuál es tu jodido problema? No puedes pedirle a alguien que se quede a tu lado, fingir que te importa y luego abandonarlo sin una mísera explicación. Lo que has hecho es de ser un cobarde, egoísta, rastrero y…

Se le quiebra la voz. Me duele verla así. Jamás imaginé que se plantaría en mi casa para cantarme las cuarenta. Joder, esto solo demuestra que es demasiado buena para mí.

—No he fingido que me importas —digo con voz queda.

—No te atrevas… —Su pecho sube y baja porque respira de manera entrecortada. Tiene los ojos brillantes— a fingir… que te he… importado. No… te… atrevas.

—Freya —me paso una mano por el pelo—, ¿de verdad no lo entiendes? Por eso te envié el mensaje.

—¡La gente que te quiere no rompe contigo con un mensaje! —me recrimina al borde de las

lágrimas—. ¡Me has hecho daño!

—Es lo último que pretendía —respondo agobiado—. Mira todo este desastre. —Señalo los muebles rotos de la casa, resultado de la fiesta de anoche—. Esto es lo que soy. Un idiota que toma malas decisiones ante el menor problema. No quiero arrastrarte conmigo.

—Soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. No te comportes como si supieras lo que es mejor para mí.

—No soy lo mejor para ti, eso seguro. —Trato de hacerle ver—. Soy un exdrogadicto, Freya. Una mala influencia. Tienes que alejarte de mí.

—Anoche me suplicaste que me quedara —me recuerda con voz ronca.

—Lo sé. —Agacho la cabeza avergonzado—. No debería haberlo hecho. Será mejor que te vayas.

Acorta la distancia que nos separa y me pone un dedo en el pecho.

—Mírame —me ordena con tono duro—. ¡Mírame, Pol!

Le devuelvo la mirada, y lo que veo en sus ojos me asusta. Es una determinación implacable.

—Si salgo por esa puerta, no volverás a verme la cara —me advierte—. ¿Es lo que quieres?

Guardo silencio. Me duele su ausencia y ni siquiera se ha marchado. Conocerla es lo único bueno que me ha sucedido en los últimos meses. Sé que lo lamentaré en cuanto se vaya.

—¿Es lo que quieres? —insiste.

—No —claudico—. Precisamente por eso deberías irte.

—No tiene el menor sentido. —Mueve la cabeza. Una lágrima resbala por su mejilla—. Estás asustado. ¿Qué ha pasado para que me enviases ese mensaje? Merezco saber la verdad.

Me pierdo en sus ojos color avellana. Anoche, cuando le dije que era preciosa y no me creyó, hablaba totalmente en serio. Sí, es muy guapa, pero es la belleza de su alma lo que me deslumbra. Nunca he conocido a una persona igual, y sé que jamás encontraré a nadie como ella. Me hace creer que aún existe esperanza para mí. Me obliga a soñar con imposibles, con un futuro repleto de posibilidades.

—Mi madre —digo con un hilo de voz, incapaz de guardármelo.

—¿Qué tiene que ver tu madre en esto? —Me pone las manos en la cara para que la mire. Intento apartarme, pero no me lo permite—. El silencio nunca se ha interpuesto entre nosotros. No voy a dejar que hoy sea el primer día. Cuéntamelo todo.

—Me ha dicho que soy el único culpable de haber sufrido una sobredosis —suelto a bocajarro —. Tiene razón, joder. Por mucho que la odie, ha dado en el clavo. Nadie me obligó a tomar aquella decisión. Y aquí estoy un montón de meses después, haciéndole daño a las personas que más me importan. A mis hermanos, a ti… No puedo soportarlo. No quiero ser de nuevo esa persona. No quiero… herirte.

—Que le den a tu madre —sentencia con un tono tan firme que abro mucho los ojos—. No me

conoce.

—Desde luego —coincido casi a punto de sonreír—. No tiene ni idea de lo cabezota que eres.

—Has sido un egoísta al enviarme ese mensaje —me recrimina.

—Sería egoísta si dejara que te quedases a mi lado.

—¿Todavía no te has dado cuenta? —La miro sin entender. Ella me observa con una tristeza infinita que me hace querer abrazarla—. Estás tan obsesionado con necesitar a alguien que no eres consciente de que hay personas a las que les haces mucha falta. Joder, Pol. Te necesito. Te dije que hacías mi vida más bonita. No tienes derecho a abandonarme en mi peor momento solo porque te hayas asustado. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué hay de lo que yo necesito? Me prometiste que podía llamarte a cualquier hora del día… y ahora resulta que eres un capullo que incumple sus promesas.

«Oh, joder…».

Observo a la chica que tengo delante. No sé cómo no lo he visto antes antes. Tenía tanto miedo de aferrarme a ella que no me he dado cuenta de que me he convertido en su máximo apoyo. Solo quería protegerla, pero al alejarme le he roto el corazón.

—Lo siento. —Le doy un abrazo para que sepa lo arrepentido que estoy. Espero que me rechace o me golpee, pero Freya se limita a esconder la cabeza en mi pecho. Está temblando. Por mi puta culpa. Le acaricio el pelo y le doy un beso en la frente. No voy a abandonarla. No después de saber lo mucho que me necesita—. Lo siento, lo siento, lo siento…

—Deja de decir que lo sientes —murmura con voz llorosa—. Quiero una hamburguesa.

Me separo un poco para mirarla a los ojos.

—Nunca dejarás de sorprenderme —digo riendo.

—Me entra hambre cuando estoy triste.

—Las chicas con buen apetito son…

—Cállate, porfa. —Me tapa la boca—. Sigue abrazándome hasta que me olvide de que estoy enfadada contigo.

—Puedo hacer algo mejor. —Le aparto el pelo de la cara y noto cómo se estremece—. Vamos a por una hamburguesa. Luego te llevaré a un sitio que te va a gustar.

—No quiero ir a…

—Confía en mí. —Entrelazo nuestras manos. Observo lo bien que encajan. No sé en qué momento pude pensar que era una buena idea separarme de ella—. No te arrepentirás.

Me escuece el orgullo cuando me mira con recelo. Lo entiendo. Le he fallado. Menos mal que tengo el resto de mi vida para demostrarle que quiero estar a su lado. Porque, si me lo permite, no habrá fuerza humana o divina que pueda separarme de ella.

56

Freya

Pol se empeña en que lo acompañe a ese misterioso sitio que dice que merece mucho la pena. Me conformaba con pedir hamburguesas y acurrucarnos en el sofá, pero insiste tanto que al final me convence. Paramos en un TGB y pedimos para llevar. Tengo tanta hambre que estoy tentada de decirle que nos quedemos, aunque cambio de opinión cuando un grupo de personas lo reconocen. Al instante estamos rodeados de un montón de chicas que le tocan la cara, lo abrazan y le piden una foto. Me cabrea que sean tan invasivas. En cuanto nuestra comida está lista, lo agarro del brazo y lo saco de allí sin miramientos, pues sé que no iban a dejarlo escapar. Una de ellas me mira con desprecio cuando paso por su lado. Si no le hago una peineta es porque Pol adivina mis intenciones y me rodea con un brazo por encima de los hombros, lo que consigue aplacar mi ira.

—No sé cómo lo soportas —digo al entrar en el coche.

—Gajes del oficio. —Le resta importancia.

—No deberían tocarte sin tu permiso —respondo indignada. Una de ellas incluso le ha dado un beso en la mejilla. No estoy celosa. De verdad que no se trata de eso. Solo imagino cómo me sentiría si un completo desconocido invadiera mi espacio personal. No me parece justo. La gente se pasa tres pueblos con él—. En el fondo, sé que te incomoda. Lo que pasa es que lo disimulas de maravilla.

Pol arranca el coche. Tiene la vista clavada en la carretera mientras conduce. Aunque, por la tensión que emanan sus hombros, sé que he acertado. A nadie le gustaría que lo obligaran a ser cariñoso con un puñado de extraños.

—¿Sabes lo que me cabrea de verdad? —Lo miro con curiosidad—. Creen que saben quién soy porque han leído unas cuantas mentiras en una revista. Quieren a una ilusión. El tipo al que idolatran no existe. Si me conocieran realmente, la gran mayoría de ellas se llevaría una decepción.

Entorno los ojos. No puede hablar en serio. A mí me encanta el chico vulnerable y con un afilado sentido del humor del que no hablan los periodistas.

—Qué equivocado estás… —murmuro—. El batería que aparece en las revistas me parece un tipo superficial, aburrido e insulso. Empezaste a caerme bien cuando te mostraste tal cual eres.

Pol frena en un semáforo en rojo y se vuelve para mirarme. Parece muy sorprendido. Le

sonrío. No puedo evitar extender el brazo para acariciarle la mejilla. Pobre idiota. ¿De verdad piensa que cualquier chica en su sano juicio estaría más interesada en el roquero mujeriego y fiestero en lugar de en el chico sensible que intercambia libros, comenta pelis de Disney y sabe jugar al ajedrez? Se ha vuelto loco.

—A mí me gustas. —Las comisuras de sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. Menos mal. La echaba de menos—. Quién sabe. Quizá he perdido el buen gusto desde que te conocí.

Deja de sonreír y pone cara de querer matarme. Me parto de risa. Resopla como si decidiera que soy un caso perdido, y pisa el acelerador cuando el semáforo cambia a verde. Me doy cuenta de que está intentando no sonreír.

—¿Queda mucho para llegar? —pregunto—. Me muero de hambre.

—Media hora. —Gira a la derecha—. Comeremos antes de ir. Jamás osaría interponerme entre tú y una hamburguesa. Valoro demasiado mi vida.

—Ya puede merecer la pena ese sitio al que quieres llevarme…

En cuanto aparca el coche en una calle desierta y poco concurrida, abro la bolsa y ataco las patatas. Me doy cuenta de que me está mirando. Le devuelvo la mirada mientras mastico. Enarco una ceja.

—Si no merece la pena, al menos estarás muy bien acompañada.

No lo mando a la mierda porque tengo la boca llena. Parece que lo sabe, pues se ríe mientras desenvuelve su hamburguesa.

—Te prometo que te va a gustar —dice antes de hincarle el diente. Se toma su tiempo en masticar—. Es mi lugar seguro. Lo descubrí hace unos años por casualidad. Suelo ir cuando siento que el mundo se me viene encima.

—¿Y lo vas a compartir conmigo? —pregunto sin poder ocultar mi ilusión.

Pol se inclina hacia mí y dejo de respirar. De repente, estamos demasiado cerca. El aire se vuelve pesado. Intento no mirarle la boca. Levanta una mano y entrecierro los ojos cuando la lleva hasta mis labios. Me limpia una mancha de kétchup con el pulgar.

—¿Con quién si no? —responde con suavidad—. No hay otra persona con la que quiera ir.

—¿No? —pregunto con voz temblorosa.

Me acaricia la barbilla y me dedica una sonrisa tierna que estoy convencida de que solo reserva para mí.

—Solo tú.

—¿Y eso?

—Haces que todo sea jodidamente mejor.

Tengo un nudo de emoción en la garganta. Le pedí que no intentara nada raro cuando me confesó que le gustaba. No sé si me sigue viendo de la misma forma. Quizá ha cambiado de opinión. Tan solo tengo claro que no sería capaz de rechazarlo si me besara en este momento.

Dios, deseo que me bese. Necesito descubrir a qué saben sus labios. Por desgracia, Pol aparta la mano y le da un bocado a la hamburguesa. Me encojo en mi asiento y finjo que sigo teniendo apetito, a pesar de que estoy hambrienta de algo que solo él puede darme.

57
Freya

Pego la cara a la ventanilla y abro los ojos de par en par cuando llegamos a la cima. El trayecto empinado y repleto de curvas cerradas ha merecido la pena. Es un lugar increíble, cubierto de espesa vegetación y con unas vistas espectaculares de la ciudad. Creí que conocía todos los miradores con encanto de Barcelona. Sin embargo, no tenía ni idea de este.

Nos encontramos en la ladera de una montaña de la sierra de Collserola. Es el típico mirador que aparece en las películas. Ni siquiera tenemos que bajarnos del coche para disfrutar del paisaje, pues el aparcamiento es el propio mirador. Es noche de luna llena y la ciudad está bañada por una luz mortecina. Desde aquí puedo ver la Sagrada Familia y todos los edificios emblemáticos de la ciudad.

—La primera vez que vine fue en verano —me explica—. Estaba haciendo senderismo. Me gusta más en esta época del año porque está casi vacío. Hoy hemos tenido suerte.

Tiene razón. Somos los únicos que hemos venido a disfrutar de las vistas. No puedo creer que este sitio sea solo para nosotros, al menos por ahora. Qué privilegio.

—Me encanta. Este lugar es mágico —admito embelesada.

—Te dije que te gustaría. Para que veas la poca fe que tienes en mí.

—Confiaría más en ti si no me hubieras enviado ese wasap.

—Me he disculpado —habla avergonzado—. ¿Cuántas veces tengo que hacerlo hasta que me perdones?

—Ninguna —respondo con sinceridad—. Ya te he perdonado. Solo te estaba tomando el pelo.

El alivio se apodera de su expresión. Pero, como es un chulito, necesita soltar una de las suyas. De lo contrario, no sería él.

—Las mujeres comprensivas son…

—Calla. —Le tapo la boca—. No lo estropees, tonto.

Aparto la mano solo cuando estoy segura de que va a estar callado. Me observa de una forma que no sé discernir. A veces tiene ese tipo de miradas que me hacen sentir desnuda. Sus ojos se convierten en dos pozos negros hasta que la pupila no se distingue del iris.

—¿Quieres salir? —propone.

Me encantaría, pero estamos en pleno invierno y no sé si voy a aguantar el frío aquí arriba.

Solo llevo un fino anorak amarillo. Cuando me envió el mensaje, estaba tan furiosa que cogí lo primero que encontré en el armario. De haberlo sabido, me habría puesto algo más y no habría elegido un abrigo tan feo.

—No quiero congelarme.

—Tengo la solución.

Pol baja del coche y abre el maletero. Coge una gruesa manta polar y luego rodea el vehículo. Se sienta en el capó, como he visto que hacen los protagonistas de las películas románticas que tanto me gustan. Al ver que sigo en el coche, golpea la ventanilla y me mira expectante. Sonrío y salgo sin dudarlo. Estaba un poco desconcertada porque parece que ha pensado en todo, aunque sé que es imposible. No podía tenerlo planeado teniendo en cuenta que hace unas horas me envió un wasap en el que me pedía que dejásemos de vernos.

—¿Por qué pones esa cara? —pregunta cuando me pongo a su lado.

No quiero hablarle de lo mal que me siento cada vez que recuerdo el mensaje. Le he prometido que ya lo he perdonado. Pero duele que por un instante creyera que era buena idea alejarse de mí.

—¿Por qué tenías la manta guardada en el maletero?

—Ah. —Me tapa las piernas—. Sé lo friolera que eres. La metí por si algún día la necesitabas.

Mi corazón se acelera sin remedio. Soy incapaz de resistirme al chico detallista que compra mi refresco favorito y guarda una manta en el coche para emergencias.

—¿Qué más guardas en el maletero?

—La rueda de repuesto. —Me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja—. Y chocolate.

—¡Chocolate!

—Dejaste claro que la vida sin chocolate era una basura —me recuerda—. Quería estar preparado por si acaso. No te he ofrecido porque acabas de zamparte una hamburguesa y mis patatas fritas. Pensé que estabas llena.

—Dijiste que no las querías…

—Porque sabía que te habías quedado con hambre.

—¿Te cuento un secreto? —pregunto sonriendo—. Siempre estoy hambrienta.

Pol se baja del capó, va al maletero y regresa con una caja repleta de tabletas de chocolate. Escojo una de Nestlé Jungly. Corto una onza y la saboreo. Se ríe cuando pongo cara de placer.

—No puedo creer que dejaran de fabricarlo. Menos mal que entraron en razón. En fin, soy la clase de mujer que siempre preferirá que le regalen bombones a flores.

—No me digas.

—La gente que prefiere un ramo de rosas a una tableta de chocolate blanco debería ir a la cárcel.

—Siento decirte que el chocolate blanco no es chocolate.

—Porque tú lo digas.

—Lo averigüé cuando me aficioné a la repostería. Lleva manteca de cacao en lugar de pasta de cacao, además de un montón de azúcar y porquerías que le dan sabor.

—Lo sigo prefiriendo a un ramo de rosas. —Me doy cuenta de que me he comido la mitad sin ofrecerle. Me invade la vergüenza—. Uy, ¿quieres?

—Depende. —Se ríe. Por lo visto, le hace gracia que sea tan avariciosa—. ¿Me vas a dar un bocado en la yugular si te robo una onza?

—Ni de coña. —Suelto un bufido—. No estás ni la mitad de bueno que esta tableta.

Pol parte un trozo y se lo mete en la boca. ¿Cómo es posible que un gesto tan simple me resulte tan sexy? Mi estómago se contrae por el deseo. Aparto la vista con brusquedad y la centro en la ciudad. A pesar del frío que hace, de repente me invade un intenso calor.

—¿Debería salir corriendo? —pregunta con tono jocoso.

—¿Por qué lo dices? —respondo con voz rasposa.

—Has puesto cara de viciosa.

Estoy a punto de gritarle la primera barbaridad que se me ocurra para ponerlo en su sitio en el momento que algo frío me golpea la frente. Doy un respingo. La nieve comienza a caer del cielo. Abro mucho los ojos y aplaudo como una niña en las cabalgatas de Navidad. Hacía muchísimo tiempo que no nevaba en la ciudad.

—¡Está nevando! —exclamo emocionada. Abro la boca y saco la lengua para saborear un copo de nieve. Arrugo la nariz. Está salado. No sé qué esperaba, solo es agua congelada. Me da un ataque de risa. Cuando consigo recuperarme, el paisaje está cubierto de una fina capa de nieve y se me escapa un suspiro trémulo—. Este momento no podría ser más perfecto…

—A mí ya me lo parecía antes de que comenzara a nevar.

Me vuelvo para mirarlo. Tiene el pelo cubierto de copos y los ojos clavados en mis labios. Se me acelera el corazón.

— *Mamihlapinatapai* —dice.

—¿Qué… significa?

—Es una palabra del idioma yagan —contesta sin apartar los ojos de mi boca—. Significa «una mirada cómplice entre dos personas que se mueren de ganas de hacer algo y esperan que la otra dé el primer paso».

—Pol…

—Te mentí. —Pone una mano en mi mejilla y acerca su rostro al mío—. No puedo ser tu amigo.

Aplasta su boca contra la mía y me da el mejor beso que me han dado en mi vida. Intenso, urgente y decidido, pero también dulce y anhelante. Me acaricia la mejilla con una ternura que

resquebraja mis defensas. Antes de que pueda ser consciente de lo que hago, le devuelvo el beso con todas las ganas que llevo demasiado tiempo conteniendo.

Pol emite un gruñido de satisfacción. Su brazo libre me envuelve la cintura para atraerme a su pecho. Nos besamos como si fuera nuestro último segundo de vida. El tiempo se detiene. El mundo desaparece. Solo existimos nosotros.

No me imaginaba que una boca pudiera ser tan cálida. Sabe a chocolate. Me aferro a su jersey porque no sé dónde poner las manos, ni tampoco quiero que se arrepienta e interrumpa el mejor beso de la historia de todos los besos. No tengo dudas, ya que jamás me había sentido tan… viva. Todo lo que quiero es permanecer pegada a sus labios, quizá para siempre.

—Eres… —se aparta para tomar aliento— tan jodidamente dulce… —me acaricia la boca muy despacio y me estremezco de placer— que no tengo suficiente de ti.

Antes de que vuelva a besarme, ya sé que jamás podré quitármelo de la cabeza. Es adictivo. Me besa como si me necesitara para seguir respirando. Me pregunto si yo tampoco tendré suficiente de él. Averiguo la respuesta cuando desliza la lengua por mi labio superior. Abro la boca, desesperada por tener más de él. Nuestras lenguas se enredan. Mi cuerpo arde de placer. Todo es confuso e intenso, pero también muy real. Cada roce despierta una tormenta de sensaciones en mi piel. Una emoción líquida y cálida se apodera de mi vientre. Me está volviendo loca.

No sé en qué momento sus manos han rodeado mi rostro. Ni tampoco entiendo cómo se las apaña para demostrarme lo mucho que me desea y al mismo tiempo ser tan tierno, como si estuviera decidido a tomarse todo el tiempo del mundo para saborear mis labios.

Besarlo es algo nuevo. Nunca había sentido nada remotamente parecido, lo juro. Aunque también es sencillo, como si nuestros labios hubieran estado destinados a encontrarse desde el principio y solo hubiésemos retrasado lo inevitable. De acuerdo, lo acepto. He sido una idiota por resistirme a algo tan bueno. Me rindo.

Me apodero del beso con un ansia impropia de mí. Me muevo con desesperación. Le muerdo el labio. Emite un gruñido ronco. Sonrío antes de volver a besarlo. Podría arrancarle la ropa aquí mismo. Podría…

—Joder —farfulla.

Se aparta con brusquedad, dejándome aturdida. Cuando intento volver a besarlo, me sostiene por los hombros y apoya su frente contra la mía. No entiendo nada. De repente, me entra frío. No sé qué he hecho mal. Debo de haber hecho algo mal. De lo contrario, no me habría rechazado.

—No has hecho nada mal. —Me lee la mente—. Besas de maravilla. Podría pasarme el resto de mi vida besándote y nunca tendría suficiente.

—Pero… —balbuceo— te has apartado.

—Porque no quiero ser tu segundo plato —me confiesa aterrado—. No puedo, Freya.

Respiro aliviada. Conque era eso.

—Pol…

—Quiero que cuando estés lejos de mí, no sueñes con besar otra boca que no sea la mía —dice con tono ronco—. Quiero que cada vez que te llegue un mensaje, tu corazón se salte un latido porque desees que sea yo quien te lo haya enviado. No quiero ser el tío al que recurres cuando estás hecha un lío. Quiero…, Dios, lo quiero todo contigo y no estoy dispuesto a conformarme con menos.

Se aparta para mirarme a los ojos. Su sinceridad me desarma. Este es el chico real que me gusta. Los demás pueden quedarse con la estrella del rock.

—¿Lo entiendes? —pregunta desesperado—. ¿Entiendes por qué no puedo seguir besándote, aunque me muera de ganas de hacerlo?

—Sí —respondo con un hilo de voz.

—Bien. —Me suelta y se tapa la cara con las manos. Está temblando—. Deberíamos entrar o vamos a congelarnos.

Regresamos al coche. Pol arranca el motor y enciende la calefacción. Busco su mirada, pero tiene la vista clavada en el paisaje. Me muerdo el labio. Quiero volver a besarlo, aunque sé que el simple hecho de desearlo está mal. Tengo novio. No se merece que lo engañe. Y Pol, definitivamente, no es mi segundo plato.

—Llévame a casa —le pido.

Obedece sin rechistar. Ya he tomado una decisión. Ahora solo necesito ser valiente para afrontarla.

58

Freya

Tengo sentimientos encontrados cuando Pol me deja en el portal. Por un lado, estoy flotando en una nube de endorfinas después de haber recibido el mejor beso de mi vida. Uf, no me lo puedo quitar de la cabeza. Ha sido… increíble. Por otro lado, no quiero convertirme en el tipo de persona que engaña a su pareja. No soy así. Considero que hay veces en las que es muy complicado no herir a aquellos a los que queremos, pues debemos priorizar nuestra felicidad. No obstante, es nuestra obligación ser sinceros y minimizar ese daño.

No me queda más remedio que ser valiente. Cuando le devolví el beso a Pol, tomé una decisión. No puedo excusarme. Así que hago acopio de valor, entro en mi casa, le pido a mi padre que me preste el coche y le digo que tengo que salir a hacer un recado. Al cabo de quince minutos, aparco delante del piso de Oriol y le envío un wasap. Mi novio tarda muy poco en bajar. Tiene la expresión descompuesta cuando entra en el coche y se sienta a mi lado. Intenta darme un beso, pero le pongo una mano en el pecho con delicadeza.

—Mejor no —digo con todo el tacto posible—. Tenemos que hablar.

—No. —Mi novio niega con la cabeza—. No, joder.

—Oriol…

—¡No quiero hablar contigo! —exclama alterado—. Porque vas a dejarme. A eso has venido. De lo contrario, no te habrías presentado aquí a las doce menos cuarto de la noche.

—Siento la hora. —Me muerdo el labio—. Pero sabía que, si no hablaba contigo en este momento, luego no sería capaz.

—Entonces, hablemos mañana, cuando recapacites.

Estira el brazo para abrir la puerta, pero lo detengo.

—No tengo nada que pensar, Oriol —respondo con firmeza. Me duele hacerle daño. Por desgracia, sé que no hay otra forma de manejar esta situación—. No sé cuándo ha sucedido, pero ya no…

—Es por ese tío, ¿verdad? —exige saber. Su rostro se transforma en una máscara de rabia—. Me dejas por Pol. Sé sincera. Me dijiste que no había nada entre vosotros. ¡Me mentiste!

—No es por él —le aclaro. Sin embargo, lo mínimo que se merece es que sea sincera, aunque vaya a causarle más dolor—. Nos hemos besado.

—Mierda.

—Lo siento.

—Lo entiendo —dice para mi sorpresa. Me agarra las manos y me mira con desesperación—. Yo te engañé primero. Estás dolida y has confundido tus sentimientos. No pasa nada. Puedo perdonarte tal y como tú hiciste conmigo. Es lo justo.

—No, Oriol. —Intento soltarlo, pero me tiene bien sujeta—. No se trata de eso. Te prometo que no lo he hecho para vengarme de ti.

—¿Me estás diciendo que sientes algo por ese idiota? —pregunta sin dar crédito—. ¡No te quiere, Freya! Podría tener a la chica que le diera la gana. ¿Por qué iba a conformarse contigo?

Me duele que me hable así, pero decido no tenérselo en cuenta porque estoy rompiendo con él. Tiene derecho a estar enfadado. Las personas somos muy hirientes cuando nos dejamos llevar por la rabia.

—Te estoy diciendo que ya no… —Trago saliva. Lo miro a los ojos y contengo a duras penas las ganas de llorar—. Ya no te quiero, Oriol. Lo siento muchísimo. No sé cuándo ha pasado.

—Estás confundida. —Sigue en sus trece—. No solo eres mi novia. También somos buenos amigos.

—Podríamos seguir siéndolo —sugiero esperanzada—. Entiendo que necesites tu espacio, pero dentro de un tiempo tal vez…

—Lo único que quiero es estar contigo.

Tira de mí e intenta besarme. Giro la cabeza para evitar sus labios y le suelto las manos. Oriol me mira abatido cuando comprende que es una decisión definitiva. De mala gana, se aleja de mí y abre la puerta del coche.

—Te estás equivocando —dice dolido.

—No es cierto, Oriol —respondo con calma—. Debería haber tomado esta decisión hace bastante tiempo, pero tenía mucho miedo. Nos estoy haciendo un favor. Te mereces a alguien que te quiera, y yo…

—Prefieres estar con ese capullo —me interrumpe con tono despectivo.

—Esto no tiene nada que ver con él —intento hacerle entender—. He hecho mal en besarlo mientras estábamos juntos. De acuerdo, lo reconozco. Sin embargo, Pol no tiene la culpa de nuestra ruptura. En realidad, no hay culpables. Estas cosas pasan. Las relaciones se rompen porque el amor se agota y…

—Tranquila, no me des más explicaciones. —Se baja del coche y me mira con un desprecio que me golpea muy dentro. No lo reconozco—. Ahora tienes vía libre para follártelo. Es lo que siempre has querido desde que lo conociste. No eres mejor que yo, Freya. Los dos hemos caído igual de bajo.

Quiero gritarle que eso no es verdad. No he elegido sentirme atraída por Pol, ni tampoco

empezar a mirarlo con otros ojos. La atracción se puede frenar, pero nadie manda en su corazón ni es capaz de gestionar los sentimientos. Las personas nos desenamoramos. Ocurre cada segundo, en todos los lugares del mundo. Porque el amor es un sentimiento poderoso, salvaje e imprevisible. En cambio, dejo que se vaya porque no necesito competir con él. Este es el final de nuestra historia, pero escojo quedarme con todas las cosas buenas que sucedieron cuando sí nos queríamos.

59
Pol

No he vuelto a hablar con Freya desde que anoche nos besamos. Le he escrito en varias ocasiones, pero en todas he terminado borrando el mensaje. Fui completamente sincero con ella, no quiero ser su segundo plato. Se me parte el corazón cada vez que recuerdo que tiene novio. Yo tomé la iniciativa, aunque comprendí que había cometido un error cuando ella, para mi sorpresa, me devolvió el beso. Porque antes no me imaginaba lo que sentiría al besarla, pero ahora voy a tener que vivir sabiendo que jamás volveré a hacerlo.

A menos que…

No. Basta de hacerme ilusiones. Si quisiera lo mismo que yo, me lo habría dicho. Solo tengo claro que no puedo ser su amigo.

Esta mañana me desperté muy temprano para aprovechar el día. Para ser honesto, tampoco podía dormir. A las doce voy a Nikkei 112, mi restaurante del centro, para comprobar cómo funciona el negocio después del cambio de encargado. Algunos empleados me saludan con familiaridad y me alegro de que por fin se hayan acostumbrado a mi presencia. Después de descartar algunos platos que no me convencen, decido quedarme a almorzar. No quiero regresar todavía a mi casa. Necesito tener la mente ocupada para dejar de pensar en Freya. Cuando pido que me den la mesa más discreta del local, Rosa, una camarera, me explica que ya está ocupada. Le digo que no se preocupe y escojo la que está al lado. Me sorprende descubrir quién es la persona que está sentada a la mesa. Es Sam, la novia de Gabi. Está charlando con uno de sus hermanos. No recuerdo si se trata de Martín o Adrián.

—¡Sam! —exclamo sorprendido.

Se sobresalta al verme. Quizá he sido demasiado efusivo. Hubo un tiempo en el que nos llevábamos mal. *Mea culpa*. La juzgué precipitadamente. Luego me tomé la molestia de conocerla y descubrí a una chica maravillosa. Lo más importante es que quiere a Gabi con locura y la hace feliz.

—¡Pol! —me devuelve el saludo cuando se recompone. Para mi alivio, se levanta y me da un abrazo—. No sabes cuánto me alegro de volver a verte. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo estás?

—Es mi restaurante —le explico—. Y estoy bien, gracias.

—¿En serio? —responde impresionada—. Vaya, no tenía ni idea. Nos lo han recomendado.

He venido a Barcelona a grabar mi próximo videoclip. ¿Te acuerdas de mi hermano Adrián?

Adrián me dedica una sonrisa prudente, algo que no es de extrañar porque cuando nos conocimos fui un capullo. Le estrecho la mano para que sepa que no tengo nada contra él. Ha llegado el momento de dejar atrás el pasado.

—No quiero molestaros más. Espero que disfrutéis de la comida. Invita la casa.

—Oh, venga ya. —Sam señala la silla libre—. ¡Siéntate con nosotros! Tenemos que ponernos al día.

—De verdad que no quiero…

—Venga, tío. —Adrián me hace un hueco—. Si le dices que no, me tocará aguantarla a mí.

Sam lo fulmina con la mirada. Luego me dedica una sonrisa angelical. Sé que no puedo negarme, así que me siento con ellos. Doy por hecho que va a ser un almuerzo incómodo, pero la conversación fluye sin esfuerzo. Charlamos un poco de todo. Sam me habla emocionada de su nuevo disco. Me alegro de que le vaya tan bien. Desborda talento. Se merece el éxito que está teniendo.

—Todavía no puedo creer que vaya a colaborar con Alejandro Sanz —dice con humildad—. Estoy en una nube.

—Tío, está buenísimo. —Adrián acaba de terminarse el huevo de chocolate con mango. Es una receta que aporté de mi propia cosecha—. ¿Puedo pedir varios para llevar?

—Adrián, no tengas morro —lo regaña su hermana.

—Ha dicho que invitaba la casa…

Sam le tira la servilleta a la cara.

—Puedes pedir todos los que quieras —intervengo—. También te recomiendo la crema de galletas con *brownie* de chocolate.

—¡Genial! —Se levanta con la energía de un golden retriever—. Ahora vuelvo.

Adrián corre hacia la barra. Creo que en realidad está más interesado en la camarera que en los postres. Lleva todo el almuerzo lanzándole miraditas a Rosa. Me da que solo ha sido una excusa para pedirle su número.

—Lo siento. —Sam se tapa la cara—. No tiene remedio.

—Tranquila, la gente que disfruta comiendo me cae bien.

—Pues entonces os vais a llevar fenomenal. Es un tragón —bromea. Me mira y me ofrece una sonrisa cálida—. Ahora que nos hemos quedado solos…, ¿qué tal estás? Dime la verdad.

—Voy tirando —admito—. Tengo días buenos y otros regulares. Lo normal, dadas las circunstancias. He conocido a una chica increíble a la que creo que no le intereso. También he descubierto que fui un idiota por apartarme de mis amigos. Ah, y echo de menos a Gabi, pero es evidente que ella me quiere bien lejos.

—¡Oh! —Me aprieta la mano para mostrarme su apoyo. No sé por qué le he contado todo esto

precisamente a ella—. Gabi te echa muchísimo de menos.

—Por favor, no me digas lo que necesito oír. La última vez que nos vimos tuvimos una bronca muy gorda.

—Ya lo sé. —Pone los ojos en blanco—. Gabi me lo cuenta todo. Buf, no puedo creer que esté intentando consolar al ex de mi novia. Si me lo hubieran dicho hace unos meses… —Se ríe con incredulidad—. ¿Sabes que se culpó cuando sufriste la sobredosis?

Suelto su mano y la miro horrorizado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con gravedad.

—Dio por hecho que nuestra reconciliación te partió el corazón y que por ese motivo tomaste aquella decisión —se lamenta—. Intenté convencerla de que ella no tuvo nada que ver, pero no hubo manera de hacerla entrar en razón.

—¡Pues claro que no fue culpa suya! —exclamo alterado—. No sé por qué hice aquella tontería, pero Gabi no fue el motivo.

—Ya, bueno. —Aprieta los labios—. A lo mejor, si se lo hubieras dicho en su momento, te habría creído. Fue todos los días a verte al hospital. No quería abandonarte. Necesitaba decirte que seguías teniéndola en su vida. Cuando por fin despertaste, tu hermana le dijo que no querías verla. Ni a ella ni a los demás. Aquello le partió el corazón.

—Joder… —Me paso una mano por el pelo—. Te juro que pensé que les estaba haciendo un favor.

—¿Y ya no lo crees?

Recuerdo lo que sucedió hace unos días. No quiero pensar en ello. Me duele que mis amigos desconfiaran de mí.

—No lo sé.

—No voy a defender la actitud de Gabi.

—La droga no era mía —le aclaro—. Me da igual que no me creas.

—Te creo —dice para mi sorpresa—. No soy la única. Lo sabrías si no te hubieras largado de aquella forma.

—Dudaron de mí —respondo crispado—. Eso es todo lo que sé.

—Estaban digiriendo una situación muy complicada que reabrió viejas heridas. No puedes culparlos por preocuparse por ti. Eso no significa que no te creyeran. Deberías haberte quedado, Pol. Pero es lo que haces siempre, ¿no? Te largas cuando las cosas se ponen feas. —Me quedo callado porque ha dado en el clavo. No tengo nada que objetar—. Si quieres arreglarlo con Gabi, me temo que vas por mal camino. No solucionas nada si la llamas niñata.

—Ella me llamó drogadicto —replico a la defensiva.

—Todos sabemos que a Gabi se le va la fuerza por la boca cuando se cabrea. Además,

también le he echado la bronca. ¿O te crees que soy la típica novia que aplaude a su pareja cuando la caga?

—Me da que no —admito casi sonriendo—. Gabi tiene mucha suerte de contar contigo.

—Y yo con ella —responde sin dudar—. Espero que no seas tan tonto de creer que tus amigos te cambiarían por David. La discográfica les impuso un nuevo batería. Es el sobrino de un jefazo. Ellos no lo eligieron.

—No tenía ni idea…

—Bueno, pues ya lo sabes. Tus amigos son amables con él porque no quieren que se sienta desplazado. Respecto a Gabi…

—Debería tener cuidado con él. —Me tenso al recordar lo sucedido.

—Lo sé —responde algo ofuscada—. No lo puedo ni ver. Nura y Lila tampoco. Respecto a Gabi, se limita a pasar de él. Los hombres soléis ser menos observadores que las mujeres. Puede que Axel y Leo le hayan dado un voto de confianza, pero a nosotras nunca nos ha engañado. Lo sabrías si hubieras hablado con Nura y Lila en lugar de haberte escaqueado de nuevo.

—Joder, no me hagas sentir peor.

—Alguien debe cantarte las cuarenta para que espabiles. —Sam se levanta cuando ve llegar a su hermano—. Seguro que lo arregláis. Una amistad verdadera no se estropea por un malentendido, sobre todo si las dos partes implicadas quieren recuperarla.

Ojalá tenga razón. Echo muchísimo de menos a Gabi y a los demás. Necesito que volvamos a ser los mismos de antes.

—¡Madre mía, Adrián! —Lo regaña al ver que aparece con dos bolsas repletas de táperes—. ¡Le has desvalijado el restaurante a Pol!

—Quería probar todos los postres —se excusa—. Te puntuaré con cinco estrellas en TripAdvisor.

Sam me pilla desprevenido al darme un abrazo. Es un poco raro abrazar a la novia de mi mejor amiga, la misma con la que tuve una historia que no acabó del todo bien. Sin embargo, se lo devuelvo con muchas ganas porque siento que por fin he cerrado este capítulo. Me hace feliz que Gabi haya sabido elegir tan bien.

—Te daría otro abrazo, pero tengo las manos ocupadas. —Adrián levanta las bolsas—. ¿Podrías decirle a esa chica tan guapa que no es poco profesional que le dé su número de teléfono a un cliente? —Me mira esperanzado—. El cliente soy yo.

—¡Adrián! —Sam lo agarra de la oreja y lo arrastra a la salida.

—¡Ay, me haces daño! —se queja.

Sam me mira como diciendo «¿Ves lo que tengo que aguantar?» y luego me dedica una sonrisa cómplice antes de marcharse con su hermano. Rosa, la camarera, aparece a mi lado y se cruza de brazos.

—Es mono —admite con una sonrisilla—. ¿Debería darle mi número?

—Es buen tío.

—Me lo pensaré si se deja caer de nuevo por aquí.

Algo me dice que volverá, al igual que tengo la esperanza de solucionar las cosas con Gabi. Sam tiene razón. No debería haberme largado. Entiendo que mis amigos se sintieran desbordados por la situación. Es lógico que dudaran de mí, pues en el pasado sufrí una sobredosis. Ojalá me hubiera quedado para desenmascarar a David. Si algo tengo claro es que no voy a permitir que se salga con la suya. Cueste lo que cueste.

60

Freya

Me sudan las manos y el corazón me va a mil por hora cuando llamo a su puerta. El conserje me ha dejado pasar porque ya me conoce. Respiro hondo. Quizá debería haberlo llamado antes de venir. ¿Y si no está? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si se arrepiente de lo que sucedió anoche entre nosotros?

He venido directa después de salir de clase. Si no lo he llamado ni le he enviado ningún mensaje ha sido porque necesitaba tiempo para digerirlo todo. Pero aquí estoy. Al fin y al cabo, es lo único que cuenta, ¿no?

La puerta se abre y aparece Pol. No sé cómo es posible que me parezca más guapo que ayer. Viste una camiseta negra y unos vaqueros rotos. Va descalzo. Apoya el antebrazo en el marco de la puerta y me mira. Se nota que no me esperaba.

—Freya… —pronuncia mi nombre con voz grave. Una sonrisa tímida y esperanzada se apodera de sus labios—. Hola…

Me abalanzo sobre él para besarlo con desesperación. Mi entrega lo pilla desprevenido y está a punto de perder el equilibrio. Cuando se recompone, envuelve mi cintura con un brazo y con el otro cierra la puerta. El beso de anoche, comparado con este, fue un mero aperitivo.

Entierra una mano en mi pelo y desliza la lengua por mi labio superior, obligándome a abrir la boca. Nuestras lenguas se tocan. Sus manos ascienden hasta mi rostro y me empuja contra la puerta. Presiona sus labios con fuerza contra los míos. Me besa como si le perteneciera. En realidad, siento que somos parte del otro. Que por fin todas las piezas encajan. Que estamos justo donde debíamos estar desde un principio.

Se aparta para mirarme a los ojos. Se me escapa un quejido de protesta y lo agarro de la camiseta para atraerlo de nuevo hacia mí, pero no cede.

—¿Por qué has tardado tanto? —Me acaricia la boca con la suya hasta que me estremezco—. Me estaba volviendo loco.

Me derrito cuando vuelve a besarme. Es un beso lento, cálido y tierno. No sé de dónde saca tanto autocontrol. Me desea tanto como yo a él. Una de sus manos se apoya en la curva de mi cintura. La otra se coloca en mi nuca para dirigir el beso. Ambos temblamos.

—Espera. —Separa su boca de la mía—. Espera…

—No quiero —protesto enfurruñada.

Sonríe y me da un beso en la punta de la nariz.

—Anoche fui sincero contigo —dice más serio—. No soy…

—No eres mi segundo plato —le aclaro con determinación—. Siento no haberte llamado. Anoche corté con Oriol. Solo… necesitaba un poco de tiempo para asimilar mi decisión. Perdona por haber tardado tanto.

Me percato de que se relaja de golpe. Los músculos de sus brazos se destensan. Me regala una sonrisa sincera y vulnerable. Estaba asustado.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —respondo sin dudar—. Por eso he venido.

—No te arrepientas, ¿vale? —Me da un beso breve en los labios—. Me romperías el corazón.

Ahora sí lo atraigo de la camiseta para besarlo tal y como me muero de ganas de hacer desde que nos separamos anoche. Pol emite un gruñido de satisfacción. De repente, sus manos están en mi trasero. Me agarra para acercarme a su erección. Se me escapa un gemido de sorpresa. Desliza la boca por mi cuello dejando un reguero de besos cálidos.

Oh, joder… Los besos en el cuello son mi debilidad.

—Tú sí que eres mi debilidad —murmulla, y comprendo que debo de haberlo dicho en voz alta.

Suelto una risilla cuando sus manos se cuelan por dentro de mi jersey y me acaricia el abdomen. Me lanza una mirada interrogante. Cree que ha hecho algo mal. Estoy un poco nerviosa porque jamás había estado tan excitada. Me quito el jersey sin dejar de mirarlo a los ojos. Sus pupilas se dilatan.

—Reconozco que he soñado con tenerte así un montón de veces —dice con voz ronca—. Pero mi imaginación no te hacía justicia.

Inclina la cabeza para besar mis pechos por encima del sujetador. Entierro las manos en su pelo. Arqueo la espalda. Esto es demasiado bueno e intenso… Y todavía ni siquiera hemos empezado.

Ahogo un grito cuando me agarra el culo y me levanta del suelo. Envuelvo su cintura con mis piernas. Esboza una sonrisa socarrona antes de capturar mi boca. Me muerde el labio inferior. Me da una palmada en el trasero. Finjo que no me gusta y lo fulmino con la mirada.

—Quiero estar dentro de ti. —Me da un pequeño mordisco en la barbilla que me pone a cien —. Desde que te conocí he soñado todas las noches con tenerte en mi cama.

Uf…

Si sigue hablando así…

—Dime qué quieres que haga. —Me besa muy despacio. Cuando se aparta, respiro con dificultad—. ¿Por qué sabes tan bien?

—Dormitorio —consigo farfullar.

Se ríe, me da otro beso y me lleva hasta su habitación como si no pesara nada. Me tumba en la cama sin despegarse de mí. Vuelve a besarme. Parece que no tiene suficiente, al igual que yo. Apoya la palma de su mano en el centro de mi abdomen. Ese simple contacto provoca un intenso calor en el interior de mis muslos. Me acaricia de forma distraída, pero es evidente que sabe lo que hace. Y tanto que sí. Mientras, su boca recorre mi cuello y sospecho que se centra en esa zona porque antes le descubrí que es mi kryptonita.

—Quítate la camiseta —le pido con voz ronca—. Quiero verte.

—Quítamela tú.

Obedezco sin rechistar. Le saco la camiseta por la cabeza. Contemplo su abdomen duro y marcado. Pol contiene la respiración cuando lo toco. Justo en el momento que estoy a punto de apartar las manos, me agarra las muñecas.

—Sigue —dice con los ojos cerrados—. Por favor, no pares de acariciarme.

Me gusta tener semejante efecto sobre él. Me siento deseada, sexy y poderosa. Le doy un empujón para que se tumbe bocarriba y me siento a horcajadas sobre él. Acaricio con el dedo índice la hilera de vello castaño que nace en su pecho y se pierde bajo la presilla de los pantalones. Su nuez sube y baja. Tiene los ojos entornados y la boca entreabierta. Me froto contra su erección.

—Me estás matando…

—¿Ya? ¿Tan fácil me lo pones? —me burlo de él—. ¿Dónde han quedado todas las cosas que querías hacerme?

Me pilla desprevenida cuando me agarra de las caderas y se tumba encima de mí. Captura mi boca. Me desabrocha el sujetador con una mano y me lo arranca de un tirón. Se me escapa un gemido.

—Me muero por lamerte… —susurra frente al lóbulo de mi oreja— por todas partes.

Acto seguido su boca va directa a mis pechos. Succiona mis pezones hasta que clavo las uñas en el colchón y arqueo las caderas. Lo necesito. Dios, voy a volverme loca si sigue atormentándome de esta manera.

—Pol…

—Quiero verte desnuda —dice con tono apremiante.

Su boca va bajando por mi abdomen hasta que se posa en la cremallera de mis vaqueros. Me dedica una sonrisa traviesa. Tengo ganas de golpearlo por ser tan jodidamente arrogante. De acuerdo, yo también puedo jugar a esto. Me desabrocho el botón y me muerdo el labio inferior. Es todo lo que necesita para bajarme los pantalones.

—Freya… —murmura cuando me quedo solo con las braguitas puestas. Me da un beso por

encima de la tela. Su aliento cálido me estremece. Desliza un dedo por la hendidura—. Estás muy mojada.

—Porque quiero que me folles.

Me mira ligeramente sorprendido. ¿Qué pasa? ¿Acaso creía que no me gustaba el sexo tanto como a él? Se recompone enseguida. Sus ojos se oscurecen mientras me baja las bragas muy despacio, sin dejar de mirarme.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta, y entonces comprendo de golpe que mi respuesta le ha encantado.

—Ya lo sabes. —Separo las piernas—. Dámelo.

—Todavía no.

Estoy a punto de pegarle con la almohada. Debí imaginar que en el sexo mostraría esa faceta engreída que me gusta tanto y al mismo tiempo me saca de mis casillas.

—Primero quiero comerte el coño.

Me sobresalto cuando su boca se entierra en mi sexo. Me ha pillado tan desprevenida que… Oh, joder. Me retuerzo de placer y me llevo las manos a la cara. Debería haber sabido que esto se le daría demasiado bien. El cabrón tiene mucha práctica. Separo más las piernas. Arqueo la espalda. Su lengua me atormenta de una forma deliciosa, hasta que no puedo soportarlo más. Entonces me penetra con un dedo, aparta la boca y me muerde el interior del muslo. El orgasmo que me invade es tan intenso que tardo varios segundos en recuperarme. Cuando lo consigo, Pol me acaricia el pubis con otro dedo mientras me mira con una dulzura que me descoloca.

—Sigo queriendo que me folles —le suelto con atrevimiento.

Deja de acariciarme. Me mira con intensidad. Aprovecho que lo he pillado con la guardia baja para tumbarme encima de él. Le desabrocho los pantalones, meto la mano por dentro de sus calzoncillos y lo masturbo mirándolo a los ojos. Pol echa la cabeza hacia atrás y aprieta la mandíbula. Murmura mi nombre de forma agónica. Justo cuando sé que está a punto de correrse, dejo de tocarlo. Se pasa una mano por el pelo. Está respirando con dificultad, como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación.

—Esto es… —se ríe de manera entrecortada— mejor que mis fantasías.

—Porque en ellas el sexo no me gustaba tanto como a ti. —Le doy un beso que acaba en un pequeño mordisco—. No me conoces tanto como crees.

—Te he subestimado —admite encantado.

—¿Preservativos?

Señala la mesita de noche. Lo tengo inmovilizado, así que me incorporo para abrir el cajón. Pol hace ademán de quitarme el preservativo y echo la mano hacia atrás. Ahora soy yo la que tiene el control.

—Soy todo tuyo. —Se rinde. Me mira alucinado—. Haz lo que quieras conmigo.

Me lo tomo al pie de la letra. Le quito los pantalones. Me muerdo el labio al ver su erección. Uf, la tiene enorme.

—Desde que te vi desnudo en el baño —le confieso— he deseado metérmela en la boca.

—Joder, Freya…

Su polla se tensa, como si cobrara vida propia. Lamo la punta. Pol me aparta el pelo de la cara. Está temblando.

—Si sigues diciendo esas cosas… —masculla con voz ronca—, yo… voy… a…

Me la meto en la boca. Se calla de golpe y sus caderas se arquean para buscarme. Le demuestro que puedo ser tan buena como él. Lo llevo al límite. Y, justo cuando sé que no va a durar mucho más, me aparto de golpe.

Está temblando. Me gusta tener tanto poder sobre él. Busco su boca y me envuelve entre sus brazos. No sé durante cuánto tiempo nos besamos. En algún momento paramos para que se ponga el preservativo. Luego me siento a horcajadas sobre él y cierro los ojos mientras me penetra.

—¿Lo ves, nena? —murmura con voz ronca—. Estás hecha para mí.

Me muevo muy despacio para prolongar el momento. Le pongo las manos en el pecho. Mi cabello cae sobre sus hombros. Me acaricia el clítoris para intensificar la sensación. Me inclino hacia atrás y apoyo las manos en sus rodillas. Nos miramos. Sonreímos. Emanamos esa clase de complicidad que no se entrena.

—Estoy a punto…

—Y yo… —gimo.

Nos corremos a la vez, como si nuestros cuerpos se hubieran puesto de acuerdo. Me dejo caer sobre su pecho. El corazón me va a mil por hora. Noto que a él también. Me acaricia la espalda con dos dedos. Me aparta el pelo de la cara, me da un beso en la sien y me abraza de forma protectora.

Si vivimos de instantes, quiero atesorar este momento para siempre en mi memoria porque es simplemente perfecto.

61

Freya

Me he quedado dormida encima de Pol. Tengo la mejilla pegada a su pecho y escucho los latidos fuertes y rítmicos de su corazón. Sonrío como una idiota. Hacía mucho tiempo que no era tan feliz. No se trata de que el sexo haya sido alucinante, que lo ha sido, sino de lo bien que nos compenetramos. Aunque sabía que acostarme con él iba a ser increíble, no estaba preparada para compartir semejante intimidad con otra persona. Es como si supiera leer el mapa de mi piel y conociera todos mis puntos débiles.

De repente, me siento culpable al recordar que hace menos de veinticuatro horas he roto con mi novio.

No soy de las que piensan que hay que guardar luto después de terminar una relación, pero ¿no ha sido demasiado rápido? El pobre Oriol sufre por mi culpa mientras yo estoy aquí con Pol…

—¿Estás despierta? —Me da un beso en el hombro y comienza a acariciarme la espalda—. Sé que lo estás.

—Hum… —Me hago la remolona. No quiero salir de esta cama. Se acabó pensar en Oriol. El chico que tengo debajo de mí no se lo merece, ni yo tampoco.

—Tranquila, te puedes quedar para siempre en esta cama. —Me abraza de tal forma que siento que sus brazos se han convertido en mi hogar—. No tengo ninguna objeción.

—No sabes lo que dices —me río.

—Y tanto que sí. —Me da otro beso, esta vez en la cabeza—. He soñado tantas veces con despertarme así contigo que cabe la posibilidad de que te ate al cabecero para que no te vayas nunca.

—No me va el sado —respondo burlona—. Pero no tienes que atarme a ningún lado. Ya he decidido que quiero volver.

Escucho que se le acelera el corazón. Pol me sostiene por los hombros para que lo mire. Me aparto de él de mala gana, puesto que estaba muy cómoda. El pelo me tapa los ojos y me coloca un mechón detrás de la oreja.

—No juegues conmigo —me pide. Su tono es vulnerable y sincero—. Eres la única persona que tiene la capacidad de romperme el corazón.

—¿Tanto te gusto? —pregunto impresionada.

—Es más que gustar —responde sin dejar de mirarme a los ojos—. Es… No lo sé. Mucho más. Antes de conocerte pensaba que estaba tan hecho polvo que jamás podría enamorarme de nadie. Ahora sé que tú eres la única persona de la que podría hacerlo. Pero no me pidas que le ponga palabras a lo que siento en este momento. Todavía no estoy preparado, ¿vale? Esto es absolutamente nuevo para mí…, y asusta de cojones.

Un intenso calor se apodera de mis mejillas. Me gusta que hable sin tapujos de sus sentimientos, aunque al mismo tiempo me da un poco de miedo. No sé si estoy preparada para embarcarme en una relación cuando acabo de salir de otra. En realidad, ni siquiera sé lo que quiero.

—¿Te he asustado? —pregunta con suavidad.

—No —miento. Me tumbo encima de él y escondo la cara en el hueco de su cuello para no tener que mirarlo a los ojos—. Me gusta cómo hueles.

—¿Tienes hambre?

—Por ahora quiero quedarme un ratito aquí contigo. —Me pego más a él, a pesar de que es casi imposible—. ¿Puedes abrazarme?

—Siempre.

Sonrío como una boba cuando me estrecha entre sus brazos. Le doy un beso en el cuello. Solo necesito esto para ser feliz. Él y yo, en la misma cama. Escuchando su respiración. Abrazados. Todo es perfecto.

62

Pol

Estoy cocinando tortitas mientras sonrío como un tonto. Freya pulula por mi cocina vestida con una camisa mía. Está preciosa. A veces la miro de reojo para hacerme a la idea de que lo que acabamos de vivir ha sido real porque me parece demasiado bueno.

—Guapa. —Le doy un beso en el hombro cuando se planta a mi lado. Me gusta que se sonroje.

—El buen sexo mejora mi cutis. —Se aparta el pelo de la cara con ademán coqueto.

Me encanta que sea tan desinhibida. Ha superado todas mis expectativas. Nos lo vamos a pasar muy bien juntos. Me dedica una sonrisa que va directa a mi corazón. Ahora mismo siento que soy el tipo más afortunado del mundo.

—Eres perfecta.

—Qué va. —Se ríe. Sacude la cabeza como si acabara de decir una tontería.

—Hazme caso. —Le guiño un ojo—. Sé de lo que hablo.

Emplato las tortitas y cojo el sirope de chocolate que guardo en la despensa. Comemos en la barra de la cocina. La situación parece de lo más normal, como si hiciéramos esto todos los días. De hecho, podría convertirse en parte de nuestra rutina. Me acabaría acostumbrando sin esfuerzo. La casa me parece más acogedora cuando está ella.

—Quédate a dormir —le pido sin pensar.

Freya me mira asombrada. Puede que haya ido demasiado lejos. No quiero agobiarla.

—Me encantaría, pero no quiero dormir fuera de casa mientras Astrid está con la quimio.

Parece sincera. Sé que jamás pondría a su hermana como excusa.

—Claro, lo entiendo. —Le acaricio la mejilla con cariño—. Puedes quedarte cuando quieras.

—Lo sé.

—No tenemos que ir deprisa —la tranquilizo—. Comprendo que acabas de salir de una relación y que no estés preparada para iniciar otra en este momento. Cuando te dije que lo quería todo contigo, no significaba que tuviera que ser ya. Tú marcas los tiempos. Lo último que me gustaría es agobiarte.

—No me agobias. —Se abraza a mí. Apoya la mejilla en mi pecho—. Me gusta muchísimo estar contigo.

—Por si acaso. —Me relajo—. Seré paciente, lo prometo.

Se aparta para mirarme con los ojos entornados. Está pensando.

—¿Qué pasa? —pregunto con suavidad.

—¿De verdad lo quieres todo conmigo?

—Nunca he tenido una relación —le confieso—. No sé si sería un buen novio. Estoy acostumbrado a ir a mi bola y no dar explicaciones. Pero me gustas demasiado para dejarte escapar.

Se sonroja y me parece adorable. Le doy un beso.

—¿He vuelto a asustarte?

—No —responde con una pequeña sonrisa—. Vas a necesitar algo más fuerte que eso.

—Qué chica tan dura. —Le doy un golpecito en la nariz—. ¿Te apetece ver una peli?

—Solo si es de Disney.

Unos minutos después estamos acurrucados en el sofá (el otro día cambié la funda) y tapados con una manta. Tiene la cabeza apoyada en mi hombro. Nuestras manos están entrelazadas mientras vemos *Aladdín*. Tararea la canción «Un mundo ideal» y la quiero un poco más por saberse la letra, a pesar de que canta fatal.

¿Que si lo quiero todo con ella? Menuda pregunta más absurda. Desde que llegó a mi vida he buscado cualquier excusa para estar a su lado. Jamás había sentido algo remotamente parecido por otra persona. Quiero conservar lo que tenemos. Si pudiera, lo guardaría en una botella y lo enterraría en un lugar seguro para protegerlo.

63

Freya

Me quedé frita en algún momento de la película. No es de extrañar, pues anoche solo dormí un par de horas y estaba agotada. Me despiertan las caricias de Pol. Me aparta el pelo de la cara y me da un beso en la frente. Ojalá todos los días me despertaran así. Me hago la remolona solo para que siga tocándome. Me encanta la forma que tiene de acariciarme. Le suplico que me deje dormir un poco más y se ríe.

—Vamos, dormilona —me pide—. Llevas más de una hora roncando. Me dijiste que no querías quedarte a dormir. Está anocheciendo.

Abro los ojos y me desperezo. Me llega un olor delicioso y familiar desde la cocina. Lo miro confundida.

—¿Has hecho salsa de tomate? —pregunto con voz rasposa.

—Me dijiste que tu padre quería más. He aprovechado para cocinar mientras dormías.

Mi corazón se ensancha. Qué mono es. Ha estado cocinando mientras me echaba la siesta en su sofá.

—¿He roncado mucho? —pregunto alarmada.

—Como una motosierra.

Me sonrojo hasta las pestañas. Dios mío, qué vergüenza. Hace unas horas nos acostamos por primera vez y ya sabe que ronco. Al ver mi expresión abochornada, me acaricia la mejilla con el pulgar.

—No roncas —me tranquiliza—. Estás adorable mientras duermes.

Esbozo una sonrisilla. Me gusta parecerle adorable. Si sigue diciéndome ese tipo de cosas, creo que voy a perder la cabeza por él. Debería haberlo sabido desde un principio. Es el tipo de chico por el que te vuelves loca. Nina me lo advirtió. Solo espero que no me rompa el corazón.

—¿Te llevo a tu casa?

—Quiero estar un ratito más contigo —le confieso.

Lo beso antes de que pueda soltar un comentario de los suyos. Sé que debería marcharme para cenar con mi familia, aunque supongo que mi padre me habría llamado si me hubiera necesitado. Mis amigos tienen razón, no puedo olvidarme de mí misma. Y, en este momento, lo que de verdad me hace feliz es besar a Pol.

Termino sentada encima de él. Le acaricio la boca con la mía muy despacio. Me encanta que acune mi mejilla con una mano. Ese contraste entre el chico tierno y dulce y el amante lascivo es la mezcla perfecta para mí. Sonríe contra mis labios. Su otra mano está en mi trasero. No va más allá. Ambos sabemos que, de lo contrario, acabaremos haciéndolo en el sofá.

Me da besitos cortos. Está jugando conmigo. Lo atraigo de la camiseta para aplastar mi boca contra la suya. De inmediato me abraza de esa forma protectora que tanto me gusta y corresponde mi beso con una urgencia que me enloquece. La mano que estaba en mi mejilla se enreda en mi pelo y me obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder besarme el cuello. Me muerde y me lame esa zona tan erógena hasta que mi respiración se entrecorta.

—Los besos en el cuello son mi debilidad —murmuro con los ojos entrecerrados.

—Lo sé. —Me acaricia la piel con su boca—. Qué bien hueles.

Hunde la nariz en mi cuello y aspira mi olor. Me muerdo el labio. Deslizo mis manos por su pecho. Uf, está más duro que una piedra. De repente hace muchísimo calor.

Intercala besos húmedos con pequeños mordiscos que me ponen a cien. De vez en cuando sube para darme un besito en la barbilla, me mira a los ojos y sonríe de una forma que me llega muy dentro. Me gusta lo que estamos haciendo. O, mejor dicho, me gusta lo que me hace.

—No sabía que pudieras ser tan…

—¿Tan…? —Me acaricia la mejilla con la boca—. ¿Tan qué?

—Dulce.

—Hum… —Recorre mi boca muy despacio, sin llegar a besarme—. ¿Te gusta que lo sea?

—Sí —admito sin pensar—. Un montón.

—Bien. —Me da un pequeño beso que me sabe a poco—. No sé ser de otra forma contigo.

Estoy a punto de decirle que se equivoca. En la cama ha sido un sinvergüenza sin pelos en la lengua, y me ha encantado. Pero no llego a pronunciar una sola palabra porque captura mi boca y se apodera de toda mi cordura. Nos besamos hasta que tengo los labios hinchados y no puedo hilar un pensamiento coherente. Madre mía, cómo besa. Se nota que tiene mucha experiencia. De repente, me vienen a la cabeza todas las chicas a las que habrá besado. Sé que no tiene ningún sentido que sienta celos de las mujeres que hubo antes que yo. No es asunto mío. Sin embargo, me aparto de él y le suelto:

—¿A cuántas chicas has besado?

—¿Qué? —Frunce el ceño, descolocado por mi interrupción.

—¿Con cuántas te has acostado?

—¿En serio?

—Sí.

—Ni idea —responde con calma. Al ver la cara que pongo, se encoge de hombros—. De verdad, no lo sé.

—O sea, muchas.

—Supongo. No las he contado.

Me entran ganas de zarandearlo. Sé que esta conversación es ridícula. No tiene que darme explicaciones.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Besas muy bien. —Su sonrisa se ensancha. Tengo que contenerme para no pegarle con un cojín—. Es obvio que has estado practicando.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿Te molesta?

—No.

—Freya…

—Un poco —admito a regañadientes—. Para colmo, cada vez que salimos juntos hay algún grupito de chicas que intenta llamar tu atención. No es justo. Me hacen sentir pequeñita. Madre mía, olvida lo que he dicho.

—¡Ey! —Me pone una mano en la mejilla y me acaricia con ternura—. Me dan igual. La única que me importa eres tú. No hay otra chica con la que quiera estar. Espero que lo sepas. No significan nada para mí.

A lo mejor soy una tonta por fiarme, pero me ha dicho justo lo que necesitaba oír. Me abrazo a él y escondo la cara en su pecho. No quiero que vea que me he puesto colorada. Tampoco hace falta que se dé cuenta del poder que tiene sobre mí.

—¿Confías en mí? —Noto el miedo que hay implícito en esa pregunta.

—Sí.

—¿De verdad? —insiste preocupado—. No te guardes nada.

—¿Sigues sintiendo algo por Gabi? —le suelto de carrerilla. Acabo de vomitar mi mayor temor. Ya está. Ahora no me guardo nada y las cartas están bocarriba. En el fondo, me alegro de habérselo preguntado porque no quería que esa duda siguiera corroyéndome.

—Mírame —me pide serio. Obedezco sin rechistar. Me aparta un mechón de la cara—. No estoy enamorado de ella. La quiero porque es mi amiga, y espero que me dé la oportunidad de seguir siendo parte de su vida. Es una persona muy importante para mí, al igual que lo son Axel y Leo. Eso es todo.

—Vale —respondo aliviada. Sé que ha sido sincero. Lo veo en sus ojos. Me alegro de haberlo aclarado de una vez por todas.

—¿Y tú sigues sintiendo algo por tu ex?

La pregunta me pilla desprevenida, pero entiendo que la haga. Acabo de preguntarle por Gabi, con quien tuvo una historia hace bastante tiempo. En cambio, yo anoche corté con mi novio. Comprendo su reticencia. Si estuviera en su lugar, me sentiría muy insegura.

—No rompí con él por ti —le aclaro—, sino porque comprendí que ya no estaba enamorada. Me di cuenta hace bastante tiempo, pero tenía miedo de afrontar mis sentimientos. No sé por qué tardé tanto en tomar una decisión que era necesaria. Supongo que me asustaba perder a mi amigo porque sabía que, si rompía con él, arruinaría nuestra amistad.

—¿Te gustaría seguir siendo su amiga? —Noto que se tensa.

—Sí —respondo con sinceridad—. Somos amigos desde el instituto.

—Hay algo que debería haberte contado. —Respira hondo y deja escapar el aire muy despacio —. No te lo dije porque no quería condicionar tu relación, ni tampoco que dieras por hecho que lo hacía para tener una oportunidad contigo.

—¿Contarme qué? —pregunto alarmada.

—Oriol estuvo aquí hace unas semanas. Me exigió que me alejara de ti.

—Vaya… —Aprieto la mandíbula. No puedo creer que hiciera algo así a mis espaldas—. Deberías habérmelo contado.

—Tienes razón.

—¿Qué le dijiste?

Me relajo cuando me explica que pasó de él y le pidió que se marchara. Al menos uno de los dos fue maduro y supo controlar la situación.

—Te agradezco que me lo hayas contado.

—No lo he hecho para que te apartes de él —me asegura—. He pensado que debías saberlo para tener toda la información necesaria.

—Me gusta que podamos ser sinceros.

—No aspiro a otra cosa. —Sostiene mi rostro y me da un beso lento y cálido—. No tengo experiencia en ser el novio de alguien. Pero, si tengo alguna oportunidad contigo, quiero hacer las cosas bien.

—Por ahora te pongo un seis —le vacilo.

—Eres… —Inclina la cabeza hacia un lado y se ríe—. Eres imposible.

—Por eso te gusto tanto.

—Tal vez esté experimentando algún tipo de fase pasajera.

—¡Idiota!

Le hundo dos dedos en el costado, lo que hace que se incline a un lado y pierda el equilibrio. Acabo tumbada encima de él. Antes de que pueda exigirle que retire lo que ha dicho porque estoy absolutamente convencida de que lo nuestro no es pasajero, me roba un beso que me deja sin aliento.

La primera vez que nos acostamos supuse que lo razonable era tomarnos las cosas con calma. Sin embargo, el deseo y la pasión no tienen nada de razonable. Ahora comprendo que las

mejores cosas de la vida no entienden de tiempos ni piden permiso, sino que llegan cuando menos te lo esperas y ponen tu mundo del revés.

Si no corres riesgos, te quedas para siempre en el mismo sitio. Por tanto, lo que deba ser será.

64

Freya

Pol me acerca en coche a mi casa. Tardamos un buen rato en despedirnos, pues cada vez que estoy a punto de abrir la puerta nos enredamos en un beso tras otro. No tengo la culpa de que sus besos sean adictivos. Al final le doy un empujoncito y salgo corriendo porque sé que de lo contrario le pediré que me lleve de nuevo a su ático. Cuando llego al portal, tengo el corazón acelerado y una sonrisa boba en los labios. Me vuelvo para despedirme de él, ya que está esperando a que entre. Le lanzo un beso como si tuviera quince años (menos mal que nadie me ve) y entro riéndome, hasta que me encuentro a Oriol sentado en mitad de la escalera, cruzado de brazos y con el semblante sombrío. Me pego tal susto que me llevo una mano al pecho y ahogo un grito.

—¡Joder, Oriol! —Enciendo la luz—. ¿Qué haces ahí a oscuras?

—Te estaba esperando. —Se pone de pie y baja los escalones. Se acerca a mí como un animal al acecho—. Qué contenta vienes.

Me alejo de él por instinto cuando huelo el rastro de alcohol.

—Oriol, ¿qué quieres?

—A ti. —Me mira desesperado—. Quiero recuperarte.

—Anoche te lo dejé muy claro —digo cansada. No quiero enfadarme con él. Sé que nunca me haría daño, pero debo ser tajante para que entienda que mi decisión es irrevocable—. Tienes que irte.

—Me dijiste que no me dejabas por él —me recrimina con los ojos llorosos—. Te ha traído a casa. He visto cómo os besabais. He estado un buen rato delante de su coche, pero no os habéis dado cuenta porque estabais muy ocupados.

—Vete —le ordeno intentando no perder la paciencia—. Por favor.

—No puedo creer que me hayas dejado por ese idiota —continúa, haciendo oídos sordos. Camina de un lado a otro. Está muy alterado, lo que comienza a ponerme nerviosa—. ¿En serio mandas a la mierda una relación de tres años por un drogadicto que se cansará de ti dentro de muy poco?

—No lo insultes —exclamo indignada—. Puedo soportar que te cueles borracho en el portal y me des un susto de muerte, pero ni se te ocurra volver a insultarlo.

—¡Encima lo defiendes! —grita hecho una furia—. ¡No es bueno para ti! Luego no me vengas llorando cuando te deje tirada…

—Tranquilo, eso no va a pasar —lo interrumpo con sequedad—. Me refiero a que me arrastre a tus pies. No sé lo que sucederá entre Pol y yo, pero eso no tiene nada que ver con nosotros, porque la única verdad es que ya no estoy enamorada de ti y jamás volveré contigo.

Oriol se encoge como si lo hubiera golpeado. De verdad, no quiero hacerle daño. Pero está agotando mi paciencia y no sé lo que pretende al presentarse aquí con dos copas de más para gritarme semejantes tonterías.

—Ni siquiera has tardado un día en cambiarme por otro —me recrimina dolido—. ¿Ya habéis follado?

Se acabó. Estoy harta. Entiendo que esté sufriendo, pero eso no le da derecho a actuar de esta manera. Abro la puerta para que se largue. No pienso seguir aguantando sus gilipolleces. Yo no fui a su casa a gritarle cuando me fue infiel. Su actitud no tiene justificación. No tengo por qué tolerarlo.

—Lárgate —le ordeno con tono implacable—. Ahora.

—Freya… —suplica cuando ve que no cedo—. Lo siento, te echo de menos. Te quiero.

—No, Oriol —lo contradigo con dureza—. No me quieres. O, si lo haces, no me quieres bien. De lo contrario, no me habrías sido infiel ni te habrías presentado en casa de Pol para exigirle que dejara de verme ni estarías aquí borracho y haciendo el ridículo para pedirme explicaciones de lo que hago con mi vida.

—¡Es un mentiroso! —exclama fuera de sí—. Eso no fue lo que pasó. Me lo encontré por casualidad, se puso gallito…

—Basta —le pido harta—. En serio, vete.

—No puedes creerlo a él antes que a mí. ¿De verdad te vas a fiar de un tío al que acabas de conocer? ¡Sigo siendo tu amigo!

—Qué va, ya no lo somos. Creí que podríamos ser amigos —digo suspirando—, pero veo que es imposible.

—Vale, de acuerdo, la cagué —admite desesperado—. Pero no puedes culparme por haber ido a su casa. Sabía que había algo entre vosotros. Me has estado engañando con él para vengarte de mí. Y lo entiendo. En serio. Estabas dolida y…

Antes de que pueda gritarle que se calle de una puñetera vez, la puerta del ascensor se abre y aparece mi hermana. Va sin pañuelo y viste una bata de estar por casa. Clava una mirada rabiosa en Oriol, que enmudece de golpe al verla.

—Acabo de llamar a la policía. Les he dicho que estás acosando a mi hermana —habla con voz glacial—. Vienen de camino.

—¡Hija de…! —Oriol se marcha corriendo antes de acabar la frase.

«Menudo cobarde».

En cuanto se larga, cierro la puerta por si se le ocurre volver. Respiro aliviada. Mi hermana sale del ascensor y viene hasta mí. Me aprieta el brazo y me mira preocupada.

—¿Estás bien?

Asiento con debilidad. Lo último que quiero es angustiarla. La verdad es que ha sido una situación muy desagradable.

—¿De verdad has llamado a la policía?

—No. Quizá debería haberlo hecho. Los gritos se escuchaban desde el piso. Menos mal que papá ha salido a comprar un par de cosas al súper de la esquina. Le tiene demasiado aprecio a ese idiota. No quiero que se lleve más disgustos.

—No va a volver, lo has asustado.

—Me alegro —responde satisfecha—. No puedo creer que el muy gilipollas se haya presentado aquí. ¿De qué coño va? Si vuelve, le daré una paliza.

—Vamos dentro. —La conduzco de nuevo hacia el ascensor. Aquí abajo hace mucho frío y no quiero que se constipe—. Gracias por echarme un cable.

—En realidad, parecía que tenías la situación bastante controlada. No creo que necesitaras mi ayuda para librarte de él. Simplemente me ha podido el enfado. Lidiar con un ex no es fácil. Lo has hecho lo mejor que has podido, dadas las circunstancias. Yo me habría quedado congelada por la sorpresa.

La miro extrañada. ¿Me está haciendo un cumplido? ¿En serio?

—Bueno —me encojo de hombros—, mejor hablemos de otra cosa. No quiero darle más importancia.

Llegamos a nuestra planta. Astrid se ha dejado la puerta abierta. La imagino bajando a toda prisa como la buena hermana sobreprotectora que es. Yo habría hecho lo mismo por ella si hubiera sabido que estaba en apuros.

—Has estado con Pol —deduce tras la situación que hemos vivido en el portal.

No tengo por qué mentirle, así que asiento.

—Me preocupa que te hayas fijado en alguien peor que Oriol —admite—. Me da miedo que te haga daño. Eres la persona a la que más quiero en el mundo y no soporto que sufras.

—Pol no va a hacerme daño —digo convencida—. Es una buena persona.

—Eso espero. O de lo contrario tendrá que enfrentarse a mi ira.

Mi hermana me pilla desprevenida al darme un abrazo. Me doy cuenta de que necesita que se lo devuelva. Está temblando. La estrecho con fuerza para que sepa que no voy a dejarla caer. Somos como el agua y el aceite. Es inevitable que choquemos. Pero la quiero con toda mi alma y haría cualquier cosa por ella.

—¡Ya estoy aquí! —exclama mi padre. Sonríe al ver que estamos abrazadas—. ¿Qué queréis

de cenar?

—Yo pongo la salsa. —Le enseño el táper que llevo en la bolsa.

—¿La famosa salsa de tomate? —intuye Astrid—. Papá no para de hablar de ella. Tendré que probarla. Seguro que tampoco es para tanto.

Veinte minutos después, estamos cenando en la cocina unos espaguetis con tomate. Sí, espaguetis a las diez y media de la noche. Mi hermana rebaña la salsa y pregunta si puede repetir. Mi padre me guiña un ojo. Cuando terminamos de comer, me encierro en mi habitación para enviarle un wasap a Pol.

Yo
Enhorabuena, tu salsa de tomate ha recibido críticas excelentes. ¿Cuándo puedes hacer más?

Pol
Cuando quieras. Son quince pavos.

Me río al leer su respuesta. Debí haber imaginado que me tomaría el pelo. Me encanta que lo haga. Lo que más me gusta de él son sus besos. Lo segundo, su sentido del humor.

Nos ponemos a wasapear a pesar de que nos despedimos hace menos de una hora. Charlar con él siempre me alegra. Por un instante estoy tentada de contarle el altercado con Oriol, pero al final decido que no merece la pena. No pienso permitir que mi ex se cuele en la conversación. De eso nada.

Solo somos nosotros. Él y yo. Y es jodidamente perfecto. ¿Qué podría salir mal?

65
Pol

Este sábado he invitado a Freya a cenar fuera. No quiero que nos escondamos, pero todavía no sabemos en qué dirección vamos, así que hemos preferido mantenerlo en secreto. Al menos por el momento. Además, el hecho de que Iris sea mi hermana y su amiga complica un poco las cosas.

—¡Te han arreglado la moto! —exclama nada más verme.

—Hola, estás preciosa. Yo también me alegro de verte —bromeo.

Pone los ojos en blanco. Luego mira a nuestro alrededor para cerciorarse de que no hay nadie en la calle que pueda descubrirnos. Entonces, rodea mi cuello con sus brazos y me atrae muy despacio hasta su boca. Mi sangre se calienta al sentir el tacto de sus labios. En lugar de darle el beso salvaje y hambriento que necesito, me conformo con darle uno tierno y cálido.

—Qué soso —protesta haciendo un mohín.

—Puedo hacerlo mejor —le prometo. Sonrío contra sus labios. Le doy un pequeño mordisco —. Pero entonces tendré que llevarte a mi casa para follarte…

—¿Y cuál es el problema? —pregunta con voz melosa.

—Que quiero invitarte a cenar. —Le doy otro beso igual de corto que el anterior—. Sube a mi moto, Freya.

—¿Vas a llevarme a tu casa o a cenar? —inquiere juguetona.

Le lanzo una mirada de advertencia para que no siga por ese camino. De lo contrario, no respondo. Suelta una risilla cuando le doy el casco. Niego con la cabeza. Me encanta que le guste el sexo tanto como a mí. Creo que he encontrado a mi alma gemela. Sin embargo, también me apetece hacer otro tipo de cosas con ella. Llevarla a sitios bonitos, regalarle cosas, caminar cogidos de la mano… Por eso me conformo con que haya aceptado salir a cenar conmigo. No quiero presionarla.

—¿Dónde vamos? —Al ver que no respondo, suelta un resoplido—. Oh, no me lo digas. A un sitio que me va a encantar.

—Sube, graciosilla. —Le hago un gesto para que se siente—. Agárrate fuerte.

—Como si fuera a caerme…

—Como si yo fuera a dejar que eso sucediera. —Pongo mi mano encima de las suyas. Me

encanta conducir la moto con ella abrazada a mi cintura—. Hablo en serio, no quiero que te caigas.

Freya se abraza más a mí. Me siento de maravilla llevando a mi espalda a una chica por la que empiezo a sentir un montón de cosas alucinantes. Puede que todavía no esté preparado para admitirlas en voz alta, pero los sentimientos están ahí. No son más pequeños porque me niegue a analizarlos. Es solo que jamás me había sentido… así de bien. Por eso necesito tiempo para hacerme a la idea de que, si las cosas se complican, no saldré huyendo, porque quiero estar a su lado.

—Qué sitio tan chulo —dice al admirar la fachada de Nikkei 112.

Le pongo una mano en el centro de la espalda para que entre primero. Rosa, mi camarera de confianza, nos da la bienvenida y nos conduce hacia mi mesa favorita. Freya se percata de que el restaurante está desierto y me mira extrañada.

—Somos los únicos clientes —susurra.

—Que hayamos decidido que vamos a tomárnoslo con calma no significa que me apetezca cortarme si quiero darte un beso durante la cena.

—¿Has reservado el restaurante entero para nosotros? —pregunta alucinada. Suelta un silbido —. Cómo sois los ricos…

Me río. Es de lo que no hay. Cualquier otra chica se sentiría muy halagada, pero este tipo de gestos no la impresionan.

—Es lo que tiene ser el dueño.

—Un segundo… —Contempla el espacio con mayor atención—. ¿Me has traído a tu restaurante?

Asiento con naturalidad. Podría haber elegido otro sitio, pero me apetecía invitarla a cenar fuera. Ya le he dicho que no quiero cortarme. Esa es la razón por la que he escogido mi restaurante. Rosa y el chef son de mi confianza y sé que no van a irse de la lengua, así que no tenemos que preocuparnos de aparecer en la portada de alguna revista del corazón. De lo contrario, tendríamos que darles explicaciones a Iris y a nuestros amigos. Es un rollo conocer a alguien cuando eres famoso, pero no nos queda otro remedio si nos apetece ser discretos.

—¡Qué morro! —Me tira la servilleta de tela a la cara—. ¡Así te sale gratis la cena!

Me parto de risa. Desde luego, jamás me aburriré con ella.

—Si quieres, podemos ir a otro sitio…

—No. —Coge mi mano por encima de la mesa—. Me gusta que por fin me hayas traído. Este sitio es alucinante, Pol. De verdad, no lo digo por cumplir.

—Lo sé, eres demasiado sincera para hacerme la pelota.

Me saca la lengua. Le pregunto qué le apetece comer y, en función de lo que dice, le hago varias sugerencias que creo que van a gustarle.

—Hay Trina de manzana —comenta al leer la carta—. No suelen tenerlo en ningún sitio.

Levanta la vista y me sonríe al darse cuenta de que es cosa mía. Le devuelvo la sonrisa. Las suyas son de otro planeta. No sé qué tienen para que me gusten tanto. Es oficial, acabo de perder la cabeza por esta chica.

—¿Qué pretendes? ¿Enamorarme?

—Puede —respondo sin dejar de sonreír—. ¿Voy por buen camino?

—Necesitas mucha paciencia, un documental de felinos salvajes, cocinar tortitas sin rechistar siempre que se me antojen y…

—¿Y?

—No sé, ya pensaré en algo más. —Se hace la digna.

—Son condiciones muy fáciles de cumplir. —Me encojo de hombros—. Tu corazón ya es mío.

—Ah, el roquero chulito que cree que todas las mujeres comen de la palma de su mano vuelve a hacer acto de presencia —bromea—. Y yo que pensaba que por fin se había largado…

—En el fondo te gusta. —Le sigo el juego.

Freya va a protestar, pero se queda callada cuando Rosa se acerca para preguntarnos qué vamos a cenar. Nos toma nota y antes de irse me mira con complicidad. Supongo que se me nota en la cara lo colgado que estoy de esta chica.

No paramos de hablar mientras esperamos la comida. Al final me convence para leer *Volver a empezar*, la segunda parte del libro que me prestó. Le aseguro que no volveré a dirigirle la palabra si no tiene un final feliz. Luego hablamos de *A fuego lento*, la última novela negra que le dejé. A mí me encantó, pero ella dice que no ha sido nada del otro mundo.

—Madre mía… —murmura al probar el *chirashi* con emulsión de jalapeño y *tobiko*—. ¡Qué bueno!

—Me alegro de que te guste. Tuve que pelear para incluir este plato en la nueva carta. A algunos de los trabajadores no les convencía.

—Es tu restaurante —dice perpleja.

—No quiero ser el típico jefe que no escucha la opinión de sus empleados. Ellos saben lo que les gusta a los clientes. Pero con este plato tuve una corazonada. Me encanta el toque picante que le da el jalapeño.

Freya me mira de una forma que no sé descifrar. Enarco las cejas para que lo suelte de una vez.

—Todavía me sigue sorprendiendo lo buena persona que eres.

—¿Por tener en cuenta la opinión de mis empleados? —Le resto importancia—. De lo

contrario, sería un mierdas.

—No, Pol —me corrige con suavidad—. Eres una de las personas más consideradas que conozco. Te preocupas por los sentimientos de los demás. Haces todo lo posible para que la gente que hay a tu alrededor se sienta cómoda, valorada y querida. Aquel día, en el concierto, estuviste pendiente de Nina y de mí en todo momento. A eso me refiero cuando digo que eres considerado.

—Yo… —Trago saliva. No sé qué responder—. Vale, lo que tú digas.

—Para ser tan chulito, se te da fatal aceptar un cumplido.

Noto que me sonrojo. No sé qué demonios me pasa con ella. Sabe llegar hasta mí. Debería estar asustado por resultarle tan transparente, pero en realidad estoy cansado de esconderme detrás de un montón de capas de ironía y falsa vanidad.

—Nadie me ve como tú —le confieso con un hilo de voz.

—Eso es porque no dejas que los demás conozcan al verdadero Pol. —Me coge la mano y me acaricia el dorso con el pulgar. Su sonrisa me reconforta—. Te lo dije, no tienes que ser otra persona. Me gustas cuando solo eres tú. Ahí tienes el secreto para llegar hasta mi corazón: no huyas de mí.

La pillo desprevenida cuando me levanto, sostengo su rostro y le doy un beso. No es casto ni delicado. Me da igual que mis empleados nos estén mirando. La beso como si la necesitara para seguir respirando. La pongo en el centro de mi mundo y le entrego mi corazón sin reservas.

—No voy a irme a ningún lado —le prometo mientras respiro con dificultad—. Estoy justo donde quiero estar.

66

Freya

La cena se me ha pasado volando. La comida estaba deliciosa y no he parado de hablar con Pol. En una ocasión me ha entrado un ataque de risa porque me ha contado un chiste malísimo y se me ha salido el refresco por la nariz. Él, por supuesto, ha estado un buen rato tomándome el pelo.

—Lo he pasado genial —le digo antes de que abra la puerta de su ático.

Le echo los brazos al cuello y le doy el beso que estaba deseando porque tener público enfría a cualquiera. A él se le escapa un gruñido que me pone a cien. Se las apaña para abrir la puerta con una mano. Me envuelve con el otro brazo y me conduce dentro.

—Te lo dije —murmura sin apenas separar sus labios de los míos—. En Tinder puntúan mi compañía con un sobresaliente.

—Eres un idiota… —Le doy un mordisco en el cuello—. Pero no cambies nunca.

Me agarra del trasero para levantarme del suelo. Suelto un pequeño grito porque no me lo esperaba. Me aferro a sus brazos, a pesar de que sé que no voy a caerme. Me gusta que se mantenga en forma. He visto la sala de gimnasio que tiene en una de las habitaciones. Se nota que hace pesas y corre todos los días.

—¿Y eso? —pregunto cuando me deja en el sofá. Hay una caja de bombones en la mesa auxiliar y un documental de Netflix en la tele—. Sí que te lo has currado para ser una *no* cita.

—Es una cita. —Me da un pico—. Lo que pasa es que todavía no te has dado cuenta.

—Este me encanta. Está narrado por Bryan Cranston y Rebel Wilson.

—Debí suponer que ya lo habías visto —dice como si fuera un caso perdido—. ¿Busco uno de felinos salvajes?

Observo la caja de bombones (de chocolate blanco, por supuesto), la cubitera con hielo repleta de latas de Trina de manzana y el documental que ha buscado para mí. Se ha preocupado de que tuviéramos una noche perfecta, mientras que yo…

—¿En qué piensas? —Me coge en brazos, de manera que acabo sentada encima de él. Su boca recorre mi cuello y se me acelera la respiración—. A mí puedes contármelo.

—Me gusta que seas detallista…

—¿Pero…? —adivina.

—Resulta que solo quiero acostarme contigo —admito con una sonrisilla pícara—. Lo siento,

soy una chica fácil.

Pol echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Me muerdo el labio y escondo la cara en su pecho. Cuando se recupera, me pone las manos en los hombros para que lo mire a la cara. Intento hacerme la digna durante unos segundos, hasta que le devuelvo la mirada. Lo que veo en sus ojos es una mezcla de ternura y diversión.

—Estoy empezando a cansarme de que solo me quieras por mi cuerpo. Soy algo más que una cara bonita.

—¡Tonto! —Le golpeo el hombro. Atrapa mi mano y se la lleva a la boca—. De acuerdo, veamos el documental.

Pol me besa los nudillos muy despacio, sin dejar de mirarme a los ojos. El ambiente se caldea de golpe. Tengo cosquillas en el vientre porque sé lo que está a punto de suceder. Me aparta el pelo de la cara con delicadeza y luego deja la mano en mi mejilla.

—El documental y los bombones eran el plan A —admite esbozando una sonrisa ladina—. Pero yo también prefiero el plan B.

Me besa con tantas ganas que acabamos tumbados en el sofá. Me gusta sentir el peso de su cuerpo encima del mío. Su labios expertos y suaves apoderándose de mi boca. Sus manos ancladas en mis caderas. Una de sus piernas entre las mías. Su erección presionando mis muslos. Se nota que está tan excitado como yo, pero aun así se las apaña para que no sea algo sucio o salvaje. No digo que no me guste que lo sea. De hecho, me encanta cuando ambos perdemos la cordura y damos rienda suelta a la atracción. Sin embargo, esto va más allá del deseo. Lo sé cuando, en lugar de arrancarme la ropa, se aparta para mirarme a los ojos y dice:

—Me encantas. —Me da un beso en la barbilla—. Me vuelves loco. —Otro en la punta de la nariz—. Quiero estar contigo. —Me besa en la comisura de los labios—. Déjame llegar hasta ti.

—Ya me tienes —respondo jadeando—. No me sueltes.

—No puedo. —Me acaricia la boca hasta que me estremezco—. Eres mi ancla.

Esta vez me da el beso largo y hambriento que necesito. Sus manos se cuelan por debajo de mi jersey y me acarician el abdomen. Nuestras lenguas se enredan. Siento que todo encaja. Que estamos hechos el uno para el otro. Que…

—Tócame, por favor —me ruega con voz ronca.

Obedezco sin rechistar. Lo ayudo a quitarse la cazadora de cuero y luego le saco la camiseta por la cabeza. Sería un pecado no acariciarlo. Le araño la espalda. Le muerdo el hombro. Recorro todo su cuerpo mientras él ahonda en el beso hasta que no sé ni cómo me llamo.

—Dios, Freya… —murmura contra mi cuello—. Me estás haciendo perder la cabeza.

Me sobra la ropa, así que Pol me ayuda a deshacerme del jersey. No tiene prisa en arrancarme el sujetador. Se pone a venerar cada centímetro de mi piel con su boca, y yo ya no puedo más.

Entierro las manos en su pelo y me retuerzo de placer con cada beso. Me tortura de una forma deliciosa hasta que me lleva al límite.

Terminamos de desvestirnos mutuamente sin prisa, a pesar de la desesperación que siento por tenerlo dentro de mí. Pol se apoya en los codos para no aplastarme. Tiene los ojos vidriosos cuando me mira y los labios hinchados por mis besos.

—¿Siempre es así?

—¿El qué? —pregunto confundida.

—Hacer el amor —responde sofocado—. No sabía que podía ser tan increíble.

—Creo… —Me muerdo el labio. Merece que sea sincera con él—. No se parece a nada que haya experimentado antes.

—Es cierto. —Cierra los ojos, asiente y respira hondo—. Esto es muchísimo mejor que… cualquier otra cosa.

Vuelve a besarme. Me abrazo a él y lo envuelvo con mis piernas. Su erección roza la entrada de mi vagina. Se frota contra mi sexo mientras me besa como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Finalmente, le suplico que me penetre de una vez porque me está volviendo loca. Pol estira el brazo para buscar su cartera, que está dentro de los vaqueros que hay tirados en el suelo. No sé cómo se las apaña para seguir besándome al mismo tiempo que busca un preservativo. Luego se aparta para ponérselo y separa mis piernas. Se introduce muy despacio dentro de mí y los dos contenemos el aliento durante unos segundos.

—Creo que me estoy enamorando de ti —susurra con voz ronca.

Se me acelera el corazón. No sé si lo he oído bien. Pol entra y sale de mí. Enreda una mano en mi pelo. Me da un beso en la barbilla. Le clavo las uñas en la espalda y me dejo llevar. En el fondo, sé que es recíproco. No sé cuándo empecé a sentir algo más que una amistad por él. Ahora sí tengo claro en qué dirección vamos: una en la que ambos remamos juntos. Porque mi corazón ya ha decidido que quiere estar a su lado.

67

Freya

—Me gustan tus tatuajes. —Le acaricio el brazo derecho y cojo un bombón de chocolate blanco. Estamos tumbados en el sofá y de fondo hemos puesto *Animal*, el documental de Netflix. No sé qué he hecho para merecer a este chico—. ¿Tienes algún nombre tatuado?

Dibujo con el dedo índice los trazos del tigre de la parte superior externa del brazo. Justo debajo hay una enredadera de rosas con espinas. Tiene buen gusto para los tatuajes.

—¿Me estás preguntando si me he tatuado el nombre de alguna chica? —intuye esbozando una media sonrisa socarrona.

—No sé —respondo como si no me importara—. Tal vez te emborrachaste una noche, conociste a una rubia guapísima y te tatuaste su nombre en una parte del cuerpo que no suele ver casi nadie.

—Tú ya has visto todas las partes de mi cuerpo —me recuerda con tono socarrón—. Algunos de mis tatuajes me los hice estando borracho, pero no soy tan tonto como para tatuarme el nombre de una chica.

—¡Eh! —Lo golpeo—. A mí me parece un gesto muy bonito. La típica decisión que tomas cuando te enamoras perdidamente de alguien. ¡No insultes a la gente que se tatúa el nombre de su pareja!

—Me parece una tontería. Ya estoy medio enamorado de ti y no me lo he planteado. ¿En serio la gente necesita hacerse un tatuaje para demostrar lo que sienten por otra persona?

El bombón que estaba a punto de meterme en la boca se me escapa de los dedos. Lo miro con los ojos muy abiertos. Pol frunce el ceño, pues no entiende mi reacción. Hasta que aprieta los labios y asiente muy despacio.

—¿Tanto miedo te da que pueda llegar a enamorarme de ti? —pregunta muy serio.

—No, es que… —Comienzo a sonrojarme. Mi cerebro es un batiburrillo de pensamientos confusos—. Cuando lo dijiste mientras hacíamos el amor, pensé que te había oído mal.

—¿Creías que había sido fruto del momento? —sospecha. Su sonrisa no vacila ni un ápice—. No tengo miedo de enfrentarme a mis sentimientos, Freya. Soy un tío que suele cometer muchos errores, pero al menos siempre voy con la verdad por delante.

Uf, ¿por qué de repente tengo tanto calor? Ni siquiera soy capaz de sostenerle la mirada.

—¿Quieres que me desdiga? —pregunta con suavidad.

—No —respondo muy bajito.

—¿Qué? —Finge no haberme oído.

—¡Que no! —exclamo aturrullada. Escondo la cabeza en su pecho. Ahora mismo no puedo mirarlo a los ojos. Soy una tetera hirviendo—. Pero yo no voy a pillarme tan pronto de ti. Que lo sepas.

—No importa —responde sin alterarse—. Eso no cambia lo que siento.

Sonrío como una idiota. No me ve, así que da igual. En realidad, me gusta mucho que no tenga problema en decir lo que siente en cada momento. Sí, estoy un poco asustada porque estamos yendo muy deprisa. Pero eso no significa que no pueda disfrutarlo.

—¿Puedo quedarme a dormir?

Pol me estrecha entre sus brazos y me da un beso en el pelo.

—Sabes que sí.

Me relajo de inmediato. Es sábado y le dije a mi padre que quizá pasaría la noche fuera. Hoy Astrid ha tenido un buen día. Incluso fuimos a dar un paseo al parque. Así que no me siento culpable por no dormir en casa.

—¿Quieres que te deje un pijama? —me pregunta. Asiento con la cabeza y me da otro beso antes de levantarse. Me encanta lo cariñoso que es. Lo sigo a su habitación. Abre el primer cajón de la cómoda y me da un pijama celeste que tiene la etiqueta puesta y unas zapatillas de estar por casa que son de mi número. Lo miro confundida. Se encoge de hombros—. He comprado algunas cosas para ti. Tienes un cepillo de dientes nuevo en el segundo cajón del mueble del baño.

—Oh… —murmuro impresionada—. Gracias.

—Quiero que te sientas cómoda cuando estés aquí.

Abrazo el pijama y las zapatillas. Ha sido un gesto muy bonito. Me gusta que sea tan detallista.

—Has dicho que no te ibas a pillar tan pronto de mí. —Me lee la mente.

Resoplo para apartarme un mechón del ojo y le lanzo una mirada asesina. Se ríe cuando me dirijo al baño. Solo cuando me encierro dentro y busco mi cepillo de dientes me permito sonreír de oreja a oreja. Vale, quizá he sido demasiado ilusa cuando le he dicho que no iba a enamorarme de él, porque en este momento me parece absolutamente inevitable.

68

Freya

Pol y yo llevamos una semana quedando. Normalmente nos vemos en su casa, aunque hemos bajado un par de veces a la playa para dar un paseo, lo que nos obliga a dejar las muestras de cariño a un lado. Me gusta la intimidad que nos concede su ático. Además, nos permite evitar a la gente que se acerca a pedirle una foto y a los periodistas.

Les conté a mis amigos que había roto con Oriol. Joel se entristeció y me preguntó si me encontraba bien. Nina me llevó aparte y quiso saber desde cuándo estaba acostándome con Pol. Le dije que me dejara en paz y esquivé el tema. Luego le aseguré que mi ruptura con Oriol no tenía nada que ver con Pol, aunque sé que de no haberlo conocido habría sido incapaz de ser valiente. A veces necesitamos un detonante para tomar las riendas de nuestra vida. En mi caso, ser consciente de que podía perder a Pol si no me enfrentaba a mis sentimientos me obligó a dar el paso.

No tenemos por qué ocultarnos. Me gusta estar con Pol y sé que no estamos haciendo nada malo. No obstante, prefiero decírselo a mi entorno cuando sepa que vamos en serio. Además, Iris todavía no sabe nada y me asusta su reacción. Por el momento nos estamos conociendo, aunque la mayor parte del tiempo siento que ya lo sabemos casi todo el uno del otro. Se ha convertido en mi máximo apoyo. Me escucha, me entiende y siempre sabe cómo levantarme el ánimo. Eso es lo que más necesito ahora mismo. Mi familia está viviendo una etapa muy dura y Pol se ha convertido en mi refugio. Desde que supo que su salsa de tomate tuvo tanta aceptación, todos los días me prepara táperes de comida. Parece un gesto simple, pero nos ahorra tiempo entre los fogones. De hecho, mi padre ya ni siquiera cocina (menos mal). Anoche cenamos canelones y pisto de verduras. Mi hermana se hace la dura y dice que tampoco es para tanto, pero siempre quiere repetir.

Esta tarde he decidido darle una sorpresa. Hace un par de horas acompañé a mi hermana a la quimio. Al llegar a casa se metió en la cama porque estaba muy cansada. Decidí quedarme por si necesitaba algo, pero me gritó que me largara a vivir mi vida. Mi padre me dijo que tenía razón. Así que aquí estoy. Es evidente que solo es necesario que uno de nosotros cuide de ella. No puedo sentirme culpable por querer salir de vez en cuando.

Saludo al conserje, que en cuanto me ve abre la puerta del portal. Una mujer muy bien vestida

y con peinado de peluquería entra detrás de mí. Deja una estela de perfume caro tras de sí. Arrugo la nariz porque me resulta muy cargante. Lleva uno de esos abrigos de visón y un bolso de marca que debe costar más de lo que cualquier mileurista gana al mes. Me pregunto a cuántos pobres animalitos habrán sacrificado para fabricar su abrigo. Se da cuenta de que la estoy observando, se vuelve y me estudia de arriba abajo. Lleva gafas de sol, así que no logro discernir si se trata de una mirada amable o molesta.

—Te conozco —dice para mi sorpresa. Se quita las gafas de sol y me dedica el amago de una sonrisa. Su rostro está demasiado tenso para que pueda sonreír de verdad. Creo que se ha pasado con el bótox—. Eres la amiga de mi hija.

—Creo que se equivoca —contesto con educación.

—Tiene una foto tuya en el salón de su casa. —La puerta del ascensor se abre, pero no entra. Se acerca a mí y de repente me siento muy incómoda. No está siendo desagradable, aunque hay algo en ella que me produce un rechazo visceral y primitivo—. Soy la madre de Iris.

Abro los ojos de par en par. Ahora que la miro con mayor atención me doy cuenta del parecido. Tiene sus mismos ojos azules y la figura esbelta. No sé qué decir, así que me limito a forzar una sonrisa. Iris casi nunca habla de sus padres. Sé que tienen una relación extraña y algo distante. Una vez se le escapó que Pol no se habla con ellos desde que cumplió la mayoría de edad. Por tanto, no sé qué pensar de la mujer que tengo delante.

— Soy Isabel. —Me tiende una mano repleta de joyas—. Encantada.

—Igualmente. —Le devuelvo el apretón. Estoy segura de que es la primera vez que saludo a la madre de un amigo con un apretón de manos.

—¿Eres la novia de mi hijo?

La pregunta me pilla desprevenida. No sé qué responder. Ni siquiera sé si debería ponerla al tanto de los pormenores de la vida de Pol. Si no tienen relación, ¿por qué está aquí?

—Somos buenos amigos —respondo esquiva.

—Os vi en una revista. No es que preste demasiada atención a la prensa del corazón… —Le da vueltas al solitario de diamantes de su dedo anular y comprendo que está nerviosa—. Iris dice que eres una gran amiga. Tenía la esperanza de que Pol por fin hubiera encontrado a una buena chica.

Creo que percibe mi incomodidad, pues se aleja del ascensor y baja los primeros escalones de la entrada. No era mi intención echarla, pero tampoco quiero inmiscuirme en lo que haya entre Pol y su madre. Si él no ha decidido contármelo, no tengo derecho a adentrarme en esa parcela de su vida.

—¿No sube?

—Otro día. —Sus ojos están repletos de tristeza—. Dile a mi hijo que lo echo de menos. ¿Harías eso por mí?

Nota mi vacilación. No quiero que Pol dé por hecho que he hablado con su madre a sus espaldas.

—Por favor —me suplica.

Al final claudico. Ocultarle nuestro encuentro sería peor.

—Se lo diré —le aseguro—. Aunque quizá sería mejor que se lo dijera usted misma.

—Oh, dudo que quiera verme. En realidad, ha sido un error venir hasta aquí. Me he dejado llevar por el optimismo. Acabo de salir de darme un masaje que me ha dejado muy relajada. —Se ríe como si lo que acabara de decir fuera ridículo—. Adiós, Freya. Ha sido un placer conocerte.

Sale del portal antes de que pueda despedirme de ella. Me rasco la nuca. No entiendo lo que acaba de suceder. Entro en el ascensor con un mal presentimiento. No sé cómo va a tomárselo Pol. Tengo la impresión de que todo está a punto de saltar por los aires.

69

Pol

Me llevo una grata sorpresa cuando llaman al timbre y descubro que es Freya. No me ha dicho que vendría. Ojalá todas las visitas fueran tan agradables. He echado tanto de menos sus labios que la agarro del trasero para levantarla del suelo y atraerla a mi boca. Freya envuelve mi cintura con sus piernas y cierro la puerta de una patada. La empotro contra la pared y la beso con ferocidad. Cada vez que mi boca captura la suya siento que hemos nacido para estar juntos.

—Hola. —Me aparto para mirarla a los ojos y que sepa lo mucho que me alegro de verla. Recorro su mandíbula con los labios y noto cómo se le acelera la respiración—. Vuelve a venir sin avisar otro día, por favor.

Se ríe y rodea mi cuello con sus brazos para besarme. La química que tenemos explota en el momento que nuestros labios se unen. El otro día, cuando me preguntó con cuántas mujeres me había acostado, me pareció una pregunta completamente absurda. Fui sincero con ella. No tengo ni idea. El caso es que, aunque las hubiera contado, ninguna de ellas me hizo sentir nada parecido. Es una conexión que no sabía que podría experimentar con otra persona. La primera vez que nos acostamos comprendí que sería incapaz de sacarla de mi cabeza. Juntos somos magia.

—Tengo que decirte una cosa —farfulla jadeando.

—Luego.

—Es importante —insiste, y aparta la cara—. En serio, Pol.

Frunzo el ceño.

—¿Acabas de hacerme una cobra?

—No me has dejado otra opción. —Se ríe. Para aplacar mi disgusto, me da un pequeño pico que me deja con ganas de más—. Ponme en el suelo.

—No quiero —refunfuño—. Cuéntamelo ya. No pienso soltarte. Sea lo que sea, no va a impedir que te lleve a la cama para hacerte el amor.

—Me he encontrado a tu madre en el portal.

Me quedo congelado por el estupor. De inmediato, la deposito en el suelo. Freya me mira preocupada.

—Ha dicho…

—No quiero oírlo —la interrumpo con sequedad—. No me interesa.

—No ha sido nada malo —me tranquiliza—. Todo lo contrario.

—Me da igual —zanjo.

De repente, me entran muchas ganas de romper cosas. Si me controlo es porque Freya está aquí. De lo contrario, me liaría a puñetazos con los muebles hasta convertir este lugar en un caos. Podría volcar el aparador de la entrada de un empujón o destrozar a patadas el armario del vestíbulo.

—Pol… —Freya parece asustada. Odio ser el causante de su malestar. Me pone una mano en el hombro con cuidado, como si temiera mi reacción—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No —respondo sin vacilar—. Por supuesto que no. Jamás me enfadaría contigo por haberme contado la verdad.

Respira aliviada. Me siento como una mierda porque tenga esa imagen de mí. No puedo culparla. Hace poco me rescató de una fiesta en la que acabé encerrado en el baño después de darle un puñetazo al espejo. Debe de creer que tengo mal genio. De hecho, a veces he perdido el control cuando las cosas se han desmadrado.

—Me daba miedo que dieras por hecho que me había inmiscuido en tu vida —me confiesa—. Quiero saberlo todo de ti, pero prefiero que seas tú quien me abra tu corazón cuando sientas que estás preparado.

En este momento comprendo lo afortunado que soy de tenerla en mi vida. Cojo su mano y le beso los nudillos con un inmenso cariño.

—Estamos bien —le prometo—. Necesito hacerte el amor con urgencia.

—Pol…

—Por favor. —Odio suplicar, pero ahora la necesito tanto que voy a derrumbarme si no la tengo. Sostengo su rostro y le doy un beso muy lento—. Te necesito, Freya.

—Estás alterado. —Me pone una mano en el pecho—. El corazón te va a mil por hora.

—Estoy triste —la corrijo—. Quiero dejar de estarlo.

Freya no se resiste cuando busco sus labios con desesperación. Sé que no hay nada de malo en lo que estamos a punto de hacer. Todo lo contrario, es maravilloso haber encontrado a una chica que ha conseguido llegar a mi corazón para sanarlo. Porque hay personas que te alivian el alma y caricias que son un bálsamo para las heridas.

—Tú siempre me das paz —le confieso.

Se estremece cuando le desabrocho la sudadera muy despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Se la quito y le doy un beso en el hombro. Quiero que comprenda todo lo que soy incapaz de decirle en este momento. Lo importante y valiosa que es para mí.

Entierra los dedos en mi pelo y echa la cabeza hacia atrás para que devore su cuello. Lo hago con calma, intercalando besos con pequeños mordiscos que le aceleran la respiración. Me tomo

todo el tiempo del mundo en venerar su piel. No quiero dejarme ni un centímetro. Tenemos tantos besos pendientes que debería vivir mil vidas para saciarme de ella, y aun así no sería suficiente.

—Por fin te he encontrado —digo con voz ronca antes de capturar sus labios.

Da un saltito para que la coja en brazos. Nos besamos mientras la llevo al dormitorio. La dejo caer en el colchón y vuelvo a buscar su boca. Entre beso y beso nos desvestimos el uno al otro.

—¿Me estabas buscando? —pregunta confundida.

—Toda la vida. Sin ni siquiera saberlo —contesto con sinceridad—. Lo supe nada más verte. Estás hecha para mí.

Le brillan los ojos cuando vuelvo a besarla. Hay algo tan íntimo y puro en lo que estamos haciendo, tan real y sincero… La primera vez que nos acostamos había una tensión sexual no resuelta tan intensa que no pudimos contenernos. Ahora puedo aceptar mis sentimientos. No tengo miedo ni dudas. Jamás huiría de lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Dios… —susurra cuando me hundo en su interior.

Le hago el amor sin dejar de mirarla a los ojos. Quiero que sepa lo que siento por ella. Que entienda que no es algo pasajero. Al menos para mí. Freya me ve tal y como soy y me acepta sin reservas. No necesito ser otra persona. Es jodidamente increíble. Porque, cuando encuentras a alguien a quien contarle tu verdad, por fin todo encaja.

70

Freya

Me quedé dormida después de que hiciéramos el amor con la cabeza apoyada en el pecho de Pol mientras me contaba un chiste malísimo. No sé cuánto tiempo ha pasado. Abro los ojos y descubro que sigo en la misma postura. Me está acariciando la espalda de forma distraída. Al darse cuenta de que me he despertado, me aparta el pelo de la cara y me da un beso en la mejilla. Me apoyo en su pecho para echarme hacia atrás y mirarlo a los ojos.

Dios, qué guapo es. Tiene el pelo revuelto y esa mirada oscura y penetrante que tanto me gusta. Le dedico la típica sonrisa de una chica a la que le han robado el corazón. No quiero que lo nuestro vaya tan deprisa. Me gustaría saborear muy despacio todas nuestras primeras veces. Sin embargo, tampoco quiero ponerle freno a lo que estamos viviendo.

—¿Eres real? —Me acaricia la mejilla con el pulgar y me sonríe con ternura cuando asiento—. Qué suerte la mía, no eres un sueño.

Mi corazón da un vuelco. Es oficial, acabo de perder la cabeza por este chico vulnerable y apasionado.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Apenas media hora —me tranquiliza—, en la que no he podido dejar de mirarte.

—¿Te gusta verme roncar con la boca abierta? —bromeo.

—Muchísimo. —Me abraza para darme un beso en la frente—. ¿Tienes hambre?

—Siempre.

Pol se ríe porque sabe que no exagero. Se aparta de mí para salir de la cama. Por un instante, tengo ganas de aferrarme a él para que vuelva a hacerme el amor. Al final el hambre gana a la lujuria. Hoy no he merendado y estoy famélica.

No me ofrezco a ayudarle. A estas alturas ya he descubierto que solo le estorbo mientras cocina. Aprovecho para remolonear un poco en la cama hasta que empiezo a oler a comida y me levanto. Voy a su armario y escojo una sudadera que huele a él y me llega por las rodillas. Cuando aparezco en la cocina, me mira como si llevara puesto un conjunto de lencería muy sexy. Me encanta que me desnude con la mirada. Siempre me sube la moral.

—Tengo que hacer la compra —se disculpa—. He improvisado con lo que había en el frigorífico.

Le hinco el diente a un sándwich que sabe tan bien como parece. Lleva atún, mahonesa, lechuga y tomate. Incluso lo ha tostado en la sandwichera y se ha tomado la molestia de exprimir zumo de naranja natural. En serio, me ha tocado la lotería con este chico.

—Te quiero —bromeo—. Cásate conmigo.

Pol se ríe, me da un abrazo y me besa en la sien.

—Cuando quieras.

—¿Mañana? —Le sigo el juego—. ¿Cuándo te viene bien?

—A cualquier hora. Siempre tengo tiempo para ti.

Le doy un empujoncito con el hombro.

—¿De dónde sacas esas frases de ligoteo?

—¿Quieres que te diga que solo las utilizo contigo? —Me entran ganas de estrangularlo. Ahora voy a imaginar a todas las chicas con las que las habrá empleado—. Solo las utilizo contigo.

—¡No me mientas!

—Es la verdad. —Me estrecha entre sus brazos. Me gustaría decir que me resisto un poco, pero es mentira, ya que me derrito en cuanto me toca—. Nunca necesité utilizar ninguna frase especial para…

—¡Vale, vale! —Le tapo la boca. Tampoco me hace falta escuchar que tenía mucho éxito entre las mujeres. Ya me lo imagino. Con esa cara, ese cuerpo y esa sonrisa, lo normal es que triunfara—. Cambiemos de tema.

Me agarra de las muñecas y me mira intentando contener una sonrisa. Lo fulmino con la mirada.

—Mis frases de ligoteo, como tú las llamas, solo las utilizo contigo —dice con calma—. Siempre soy sincero. Es un hecho, estoy loco por ti. Asúmelo de una vez y deja de compararte con todas esas chicas que ni siquiera recuerdo cómo se llaman.

—¿Esta también es otra frase de ligoteo? —pregunto hecha un flan—. Porque, si llevara bragas, se me habrían caído.

Pol me suelta, echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Luego me empuja contra la encimera y me susurra al oído:

—Me encanta que no te pongas bragas.

Mi cuerpo se incendia por sus palabras. Separo las piernas cuando lleva una mano a mis muslos. Un segundo después, estoy jadeando. Dos segundos más tarde, dejo que me arrastre de regreso a la habitación. Al cabo de unos minutos, somos una maraña de extremidades enredadas.

71
Freya

Estoy tumbada bocabajo en la cama mientras Pol dibuja con el dedo índice figuras en mi espalda que debo adivinar. Por ahora he acertado un corazón, un símbolo infinito y la palabra «fea». Intento concentrarme porque esta última que ha escrito es muy larga.

—¿Yūgen?

—No.

—Empieza por «Yu» —digo convencida—. Mmm… No lo sé. Prueba otra vez.

Acerca su boca a mi oreja. Su respiración me hace cosquillas. Se me acelera el corazón al tenerlo tan cerca de nuevo. No hay remedio. Me he vuelto adicta a él.

—Lo que quieres es que te dé un masaje en la espalda. —Me pega un pequeño mordisco en el lóbulo—. A mí no me engañas, sinvergüenza.

—Pue sí. —Se me escapa una risilla nerviosa cuando me da besos por el cuello. Sabe que son mi debilidad—. No tengo la culpa de que se te den tan bien.

—¿Los besos?

—Los masajes… —Me muerdo el labio para ahogar un gemido—. Aunque no besas del todo mal.

—¿Disculpa? —Me agarra de las muñecas para darme la vuelta, por lo que quedamos cara a cara—. Nadie te ha besado como yo.

—Debería hacer memoria, no estoy del todo segura —le vacilo.

Me acaricia la boca muy despacio para tentarme, hasta que sucumbo y separo los labios. Entonces se aparta y me regala una sonrisa arrogante. Resoplo. Ni de coña voy a subirle el ego. Seguro que ya le han dicho un montón de veces que besa de puta madre.

—*Yuanfen*. —Me da un beso en la barbilla que me deja con ganas de más—. Era la palabra que estaba escribiendo en tu espalda.

—¿Qué significa? —pregunto con curiosidad.

—Es una palabra china que se utiliza para definir la relación entre dos personas que estaban predestinadas.

Esta vez sí me besa de verdad. Es un beso de los nuestros, cargado de sentimientos y significado. Me gusta que crea que estábamos destinados a encontrarnos. Cuanto más tiempo

paso a su lado, más segura estoy de que jamás hallaré a otra persona que me comprenda tan bien como él. Encajamos sin pretenderlo. La gente suele buscar lo que tenemos. No me extraña. Encontrar a alguien que entienda los entresijos de tu alma es algo maravilloso.

—No dejes de buscar palabras para mí —le pido emocionada.

—Te lo prometo. —Me aparta el pelo de la cara con mucha ternura—. Joder, cómo me gustas.

Desliza la lengua por mi boca y luego aprisiona mi labio inferior entre los suyos. Me da un pequeño tirón que me pone a cien. Después, con toda la calma del mundo, me besa como si no acabara de desatar un incendio en mi interior. El beso termina demasiado pronto para mi gusto. Pol sale de la cama, se pone unos vaqueros que estaban tirados en el suelo y se sienta en el borde de la mesita de noche.

—Vístete, por favor —dice más serio.

—¿Por qué? —replico desconcertada—. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo que no te haya gustado?

Pol se vuelve para mirarme. Hay algo diferente en sus ojos. Se inclina para sostener mi rostro y darme un beso corto e intenso.

—No has hecho nada que me haya disgustado. No podrías, Freya. Pero necesito hablar contigo y me temo que no seré capaz si sigues desnuda en mi cama. —Me da otro beso—. Soy un hombre débil cuando se trata de ti.

Su respuesta me saca una sonrisa. Cojo la sudadera que hay en la mesita de noche y me la pongo. Me doy cuenta de que está muy calmado, lo que acrecienta mi nerviosismo. Parece que lo que va a contarme es muy importante para él. Por eso me siento a su lado y le cojo la mano. Estoy convencida de que tiene que ver con su madre.

—Sea lo que sea —digo mirándolo a los ojos—, lo superaremos juntos.

Respira hondo y mantiene la vista clavada en el suelo. Entonces comprendo que no está tranquilo, sino aterrorizado por mi reacción. Le doy un apretón en la mano. Quiero que sepa que puede confiar en mí.

—No tengo relación con mis padres desde los dieciocho años —me confiesa en voz baja—. Esto jamás lo he compartido con nadie. Ni siquiera con Iris o mis amigos.

Le acaricio los nudillos con el pulgar. No quiero moverme ni abrir la boca porque temo espantarlo.

—Mi padre es un maltratador —suelta de golpe.

No sé qué hacer ni qué decir. Me esperaba una confesión dura y desgarradora. Sin embargo, que un hijo admita en voz alta que su padre es un maltratador es sencillamente horrible. Ningún niño debería ser criado por uno. No me hace falta conocer su versión para saber la clase de persona que es, porque un maltratador jamás podrá ser un buen padre.

—Era muy pequeño cuando me di cuenta de que las cosas no iban bien en casa. De cara a la galería éramos la familia perfecta, pero de puertas para dentro vivíamos en un infierno —relata

con la cabeza gacha—. No recuerdo cuándo fue la primera paliza. Todas seguían el mismo patrón. Él siempre pegaba a mi madre cuando se emborrachaba. Tampoco era el típico marido y padre que tenía dos caras dependiendo de si estaba sobrio o no. Nunca fue un padre amoroso ni un buen esposo. Si no bebía, también era un cabrón autoritario y déspota, pero al menos no le levantaba la mano. Todos le teníamos pánico, aunque Iris aprendió muy pronto a sobrellevarlo. Su mecanismo de supervivencia fue fingir que era la hija perfecta. Durante mucho tiempo he estado enfadado con ella por su actitud indiferente, pero ahora sé que hizo lo único que pudo para protegernos a Nico y a mí. Joder, éramos unos putos críos. Y estábamos tan asustados…

No debe justificarse. Solo eran niños. Ningún hijo debería tenerle miedo a su padre ni verse obligado a buscar una forma de sobrevivir.

—Cuando llegaba borracho, Iris nos obligaba a escondernos en nuestra habitación porque, si él creía que estábamos dormidos, nos dejaba en paz. Yo quería salir a ayudar a nuestra madre, pero mi hermana sabía que no serviría de nada —me explica avergonzado—. Nuestro padre siempre descargaba su rabia física contra ella, pero también tenía otro tipo de castigos que no dolían menos, pese a no ser violentos. El peor parado siempre era Nico, al que rechazaba por haber nacido con una discapacidad intelectual. Iris y yo siempre intentamos protegerlo, así que mi padre lo utilizaba para hacernos daño. Solo tenía que amenazarnos con encerrarlo en un centro para que mostrásemos sumisión y mantuviésemos la boca cerrada. Aunque, de haber hablado con alguien, tampoco nos habrían creído. Es uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Posee muchos contactos. Es amigo de políticos muy importantes y altos cargos de la Policía que siempre han tapado sus negocios turbios.

—No tienes que disculparte —le aseguro—. No hiciste nada malo. Solo eras un niño. Tu única obligación era vivir una infancia feliz y sin miedo. No era tu responsabilidad, Pol.

—Estaba convencido de que mi madre tendría el valor de dejarlo algún día. Pensaba que si no defendía a Nico de las vejaciones de mi padre era porque estaba completamente aterrorizada. Para mí siempre fue una víctima. Por desgracia, con el paso de los años, comprendí que nunca ha querido a mi hermano. —Cierra los ojos y agacha la cabeza. Puedo ver lo mucho que le duele hablar del tema por culpa de la impotencia y las heridas que arrastra del pasado—. Sé que lo que voy a decir es horrible, pero necesito que entiendas que no me crie en una familia donde hubiera amor. Nunca recibí un abrazo de mi madre. Jamás me sentí protegido por ella. No sé lo que es crecer con el cariño de tus padres. Cuando mi padre se desquitaba con Nico, ella se limitaba a mirar para otro lado. Cuando mostré interés por la música y él me envió un año entero a un internado como escarmiento, ella me dijo que me lo merecía por ser un hijo ingrato. Solo tenía once años, Freya. Una cosa es ser consciente de que tu madre recibe palizas de tu padre y otra muy distinta darte cuenta de que hace la vista gorda cuando ese monstruo ataca a sus hijos.

»Iris, Nico y yo estábamos solos. Durante muchos años la justifiqué. Me dije que estaba

muerta de miedo y que era un ser humano completamente anulado… —Levanta el rostro y por primera vez me mira. Está consternado. Puedo ver al niño asustado que no tuvo unos padres que lo quisieran. Y me duele, joder. Ojalá pudiera abrazar a ese niño y prometerle que no está solo—. Quizá solo es la víctima de un cabrón que la ha convertido en un cero a la izquierda, pero no veo la vida en blanco y negro. Creo que nadie es cien por cien bueno o malo y que a menudo nos movemos en una escala de grises. El hecho de que él la maltratase no la convierte en una buena persona ni justifica que abandonara a sus hijos. Iris y yo tuvimos que aprender a protegernos. Jamás pudimos contar con ella. Y Nico… Joder, nuestro hermano es una persona vulnerable. Su obligación era alejarlo de ese miserable.

»Aun así, la quería. Habría dado todo el dinero y los lujos que teníamos para que escapásemos los cuatro lejos de aquel miserable. Por desgracia, todo empeoró el año que Iris se marchó a estudiar el bachillerato a un internado suizo. Ella era la que conseguía que nuestro padre nos dejara en paz. Cuando la obligó a estudiar en el extranjero, se centró más en nosotros. A Nico le hacía la vida imposible, todo ello con la aceptación silenciosa de nuestra madre. En mi caso, intentaba obligarme a seguir sus pasos. Cada vez que le paraba los pies si se sobrepasaba con mi hermano, me gritaba que era un hombre débil y una vergüenza para la familia…

Se le entrecorta la voz. Tiene los ojos vidriosos. Quiero abrazarlo muy fuerte para que sepa que no está solo, pero tengo miedo de que eso le impida continuar. Por primera vez, se está desahogando con alguien. Ahora solo necesita que lo escuche.

—Una vez me encaré con mi madre. Él se había ido de viaje de negocios. Le pedí que lo denunciara, y ella se limitó a reírse como si le hubiera contado un chiste. Luego me dijo que teníamos suerte de que nunca nos hubiera puesto la mano encima. Que debíamos agradecérselo… —Pol sacude la cabeza como si todavía le costara asumir la realidad—. Mi padre llegó antes del viaje. Algo no salió bien. No recuerdo todos los detalles, todo es bastante borroso… Lo encontré estrangulando a nuestra madre. Jamás lo había visto golpearla así. Te juro que pensé que la mataba. Lo primero que hice fue poner a Nico a salvo en su habitación, y luego me encaré con él. —Pol guarda silencio. Sus ojos son dos pozos llenos de tristeza cuando se encuentran con los míos—. Aquel día mi padre me dio una paliza porque intenté defenderla. Pasé dos semanas en la cama sin poder moverme. No me llevaron al hospital. Mi madre llamó a un médico que era amigo de la familia. Tenía varias costillas rotas y el rostro hecho papilla. El doctor me administró varios calmantes y se marchó como si allí no hubiera pasado nada. Como siempre, los platos sucios se lavaban en casa. Cuando el médico se marchó, mi madre me acarició el pelo. Pensé que aquella había sido la gota que colmó el vaso y que por fin reaccionaría, pues él había cruzado la línea al ponerle la mano encima a uno de sus hijos. Pero entonces ella me dijo que todo había sido culpa mía y que no debería haberme entrometido en la pelea. Y me hizo prometer que jamás le contaría lo sucedido a nadie —relata con amargura, y yo

intento ponerme en la piel de una madre que oculta los abusos que su marido comete contra sus hijos, aunque soy incapaz. ¿Qué clase de madre haría algo así?—. Tampoco habría servido de nada, ¿sabes? Mi padre tenía tanto poder y contactos que se las habría apañado para que la denuncia no hubiera llegado a ninguna parte. Solo tenía trece años.

—Dios mío, Pol… —murmuro horrorizada. No me entra en la cabeza que una madre pueda ser tan cruel con su propio hijo. Me da igual que fuera una mujer maltratada. Su obligación era proteger a su hijo y le falló cuando más lo necesitaba.

—Iris nunca se enteró —me confiesa—. Estuve casi un mes sin ir al instituto, hasta que las marcas desaparecieron. Mi padre consiguió que nadie hiciera preguntas a golpe de talonario.

—¿Cómo escapaste de aquella pesadilla? —balbuceo.

Me regala una sonrisa triste que me parte el alma.

—Solo me importaba poner a Nico a salvo. Por suerte, mi padre quería tenerlo lo más lejos posible y llevaba tiempo queriendo encerrarlo en un centro para personas con discapacidad. Así que cuando Iris cumplió la mayoría de edad, aceptó estudiar Derecho y trabajar de becaria en el bufete de mi padre con la única condición de independizarse en el dúplex de soltera de mi madre y llevarse a Nico con ella. —Lo dice como si el hecho de que unos padres quisieran desentenderse de un hijo con discapacidad fuera lo más normal del mundo, pero entiendo su razonamiento. Lo mejor que pudo sucederles a él y a sus hermanos fue salir de aquel infierno—. A los dieciséis estaba a punto de firmar mi primer contrato discográfico. Mi padre se enteró y quiso enviarme a un internado para obligarme a abandonar mi sueño. Supe que, si no hacía algo, jamás podría escapar de allí. Era un abogado corrupto, así que me colé en su bufete y lo grabé a escondidas mientras planeaba un negocio ilegal con un político y un alto cargo de la Policía. Aquella misma noche, tuve la suficiente sangre fría de enviarle el vídeo mientras cenaba enfrente de él. Me juró que me mataría y le respondí que, si me tocaba un pelo, el vídeo acabaría en manos de un montón de periodistas. Estuvimos dos años viviendo bajo el mismo techo sin dirigirnos la palabra. Cuando cumplí los dieciocho, empaqueté mis cosas y me largué sin mirar atrás. Le di una copia del vídeo a mi madre y le dije que aquella era su oportunidad de abandonar a mi padre. Le advertí que, si no rompía con él, para mí estaba muerta. Y jamás regresé.

Su relato me ha dejado sin palabras. Nunca imaginé que hubiera tenido una infancia tan dura. Sospechaba algo, pero la verdad ha sido más demoledora de lo que esperaba.

—Freya… —pronuncia mi nombre con tono grave—. No llores, por favor.

Me limpia una lágrima y entonces me doy cuenta de que me he roto. Pienso en el niño asustado al que nadie abrazó y en el chico de trece años al que su padre le dio una paliza mientras su madre miraba para otro lado. Se me parte el corazón. A pesar de todo, se ha convertido en un hombre bueno, generoso y que lo da todo por las personas a las que quiere.

—Lo siento muchísimo. —Lo abrazo con la esperanza de llevarme una parte de su dolor—.

Lo siento tanto…

Pol me devuelve el abrazo con una necesidad devastadora. Es una persona muy fuerte. Él y sus hermanos lo son. Vivieron un infierno y consiguieron escapar de él, cada uno a su manera. Sé que no debería llorar. No es mi historia. Sin embargo, me duele como si lo fuera.

—Ahora ya lo sabes todo de mí. No te oculto nada. Esta es la persona que soy. —Se aparta para mirarme a los ojos. Me consuela que haya un poco de paz en ellos, como si se hubiera quitado un peso de encima al compartir su historia conmigo—. Aquella noche, cuando organicé la fiesta, lo hice porque, desde que rompí con mis padres, he buscado la aprobación de los demás sin ser consciente. Por eso, el día que me dijiste que te gustaba más cuando solo era yo mismo, me di cuenta de que hasta entonces había sido un impostor. El mujeriego, el juerguista, el tipo al que parece que se la suda todo, el drogadicto… No sé quién soy en realidad, Freya. En cambio, cuando estoy a tu lado descubro cosas de mí que no sabía. Y, sobre todo, comprendo la clase de persona en la que quiero convertirme. Toda la vida he tenido miedo de que alguien viera mis partes feas. He sentido la necesidad de ocultarlas porque me parecía imposible que una persona pudiera amar a un tío tan roto como yo.

»Mi madre, la mujer que se supone que debía quererme y protegerme, me abandonó cuando más la necesitaba. Desde entonces he creído que no soy digno de amor. Porque, si ella no fue capaz de amarme, no habría nadie que pudiera hacerlo. Pero te miro y, por primera vez, siento ilusión. No sé si es una locura. Me das esperanzas, Freya. Cuando me miras, siento que me ves tal y como soy. No debo ser otra persona. Por eso, si hay una remota posibilidad de que me quieras, voy a aferrarme a ella.

El corazón me va a mil por hora. No sé qué decir. Todavía estoy intentando asimilar lo que acaba de contarme. Al percatarse de mi reacción, Pol me dedica una media sonrisa vulnerable.

—Ya sé que no debo poner a nadie en el centro de mi mundo. Por favor, no me malinterpretes. No te estoy presionando para que pienses que voy a morirme si eres incapaz de amarme. No se trata de eso. —Me acaricia la mejilla con cariño—. Lo que intento decir es que soy muy afortunado de haber conocido a alguien con quien puedo ser yo mismo. Y eso, para una persona que había perdido la esperanza, es un regalo caído del cielo.

Le doy un beso con el que espero decirle lo que siento. Es un beso dulce, cálido y cargado de afecto. Quiero llevarme todo su sufrimiento. Necesito que entienda que ya no está solo. Me tiene a mí, al igual que yo lo tengo a él. Podemos sostenernos en nuestros peores momentos.

—Me gustas tal y como eres —le aseguro. Apoyo mi frente contra la suya y le pongo las manos en el cuello—. *Koi no yokan*.

Se aparta para mirarme con los ojos entornados. Me muerdo el labio. Me ha salido sin pensar. Precisamente por eso ha sido tan sincero y no pienso retirarlo.

—¿Qué significa?

—«El presentimiento de que vas a enamorarte de alguien». —Le doy un beso breve e intenso y luego lo abrazo—. Eres digno de amor. Nunca lo dudes.

Pol me estrecha entre sus brazos y compartimos un silencio que ninguno de los dos siente la necesidad de romper. Por supuesto que es digno de amor. De lo contrario, no me estaría enamorando de este chico vulnerable, herido y asustado que acaba de abrirme su corazón sin reservas.

72

Freya

—Nos estás ocultando algo —insiste Nina—. Tienes cara de haber follado.

Me llevo las manos al rostro de forma inconsciente. Al darme cuenta de lo que acabo de hacer, dejo caer los brazos y finjo sentirme muy ofendida. Mi amiga no para de hurgar en mi vida sentimental desde que rompí con Oriol. Por el momento, Pol y yo seguimos queriendo mantenerlo en secreto, aunque sabemos que tarde o temprano tendremos que contárselo a Iris y a nuestros amigos.

—¡Déjalo ya! —protesto indignada.

—Lo sabía, cacho guarra —responde satisfecha—. Tienes un brillo especial en los ojos. Deberías estar hecha polvo después de haber roto con el brasas de Oriol. Sin embargo, estás muy alegre.

—No tiene nada que ver —contesto esquiva. Me siento un poco culpable por haber pasado página tan pronto. No obstante, las cosas se han dado de esta forma. Jamás quise engañar a Oriol. Me estoy dejando llevar con Pol, eso es todo—. ¡En serio, para de mirarme así!

Nina me observa como si tuviera rayos láser en los ojos.

—Puedes contármelo ahora que el bocazas de Joel se ha ido.

—¡Eh! —protesta Joel—. Que estoy aquí.

Nina se sobresalta y le dedica una mirada desdeñosa.

—Pensé que te habías largado. —Le hace un aspaviento para que se vaya—. Es un tema de chicas. No nos estorbes.

—Conocí a Freya antes que tú. —Me pasa un brazo por encima de los hombros con ademán posesivo—. Que conste que nos hicimos amigos tuyos porque nos diste pena.

Nina se pone roja de ira.

—Tres son multitud. No soy la que sobra. Vamos, Freya. Díselo tú.

—¡Uy! —Me escaqueo en dirección a la parada de autobús—. Voy a perder el bus. Nos vemos mañana.

Acelero cuando veo que el autobús dobla la esquina. Joel me alcanza al cabo de unos segundos. Nina le sigue gritando y él le hace una peineta. Madre mía, lo de estos dos no es ni medio normal.

—No soporto su voz de pito —se queja. Sube conmigo al autobús, ya que va a visitar a su abuela, que vive a dos paradas de mi casa—. ¿En serio os sobro cuando habláis de ciertos temas? A ver, ya sé que es una tía. No puedo competir contra su retorcida mente femenina. Pero siempre he pensado que tú y yo nos entendemos.

—Que nooo —le aseguro. Le doy un abrazo para que lo deje estar—. Os quiero a los dos por igual. Ya lo sabes.

—Díselo a ella. Le encanta excluirme.

—Vamos a cambiar de tema —sugiero. Me abstengo de comentar que el problema es que se gustan, pues no quiero que se ponga a la defensiva.

—Ayer hablé con Oriol…

—Otro tema. —Me tenso.

—Ni siquiera me has dejado terminar.

—Eres amigo de mi ex. Jamás te pediría que eligieras entre nosotros, pero tampoco tengo por qué aguantar que me hables de él. Por ahí no paso. Perdió cualquier oportunidad de tener una relación de amistad conmigo cuando se presentó borracho en mi portal.

—Está muy arrepentido. Eso es lo que iba a decirte.

—No lo defiendas.

—Vale. —Levanta los brazos en son de paz—. Solo quería que lo supieras. Cree que lo dejaste porque no has superado la infidelidad. Me dijo que te vio enrollándote con Pol en un coche. No se lo he contado a Nina. He supuesto que, si no lo has compartido con nosotros, es porque prefieres mantenerlo en secreto.

—Si vas a pedirme que vuelva con Oriol…

—No es eso —me tranquiliza—. Solo espero que sepas lo que haces. Ese tío se mete de todo. No quiero que te arrastre por el mal camino.

—Ni siquiera lo conoces —le recrimino—. Te llevarías una sorpresa si le dieras una oportunidad. Además, para tu información, lleva un montón de meses limpio.

—Será un enfermo toda su vida, Freya.

Lo atravieso con la mirada. No tiene derecho a hablar mal de Pol. No sabe lo que ha sufrido. Nadie puede juzgarlo por una adicción que ya ha superado. Me importa una mierda que sea algo con lo que deba lidiar durante el resto de su vida. Es mi decisión apoyarlo.

—No te vayas enfadada conmigo —me pide cuando el autobús llega a mi parada.

—Dile a tu amiguito Oriol que deje de meterse en mi vida.

Bajo del bus sin despedirme de él. Estoy cabreadísima y no tengo ganas de disimularlo. No quiero llegar malhumorada a casa, por lo que entro en el supermercado que hay en la esquina de mi calle para comprar algunos ingredientes para hacer una ensalada. Hoy hemos salido antes

porque el profesor de última hora ha faltado. Voy a sorprender a mi hermana con una ensalada de mango, quinoa y fresas. Pol me enseñó la receta anoche. Espero no pifiarla. Parecía muy fácil.

Cuando entro en casa, me doy cuenta de que Astrid está acompañada, lo que me parece raro porque no es una persona muy sociable. De hecho, desde que empezó el tratamiento se ha negado a recibir visitas. Se escuchan voces desde el salón. Voy a cotillear, pero freno de golpe al reconocer los gritos de Oriol. Están discutiendo. No entiendo nada. ¿Qué hace aquí mi exnovio si sabe que a esta hora yo debería encontrarme en clase? Mi primer impulso es ir corriendo a defender a mi hermana, pero algo me dice que debo esperar. No tiene ningún sentido que Oriol haya venido a visitar a Astrid. No se soportan.

—¡Todo es culpa tuya! —le reprocha Oriol—. La has estado envenenando para que me dejara y no has parado hasta que lo has conseguido.

Mi hermana se ríe con desgana. Dejo las bolsas de la compra en el suelo y escucho la conversación escondida detrás de la puerta.

—Créeme, tengo cosas mejores que hacer —le responde con sequedad—. Por suerte, al final se ha dado cuenta de la clase de persona que eres.

—Estabas celosa de nosotros —le escupe Oriol—. Ese es tu puto problema. Y ahora que estás…

—¿Enferma? —lo interrumpe Astrid—. Aprende a llamar a las cosas por su nombre, cobarde.

—Ahora nadie va a quererte. Por eso necesitabas destruir nuestra relación. No soportabas que tu hermana fuera feliz. Siempre le has tenido envidia.

—¡Estás loco! Freya es demasiado buena para ti. Es verdad, no soportaba veros juntos, pero ¡porque no podía comprender qué hacía con un gilipollas como tú! Así que no me culpes de haber destrozado vuestra relación cuando en el fondo sabes que la has arruinado tú solito. Si no le hubieras sido infiel…

—Contigo —le espeta—. No sabes cuánto me arrepiento de haberme acostado con la zorra de mi cuñada. Ni siquiera mereció la pena.

El oxígeno me abandona de golpe. Debo de haberlo oído mal. Espero que Astrid le grite que es un mentiroso. Esto no tiene ningún sentido. Mi hermana jamás me haría algo así. Siempre me ha protegido. Quiere lo mejor para mí.

—No hay día en el que me mire al espejo y no sienta vergüenza. —A Astrid le tiembla la voz —. No hace falta que me lo recuerdes. ¿A eso has venido? ¿A restregarme que cometí el mayor error de mi vida?

—Si te sintieras tan culpable, se lo habrías contado. En el fondo, no somos tan diferentes. Ambos guardamos silencio porque sabíamos que, si le contábamos la verdad, la perderíamos para siempre.

—¡No me compares contigo! —chilla Astrid exaltada—. ¡Yo sí quiero a Freya! Sin embargo,

tú…

—¿Cómo puedes decir que me quieres? —Salgo de mi escondite. Ni siquiera soy consciente de haber hablado. Estoy hecha un flan. Astrid y Oriol me miran boquiabiertos. Es todo lo que necesito para confirmar lo que acabo de escuchar. Los he pillado in fraganti—. Me has estado engañando todo este tiempo…

—Freya… —murmura mi hermana con un hilo de voz.

Está sentada en el sofá, completamente indefensa. Pálida, ojerosa y demacrada. No obstante, el dolor que siento es tan profundo y desgarrador que soy incapaz de experimentar un ápice de compasión por ella.

—¿Cómo has podido mirarme a la cara? —le pregunto horrorizada—. Me dijiste que era una idiota por haberlo perdonado. Y tanto que lo era, joder. Tenía la verdad delante de mis narices, pero no supe verla porque jamás habría imaginado que podrías traicionarme de una forma tan cruel. Ahora entiendo tus reproches sin sentido, tus enfados, la necesidad de darme consejos que no te había pedido…

Espero que diga algo, pero se limita a agachar la cabeza, más avergonzada de lo que la he visto nunca. No hay ni rastro de la hermana orgullosa e implacable que conozco.

—¿Qué coño tienes en la cabeza? —continúo dejándome llevar por la ira—. Debes de quererme muy poco para hacerme sentir como una mierda por haber perdonado una infidelidad en la que tú estabas involucrada. ¡Joder, Astrid! ¡Di algo! ¿Estás enamorada de él?

—Yo… —Astrid intenta levantarse del sofá, aunque le fallan las fuerzas. Estoy a punto de ayudarla, pero la rabia hace que me controle—. No estoy enamorada ni jamás he querido estar con él. Te juro que…

—Solo sucedió una vez —interviene Oriol a modo de disculpa.

Estallo cuando me toca el brazo. Me vuelvo hecha una furia y lo saco a empujones del salón. Ni siquiera me reconozco. Oriol se tropieza un par de veces y está a punto de caerse de culo, lo que no me impide seguir empujándolo hasta que consigo echarlo del piso.

—¡Fuera! ¡No vuelvas a mi casa! ¡Desaparece de mi vida de una puta vez! —le grito completamente fuera de mí. Ni siquiera soporto mirarlo a la cara—. ¡Que te largues!

Cierro de un portazo. Al darme la vuelta, me encuentro de bruces con Astrid. No sé cómo se las ha apañado para llegar hasta aquí. Tampoco me importa. Mi hermana me quiere y jamás me haría daño a propósito. Sin embargo, la persona que tengo delante es una completa extraña. No la reconozco.

—Lo puedo… explicar… —dice sin aliento.

Me río sin dar crédito. Esta situación es surrealista. Estoy tan perpleja que ni siquiera me salen las lágrimas. No me entra en la cabeza que Oriol me haya engañado con mi hermana. Ese imbécil

me trae sin cuidado, pero ella es la persona más importante de mi vida. ¿Cómo ha sido capaz de hacerme algo así?

—¿Te acostaste con él? —exijo saber—. ¿Sí o no?

Astrid me mira desconsolada. Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Me entran ganas de abofetearla. No tiene derecho a llorar. Soy yo la que debería estar hecha polvo. Supongo que lo estaré dentro de unas horas, pero en este momento la situación me ha pillado tan desprevenida que todavía la estoy asimilando.

—Te he hecho una pregunta —digo con tono implacable—. ¿Te acostaste con mi novio?

Astrid asiente y mi corazón se rompe en mil pedazos. Abro la puerta y salgo disparada. Al menos no me cruzo con el desgraciado de Oriol. Bajo las escaleras de dos en dos. Si no salgo de aquí, voy a volverme loca. Necesito escapar de esta realidad tan cruel. Necesito que me digan que no soy una idiota por confiar a ciegas en dos personas a las que amaba. Necesito que me convenzan de que nada de esto es culpa mía y de que no soy una maldita ingenua. Necesito que alguien que me quiera de verdad me abrace y me prometa que el dolor, la decepción y la rabia se irán algún día.

73
Pol

Me pego un buen susto cuando Freya aparece en mi casa. Al principio es un torbellino de rabia. Gesticula y grita sin parar. Ni siquiera entiendo lo que dice. Unos minutos después, cuando la llevo al sofá y le pido que se calme, se viene abajo y rompe a llorar. Está desconsolada. Jamás la había visto tan deshecha.

No sé qué hacer. Durante una hora la abrazo y le aseguro que todo saldrá bien. Me da miedo preguntarle qué ha pasado. Al final voy a la cocina a prepararle una tila que le obligo a beber a pequeños sorbos. Le froto la espalda para que sepa que puede contar conmigo. Intento cuidar de ella. Me gustaría hacer algo para que se sintiera mejor, pero me temo que solo puedo estar a su lado.

—Soy una imbécil —musita compungida.

—Qué va. —Me duele que la primera frase coherente que pronuncia sea un insulto hacia ella misma—. No lo eres.

—Ni siquiera sabes por qué estoy llorando.

—Sea lo que sea, no es culpa tuya —le aseguro convencido.

Freya sigue con la espalda encorvada y la cabeza gacha. Me parte el corazón verla así. Hace unos días me desahogué con ella porque necesitaba compartir mi pasado con alguien. A veces lo único que necesitamos para seguir adelante es que otra persona se haga cargo de nuestro dolor durante un rato para que podamos levantarnos.

—Estoy aquí. —Le pongo una mano en la rodilla—. No voy a irme a ningún lado.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos. Los suyos son dos pozos a punto de desbordarse.

—Mi hermana y mi ex —musita completamente destrozada.

No necesito más. Lo comprendo de golpe. Le coloco un mechón blanco detrás de la oreja y le acaricio la mejilla con sumo cariño. Me duele en el alma que se haya llevado semejante decepción. Sé lo que se siente cuando la persona a la que más quieres te traiciona.

—Oh, joder —es todo lo que puedo decir.

—Debería haberlo adivinado. Soy una ingenua…

—Mírame. —Le pongo dos dedos en la barbilla para que lo haga—. No debes avergonzarte por confiar a ciegas en las personas a las que amas. Incluso si te traicionan, jamás te arrepientas

de haber depositado toda tu confianza en ellos. No reniegues de tu buen corazón. Si los demás no saben valorarlo, el problema lo tienen ellos.

El amago de una pequeña sonrisa se forma en sus labios.

—¿Cómo sabes lo que decir para animarme?

—Ven aquí. —La siento en mis rodillas y le doy un beso en la frente—. ¿Quieres tortitas?

Freya hace un puchero y asiente con los ojos vidriosos.

—Con mucho chocolate.

La estrecho entre mis brazos para ofrecerle el consuelo que sé que necesita. Esconde la cabeza en mi pecho y se disculpa por mancharme la camiseta de lágrimas. Le acaricio el pelo y le aseguro que no tiene importancia. Luego le digo que no debería llorar tanto porque se pone muy fea (mentira), por lo que me gano un golpe en el hombro y un insulto.

—Prométeme una cosa —le pido apartándome un poco para mirarla.

—¿Justo ahora? —pregunta con los ojos llorosos.

—Sí. —Le doy un pico—. No dejes que lo que ha pasado cambie tu fe en el resto. Me partiría el corazón que te volvieras más desconfiada. Quiero que sigas siendo esa chica que tanto me gusta. La misma que siempre ve lo mejor de los demás, carece de prejuicios y está dispuesta a darle una oportunidad a todo el mundo. No dejes que ellos ganen, por favor. Sé que lo que te ha pasado es una mierda. Pero eres una buena persona. Una muy fuerte. Nunca lo olvides.

—No sé si…

—Prométemelo. —Le doy otro beso—. No cambies, Freya.

Mi boca se apodera de la suya antes de que pueda replicar. Todavía me sigue sorprendiendo lo bien que encajamos. La capacidad que nuestros besos tienen de ofrecernos lo que necesitamos en cada momento: afecto, honestidad, confianza… Porque, a estas alturas, estoy absolutamente convencido de que mi corazón estaba destinado a ser suyo.

No creo que las personas seamos perfectas. Sin embargo, considero que hay seres humanos que son perfectos para otros. Nosotros somos la prueba. Porque, a pesar de todo el dolor y las traiciones que hemos sufrido, nos encontramos en el momento más inesperado para ser mejores juntos. Ahora comprendo que en eso consiste el amor, en encontrar a alguien con quien puedes ser sincero, ya que, cuando te enamoras de verdad, la única opción válida es ser tú mismo. Jamás te conformes con una persona que sea incapaz de aceptarte, te haga sentir insuficiente o pretenda cambiarte. Tu única obligación es ser real.

Freya y yo pasamos el resto del día viendo películas de Disney. Tiene altibajos. A veces se ríe por alguna escena y luego, de repente, rompe a llorar. Ninguno ha vuelto a sacar el tema. ¿Para qué? Su hermana y su ex, el mismo tío que se presentó en mi casa exigiéndome que me alejara

de Freya… Me entran ganas de buscarlo para darle una paliza. Si no lo hago es porque estoy convencido de que solo empeoraría la situación.

—¿Puedo quedarme a dormir? —Tiene la cabeza apoyada en mi pecho. Se vuelve para mirarme. Parece estar temerosa de que le diga que no—. No quiero ver a mi hermana. Si la tengo delante, le gritaré un montón de barbaridades. Estoy furiosa con ella, pero está enferma y debe descansar. Además, no quiero que mi padre se entere de la historia. Le haría mucho daño.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. —La envuelvo con mis brazos para que sepa que todo está bien y apoyo mi barbilla en su cabeza—. Deberías avisar a tu padre de que vas a pasar la noche fuera o se preocupará.

Freya coge su móvil para enviarle un mensaje rápido. Luego sigue viendo *El libro de la selva*. Entrelazo mi mano con la suya y con la otra le acaricio el brazo. Noto que se relaja. Me recuesto en el sofá y la acomodo entre mis piernas. Le doy un beso en el cuello. Estoy profundamente enamorado de ella. No sé cuándo ha sucedido. Tal vez la quise desde la primera vez que la vi. No lo sé. De todos modos, sé que no es el momento de confesárselo.

—No puedo odiarla —dice con amargura—. Es mi hermana. Pese a todo, la quiero. Daría mi vida por que se curase. Pero ahora mismo me duele mirarla a la cara. ¿Y si nunca puedo volver a hacerlo? ¿Y si lo sucedido nos separa para siempre? No sé qué voy a contarle a mi padre…

—No tienes que tomar una decisión hoy, ni tampoco mañana. Acabas de llevarte un desengaño. Tómate el tiempo que necesites. Llora o grita si te hace sentir mejor. No pienses en otra persona que no seas tú. Prioriza tu bienestar.

—No puedo seguir acompañándola a las sesiones de quimio —me confiesa agobiada—. De verdad que no, Pol. No sé en qué clase de persona me convierte eso. Siento que la estoy abandonando, pero al mismo tiempo me desgarra estar con ella.

—Tienes derecho a pensar en ti. Es lógico que necesites poner distancia por el momento. —Le doy un beso en el hombro—. Astrid no está sola. Tiene a vuestro padre.

—No quiero saber nada de ella —exclama tajante—. Fue muy dura conmigo cuando decidí perdonar a Oriol. Joder, no le habría dado una segunda oportunidad si hubiera conocido toda la verdad. ¡Me dijo que había sido una noche de borrachera con una chica cualquiera! De haber sabido que se trataba de mi hermana… No, ni de coña. Los dos tienen la culpa. Se han estado riendo de mí todo este tiempo. No quiero tener nada que ver con ellos.

—¿Me permites que te dé un consejo?

Freya duda un instante, pero al final asiente.

—Mereces una explicación. No te cierres en banda a escucharla solo porque te ciegue la rabia. Quizá te sientas mejor después de hablar con ella. Te lo debes a ti misma. Por mucho daño que te haya hecho, siempre será tu hermana.

—Lo sé. —Se tumba de lado, con la cabeza apoyada en mi pecho y los ojos cerrados—. Ojalá

no lo fuera.

No tengo en cuenta sus palabras. Cualquiera en su lugar diría cosas peores. La conozco. Es una buena persona cuya bondad no va a apagarse por esta traición. Necesita asumir la verdad. Y, cuando lo haga, probablemente perdonará a su hermana. La chica de la que me he enamorado tiene un corazón tan grande y puro que no la veo actuando de otra forma. Eso es lo que más me gusta de ella. Supo ver mi lado bueno. Me dio una oportunidad cuando yo ni siquiera creía en mí.

Qué suerte tengo de haberla encontrado.

74

Freya

Pol no me echa en cara que falte un día a clase. Ya sé que lo primero siempre han sido mis estudios, pero hoy no tengo fuerzas para salir de la cama. Simplemente me apetece remolonear, comer helado y ver documentales. Sé que él tiene obligaciones, pero se toma el día libre para quedarse a mi lado, lo cual agradezco. No hablamos del tema porque no hay mucho que decir.

Mi hermana se acostó con mi ahora exnovio. Fin de la historia.

Mi padre me llama un par de veces para preguntarme si va todo bien. No sé qué decirle para no preocuparlo. Odio mentirle. Así que pongo a Nina como excusa y le explico que lo está pasando fatal porque ha roto con un supuesto novio. Mi padre conoce a mi amiga y sospecho que no me cree, pero lo deja estar cuando le digo que pasaré un par de noches en su casa.

No obstante, como las mentiras tienen las patas muy cortas, a media tarde Nina me llama hecha una furia. En realidad, no se lo cojo las cuatro primeras veces, pero es muy insistente y me doy por vencida a la quinta.

—¡Pedazo de guarra! —exclama indignada—. Tu padre se ha encontrado a mi madre en el súper y le ha dicho que sentía muchísimo por lo que estaba pasando. Luego le ha soltado un rollo psicológico de que la vida son dos días y no puedo llorar por un chico. En fin, que mi madre ha vuelto de la compra hecha un basilisco, ha entrado en mi habitación mientras estaba probando el nuevo juguete de Mambo y me ha preguntado a gritos si tenía pensado suicidarme por un tío. En serio, no tienes ni idea de la cara que se me ha quedado. Debería ser ilegal que una madre pillara a su hija masturbándose. Así que te agradecería que me informaras si vas a ponerme de excusa para no pasar la noche en casa porque mira la que has liado.

La situación es tan surrealista que tardo un buen rato en contestar. Sinceramente, no sé qué decir. Al final rompo a llorar sin poder evitarlo.

—Tía, que tampoco estoy tan enfadada contigo —me tranquiliza Nina—. Solo un poco. Te puedo perdonar si me invitas a una caña y me cuentas la verdad.

No sé cómo consigo vomitar toda la historia. Entre balbuceos y sollozos, le explico lo sucedido mientras Pol, que ha entrado en la habitación para preguntarme si me apetecía merendar, pone cara de circunstancias y se marcha para darme intimidad.

—Tía, ya sé que es tu hermana —dice Nina muy cabreada—, pero menuda zorra. Aunque

tenga cáncer, vaya…

—No la insultes —le pido con debilidad—, por favor.

—Vale, vale. —Sé que está haciendo un gran esfuerzo para contenerse—. A Oriol sí puedo insultarlo, ¿no? Joder, con la cara de memo que tiene. Los tíos como él son los peores. Sabía que no era trigo limpio. Cuando me dijiste que estaba muy arrepentido… Uf, ¡las infidelidades no se cuentan! De hecho, la gente infiel es lo puto peor. Perdón, no estoy siendo de mucho apoyo. Es que estoy cabreadísima. La peña traidora saca mi lado malo.

—¿Entiendes que no puedo contarle la verdad a mi padre? —pregunto para que se ponga en mi lugar—. Lo destrozaría.

—Tienes razón —concuerda—. ¿Dónde te estás quedando? No sé por qué no me has llamado. Dime dónde estás. Voy a buscarte y nos encerramos en mi habitación a poner a parir a Oriol. Tengo una prima que sabe hacer vudú. Con un poco de suerte, pillará ladillas o le entrará cagalera.

—Nina… —le pido agotada. No quiero pensar en Oriol. Que le den—. Estoy… en casa de Pol.

Se hace el silencio. Espero que haga uno de sus comentarios subidos de tono o que me recrimine que no le haya contado este giro de ciento ochenta grados en nuestra relación.

—Entiendo —dice sin más—. ¿Estás cómoda en su casa?

—Todo lo cómoda que puedo estar, dada la situación.

—¿Te trata bien?

—Sí —respondo sin dudar—. Me prepara tortitas y finge que le gustan los documentales que veo.

—Joder, está pilladísimo por ti —añade impresionada—. ¿Está aprovechando para acostarse contigo? Ya sabes, darte un buen meneo y que así se te vayan las penas de un buen…

—La verdad es que ya nos habíamos acostado antes de que explotase la bomba —le aclaro. No tengo ganas de seguir ocultándoselo—. Queríamos tomárnoslo con calma. Bueno, yo quería ir despacio después de haber roto con Oriol. Ahora mismo no tengo ganas de echar un polvo, para tu información. Y por supuesto que Pol no me está presionando. Él no es así.

—Me gusta ese chico —comenta con aprobación—. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.

—Nada —musito compungida—. Quiero comer helado y llorar. Eso es todo.

—Soy tu amiga. Algo podré hacer —insiste esperanzada—. Si quieres, voy a casa de Oriol y le doy una paliza. O le pincho las ruedas del coche. Convenceré a Joel para que me acompañe.

Me entra la risa floja. Es de lo que no hay.

—Vamos a dejar a Joel al margen…

—¡No puede seguir siendo amigo de tu ex después de la jugarreta que te ha hecho! —exclama

furiosa—. En la vida hay veces en las que debes elegir un bando.

—Déjalo en paz —le pido. La conozco y sé que no me hará caso, pero debo intentarlo—. Su amistad no tiene nada que ver conmigo.

—Quiero machacar a Oriol. Lo digo en serio. Si se cruza en mi camino, lo hago papilla. Ahora que ya no estás saliendo con él, puedo decirte que se cortaba el pelo para disimular la alopecia prematura. Ese llega calvo a los veinticinco. Encima viste esos pantalones superajustados y se cree la mar de guay por enseñar los calcetines, pero en el fondo es un hortera —se despacha con mala leche—. Por no hablar de que le ha dado por picar palitos de zanahoria a todas horas. Parece un puto conejo. ¿Y esa manía por el *crossfit?* Debería trabajar el cerebro en lugar de hacer pesas. Va de culo en la carrera y lo echaron del último curro porque era un inútil. ¡Estás mejor sin él!

Madre mía, se ha quedado bien a gusto. En realidad, consigue sacarme una sonrisa porque, ahora que ya no le debo ni una pizca de lealtad a mi ex, puedo reconocer en voz alta esas manías que me sacaban de quicio.

—Freya… —dice sin aliento media hora después. Ha insultado a Oriol en todos los idiomas que conoce—. Vales muchísimo. Espero que lo sepas. Te quiero.

—Y yo —contesto emocionada.

—Ya sé que no soy la más indicada para darte consejos amorosos, pero no permitas que ese par de traidores te hagan olvidar la persona tan maravillosa que eres. Si quieres ir con Pol a la velocidad de la luz, que así sea. No dejes de creer en el amor solo porque te hayas tropezado con un gilipollas.

—Vale —respondo con la boca pequeña.

En el fondo, sé que tiene razón. Es ridículo que compare lo que me ha sucedido con Oriol con lo que estoy viviendo junto a Pol. Son personas diferentes. Si algo tengo claro es que no voy a guardar mi corazón bajo llave solo porque un idiota no haya sabido valorarme.

75
Pol

Estamos comiendo M&M’s y viendo un documental aburridísimo sobre tortugas marinas cuando llaman al timbre. Freya tiene la cabeza apoyada en mi hombro y una de sus piernas enredada entre las mías. Se abraza de manera que me deja inmovilizado, lo que me hace bastante gracia porque no tengo intención de ir a ningún lado.

—¿Esperas a alguien?

—No. —Le paso un brazo por encima de los hombros para que se ponga más cómoda—. Ya se cansarán de llamar.

—El conserje le ha dejado pasar.

—Sí —respondo extrañado. Le tengo dicho que me avise antes de aceptar alguna visita. Las únicas personas con las que hago excepciones son Freya y mis hermanos—. Da igual. En algún momento…

Freya suspira y se aparta un poco de mí. Estoy a punto de volver a abrazarla y pedirle que se olvide de quienquiera que esté llamando a la puerta, pero su expresión tensa me indica que acaban de cortarnos el rollo.

—Dame un minuto. —Me pongo de pie y cojo una sudadera, puesto que estaba desnudo de cintura para arriba—. Me libraré de quien sea.

—Gracias —responde sonriendo.

Llevamos dos días encerrados en mi ático. Sé que esto no puede durar eternamente. Freya debe regresar a la realidad, ir a clase y enfrentarse a su hermana. Aunque me encanta tenerla en casa, no puedo ser egoísta. No es sano que viva a base de chocolate, abrazos y películas de Disney, por mucho que yo esté disfrutando como un quinceañero con las hormonas revolucionadas. Si pretendiese encerrarla aquí, entonces no la querría en absoluto.

Antes de abrir echo un vistazo por la mirilla. Me quedo sorprendido al ver de quiénes se trata. Es Nina, la amiga de Freya, acompañada de otro chico que supongo que debe de ser Joel. Sé que Freya no los ha invitado, así que abro la puerta sin excesivo entusiasmo.

—¡Buenas tardes! —exclama Nina—. Llevamos diez minutos llamando.

—No esperaba visita —respondo algo irritado—. ¿Cómo os ha dejado entrar el conserje?

—Le hemos dicho que somos amigos de Freya —contesta orgullosa. Tiene bastante sentido,

pues le dije al conserje que Freya y sus amigos siempre serían bien recibidos en mi casa—. Venimos a ver qué tal está. No puede permanecer toda la vida encerrada en este pedazo de… —Nina suelta un silbido y abre los ojos de par en par—. ¡Menuda choza!

Ni siquiera tengo que invitarla a entrar, ya que se abre paso como si estuviera en su casa. El pobre Joel se queda solo ante el peligro. Me mira con cara de circunstancias, la señala y se encoge de hombros.

—Me ha obligado a venir —explica. Luego me tiende una mano—. Soy Joel.

—Lo sé, Freya me ha hablado de ti. Encantado, soy Pol.

Le estrecho la mano y luego le hago un gesto con la cabeza para que entre.

—Sentimos haberte invadido —continúa a modo de disculpa—. Ella no lo siente en absoluto, pero ya estoy yo para asegurarte que intentaremos molestar lo menos posible. Nina no se quedaba tranquila si no veía a Freya con sus propios ojos.

—Lo entiendo. —Le resto importancia. En realidad, me cabrea un poco que se hayan presentado sin avisar, pero yo en su lugar hubiera hecho lo mismo, así que lo dejo estar—. ¿Cómo sabíais dónde vivo?

—Oriol estuvo una vez en tu portal. Me lo dijo y me pasó la ubicación por si Freya tenía problemas… —Al ver la cara que pongo, aprieta los labios—. Oye, tío, siento haberte juzgado mal. Pensé que eras un gilipollas. Oriol era mi amigo y sentí que le debía lealtad.

—Siento decirte que escoges a tus amigos como el culo.

—Eso parece —admite cabizbajo—. Lo que ha hecho no tiene justificación.

—Venga, vamos. —Le pongo una mano en el hombro y lo conduzco al salón, dispuesto a dejar atrás el mal rollo—. Seguro que Freya se alegra de veros.

Nina ya se ha quitado los zapatos y está tumbada al lado de Freya, comiendo M&M’s y señalando la televisión de ochenta pulgadas como si fuera un monumento. Freya me mira avergonzada y le hago un gesto para que sepa que va todo bien. No quiero que se preocupe por la aparición de sus amigos.

—Deberías haber avisado antes de venir —le reprocha a Nina en voz baja—. Es la casa de Pol.

—Pol y yo ya somos casi íntimos. —Nina me guiña un ojo. No puedo negar que me cae en gracia. Es muy intrusiva, pero cualquier persona que se preocupe por Freya ya cuenta con mi beneplácito—. Teníamos que venir a comprobar que pensabas hacer algo de provecho con tu vida. Has faltado un par de días a clase. Joel te ha cogido los apuntes, pero no vamos a permitir que sigas en este palacio de lujo. Joder, tía. Te entiendo. ¿Hay una piscina climatizada en la terraza?

—Ajá —respondo—. Si quieres bañarte, puedo buscar algún bañador de…

Nina comienza a quitarse la ropa ante la mirada atónita de Joel, que niega con la cabeza.

—Este conjunto de lencería parece un biquini. —Intenta arrastrar a Freya, que se resiste—. ¡Vamos a darnos un chapuzón!

—En el fondo, no está tan loca —intenta convencerme Joel.

Nina se las apaña para arrancarle la ropa a Freya, que termina con un sujetador deportivo y unos pantalones cortos. Se dan la mano y se tiran a la piscina. He sido incapaz de no mirarle el culo. Es oficial, nunca me cansaré de ella.

—¿Quieres un bañador? —le pregunto a Joel—. Venga, tío, estás en tu casa.

—No, gracias. La última vez que estuve con ellas en una piscina, casi no salí con vida. A Nina le encanta intentar ahogarme.

—¿Algo de beber? Tengo refrescos y cerveza sin alcohol.

Pone cara de sorpresa cuando nombro la cerveza sin alcohol, lo cual no me extraña porque ya se habrá formado una opinión de mí.

—Una Coca-Cola estará bien, gracias.

Voy a la cocina. Desde aquí escucho a Nina llamar aburrido a Joel y pedirle que se meta con ellas en el agua. Cuando regreso con unos refrescos, Nina está flotando bocarriba y Freya tiene los brazos apoyados en el bordillo mientras me mira con una sonrisa enigmática. Dejo la bandeja en una mesa baja y me pongo de rodillas para darle un beso húmedo.

—¿Qué?

—Gracias por no echarlos a patadas —dice sonriendo—. Son un poco…

—Está bien. —Le aprieto la mano y le doy otro beso—. Lo único que quiero es verte sonreír. Pueden quedarse todo el tiempo que deseen. Tus amigos también son los míos.

En ese momento, Nina sale de la piscina, coge carrerilla y pega una voltereta cerca de donde está sentado Joel al grito de «¡Soy la reina del mundo!».

—Joder, Nina —se queja Joel—, ya te vale. Mira cómo me has puesto.

Está hecho una sopa. Freya y yo intentamos no reírnos, pero al final nos desternillamos. Joel se aleja del borde y se sienta en una hamaca mientras fulmina a Nina con la mirada, que nada la mar de contenta.

—Joel, tienes que decírselo a Freya —le ordena Nina.

—¿Decirme qué? —pregunta angustiada Freya.

—El viernes tenemos examen. Te he traído los apuntes.

—¡Lo otro! —Nina le salpica—. ¡Dile que has mandado a paseo a Oriol!

—Nina —la sermonea Freya—, no hace falta que…

—Es verdad —le explica Joel visiblemente incómodo—. Le he dicho que no quiero saber nada de él.

—Pero… —Freya se muerde el labio—. No tienes por qué elegir entre nosotros. A ti no te ha hecho nada.

Joel inspira hondo. De repente, parece muy cabreado.

—También me mintió. Me contó que había sido cosa de una borrachera con una completa desconocida. Desde entonces ha intentado darme pena para que mediara entre vosotros. Me ocultó la verdad. Ningún tío que se precie se acuesta con la hermana de su novia. Me utilizó. Que le den.

—Y Freya vale mucho más que ese mentiroso con principio de alopecia adicto al *crossfit* —añade Nina.

—Desde luego. —Joel se acerca al bordillo y le da la mano a Freya—. Siento haberte dicho que era un buen tío. Me equivoqué.

—No pasa na…

A Freya no le da tiempo a terminar la frase, pues Nina aprovecha que Joel vuelve a estar cerca del borde y lo agarra del brazo para tirarlo a la piscina. Él le promete que se las pagará, pero Nina se encarama a su espalda y le hace una ahogadilla mientras Freya se parte de risa. Tiene los ojos brillantes de diversión. No hay rastro de la chica hundida a la que le habían roto el corazón. Me alegro de veras de que sus amigos hayan venido, aunque haya sido sin invitación.

—Métete. —Freya me salpica un poco de agua—. Vamos, Pol.

Soy incapaz de resistirme cuando me lo pide de esa forma. Me quito la sudadera, me bajo los pantalones y me tiro a la piscina con los calzoncillos puestos. Freya nada hasta mí, rodea mi cuello con sus brazos y envuelve mi cintura con sus piernas. Me acaricia la boca muy despacio.

—¡Qué asco dais! —bromea Nina.

—No tiene ni idea —replica Freya sin dejar de sonreír.

—¿De qué?

—De lo mucho que me gustas. —Me da un pequeño mordisco en el labio inferior—. Y de lo afortunada que soy por haberte encontrado.

Me besa tal y como me gusta. Con unas ganas urgentes, como si fuera la primera vez que lo hacemos. Nunca tendré suficiente de ella, aunque, al mismo tiempo, besarla es lo mismo que llegar a casa después de una larga tormenta. Todo está en calma. Las cosas por fin empiezan a encajar. Estoy justo donde siempre he querido.

76
Pol

Me estoy duchando cuando Freya se cuela dentro. Me abraza por detrás y me da un beso en el hombro. Se me pone dura de inmediato. Sin embargo, finjo hacerme el difícil y sigo enjabonándome.

Me encanta tenerla aquí. Podría acostumbrarme a vivir con ella, pero no puedo hacerlo porque sé que este lugar se ha convertido en su refugio hasta que decida si quiere volver a su casa. Es algo temporal. En el fondo, no debería alegrarme, pero soy incapaz de no hacerlo cuando lo primero que veo al despertarme es su cara. Antes necesitaba escapar de mi ático porque me sentía muy solo. Ahora me parece el mejor lugar del mundo, con Freya vestida con alguna de mis camisetas pululando por la cocina. Este sitio es el hogar al que siempre había aspirado.

—¿Te estás haciendo el estrecho? —bromea dándome mordisquitos en el cuello.

—No siempre me apetece —miento—. Ni que fuera una máquina.

—Está muy feo mentirle a tu novia.

Baja la mano hasta mi erección, pero le agarro la muñeca. No sé si la he oído bien. El corazón me va a mil por hora.

—¿Acabas de decir que eres mi novia? —pregunto sorprendido.

Freya se muerde el labio. Evalúa mi reacción y luego asiente muy despacio.

—Me gusta llamar a las cosas por su nombre —responde con atrevimiento.

—Así que por fin sabes hacia dónde vamos…

—Lo he sabido desde hace algún tiempo —admite sonriendo—. Pero estaba muy asustada. Solo necesitaba hacerme a la idea de que no ibas a salir huyendo.

Le acaricio la boca con la mía hasta que separa los labios. La muerdo suavemente. Me gusta jugar con ella. Ese momento que precede al beso, en el que el deseo parece que está a punto de consumirnos.

—Tienes razón. —Le doy un beso fugaz que sé que la deja con ganas de más—. No pienso irme a ninguna parte.

Estampo mi boca contra la suya para demostrarle que esta vez no voy a huir. Se le escapa un gemido cuando me aparto para tomar aliento. Vuelvo a besarla con voracidad. Dios, nunca tengo suficiente de ella. Sostengo su rostro y deslizo mi boca por los suya.

—Sabes jodidamente bien. —Aprisiono su labio inferior y le doy un pequeño tirón—. Solo un imbécil huiría de algo tan bueno.

Freya se echa hacia atrás cuando voy a besarla. Su rechazo provoca que enarque las cejas. Me regala una sonrisa juguetona.

—Seguro que utilizas las mismas frases con todas.

—¡Y tanto! —Le sigo el juego—. Siempre funcionan.

—¡Idiota!

Le agarro las muñecas y la atraigo de nuevo hacia mí. Le acaricio la boca muy despacio, de una forma que sé que la enloquece. Suelto una de sus muñecas y le aparto el pelo húmedo de la cara. Le rozo la mejilla con el pulgar, con la ternura que solo me nace ofrecerle a ella.

—Quédate para siempre en mi casa —le suplico.

—No puedo. —Se muerde el labio—. Ya lo sabes.

Dejo escapar un suspiro y apoyo la frente contra la suya. Estamos debajo de la alcachofa de la ducha. Le rozo la boca húmeda sin llegar a besarla. Lo justo para que sepa todo lo que provoca en mí. Ambos temblamos de ganas.

—Pero me gustaría muchísimo quedarme.

Su sinceridad me hace sonreír.

—Lo sé.

—Eso espero. —Me da un beso en la punta de la nariz, como suelo hacer yo con ella—. Consigues que todo sea un poco mejor, incluso cuando la realidad es una mierda. En este momento, si no estuvieras conmigo, la situación me superaría. No te vayas, ¿vale?

Niego con la cabeza y me río con incredulidad. Definitivamente, no tiene ni idea de lo que siento por ella. De lo contrario, no me pediría algo tan ridículo. No voy a ir a ningún lado. Todo lo que quiero lo tengo entre mis brazos, a escasos centímetros de mi boca. Jamás me había sentido tan bien.

Salgo de la ducha, pese a sus protestas. No quiero ser imprudente. Cojo los pantalones que hay tirados en el suelo y busco el preservativo que siempre llevo en la cartera. Luego vuelvo a entrar y la lleno de besos. Hacemos el amor debajo de la ducha. Acaricio cada palmo de su piel. Le beso el cuello. La empotro contra la pared de azulejos y me hundo dentro de ella sin dejar de mirarla a los ojos. Quiero que sepa que se ha colado en mis grietas y ha llenado de luz un alma oscura y torturada por el pasado. No sé lo que nos deparará el futuro, pero no tengo la menor duda de que la necesito a mi lado.

—Pol… —Me abraza y apoya la mejilla en mi pecho.

Le doy un beso en el hombro y la dejo en el suelo. No sé durante cuánto tiempo permanecemos abrazados debajo del agua. Al cabo de un rato, salgo de la ducha y cojo una toalla. Freya niega con la cabeza cuando le ofrezco otra.

—No he terminado de lavarme el pelo. Es imposible cuando te pones tan cariñoso.

—Qué poca vergüenza.

Freya cierra la mampara. Lo último que escucho es el sonido de su risa. Me pongo los pantalones del pijama y observo al tipo sonriente que hay en el espejo. Apenas me reconozco. He ganado algo de peso y ya no tengo ojeras. Es un hecho que duermo mejor con ella. La felicidad me sienta de puta madre.

—¿Qué te apetece cenar? —le pregunto mientras me cepillo el pelo. Si me viera, se burlaría de mí por utilizar tantos productos de cuidado capilar. Dice que soy más presumido que ella, lo cual no es difícil. Además, no hay nada de malo en que un hombre se cuide—. ¿Freya?

Frunzo el ceño cuando no responde. No puedo verla porque el cristal de la mampara es opaco. Como sospecho que me está tomando el pelo, golpeo el cristal con los nudillos.

—¿Estás bien? —Me preocupo cuando sigue sin responder—. ¿Freya?

—Sí —responde con un hilo de voz—. Ahora salgo.

Sé que algo va mal nada más oír su tono. Está llorando. He percibido el rastro de las lágrimas que ha intentado ocultarme.

—Ey… —digo con suavidad—. ¿Qué pasa?

A veces tiene cambios de humor. De repente, se encuentra perfectamente y, al cabo de un segundo, rompe a llorar. No le he dado mayor importancia porque me parecen lógicos esos altibajos, teniendo en cuanto lo que ha sucedido. Sin embargo, jamás me oculta cómo se siente. Siempre busca mi consuelo y acaba riéndose con alguno de mis chistes malos.

—Voy a entrar, ¿vale? —Abro la mampara antes de que pueda gritarme que no lo haga. La encuentro sentada en el suelo de la ducha, con las rodillas apoyadas contra el pecho. Cierro el grifo y la envuelvo con una toalla—. Cariño, ¿qué pasa?

—Nada… —responde con voz débil.

Me siento a su lado y la abrazo. Le doy un beso en la coronilla. No sé de qué se trata, pero estoy convencido de que no está relacionado con su hermana y su ex. Está temblando. Parece aterrada.

—Sea lo que sea, puedes confiar en mí.

—Lo sé —admite compungida. Levanta el rostro y me mira con los ojos anegados en lágrimas —. Es que no quiero preocuparte.

—Un poco tarde para eso. —Le acaricio la mejilla—. Tus problemas también son los míos, ¿recuerdas?

Freya asiente con debilidad. Al cabo de un rato que se me hace eterno, comienza a hablar.

—Siempre me palpo los pechos al ducharme. Empecé a hacerlo cuando a mi madre le diagnosticaron cáncer de mama, pues sé que tengo más probabilidades de desarrollarlo en un futuro. Desde lo de Astrid, no me salto ni un solo día. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Me mira con una profunda tristeza que me rompe el corazón. Ya sé lo que va a decir antes de que lo pronuncie en voz alta—. Acabo de encontrarme un bulto en el pecho.

El alma se me cae a los pies. Aun así, intento ocultar el pánico que me invade. No muevo ni un músculo de la cara. Tan solo respiro mientras la miro, intentando transmitirle toda la calma que me ha abandonado de golpe.

—¿Y si…?

—No —digo con vehemencia. Le pongo las manos en la cara—. No pienses en eso. Ninguno de los dos va a mencionar esa posibilidad.

—Pero Pol…

—No tienes nada malo, Freya.

—Eso no lo sabes.

—Sé que tienes que ir al médico. Nos vamos a enfrentar a esto juntos, mi amor. —La ayudo a levantarse y salimos de la ducha. Le seco el pelo con una toalla y luego cojo un peine para desenredárselo—. Esta noche voy a prepararte tu cena favorita y después nos acurrucaremos en el sofá para ver una peli de Disney. O podemos jugar una partida de ajedrez. Lo que tú quieras.

—Pol… —pronuncia mi nombre como si me necesitara para seguir en pie. La agarro de los hombros y la miro con un amor tan profundo y honesto que sé que vamos a poder con esto—. Tengo miedo.

«Y yo. Jamás había estado tan asustado».

—Deja que me ocupe de todo —intento tranquilizarla—. Mañana a primera hora iremos al médico.

—Una cita puede tardar semanas. Y una ecografía…

—Yo me encargo. —Cojo mi móvil, que está en el lavabo, y hago una llamada mientras le aprieto la mano para calmarla. A veces, ser una estrella del rock tiene sus ventajas. Mantengo una breve conversación en la que consigo cita para una ecografía a primera hora de la mañana en un hospital privado. Soy consciente de los privilegios que me otorga el dinero. De hecho, daría todo lo que tengo para salvar a Freya—. Ya está.

—¿Vendrás conmigo? —pregunta cuando cuelgo.

—No te voy a dejar sola. —Le doy un beso lento y cargado de afecto—. Te lo he dicho. Estamos juntos en esto.

Freya se desinfla y se abraza a mí. Estoy completamente aterrado, pero me trago el miedo e intento ser la persona fuerte que ella necesita en este momento.

—¿Qué guarda Darth Vader en la nevera?

Freya levanta la cabeza y me mira desconcertada.

—No lo sé.

—Helado oscuro —respondo orgulloso.

Se ríe con debilidad.

—Es malísimo.

—Te has reído.

Una pequeña sonrisa asoma a sus labios. Es lo único que necesito para convencerme de que todo saldrá bien.

—Quiero espaguetis a la carbonara —dice más animada—. Y nachos con guacamole.

—Menuda mezcla —le tomo el pelo—. ¿Algo más?

—Un beso.

No me hago de rogar. Pegado a sus labios encuentro la valentía necesaria para afrontar la situación. Porque, a veces, no sabemos lo fuertes que somos hasta que la vida nos pone a prueba. Y entonces debemos demostrar que estamos a la altura.

77

Freya

Ahora comprendo lo que debió de sentir mi hermana en la sala de espera del hospital. Menos mal que Pol se las ha apañado para conseguir cita tan pronto porque la incertidumbre me está matando. Ni siquiera se queja cuando le cojo la mano con fuerza. Me disculpo y aflojo el agarre, pero entrelaza nuestros dedos y me asegura que todo saldrá bien. No sé cómo está tan seguro y tranquilo. Es justo lo que necesito. Sin él no sería capaz de estar aquí.

Nina me ha enviado un mensaje para preguntarme por qué he faltado a clase. Le he respondido que tenía migraña, pues no quería preocuparla hasta conocer los resultados. Respiro hondo. No he podido dejar de pensar en Astrid desde que me descubrí el bulto. Sigo dolida, no voy a negarlo, pero la necesidad de abrazarla y estar a su lado se hace más intensa con el trascurso de los días. No quiero que batalle sola contra el cáncer. Sé que mi padre la acompaña a las sesiones de quimio, aunque eso no impide que me sienta como una mierda por haberla abandonado.

Pol me aprieta la mano.

—Te han llamado a la consulta dos —dice.

A pesar de que no puede entrar conmigo, se levanta para acompañarme hasta la puerta. Me sonríe para infundirme ánimo. Ambos sabemos que cuando salga de la consulta lo podría hacer con una noticia que lo cambiaría todo.

—Estoy aquí —me promete. No tiene por qué decirlo. Lo sé de sobra. No obstante, es el único comentario que puede tranquilizarme.

Le doy un beso antes de entrar. Una enfermera muy amable me pide que rellene un formulario y luego me indica que me desvista de cintura para arriba y me tumbe en la camilla. Los minutos pasan muy lentos. Cruzo los brazos por encima del pecho porque estoy helada y clavo la mirada en el techo. Al cabo de unos minutos aparece una médica con expresión seria. Se presenta, me hace algunas preguntas y me explica que el gel puede estar un poco frío. No para de hablar mientras me revisa con el ecógrafo, lo que me tranquiliza bastante.

—Aquí lo tenemos —comenta señalando la pantalla del monitor—. Está clarísimo. No tienes de qué preocuparte.

Toda la tensión me abandona de golpe. Me explica con calma que se trata de un pequeño quiste oleoso y que mi médico decidirá si conviene extirparlo. No debo preocuparme porque es

benigno y la intervención, en caso de ser necesaria, es muy sencilla y no requiere hospitalización. Después de escucharla atentamente, me invade el alivio y rompo a llorar. La doctora debe de haber visto muchos casos como el mío, puesto que no se inmuta y me ofrece una sonrisa profesional antes de marcharse. Me visto y salgo de la consulta. Encuentro a Pol dando vueltas por el pasillo. Se nota que está muy nervioso. Solo entonces comprendo que ha estado fingiendo entereza para tranquilizarme. Y, joder, lo quiero más por ello.

—¡Pol! —lo llamo.

Se sobresalta al verme y viene corriendo hasta mí. Me pone las manos en los hombros y me mira angustiado.

—¿Qué te han dicho?

—Es un quiste oleoso. —Su gesto es de confusión, por lo que añado—: Un bulto de grasa. No es malo.

Pol suspira de forma sonora y me sorprende cuando se aparta de mí para darse la vuelta. Lo miro desconcertada. De repente, sus hombros se sacuden. Al darme cuenta de que está llorando, lo abrazo por detrás.

—Oh, Pol… —susurro.

Posa sus manos encima de las mías. Está hecho un flan.

—Estaba muy asustado —me confiesa con voz llorosa—. Tenía muchísimo miedo de perderte. Perdona, yo no…

Dejo de abrazarlo y lo rodeo para mirarlo a la cara. Sus ojos están anegados en lágrimas. No quiero que sienta la necesidad de esconderse de mí. Pongo una mano en su mejilla y deja escapar el aire cuando lo toco. Acto seguido, atrapa mi mano y me da un beso en el dorso.

—No debías fingir que no tenías miedo. Tan solo necesitaba que estuvieras a mi lado —lo tranquilizo—. Gracias por quedarte conmigo.

Pol me atrae hacia él y me acaricia los labios hasta que me estremezco. Hay algo diferente en su mirada. Una emoción profunda e intensa que me conmueve.

—Te quiero —dice sin dudar. Abro los ojos de par en par porque no me lo esperaba. Me sonríe con ternura—. Tranquila, no necesito que sientas lo mismo. Tengo amor suficiente para los dos.

Nos fundimos en un beso cálido y lento. Meto las manos por debajo de su cazadora de cuero. Pegada a sus labios me siento en casa. Me estoy enamorando de él. De este chico honesto, vulnerable y que no tiene miedo de decir «te quiero» sin recibir uno a cambio. Me ha robado parte del corazón. Tal vez todavía no esté preparada para decirle que lo amo, pero eso no le resta ni un ápice de verdad a mis sentimientos.

—¡Joder! —exclama una voz conocida.

Pol y yo nos separamos de golpe, como si nos hubieran pillado haciendo algo malo. Iris está

delante de nosotros, sentada en una silla de ruedas que empuja un celador al que acaba de ordenar que se detenga.

—¡Sois un par de mentirosos! —chilla furiosa—. ¿En serio? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Iris, cálmate —le pide Pol con tono sereno.

—Vete a la mierda. —Le da un manotazo cuando intenta tocarla. Luego centra su mirada dolida y decepcionada en mí—. Te pregunté si teníais algo. Podrías haber sido sincera conmigo.

—Íbamos a contártelo —me defiendo avergonzada.

—¡Ya, claro! ¿Cuando me invitaseis a la boda? —replica indignada—. Te pedí que no te fijaras en ella, Pol.

—No te hice caso. —Su hermano se encoge de hombros—. Y no me arrepiento.

Iris suelta un bufido.

—Pensé que éramos amigas —me recrimina dolida. Antes de que pueda asegurarle que lo somos, Iris le pide al celador que la lleve a su sesión de rehabilitación—. Tranquilos, no pienso interponerme entre vosotros. Seguid a lo vuestro y olvidadme, tal y como habéis estado haciendo.

Me duele que se haya enterado de esta forma. Estoy a punto de seguirla cuando Pol me pone una mano en el hombro.

—Déjala —me aconseja—. Está enfadada. Será mejor que hable con ella cuando se le pase.

—Deberíamos haber sido sinceros —me lamento.

—No creo que tuviéramos que pedirle permiso. Nos lo estábamos tomando con calma. Tendrá que entenderlo. —Me coge la mano para arrastrarme fuera del hospital—. Necesito salir de aquí. No voy a permitir que Iris arruine la felicidad que siento en este momento. Vamos a algún sitio donde podamos celebrar que la chica de la que me he enamorado está sana.

Me besa y luego me lleva hasta su moto. Me pongo el casco, subo y me abrazo a su cintura. Ni siquiera necesito preguntar a dónde vamos. Me da igual. En este preciso instante lo seguiría al fin del mundo si me lo pidiera.

78
Pol

Al día siguiente decido que es hora de enfrentarme a la ira de mi hermana. Freya quería venir conmigo, pero conozco a Iris. Ahora mismo está digiriendo la situación, por lo que debe de estar muy enfadada. No quiero que lo pague con ella, así que la he convencido de que me dejara hablar primero a mí. Y aquí estoy, llamando a la puerta de su casa.

—¡Abre! —insisto sin darme por vencido—. ¡Sé que estás dentro!

No puedo utilizar la llave que me dio porque ha echado la cadena. Iris sabía que vendría, por eso lo ha hecho. Quiere que sepa lo furiosa que está. No me impresiona. Me he enfrentado a cosas peores. Estoy tan seguro de mis sentimientos por Freya que lidiar con el enfado de mi hermana es el menor de mis problemas.

—¡Nico! —llamo a mi hermano—. ¡Ábreme! Te he traído un nuevo juego para la Play.

Sonrío de oreja a oreja cuando escucho a Iris discutir con él. Al cabo de unos segundos, mi hermano asoma la cara por el hueco de la puerta.

—Dice que no te abra —me explica apenado—. ¿Me puedes dar el juego?

—Abre, colega. —Le guiño un ojo—. O, de lo contrario, no podré hacer las paces con la gruñona de tu hermana.

Nico se parte de risa al escuchar cómo la llamo y abre la puerta. Le doy un abrazo y el juego que le he comprado en la tienda que hay a dos manzanas de aquí. Iris está justo detrás, apoyada en dos muletas y lanzándome una mirada asesina.

—Yo también me alegro de verte, hermanita.

—Que te den —me espeta.

La ignoro y despeino a Nico con cariño.

—¿Por qué no vas a tu habitación a estrenar el juego?

Nico me mira con recelo.

—¿Vais a discutir? —intuye asustado.

—Vamos a solucionar un pequeño malentendido —lo tranquilizo—. No te preocupes. Si me pega, te avisaré para que vengas a salvarme.

Nico se ríe e Iris nos da por imposibles. En cuanto nuestro hermano nos deja a solas, me señala con una muleta.

—Cuidado con eso. —Me aparto de su trayectoria—. He venido en son de paz.

—Es mi amiga —me recrimina decepcionada—. Te pedí que no te fijaras en ella. Y tú me dijiste…

—Que no te preocuparas porque ella no me veía de esa forma —le recuerdo sin alterarme, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Qué puedo decir? Soy un tío afortunado.

—¡No vengas a mi casa a vacilarme!

—Deberíamos sentarnos —sugiero con tono conciliador—. ¿Te viene bien pasar tanto tiempo de pie?

—¿¡Ahora te preocupas por mi salud!?

—Te habría acompañado al hospital si me lo hubieras dicho. —Sabe que tengo razón—. Pero eres demasiado testaruda e independiente para pedirme ayuda. Apuesto a que no soportabas la idea de que te viera lloriquear en la primera sesión de rehabilitación. No tienes que ser tan dura, ¿lo sabías?

—Se supone que estoy enfadada contigo. No puedes aparecer en mi casa y recriminarme cosas —replica indignada—. El seguro me cubre el traslado al hospital. Por eso no te llamé. Odio depender de ti todo el tiempo.

—Nunca cambiarás… —Niego con la cabeza e intento contener una sonrisa—. Supongo que por eso te quiero tanto.

—Hacerme la pelota tampoco te va a servir —me advierte.

—Qué faena —respondo con pereza—. No puedo preocuparme por ti, ni decirte que te quiero, ni salir con tu amiga…

—¡Ah, conque vais en serio! —exclama alucinada.

—No queríamos decírtelo hasta que lo supiéramos. A ver, yo lo tenía bastante claro. Lo supe desde la primera vez que nos besamos. —Sonrío como un idiota al recordar nuestro primer beso en el mirador. Iris me mira ceñuda—. Pero ella acaba de salir de una relación y no quería presionarla. Así que nos lo tomamos con calma. No puedes culparnos, hermanita. Si hubiera salido mal, habrías estado en medio. Preferimos mantenerte al margen mientras averiguábamos si funcionaba.

—¡Joder! —dice impresionada—. ¿De verdad vas en serio con una chica?

—Sí —respondo sin vacilar.

—Y esa chica es mi amiga.

—No le pongas frenos al amor, y todo ese rollo. ¿Qué quieres que te diga, Iris? Me gustó desde la primera vez que la vi. Te diría que lamento que sea tu amiga, pero en realidad no lo siento en absoluto porque jamás había sido tan feliz. Freya es una chica increíble. ¿Qué te voy a contar que no sepas? Es inteligente, divertida y saca lo mejor de mí —hablo sin dejar de sonreír

—. Entiendo que necesites digerirlo. No obstante, sé que me quieres y, con el paso del tiempo, te alegrarás por mí. Siempre has querido que fuera feliz.

Iris intenta poner mala cara, pero se desinfla ante mi seguridad.

—Con la de chicas que hay en el mundo…

—Ninguna como ella.

Iris abre mucho los ojos ante mi respuesta. Es lo que siento. Jamás he conocido a nadie que se haya metido tan dentro de mí. No me siento culpable, ni siquiera por habérselo ocultado a Iris. Si no hubiera sido su amiga, tampoco se lo habría contado hasta que ambos hubiéramos decidido que deseábamos ir en serio.

—¿La quieres?

—Sí —respondo sin dudar.

Iris suspira hondo. Justo cuando creo que va a pedirme que me vaya porque necesita tiempo para asimilar que su hermano y su mejor amiga son pareja, me echa los brazos al cuello y me da un abrazo que no esperaba.

—Pues claro que me alegro por ti —dice emocionada—. Me ha pillado por sorpresa. Tendré que acostumbrarme a veros juntos. Pero ¿sabes qué? No podrías haber elegido mejor.

—¿Y ya está? ¿No vas a pegarme con la muleta?

Mi hermana me da un sopapo. Luego, me regala una sonrisa tierna.

—No le hagas daño —me pide, y sé que no lo hace por que dude de mí. Ahora solo es una amiga protegiendo a otra. Es lo que cualquier chica le diría al novio de su amiga—. Vale oro.

—Lo sé. —Le doy otro abrazo. A pesar de que es muy arisca, Iris me lo devuelve de buen grado—. ¿A ella también vas a decirle que se porte bien conmigo?

—¡Freya es un sol! —la defiende como una fiera—. ¡Pártele el corazón y te las verás conmigo! Es lo malo de ser el novio de mi mejor amiga.

Finjo poner cara de horror.

—Por cierto, ¿qué hacíais en el hospital? —pregunta preocupada—. Estaba tan enfadada que… Ay, Dios. Era la Unidad de Radiología. ¿Freya está bien?

—Solo fue un susto —la tranquilizo—. Nada grave.

Iris respira aliviada. En ese momento, llaman al timbre. Le hago un gesto para que se quede donde está.

—¿Esperas visita?

—Será el repartidor de Amazon, el de Asos o el de El Corte Inglés.

—Tú y tus compras por internet…

—Prueba a estar encerrado en casa más de un mes, idiota.

—Respeta al novio de tu mejor amiga, pija insufrible.

Abro la puerta sin mirar. En lugar de encontrarme con el repartidor, veo el rostro lloroso y

aterrorizado de mi madre. La ira que me invade cada vez que la tengo cerca se esfuma al percatarme de las magulladuras de su cuello.

—Mamá —dice Iris alarmada—, ¿estás…?

Nuestra madre rompe a llorar antes de que mi hermana pueda terminar la frase. Todo el rencor de los últimos años desaparece de golpe al ver a la mujer desamparada y asustada que ha venido en busca de ayuda. Le paso un brazo por encima de los hombros para que entre y cierro la puerta.

—Ha intentado estrangularme… —murmura conmocionada.

—Tranquila, mamá —digo con toda la calma posible, a pesar de que el corazón se me va a salir del pecho—. Ya estás a salvo.

Mi madre levanta el rostro y me mira. Sus ojos están repletos de sufrimiento. A pesar del daño que me ha hecho, tan solo veo a una víctima. No puedo seguir odiándola. El rencor es un sentimiento que te consume y pudre todo lo bueno que hay dentro de una persona. Quizá nunca llegue a perdonarla. No lo sé. El tiempo dirá si puedo pasar página. Sin embargo, ahora soy capaz de asumir que la sigo queriendo. He intentado huir del amor que siento por ella. Llevo demasiados años fingiendo que no quiero a mi madre, pero la verdad me ha perseguido todo este tiempo.

No soy débil por sentir amor. En realidad, soy una persona muy fuerte que sobrevivió a un padre maltratador. Estoy cansado de estar enfadado con ella. No puedo seguir huyendo de mi madre. Por eso, al aceptar por fin mis sentimientos, le doy el abrazo que llevo necesitando desde que me fui de casa a los dieciocho. Al principio, mi madre se sobresalta. Luego, me estrecha entre sus brazos y me ruega que la perdone.

No sé durante cuánto tiempo permanecemos abrazados. De repente, alguien aporrea la puerta como si quisiera tirarla abajo. Iris y mi madre se miran angustiadas. Me pongo de pie como un resorte y mi hermana me agarra del brazo para que me detenga. No obstante, la determinación se ha apoderado de mí. No hay nada ni nadie que me frene. He tomado una decisión: voy a enfrentarme de una vez por todas al pasado.

79

Freya

Estoy que me subo por las paredes. No sé cómo habrá ido la cosa entre Pol e Iris. Los conozco a ambos. Sé lo pasota e irónico que es mi novio y lo temperamental y cerrada que puede ser Iris. Tengo miedo de que no vayan a entenderse, pero Pol parecía muy seguro cuando me pidió que lo dejara hablar con ella a solas. Me da pena perder mi amistad con Iris, aunque en el fondo sé que Pol está en lo cierto, no hemos hecho nada malo.

—Qué cara de golfa se te pone cuando piensas en cierto batería. —Nina me da un codazo para que salga de mi ensimismamiento—. Joel te ha preguntado si te apuntas a tomar una caña después de clase.

—Ah, perdón. —Estoy a punto de responder que me apetece mucho una cerveza cuando mi padre me llama por teléfono. Me extraña que lo haga porque sabe que estoy en clase. De hecho, acaba de terminar nuestro descanso y nos dirigimos de regreso a las aulas. Tengo un mal presentimiento cuando descuelgo—. Papá, ¿va todo bien?

—Hace un par de días tu hermana pilló un resfriado muy gordo. Ya sabes que, en su situación, cualquier virus puede agravar su estado de salud. Me pidió que no te lo dijera. —Hace una pausa y lo escucho respirar hondo—. Freya, cariño, me conoces, no soy un padre que te dice lo que debes hacer ni te pide explicaciones, pero llevas más de una semana durmiendo fuera de casa. No sé lo que ha pasado entre vosotras. De hecho, ni siquiera me importa. Asumo que mis hijas son adultas y tienen derecho a equivocarse. Sin embargo, tu hermana está viviendo un momento muy complicado y es demasiado orgullosa para admitir que te necesita. Me da igual que me haya pedido que no te llame. Acaban de ingresarla en el hospital. No podía mantenerte al margen.

—¿Qué? —Me quedo parada en mitad del pasillo. Nina y Joel me miran preocupados—. Pero ¿está bien? Ay, Dios. ¡Deberías haberme dicho que se había resfriado! Voy para allá.

Cuelgo y salgo disparada con tan mala suerte que me tropiezo con un grupo de estudiantes. Les pido disculpas y me agacho para recoger los libros, que se han caído al suelo. Nina y Joel me han seguido y se ponen a ayudarme.

—¿Qué pasa? —me pregunta Joel.

—Mi hermana… está en el hospital… —balbuceo sin poder contener las lágrimas—. Soy una imbécil. No debería haberme ido de casa…

—Eh, tranquila. —Nina me pone una mano en el hombro—. Astrid es fuerte. Lo superará. Voy a acercarte en coche.

—Os acompaño —dice Joel.

—No deberíais faltar a clase —respondo agobiada.

Mis amigos me acompañan a la salida sin importarles mis protestas. De verdad, no sé qué haría sin ellos. A pesar del caos en el que se ha convertido mi vida en los últimos días, me siento afortunada de contar con gente tan maravillosa.

Nina y Joel se han quedado en la cafetería del hospital. Cuando llego corriendo a la habitación en la que está mi hermana, encuentro a mi padre charlando con el médico. Se me cae el alma a los pies al ver a Astrid tumbada en la cama. Parece demasiado delgada y frágil. Abre los ojos como si le costara un gran esfuerzo. Cuando me reconoce, suspira y estira el brazo en mi dirección. No dudo ni un segundo. Voy a su encuentro y cojo su mano.

—Le dije que no te llamara —susurra con debilidad.

—Menos mal que no te ha hecho caso.

Le acaricio la mejilla mientras intento contener las lágrimas. Me da igual que se acostase con mi exnovio. Bueno, vale, no me da igual. Pero soy incapaz de estar enfadada con ella en este momento.

—Papá —lo llama Astrid cuando termina de hablar con el médico—, déjanos solas.

Nuestro padre nos mira indeciso.

—No puedes alterarte. El doctor ha dicho…

—Freya y yo no vamos a discutir —lo tranquiliza—. Tenemos una conversación pendiente. Eso es todo.

Nuestro padre se rinde. Sabe que no puede llevarle la contraria a Astrid cuando toma una decisión.

—Iré a la cafetería.

—Nina y Joel están allí —le digo—. Seguro que se alegran de verte.

Nos lanza una última mirada preocupada antes de marcharse. A Astrid se le escapa un gruñido de incomodidad. Me levanto para buscar otra almohada y se la coloco debajo de la espalda.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. —Me sonríe con debilidad y da una palmadita en la cama—. Ven, siéntate aquí.

—Vamos a olvidarlo todo —suelto de carrerilla—. Volveré a casa. Estaré contigo y te acompañaré a las sesiones de quimio.

A pesar de lo mal que se encuentra, tiene el valor de poner los ojos en blanco. En serio, me supera.

—Solo es un puñetero resfriado. Tengo las defensas bajas. No voy a morir, Freya. Papá es un dramático. Si mejoro, mañana me darán el alta.

—Da igual. De todos modos, voy a volver a casa —decido—. Y papá no es dramático.

—¿Sabes por qué no te he llamado ni te he suplicado que me perdones?

—Porque eres una orgullosa de mierda que cree que puede vencer sola al cáncer —respondo sin dudar.

Astrid se ríe hasta que le entra un ataque de tos. Le acerco la botella de agua que hay en la mesita de noche para que beba. Me tranquilizo cuando vuelve a respirar con normalidad.

—Aparte de eso. —Me da la razón—. Sabía que me perdonarías si te pedía disculpas. Tienes buen corazón. Eres incapaz de odiarme, aunque te haya hecho daño.

—¿Y cuál es el problema? —replico indignada. No soy una persona rencorosa. En el fondo, creo que es una virtud.

Astrid cierra los ojos, como si no soportara mirarme en este momento.

—No quiero que me perdones porque estoy enferma —me confiesa. Abre los ojos y me mira avergonzada—. Al menos, no hasta que conozcas toda la historia.

—No quiero saber… —carraspeo con incomodidad— cómo surgió lo vuestro.

—No hay nada nuestro —responde con tono desdeñoso—. Oriol y yo no… Por Dios, ni siquiera lo soporto. Sigo pensando que es una alimaña egoísta, rastrera y manipuladora. Me da asco.

—Joder, pues no lo entiendo. Te acostaste con él.

—Prométeme que no vas a interrumpirme hasta que te dé mi versión.

—No quiero saber nada del tema. —Me levanto de un salto. No necesito conocer los malditos detalles—. En serio, vamos a hacer como si no hubiera pasado.

—Siéntate de una puñetera vez, Freya —me ordena impaciente—. Me vas a escuchar, lo quieras o no.

—No estás en posición de darme órdenes. —Le lanzo una mirada llameante.

—Tienes razón —admite arrepentida—. Por favor.

Me rindo. Soy incapaz de negarme a escucharla cuando me lo está suplicando. Dudo que conocer su versión me haga sentir mejor. Sin embargo, parece que lo necesita. Así que tomo asiento, preparada para escuchar algo del estilo «estábamos borrachos y sucedió sin más».

—Me da vergüenza. Intenta no juzgarme —me pide abochornada. No digo nada. No sé cómo me las voy a apañar para no juzgarla por haberse acostado con mi exnovio—. Hazme todas las preguntas que necesites, pues no volveré a mencionarlo en voz alta.

—Vale.

—Hace un tiempo fui con una amiga a una discoteca un poco… especial. —Enarco una ceja. No sé a qué se refiere. Al ver mi expresión, Astrid resopla—. Se trata de una discoteca liberal

donde la gente va a pasarlo bien y vive su sexualidad como le da la gana, sin que nadie los juzgue.

—¡Ah! —respondo sintiéndome tonta por no haberlo pillado a la primera.

—Las reglas de esa discoteca son muy estrictas: nada de nombres ni preguntas personales, solo se entra por invitación y nadie juzga lo que haces.

—Vale —contesto descolocada. Me parece genial que mi hermana viva su sexualidad como le plazca—. Pero no entiendo…

—Espera, lo vas a entender —dice con un hilo de voz—. Hay fiestas de temáticas muy variadas. Te ahorraré los detalles, no es importante. Hace un año, hubo una mascarada. Todos debíamos ir con máscaras y estaba prohibido hablar. Si alguien te gustaba, te ibas con esa persona a una habitación y…

—Lo pillo. —Se me escapa una risilla nerviosa y mi hermana me mira mal—. Vale, vale.

—En aquella fiesta, un chico con una máscara que le tapaba toda la cara llamó mi atención. Y nos acostamos. —Astrid chasquea la lengua—. Sabía que no podía verle el rostro porque estaba prohibido, pero estábamos solos en la habitación y me pudo la curiosidad. Ojalá no lo hubiera hecho. Cuando le quité la máscara, descubrí que era Oriol.

La miro perpleja. Es una historia rocambolesca.

—Estás de coña.

—Ojalá. —Se tapa la cara con las manos—. Si supieras lo furiosa que me puse cuando descubrí que el tío con el que me había acostado era el novio de mi hermana…

—Ay, joder. —Me levanto y comienzo a dar vueltas por la habitación—. Jo… der.

—Te juro que jamás me habría acostado a propósito con tu novio. ¡No podría hacerte algo así! Le grité de todo. Le pegué. Por poco lo mato aquella noche. Los de seguridad tuvieron que separarnos y me sacaron a rastras.

—¡Y no me lo contaste! —exclamo indignada—. ¿Por qué? ¡No lo entiendo! No fue culpa tuya.

—Tenía miedo —me confiesa abochornada—. Dios, me había acostado con el novio de mi hermana. Me daba tanto asco a mí misma… No sabía qué pensarías de mí. Me daba vergüenza contarte que iba a aquel tipo de fiestas. Así que tomé una mala decisión. Te juro que lo hice con mi mejor intención. Sabía que la verdad te destrozaría y quería ahorrarte un poco de daño.

—Y preferiste que no me enterase de que mi novio era un cabrón.

—¡No! —exclama con vehemencia—. Le ordené que te lo contase. Le dije que, si no lo hacía él, lo haría yo. Solo le pedí que no te dijera que te había engañado conmigo. Te juro que creí que te estaba haciendo un favor. Supuse que ya tenías de sobra con una traición. No quería que me mirases de forma distinta después de aquello… Pensé que romperías con Oriol cuando él te dijera que te había engañado, pero…

—¡Me dijo que fue cosa de una noche con una chica que no significó nada para él! —me defiendo indignada—. No tenía ni idea de que fue algo deliberado. No sabía que el muy cabrón iba a un sitio como aquel a ponerme los cuernos de forma premeditada. De haberlo sabido…

—Lo siento —musita—. Te prometo que me he arrepentido desde que tomé aquella decisión.

—Por eso estabas tan empeñada en que lo dejara… —Comprendo de golpe—. Sabías la clase de persona que era.

Astrid asiente.

—Incluso sopesé la posibilidad de enviarte un mensaje anónimo para decirte que tu novio frecuentaba esa clase de sitios. Joder, cada vez que os veía juntos se me retorcía el estómago. Llegué a contratar a un detective privado para que lo siguiera, pero no logró averiguar nada. O el muy cabrón es muy listo, o de verdad estaba arrepentido y no volvió a serte infiel.

—Me sigue dando mucho asco. Cuando fue a aquella discoteca lo hizo con la intención de ponerme los cuernos. No le haces eso a una persona de la que supuestamente estás enamorado.

—En serio, nunca me habría acostado con él de haber sabido que era Oriol. —Mi hermana rompe a llorar—. Por favor, tienes que creerme. Entiendo que estés enfadada. Puedo soportar que no me dirijas la palabra. Pero soy incapaz de vivir sabiendo que crees que te haría algo así a propósito. Si hubiera tenido la mínima duda de que era tu novio…

—¡Eh! —Me siento en la cama y le cojo la mano—. Lo sé. En el fondo lo sabía. Por eso estaba tan dolida. No me entraba en la cabeza que me hubieras hecho algo así.

—¿De verdad? —me pregunta esperanzada y con los ojos anegados en lágrimas—. Ya sé que a veces soy una hermana de mierda. Pero no soy tan cabrona.

Su comentario me hace reír, a pesar de la decepción que acabo de llevarme. No puedo creer que Oriol fuera tan ruin. Al menos, la verdad me ha servido para reconciliarme con Astrid. Soy incapaz de estar enfadada con ella sabiendo que, cuando se acostó con mi novio, no sabía que se trataba de él.

—Deberías haberme contado la verdad. No te habría mirado de otra forma.

—Lo siento…

Le aprieto la mano.

—Yo también siento que todo este tiempo hayas tenido que cargar con algo así.

—Me he quitado un peso de encima —me confiesa aliviada—. Creo que esto me ha servido para dejar de tratarte como si fueras una niña. Eres muy fuerte y estoy orgullosa de ti.

—Hazme un hueco en la cama.

Me tumbo a su lado, a pesar de que podrían echarme la bronca si entrase algún enfermero. No es una situación ideal. Mi hermana se acostó con mi novio, he compartido mi vida con un extraño y, seguramente, tengo más cuernos que un alce. Sin embargo, me alegro de conocer la verdad. He recuperado a Astrid. Eso es lo único que importa.

—Te quiero. —Le doy un beso en la mejilla—. Aunque a veces me saques de quicio y tengas un carácter de mierda.

—No voy a cambiar.

Me río. Si lo hiciera, no sería ella.

Amamos a las personas con todas sus circunstancias. No podemos elegir solo sus partes buenas. Por eso el amor es el sentimiento más poderoso que existe. Y, definitivamente, el amor entre hermanas es infinito.

80
Pol

La persona que está aporreando la puerta lo hace como si quisiera tirarla abajo. Es blindada, así que sé que no tenemos nada que temer. De todos modos, me asomo a la mirilla para ver su expresión contraída por la rabia. Parece un pitbull al que llevan semanas sin dar de comer. Sus ojos están inyectados en sangre y tiene hinchada la vena del cuello. El traje hecho a medida y la camisa de tres cifras no consiguen esconder a la bestia.

—¡Abre la puta puerta! —ruge nuestro padre—. Isabel, sal de ahí ahora mismo.

—Pol, no abras —me pide Iris en voz baja—. Está borracho.

—¿A las doce y media de la mañana? —digo con sorna—. Está batiendo su propio récord.

—¡Deja de esconderte en casa de tu hija! —Vuelve a golpear la puerta. No me ha pasado desapercibido que ha dicho «tu hija» en lugar de «nuestra hija». Sé que mi hermana rompió la relación con él hace mucho tiempo, pero pensaba que todavía sentía algo de aprecio por ella. Al fin y al cabo, siempre fue la hija perfecta.

—Tiene razón —afirma nuestra madre desde el sofá—. No debería haberos involucrado en esto.

—No —le ordeno cuando hace el amago de levantarse—. Quédate donde estás. No vas a irte con él.

—Hemos discutido por una tontería. —Se retuerce las manos con nerviosismo. Ya vuelve a justificarlo—. Tiene mucho carácter. Lo he provocado…

—¡Mamá! —grita mi hermana, más alterada de lo que la he visto nunca—. ¡Deja de defenderlo, joder! ¡Es un monstruo! Ninguna mujer merece que su marido le levante la mano.

—¡Iris, pequeña ingrata! —brama nuestro padre al reconocer su voz—. Eres una hija desagradecida. Te lo di todo y me lo pagaste largándote a un bufete de la competencia.

Mi hermana se encoge de miedo. Odio a este ser despreciable. Iris es una mujer fuerte que hizo lo que estuvo a su alcance para escapar de un padre maltratador, al igual que yo. No hay ni una pizca de debilidad dentro de ella. Le paso un brazo por encima de los hombros de modo protector.

—Lárgate —le ordeno con tono firme sin abrir la puerta—. O llamaremos a la policía.

Nuestro padre se ríe al escucharme.

—Pol… —dice con desprecio—. ¿Estáis los cuatro juntos como si fuerais la gran familia feliz? Supongo que el engendro de tu hermano estará en su habitación haciéndose pis en las sábanas.

Aprieto los puños al escucharlo insultar a Nico.

—La policía está de mi lado. Ya sabes que siempre ha sido así. Cada vez que alguien me ha denunciado, me he encargado de que se arrepintiera —se jacta con orgullo—. ¿De verdad creéis que le importáis a vuestra madre? ¡Sois unos ilusos! Ha venido aquí porque no le queda otro sitio. Nunca os ha querido. Al final regresará a mi lado como la perra dócil y fiel que es. La tengo bien adiestrada. Jamás morderá la mano que le da de comer.

—¡Cállate, hijo de puta! —Le doy un puñetazo a la puerta—. ¡No tienes ni idea de lo que es querer a alguien!

—Pol, no lo escuches —me pide mi hermana acariciándome la espalda—. Deberíamos llamar a la policía y que se encarguen ellos.

—¡No! —Nuestra madre se abalanza sobre ella cuando mi hermana coge su móvil—. ¡No lo hagas! ¡Le destrozarás la vida! Solo es una riña tonta. Nosotros nos queremos…

—¡Para, mamá! —Iris retrocede para quitársela de encima. Tengo que sujetarla del codo, pues está a punto de perder el equilibrio—. Por una vez piensa en ti misma. ¡Elige a tus hijos!

Los ojos de mi hermana se llenan de lágrimas. Miro para otro lado. No soporto ver una escena que ya he vivido cientos de veces. Ya sé cuál será la decisión de nuestra madre. A pesar de todo, siempre lo elegirá a él.

—Tú no lo entiendes. —Le sonríe con tristeza—. Lo quiero.

Iris mueve la cabeza con incredulidad. Deja caer el brazo. En el fondo, no sé cómo todavía tiene la capacidad de sentirse decepcionada. Yo ya he asumido que nuestra madre jamás lo abandonará. Tal vez ese demonio tenga razón y ella no nos quiera. Sin embargo, en este momento eso no me impide hacer lo correcto. Le arrebato el móvil a mi hermana y marco el número de la policía. Mi madre se lanza contra mí e Iris se interpone en su trayectoria, tropezándose con la muleta.

—Lo siento —se disculpa nuestra madre por haberla tirado al suelo—. No pretendía…

Me agacho para ayudar a mi hermana a ponerse de pie. En ese instante, nuestra madre corre a abrir la puerta. Iris le grita que se detenga, pero ya es demasiado tarde. La bestia que tenemos por padre entra como un huracán destructor. Nos regala una sonrisa llena de satisfacción y agarra a su esposa del brazo.

—¿Lo veis? —se dirige a nosotros con desprecio—. No significáis nada para ella.

—Mamá —solloza Iris—, ¿por qué?

—Una vez tuve la esperanza de que fueras mi digna heredera. —Nuestro padre la mira

frustrado—. Los hijos son una constante fuente de decepción. Están sobrevalorados. Ojalá no hubierais nacido.

—Ojalá tú te hubieras muerto de un puto coma etílico —le suelta mi hermana, y se apoya en mí para levantarse—. Eres la peor persona que…

Mi padre le cruza la cara de una bofetada e Iris choca contra mi pecho. Todo sucede a cámara rápida. Nuestra madre chilla horrorizada mientras yo sujeto a mi hermana para que no pierda el equilibrio. Luego, me abalanzo contra mi padre y le doy un puñetazo con todas mis fuerzas. Quiere devolvérmelo, pero soy más rápido y lo inmovilizo contra la pared colocándole el antebrazo debajo del cuello. Él intenta resistirse, aunque soy más fuerte. Sus ojos son dos pozos llenos de odio y rabia. Lo miro con algo cercano a la satisfacción porque sé que está pensando que ya no soy aquel crío que no podía defenderse.

—Adelante —digo con los dientes apretados—. Ponme a prueba.

—¿Has hecho pesas? —se burla de mí—. ¿Quieres la revancha, muchacho?

—No mereces la pena.

—Seguro que llevas mucho tiempo soñando con este momento —me provoca con maldad—. Todavía recuerdo cómo crujían tus huesos mientras te daba aquella paliza. No parabas de llorar como el mocoso asustado que eras. Ni de llamar a tu mamá, que se limitó a mirar para otro lado. Disfruté de lo lindo.

—¿De qué habla? —exige saber Iris, completamente conmocionada.

—¡Cállate! —le ordeno a mi padre haciendo presión contra su cuello.

—¿No te lo ha contado? —Nuestro padre suelta una carcajada repleta de regocijo—. Casi lo mato de una paliza. Y tu queridísima madre, a la que siempre defiendes, se encerró en su habitación para no escuchar los gritos de su hijo.

—No… —Iris la mira para que lo niegue—. Eso es mentira… No puede ser.

—Isabel, sé sincera con tu hija —le ordena nuestro padre—. Es lo mínimo que se merece la gran abogada de la familia. —Luego centra de nuevo su atención en mí—. En cuanto a ti, asqueroso drogadicto…

—¡He dicho que te calles! —Golpeo la pared, a escasos centímetros de su mejilla—. ¡Cállate, joder! Iris, llama a la policía.

Mi hermana no me escucha. Se ha plantado delante de mi madre y le está gritando que le cuente la verdad. Mi padre me mira con una perversa cara de satisfacción porque se ha salido con la suya. Estoy a punto de sacarlo a empujones en el momento que Nico aparece en el salón.

—¡No os peleéis, por favor! —grita asustado—. No podéis pelearos. Somos una familia.

—Ya estamos todos —murmura mi padre con desagrado—. ¡El que faltaba! ¡El subnormal! Menudo cuadro de…

No consigue terminar la frase porque le pego un puñetazo. Su mandíbula cruje cuando mi

puño impacta en su asquerosa cara. Mi padre berrea como un animal moribundo. Me llama hijo de puta cuando lo agarro de las solapas del traje y lo acerco a mí.

—Vuelve a insultar a mi hermano y te mato —le advierto con una calma peligrosa—. ¿Crees que eres poderoso? Ya no soy aquel crío de catorce años al que atemorizabas. Tengo más dinero del que tú podrás ganar el resto de tu patética y miserable vida. Ponme a prueba, desgraciado. Solo necesito hacer una llamada para arruinarte. No te hagas ilusiones. Llamaré a la prensa, en lugar de a tus amiguitos de la poli. Sabrás lo que es que te condenen socialmente antes de que el peso de la justicia caiga sobre ti.

Por primera vez, mi padre me mira asustado. Lo suelto de un empujón para que se largue. Retrocede y sale de casa ante mi atenta mirada. Si da un paso en falso, no estoy seguro de ser capaz de contenerme. Mi hermana viene hasta mí con ayuda de las muletas, me da la mano y le ofrece la otra a Nico, que está llorando. Nuestra madre nos mira apenada. Pero, para nuestra consternación, sigue al demonio.

—¿En serio? —le recrimina Iris—. ¿Cómo puedes elegir a un hombre que le dio una paliza a uno de tus hijos?

—Déjala —le pido en voz baja. Ya he decidido que voy a llamar a la policía. Lo denunciaré otra vez. Si la Justicia nos falla de nuevo y nuestra madre decide permanecer a su lado, no hay nada más que podamos hacer. Al menos tendremos la conciencia limpia por haber hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

—¡Eres peor que él! —le grita dolida mi hermana—. ¡No quiero volver a verte! ¡Para mí estás muerta!

Las palabras de Iris consiguen que mi madre se detenga. Suelta la mano de nuestro padre y se vuelve hacia nosotros. Mira a Iris con desesperación. Siento lástima por esta mujer rota y anulada que es incapaz de salir de una relación tan dañina. Jamás nos elegirá a nosotros porque no le queda ni un ápice de amor para sí misma. De todos modos, siento que merece la pena gastar el último cartucho.

—Podemos ayudarte. —Le ofrezco la mano—. No estás sola.

Nuestra madre vacila y nos mira indecisa. Luego, observa de reojo a nuestro padre, que le ordena que se mueva de una vez. Agacha la cabeza y lo sigue resignada. Iris rompe a llorar y esconde el rostro en mi pecho.

—Mamá… —musita Nico—. ¿Por qué no nos quieres?

Ella frena de golpe y suelta la mano de nuestro padre. Por primera vez, mira a Nico. Parece absolutamente avergonzada.

—Os quiero —murmura abatida—, pero es… complicado.

—¡Vámonos! —Nuestro padre la agarra del brazo y tira de ella—. ¡No me hagas perder la paciencia!

—¡Déjame hablar con ellos!

Están al pie de las escaleras. Todo sucede a una velocidad vertiginosa. Ella se suelta de su agarre, el primer gesto de rebeldía con el que lo confronta en treinta años de matrimonio. Él no lo ha visto venir. No es algo propio de la esposa sumisa a la que está acostumbrado. Se tropieza con el primer escalón y pierde el equilibrio. Lo último que veo es su gesto sorprendido y aterrorizado cuando cae hacia atrás.

Nuestra madre suelta un alarido y baja los escalones a toda prisa. Él está tendido en el rellano con la mirada vacía. De su cabeza fluye un reguero de sangre. Está…

—Muerto —dice Iris en voz baja—. Está muerto.

Lo dice con incredulidad mientras abraza a Nico para que no vea la escena. Nuestra madre está de pie, a un par de escalones del cadáver. Lo mira con los ojos muy abiertos. Está en shock. Necesito cerciorarme, así que me obligo a bajar los escalones y pongo dos dedos en el cuello de mi padre para buscar el pulso. No respira. Entonces, me doy la vuelta y regreso junto a mi madre. Le pongo una mano en el hombro.

—No hay nada que hacer. —Intento llevarla de vuelta a la casa, pero no se mueve—. Ha sido un accidente.

—Se ha ido —susurra conmocionada.

No sé lo que hay en su expresión. Es una mezcla demasiado compleja: pena, confusión, miedo y, entre todas ellas, el brillo de algo muy parecido al alivio. Decido no juzgarla. En su lugar, tomo la única decisión sensata. Marco el número de la policía y les explico lo sucedido. Después le pido a Iris que lleve a Nico a su habitación y abrazo a mi madre. El monstruo por fin ha desaparecido de nuestras vidas.

81

Freya

Iris me llama para explicarme lo sucedido. Todavía no he acabado de digerir lo que me ha contado mi hermana cuando me subo a un taxi con destino a la comisaría. Uf, ojalá este día acabe lo antes posible. ¿Podría ser peor?

Según lo que me ha dicho mi amiga, que sorprendentemente ha logrado mantener la compostura, ha sido un accidente y solo los han citado para hacerles las preguntas de rigor. De todos modos, es horrible verse involucrado en algo así. Aunque fuera un maltratador y una persona horrible, no dejaba de ser su padre. Lo han visto morir. Deben de estar traumatizados.

Hay algunas cámaras apostadas en la entrada de la comisaría. Me pongo las gafas de sol e intento evitar a los periodistas cuando bajo del taxi. Por desgracia, un par de ellos me reconocen y se acercan con los micrófonos.

Son hienas ávidas de carnaza.

—¿Qué ha pasado? —Un reportero me pone el micrófono en la cara—. ¿Has venido a apoyar a tu pareja?

Ignoro sus preguntas, pero no me tranquilizo hasta que cruzo la puerta. No sé cómo se han enterado tan pronto. Incluso han llegado antes que yo. Veo a Nico sentado en una silla de la sala de espera con la cabeza gacha. Su madre está a su lado con el semblante inexpresivo y la mirada perdida.

—Nico… —Me agacho para saludarlo. Es la primera vez que no sonríe al verme—. Hola…

—Mi papá ha muerto —me explica compungido—. Se ha caído por las escaleras.

—Lo siento. —Le doy un abrazo. No sé qué otra cosa puedo hacer. Luego me dirijo a su madre, que sigue sin reaccionar. No hay rastro de la mujer elegante que vi la primera vez—. ¿Te encuentras bien?

Ni siquiera me mira.

—¡Freya! —exclama Iris—. Has venido…

Nos fundimos en un abrazo torpe por culpa de las muletas. Mi amiga esconde la cabeza en mi pecho y rompe a llorar. La estrecho entre mis brazos para que sepa que puede contar conmigo. Ojalá pudiera hacer algo más para borrar lo que acaba de vivir.

—Gracias por venir —dice emocionada—. Te necesitaba.

—Ven aquí. —Le paso un brazo por encima de los hombros y nos sentamos al lado de su hermano—. Lo siento mucho.

—Era un monstruo —admite conmocionada—, pero era mi padre. No sé cómo sentirme. —Me mira a los ojos y baja la voz, de modo que solo puedo escucharla yo—. Creo que me alegro de que esté muerto. Soy una mala persona. ¿Y si soy igual que él?

—Acabas de vivir una tragedia. Es normal que estés confundida —intento tranquilizarla—. Eres una buena persona. Nunca lo dudes.

—Siento haberme enfadado con vosotros cuando me enteré de que estabais juntos.

—No hablemos de eso ahora. —La atraigo para que apoye la cabeza en mi hombro—. Te quiero mucho, Iris.

—Y yo —musita con voz llorosa—. La policía está interrogando a Pol. Saldrá de un momento a otro. Tienen que hablar con todos nosotros antes de emitir un informe. Ojalá esta pesadilla acabe pronto.

No podemos hacer otra cosa salvo esperar. El tiempo transcurre con lentitud. Me gustaría estar al lado de Pol para apoyarlo, pero sé que es imposible. Iris me explica que está acompañado de un abogado que es compañero suyo del bufete, por lo que me tranquilizo un poco.

—Me gustaría ir a Bali —dice de repente su madre. Iris y yo la miramos con incredulidad—. Siempre he querido ir, pero vuestro padre no me dejaba. Ahora que él ya no… —Traga saliva y me doy cuenta de que se está clavando las uñas en la palma de las manos—. Ya no hay nadie a quien deba pedir permiso. Soy libre.

—Me alegro por ti —le contesta Iris con frialdad.

—Podríamos ir los cuatro juntos —sugiere—. Como una familia.

Iris suelta una carcajada áspera. Le aprieto la mano para que lo deje estar. Es evidente que esta mujer está traumatizada.

—Freya, tú también deberías acompañarnos —insiste Isabel—. Eres la novia de Pol. Estás más que invitada.

—Por el amor de Dios… —Iris suelta mi mano y se tapa la cara—. ¡No vamos a ir contigo a ninguna isla paradisiaca!

No reconozco a mi amiga. Jamás pierde la compostura en público. Sin embargo, le da igual gritarle a su madre en este momento.

—Las familias hacen planes —responde su madre sin alterarse.

—No somos tu puta familia —le espeta Iris—. Haberlo pensado antes de mirar para otro lado mientras tu marido le daba una paliza a tu hijo.

Isabel se encoge cuando Iris menciona lo que me contó Pol. Quiero pedirle que no se altere. No creo que sea el momento de traer a colación viejas heridas del pasado. No obstante, entiendo su dolor. Yo también estoy furiosa con esta mujer que no defendió a su propio hijo.

—A veces los padres… —comienza a decir su madre.

—No eres una buena madre —la interrumpe Iris con acritud—. Ahora entiendo por qué Pol no quería saber nada de ti. Lo presioné para que te llamase sin conocer toda la verdad. Ojalá no lo hubiera hecho. De haber sabido que ese monstruo le puso las manos encima y tú lo tapaste… ¡Joder! No te mereces nuestro amor. Que seas una víctima no te convierte en una buena persona.

—No digas eso —le suplica abatida—. Os quiero.

—Supongo que papá también te decía que te quería mientras te golpeaba. Por eso no tienes ni puta idea de lo que es el amor. —Iris niega con la cabeza. Sus ojos están anegados en lágrimas —. Deberías haberte caído con él por las escaleras.

—¡Iris! —la censuro.

—Sal de nuestras vidas —le ordena sin vacilar—. Al menos haz algo bueno por nosotros.

Por un instante, estoy a punto de seguir a la mujer destrozada que se levanta y se marcha a la otra punta de la comisaría. Si me controlo es porque no es asunto mío. Son Iris, Pol y Nico los que deben decidir si quieren darle otra oportunidad.

—Has sido mala con mamá —le recrimina Nico con voz llorosa.

—Ella ha sido más mala con nosotros —responde Iris sin una pizca de arrepentimiento.

—Iris… —murmuro con tristeza.

—No te atrevas a juzgarme —me ordena, pero su seguridad flaquea al mirarme a los ojos—. Por favor…

La abrazo para que llore en mi hombro. Ha vivido algo terrible. Acaba de descubrir una faceta de su madre de la que no era o no quería ser consciente. Está aturdida y profundamente herida. Tiene razón, no voy a juzgarla. A diferencia de ella y sus hermanos, yo sí sé lo que es criarse con el amor de unos padres. Ningún hijo debería sentirse desprotegido. No todas las personas tienen derecho a ser padres, pero todos los niños sí merecen tener unos buenos padres. Mi amiga ha cuidado de sus hermanos mientras intentaba salvar a una mujer que defendía a su maltratador. Entiendo su rabia. El dolor posee múltiples caras y cada persona reacciona de una forma diferente a una tragedia.

—Pensé que nunca me dejarían salir —dice Pol agotado.

Al verme, sus ojos se iluminan un poco. Acorta la distancia que nos separa y me coge de los hombros para levantarme. Me abraza como si me necesitara para no desmoronarse. Le devuelvo el abrazo para que sepa que me tiene a su lado. Está temblando.

—Estoy aquí —le susurro al oído—. Todo saldrá bien.

Ojalá no me equivoque. Siento que la vida nos pone constantemente a prueba, pero haré todo lo posible para que lo superemos juntos. Somos un equipo.

82

Pol

Nuestro abogado nos explica que ya podemos marcharnos. Todos hemos dado la misma versión y la policía no tiene motivos para desconfiar de nosotros. Ha sido un desgraciado accidente. No sé cómo sentirme. La muerte de mi padre no cambia el hecho de que fuera un maltratador. Supongo que no debo intentar descifrar mis sentimientos porque todos son válidos en una situación tan dura. Estoy cansado y siento cierto alivio de que mi madre por fin sea una mujer libre. Eso no significa que vayamos a recuperar la relación. La quiero, por supuesto. Es mi madre y sería un insensible si no albergara ni una pizca de amor por ella. No obstante, a estas alturas no me siento culpable de elegir quién quiero que forme parte de mi vida. Tengo bastante claro que acercarme a ella no me hace ningún bien. Lo que decidan mis hermanos es asunto suyo y lo respetaré. Pero, a veces, no queda más remedio que ser egoísta y ponerte en primer lugar.

—Ojalá me lo hubieras contado —me dice mi hermana. No hay acritud en su tono, sino una profunda tristeza. Mientras, contempla a nuestra madre, que está sentada a lo lejos—. Saberlo lo habría cambiado todo.

Precisamente por eso no se lo dije. Sé que Iris necesita el amor de nuestra madre. Ahora está demasiado enfadada para aceptarlo, pero creo que con el paso del tiempo logrará perdonarla. No quiero ser el motivo por el que se distancien.

—Salgamos de aquí. —Le doy un apretón cariñoso en el brazo—. Es hora de olvidar el pasado.

Iris asiente. Sabe que tengo razón. Podemos elegir vivir en el rencor o empezar una nueva etapa en la que dejemos atrás nuestra infancia. Entrelazo mi mano con la de Freya, que no se ha despegado de mi lado. Cuando salí de la sala de interrogatorios y la vi abrazada a mi hermana, me invadió el alivio, a pesar de lo que acababa de vivir.

—Gracias por quedarte conmigo —le digo con sinceridad.

—No digas tonterías. —Me da un beso en la mejilla—. Quiero estar a tu lado.

Respiro hondo. Sé que la entrada de la comisaría está atestada de periodistas. Puedo con ellos. Lo que me cabrea es que vayan a molestar a mis hermanos y a Freya. No tienen escrúpulos. No sé si seré capaz de controlarme. No sería la primera vez que pierdo los estribos con la prensa.

—Tranquilo. —Freya me lee la mente. Me acaricia el dorso de la mano con su pulgar y me

regala una sonrisa de las suyas—. Estoy contigo.

Su sonrisa tierna es todo lo que necesito para recuperar el aplomo. Nos encaminamos a la puerta. Desde aquí puedo ver a los periodistas dándose codazos para hacerse un hueco. Estoy a punto de salir cuando escucho algo que me llama la atención. Al principio creo que me están gastando una broma pesada. No tiene el menor sentido. Luego aguzo el oído y comprendo que es real. No puedo evitarlo. Suelto la mano de Freya, que me mira desconcertada, y me acerco a la chica que está sentada en una silla de la sala de espera mirando su móvil.

—¿Puedes darle voz? —le pido al escuchar la letra.

La chica, una adolescente de hombros desgarbados, resopla y levanta la cabeza. Al reconocerme se le cambia la expresión y me mira impresionada.

—Tú eres…

Me puede la impaciencia y le arrebato el teléfono para salir de dudas. «No puede ser», me digo. Se me ha descompuesto el cuerpo al escuchar un par de frases y necesito salir de dudas. Freya y mi hermana se acercan y me miran extrañadas. Gabi canta con voz rasgada: «Finjamos que me iba mejor sin ti porque no tengo ni idea de cómo sobrevivir…». Aprieto el móvil con fuerza. Tengo que contenerme para no estrellarlo contra la pared. Es la nueva canción de Yūgen. Lo que está cantando Gabi me es jodidamente familiar… porque yo compuse la letra.

Esa canción es mía.

«Pero… ¿qué demonios?».

Lo veo todo borroso y le devuelvo el móvil a la chica. Me cuesta respirar. No entiendo nada. Me han robado la canción. Mi canción. La que estuve a punto de compartir con Leo porque quería que me diera su aprobación.

Freya e Iris me preguntan qué me pasa. Niego con la cabeza y salgo a que me dé el aire, olvidándome de los periodistas que hay amontonados en la entrada. Un grave error porque, en cuanto me ven, se lanzan sin piedad contra mí. Hay un taxi esperándonos enfrente de la comisaría. Levanto los brazos para que me dejen en paz. Luego recuerdo que acabo de abandonar a Freya y a mis hermanos a su suerte y me doy la vuelta para ayudarlos. Un micrófono me golpea en la cara y lo aparto de un manotazo. Freya está agarrando a Iris del brazo para ayudarla a andar con las muletas. Mi hermana se tropieza con un periodista que le corta el paso y está a punto de perder el equilibrio. Detrás de ella, Nico agacha la cabeza, completamente aterrorizado. Entonces pierdo el control. Embisto contra el periodista y se lo quito de encima ante los gritos de los demás.

—¡Sois escoria! —exclamo fuera de mí—. ¡No tenéis respeto por nada!

—¡Eh! Solo estamos haciendo nuestro trabajo —se defiende uno de ellos.

Lo agarro del jersey y me encaro con él. Me trae sin cuidado que me hagan fotos. ¿Quieren una exclusiva? Aquí la tienen.

—Fuera de mi camino —le advierto—. Deja en paz a mi familia.

Le doy un empujón que acaba haciéndolo chocar contra un cámara. Se desata el caos. Los periodistas me increpan. Los mando a la mierda, agarro a mi hermano del brazo y le pido a Freya que ayude a mi hermana. Cuando subimos al taxi, me doy cuenta de que las dos me están mirando con cara de incredulidad. Las ignoro y le ordeno al taxista que arranque. Cierro los ojos y me desplomo en el asiento. El corazón se me va a salir del pecho.

—Pol… —musita Freya poniéndome una mano en el hombro.

—Déjame en paz —gruño malhumorado.

Siento que soy una basura al pagar mi malestar con ella, pero soy incapaz de pedirle perdón. Porque justo ahora mi vida se está desmoronando y solo quiero desaparecer. Sin embargo, la última vez que experimenté algo igual cometí el peor error de todos, y jamás me lo he perdonado.

83

Freya

No sé qué le pasa a Pol. Ha estallado de forma repentina. Entiendo que la muerte de su padre le haya afectado, pero unos segundos antes de enfrentarse a los periodistas parecía bastante calmado.

Sé que la canción de Yūgen ha tenido algo que ver. Después de escucharla le ha cambiado la cara. El problema es que se ha cerrado en banda conmigo. Cuando le he dicho que iba a pasar la noche en su casa, me ha respondido que prefería dormir solo. En este momento no sé cómo acercarme a él.

—Creo que no es buena idea que te quedes esta noche solo —le digo con tacto. Acaba de aparcar delante de mi portal—. Si no quieres estar conmigo, podrías quedarte en casa de Iris.

Pol tiene la mirada clavada en el coche de delante y aprieta el volante con fuerza. De repente, se vuelve y me mira con una mezcla de amargura y vergüenza.

—Necesito estar solo —me aclara—. Si quisiera estar con alguien, serías la primera persona a la que llamaría.

—Pero…

—Esta noche no quiero hablar del tema —me interrumpe agotado—. Tal vez mañana.

—Sé que es por la canción —digo con tiento. Mi comentario provoca que se tense—. Te has alterado al escucharla.

—¿Crees que estoy cabreado por que mis amigos han sacado una nueva canción? —replica indignado—. No es eso, joder. Siempre me alegraré de su éxito.

—Pues explícamelo. —Busco su mano y me duele que aparte el brazo—. Las parejas se apoyan, Pol.

—También tienen derecho a estar separados de vez en cuando. —Se está desquitando conmigo y el comentario me escuece, pero decido no tenérselo en cuenta—. No me agobies, por favor.

—Vale. —Me rindo. Lo conozco lo suficiente para saber que esta noche no voy a sacar nada de él—. Al menos prométeme que me llamarás si me necesitas.

Asiente sin mirarme. Me da la impresión de que lo hace para que me baje del coche. Me entran ganas de zarandearlo, aunque lo dejo estar porque ha vivido un día muy duro. Supongo que tiene razón al decir que necesita algo de tiempo y espacio.

Me desabrocho el cinturón y me inclino para darle un beso en la mejilla. Pol me pilla desprevenida al mover la cabeza para encontrar mis labios. Me besa con desesperación. Me agarra de los brazos y busca mi lengua con una urgencia devastadora. Pongo las manos en su pecho e intento transmitirle algo de la calma que sospecho que necesita, pero está desatado. Se aparta con brusquedad y apoya su frente contra la mía. Está respirando con dificultad y tiene los ojos cerrados.

—Te quiero —dice con voz grave—. Siento haberte hablado mal.

Me ablando sin poder evitarlo. Ni siquiera estaba enfadada con él. Soy incapaz de estarlo después del día que ha vivido.

—¿De verdad que no quieres que me quede contigo esta noche? —le pregunto indecisa.

Pol se aparta, sostiene mis mejillas y me da un beso tierno y cargado de afecto. Me relajo un poco al ver que vuelve a ser el mismo chico cariñoso y dulce al que estoy acostumbrada.

—Estaré bien —me tranquiliza.

Me bajo del coche de mala gana. No puedo obligarlo a estar conmigo si no quiere. Y, si pensaba que este día de mierda por fin había llegado a su fin, me equivocaba, puesto que Oriol cruza la esquina cuando estoy a punto de entrar en el portal. Uf, el que faltaba. Por un instante estoy tentada de fingir que no lo he visto, hasta que me llama y la rabia que tengo acumulada explota.

—Qué poca vergüenza tienes de presentarte aquí —le reprocho con incredulidad—. Lo sé todo, Oriol. Mi hermana me lo ha contado.

Se queda parado de golpe y me mira abochornado. Me entran ganas de reír. No reconozco al chico con el que compartí tres años de mi vida. Supongo que nunca llegamos a conocer del todo a una persona.

—Ni se te ocurra decir que me lo puedes explicar —le advierto antes de que abra esa boca de mentiroso que tiene—. Lo peor de todo es que permitiste que mi hermana se sintiera culpable cuando no tenía nada de que avergonzarse. Aquella noche tú fuiste el único que me falló. El error de Astrid fue creer que la verdad nos separaría. Tú eras el que tenía pareja y entró en aquella discoteca con la intención de serme infiel. No sé cómo tuviste el valor de contarme una versión diferente. Te perdoné porque pensé que no había sido algo premeditado, sino fruto de una noche de borrachera. Creí que estabas arrepentido de verdad. Además de ser mi novio, eras mi amigo. ¿Cómo pudiste hacerme algo así? No sé quién eres, Oriol. Nunca me has querido.

—Claro que sí. —Acorta la distancia que nos separa, pero no me toca porque le lanzo una mirada de advertencia—. Un colega de la universidad me habló de aquella discoteca. Estábamos pasando una mala racha, pensé que ibas a dejarme… —Pongo los ojos en blanco. ¿En serio se está justificando? Al ver mi expresión, Oriol me mira compungido—. Ya sé que no es excusa

alguna. Sentí curiosidad y caí en la tentación. Lo siento muchísimo, Freya. Te juro que solo sucedió una vez.

—Me da igual —respondo con sinceridad—. Sigues siendo un cerdo.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme a qué he venido?

—No me interesa. Te dije que no regresaras por aquí. —Me doy la vuelta para entrar en mi portal, pero entonces caigo en la cuenta de algo—. Por cierto, si vuelves a llamar zorra a mi hermana, te castro.

—Lo siento —se disculpa—. No volveré a insultarla.

—Vete a casa, Oriol.

—Al menos dame un abrazo.

Resoplo. No pienso darle un puñetero abrazo.

—Lárgate —le ordeno con frialdad—. No quiero volver a verte.

—Freya, no me gustaría que acabáramos así… —dice apenado mientras me pone una mano en el hombro—. Déjame ser tu amigo.

Me río con incredulidad. Mi ex debe de vivir en otro planeta. De lo contrario, no me explico que crea que existe la posibilidad de que seamos amigos. No quiero tener nada que ver con él. No me da tiempo a pedirle que no me toque porque alguien lo tira al suelo de un puñetazo. Pego un grito al ver a Pol. Tiene los puños apretados y sus ojos son dos pozos llenos de rabia. Avanza hacia Oriol como si quisiera matarlo.

—¡Pol! —chillo horrorizada. Me pongo delante de él para detenerlo—. ¿Qué haces? Tú no eres así…

—He visto cómo le pedías que se marchara. —Me ignora y señala a Oriol con la cabeza—. ¡Aprende a aceptar un «no» por respuesta!

—¿De verdad me has cambiado por este animal? —me pregunta mi exnovio.

—Cállate, Oriol —le espeto. Le pongo una mano en el pecho a Pol. No pienso permitir que vuelva a golpearlo—. Me dijiste que ibas a estar bien.

—Debería haberle partido la cara hace mucho tiempo —responde con desagrado, y me doy cuenta de que evita mi mirada. Solo se centra en Oriol. Emana tanta ira que no lo reconozco—. ¿No tienes suficiente con haberla engañado con su hermana? ¿A ti qué cojones te pasa? ¿Cuál es tu puto problema?

—Joder, tío. —Oriol consigue ponerse de pie y se acaricia la mandíbula—. Solo quería pedirle disculpas. ¿Quién eres tú para impedírmelo?

—Vete. —Me vuelvo hacia Oriol y le lanzo una mirada suplicante—. Haz eso por mí.

Mi ex está a punto de replicar, pero al final asiente y se marcha de mala gana. Al darme la vuelta para enfrentarme a Pol espero ver su arrepentimiento. Sin embargo, está fuera de sí y tiene

una mirada peligrosa clavada en mi ex. Entonces entiendo lo que ha sucedido. Necesitaba desquitarse con alguien. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Pol… —Niego con la cabeza e intento luchar contra las lágrimas—. Tú también deberías irte a casa.

Este chico alterado y violento no es mi novio. Me niego a creer que lo sea. Me destroza verlo así y, sobre todo, me cabrea que no quiera pedirme ayuda. Soy incapaz de seguir mirándolo. De repente, hay una distancia abismal entre nosotros. No soporto que me aparte cuando más me necesita. Me duele que ante el menor problema nos alejemos de esta manera. Nosotros no somos así.

Justo en el momento que estoy a punto de pedirle que hable conmigo, se da la vuelta y entra en su coche. Ni siquiera me dirige una triste mirada al arrancar y salir disparado a toda velocidad. Mientras, mi corazón se rompe en mil pedazos porque tengo la sospecha de que acabo de perderlo.

Fragmento de la revista *¡Aquí Hay Tema!*

El chico malo del rock se lía a puñetazos con los periodistas y luego con el exnovio de su pareja

Jordi Casals, el prestigioso abogado de la ciudad de Barcelona y padre del batería de Yūgen, falleció anoche en un desgraciado accidente. Varios medios de comunicación nos trasladamos a la puerta de la comisaría para ofrecerle nuestras condolencias al artista, a pesar de que no mantenía relación con su progenitor desde hacía varios años. Por desgracia, al encontrarse con nuestros compañeros de prensa, el exbatería se mostró absolutamente grosero y violento. Incluso llegó a empujar a un periodista al que le advirtió de que se quitara de su camino si no quería problemas.

Entendemos perfectamente que Pol y su familia están viviendo un momento muy complicado, pero alguien debería aconsejar al artista que ese no es el camino correcto. Y, si no, que se lo digan a Oriol Martí, el exnovio de la nueva pareja de Pol. Tenemos en exclusiva las fotos en las que el batería se enfrenta con él mientras su pobre novia parece aterrada e intenta detenerlo. Hemos hablado con Oriol, quien nos ha atendido amablemente: «Primero me roba a la chica y luego me da de hostias. Es un animal. Freya se merece a alguien mejor. Si no le devolví el puñetazo fue porque soy un tipo pacífico y jamás caería tan bajo. Me gustaría desearles lo mejor, pero sé que no tienen futuro. Él le romperá el corazón».

Definitivamente, Pol no está pasando por su mejor momento. Su padre acaba de fallecer, lo han echado del grupo y la relación con su novia pende de un hilo. Nos gustaría decir que hacen una bonita pareja, pero, teniendo en cuenta el currículum amoroso del *bad boy* del rock, lo que mal empieza…

84
Pol

Me despierto con un intenso dolor de cabeza. Salgo de la cama con la memoria nublada y me arrastro con esfuerzo hasta la ducha. Después de asearme, voy a la cocina para buscar un analgésico y encuentro varias latas vacías de cerveza en la encimera. Entonces comprendo por qué me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto. Empiezo a recordar algunas cosas. Anoche, de camino a casa, paré en un supermercado abierto veinticuatro horas y compré un pack de cerveza caliente porque necesitaba ahogar las penas en alcohol.

«Descubrí que me habían robado mi canción, me encaré con los periodistas y le pegué al exnovio de Freya».

—Mierda. —Me paso una mano por la cara. Tenía la esperanza de que hubiera sido una pesadilla.

El reloj del microondas marca las dos y cuarto del mediodía. Suspiro hondo al recordar la expresión desolada de Freya cuando me largué sin mirar atrás. Hui como un cobarde porque estaba superado por la situación. Sé que anoche tomé malas decisiones. Este es el gran problema de ser un exadicto: en el momento que las cosas se tuercen, tu primer impulso es consumir. Por eso descargué mi rabia contra la prensa y el idiota de Oriol.

Tengo que pedirle perdón a Freya, pero no sé dónde he dejado el móvil. Tardo casi una hora en encontrarlo. Está destrozado debajo de la mesa del salón. Me sobreviene la vergüenza al recordar que lo estrellé contra la pared para evitar la tentación de llamar a mi antiguo camello.

Genial, la situación mejora por momentos.

No quiero ser el antiguo Pol, el tipo débil que se metía un par de rayas cuando las cosas se complicaban. Sé que debería haber sido sincero con Freya, pero estaba furioso, triste y angustiado. Anoche no atendía a razones. Supongo que estará decepcionada conmigo por haberme comportado como un animal. Ojalá todavía esté a tiempo de solucionarlo.

Me asomo a la terraza y compruebo que la entrada del edificio está atestada de periodistas, así que decido salir por el garaje. Al hacerlo, los paparazis prácticamente se tiran encima del capó. Joder, tengo que maniobrar para no atropellarlos (no será por falta de ganas).

De camino a casa de Freya elaboro un discurso y rezo para que me dé la oportunidad de explicarme. Sé que no tengo justificación. Primero perdí los estribos con los periodistas y luego

golpeé a su exnovio. A ver, sigo pensando que se lo tenía merecido, pero sé que Freya no es el tipo de chica que perdona con facilidad un comportamiento violento. Además, ¿qué se supone que voy a decirle? «Lo siento, cariño. Se me fue la cabeza y necesitaba meterme una raya, así que le pegué un puñetazo a tu exnovio para desahogarme». Si yo fuera ella, huiría de alguien que está tan hecho polvo.

Hago acopio de valor y llamo al telefonillo.

—¡Dejad de molestarnos! —exige una voz femenina que, supongo, pertenece a su hermana—. No somos personajes públicos. Tenemos derecho a la intimidad. Si seguís llamando al timbre, voy a avisar a la policía.

Retrocedo conmocionado. Debe de haberme confundido con un periodista. No me lo puedo creer. ¿En serio han tenido tan poca vergüenza?

—Ahora os quedáis callados…

—Soy Pol —respondo avergonzado—. Estoy buscando a tu hermana.

Se hace el silencio durante unos segundos.

—Sube —dice al fin.

—Puedo volver en otro…

La puerta se abre con un chasquido después de que ella cuelgue el telefonillo. Comprendo que no me queda más remedio que dar la cara. Respiro hondo y subo por las escaleras para hacer tiempo. Cuando llego al piso en el que vive Freya, la puerta ya está abierta.

—¿Freya? —la llamo sin atreverme a entrar.

—Hola —me saluda su hermana. La reconozco porque Freya me enseñó algunas fotos suyas. Lleva un pañuelo de color celeste atado a la cabeza y me mira con una mezcla de desconfianza y curiosidad—. Freya no está. Ha ido con mi padre al supermercado. Se fueron hace media hora. Estarán al llegar.

—Soy Pol —me presento.

—Ya me lo habías dicho. —Se hace a un lado para que pase—. Puedes esperarla dentro.

—No quiero molestar.

—No es contagioso.

—¿El qué? —pregunto sin entender.

—El cáncer.

Abro los ojos de par en par y ella se encoge de hombros.

—Sí, ya. No soy una gran humorista. Freya me ha pedido que deje de hacer chistes relacionados con mi enfermedad. —Sostiene la puerta para que entre—. ¿Te vas a quedar ahí fuera?

Sé que Astrid no es una persona muy paciente, así que decido entrar. Me pregunta si me

apetece algo de beber y le digo que no. Se sienta en el sofá. Me mira molesta cuando no hago lo mismo, por lo que tomo asiento en el otro extremo. Joder, impone bastante.

—Siento haberos causado problemas —me disculpo con sinceridad.

—¿A qué te refieres?

—Antes me has confundido con un periodista.

—¡Ah! —Astrid pone mala cara—. Han estado toda la mañana acampados delante del portal. Freya ni siquiera pudo ir a clase porque no quería enfrentarse a ellos. Hace un par de horas que se fueron. Cuando llamaste al timbre, pensé que habían vuelto.

—Es culpa mía…

—Un poco —admite, y me tranquiliza que no sea la clase de persona que me dice lo que necesito oír para hacerme sentir mejor—. A ver, que conste que me alegro de que le pegaras un puñetazo a Oriol. Ese imbécil se lo tenía más que merecido. Pero, tío, deberías haber pensado que los periodistas os estaban siguiendo. La próxima vez córtate cuando te grabe una cámara.

—Un segundo, ¿nos siguieron hasta aquí? —pregunto descolocado.

—¿No has visto las redes sociales? No paran de hablar del tema.

—Se me ha estropeado el móvil —miento para salir del paso.

—Te grabaron —me explica. Me ofrece su teléfono para que lo vea—. Menudo derechazo.

—Joder… —mascullo al verme en la pantalla. En el vídeo me abalanzo contra Oriol sin previo aviso. Parezco un matón. Me siento como una mierda al contemplar el rostro horrorizado de Freya.

—Y lo peor no es eso. —Astrid recupera su móvil y teclea algo en la pantalla. Luego me lo devuelve para que vea de qué se trata—. Nunca pensé que me haría famosa por acostarme con el novio de mi hermana.

Se me revuelve el estómago al leer la noticia. El capullo de Oriol se ha ido de la lengua con la prensa. Ahora los periodistas indagan sin piedad en la vida de Freya y Astrid. Incluso son *trending topic* en Twitter. Pero no me engaño. Si me hubiera contenido anoche, nada de esto habría pasado. Soy el único culpable. Gracias a mí, los periodistas han puesto el ojo en Freya y Astrid.

—¿Cómo está Freya? —pregunto angustiado.

—Bueeeno… —Astrid se guarda el móvil en el bolsillo de su bata—. En realidad, está más afectada por los insultos que la gente me dedica a mí. Ya le he dicho que no se preocupe. Me trae sin cuidado la opinión de un atajo de desconocidos. Lo único que me importa es que ella me haya perdonado. Los demás pueden decir misa. Pero, claro, mi hermana cree que me vendré abajo y le da miedo que esto pueda afectar de forma negativa a mi salud. No hace falta que me lo diga, puesto que la conozco de sobra. Nuestro padre está flipando y no entiende nada.

—Joder, lo siento muchísimo —me disculpo avergonzado—. Todo esto es culpa mía. Si no

hubiera golpeado a ese idiota…

—No te fustigues —intenta animarme—. La vida me ha enseñado que nadie es perfecto. Si no, que me lo digan a mí: me follé al exnovio asqueroso de mi hermana. ¿Se puede caer más bajo?

—Tengo que irme. —Me pongo de pie de un salto. Debo marcharme antes de que los periodistas regresen. Si pongo distancia entre nosotros, tal vez consiga que se olviden de ellas y vuelvan a centrarse en mí—. No debería haber venido.

—Oye… —Astrid me sigue hasta la puerta—. No cometas el mismo error que yo. Le oculté la verdad porque pensé que no la soportaría, pero mi hermana es una persona muy fuerte. Podrá con esto. No te alejes de ella solo porque te sientas culpable.

—No lo entiendes —digo resignado—. No soy bueno para ella.

Astrid me mira y no contesta nada. Los dos sabemos que tengo razón. Freya se merece a alguien mejor que yo. Soy un puto desastre. Anoche me emborraché para evitar recaer en las drogas y ahora, por mi culpa, los periodistas están hurgando sin piedad en sus vidas. Definitivamente, le va mejor sin mí.

—Sigo pensando que deberías hablar con ella —trata de convencerme.

—¿Quieres a tu hermana?

Mi pregunta provoca que se sobresalte y me mire indignada.

—Es la persona más importante de mi vida —responde con vehemencia.

—Entonces no le digas que he venido.

—No voy a mentirle solo porque te sientas culpable.

—Soy un exdrogadicto —le confieso. Astrid endurece la expresión, por lo que decido ir un paso más allá—. Anoche estuve a punto de recaer. Para evitarlo, decidí desquitarme con Oriol, reventé mi teléfono contra la pared para no llamar a mi camello y me emborraché como una cuba. Esa es la clase de persona que soy. Siempre seré un enfermo a punto de recaer. ¿Sigues pensando que le convengo a tu hermana?

Astrid abre la boca, pero no dice nada. Se ha quedado muda.

—No le digas que he venido. —Le doy la espalda y comienzo a bajar las escaleras—. Si la quieres, estarás de acuerdo conmigo en que lo mejor para Freya es que salga de su vida.

Es la decisión más difícil que he tomado nunca. A cada paso que doy siento que estoy arruinando la posibilidad de ser feliz al lado de la chica de la que estoy enamorado. Pero el amor también es dejar ir. Ahora lo sé. No puedo soportar que Freya y su familia sufran por mi culpa. Solo espero que algún día pueda perdonarme por haberme marchado sin darle una explicación.

85

Freya

Pol sigue sin responder a mis mensajes y llamadas. No entiendo nada. A ver, sigo un poco enfadada con él porque se pelease con Oriol, aunque ahora me puede la inquietud. Llevo dos días sin tener noticias suyas. Le he preguntado a Iris, pero ella tampoco ha conseguido hablar con su hermano. Las dos estamos bastante preocupadas porque no sabemos si le ha pasado algo. La última vez que lo vi estaba muy alterado. ¿Y si ha hecho alguna tontería? No quiero ni pensarlo…

Al menos los periodistas se hartaron de hacer acampada delante del portal. Me sigue doliendo que la gente insulte a mi hermana por redes sociales. Ayer leí un comentario en Twitter de una usuaria que decía que una mujer que se acostaba con su cuñado merecía contraer una enfermedad sin cura. Al leerlo me puse furiosa y quise responderle, pero conseguí controlarme. Iris y Nina tienen razón, no debo perder el tiempo con quienes te atacan escondidos detrás de una pantalla. Además, Astrid me ha asegurado que le trae sin cuidado. En el fondo, la creo porque es la clase de persona a la que le resbala la opinión del resto. Esta mañana me ha dicho que tiene cosas más importantes que hacer que prestar atención a las críticas de un puñado de desconocidos, como, por ejemplo, vencer al cáncer. Joder, adoro a mi hermana.

Cuestión aparte es mi padre. El pobre no entiende nada, no es para menos. Astrid y yo le hemos colado una mentira para que se quedara más tranquilo. Le hemos dicho que lo que publican los periodistas es falso y que Oriol está despechado porque rompí con él. Odio mentir a mi padre, pero prefiero evitar que sufra.

—¿Sigue sin dar señales de vida? —me pregunta Nina.

Es la hora del desayuno y estamos en el comedor. Falté dos días a clase, pero no quería seguir encerrada en casa. Que les den a los periodistas. Los estudios siempre han sido mi prioridad. No van a quitarme eso.

—Está pasando de mí —respondo cabizbaja. Guardo el móvil en la mochila porque es ridículo que siga intentándolo.

—Seguro que hay una explicación —intenta animarme—. Tal vez está sobrellevando el duelo y necesita estar solo…

—Cuando un tío ignora tus llamadas es porque no quiere saber nada de ti —interviene Joel,

que se gana una mirada asesina de Nina—. Lo siento, es la verdad. Odio ser yo el que te lo diga. Pol empezaba a caerme bien y pensé que le importabas. Pero lleva dos días sin contactar contigo. Está bastante claro, Freya.

—Joder, Joel. Tienes menos tacto que una piedra —le recrimina Nina.

—No, está bien —digo abatida—. Tiene razón. Debería hacerme a la idea de que Pol no quiere saber nada de mí.

—¡No tiene ningún sentido! —se enerva Nina—. Un día te dice que te quiere y al siguiente desaparece de tu vida. Los tíos son unos capullos. ¿De qué coño van?

—¿Por qué me miras a mí? —se queja Joel—. Yo jamás pasaría de una chica que me gusta.

Nina se levanta furiosa.

—Sois todos iguales —sisea antes de volver a clase.

—¿Tú la entiendes? —me pregunta Joel. No me apetece responder. Mi amigo me pasa un brazo por los hombros para que regresemos a clase—. De verdad que lo siento, Freya. No quería ser duro contigo.

—Cambiemos de tema…

Me han roto el corazón. No puedo fingir que estoy bien cuando solo me apetece llorar e inflarme a helado de chocolate. Me estaba enamorando de Pol. De hecho, creo que una parte de mí ya lo quería. Me duele tanto que las cosas hayan acabado así… Sin una mísera explicación, como si no le importase…

Nina sigue mosqueada con Joel al terminar las clases. No tengo ganas de escuchar sus tonterías y voy a la papelería del centro de estudios para hacer unas fotocopias. Así los dejo discutiendo para que arreglen sus movidas. O no. Me da igual. Estoy imprimiendo las copias cuando veo algo que llama mi atención en el estand de las revistas. El rostro sonriente de Pol aparece en la portada. El titular es: «Los famosos más deseados de España». Al mirarlo soy consciente de que nunca volveré a oír uno de sus chistes malos ni a acurrucarme con él en el sofá para ver una peli de Disney. Los ojos se me llenan de lágrimas y corro al servicio más cercano, olvidándome de las fotocopias. Joder, me he enamorado de él. Estoy pilladísima por ese idiota que me ha abandonado sin ni siquiera dejar una nota.

—¡Joder! —exclamo al abrir la puerta del baño femenino y encontrar a mis amigos enrollándose. Mis lágrimas se esfuman de golpe. La sorpresa gana por goleada a la tristeza.

—Le estaba haciendo el boca a boca —murmura Nina, más colorada de lo que la he visto nunca. Palmea la espalda de Joel con fuerza—. ¡Ya ha pasado! Eres un blandengue. Ya te vale, atragantarte con tu propia saliva…

—Nina, nos ha pillado —le dice Joel.

Los miro alucinada. Me parece muy fuerte que mis mejores amigos se estuvieran besando. Al

ver sus expresiones compungidas, comprendo de golpe que no es la primera vez que sucede algo así entre ellos. Esto viene de lejos.

—¿Desde cuándo? —exijo saber con los brazos en jarra.

—Desde aquella noche que nos emborrachamos en el pub —me explica Nina—. Joel me besó antes de despedirnos. Al día siguiente fui a su casa a cantarle las cuarenta y me quedé flipada cuando me dijo que no se arrepentía y que debería haberme besado hacía mucho tiempo. Tendría que haberlo puesto en su sitio, pero la verdad es que el beso me gustó.

—Se le cayeron las bragas —dice Joel con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues sí que lleváis tiempo —comento alucinada—. ¿Por qué me lo habéis ocultado?

—No es nada serio —me aclara Nina, y Joel se sobresalta—. No queríamos que te vieras obligada a elegir entre nosotros si la cosa salía mal. A ver, yo sé que, dado el caso, te pondrías de mi parte, pero estaba feo colocarte en semejante tesitura.

—A ver…, nada serio… —replica Joel cabizbajo—. Llevamos bastante tiempo y tenemos un pacto de exclusividad. Algo sí que hay entre nosotros.

Nina lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—Soy un espíritu libre. No intentes cortarme las alas.

—Pero…

—¡Tengo que hablar a solas con Freya! —Nina me coge del brazo y me saca del baño, obligándome a caminar por el pasillo—. Lo siento, no quería que te enterases así. Me daba muchísima vergüenza. Pensé que te reirías de mí porque estoy todo el tiempo burlándome de él.

—En realidad, siempre he pensado que era inevitable que acabaseis juntos.

Nina me mira con incredulidad.

—¡Solo follamos! —exclama alterada—. ¡Ni siquiera es mi tipo! Es demasiado bajito y buenazo. Además, no quiero tener pareja. Y sigue sacándome de mis casillas. ¿Te puedes creer que el otro día me llamó «cari» mientras lo hacíamos? ¿Se puede ser más adorable?

—¿Eso es malo? —pregunto con el ceño fruncido.

—Que conste que solo me gusta porque tiene un buen rabo. —Me guiña un ojo—. Acabaré cansándome de él.

Joel nos alcanza corriendo. Si creí que mis amigos solucionarían sus rencillas echando un polvo, me equivocaba. Pobre Joel. No sabe lo que le ha tocado con Nina. Se nota que está coladito por ella.

—¿De qué habláis? —nos pregunta asustado.

—De tu rabo —lo informa Nina.

—Ah.

—Descuida. —Le dedico una sonrisa tranquilizadora—. No le he pedido detalles. Prefiero

vivir en la ignorancia. Además, mientras no me hagáis elegir si las cosas acaban mal entre vosotros…

—Está clarísimo que me elegirías a mí —dice Nina convencida.

—¿Por qué estás tan segura? —protesta Joel indignado—. ¡A mí me conoció antes!

—Nosotras tenemos un vínculo inquebrantable. No puedes competir contra nuestra empatía femenina.

—¿Desde cuándo tienes empatía, Nina? No es algo que se pueda comprar por internet.

—Vaaale —intervengo para que la sangre no llegue al río—. De verdad, os quiero a los dos por igual. No hace falta que…

—¡Freya! —exclama una voz conocida cuando salimos del instituto.

—Ay, madre. —Nina se pone delante de mí para protegerme—. ¿Este tío no se cansa nunca?

Joel se planta a su lado y atraviesa a Oriol con la mirada, que viene corriendo hasta nosotros. Ha tardado menos de veinticuatro horas en conceder una entrevista. Es lo puto peor. Incluso les dio detalles privados de mi familia y de la enfermedad de mi hermana a los periodistas. ¿Se puede ser más ruin? Ya ni siquiera tengo fuerzas para estar enfadada con él. Lo único que quiero es perderlo de vista durante los próximos cincuenta años (como mínimo).

—Freya, déjame que…

—No. —Joel le pone una mano en el pecho—. Lárgate, tío.

—Pero… —Oriol esquiva a su amigo y busca mi mirada como si fuera un cachorrito que se ha portado mal—. Estaba cabreado porque Pol me pegó. ¡Tienes que entenderme! Aquel periodista empezó a sonsacarme… ¡Ni siquiera sabía que iba a publicarlo! Te juro que solo quería desahogarme con alguien. No pretendía haceros daño a ti y a tu hermana.

—Tío… —Joel lo agarra de los hombros. Jamás había visto tan enfadado a mi amigo. Suele ser un chico amigable, cariñoso y pacífico, pero ahora está mirando a Oriol como si quisiera partirlo por la mitad—. Eres un auténtico capullo. Engañaste a Freya, y lo peor de todo es que fuiste tan cobarde que no tuviste huevos de contarle la verdad. Encima también me mentiste a mí para que te defendiera. Por si eso fuera poco, te desquitas con un periodista, ganas pasta a costa de mi amiga y su familia y luego vienes aquí a fingir que no lo hiciste a propósito. Deja de justificarte y asume tus errores. Eres un puto mentiroso. Ella no quiere saber nada de ti, ni yo tampoco. Aquí no tienes amigos. ¿Te ha quedado claro?

—Joel… —Mi ex le dedica una sonrisa lastimera—. Somos amigos.

—No lo somos. Ni siquiera te conozco. Eres un manipulador emocional —le espeta. Lo suelta de un empujón—. Sal de nuestras vidas.

—¡Eso, lárgate! —le grita Nina. Cierra los puños y se pone en posición de ataque. Creo que ha visto *Rocky* demasiadas veces—. ¡Brasas, que eres un brasas!

Oriol sabe que no tiene nada que hacer. Ha perdido el apoyo de Joel y el mío, por lo que se va

con las orejas gachas. Al verlo marchar, me entra un ataque de risa. Estoy convencida de que esta ha sido la definitiva.

—Has estado… —comienza Nina acercándose a Joel.

—Ya sé que no debería haberme puesto a su altura —se disculpa—, pero no podía permitir que siguiera haciéndole daño a Freya. Por encima de mi cadáver, joder.

—Joel… —le dice Nina muy seria.

—¿Qué? —responde él, asustado.

—Me has puesto muy cachonda. —Se lanza a sus brazos y le da un beso—. Uf, verte en plan amigo protector ha sido…

—¿Significa esto que vamos en serio? —pregunta esperanzado.

—¡No me agobies!

Intento aguantarme la risa. Madre mía, lo que me espera con estos dos. Y yo que pensaba que se calmarían cuando pusieran fin a la tensión sexual… Me equivocaba. Se enzarzan en una discusión hasta que Joel calla a Nina con un beso. Los miro con una mezcla de diversión y envidia sana. Hasta hace un par de días, yo también tenía algo increíble con Pol. Por desgracia, él se ha largado antes de que pudiera decirle que mis sentimientos eran recíprocos.

86
Pol

Siento que volver a desintoxicación es empezar de nuevo. Es la tercera vez que cruzo las puertas del centro. Aura, la directora, me recibe sin hacer preguntas y me conduce a mi habitación. Me dejo caer en la cama y ni siquiera deshago las maletas. Ha sido un internamiento voluntario, por lo que puedo marcharme cuando quiera. Sin embargo, tengo claro que pasaré una larga temporada aquí.

Sé que he tomado la decisión correcta. He estado a punto de recaer en un par de ocasiones. Soy un enfermo que necesita ayuda y he venido a buscarla. Por desgracia, eso no me hace sentir mejor. Lo único que podría animarme es llamar a Freya para darle una explicación, pero, si lo hago, querrá estar a mi lado y no seré capaz de impedírselo.

Al cabo de un par de horas, voy a la zona de la piscina para tomar el aire. Hay un chico de mi edad sentado en una tumbona discutiendo con un enfermero. Quiere que le permita dar un paseo por la playa y el enfermero le ha explicado sin perder la calma que no es posible salir del centro. Me recuerda a mí la primera vez que vine, cuando lo hice en contra de mi voluntad. Me acerco a él en cuanto el trabajador se marcha.

—¿Qué hay? —lo saludo.

—¿A ti qué te parece? —replica sin mirarme.

—No lo pagues con Jaime. Es un buen tío. Se enrolla cuando nos quedamos sin tabaco.

—Si quiero consejo, te lo pediré.

—Claro. —Me siento en la hamaca de enfrente. Pablo me ayudó en mi primer internamiento y me apetece hacer lo mismo con este chico. El hecho de que aparentes que todo el mundo es tu enemigo no significa que quieras estar solo—. ¿Cómo te llamas?

—Si te lo digo, ¿me dejarás en paz?

—Soy Pol. —Le ofrezco la mano—. Cuando se te pase el cabreo, recuerda que estoy aquí por si me necesitas.

—Vete a darle la chapa a otro. —Levanta la cabeza y me mira. Sé que me reconoce, pues abre los ojos de par en par—. Hostia…, tú eres…

—Pol, ya te lo he dicho.

—Jorge. —Acepta la mano que le tiendo—. Supongo que te lo dirán mucho, pero soy fan de

tu grupo.

—Ya no es mi grupo.

—No digas chorradas, tío. Ese nuevo batería no te llega ni a la suela de los zapatos. El público te echa de menos. Estuve en el último concierto que dieron en Madrid. La gente no paró de corear tu nombre. Lo siento por ese pringado. Debería buscarse otra banda. Tienes que volver, no es lo mismo sin ti. —Me enseña su antebrazo derecho. Tiene tatuadas las palabras «Ruido y cenizas», el título de una canción de Yūgen—. Vuestra música me ha salvado en un montón de ocasiones. Ya sé que parece que voy de farol teniendo en cuenta dónde nos encontramos, pero hazme caso. Y esa última canción… ¿Cómo se llama?

—*Con ganas de más* —respondo tensándome.

—¡Esa! —exclama emocionado—. Tío, ¿sabes quién ha escrito la letra? Qué puta pasada.

—Fui yo —susurro.

—¿Qué has dicho?

—Yo escribí la canción, pero el capullo del nuevo batería me la ha robado.

Jorge me mira alucinado. Luego se levanta y se sienta conmigo en la hamaca. Su expresión de indignación me resulta casi cómica.

—¿Y qué han dicho tus colegas?

—No lo saben —respondo convencido. He tenido tiempo para pensar en ello. Seguro que Gabi, Leo y Axel no tienen ni idea. David los habrá engañado—. Me la ha jugado y no tengo forma de demostrarlo.

—A ver… —Jorge se rasca la cabeza—. Os sigo desde vuestros inicios. Siempre habéis alardeado de que sois como hermanos. Todo ese rollo de que os conocéis desde que erais unos críos…

—Es verdad —le aclaro.

—Tío, pues blanco y en botella. Cuéntales la verdad a tus colegas. Si yo fuera ellos, te creería antes que a ese inútil que ni siquiera sabe tocar un jodido *motown groove*.

—¿Controlas de batería? —le pregunto con curiosidad.

—Y tanto. —Saca pecho—. La batería es el alma del rock. Empecé a tocar hace un par de años. No puedo creer que acabe de conocer a uno de mis mayores referentes. Tienes un sonido único, tío.

—Gracias.

—No sabes cuánto me fastidia que te dejes intimidar por ese recién llegado sin talento. En el escenario derrochas seguridad y carisma. Pensé que tenías más amor propio.

—No se trata de…

—Te ha robado tu canción. —Me da un empujón con el hombro—. Yo le daría de hostias.

—Prefiero la vía pacífica. Últimamente me pego con demasiada gente.

—Ya. —Me regala una sonrisa cómplice—. Prométeme algo. Si yo soy más amable con los enfermeros y pongo de mi parte para curarme, tú te enfrentarás a ese impostor y lucharás por lo que es tuyo. Los dos salimos ganando.

Sopeso el acuerdo. Es ventajoso para ambos, pero sé que pondré a mis amigos en un aprieto. No tengo la menor duda de que Leo, Gabi y Axel me apoyarán. El problema es que eso los enfrentará a David, que tiene enchufe en la discográfica. Lo último que quiero es causarles un problema. ¿Y si lo dejo estar?

—¡Tío! —Me zarandea para que espabile—. Te han robado algo que es tuyo. Es una canción de puta madre. ¿Vas a permitir que otro se lleve el mérito?

«Joder, no».

—Trato hecho.

Jorge me choca la mano como si fuéramos amigos de toda la vida. Me cae bien. Es fácil hablar con él. Y tiene razón. Una cosa es que no quiera hacerle daño a mis amigos y otra muy diferente que vaya a rendirme. Se acabó lo de huir como un cobarde.

—¿Qué tal estás, Pol? —me pregunta Aura cuando nos encontramos por la noche.

Ambos somos fumadores y hemos salido al jardín.

—Pensé que jamás volvería —admito avergonzado—. Y aquí estoy.

—¿Por qué te lo tomas como una derrota?

—Lo es —respondo con obviedad.

—No has recaído. Sin embargo, has venido en busca de ayuda porque sabes que no puedes ganar esta lucha solo. Pensamos que fallamos cuando tropezamos con la misma piedra, pero en eso consiste la vida. Vamos esquivando obstáculos, a veces nos caemos y reemprendemos la marcha —intenta animarme—. El hecho de reconocer que tienes un problema no te hace débil, sino todo lo contrario. Has sido muy valiente al admitir que tuviste ganas de consumir.

—No soy valiente. —Niego con la cabeza—. Me he largado sin avisar a mi novia porque me daba miedo decirle que la necesitaba. No es justo que tenga que cargar con un enfermo el resto de su vida.

—No es una decisión que te corresponda tomar a ti —dice con tacto.

—No quiero hacerle daño. —Le doy una calada al cigarro—. Ya tiene bastante con la enfermedad de su hermana, los periodistas… Joder, no quiero añadir más problemas a su vida.

—¿Sabes qué es lo bueno de estar aquí?

—Que la tentación está fuera.

—Aparte de eso —concuerda—. Que tienes mucho tiempo para pensar y poner en orden tus prioridades.

—Mi prioridad es no hacer daño a la gente que quiero.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo… —Me quedo callado. ¿Qué más da? Nadie me obligó a consumir por primera vez. Me lo he buscado.

—No hallarás la paz hasta que te convenzas de que tu adicción es una enfermedad. —Me lee la mente—. El hecho de que la sociedad no lo perciba así no significa que no lo sea. El adicto no consume porque quiere, sino porque no puede dejar de hacerlo. No se trata de una debilidad de carácter ni debemos etiquetar a la persona que toma drogas como alguien débil o vago. Detrás de cada adicción hay un condicionante neuronal y genético, por lo que la predisposición la convierte en una enfermedad crónica —me explica con calma—. Tienes razón, la adicción es una enfermedad que no tiene cura, pero sí solución. Te aseguro que puedes encontrar el equilibrio y no consumir durante el resto de tu vida. Para ello es indispensable que dejes de culparte por haber probado las drogas. Eres un enfermo que merece respeto y compresión como cualquier otro, Pol. Nunca lo dudes.

Aura apaga el cigarro en el cenicero de la papelera y luego me aprieta el hombro con cariño.

—¿Te veré mañana en la sesión grupal?

—Allí estaré —le prometo—. ¿Cabe la posibilidad de permitir que un tatuador me haga una visita?

Me mira con curiosidad.

—¿Te queda algo de espacio en los brazos para un tatuaje? —bromea.

—Mejor no preguntes.

—Hablaré con administración para que no haya ningún problema. —Me guiña un ojo.

Aura me deja solo y pienso en lo que ha dicho. Ojalá tuviera la capacidad de sentir autocompasión. Supongo que todo sería más sencillo. Respecto al tatuaje, lo he decidido en uno de mis impulsos. Quiero llevar a Freya para siempre tatuada en mi piel. Que haya renunciado a ella no significa que no tenga derecho a recordarla.

87

Freya

Es la primera vez que Iris viene a mi casa. Antes solíamos quedar en la suya o en alguna cafetería, pero ha pasado tanto tiempo encerrada que busca cualquier excusa para salir. Ya le han quitado la escayola, por lo que ahora va en taxi a todos lados. Dice que está deseando volver al trabajo (menuda novedad), aunque el médico se lo ha prohibido hasta que termine la rehabilitación. Ha aprovechado para hacerme una visita porque Nico se ha apuntado a un curso de fotografía que está cerca de aquí.

—Al principio no me pareció bien, pero he llegado a la conclusión de que será positivo que tenga su propio *hobby* —dice como si quisiera autoconvencerse—. Está muy ilusionado. En el taxi no ha parado de hacer fotos.

—Has tomado una buena decisión —le aseguro.

Sé que Iris es muy protectora con su hermano. Pese a su discapacidad, Nico es una persona adulta que merece un poco de libertad. Entiendo la reticencia de mi amiga, pero no le pasará nada por acudir a un curso de fotografía.

—Mi madre me ha llamado un par de veces desde que nos vimos por última vez —me confiesa—. Una parte de mí sigue furiosa con ella. Todos estos años he presionado a Pol para que retomara el contacto con nuestra madre. No entendía por qué mi hermano le guardaba tanto rencor si ella era otra víctima más de nuestro padre. Joder, nunca pensé que se quedaría de brazos cruzados mientras él le daba una paliza a Pol. Lo tapó, Freya. —Me mira con amargura —. Lo ayudó a ocultarlo. ¿Qué clase de madre hace algo así?

Le aprieto la mano. Es todo lo que puedo ofrecerle, pues no tengo una respuesta. Por supuesto que su madre es una víctima, pero también actuó mal al no proteger a sus hijos. Al final, la vida es demasiado compleja para encajar a los seres humanos en una sola categoría.

—Si la hubieras visto cuando él vino a mi casa… —Iris niega con la cabeza. Tiene los ojos empañados—. Ni siquiera se inmutó cuando me dio una bofetada. Le abrió la puerta, a pesar de que Pol y yo solo intentábamos protegerla. Le dio igual que él pudiera tomar represalias contra nosotros. Dios, ¡estoy tan enfadada! —exclama con vehemencia. Luego se viene abajo y agacha la mirada—. Sobre todo, estoy furiosa porque la sigo queriendo. Me da rabia. No se lo merece. Sin embargo, sé que me necesita y me siento fatal por no cogerle el teléfono.

—Tienes derecho a sentirte de muchas formas, pero no dejes que la culpabilidad condicione tus elecciones —le aconsejo—. Puedes estar dolida y enfadada con ella. Deberá entender que necesitas espacio. No le cojas el teléfono o la ayudes porque sientas que es tu obligación como hija, sino porque de verdad la quieres en tu vida y consideras que te aporta algo bueno. Ponte en primer lugar, Iris. Creo que tu mayor problema es que nunca lo has hecho. Primero aceptaste trabajar en el bufete de tu padre solo para que te permitiera independizarte con tu hermano, y luego intentaste proteger a tu madre mientras hacías todo lo posible para que Pol se reconciliara con ella. Nunca has pensado en ti. No has sido ni un poquito egoísta. A veces la única forma de encontrar la felicidad es priorizarte, aunque eso implique hacerle daño a los demás —reflexiono —. No deberías sentirte culpable por pensar en ti. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que necesitas?

—Yo… —Iris se queda pensativa durante un buen rato—. Joder, no lo sé. Nunca me lo he preguntado.

—Tienes tiempo para averiguarlo. Todavía estás de baja, y eres muy joven.

—Es que… no lo sé. —Se ríe con incredulidad—. Pol también me lo comentó en una ocasión y no quise escucharlo. Hice oídos sordos cuando me dijo que era la hija perfecta que siempre había actuado como los demás esperaban de ella. ¿Te puedes creer que nunca me he planteado mi futuro? Para mí estaba clarísimo que debía ser abogada. Me daba miedo disgustar a mi padre y sabía que era la única forma de marcharme con Nico. En cambio, ahora…

—¿Te apetece probar algo nuevo? —intuyo.

—Ni idea. —Vuelve a reír. Me gusta que lo haga después de todo lo que ha vivido—. ¡No lo sé! ¿No te parece increíble? Tengo veinticinco años y toda la vida por delante para averiguar qué es lo que me hace feliz. ¡Es extraordinario! Ojalá Pol estuviera aquí para… —Se queda callada y se muerde el labio—. Lo siento, Freya. De verdad que no sé dónde está. Me salta el buzón de voz cuando lo llamo.

—A mí también.

—Me da rabia que se haya marchado sin avisarte.

Me encojo de hombros. Llevo un par de semanas llorando. Ya no me quedan más lágrimas para él.

—Te quiere —me asegura—. Nunca pensé que lo diría, pero el idiota de mi hermano pequeño se ha enamorado de una buena chica.

—Me ha dejado tirada sin dar señales de vida —le recuerdo con aspereza—. Si quieres a una persona, no la abandonas sin más.

—Tienes razón —concuerda—. Pero mi hermano siempre ha sido muy complicado. Probablemente, se haya largado porque pensó que te estaba haciendo un favor.

—Menuda chorrada. —Suelto un bufido—. ¿Para qué narices tienes una pareja si no puedes

apoyarte en ella?

—Los tíos son…

Iris deja la frase sin acabar cuando se abre la puerta de la entrada. Mi padre y Astrid acaban de regresar de su paseo. Hoy hace un día soleado y mi hermana le propuso ir al parque a darle de comer a los patos. El tratamiento está funcionando y los médicos son muy optimistas. Además, ya no tenemos que escondernos en casa, puesto que los periodistas se cansaron de hacer acampada en cuanto comprendieron que no íbamos a entrar al trapo.

—¡Ya estamos en casa! —exclama mi padre.

—Papá, no grites —le pide Astrid—. Freya no está sorda.

—Hija, qué seca eres —se queja mi padre—. Hola, tesoro. Hemos traído Catànies de esa pastelería que tanto te gusta.

—Genial, a Iris le encantan.

—Ah, hola, querida —la saluda mi padre—. Me alegro de que por fin te hayan quitado la escayola. ¿Qué tal estás?

Iris se ha quedado sin habla. No sé qué mosca le ha picado. Está embobada observando a mi hermana. A veces la gente se queda mirándola y pone cara de circunstancia. Me molesta que lo primero que vean de ella sea el pañuelo, pues las personas que tienen cáncer son algo más que esa maldita enfermedad. Le doy un codazo sutil para que espabile.

—Estoy bien, gracias —le responde con una sonrisa—. Un poco fastidiada por no poder moverme a mis anchas.

—Ya verás que dentro de poco no te hacen falta las muletas —la anima mi padre—. Voy a preparar café, ¿queréis?

Iris vuelve a centrar su atención en Astrid, que de repente se da cuenta y frunce el ceño. Mi amiga se pone colorada y clava la mirada en su regazo.

—Sí, gracias —le contesto a mi padre—. Astrid, esta es mi amiga Iris.

—Ah, la famosa abogada. —Mi hermana relaja el gesto y la mira con curiosidad—. Por fin nos conocemos. Freya me ha hablado mucho de ti.

—Encantada —dice Iris, que se pone de pie para darle dos besos—. Me gusta tu pañuelo. Tiene un rollo *vintage*.

Astrid pone mala cara.

—Prefiero tener pelo, la verdad.

—Oh, no pretendía… —balbucea Iris.

—Astrid —la riño—, no seas mala. Solo quería ser amable contigo.

Mi hermana resopla. Iris está visiblemente nerviosa y no entiendo por qué. Mi amiga jamás se deja intimidar por nadie. De acuerdo, Astrid no tiene filtro y puede resultar bastante imponente, pero me sorprende la actitud de Iris.

—¿Qué le ha pasado al tipo que te atropelló? —le pregunta Astrid.

—Lo he demandado para que se lo piense dos veces antes de coger otro patinete. Me ha pedido disculpas y me ha suplicado que no vayamos a juicio —le explica Iris.

—¿Te has ablandado?

—Qué va. Lo voy a machacar en los tribunales.

Astrid asiente con aprobación.

—Me caes bien —decide en un impulso—. Pero, si le haces daño a mi hermana, te mataré.

Iris se sobresalta.

—Es mi mejor amiga —se defiende—. La quiero de verdad.

Astrid la evalúa de arriba abajo, asiente y se marcha a la cocina, dejando perpleja a Iris. La observo con los ojos entornados. A lo mejor estoy viendo fantasmas donde no los hay, pero creo que mi amiga acaba de tener un flechazo con mi hermana mayor.

«Ay, Dios».

—Tu hermana es un poco… directa —dice tragando saliva.

—Ni caso. —Le resto importancia—. Es así de simpática con todo el mundo.

—No me habías dicho que fuera tan guapa.

Mierda, pues al final voy a tener razón. Descarto la idea de una posible relación entre mi hermana y mi amiga. Prefiero no pensar en esa remota posibilidad. La vida ya me parece bastante complicada. No necesito añadir más drama a la ecuación, gracias.

88

Pol

Me he empeñado en enseñar a Jorge a jugar al ajedrez, aunque me he dado cuenta de que tiene muy poca paciencia. Cuando estoy a punto de sugerirle que vayamos a la mesa de ping-pong, Jaime, el enfermero que siempre se enrolla cuando me quedo sin tabaco, me informa de que tengo una visita.

Dejo el alfil en el tablero y lo miro extrañado.

—Eso es imposible.

Lo que en realidad quiero decir es: nadie sabe que estoy aquí.

—Ha preguntado por ti —insiste—. ¿Quieres que le diga que no te apetece recibir visitas?

—No, es solo que… —Frunzo el ceño. No necesito saber nada más—. ¿Quién ha venido?

—Rubia, bajita y con mala leche —responde Jaime. No me hace falta más, pero él añade—: La cantante de tu grupo. No soy muy fan del rock, pero a mi hija le encanta. ¿Crees que se molestará si le pido un autógrafo para Natalia?

—¡Hostia, tío! —Jorge se levanta de un salto—. ¿Ese pibón está aquí? Tengo que decirle que soy su mayor fan.

—Pensé que yo era tu ídolo —le recuerdo con tono socarrón.

—No te ofendas, pero Gabi… Su voz es de otro planeta, tío.

—Te entiendo perfectamente —respondo comprensivo.

—Entonces ¿le digo que no vas a verla? —me pregunta Jaime.

Pienso en la razón que habrá traído a Gabi hasta aquí. No me apetece que nadie me vea en este lugar porque todos sabemos lo que significa. Sin embargo, si no acepto su visita, estaré mandando a la mierda nuestra amistad para siempre. Es el momento de demostrarle que me importa y que la quiero en mi vida.

Acompaño a Jaime a la sala de visitas y Jorge me suplica que lo deje venir conmigo, a lo que, por supuesto, me niego. Hoy no hace un día muy frío, por lo que me decanto por la sala semicubierta con vistas al mar. Escojo la mesa que está pegada a la cristalera y respiro hondo. Estoy nervioso. No sé con qué actitud vendrá. La última vez que nos vimos se puso a rebuscar en mi maleta y me dijo que mi palabra no valía nada. A cambio, la llamé niñata. Ella me respondió

que era un drogadicto. Si hay algo cierto sobre nuestra relación es que somos expertos en hacernos daño. Joder, no me siento para nada orgulloso.

Tamborileo con los dedos en la mesa. Pienso en los motivos que la habrán llevado a venir a verme. No sé cómo ha llegado a la conclusión de que estoy aquí. Por el rabillo del ojo observo su figura delgada y pequeña, con ese andar enérgico que tanto la caracteriza. Me doy la vuelta para mirarla esperando encontrar rabia, decepción o enfado. En su lugar, distingo un profundo alivio en sus ojos cuando se encuentran con los míos.

—Hola —digo en voz baja.

—Imbécil.

Resoplo. Debería de haber imaginado que lo primero que saldría de su boca sería un insulto. Por eso me pilla tan desprevenido cuando se lanza a mi cuello. Es un abrazo sincero e intenso donde no cabe el resentimiento. Se lo devuelvo con muchísimas ganas.

—Lo siento —murmuro contra su cuello—. Lo siento, lo siento, lo siento…

—Yo también lo siento. —Gabi me da otro apretón antes de soltarme. Se sienta a mi lado y me coge la mano—. Pensamos que te había pasado algo malo. Tu hermana llamó a Leo para preguntarle si sabía dónde te habías metido. Ellos estuvieron haciendo algunas llamadas, pero tuve una corazonada y decidí venir aquí. Tranquilo, no le he dicho a nadie dónde iba. Supuse que si no se lo has contado a nadie es porque no quieres que te encuentren…

—¿Cómo has sabido que estaría aquí?

Gabi apoya la espalda en la silla sin soltar mi mano.

—Aquel día, cuando rebusqué en tu maleta, me miraste como si… —Se muerde el labio. Tiene los ojos vidriosos—. No debería haberlo hecho, Pol. Estaba cabreadísima contigo. Me asustaba la posibilidad de que hubieras recaído. Ya sabes lo impulsiva que soy. Primero actúo y luego me arrepiento. El alma se me cayó a los pies al ver la bolsita de droga. Quería matarte por volver a las andadas. Luego te largaste, por lo que me fui enfriando. Te conozco desde que éramos unos críos. Sé que aquella droga no era tuya. A lo mejor en aquel momento fui incapaz de verlo, pero luego no pude parar de darle vueltas a lo sucedido. No se me quitaba de la cabeza la mirada que me dedicaste. Te sentías profundamente traicionado. Estabas herido y necesitabas que uno de nosotros diera la cara por ti.

—Sí —admito con voz ronca—. Me dolió que dierais por hecho que había vuelto a las andadas. Reconozco que lo de la bolsa de coca en la maleta fue muy convincente. Ese cabrón os manipuló a todos.

—Lo saben, Pol —dice para mi sorpresa—. Han pasado cosas muy raras desde que te fuiste. Lo hablé con Nura, Lila y Sam. A ninguna de nosotras nos termina de gustar. Pensamos que tiene dos caras. Al principio, Leo y Axel eran educados con él porque no querían que se sintiera desplazado. Pero te juro, y tienes que creerme, que todos estábamos de acuerdo en que lo suyo

era algo temporal hasta que tú decidieras volver. ¡Nos lo impuso la discográfica para que continuáramos con la gira! No podíamos hacer otra cosa. Estábamos obligados por contrato. Si no, David jamás habría entrado en el grupo. Ni siquiera yo, que estaba cabreadísima contigo, quería que Yūgen tuviera otro batería que no fueras tú.

—Entiendo que lo compliqué todo al largarme —hago autocrítica—, pero me habría gustado que alguno de vosotros me hubiera defendido.

—Estábamos asustados. —Me aprieta la mano con cariño—. Ya sé que no es lo que quieres oír, pero estuvimos a punto de perderte una vez. Nos daba pánico que hubieras recaído. Sinceramente, tampoco nos has dejado formar parte de tu vida este último año. No sabemos qué ha sido de ti. ¿Dudamos? Sí, al principio. Luego Nura y Lila nos obligaron a hablar del tema, aprovechando que David se había largado de compras. Todos coincidimos en que no nos fiábamos de él y en que cabía la posibilidad de que la droga que había en la maleta no fuera tuya. La cagamos.

La tensión abandona de golpe mi cuerpo. Me gustaría estar decepcionado con ellos, pero los entiendo. Estaban preocupados por mí. No puedo culparlos, dadas las circunstancias. Hace menos de un año casi la palmé de una sobredosis. Seré un enfermo el resto de mi vida. Es lógico que sientan el deber de controlarme, aunque no sea su obligación.

—Tienes que volver. —Me pone las manos en la cara y me sonríe con tristeza—. Yūgen no existe sin ti. Olvida que estamos cabreados. Lo solucionaremos. Seguimos siendo amigos.

Me echo hacia atrás para romper el contacto.

—La nueva canción…

—Ah, eso. Reconozco que es muy buena. Nos llamaron un día de la discográfica. No pudimos negarnos a incluirla en el disco. Por lo visto, David la compuso pensando en mí. Ese capullo cree que puede tener una oportunidad conmigo. —Se parte de risa—. Seguro que los jefazos han contado con alguien externo y le han dado a él todo el mérito para que lo aceptemos de una vez. Ese inútil no ha podido componer algo tan bueno. A ninguno nos ha engañado.

—Es mía —digo en voz baja.

Gabi enarca las cejas como si no me hubiera escuchado. Cierro los ojos. Exhalo con fuerza.

—La compuse pensando en Freya —le confieso—. Aquel día quería enseñársela a Leo para que me diera su opinión. No supe que David me la había robado hasta que la escuché en la radio. El día que Percy desapareció lo pillé saliendo de mi habitación. Supongo que aprovechó aquel momento para meter la droga en la maleta y robarme la canción.

Gabi se queda inmóvil durante unos segundos. Parece estar al borde de una apoplejía. Su reacción me da bastante miedo. Le acaricio la mano para que se calme.

—Tenemos que dejarlo estar. No puedo demostrar que la canción es mía. No la registré.

—¡Y una mierda! —Estalla fuera de sí—. ¿Ese cerdo cree que puede robarte la letra y quedar

impune? ¿De verdad piensa que va a ser parte de Yūgen?

—Gabi, cálmate…

—¡Lo voy a matar!

—No vas a hacer nada.

—Y tanto que sí.

—Gabi… —Le cojo la mano para que se tranquilice. Está al borde de un ataque de nervios—. Solo me importa que sepáis la verdad. Puede quedarse con la canción. Debería haber sido más precavido. No seré el primero al que…

—No. —Me pone la otra mano en la cara—. Sois mi familia. Estás loco si crees que voy a quedarme de brazos cruzados sabiendo que ese fracasado se ha llevado el mérito de una canción que es alucinante. De eso nada. Ni de coña.

—No podemos…

—Algo se nos ocurrirá —me interrumpe con vehemencia—. Tenemos a Leo y Axel. Además, están Nura y Lila. Somos un grupo de amigos contra un pringado que necesita arrebatarle el talento a otra persona para ser alguien importante. No vamos a permitirlo.

Me rasco la nuca. Odio haberla involucrado en este problema que no tiene solución. Es la palabra de David contra la mía. Y mi palabra, por desgracia en este momento, no tiene gran validez.

—Lo siento —le digo con sinceridad.

—¿Por qué? —pregunta más seria.

—Por haberme marchado como si no me importaras —confieso con un hilo de voz—. Después de la sobredosis estaba hecho polvo. Sentía un desprecio tan grande por mí mismo que pensé que lo mejor que podía hacer por las personas a las que amaba era salir de sus vidas. Sé que cometí un grave error al manteneros al margen. Joder, Gabi, pues claro que eres una persona muy importante para mí. Siento que las cosas no salieran bien entre nosotros; pero, al mismo tiempo, me alegro de corazón de que hayas encontrado a alguien como Sam. Se nota que os queréis. Tu felicidad siempre estará al principio de mi lista de prioridades. Fui un cobarde por salir huyendo, aunque espero que algún día me perdones porque quiero volver a ser tu amigo. Te echo muchísimo de menos.

Gabi tiene los ojos vidriosos. Le tiembla el labio inferior cuando abre la boca. Al cabo de unos segundos, asiente y una lágrima se desliza por su mejilla.

—Solía preguntarme qué había hecho mal para que no pudieras quererme —me confiesa, y esa revelación me parte el corazón—. Cuando conocí a Freya, lo supe sin más. De ella sí has podido enamorarte. Y una parte de mí… No lo sé, Pol. Por un lado, me tranquilizaba que por fin hubieras encontrado a alguien con quien abrirte del todo y, por otro, me sentí herida de que me hubieras estado ignorando todos estos meses, como si no significara nada para ti.

Abro la boca para decir algo, pero no sé cómo puedo arreglarlo. Por supuesto que entiendo su punto de vista. Si estuviera en su lugar, sentiría exactamente lo mismo.

—No me malinterpretes, estoy enamorada de Sam. —Sonríe al pronunciar el nombre de su novia—. Me vuelve jodidamente loca y cada día a su lado es un regalo. Me habría gustado que nosotros hubiéramos tenido una historia con final feliz, pero eso no significa que no quiera a mi chica. Además, lo nuestro no podría haber funcionado. Al final nos habríamos matado, ¿no? —pregunta indecisa—. No estábamos hechos el uno para el otro.

—Nunca lo sabremos —respondo con sinceridad—. Supongo que hay un 99 por ciento de posibilidades de que nos hubiéramos estrangulado.

—Ay, Pol. —Gabi me abraza y apoya la mejilla en mi pecho—. Si no pudimos ser algo más, al menos prométeme que harás todo lo que esté en tu mano para que volvamos a ser los amigos que nunca debieron separarse. Yo también pondré de mi parte. Se acabaron las pullas.

—Te doy mi palabra —le prometo—. A no ser que intentes tirarme de una moto de agua de una patada.

—Supera el pasado, capullo.

Nos reímos. Siento que ya empezamos a ser los mismos de antes. Estoy convencido de que ambos haremos todo lo posible para que nuestra amistad funcione.

—Estoy limpio —le aclaro—. He ingresado voluntariamente porque tuve ganas de consumir. Desde la sobredosis no he vuelto a meterme nada. Por eso tuve tanto miedo y decidí venir aquí. No se lo he contado a nadie.

—Lo sabía —dice para mi sorpresa—. Mi instinto no falla. Supuse que estabas aquí encerrado lamiéndote las heridas en soledad. —Levanta la cabeza y me mira apenada—. ¿Cuándo vas a dejar de huir de quienes intentan ayudarte? Aprende a dejarte querer, bobo. Ve a terapia si hace falta. Además, ¿qué hay de Freya?

Las palabras se atascan en mi garganta. Estoy demasiado avergonzado para explicarle que me largué sin darle una mísera explicación a mi novia. Gabi me lee la mente y me acaricia el tatuaje de la muñeca.

—Es bonito. —Lo admira. Ha sabido que era por Freya sin necesidad de preguntar. Así de bien me conoce—. Deberías enseñárselo. Quizá todavía estás a tiempo de que te perdone.

Ojalá todo fuera tan fácil como plantarme delante de Freya y que me dé una segunda oportunidad. No lo tengo tan claro. Lo único que me pidió fue que me quedara con ella. Sin embargo, en cuanto las cosas se pusieron feas, volví a huir como un cobarde.

89
Pol

Respiro hondo antes de llamar al timbre. Tiene muchísimo carácter, no sé cómo va a tomarse la visita sorpresa. Yo en su lugar estaría bastante cabreado, así que puedo esperar cualquier reacción por su parte.

He estado un mes en el centro de desintoxicación desconectado del mundo, salvo por la conversación que tuve con Gabi. Ir a terapia y hablar con otros adictos me ha ayudado a reconciliarme conmigo mismo. Mi psicólogo tiene razón, debo estar en paz si quiero construir relaciones sanas con los demás. Por eso la estancia en la clínica me ha resultado tan positiva. Por fin he comprendido que el primer paso para vencer mi adicción es aceptar que mi enfermedad no me hace peor persona. Ahora puedo decir que no siento ni una pizca de odio o resentimiento hacia mí mismo. Sí, ojalá nunca hubiera probado las drogas, pero no puedo cambiar el pasado. Ha llegado el momento de pasar página.

—¡Hermanito! —exclama Nico al abrir la puerta. Me abraza con tanta fuerza que se me escapa un gruñido—. ¿Dónde has estado? ¡Te he echado mucho de menos!

—Hola, colega. —Me froto la espalda con disimulo—. Yo también os he echado de menos.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? —me pregunta ofuscado.

Antes de que pueda responderle, escucho unos pasos que se acercan y la voz agitada de mi hermana.

—¡Pol! —grita emocionada. Abre los ojos al verme y se lanza a mis brazos—. ¡Oh, Pol! Pensé que…

—Estoy bien. —Le pongo las manos en los hombros para que me mire y pueda comprobarlo —. Ya no utilizas las muletas.

—No las necesito para los trayectos cortos, pero en la calle las sigo usando porque todavía me canso —me cuenta orgullosa. Luego se vuelve hacia Nico con expresión angelical—. ¿Puedes traerme un vaso de agua?

Mi hermano asiente obediente y se marcha. En cuanto nos quedamos solos, Iris me da una bofetada que me pilla desprevenido.

—¡Imbécil! —me grita furiosa—. ¿Cómo te atreves a largarte sin avisar? ¿Sabes lo

preocupados que nos tenías? ¡Al menos podrías haber llamado para decir que estabas bien! ¿De qué coño vas?

Joder, qué fuerte pega. Me acaricio la mejilla, pero dejo de hacerlo en el momento que Nico aparece con el vaso de agua. Iris da un trago mientras me mira con resentimiento. Esto va a ser tan difícil como imaginaba.

—Nico, ¿puedes dejarnos a solas? —le pido—. Iris y yo tenemos que hablar.

—No os peleéis —suplica asustado—. No me gustaba cuando papá se peleaba con mamá.

—Tranquilo. —Le despeino el cabello con cariño—. Jamás me pelearía con Iris. Me da mucho miedo.

Nico se ríe y mi hermana pone los ojos en blanco. La sigo al sofá y Nico se encierra en su habitación. Me siento a su lado y contengo las ganas de abrazarla porque sé que me rechazaría. Parece que está hecha de acero, pero tiene los ojos brillantes por culpa de la emoción. No puedo creer que la llamase Doña Perfecta de forma despectiva. Iris es una mujer increíble y digna de admiración. Estoy orgulloso de ser su hermano pequeño.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad—. He estado en desintoxicación.

Iris me mira alarmada. Su enfado se evapora de golpe para dar paso a la preocupación. No sé cómo he tardado tanto tiempo en valorar a mi hermana mayor. Es cierto que somos muy distintos, pero nadie puede negar que nos queremos.

—No he recaído —la tranquilizo—, pero estuve a punto. Por eso me marché. Sabía que, si me quedaba, había muchas posibilidades de que hiciera una tontería. No podía pasar otra vez por lo mismo. Sé que debería haberos avisado, pero me daba vergüenza que…

—Mira que eres idiota. —Sacude la cabeza con incredulidad—. Te habríamos apoyado. Nos habríamos sentido orgullosas de ti. Admitiste que tenías ganas de consumir y buscaste ayuda en lugar de recaer. Tu único error fue marcharte sin decirnos a dónde ibas.

—Lo sé —admito cabizbajo—. Pensé que me juzgarías y que le estaba haciendo un favor a Freya al salir de su vida.

Le explico lo sucedido con todo lujo de detalles. El robo de la canción, la pelea con Oriol y la movida con los periodistas. No espero que me perdone. Solo quiero que tenga la información necesaria para que entienda que hui porque me sentí desbordado.

—No puedo creer que Astrid se callase —exclama molesta.

—Venga ya —la defiendo—. ¿Qué habrías hecho tú en su lugar si una chica te dice que me abandona porque le han entrado ganas de meterse una raya y sabe que no es una buena influencia para mí?

Iris no responde. No hace falta que diga nada. Ambos sabemos la respuesta.

—Te pones de mi parte porque soy tu hermano.

—Supongo —admite de mala gana—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Le cuento la decisión que he tomado. Iris no está del todo de acuerdo, pero la respeta. Sabe que la música es mi pasión. Los últimos meses me he autoengañado. Estoy cansado de fingir que me va mejor solo.

—¿Y Freya? —se interesa.

—Voy a pedirle una segunda oportunidad —respondo convencido.

La conversación con Gabi y la terapia me han abierto los ojos. Joder, estoy loco por ella. Aura tiene razón, no soy quién para decidir si Freya merece estar o no con un enfermo. Es una decisión que solo le corresponde a ella. La privé de elegir cuando me largué sin darle una explicación.

Soy un tipo imperfecto que ha cometido muchos errores. Sin embargo, mis elecciones terminaron conduciéndome a ella. De no haber sufrido la sobredosis, no habríamos pasado aquel fin de semana en la cabaña. Freya y yo somos inevitables. Siempre lo he sabido. Pero me comporté como un cobarde porque no era capaz de hacer las paces conmigo.

—Buena suerte. —Mi hermana me da una palmadita en la espalda—. Creo que te va a mandar a la mierda.

—Gracias por los ánimos —respondo con ironía.

—Las hermanas mayores estamos obligadas a decir la verdad. —Apoya la cabeza en mi hombro, entrelaza nuestras manos y suspira—. Creo que voy a pedir una excedencia en el bufete.

—¿Y eso? —pregunto asombrado.

—No estoy segura de que me guste ser abogada —admite para mi sorpresa—. Soy muy buena en mi trabajo, pero eso no significa que me haga feliz. Jamás me planteé ser otra cosa. Le tenía demasiado miedo a nuestro padre para llevarle la contraria. No sé qué es lo que me gusta. He decidido hacer un viaje con Nico mientras lo averiguo. Siempre he querido ir a las Azores, pero lo acababa posponiendo por trabajo. Te diría que vinieses con nosotros, aunque ya me has contado que tienes otros planes.

—No sé cuál será tu decisión —le aprieto la mano con cariño—, pero estoy seguro de que triunfarás. Te podrías dedicar a cualquier cosa. Eres muy competitiva y ambiciosa.

—Soy la puta ama. —Me regala una sonrisa resplandeciente—. Venga, dime cuál es el plan para recuperar a Freya. Ya has demostrado que eres un zoquete. Te voy a ayudar a que no la cagues de nuevo.

—Solo para que lo sepas, la sinceridad está sobrevalorada, hermanita.

Iris me asegura que me estrellaré sin su ayuda, pues conoce a la perfección a su mejor amiga. Le tomo el pelo y nos enzarzamos en una discusión. Nico aparece a los pocos segundos con los brazos en jarra y nos ordena que no nos peleemos. Me ofrezco a hacer *brownies* para firmar la paz. Iris refunfuña que tienen demasiadas calorías, pero al final me sigue a la cocina junto con Nico para ayudarme. Mientras les hablo sin pudor de lo enamorado que estoy de Freya,

comprendo que es un error huir de las personas a las que queremos, puesto que el amor siempre consigue alcanzarnos.

90

Freya

—¿No está un poco vacío? —le pregunto a Iris en voz baja.

Ha insistido en que viniéramos a cenar a un restaurante del centro de la ciudad que, según ella, está muy de moda. Sin embargo, somos las dos única clientas del local, lo cual es bastante raro porque es un sitio precioso con una excelente ubicación.

—¡Mejor para nosotras! —Me agarra del brazo para que vayamos a la mesa que nos ha indicado la camarera. Pedimos un par de refrescos. No me apetece beber alcohol y ella no puede porque todavía se está medicando—. ¿Qué te apetece?

—Quizá deberíamos ir a otro sitio —propongo indecisa—. Es mala señal que seamos las única clientas.

—Es temprano. Ya se llenará.

—Creo que tendríamos que escaquearnos antes de que…

—¡No! —exclama con ímpetu. La miro extrañada y mi amiga fuerza una sonrisa—. Tenía muchas ganas de venir aquí.

Levanto las manos.

—Vale, como quieras.

No me apetece llevarle la contraria. Ni siquiera quería venir, pero Iris ha insistido tanto que al final no he podido negarme. Últimamente apenas salgo de casa. He decidido centrarme en los estudios para tener la mente ocupada. Solo he quedado un par de veces con Nina y Joel fuera de clase. Están en plena fase inicial de tonteo (ahora que los he descubierto no tienen la necesidad de esconderse) y, aunque me alegro por ellos, me vengo abajo al recordar que tuve lo mismo con Pol.

—Los *noodles* con langostinos y verduras tienen buena pinta —sugiero ojeando la carta.

Iris me la arrebata ante mi expresión perpleja.

—Deberíamos pedir el menú degustación —decide. No sé qué mosca le ha picado. Está muy rara desde que hemos llegado. Llama a la camarera y le dice que vamos a probar el menú—. ¿Qué tal lo pasaste en el cumpleaños de Joel?

—Ah, genial. —Sonrío al recordarlo. Ha sido lo único bueno de la semana—. Deberías haber venido. Mis amigos están deseando conocerte.

—Las muletas siguen limitando mi ajetreada vida social —responde con ironía. Ambas sabemos que no soporta las reuniones de más de tres personas—. ¿Qué tal les va a Nina y Joel?

—Ella sigue diciendo que no es nada serio, pero cada día pasan más tiempo juntos. Creo que tiene miedo de admitir que se ha pillado por él —le explico—. Al final de la noche, ambos acabaron borrachísimos y tuvo que llevarme a casa el primo de Joel.

—¿El que dices que lleva bastante tiempo detrás de ti? —pregunta ceñuda.

—El mismo. —Álex, el primo de Joel, no pierde la oportunidad de ligar conmigo desde que mi amigo nos presentó el año pasado en una fiesta. Es agradable y está muy bueno, pero nunca le he dado esperanzas—. Me preguntó si podía besarme cuando me dejó en casa.

—¡No fastidies! —Da un respingo—. ¿Y tú qué le dijiste? Supongo que lo rechazaste sin contemplaciones. ¡Vaya caradura! ¿Cómo se atreve?

—Iris, me preguntó si podía besarme. No hizo nada malo. De hecho, fue muy amable conmigo —la tranquilizo. No sé a qué viene que se ponga así.

—Le dijiste que no, ¿verdad? —pregunta con un hilo de voz.

Pongo mala cara al comprender su preocupación. Sigue pensando que la historia entre su hermano y yo está en pausa. Para ser tan realista, cree demasiado en los finales felices. O quizá tiene la necesidad de defender a Pol porque lleva su sangre. En todo caso, me molesta que se ponga de su parte. Durante el último mes he evitado hablar de Pol con ella porque me cabrea que no esté tan indignada como yo. Y la entiendo. Es su hermana y no puede ser imparcial. Sin embargo, Pol se ha portado fatal conmigo. Si de repente apareciese en mi vida, lo último que haría sería perdonarlo.

—Pues claro que le dije que no —le aclaro. Mi amiga respira aliviada—. Pol me ha dejado hecha polvo. No necesito complicarme la vida con otro tío.

—Bien.

—¿Bien? —Enarco las cejas—. Mejor vamos a cambiar de tema…

—Solo digo que lo de que un clavo saca otro clavo es una mentira como una casa. Debes concederte tiempo para reflexionar, estar sola y…

—Uy, no tengo nada sobre lo que reflexionar —respondo convencida—. Pol se largó. Ni siquiera me ha llamado. Lo siento si lo que voy a decir te molesta porque se trata de tu hermano, pero que se joda. No quiero volver a verlo. Si lo tuviera delante, le daría un puñetazo.

Iris carraspea incómoda y luego se bebe el vaso de agua de un trago. A ver, no he sido yo la que ha sacado el tema. ¿Qué esperaba? Que sea su hermano no cambia el hecho de que haya sido un auténtico capullo conmigo.

—Pues pinta bien la cosa… —murmulla.

—¿Qué?

—La comida. —Me dedica una sonrisa forzada—. Seguro que nos gusta.

—No sabría qué decirte. —Miro a nuestro alrededor—. Este sitio parece un cementerio.

—Sabes que te quiero, ¿no? —Estira el brazo por encima de la mesa para atrapar mi mano. Ahora le ha dado por ponerse cariñosa. De verdad que no la entiendo.

—Lo sé. —Le doy la mano—. ¿Va todo bien?

—A veces las amigas toman ciertas decisiones con su mejor intención…

Iris se calla cuando la camarera aparece con la comida. Estoy realmente impresionada. Hace apenas unos minutos que hemos pedido. El servicio es muy rápido.

—¿Qué es esto? —pregunto ojiplática al ver el plato. Es arroz a la cubana. No entiendo nada —. No es lo que hemos pedido.

—El menú degustación.

—¿Arroz a la cubana con huevo frito? —replico con el ceño fruncido. Vaya por delante que soy una gran defensora de la cocina tradicional. Donde se ponga un pincho de tortilla o un plato de cocido que se quite el sushi y los inventos raros. Pero estamos en un restaurante de cocina fusión. No esperaba que el menú fuera algo tan sencillo—. ¿Estás segura de que este es el primer plato? Lo mismo nos han puesto el menú infantil…

—¡Me muero de hambre! —Iris comienza a comer. Al ver que no lo hago, me señala con el tenedor y habla con la boca llena—. No seas tan tiquismiquis.

En serio, está muy rara. Lo normal es que estuviera poniendo a parir al chef o se negase a cenar un plato tan alto en calorías. En fin, si ella está contenta, yo también.

—Si no me quejo. De hecho, es mi comida favorita…

Cierro los ojos al llevarme un poco de arroz con tomate a la boca. Mmm, está delicioso. Con el toque justo de acidez y dulzor. Esta salsa es de otro planeta. El sabor me produce una inesperada oleada de nostalgia. Suelto el tenedor como si quemase. Sé quién ha preparado esta salsa de tomate.

—¡Pol! —exclamo alterada.

Iris deja de comer y me mira agobiada. Su expresión es todo lo que necesito para confirmar mis sospechas. Me levanto de un salto. El corazón se me va a salir del pecho, me sudan las manos.

No… puede… ser…

—Freya, espera. —Iris me corta el paso cuando intento echar a andar—. No creo que sea buena idea que…

—¿En serio? ¿Un restaurante sin clientes? ¿Mi comida favorita? ¡Esto es una encerrona! ¿De qué va este numerito? —exijo saber. Mi amiga pone cara de arrepentimiento y la fulmino con la mirada—. Dime que no está aquí.

—Pues…

—¡Dime que él no ha cocinado nuestra cena!

—Verás…

—¡Joder, Iris! —«No llores, no llores, no llores»—. ¿Por qué me haces esto?

—Pensé que os estaba ayudando.

—Te dije que si lo tenía delante le daría un puñetazo.

—¡Hace tres minutos! —se queja—. Si me lo hubieras dicho antes de traerte… ¡Pensé que no estabas tan enfadada con él!

—¿Dónde está ese idiota? —La esquivo y voy directa a la barra, donde una camarera me mira bastante asustada—. ¿Y el cocinero?

—Pues…

—Da igual —respondo harta.

Voy detrás de la barra y abro la puerta que supongo que da a la cocina. Huele de maravilla. Es un aroma que me devuelve de golpe a un sitio en el que me sentía muy cómoda, segura y querida. Los olores me atontan durante unos segundos. Recuerdo los días que pasé en casa de Pol, cuando él me preparaba el desayuno, nos lo montábamos en la encimera o me consentía cocinando tortitas. Nuestras tardes en el sofá viendo alguna película, jugando una partida de ajedrez o enredados en la cama hasta las tantas.

—¡Freya! —dice con voz grave.

Pego un grito por la sorpresa. Está delante de mí, más guapo que nunca. Lleva una camiseta negra, unos vaqueros que le sientan como un guante y un delantal atado a la cintura. Me sonríe como si no hiciera un mes que se hubiera marchado. Toda la rabia y el dolor que llevo acumulados explotan de golpe.

—Eres lo peor. —Levanto las manos para que no se le ocurra acercarse a mí cuando da un paso en mi dirección—. ¿De verdad crees que puedes desaparecer durante un mes y volver montando este numerito?

—No —responde con calma—. Por favor, déjame darte un beso. Me muero por probar de nuevo tus labios. No he podido olvidar lo bien que sabes.

Entorno los ojos. ¿Habla en serio? ¿De verdad piensa que puede largarse y luego recuperarme cocinando para mí y regalándome una frasecita de las suyas? Debe de quererme muy poco si tiene ese concepto de mí.

—Me has hecho daño. —Odio que mis ojos se llenen de lágrimas. No quiero ser débil, pero tampoco puedo evitarlo. En el fondo, necesito que vea lo dolida que estoy—. Me dejaste hecha polvo, Pol.

—Lo…

—No me pidas perdón —lo interrumpo con acritud—. Tus disculpas no significan nada para mí. Solo eres el tío que me dijo que me amaba y luego se marchó como si no significara nada para él. Eres un mentiroso de mierda. Ya no te creo.

—No digas eso, por favor. —Hace caso omiso a mi mirada llameante y acorta la distancia que nos separa. Cuando va a poner las manos en mi rostro, como en otras ocasiones, le doy un empujón—. Me fui porque sabía que te quedarías a mi lado si te pedía ayuda. Pensé que te estaba arrastrando conmigo. Me largué precisamente porque te amo, Freya.

—Eso no tiene ningún sentido. —Niego con la cabeza y me abrazo a mí misma—. No huyes de las personas a las que quieres. Les cuentas tus problemas y les pides que se queden a tu lado.

—Ahora lo sé. Me ha costado bastante tiempo entenderlo. Cada vez que mi vida se desmorona, me largo como un cobarde y abandono a las personas a las que quiero porque creo que les va mejor sin mí. —Respira hondo y me mira esperanzado—. Pero estoy intentando cambiar. Ya no quiero seguir huyendo. Déjame construir un futuro a tu lado.

—Tienes razón, me va mejor sin ti.

—No lo dices en serio —asegura categórico—. Estás dolida conmigo.

—¿Crees que voy a ablandarme porque utilices a mi mejor amiga para montar este intento de escena romántica? El restaurante vacío, mi comida favorita… —replico furiosa—. No quiero grandes gestos de amor, Pol. Solo necesito a alguien que me quiera y se quede a mi lado cuando las cosas se pongan feas. Y tú no eres esa persona.

Pol se encoge como si lo hubiera golpeado.

—*Viraag* —dice con voz ronca—. Es una palabra hindú. Significa «el dolor que se siente al estar separado de una persona que amas».

Algo se rompe en mi interior. Ha seguido buscando palabras. Eso quiere decir que ha pensado en mí. Por un instante, me pregunto qué lo habrá llevado a alejarse. Luego me recompongo. Eso no importa. Me borro las lágrimas de un manotazo y me niego a mirarlo a los ojos.

—Sé que fui un imbécil, pero no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo.

—Eso no cambia nada.

—Tienes razón. —Me pilla desprevenida al poner una mano en mi mejilla. Me estremezco por el contacto y se me escapa un suspiro trémulo—. No puedo borrar el pasado, Freya. Me equivoqué al marcharme. Tal vez tenía que hacerlo para comprender que no hay otro lugar donde quiera estar que no sea a tu lado. Dame la oportunidad de demostrarte que esta vez puedo hacerlo bien.

Por supuesto que quiero perdonarlo. Me encantaría abrazarme a él, cerrar los ojos y creer en sus palabras. Sin embargo, ya sé cómo funcionan las segundas oportunidades. Esta vez no voy a permitir que el amor me ciegue. Mi dignidad está por encima de los caprichos de un tío que se largó durante un mes, vete a saber dónde y con quién, mientras yo me acostaba todas las noches llorando y me preguntaba qué había hecho mal para que se fuera.

—Me rompiste el corazón. —Doy un paso atrás y deshago el contacto—. No vas a volver a hacerlo.

Salgo de la cocina sin mirarlo. De lo contrario, seré incapaz de ser fiel a mí misma. Agradezco que Pol no me siga. Iris me está esperando en la entrada del restaurante con mi bolso. Se lo arrebato de mala manera y la miro decepcionada. No tenía ningún derecho a traerme aquí. Debería haber sido sincera conmigo cuando su hermano le propuso este plan tan absurdo.

—Freya… —comienza a decir.

—Prefiero que hablemos en otro momento —la interrumpo con frialdad—. Estoy demasiado enfadada y podría decir cosas de las que mañana me arrepentiría.

Iris abre la boca para contestar algo, pero al final se lo piensa mejor y asiente en silencio. Salgo del restaurante y paro el primer taxi que encuentro. No me siento mejor al subirme en él. Pensé que me quitaría un peso de encima cuando me enfrentase a Pol. En cambio, estoy completamente destrozada. Ahora me toca hacerme a la idea de que nuestra historia ha terminado.

Es curioso. Creemos que el dolor nos anestesia hasta que llega un punto en el que no somos capaces de sentir nada. Por desgracia, un corazón herido siempre puede volver a romperse.

91

Freya

Estoy que trino cuando llego a mi casa. En serio, no me entra en la cabeza que Pol haya organizado semejante espectáculo. ¿Por qué los tíos son tan complicados? Lo único que esperaba de él era que se quedara a mi lado. Su dinero, su fama, su poder… nunca me han importado. El Pol del que estoy enamorada es el chico divertido, amable y considerado del que no hablan las revistas.

Me sorprende encontrar sola a Astrid viendo *Fast & Furious*. Es muy raro que mi padre haya salido, ya que siempre hay alguien aquí para acompañar a mi hermana. Voy a mi habitación para ponerme ropa cómoda y luego me siento con ella en el sofá.

—¿Y papá?

—Ha salido a cenar con un amigo.

—¿En serio te ha dejado sola? —pregunto escandalizada.

—Freya, no tengo cuatro años —responde muy tranquila—. La semana que viene acabo con la quimio y hoy he tenido un buen día. Papá está cenando en el restaurante que hay al final de la calle. Se ha ido después de que lo convenciera. Desde que empecé el tratamiento no ha tenido ni un minuto libre. Su vida no puede reducirse a cuidar de mí, ni la tuya tampoco. Os habría llamado de haberos necesitado.

—Es cierto —me relajo. A veces se me olvida lo duro que debe de ser para mi padre tener a su hija enferma. Él también merece desconectar de vez en cuando.

—¿Haces palomitas? —me pide—. Puedo parar la peli y la vemos juntas.

—No te molestes. No hay quien se crea esas pelis. Incluso han ido al espacio con un coche. Es surrealista. Además, Vin Diesel está sobrevalorado.

Astrid me mira extrañada.

—Te encanta la saga.

Me encojo de hombros y voy a la cocina.

—Tengo derecho a cambiar de opinión —refunfuño.

Preparo las palomitas y hago un sándwich, pues no he cenado. Intento sacar a Pol de mi cabeza. Joder, no estaba preparada para volver a verlo. «Me muero por probar de nuevo tus labios. No he podido olvidar lo bien que sabes». ¡Ah, maldito sea! ¿Por qué tiene que decir esas

cosas mientras me mira como si deseara devorarme? Solo quiero odiarlo. Con Oriol me resultó muy fácil pasar página. ¿Qué me impide hacer lo mismo con Pol? Estuvimos juntos muy poco tiempo. ¡Debería de ser más sencillo! Por desgracia, algunas personas solo necesitan un puñado de días para grabarse a fuego en tu piel.

Astrid me mira con curiosidad cuando regreso al salón. Vuelve a dar al *play*. Tiene razón, esta saga me encanta. Ya sé que no es muy realista, pero cualquier película en la que salgan coches tuneados me mola. Soy de gustos sencillos.

—¿Qué tal está Iris? —se interesa.

—Entrometida.

Astrid me mira extrañada.

—Me refería a cómo va su recuperación.

—Está mucho mejor. Ya casi no necesita usar las muletas.

—Me alegro por ella. Parece una buena amiga.

Resoplo. Si ella supiera…

—Pensé que habíais cenado juntas —dice con tiento. Señala mi sándwich—. ¿Qué ha pasado?

—Pol —mascullo con la boca llena—. Eso ha pasado.

—¿Pol? —pregunta sin entender—. ¿Tu ex ha vuelto?

—Convenció a Iris para llevarme a un restaurante. Ha reservado el local, se ha metido en la cocina y me ha preparado mi comida favorita. Quería pedirme una segunda oportunidad —le explico sin dejar de comer. Tengo la esperanza de que al llenar el estómago se esfume esta sensación de vacío que se ha apoderado de mí después de haber rechazado a Pol.

—Le has dicho que no —intuye. Para mi sorpresa, mi hermana no parece contenta.

—Arruinó lo que teníamos cuando se largó sin darme una explicación. No quiero saber nada de él. —Engullo el último pedazo de sándwich—. Es lo peor. Que le den. Ni siquiera merece que sufra por él.

—No es lo peor.

—¿Qué has dicho? —Me vuelvo hacia ella creyendo que la he escuchado mal—. ¿Acabas de decir que el tío que me abandonó no es lo peor?

Astrid suspira y para la película. Parece avergonzada. No entiendo nada y estoy empezando a mosquearme. Lo último que necesito es que mi hermana se ponga de parte de mi ex.

—Estuvo aquí antes de irse.

—¿Qué?

—Vino a verte, pero no estabas.

—Espera. —Me froto la cara. La situación me supera—. ¿Vino a verme? ¿¡Por qué no me lo dijiste!?

—Me pidió que no te lo contara.

—¿¡Y tú le hiciste caso!? —exclamo estupefacta.

—Pensé que te estaba haciendo un favor —musita con la cabeza gacha—. Vino a pedirte disculpas, pero, al enterarse de que la prensa nos había estado molestando, se sintió culpable. Le dije que no era culpa suya, aunque no quiso escucharme. Me pidió que no te dijera que había venido porque no era una buena influencia para ti. Le espeté que no iba a mentirte. Entonces me confesó que la noche anterior se sintió superado y estrelló el móvil contra la pared porque había estado a punto de llamar a su camello. —El alma se me cae a los pies. Pol quiso consumir y no estuve a su lado. Me duele que pasara solo por algo así—. Me convenció de que no te convenía. Parecía tan hecho polvo…, tan asustado. Joder, lo siento. Ya sé que debería habértelo contado para que tuvieras toda la información, pero me horrorizaba que él pudiera tener razón. Por eso te lo oculté. No he parado de darle vueltas. Solo tengo una cosa clara: a ese chico le importas. De lo contrario, no se habría marchado cuando más te necesitaba.

—Oh, joder… —Me tapo la cara con las manos. Me duele que Pol se alejara de mí justo cuando estuvo a punto de recaer en las drogas. Es un enfermo que necesita ayuda. Si hubiera sido sincero conmigo, lo habría apoyado—. Él siempre se aleja de las personas que lo quieren cuando necesita ayuda. Siente que no la merece. Me ama, por eso se marchó. El muy idiota quería protegerme…

—No voy a mentirte. Me da miedo que salgas con un chico que tiene un problema con las drogas —admite mi hermana con la sinceridad que la caracteriza—. Pero me has demostrado que eres una persona muy madura, responsable y valiente. Te apoyaré si decides estar con él. Solo deseo que seas feliz.

—No sé si quiero darle una segunda oportunidad —le confieso angustiada—. No puedo aferrarme a un chico que tal vez huya de mí cuando se sienta superado. No es la primera vez que me deja tirada. No soporto que tenga esa absurda necesidad de salvarme de él mismo. Las parejas son un equipo. ¿Qué sentido tiene estar con alguien que saltará del barco ante la primera tormenta?

—Es normal que estés enfadada —me pone una mano en el hombro—, pero no te precipites. Tómate todo el tiempo que necesites para poner en orden tus sentimientos. Si Pol te quiere tanto como parece, seguro que estará dispuesto a esperar.

No tengo nada claro. Sí, estoy enamorada de ese chico vulnerable, imperfecto y apasionado. Me encantan sus sonrisas de lado, sus chistes malos y su forma de besarme. Siento que juntos podemos ser muy felices, pero también estoy convencida de que viviremos días muy complicados. No me asusta salir con un adicto. No se trata de eso. Lo amo y no me da miedo estar a su lado en sus peores momentos. Lo que de verdad me aterra es que vuelva a huir de mí cuando sienta la necesidad de consumir. Porque ¿cómo convences a alguien de permanecer a tu lado cuando se quiere tan poco a sí mismo?

92

Freya

No puedo dormir. Doy vueltas en la cama. Moon, que estaba tumbada a mis pies, se baja de un salto y se sienta en el escritorio. De repente, se pone a maullar y arañar el cristal de la ventana. Me tapo la cabeza con la almohada, pero, al entender que no tiene intención de parar, salgo de la cama para ver de qué se trata.

—Moon, cállate —le pido cansada.

Está lloviendo a mares. Es una gata extraña a la que siempre le ha gustado la lluvia. Sigue arañando el cristal, por lo que la bajo del escritorio. En ese momento, mi mirada se cruza con la del chico que está en mitad de la calle refugiándose de la lluvia con un paraguas negro. Ni siquiera necesito mirarlo a los ojos para saber de quién se trata. Mi pulso se dispara, mi estómago se contrae y me falta el aliento. Moon vuelve a maullar y se frota entre mis piernas.

—No voy a abrirle —digo sin una pizca de convicción.

Me suena el móvil. El chico que hay debajo del paraguas me hace un gesto con la cabeza. Pongo los ojos en blanco, resoplo y cojo el teléfono, que está en la mesita de noche. No debería ponérselo tan fácil, pero no entiendo qué hace a las dos de la madrugada delante de mi portal en plena tormenta. La curiosidad me puede demasiado.

Pol
Te echo de menos.

Me muerdo el labio con fuerza. Conque esas tenemos. No puede desaparecer durante un mes y luego enviarme ese wasap. No puede. Yo le envié un montón de mensajes que nunca respondió.

Yo
Lo superarás.

Pol
Déjame verte.

Yo
Un puto mes sin dar señales de vida, ¿y ahora quieres verme? Por mí como si te calas hasta los huesos.

Olvídame.

Pol
No hablas en serio.

Yo
¿Y tú qué sabes?

Pol
Sé que te quiero.
Sé que cometí un error al marcharme.
Sé que cada día que he pasado separado de ti ha sido una mierda.
Sé que estaba asustado.
Sé que me equivoqué.
Sé que necesitas una explicación.

Yo
NO es verdad.

Pol
Lo es.
¿Sabes por qué?
Porque merecerá la pena.
Jamás había creído tanto en algo. Es la primera vez que tengo confianza en mí mismo. Y tú tienes mucho que ver con ello.
Déjame mirarte a la cara y pedirte perdón por haber huido cuando solo merecías que me quedara a tu lado.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Aprieto los labios. Estamos demasiado lejos para vernos las caras, pero sé que él también está destrozado. No puedo más. Cojo una sudadera que me pongo encima del ridículo pijama y salgo de mi casa. Bajo los escalones de dos en dos hasta llegar al portal. Cuando abro la puerta, Pol ya me está esperando al otro lado. Está empapado. El pelo negro se le pega a la cara y tiene el rostro húmedo. Antes de que pueda entrar, le doy un empujón. Y luego otro. Y otro. Hasta que estamos en mitad de la calle y somos presas del aguacero.

—¿Por qué? —exijo saber con voz temblorosa—. Solo te pedí que no huyeras.

Pol intenta taparme con el paraguas, pero forcejeo con él. Solo quiero que me mire a los ojos y sea sincero conmigo. Es todo lo que necesito. Al final, el paraguas sale volando y se estrella contra una farola.

—Mi hermana me ha dicho… —Me trago las lágrimas e intento continuar, aunque me duele el alma cuando él me pone las manos en la cara—. Dice que viniste a buscarme, pero te fuiste

porque tuviste ganas de consumir. —Lo agarro con furia del jersey empapado—. ¿Te has metido algo? ¿Por eso te marchaste? Pol…

—No. —Apoya su frente contra la mía—. No, te lo juro. Ya sé que mi palabra no vale nada en este momento.

—Pero entonces… —Hago un puchero. Intento no llorar—. No lo entiendo. ¿Lo que teníamos no era suficiente para ti?

—Tú eres más que suficiente —dice con vehemencia. Me da un beso fuerte y húmedo en la frente—. Lo eres todo.

—Desapareciste…

—Estaba tan asustado… —Me abraza a pesar de que intento resistirme—. La noche que mi padre murió también descubrí que el nuevo batería de Yūgen me había robado una canción. Me sentí completamente superado. Por eso me desquité con Oriol. Fue como volver al pasado, donde no tenía control sobre mis impulsos. Me emborraché, quise consumir… y me di cuenta de lo débil que era. Joder, Freya.

—Pol…

—Ingresé voluntariamente en una clínica de desintoxicación. Sentí que era como retroceder a la casilla de salida. No podía hacerte eso. Sabía que, si te lo contaba, querrías estar a mi lado. Soy un enfermo. Lo voy a ser toda la vida.

—Oh, Pol…

—Soy un egoísta —admite con la voz entrecortada. Me aparta el pelo mojado de la cara y me da un beso en la mejilla—. Soy un egoísta porque estoy aquí para suplicarte una segunda oportunidad. No va a ser fácil. Tendrás que lidiar con alguien que está roto, pero que al menos te promete que hará todo lo que esté en su mano para ser el buen hombre que te mereces. No debería haberme marchado sin avisar, pero tenía tanto miedo de arrastrarte conmigo…

—Pol… —Rompo a llorar.

—Te estás congelando.

—Pol… —repito en voz baja—. Solo tenías que haberme pedido ayuda.

—Lo sé, pequeña.

Le golpeo el pecho sin fuerza.

—¡No lo sabes! —exclamo dolida—. Te pedí que no huyeras de mí. Porque en eso consiste confiar en alguien. Las cosas no siempre serán fáciles. Viviremos momentos duros. Pero eso no te da derecho a… ¡desaparecer!

—Ven aquí. —Intento resistirme cuando me coge en brazos y me lleva dentro del portal para refugiarnos de la lluvia—. Joder, cuánto te quiero.

—Las personas que te quieren no… huyen. —Me aparto de él y le doy la espalda.

—Estoy aprendiendo —dice esperanzado—. Mi corazón es inexperto. La suelo cagar con

frecuencia. Dame la oportunidad de demostrarte que no me esconderé como un cobarde cuando las cosas se pongan feas.

Me abraza por detrás. Esta vez no me resisto. Ambos estamos helados y su abrazo me reconforta un poco. Me da pequeños besos. En el pelo, detrás de la oreja, en el cuello… hasta que me ablando como si estuviera hecha de plastilina. Entonces me fijo en el corazón que tiene en la muñeca. He memorizado todos sus tatuajes. Este es nuevo.

—¿Y este tatuaje?

—Me lo hice en la clínica.

—¿Qué significa?

—Date la vuelta, por favor.

Obedezco de mala gana, pues me puede la curiosidad. Pol me tiende la muñeca para que observe el tatuaje. Es un corazón con el número doce escrito dentro. Acaricio el contorno y lo miro ensimismada, ya que sigo sin comprenderlo.

—¿Qué…?

—Ya te dije que no soy de tatuarme el nombre de una persona —comienza visiblemente nervioso—. Pero quería tener algo con lo que recordarte. Tú eres mi corazón, Freya. Y el número doce…

—Fue la noche que nos conocimos —recuerdo emocionada.

Pol asiente. Tiene los ojos vidriosos. Sé que teme mi reacción.

—¿De qué iba la canción que te ha robado ese canalla?

—Ya lo sabes. —Me regala una sonrisa tierna—. De ti.

Mi corazón se expande. Una lágrima se desliza por mi mejilla y él la seca con el pulgar.

—La compuse pensando en ti —me confiesa—. ¿Quieres escucharla?

Coge su móvil para buscarla. Le pongo una mano encima para que no lo haga y me mira extrañado.

—Te juro que es buena —bromea con debilidad.

—Cántamela tú.

—¿Yo? —Mueve la cabeza. Se sonroja de una forma adorable—. No sé cantar.

—Me da igual —respondo convencida—. Es nuestra canción. No quiero que me la cante otra persona que no seas tú.

Pol guarda el móvil en el bolsillo, respira hondo y me mira avergonzado.

—Las cosas que uno hace por amor… —murmura medio riendo. Luego me pone una mano en la cintura para atraerme hacia él, acerca su boca a mi oreja y comienza a cantar en voz baja—: «Entonces apareces tú con una sonrisa que me llena, contagiándome tu optimismo, rabiando de felicidad. Y me dejas con ganas de más. Siempre con ganas de más…».

Permanezco inmóvil y abrazada a él hasta que termina. Pol respira con dificultad. Lo estrecho

con fuerza para que sepa que todo está bien. No solo se trata de que me haya compuesto una canción, sino de cómo me ve. La verdad que hay en nuestro amor. La forma tan bonita que tenemos de querernos.

—Es preciosa —digo con sinceridad.

Pol me aparta el pelo de la cara. Parece que se ha quitado un gran peso de encima.

—Lo siento —se disculpa sin apenas poder contener las lágrimas—. Te lo compensaré durante el resto de mi vida.

—No hay nada que…

—Solo quiero estar a tu lado —susurra contra mis labios—. No volveré a huir de ti. Solo he necesitado un poco de tiempo para comprender que somos inevitables.

—Inevitables… —repito sonriendo—. Me gusta.

—*Abayomi*.

Lo miro con curiosidad. Pol me acaricia la mejilla y me mira como nadie me había mirado antes.

—¿Qué significa?

—«La alegría y la felicidad que llegan después de una situación difícil» —me explica antes de besarme.

Cierro los ojos y acepto un beso con el que sé que me está entregando su corazón. Elijo estar con él, aunque no sea fácil. Cada día de mi vida. No tengo dudas ni miedo. Porque, cuando el amor es sincero, tomar la decisión correcta es inevitable. Como nosotros.

Pol

Dos semanas después

Freya me ha acompañado a Sevilla. Todo es más fácil con ella a mi lado. Mis amigos ya están al tanto de la situación y hemos elaborado un plan para que pueda recuperar los derechos de mi canción. Estamos en casa de Andrés, nuestro mánager y padre de Leo y Gabi, que intenta tranquilizar a su hija porque jura que va a partirle la cara a David en cuanto lo vea aparecer.

—La violencia nunca es la solución, tesoro —la reprende—. Dejadlo en mis manos. Su contrato es temporal. Respecto a la canción, seguro que podemos hacerlo entrar en razón.

—¡Es un ladrón! —grita Gabi—. Con los ladrones no se razona.

—Gabi… —Sam le coge la mano, lo que consigue tranquilizarla un poco. Luego me guiña un ojo—. Entre todos logramos que se retracte. Ya lo veréis.

Lila y Nura han acorralado a Freya contra la librería. Estaban deseando conocerla y no dejan de hacerle preguntas. Mi novia se parte de risa con los comentarios de Nura. En un momento dado, Lila busca mi mirada y levanta el pulgar en señal de aprobación. Pongo los ojos en blanco, aunque me río. No necesito que me confirme que es una chica estupenda, pero me alegra saber que ha encajado en el grupo.

Leo y Axel se acercan para charlar conmigo. Los conozco y ya sé lo que van a decirme. Ambos tienen cara de circunstancias.

—No pasa nada —les aclaro—. No es culpa vuestra. No sabíais que la canción era mía.

—Algo no cuadraba cuando nos la enseñó —se lamenta Axel—. Dimos por hecho que había contratado a un compositor. No es que tenga… demasiado talento.

—Sentimos en el alma no haber dado la cara por ti cuando Gabi encontró aquella bolsita de droga en tu maleta —se disculpa Leo—. Estábamos muy conmocionados. Sé que no sirve de excusa, pero…

—Tíos —les pongo una mano en el hombro a cada uno—, está más que olvidado. Ya hemos hablado del tema. Simplemente quiero volver a subirme al escenario con vosotros.

—¡Ya era hora! —exclama Gabi, que se acaba de sumar a la conversación—. ¿Podemos dejar atrás el pasado y patearle el culo a David?

—Nadie va a darle una patada en el culo a David —le recuerda su padre.

Gabi pone mala cara y se cruza de brazos. Ya se ha enfurruñado por no haberse salido con la suya. Percy salta a mis pies para que lo coja. Le doy un pequeño achuchón y le rasco la cabeza.

—No sé cómo eres capaz de sobrevivir al mal humor de tu dueña —le digo en voz baja.

—¡Eh! —Gabi me da un sopapo—. Percy vive como un rey.

—¡Sus dueñas! —me corrige Sam igual de indignada—. Somos sus mamás.

—Solo es un perro —añado para picarlas—. Humanizarlo es cruel.

Sam me lo arrebata y me fulmina con la mirada.

—Ojalá Freya te convenza de adoptar un San Bernardo que te llene toda la ropa de pelos.

—Es más de gatos.

Se hace el silencio cuando David entra en la casa. Mi presencia lo ha pillado con la guardia baja, pues hasta el momento hemos mantenido la versión oficial de que me había ido para siempre del grupo. Al verme, retrocede conmocionado y mira a los demás en busca de un poco de ayuda.

—¿Qué… —carraspea con incomodidad— hace él aquí?

Doy un paso adelante. Tengo las manos metidas en los bolsillos y la situación más controlada de lo que pensaba. Freya se tensa al ver que me acerco a David, por lo que le hago un gesto para que se quede tranquila. Esta vez no voy a utilizar la violencia. Ya no soy esa persona.

—He venido a recuperar mi puesto —lo informo.

David se ríe con incredulidad. Al ver que mis compañeros permanecen serios, frunce el ceño y pone cara de asco.

—¿Vais a dejar que vuelva? —pregunta alucinado—. Os recuerdo que es un drogadicto.

—Cuidado con cómo hablas de mi amigo. —Leo se planta a mi lado y me pasa un brazo por encima de los hombros—. Sabemos que la droga no era suya.

—Os está soltando una trola…

—Tú metiste aquella bolsita de coca en su maleta —interviene Axel, que también se pone a mi lado.

—Y aprovechaste para robarle la canción —concluye Gabi—. ¿De verdad esperas que me crea que la compusiste pensando en mí?

—Gabi… —David intenta acercarse a ella, pero Sam le corta el paso. Entonces resopla y muestra su verdadera cara—. ¿Qué más da quién compusiera esa canción? ¡Ha sido un éxito! En realidad, la letra es una basura. No sería buena sin la voz de Gabi y los arreglos de Axel y Leo.

—Joder. —Leo se frota la cara—. Antes de desaparecer de nuestras vidas, vas a darle a Pol el reconocimiento que se merece.

—Ni de coña —se niega David—. Me la suda que os quedéis con ese pringado. Tengo una oferta para ser el batería de Black Poison. No os necesito. Pero no pienso arruinar mi reputación admitiendo que le robé la canción a ese drogadicto.

—Soy una persona muy pacífica —dice Freya sin perder la calma—, pero si vuelves a insultar a mi novio, te comes las baquetas.

—Uy, qué miedo. —David levanta los brazos y se parte de risa—. ¿Eso es todo? ¿Para eso era la reunión? Genial, ya está todo dicho. ¡Me piro!

—Al menos despídete, maleducado —le suelta Gabi. En ese momento, levanta el brazo y muestra el móvil con el que lo ha grabado todo. Lo tenía escondido detrás del aparador, así que ninguno de nosotros se había dado cuenta—. Es un directo. Saluda a mis treinta y cinco millones de seguidores. @Nataliaysu dice que eres un jeta; @Jon798, que te vayas al infierno y… Uy, será mejor que deje de leer. Nuestros seguidores están que trinan. No sé cómo te recibirán en Black Poison, pero aquí lo tenemos claro: prepárate para la demanda por derechos de autor que te va a hacer llegar nuestro abogado.

—¡Serás hija de…!

David intenta abalanzarse sobre ella, pero Nura, Lila, Freya y Sam son más rápidas. Entre todas forman un muro que es incapaz de traspasar. Mi novia le dedica una sonrisa cargada de suficiencia y le señala la puerta.

—En la vida hay que saber cuándo sobras —le suelta.

David aprieta la mandíbula y evalúa la situación. Sabe que no tiene nada que hacer. Acaba de ser desenmascarado en un directo de Instagram. Las redes sociales de Gabi tienen más poder de convocatoria que cualquier medio de comunicación. La noticia ya estará rulando por todas partes. Así que no le queda más remedio que insultarnos y largarse dando un portazo. Entonces las chicas chillan de alegría y Leo y Axel me abrazan.

—Soy un genio —comenta Andrés, que está cruzado de brazos apoyado en un pilar.

—¿La idea ha sido tuya? —le pregunta Leo perplejo.

—Hijo, os tengo dicho que me tenéis muy infravalorado. Se lo comenté a tu hermana, que estuvo encantada de colaborar. Hemos tenido que disimular delante de vosotros porque no sois tan buenos actores como nosotros —se jacta ante nuestras caras de incredulidad y la sonrisa orgullosa de Gabi—. Voy a hacer un par de llamadas a la discográfica. Después de esto necesitaré unas vacaciones.

—¡Queremos paella! —le grita Sam.

—Claro que sí, querida nuera. —Andrés le guiña un ojo—. Todo es poco para la novia de mi hija.

Nura refunfuña que es evidente que Sam es su nuera favorita, por lo que Sam se ríe y le planta un beso en la mejilla. Me acerco a Gabi para darle las gracias, pero ella se limita a poner cara de exasperación.

—¡Te dije que no iba a quedarme de brazos cruzados! —me recuerda—. Yo quería pegarle

una paliza, pero el plan de mi padre parecía menos peligroso. Odio que la violencia nunca pueda ser la solución. Al menos tengo las clases de *kick-boxing* para desahogarme.

—¡Gabi! —la llama Freya. Mi amiga se vuelve hacia ella con una mirada recelosa. Necesito que se lleven bien. Son dos de las personas más importantes de mi vida—. Muchas gracias.

Gabi le sonríe con sinceridad. Conozco sus sonrisas, así que me relajo por completo.

—Las novias de mis amigos son mis amigas —le asegura—. Cualquier posible malentendido o mal rollo que hubiera entre nosotras ha quedado eliminado, ¿de acuerdo?

Freya me mira de reojo, pero asiente sin rechistar.

—No tengo filtro, soy un poco diva y me saca de quicio la gente que no va de cara —le advierte—. Si quieres que nuestra relación tenga futuro, debes caerle bien a mi perro. Estoy acostumbrada a ser la única chica en un grupo de tíos, así que suelo ser algo egocéntrica, aunque en el fondo soy buena gente y me gustaría que me dieras la oportunidad de ser tu amiga.

Freya la mira impresionada. Gabi se cruza de brazos y enarca una ceja.

—¿Qué me dices?

—Me gusta la Fórmula 1, los documentales y tengo una gata que se llama Moon —le explica nerviosa—. ¿Puedo acariciar a tu perro?

Gabi la mira con aprobación. Luego se da la vuelta para buscar a Percy y me guiña un ojo. Freya se desinfla como si acabara de pasar una prueba muy dura.

—Le has caído bien —la tranquilizo—. En el fondo, no es tan temible como parece.

—Me gustan mucho tus amigos —dice con sinceridad.

—Bienvenida a Yūgen. —La atraigo para darle un beso—. Bienvenida a mi familia.

Revista *¡Viva la Música!*

Los *bad boys* también tienen redención

La vida le sonríe al actual batería de Yūgen. Lleva un año saliendo con su novia (creemos que hacen una pareja estupenda), ha vuelto a subirse al escenario y acaba de publicar su primer libro, en el que habla sin tapujos de su tormentosa infancia y su adicción a las drogas. «Quiero que cualquier persona que esté pasando por una situación similar a la mía sepa que hay esperanza», ha dicho en exclusiva para nuestra revista.

Sinceramente, nos alegramos de corazón de que las cosas le vayan tan bien. Seguro que el apoyo de sus amigos y el amor de Freya, su actual pareja, lo han ayudado a ser mejor persona.

Quien no levanta cabeza es David Sarcos. Desde que Gabi Luna destapó en un directo de Instagram que el antiguo batería de Yūgen es un ladrón de canciones, el público le dio la espalda y no hay ningún grupo interesado en contar con él. Como se suele decir, al final todo cae por su propio peso…

Freya

Un año después

Pol se hace el nudo de la corbata por tercera vez. Se cambia de chaqueta, se mira en el espejo y pone mala cara. Lo observo sin decir nada. Dentro de poco se dará cuenta de que ese no es su estilo y escogerá su cazadora de cuero. Lo que pasa es que hoy es un día muy importante para él y quiere dar buena imagen.

Iris llama a la puerta, pero entra sin que le demos permiso. Va acompañada de Astrid, que lleva un corte *pixie* que acentúa sus facciones. Se ha recuperado por completo del cáncer y dentro de dos semanas se irá de safari a Tanzania con Iris. No lo sabe, puesto que es una sorpresa y todos hemos prometido guardar el secreto.

—¿Todavía estás así? —Iris se burla de él—. Hay más de cien personas esperándote.

—¿Se supone que lo dices para que me tranquilice? —se queja Pol.

—Vas con quince minutos de retraso —puntualiza Astrid—. La gente impuntual es lo peor. Ahí lo dejo.

Pol la mira consternado.

—Chicas… —les pido señalando la puerta—. Pol necesita un poco de privacidad.

—¡Vale, vale! —claudica Iris—. ¡Me gusta más la corbata azul!

—A mí la roja —sugiere Astrid—. El rojo es el color de los ganadores.

Pol se arranca la corbata en cuanto se marchan. Me mira con una mezcla de angustia y sopor.

—Se han juntado las dos personas más mandonas e insoportables sobre la faz de la tierra —se queja.

—Que no te oigan.

Me parto de risa. En el fondo, ambos sabemos que tiene razón. Hace ocho meses, Iris empezó a visitarme con más frecuencia con la única excusa de ver a mi hermana. Al principio creí que Astrid no estaba interesada, hasta que un día las pillé morreándose en el baño. Pol todavía lo está digiriendo. Dice que cuando esas dos se alían no tiene ninguna oportunidad de salir impune. El otro día me dijo que, si se propusieran dominar el mundo, estaríamos perdidos. Considero que no se equivoca. El caso es que jamás había visto tan feliz a Astrid ni tan radiante a Iris. Mi amiga ha dejado el bufete y está terminando un curso de organización de eventos. Astrid volvió al trabajo

en cuanto los médicos le dieron el alta. Aunque quieren tomárselo con calma, algo me dice que dentro de poco empezarán a vivir juntas. Nico y mi padre están encantados con esta relación.

—Siento que voy disfrazado —dice mirándose en el espejo.

Lo conozco tan bien que sabía lo que pasaría, así que le entrego una caja que hice traer esta mañana. Pol frunce el ceño y luego sonríe de oreja a oreja al ver lo que hay dentro: una cazadora de cuero, una camiseta blanca y unos vaqueros.

—No necesitas ser otra persona para salir a contar tu historia.

—Joder, Freya. —Deja la caja en la mesa y me abraza—. Cuánto te quiero.

—Y yo. —Hundo la cara en su cuello y aspiro su olor—. Astrid tiene razón, no hagas esperar al público.

—Tu hermana es una mandona.

—La tuya también.

—Pues tendrán mucho futuro.

Nos reímos.

Pol se cambia de ropa ante mi atenta mirada. Me sigue gustando igual o más que el primer día. Cuando me comentó que había empezado a escribir un libro, no tuve del todo claro que exponer su adicción fuera a ayudarlo a pasar página; pero, mientras estuvo inmerso en el proceso creativo, se fue abriendo a mí. Cumplió su palabra, no ha vuelto a huir. Cada vez que tiene una pesadilla, un mal día o un bajón, lo comparte conmigo y ambos encontramos la forma de encauzar la situación.

—Gracias por apoyarme. —Me da la mano antes de salir a la sala de la librería en la que la gente lo espera.

—Siempre. —Le doy un beso en la mejilla y abre la puerta—. Juntos.

Pol está visiblemente nervioso cuando se acerca al atril. Es la primera vez que no sube a un escenario para tocar la batería. En primera fila estamos Iris, Nico, Astrid y mi padre, acompañados de Leo, Nura, Gabi, Sam, Axel y Lila. La familia al completo.

Pol se aclara la voz y dice:

—Soy un adicto. —Mira al público hasta que consigue centrar su mirada en mí—. Hace casi dos años, sufrí una sobredosis. Le hice daño a la gente que me quería. No era capaz de reconocer que tenía un problema. Por eso, hoy estoy aquí para decirles a todas las personas que han pasado o están pasando por lo mismo que yo que sí hay esperanza. En mi caso, la encontré en las personas que hoy están sentadas en primera fila. No se puede ayudar a quien no quiere. Por suerte, conseguí aceptar la mano de mis seres queridos antes de que fuera demasiado tarde. Iris, Nico, Leo, Axel, Gabi, Sam, Nura, Lila…, gracias por no soltarme nunca. —Se le humedecen los

ojos cuando me mira—. Freya, haces mi vida más bonita. Te prometí que jamás volvería a huir y permaneceré a tu lado el resto de mis días para demostrarte que estoy justo donde quiero, contigo.

Todos estamos llorando cuando Pol termina el discurso. Tarda más de dos horas en firmar los ejemplares de su libro, así que lo esperamos en una pequeña sala anexa. Cuando aparece, completamente agotado, le damos el aplauso que se merece.

—Has estado increíble —le dice Axel.

—Estoy orgulloso de ti. —Leo lo abraza.

—Siempre pensé que tenías serrín en el cerebro, pero resulta que no eres tan bobo —le toma el pelo Gabi.

—Tú siempre tan considerada, Gabriella —se burla Pol.

Me estrecha entre sus brazos para darme el beso que ambos necesitamos. Me da igual que los demás silben y bromeen. En este momento, solo somos nosotros. «Piwkenyeyu», murmuro contra sus labios. Pol me mira con los ojos entornados y sonrío. Le explicaré lo que significa cuando nos quedemos solos.

—¿Es un buen momento para anunciar una cosa? —pregunta Nura.

Todos la observamos con curiosidad. La mirada que Leo le dedica, cargada de amor y admiración, es todo lo que necesito para adivinar de qué se trata.

—Ahora que estamos muy sensibles, he pensado que debía deciros que… —se acaricia la barriga y sonríe de oreja a oreja— ¡estoy embarazada de cuatro meses!

Todos se quedan callados. Pol abre los ojos de par en par. Lila rompe a llorar como una Magdalena. Axel mira a Leo boquiabierto. De repente, Gabi se pone a dar saltos y a chillar como si se le hubiera ido la cabeza.

—¡Voy a tener un sobrino! —exclama loca de contenta—. ¡Voy a ser tía!

Pol abraza a Leo. Se suceden un montón de abrazos más y sinceras felicitaciones. Me alegro muchísimo por ellos. Van a ser muy felices.

—*Whānau!* —grita Pol.

Gabi pone mala cara.

—¡Eso lo serás tú!

—Significa «familia» en maorí —le explica, y pone los ojos en blanco—. Se refiere a aquellas personas que, a pesar de no tener lazos de sangre, te conocen mejor que nadie. Eso es lo que sois para mí, *whānau*.

—¡Ah! —Gabi se relaja—. *Whānau*. ¡Haberlo dicho antes!

—*Whānau!* —exclama Leo, y extiende el brazo para que todos nos toquemos—. Amigos. Familia. Yūgen.

Eso es lo que somos. Miro a estos jóvenes: imperfectos, reales y muy buenos amigos. Soy

afortunada de formar parte de este selecto club, pero, sobre todo, tengo mucha suerte de caminar de la mano de un chico de ojos oscuros y sonrisa tierna que sé que nunca va a soltarme.

Agradecimientos

Este libro no habría podido ver la luz sin la ayuda de un montón de personas maravillosas.

En primer lugar, quiero darle las gracias a todo el equipo de Suma de Letras, en especial a Ana Lozano, Pilar Capel y Aurora, que han conseguido que la historia de los chicos de Yūgen sea tan especial y perfecta como yo la imaginé.

Estos libros tienen las portadas más bonitas que podía soñar. Millones de gracias a Margarita H. García (@margacong en Instagram). No me cansaré de decirte que haces arte. Ha sido un placer trabajar contigo.

A mi marido, mi fan número uno. Nunca te cansas de que te despierte a las tantas para hablarte de la trama de una nueva historia. Cada vez que pierdo la fe en mí, tú me recuerdas lo mucho que valgo.

A mi madre. Todavía me acuerdo de cuando me llevabas al dentista y me «sobornabas» comprándome un libro de Kika Superbruja para que estuviera contenta. De ahí nació mi amor por la lectura.

A mi padre. Cada vez que íbamos a la playa, me animabas a jugar en la arena con el resto de los niños, pero al final te acababas recorriendo las librerías del paseo marítimo hasta que encontrabas un libro muy grande y con pocos dibujos para que estuviera entretenida.

A mi hermana. Da igual lo mucho que hablemos por teléfono y las videollamadas que hagamos, sigo pensando que vives muy lejos. Quizá soy igual de sobreprotectora que Leo con Gabi. Te aguantas. Haber nacido seis años antes. Posdata: Mamá y papá te encontraron en el cubo de la basura.

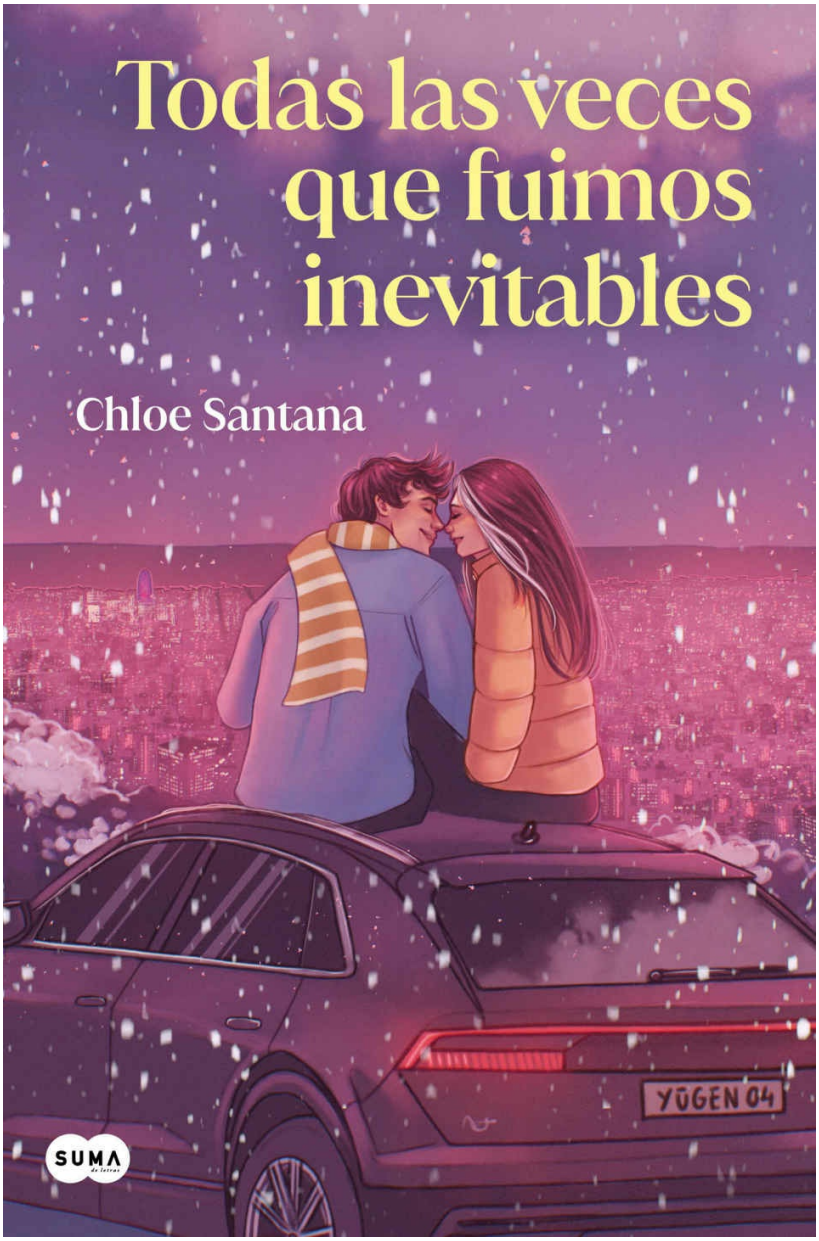
A Candela, mi lectora cero. Me has demostrado que la gente joven sí tiene cosas importantes que decir. Tus comentarios me ayudaron a mejorar esta saga.

A mi cuñada M.ª Ángeles, que se lee todos mis libros con entusiasmo, los recomienda y siempre está ahí.

A todos mis amigos (en general, para no olvidarme de ninguno). Cabe la posibilidad de que haya utilizado algunas de nuestras anécdotas en esta saga.

Y a ti, querido lector. Millones de gracias por haberme acompañado hasta el final. Sin ti, esta aventura no tendría sentido.

Un encuentro explosivo del que solo podrá surgir un desastre perfecto.



Hay historias de amor que comienzan con una segunda oportunidad...

Pol es el chico malo del rock. El batería con el alma rota. El mujeriego inalcanzable. La estrella de la música que ninguna madre querría como el novio de su hija.

Ella es la chica que parece entenderlo con una simple mirada. Cargada de optimismo, vitalidad y un huracán de posibilidades. Cuando se ven obligados a convivir durante un fin de semana, entre ambos saltan chispas. Pol no puede alejarse de ella, aunque sabe que nole conviene. Porque ha caído al abismo y está decidido a resurgir de sus cenizas. Pero, a veces, una persona puede ser un

rayo de luz para otra. Y hay historias de amor inevitables por las que merece la pena arriesgarlo todo...

Con *Todas las veces que fuimos inevitables* Chloe Santana cierra la tetralogía Yūgen, cuatro novelas que abrazan lo diferente y que hablan de amor, amistad y sueños cumplidos.

¿Estás preparado para sentir de verdad?

Chloe Santana (Sevilla, 1992) estudió Derecho, pero la pasión por la literatura se apoderó de ella en 2014, cuando autopublicó su primer libro y obtuvo el primer puesto de los más vendidos de Amazon. Ahora vive tejiendo historias que le roban el corazón, discutiendo con los personajes que viven en su cabeza y viajando a lugares remotos que le sirven de inspiración. Tiene debilidad por las protagonistas fuertes, los romances a fuego lento y las historias muy adictivas. Vive en Sevilla con su marido y sus tres perros. Si no está escribiendo, lo más probable es encontrarla acurrucada en el sofá con sus mascotas, una taza de té y un buen libro.



Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, Chloe Santana
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la portada: © Margarita H. García

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-917-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Todas las veces que fuimos inevitables

Freya

Pol

Fragmento de la revista ¡Escándalo!

1. Pol

2. Freya

3. Freya

4. Pol

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

5. Freya

6. Pol

7. Pol

8. Freya

9. Freya

10. Freya

11. Pol

12. Freya

13. Freya

14. Pol

15. Freya

16. Pol

17. Freya

18. Pol

Fragmento de la revista ¡Escándalo!

19. Freya

20. Pol

21. Freya

22. Freya

23. Pol

24. Freya

25. Freya

26. Pol

27. Freya

28. Freya

29. Pol

30. Freya

31. Freya

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

32. Pol

33. Pol

34. Freya

35. Freya

36. Pol

37. Freya

38. Freya

39. Freya

40. Freya

41. Freya

42. Pol

43. Freya

44. Pol

45. Freya

46. Pol

47. Pol

48. Freya

49. Pol

50. Pol

51. Freya

52. Freya

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

53. Pol

54. Freya

55. Pol

56. Freya

57. Freya

58. Freya

59. Pol

60. Freya

61. Freya

62. Pol

63. Freya

64. Freya

65. Pol

66. Freya

67. Freya

68. Freya

69. Pol

70. Freya

71. Freya

72. Freya

73. Pol

74. Freya

75. Pol

76. Pol

77. Freya

78. Pol

79. Freya

80. Pol

81. Freya

82. Pol

83. Freya

Fragmento de la revista ¡Aquí Hay Tema!

84. Pol

85. Freya

86. Pol

87. Freya

88. Pol

89. Pol

90. Freya

91. Freya

92. Freya

Pol. Dos semanas después

Revista ¡Viva la Música!

Freya

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chloe Santana

Créditos